

Jorge Basadre Grohmann [9]

HISTORIA DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ [1822-1933]

El Comercio



HISTORIA DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ [1822-1933]

PRODUCCIONES CANTABRIA

Historia de la República del Perú [1822-1933]
Tomo 9

Autor: Jorge Basadre Grohmann

Elaboración de contenidos
Dirección general: Bernardo Roca Rey Miró Quesada
Planeamiento y desarrollo: Raúl Castro Pérez
Realización ejecutiva: Jorge Cornejo Calle
Redacción e investigación: Jenny Varillas Paz
Asistencia: Francisco Izquierdo Quea, Mauricio Gil Ballón, Ana Paola Durand Schinkel, María Jesús Geiser Reyes
Diseño: Veruzka Noriega Ruiz, Claudia Burga-Cisneros Pizarro
Diagramación: Gabriela Romero Martínez
Diagramación al cierre: Gerardo Cristóbal Pacheco
Infografías: Raúl Rodríguez Rodríguez, Grafitti
Fotografía: Cecilia Durand Torres, Paola Nalvarte Abad
Investigación fotográfica: Cecilia de la Cruz Sánchez
Coordinación de fotografía: Carolina Cáceres Cáceres
Reproducción y fotografía: Jaime Gianella Malca
Corrección: Ana Loli Chau, Rosella Di Paolo Ferrarini
Asesoría histórica: Héctor López Martínez
Coordinación de actualizaciones historiográficas: Carlos Contreras Carranza
Redacción e investigación de actualizaciones historiográficas para este tomo: Jorge Bayona Matsuda (páginas 26, 52, 88, 110, 128, 158, 196, 218, 248, 264, 294)

Gerente de Productos Optativos: Renzo Mariátegui Bossé
Subgerente de Productos Optativos: Dora Niquén Guevara
Editor titular del Proyecto Editorial:
Producciones Cantabria S.A.C.
Jr. Miró Quesada 247, dpto. 407, Lima 1

Primera edición: Noviembre, 2014
ISBN del presente tomo versión e-book: 978-612-306-362-7
ISBN de la obra completa versión e-book: 978-612-306-353-5

[ÍNDICE]

CUARTO PERÍODO
LA GUERRA CON CHILE

CAPÍTULO 3
LA PRIMERA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TARAPACÁ)

CAPÍTULO 4
LA CRISIS HACENDARIA Y POLÍTICA

CAPÍTULO 5
LA ÚLTIMA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TACNA) Y LA SINGULAR PROEZA DE LA MILICIA URBANA DIGNIFICADA POR SUS JEFES (ARICA)

CAPÍTULO 6
LAS VÍSPERAS DE LA CAMPAÑA EN LIMA: LA OBRA ECONÓMICA Y OTROS ASPECTOS DE LAS ACTIVIDADES CIVILES DE LA DICTADURA

CAPÍTULO 7
LAS VISPERAS DE LA LUCHA POR LA CAPITAL PERUANA
La Dictadura y la situación bélica. Submarino, minas y brulotes. Lynch en el norte peruano. Las negociaciones en el *Lackawanna*

CAPÍTULO 8
LA EXPEDICIÓN A LIMA Y LA DEFENSA DE LA CAPITAL PERUANA POR EL EJÉRCITO IMPROVISADO Y POR LAS IMPROVISADAS MILICIAS CAPITALINAS

CAPÍTULO 9
LA BÚSQUEDA DE LA PAZ SIN CESIÓN TERRITORIAL BAJO EL ESPEJISMO DE LA MEDIACIÓN NORTEAMERICANA
El circunscrito gobierno de García Calderón. Piérola en la sierra y la dimisión del 28 de noviembre de 1881. El viraje total de la política de los Estados Unidos

CAPÍTULO 10
LA RADICAL TRANSFORMACIÓN EN LA FISONOMÍA DE LA GUERRA
Primera y segunda campaña de la resistencia. Las milicias andinas hasta julio de 1882

CAPÍTULO 11
EL ACOSADO CAUTIVERIO DE GARCÍA CALDERÓN, INTRIGAS Y VACILACIONES DE 1882 A MEDIADOS DE 1883
El *Schreckenkrieg* (guerra del terror) en el norte del Perú. El importante gobierno de Montero y el inesperado movimiento pacifista de Iglesias. Qué peruanos estuvieron a favor de la paz

CAPÍTULO 12
LA FUNDAMENTAL DIVERGENCIA ENTRE CÁCERES E IGLESIAS Y EL DECISIVO APORTE CHILENO PARA CONSOLIDAR A ESTE CAUDILLO
El tercer período de la campaña de la resistencia (Enero-Julio de 1883)

CAPÍTULO 13
EL INCREÍBLE CUARTO PERÍODO DE LA CAMPAÑA DE LA RESISTENCIA
El Tratado de Ancón (Agosto-Octubre de 1883). El país yacente

ÍNDICE DE CONTENIDO ADICIONAL

RECUADROS

LÍNEAS DE TIEMPO

INFOGRAFÍAS

PERSONAJES

[TOMO 9]



[**CUARTO PERÍODO:** LA GUERRA CON CHILE]

CAPÍTULO 3 • **I** El general Hilarión Daza • Búsqueda de un acuerdo entre Daza y Chile • La misión Salinas Vega • La misión René Moreno • Eustaquio Sierra • "¡No soltéis el Morro!" • La colaboración de Bolivia hasta la campaña de Tacna • **II** La campaña de Tarapacá • Captura de Pisagua • Captura de la *Pilcomayo* • El ejército de Tarapacá • El plan aliado. Salida de Daza de Arica • Avance y retirada de Daza • ¿Por qué se retiró Daza? • La división Campero • Los chilenos en Dolores, Jazpampa y Pisagua • La marcha del ejército aliado a San Francisco • La orden de atacar y la contraorden • La batalla de San Francisco • Apreciación sobre San Francisco • Retirada del ejército peruano a Tarapacá. Captura de Iquique • Batalla de Tarapacá • El significado de Tarapacá • La retirada hacia Arica • La acusación contra Buendía y Suárez • El ascenso de Mariano de los Santos.

LA PRIMERA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (Tarapacá)

CAPÍTULO [3]

[I]

EL GENERAL HILARIÓN DAZA.- El general Hilarión Daza, que gobernaba en Bolivia en 1879, había sido elevado a la magistratura suprema por un motín militar. Sus actos fueron sancionados por un Congreso elegido bajo su directa influencia, que le designó presidente provisorio hasta 1880. No representaba un partido o grupo político. Era el último representante de los personajes que en Bolivia ha llamado Alcides Arguedas "caudillos bárbaros". Un contemporáneo suyo, también boliviano, José Vicente Ochoa, en su obra *Semblanzas de la guerra del Pacífico*, lo pinta de la siguiente manera: "Su estatura elevada hace ver un tronco bien formado, crecido, si se nos permite la palabra, al rudo choque de los sufrimientos, largas caminatas y agitaciones del soldado, como esos árboles de las montañas que crecen entre las tempestades. De fisonomía resuelta, presenta en el color amarillo que la reviste y en la ancha y plana frente con que se descubre, algo de feroz y siniestro. Sus pequeños ojos, cuando miran, expresan malicia y engaño, desconfianza y cólera, distracción e hipocresía, todo menos placer y tristeza, parecen ajenos a los sentimientos del alma. Sus pómulos sobresalientes se destacan aún más, en las contracciones de la gruesa nariz que los separa, cuando lanza esta resoplidos de rabia salvaje y hace que se desarreglen el grueso bigote y el largo mostacho que le siguen, constantemente retorcidos con el mayor cuidado. De cuerpo bastante bien formado sabe aprovechar de él para dar a su andar todo el aire marcial de un soldado".

No obstante su decisiva contribución personal a la declaratoria de guerra, Daza no había percibido su significado y su contenido. La noticia de la captura de Antofagasta por los chilenos la ocultó tres días con el objeto de que no fuesen interrumpidas las fiestas del Carnaval. El orden público era inestable, pues se hablaba mucho de conspiraciones. El protocolo complementario de la alianza firmado con el Perú especificando las obligaciones de Bolivia, así como el reclutamiento para el ejército, severamente cumplido con las clases privilegiadas, el empréstito forzoso para la guerra y las requisiciones de caballadas y acémilas produjeron gran descontento. Toda la esperanza de Daza fue puesta en la ayuda de su aliado; y cuando recibió 1.500 rifles Chassepot hubo dianas y repiques en día de "Viernes Santo", si bien pronto se comprobó que este armamento era inservible.

BÚSQUEDA DE UN ACUERDO ENTRE DAZA Y CHILE.- Dos cartas a Daza del ingeniero Justiniano Sotomayor, hermano del jefe de Estado mayor chileno, la primera de las cuales tuvo fecha 8 de abril de 1879, representaron un temprano esfuerzo para separar al presidente boliviano del Perú. Sotomayor, residente largo tiempo en Bolivia al frente de empresas mineras, había mantenido relaciones cordiales con Daza y con otros hombres públicos; en sus comunicaciones señaló que este país cometía un error al solidarizarse con el Perú y trató de propiciar un arreglo con Chile que creía aún hacedero. Daza mandó publicar las cartas de Sotomayor, con lo cual divulgó ideas que también tenían partidarios bolivianos. Activas fueron las gestiones de la diplomacia chilena en el mismo sentido propuesto por Sotomayor, ya mediante el sondeo al ministro boliviano en Buenos Aires, Quijarro (telegrama del canciller Domingo Santa María el 26 de abril de 1879), ya a través de una comunicación conciliatoria al prefecto de Cobija, ya por el acercamiento a políticos de la oposición como Casimiro Corral a quien le fue ofrecida ayuda para una sublevación.

LA MISIÓN SALINAS VEGA.- Pero la cuestión concreta partió de un boliviano residente en Chile, Luis Salinas Vega, hombre inteligente, serio, activo, y relacionado con importantes familias de su país. Viajó Salinas Vega con encargo de Domingo Santa María para auscultar el ambiente sobre la posibilidad de un acercamiento al adversario en la guerra apenas iniciada.

Daza no había querido movilizar sus tropas sobre la costa. Los telegramas de Lima para que "vuele el ejército boliviano a Tacna" lo decidieron. La marcha fue penosa y duró muchos días, bajo los rigores del hambre y del frío. En Tacna estuvo Salinas Vega y allí encontró descontento y recelo en los bolivianos hacia el Perú, país al que veían carente de recursos para la guerra. Cuando volvió a Chile expresó a Santa María que Daza, a pesar de haberse expresado inamistosamente acerca de los chilenos, aceptaba entrar en negociaciones y que idéntica era la actitud de varias personalidades bolivianas. El mismo Salinas Vega ha escrito años después, en la carta por él enviada desde Berlín a Alberto Gutiérrez y publicada en *Revista chilena* de 1920, que Daza estaba entonces descorazonado, desilusionado y hasta herido "por el modo como se les había recibido en Tacna, en donde habían podido también ver que el Perú no estaba preparado para la guerra y carecía de elementos". "Y aquí debo declarar –agrega– que encontré a Daza con ideas levantadas, lleno de espíritu patriótico, ansioso de gloria y con profundo desprecio por el Perú".

Mientras él fue a Chile a continuar las negociaciones (sigue contando Salinas Vega), el presidente Prado llegó a Tacna y corrió la voz de que se negociaba la compra de buques de guerra y de considerable armamento de Europa. Al llegar a Santiago supo la noticia del combate de Iquique, que fue la ruina de la escuadra peruana. Creció entonces la ambición de Chile –sigue diciendo Salinas Vega– y el ministro chileno Domingo Santa María habló con Gabriel René Moreno, el otro comisionado boliviano, pero ya con frialdad y despego, y "esto explica por qué las instrucciones que llevó Moreno y las proposiciones hechas a Daza fueron tan mezquinas".

LA MISIÓN RENÉ MORENO.- Gabriel René Moreno, ilustre historiador y bibliógrafo boliviano largo tiempo residente en Chile, profesor y bibliotecario del Instituto Nacional, había sido señalado por Daza como agente portador de las proposiciones que iba a hacerle Chile. Por medio de Salinas Vega, ordenó Daza a René Moreno trasladarse a Tacna con el propósito indicado sin albergar dudas sobre el servicio a la patria que su misión significaba.

En las bases entregadas a René Moreno por el Gabinete chileno y que tan mezquinas parecieron a Salinas Vega quedaron comprendidas: la alianza boliviano-chilena en guerra contra el Perú, la cesión a Chile del litoral boliviano, la ocupación de Tacna y Moquegua por Bolivia, vagas seguridades para el acceso de este país al Pacífico en el tratado de paz y la entrega de una pequeña cantidad de dinero por el presunto nuevo aliado de la República del altiplano.

René Moreno se embarcó con dirección a Tacna en los primeros días de junio. Regresó a mediados del mismo mes. Dio cuenta a Domingo Santa María de las varias conferencias celebradas por él con Daza en Arica. Su versión fue distinta de la que había llevado Salinas Vega. El presidente boliviano se manifestaba irritado con los chilenos y receloso de ellos, vacilaba para romper con el Perú, pues juzgaba que no había llegado el momento oportuno y temía un movimiento subversivo que le hiciera perder el poder y la vida.

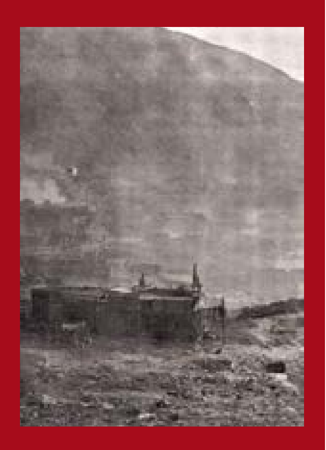
Conocida la actuación de René Moreno, se produjo en Bolivia una violenta polémica acerca de su conducta y se llegó a petición suya, a la formación de un tribunal de honor compuesto por el arzobispo de La Plata, el presidente y tres vocales de la Corte Suprema, el prefecto del departamentos de Sucre y el presidente del Tribunal Mayor de Cuenta. Este primer fallo fue absolutorio y tomó en cuenta que el historiador y bibliógrafo convertido en agente diplomático había actuado en obedecimiento a un mandato confidencial del presidente de su nación, limitándose a ser el portador del rechazo verbal a unas proposiciones. El fallo fue confirmado por el Gobierno boliviano. Sin embargo, ante la violencia de su folleto *Daza y las bases chilenas*, fue acusado René Moreno por las autoridades



EL GENERAL HILARIÓN DAZA, QUE GOBERNABA EN BOLIVIA EN 1879, HABÍA SIDO ELEVADO A LA MAGISTRATURA SUPREMA POR UN MOTÍN MILITAR. SUS ACTOS FUERON SANCIONADOS POR UN CONGRESO ELEGIDO BAJO SU DIRECTA INFLUENCIA, QUE LE DESIGNÓ PRESIDENTE PROVISORIO HASTA 1880.



EL PUERTO DE PISAGUA



Este puerto peruano fue capturado por el ejército chileno el 2 de noviembre de 1879, luego de siete horas de enfrentamientos. Definió la lucha la superioridad en hombres y armamento del ejército chileno, y complicó nuestra situación el incendio por tropas enemigas de más de 40 mil quintales de salitre que se pensaba vender para adquirir armamento. En esta imagen de la época, se ven los efectos del enfrentamiento en la pequeña ciudad costera.

de Sucre y condenado a cuatro años de presidio por haberse puesto al servicio de Chile y por haber suministrado al enemigo noticias acerca de la situación de Bolivia (6 de diciembre de 1881).

El publicista chileno Ignacio Santa María, a quien se debe un estudio detallado de la misión René Moreno, cree que la presencia de Prado dio lugar a que fuesen rodeando y vigilando a Daza personas de segura fidelidad al Perú y a que se pronunciasen por este país o incrementaran su adhesión a él, diversos políticos y militares bolivianos. La campaña del *Huáscar* también debió surtir importantes efectos, así como las ilusiones sobre compras de buques en Europa e intervención de Argentina en la guerra que, por corto tiempo, pareció inevitable. El Gobierno peruano, sea por cálculo o por coincidencia, no suministró entonces armamento al ejército de Bolivia.

EUSTAQUIO SIERRA.- Daza dejó abierta la puerta para comunicarse con el ministro Domingo Santa María. El medio para mantener este contacto fue escribirle con el nombre de Eustaquio Sierra, según narra Ignacio Santa María. Con fecha 25 de junio de 1879, desde Arica, Eustaquio Sierra pidió medio millón de pesos chilenos para "reducir al general Daza a los deseos del gobierno de Chile" e insistió en la misma demanda el 2 de julio. Luego la retiró ante la noticia de que la Argentina entraba en la guerra (23 de julio). Se ha dicho que, con esa clase de rumores, Argentina presionaba a Chile para el arreglo de sus diferencias. El historiador boliviano Miguel Mercado Moreira niega que Eustaquio Sierra y Daza fuesen una misma persona. En todo caso la gestión Daza fracasó.

"¡NO SOLTÉIS EL MORRO!".- El Gobierno de Chile no perdió, sin embargo, la esperanza de atraerlo y por ello fueron emprendidas las operaciones bélicas conocidas con los nombres de campañas de Tarapacá y de Tacna y Arica. Triunfante el ejército chileno en estas jornadas, ya se hizo tangible la posibilidad de su victoria final sin la necesidad de la concurrencia de Bolivia; y se consideró que los sacrificios hechos requerían compensaciones mayores que las señaladas al principio. "Fue entonces (dice Bulnes) que para contener y desvirtuar las corrientes de opinión favorables a Bolivia lanzó Vicuña Mackena aquel famoso grito, de tan trascendental consecuencia: *¡No soltéis el Morro!* Ese grito histórico cambió la opinión".

LA COLABORACIÓN DE BOLIVIA HASTA LA CAMPAÑA DE TACNA.- A pesar de todo, pues, Bolivia intervino en la guerra hasta el fin de la campaña de Tacna bajo pésimas condiciones no solo políticas, sino también hacendarias, económicas y sociales. Sufría entonces su población los estragos de la sequía y de la peste; hubo gente que murió de hambre en Cochabamba, Sucre y Potosí.

[II]

LA CAMPAÑA DE TARAPACÁ.- El Perú ha sido un país situado en condiciones tales que en su historia una invasión victoriosa sobre su territorio ha dependido del dominio del mar. Los medios de transporte y comunicación terrestre son ahora mejores, gracias a los caminos y a los servicios aéreos; pero entonces el país era un vasto conjunto de compartimientos estancos, abiertos solo en la costa por los puertos. Así podía hablarse de la zona aislada de Tarapacá, con sus puertos de Iquique y Pisagua, la zona aislada de Tacna y Arica, con el puerto de este último nombre, la zona aislada de Lima, con el puerto del Callao y bahías adyacentes, sin haber entre ellas una línea de comunicación. En el sur, necesitaban pasar prácticamente todos los medios de subsistencia por Iquique y Pisagua, pues el territorio del salitre no los producía.

La riqueza enorme de Tarapacá, su importancia simbólica como territorio meridional del Perú, vecino de aquel que Chile arrebatara a Bolivia, y la amenaza inminente de una invasión,

decidieron al comando peruano a concentrar una parte de sus tropas allí, a la vez que situaba otro ejército en la zona de Arica-Tacna. Hubiera sido tremendo y humillante no proceder así. El historiador militar Ekdahl, sin embargo, juzga que la abrumadora inferioridad en el mar colocaba al ejército peruano-boliviano en una situación de peligrosísimo aislamiento; que el *desideratum* estratégico de los aliados debió ser concentrar sus efectivos militares en el teatro de operaciones en el centro del Perú mientras restablecían el equilibrio naval, o lograban la superioridad de los mares, o conseguían un nuevo aliado, o mejoraban la defensa. En suma, juzga gravísimo error llevar todas sus fuerzas movilizadas al extremo sur del país, sin tener líneas de comunicación para, en seguida, dividirlas en dos regiones separadas. Los chilenos podían haber atacado a la capital con lo cual hubieran decidido allí la guerra; y aun cuando no lo hubiesen hecho y hubieran sido vencidos en la zona de Tarapacá, si luego conservaban la energía de continuar luchando, se iban a encontrar los aliados, en el mejor de los casos, en la misma situación. Carecieron, además, ellos, sigue diciendo Ekdahl, de un servicio de etapas terrestres entre los ejércitos y el centro del Perú. Pero al leer estas apreciaciones se debe observar que como el objetivo chileno era, precisamente, Tarapacá, aparte del efecto moral de abandonar sin lucha tan preciado territorio, la consecuencia de una retirada aliada de allí en esas condiciones, hubiera sido quizá, pese a cuanto dice Ekdahl, dar de hecho fin a la guerra.

CAPTURA DE PISAGUA.- Como el ejército aliado de Tarapacá se concentró en Iquique y sus inmediaciones, el ministro de Guerra chileno Rafael Sotomayor, que dirigía el ejército, decidió combatirlo desembarcando al norte de Iquique. Con ello se interponían los invasores entre Tacna y Tarapacá; impedían la unión de las fuerzas acantonadas separadamente en las dos zonas; cortaban, asimismo, la retirada de los aliados desde Tarapacá; y se ponían en aptitud de batir por separado a los refuerzos que podían enviarse desde Tacna.

No se decidió Sotomayor por un desembarco en Iquique donde tenía que combatir frontalmente con el grueso del ejército enemigo antes de situar en tierra la artillería, los caballos y los bagajes. El puerto de Pisagua, ubicado a 85 kilómetros al norte de Iquique, situado, por lo tanto, en la posición estratégica buscada, tenía la ventaja de contar con el ferrocarril de 73 kilómetros que lo ponía en comunicación con Dolores, uno de los tres pozos de agua potable en la árida región salitrera. Los otros dos pozos eran Pozo Almonte, conectado por vía férrea con Iquique; y San Lorenzo, cuya comunicación ferroviaria era con Patillos, punto situado al sur de Iquique y, por lo tanto, inservible para los objetivos de la invasión. Otro lugar posible de desembarco era Caleta Buena; pero estaba demasiado cerca del ejército aliado que podía movilizarse sobre las fuerzas invasoras antes de que concluyeran las operaciones de desembarco y afianzamiento sobre el terreno conquistado; con el agravante de que la marcha sobre Iquique desde ahí no podía ser por ferrocarril y no hubiera contado con servicios de agua potable.

El plan de Sotomayor fue tomar Pisagua con una fuerza aplastante, hacer avanzar al ejército al interior con rapidez utilizando el ferrocarril de Agua Santa y establecerlo en una oficina donde abundara el agua, con lo cual quedaba afianzada y organizada una base de operaciones en aquel puerto.

Poco después de la captura del *Huáscar* empezó el movimiento de avance de los chilenos acampados en Antofagasta, cuyos efectivos habían sido reforzados con contingentes del sur y con los obreros de las salitreras que les sirvieron de inmejorables guías. Más o menos 10 mil hombres, con 800 de caballería y treinta cañones de campaña, se dirigieron a Pisagua el 28 de octubre en quince transportes convoyados por cuatro buques de guerra. Los mandaba el general Erasmo Escala, con el ministro de Guerra Rafael Sotomayor.

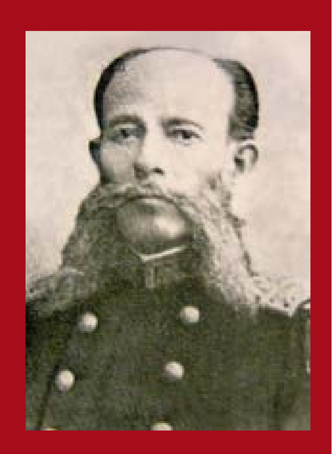
Al arribar los chilenos a Pisagua el 2 de noviembre, encontraron una heroica resistencia en la débil guarnición compuesta por unos 800 bolivianos de la división mandada por el general



EL PLAN DE SOTOMAYOR FUE TOMAR PISAGUA CON UNA FUERZA APLASTANTE, HACER AVANZAR AL EJÉRCITO AL INTERIOR CON RAPIDEZ UTILIZANDO EL FERROCARRIL DE AGUA SANTA Y ESTABLECERLO EN UNA OFICINA DONDE ABUNDARA EL AGUA, CON LO CUAL QUEDABA AFIANZADA Y ORGANIZADA UNA BASE DE OPERACIONES EN AQUEL PUERTO.



ISAAC RECAVARREN (1839-1909)



Militar arequipeño que ingresó al ejército en 1854, durante la guerra civil entre Castilla y Echenique. Tomó parte en el conflicto contra España de 1866 y fue nombrado jefe de Estado Mayor de la II División del Ejército del Sur. En la guerra del Pacífico, luchó en Pisagua, San Francisco, Tarapacá, San Juan y Chorrillos. En este último lugar fue apresado. Una vez libre, partió a Áncash representando al gobierno de García Calderón, pero sus hombres lo abandonaron. Peleó entonces en Huamachuco, junto a Cáceres. En 1890 fue elegido senador por Arequipa.

Pedro Villamil y unos 500 guardias nacionales y otros habitantes de la localidad, al mando del coronel Isaac Recavarren (2 de noviembre). La dirección general de la defensa estuvo a cargo del general Juan Buendía que, sin saber lo que iba a ocurrir, hállabase de visita en Pisagua para asistir al bautizo de las baterías o con motivo de la noticia de que los bolivianos pretendían retirarse, según una versión que Buendía no confirma en su memoria recientemente publicada. El combate se inició al bombardear la ciudad los buques de guerra, cuyos cañones cubrieron el desembarco de los soldados, después de haber logrado el silencio de los improvisados fuertes. Los rifles no podían competir con los cañones. La superioridad numérica de los atacantes era abrumadora. Un precipicio escarpado y arenoso corona la pequeña ciudad de Pisagua, edificada al borde de la playa y de donde sube en zigzag el ferrocarril. El salto de los chilenos acabó por dominar a la pequeña fuerza defensora, parapetada tras de las rocas, los sacos de carbón y la vía ferrea. El incendio de más de 40 mil quintales de salitre consumó la derrota. Se retiraron los peruanos hacia Agua Santa, al final de aquella línea la lucha había durado siete horas. Los batallones bolivianos Victoria e Independencia se dirigieron a su país.

Entre quienes se distinguieron en el combate de Pisagua estuvo Hortensia Ceballos de Ruiz. Su esposo, su padre y sus dos hijos pelearon en esta jornada. La familia Ruiz era una de las más acaudaladas del puerto y acaso por ello su casa fue asaltada con especial afán por los invasores con el fin de saquearla. Allí estaba Hortensia y para no caer viva en poder de ellos se suicidó con una bayoneta que le alcanzó su esposo Alenjadro Ruiz. Este murió entonces con toda la familia.

Los defensores de Pisagua marcharon al sur a pie para reunirse con el resto del ejército aliado; pero cometieron el error de no inutilizar las tres locomotoras y muchos carros del ferrocarril allí existentes, ni a los víveres y forrajes, los postes del telégrafo y los estanques, todo lo cual fue luego aprovechado por el enemigo. Así recibió este el obsequio de los mejores elementos en el desierto: la movilidad y el agua.

La ciudad de Pisagua conoció los horrores del saqueo. José Francisco Vergara, personaje de tanta importancia en esta campaña, de cuyas memorias recientemente editadas ya se ha hecho mención, escribe en ellas: "Al día siguiente (del combate) desembarcamos con el general (Erasmo Escala) y recibí la primera impresión de los horrores de la guerra porque nos encontramos en presencia de un cuadro verdaderamente infernal. La beodez, el incendio, la matanza, el pillaje y cuanto puede idearse de odioso, estaba allí a nuestra vista con gran escándalo mío… Luego vi que el general en jefe era impotente para remediar el desorden, no por falta de voluntad para hacerlo sino por incapacidad para mandar" (p. 37).

Se ha dicho que con la captura de Pisagua "la puerta del Perú fue sacudida de sus goznes". Estratégicamente este acontecimiento vino a ser muy importante, pues con la captura de dicho material, los chilenos estuvieron en condiciones de penetrar en el interior, pudiendo, al mismo tiempo, surtirse del recurso para combatir la sed. Además, el ejército aliado que estaba en Tacna quedó cortado del de Tarapacá.

En un reconocimiento que hicieron en Jermania en la línea del ferrocarril y en la zona de Agua Santa, posición importante dentro del camino de Iquique a Arica y el valle de Tiliviche, unos 175 soldados chilenos de caballería mandados por un coronel y espléndidamente montados, hallaron a unos 94 hombres pertenecientes a la retaguardia de las tropas que habían combatido en Pisagua, armados solo con carabinas y en pobres cabalgaduras. Simularon los invasores una retirada para luego atacar y masacrar a sus adversarios. Quedaron muchos muertos en el campo, entre ellos el jefe peruano teniente coronel José Buenaventura Sepúlveda. Ni uno solo era chileno. Episodio incidental, poco importante en relación con tantos acontecimientos notables; pero lúgubre augurio sobre lo que ocurriría en las campañas terrestres.

Los chilenos avanzaron hacia el interior y ocuparon Agua Santa. Eran alrededor de seis mil hombres con treinta y cuatro cañones y dos ametralladoras.

[1]

[2]



LA TOMA DE PISAGUA. Una de las primeras acciones del ejército chileno en territorio peruano fue la toma del puerto iquiqueño de Pisagua. El 2 de noviembre de 1879 se produjo allí el choque entre las fuerzas aliadas de Perú y Bolivia contra el ejército chileno. En las imágenes vemos una representación del desembarco chileno en Pisagua (1), y una fotografía de los buques enemigos listos para desembarcar su contingente (2).

LA CAÑONERA *PILCOMAYO*



Fue construida en el astillero de Money Wigram and Sons, en la ciudad de Blackwood (Inglaterra), en 1864, y llegó al puerto del Callao al año siguiente. Su nombre original era *Putumayo*, pero por un error de los constructores fue bautizada como *Pilcomayo*. Tenía el casco de madera y 10 cañones de diversos calibres. Luchó en varios combates de la guerra del Pacífico, junto a la corbeta *Unión* y efectuó el primer disparo peruano en la guerra. El 17 de noviembre de 1879 fue capturada al norte de Arica por el blindado *Blanco Encalada*. Se incorporó a la armada chilena, donde se la utilizó para trabajos hidrográficos y como buque escuela.

CAPTURA DE LA *PILCOMAYO*.- Pocos días después de la toma de Pisagua, el 17 de noviembre de 1879, el blindado chileno *Blanco Encalada* capturó a la cañonera *Pilcomayo* con su comandante Carlos Ferreyros frente a la quebrada de Tambo.

EL EJÉRCITO DE TARAPACÁ.- Habíase estado concentrando el ejército de Tarapacá desde fines de marzo con tropas de línea, gendarmería de Puno y Arequipa, adolescentes salidos de la Escuela de Cabos, guardias nacionales, o sea civiles armados de aquellas ciudades y otras milicias locales, incluyendo la columna Loa compuesta por bolivianos anteriormente dedicados a las faenas del salitre. El general en jefe era el general Juan Buendía, limeño, nacido en 1814 y descendiente de los marqueses de Castellón. Sus 65 años parecían rejuvenecerse gracias a su cortesanía y a su afabilidad. Al hablar del ejército de Tarapacá, dice el historiador chileno Vicuña Mackenna: "Sus jefes eran, por lo común, sobresalientes (se refiere, sin duda, a los jefes de divisiones y de cuerpos). Sus oficiales, mediocres. Su tropa, buena; pero, en general bisoña. La infantería, de batalla y digna de medirse con el soldado chileno. La artillería, escasa y deficiente. La caballería, miserable".

El armamento del ejército de Tarapacá se caracterizaba por la variedad. Al lado de rifles Comblain, Chassepot, Remington y Peabody, tenía el Minié peruano y el Chapessot reformado o "rifle peruano", más 22 carabinas Henry de la caballería. Las municiones escasas son la explicación de la falta de fogueo durante todo el tiempo que precedió, de abril a noviembre, a las operaciones militares. Bloqueada toda la costa salitrera, quedó el agua racionada; los comestibles alcanzaron desde abril elevados precios; faltaban elementos de movilidad para la conducción de materiales, como para las operaciones estratégicas y tácticas de la guerra; había apuros de dinero por la crisis fiscal, agravada por los choques entre el Poder Ejecutivo y el Congreso y a causa de la necesidad de pagar, vestir y armar al ejército de Daza. Después de la pérdida del *Huáscar* estas angustias fueron todavía mayores.

Frente a todas estas circunstancias, se explica lo que dice Vicuña Mackenna de este ejército: "Su personal, tomado en conjunto y como entidad militar, era digno de respeto; pero a diferencia del ejército de Chile, no tenía armas, ni municiones, ni víveres, ni dinero, ni movilidad, ni retirada. Tarapacá era una tumba. Estratégicamente hablando era aquel un ejército perdido porque no tenía base de operaciones, ni líneas de comunicación, ni línea de retirada".

La elogiosa referencia del historiador chileno a los jefes del ejército de Tarapacá no es compartida por muchos contemporáneos suyos en lo que respecta al generalísimo de dichas tropas Juan Buendía. Según Paz Soldán, era buen militar, pero blando y suave, al extremo de que sus órdenes fueron desobedecidas. Los rumores llegados a Lima motivaron el cambio de Buendía (dice este historiador, que fue ministro de Gobierno de Prado); fue designado el general Fermín del Castillo pero "los que pertenecieron a la pasada administración y el ministro de Guerra lograron archivar el nombramiento". Fueron públicas y notorias las divergencias entre Buendía y algunos jefes; el general La Cotera, disgustado por ellas, regresó a Lima.

Al ejército peruano de Tarapacá fue agregada una división boliviana al mando del general Carlos Villegas que marchó por tierra desde Arica a Iquique; y otro al mando del general Pedro Villamil, transportada en barcos después de burlar la vigilancia de la escuadra chilena y que pasó, como se ha dicho antes, a Pisagua. Las disidencias entre peruanos y bolivianos surgieron de inmediato.

Al desembarcar los chilenos en Pisagua se colocaron, según ya se ha visto, entre los dos ejércitos, el de Buendía y el de Prado y Daza.

EL PLAN ALIADO. SALIDA DE DAZA DE ARICA.- Los aliados entonces decidieron avanzar por ambos frentes. Daza fue encargado de dirigirse al sur desde Tacna por la vía de Camarones a llamar la atención de los chilenos por retaguardia, sea para obligarlos a debilitarse dividiendo sus fuerzas, sea para tomarlos entre dos fuegos, sea para reforzar al ejército de Buendía a cuya cabeza

se pondría el presidente. Reunió este primero un consejo de guerra de jefes bolivianos, donde ya surgieron algunas voces discrepantes; marchó luego de Tacna a Arica, donde demoró tres días en nuevas juntas, mientras los soldados consumían barriles de bebidas alcohólicas. Después de estos tres días de "báquico estacionarismo en Arica", Daza emprendió la marcha el 11 de noviembre (y no el 8, como se había acordado al principio) a las once de la mañana bajo un sol abrasador. Una correspondencia de Arica publicada en *El Nacional* de Lima habla en forma entusiasta del desfile que entonces tuvo lugar."A la cabeza estaban los granaderos de Daza o Colorados; setecientos soldados de musculatura y talla hercúleas, veteranos escogidos todos con sus altos morriones y chaquetas punzó y pantalones blancos (decía el corresponsal), con sus robustos pies desnudos (calzaban ojotas) y con sus Remington apoyados en sus anchas manos y fuertes brazos. La Décima de César y los Granaderos de Napoleón (agregaba) no causarán efecto más importante que el Colorados". Lo seguían los llamados "amarillos" de Sucre por el color de sus trajes de bayeta, el Aroma 4° o "verdes" de Cochabamba, el Viedma de esa ciudad, ciento cuarenta artilleros armados de carabina, los coraceros de Daza y otros regimientos. Serían unos tres mil hombres de infantería mal contados. La artillería fue dejada en Tacna. El montonero tacneño Gregorio Albarracín, que marchó a la descubierta de cien jinetes, tuvo bajo su comando al único destacamento peruano en esta expedición.

Los jefes más ilustrados de la llamada Legión Boliviana acusaban a Daza y al comandante de su Estado Mayor, general Casto Arguedas, de ignorar los conocimientos más comunes y rudimentarios de la profesión, especialmente en lo concerniente a la organización militar. Daza tenía, a su vez, recelos y prevenciones contra varios de sus subordinados inmediatos. Se vivía en este ejército en un ambiente de suspicacias y de chismes. Al salir de Arica los soldados no fueron obligados a llenar sus cantimploras con el agua salvadora de los arenales y "los que llevaban algo en ellas (dice el general boliviano Juan José Pérez) era vino o aguardiente". En vez de marchar de noche, dadas las condiciones del desierto, como se le aconsejó, Daza insistió en marchar de día aseverando que con ello evitaba los peligros de la deserción de sus soldados.

AVANCE Y RETIRADA DE DAZA.- Duro es el paso por las quebradas que están entre Arica e Iquique cuya distancia es de 41 leguas peruanas. Laderas que parecen muros, aguas nauseabundas, insectos implacables hállanse en su inmensidad desolada que el sol calcina durante el día. Tres enormes grietas, oasis y abismos, cortan en diversos parajes esta altiplanicie: Vítor, la más septentrional, Chiza y Camarones. La travesía debía ser hecha en cinco días, tiempo que solo para los soldados de las serranías podía servir para cumplir tan difícil itinerario. Aquel ejército no tenía servicios de aprovisionamiento ni de sanidad. La falta de víveres hizo estragos desde el principio. La primera noche acampó en un altura medanosa a 5 leguas de Arica. Al segundo día durmió en Chaca, en la quebrada de Vítor, después de atravesar 5 leguas en una pampa de arena. El 13 se detuvo en un médano de la misma pampa. El 14 por la noche llegó a la quebrada de Camarones no lejos del mar. Allí descansó dos días y sufrió deserciones. El 16, Daza telegrafió a Prado: "Desierto abruma, ejército se niega a pasar adelante". Por fin, Prado contestó: "Recibido parte del ejército; mañana estará en Agua Santa, donde probablemente se dará batalla. Sea cual fuere el éxito del combate, ya que el ejército de Camarones no puede avanzar, creo conveniente, si a usted le parece, que comience a regresar a la mayor brevedad". Prado no pudo o no creyó conveniente ponerse a la cabeza de sus tropas ordenando a Daza que lo esperase y previniendo de ello a Buendía con el fin de evitar que el ejército de Tarapacá empeñara la batalla. Alegres dianas fueron tocadas en el campamento de Daza y a las cinco de la tarde los batallones comenzaron a desfilar, en ascenso, lento, por la cuesta de Camarones hacia Arica.

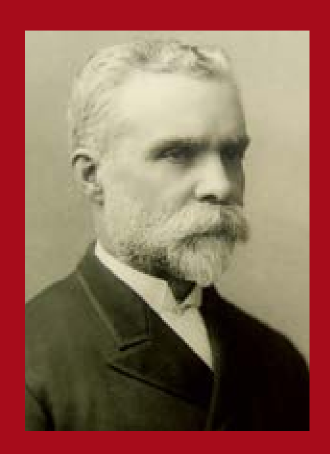
El general boliviano Juan José Pérez (ya mencionado, muerto más tarde en la batalla de Tacna) reveló que Daza, temeroso de sucumbir o de que se debilitase en la expedición

El Comercio

[1879 DICIEMBRE 11]

LA CAPTURA DE LA *PILCOMAYO*. El jueves 11 de diciembre de 1879, en una edición extraordinaria, *El Comercio* informó sobre la captura de la cañonera *Pilcomayo*. El relato del combate fue tomado del parte oficial del comandante de la nave, Carlos Ferreyros. Este decía: "A las 4:30 p.m. las embarcaciones del "*Blanco*" nos abordaban conservando nosotros nuestros pabellones al pico y topes, que fueron arriados por los enemigos, los que inmediatamente se dirijieron (sic) a combatir el incendio e inundación obligando a nuestros 1 y 2 injenieros (sic) a que les enseñaran el lugar de las válvulas y las cerrasen provisionalmente. A esta hora las dos cámaras eran presa de las llamas y el agua alcanzaba a diez pies en la sentina, estando la santabárbara totalmente inundada. El fuego de proa, que no había tomado tanto incremento, continuaba sin embargo".

BELISARIO SUÁREZ (1833-1910)



El militar ariqueño se unió al ejército en 1853. Luchó con Castilla en la guerra civil contra Echenique (1854-1855), y luego en el conflicto de 1866. Retirado de la vida militar, volvió a la actividad en 1874 para sofocar una revuelta de Nicolás de Piérola, y fue ascendido a coronel. Durante la guerra del Pacífico fue jefe del Estado Mayor del ejército. Por heridas en la batalla del Alto de la Alianza (Tacna), se trasladó a Lima, donde colaboró en la defensa de la capital y luchó en San Juan y Miraflores. Firmada la paz, fue ministro de Guerra (1890) y alcalde de Miraflores (1910).

el batallón "Colorados" engañó a Prado al comunicarle que los soldados no querían seguir avanzando; y que a los soldados les hizo creer que Prado los llamaba para defender el morro de Sama, es decir el litoral norte de Tacna. Y agrega que cuando se presentó ante Daza el batallón "Colorados" (predilecto suyo y apoyo principal en el poder) inquiriendo cómo es que tenían que contramarchar en frente del enemigo sin haber vengado a sus hermanos caídos ya en la guerra, la respuesta fue embustera.

"Van ustedes a sucumbir en el desierto y yo los quiero como a mis hijos para consentir en ese sacrificio estéril", les dijo Daza, y agregó que había recibido la llamada de Prado para defender el morro de Sama. "Nos llaman para defender el morro de Sama", repitieron los "Colorados", y accedieron a emprender la retirada.

Según otros testimonios, también de origen boliviano, el secretario de Daza, José Rosendo Gutiérrez, dejó el telegrama en que solicitaba la retirada antes de salir de Arica, y Daza recibió el telegrama de Prado autorizándola cuando ya la había iniciado. La idea de llegar a Camarones y contramarchar parece concebida en Arica, madurada en el trayecto y confidencialmente acordada entre los íntimos de Daza antes del consejo de guerra, dice el historiador boliviano Mercado Moreira que ha dedicado recientemente un libro a este enojoso asunto.

Daza en su manifiesto de París (París, junio de 1881) trató de defenderse y aseveró que la opinión unánime de los jefes reunidos en consejo de guerra decidió el regreso a Arica por razones de carácter político interno, con el objeto de luego justificar el golpe de Estado y que a él le produjo este voto dolor y vergüenza. En seguida cuenta que avanzó con un pequeño grupo a unirse al ejército del sur hasta que tuvo conocimiento de haberse librado la batalla de San Francisco. Este último dato es falso; pero es cierto, en cambio, que se adelantó con algunos ayudantes hasta Chiza y luego hasta Tana, lugares ocupados antes por Albarracín, y es cierto también que el 19 un fugitivo le comunicó la noticia de esa derrota. A Tana debía haber llegado Daza con todo su ejército el 16. Tana era un miserable lugar con unos cuantos ranchos, pero hállabase a 3 leguas de Tiliviche cuyas dos haciendas tenían alfalfares y quintas de recreo. Entre Tiliviche y Jazpampa, donde estaban los chilenos, la distancia era apenas de 2 leguas.

¿POR QUÉ SE RETIRÓ DAZA?.- ¿Por qué dio Daza la orden de retirada? El ejército tenía todavía agua, víveres y forrajes, aunque escasos. Las perspectivas de encontrarlos aumentaban si se decidía a avanzar en el camino hacia San Francisco. Los cargos de traición o de connivencia con los chilenos fueron voceados en forma violenta y reiterada por muchos bolivianos encabezados por los generales Camacho y Pérez y también por testimonios peruanos; a estos se sumó el historiador italiano Caivano con su característica vehemencia. Las gestiones hechas por Salinas Vega y René Moreno sirvieron como antecedente para tan grave acusación. En realidad no hay pruebas para ella y si bien *El Mercurio* de Valparaíso del 18 de noviembre publicó un telegrama diciendo que se habían tomado las medidas necesarias para que los dos ejércitos aliados no se unieran, pudo referirse a providencias de carácter militar. Las fuerzas chilenas, como ha de verse luego, se alarmaron mucho ante el avance de Daza. Lo que parece haber primado en Daza es el deseo de retener sus tropas, sobre todo los "Colorados", y no exponerlos, ya que constituían su único apoyo en el poder, inducido por el ansia de evitar para su investidura política y militar los peligros de una campaña tan distinta a las que él había conocido en su vida de soldado revoltoso. A estos sentimientos debió unirse la preocupación ante lo que podían tramar sus enemigos en el propio ejército y en Bolivia si él se enfrentaba a los chilenos en una operación estratégica, penosa, complicada, difícil y de resultados dudosos. Vicuña Mackenna afirmó que Daza tuvo miedo a los chilenos. Ekdahl lo rectifica y expresa que temió, más bien, al desierto y a la oposición en Bolivia. En todo caso su actitud no admite defensa. "A nuestro juicio (dice Mercado Moreira) la orden de la retirada de Camarones fue un acto de cobardía y de inconsciencia imperdonables".

[1]

[2]



[3]



LA CAMPAÑA DE TARAPACÁ. Fue la primera campaña terrestre de la guerra del Pacífico. Destacó en ella Andrés Avelino Cáceres, a quien vemos representado en este óleo de la batalla de Tarapacá (1). En dicho enfrentamiento, Cáceres comandó al batallón Zepita (2), uno de los mejor equipados de nuestro país (aquí, fotografías de sus oficiales). Aunque la victoria fue peruana, poco después Chile ocupó el territorio que aparece en este mapa de la época (3).

LADISLAO ESPINAR (1842-1879)



El militar cusqueño participó en el combate contra la Escuadra Española del Pacífico (1866). Al iniciarse el conflicto con Chile fue nombrado contralor del hospital militar, pero pidió su transferencia al campo de batalla. Se le asignó entonces la jefatura del batallón Zepita y de parte del batallón boliviano Illimani. Espinar tuvo una brillante participación en la batalla de San Francisco, en la que consiguió llegar hasta los cañones chilenos, pero murió en su intento, debido a una bala que le atravesó la frente.

LA DIVISIÓN CAMPERO.- Una división boliviana al mando del general Narciso Campero debía amagar a los chilenos por la frontera de Atacama. Avanzó con excesiva lentitud. Al saber lo que había ocurrido en Camarones, Campero optó, por iniciativa propia, por volver a Bolivia.

LOS CHILENOS EN DOLORES, JAZPAMPA Y PISAGUA.- Una vez capturada Pisagua, los chilenos se dirigieron al interior. El 10 de noviembre ya estaban en la oficina salitrera de Dolores donde podían contar con abundante agua de un pozo vecino. La artillería fue concentrada allí. Otra parte del ejército invasor permaneció en la estación ferroviaria de Hospicio y en la base de Pisagua. Tropas destacadas para vigilar el avance de Daza creyeron encontrarse con las señales de que se aproximaba el enemigo; con tal motivo hubo orden para concentrar una columna en el estratégico lugar llamado Jazpampa. El ejército chileno quedó así fraccionado en tres porciones: la de Dolores, con la artillería, según la versión de los historiadores de ese país, ascendía solamente a 4.500 hombres si bien testimonios peruanos la elevan a más de 6.000; la de Jazpampa tenía un efectivo calculado por aquellos en 3.000; mientras unos 5.500 continuaron estacionados en Hospicio y Pisagua.

Con la retirada de Daza, las fuerzas de Buendía habían quedado solas. Al avanzar ellas hacia el norte, pues decidieron no permanecer encerrados en Iquique que podía convertirse en una ratonera, buscaron el contacto con el presidente boliviano y se tropezaron con los chilenos. El comandante de estas tropas, general Erasmo Escala, hállabase en Jazpampa y se había negado insistentemente a mandar la artillería a Dolores. Los batallones acampados en este lugar pertenecían al comando del coronel Emilio Sotomayor, hermano del ministro de Guerra. El coronel Sotomayor, mal de su grado, acabó por acceder al pedido de varios de sus jefes, encabezados por un militar improvisado, el teniente coronel José Francisco Vergara para que fuesen ocupadas las "excelentes y salvadoras" alturas de San Francisco o de Dolores desde donde se dominaba el ferrocarril, los depósitos de agua y el camino a Jazpampa. El plan de Sotomayor (calificado como suicida por historiadores chilenos) había sido combatir en la llanura a lo largo de la línea férrea.

LA MARCHA DEL EJÉRCITO ALIADO A SAN FRANCISCO.- En lo que atañe a las condiciones en que el ejército del sur abandonó la ciudad de Iquique, escribió Belisario Suárez en su parte oficial de 23 de noviembre de 1879: "Salió el ejército, como V. S. consta, casi desnudo, muy próximo a quedar descalzo, desabrigado y hambriento, a luchar, antes que con el enemigo, con la intemperie y el cansancio durante la noche, para evitar en las pampas el sol abrasador y, en una palabra, con el equipo que al principio de la campaña era ya inaparente para emprenderla porque ninguno de los pedidos que V. S. y este despacho han reiterado, fue satisfecho en los siete largos meses de estación en Iquique". El Gobierno había celebrado un contrato con la casa Puch, Gómez y Cía. para la provisión de la carne, en el cual se había pasado sobre lo excesivo del precio confiando en la seguridad del suministro; pero este había sido súbitamente cortado. Otros elementos tampoco existían o eran escasos. Faltaban las bestias, las vituallas y el agua que hubieran hecho menos difícil la travesía por el desierto.

El 5 de noviembre las tropas caminaron en dirección a Pozo Almonte donde a partir del 6, concentraron nuevamente sus fuerzas, a las que se unieron los fugitivos de Pisagua; y allí estuvieron, a pesar de que era un campo arenoso y ardiente, sometido a los rigores de un viento cegador y constante. Los pocos víveres fueron disminuyendo sin esperanza de reemplazarlos y la tropa contó con un alimento solo de 2 onzas de papas, 3 de arroz y un pedazo de charqui. Soldados, oficiales y jefes estaban en absoluta ignorancia acerca del enemigo. Se notaba gran descuido en el servicio de campamento. La aprensión y la desconfianza minaban la moralidad y la disciplina. Entre el 13 y el 14 se produjo la salida de Pozo Almonte, el 16 descansó el ejército en Ramírez, y en la tarde de ese día emprendió la marcha sobre Agua Santa, el punto terminal

del ferrocarril de Pisagua. En esta travesía hubo a veces separación excesiva entre la vanguardia y el resto de las tropas. Al acampar el 17 en Agua Santa hubo necesidad de desafiar a los rayos del sol. Solo al caer la tarde se decidió el traslado a Negritos, situado a media legua y provisto de pozos de agua. Ella compensó en parte la escasez de alimentos. La salida de Negritos en la tarde el 18 fue solemne. "Un sublime sentimiento de entusiasmo se apoderó de todos los ánimos, moviéndose como por un solo resorte" (escribió el militar boliviano Lisandro I. Quiroga en su poco conocido folleto *La campaña de los 18 días*). "La fraternidad del Perú y Bolivia pocas veces encontrará una hora de más elocuentes manifestaciones. Las bandas militares del Perú entonaron el himno boliviano; las nuestras el del Perú, permaneciendo durante su ejecución todos con la cabeza descubierta y después atronadores vivas a la alianza llenaban el aire. Por fin los comandantes generales de división y los jefes de cuerpo se dieron un abrazo que simboliza el de los pueblos armados que representaban".

La marcha fue penosa. Había solo de 3 a 4 leguas entre Negritos y Santa Catalina y la carencia de guías libró el destino del ejército al acaso en el desierto. Al rayar la aurora del 19 las tropas estaban al norte de la oficina de Santa Catalina y el comando supuso que había cortado al enemigo su retirada. Este ocupaba, sin embargo, a corta distancia, las alturas de San Francisco. Muchos opinaron por ataque inmediato e instantáneo aprovechando de la sorpresa, sin que se escuchara esta opinión. Bajo los rayos abrasadores del sol, los aliados estuvieron todo el día sin comer, si bien hallaron un poco de agua en la oficina salitrera del Porvenir, situado al pie de San Francisco. Serían unos 4.000 peruanos y 3.500 bolivianos. Buendía había recibido el 14 un telegrama en clave del director de la guerra en que le decía: "Ataque Ud. en el acto y sin trepidar". Una orden posterior le indicó que esperara a Daza.

Entre quienes tenían la responsabilidad de dirigir al ejército, iban en aumento la desorganización y la discordia. Según manifiesta Cáceres en sus memorias, "con motivo de la ruta que se debía seguir, promoviose una acalorada discusión entre los jefes, en la cual se exaltaron los ánimos y poco faltó para que se dieran de sablazos. El comandante Rubin de Celis, ayudante del general Buendía, vino entonces a noticiarme de lo que pasaba y a decirme que fuera yo a apaciguar a los jefes".

LA ORDEN DE ATACAR Y LA CONTRAORDEN.- El mismo Cáceres cuenta que en la tarde del 19 vino primero la orden de atacar y luego la de postergar el ataque hasta el día siguiente, recibida con amargas críticas por muchos jefes. "Cuando abrumados por el hambre y el sol (dice Quiroga en confirmación de este dato) nuestros infelices soldados estaban en una especie de sopor bajo los pabellones de sus rifles, a las 3 p.m. se nos aproximó el coronel Suárez y personalmente a cada cuerpo anunció que se había resuelto atacar aquella tarde, formándonos en consecuencia en columna de ataque. La primera línea de las tres en que estaba dividido el ejército ocupaba nuestra derecha y sus columnas se formaron en la pampa que se extiende hacia el este. La segunda línea se adelantó por el costado izquierdo nuestro, o derecho enemigo, permaneciendo atrás la línea de reserva. Cuando habíamos ya avanzado en actitud hostil sobre el enemigo y estábamos a una cuadra del pie del cerro, nos mandaron hacer alto y el jefe del E. M. G., que estaba en los cuerpos que formábamos la segunda línea llamó a consulta a los primeros jefes de cuerpo. Nos detuvimos más de media hora hasta que, después de aquellas deliberaciones tan extemporáneas, se volvió el coronel Suárez a dirigir a cada cuerpo y en un discurso breve nos dijo 'que la hora era avanzada para completar esa tarde la victoria por lo cual convenía postergar el ataque para el siguiente día en que al amanecer subiríamos a las posiciones enemigas, que mientras tanto fuésemos a descansar y tomásemos el rancho que se nos iba a distribuir'".

Según Suárez en una comunicación a Buendía (Puno, 12 de agosto de 1885) la contraorden se inspiró en la desorganización y el descontento que reinaban en el ejército boliviano.

El Comercio

[1879 NOVIEMBRE 25]

LA BATALLA DE SAN FRANCISCO. Las primeras informaciones sobre la batalla del cerro San Francisco fueron contradictorias. Recién el 25 de noviembre de 1879, una semana después del enfrentamiento, *El Comercio* confirmó la noticia y publicó el reporte de su corresponsal. Este decía: "Tres horas duró el empeño sostenido con bizarría por nuestra parte —La noche vino a marcar la indicación de retirada. Nuestras tropas habían sido rechazadas con sensibles pérdidas. La marcha en retirada se efectuó en orden, protegida por parte de la artillería y el batallón Zepita —La caballería funcionó en esta acción: creemos que operaría favoreciendo la marcha retrógrada de los rastros de los cuerpos comprometidos. Nuestras bajas se calculan en cerca de dos mil hombres —No se tiene noticia de las del enemigo".

LA BATALLA DE SAN FRANCISCO.- Según Cáceres, después de dada la consigna de aplazar la batalla, surgió una provocación chilena con disparos de artillería a los que siguieron la arremetida de parte de las tropas peruanas y bolivianas. Quiroga afirma que, no obstante la contraorden, la primera línea continuó su avance de frente, "en pocos minutos llegó al pie del cerro y, cuando menos lo creíamos, comprometió la batalla". En su opinión el Estado Mayor no llegó a comunicarle la decisión adoptada, lo cual no parece verosímil pero da una idea acerca de la precipitación con que se sucedieron los acontecimientos.

Según Buendía (ratificado en esto por Suárez) el primer disparo fue de rifle y provino de un sargento boliviano. Eran las tres y pocos minutos de la tarde.

Buendía, en un memorándum sobre la batalla (que ha utilizado Paz Soldán y que figura en el libro con sus documentos recientemente publicado) no menciona la contradicción entre las disposiciones adoptadas y afirma que se hizo alto y se decidió que el ejército, que estaba extenuado, se retirase a descansar, comer y dormir, citándose a una junta en la noche de todos los comandantes generales y jefes de cuerpo. A los pocos minutos (agrega) se oyó la detonación de un tiro disparado de un sargento de la compañía Illimani, boliviana, desplegada en guerrilla. "Corrí a impedir se hiciese fuego (sigue contando Buendía); pero mis esfuerzos, como los de todos, eran desatendidos y desoídas las cornetas que tocaban 'alto el fuego'".

Ya desde la mañana se había esparcido con rapidez prodigiosa la noticia de la retirada de Daza transmitida por uno de los propios enviados por Buendía para suplicarle que precipitase su marcha; esta información desmoralizó a las tropas bolivianas y llenó de recelo y encono a los peruanos. Tan desalentadora noticia, más que las fatigas y penurias de la campaña, sirvió como factor sicológico muy importante para explicar lo ocurrido en San Francisco. Iniciado el tiroteo, como se ha visto, sin una orden, alrededor de las tres de la tarde, algunos jefes y tropas de infantería peruana y boliviana se lanzaron a combatir con arrojo temerario estimulados por los gritos de: *¡Al cerro! ¡Al cerro!,* mientras los fuegos de las compañías colocadas a retaguardia a veces herían o mataban por la espalda a quienes buscaban al enemigo, por lo cual se produjo una gran confusión en la que el resto del ejército boliviano y la caballería peruana al mando del coronel Rafael Ramírez se dispersaron.

En condiciones muy desfavorables empezó así, sin plan previo, esta arremetida prematura de parte de la infantería peruana y boliviana contra treinta y dos cañones de campaña, teniendo los asaltantes que atravesar una zona mortífera de 3 mil metros, bajo un sol abrasador. Algunos combatientes lograron escalar el cerro y acercarse a los cañones. Entre ellos se contó el héroe máximo de la jornada, el coronel Ladislao Espinar, oriundo del Cuzco. De él se ha dicho que era un explorador sin puesto en el ejército, hombre de 38 años, alto, esbelto y arrogante. Notable por su impetuoso valor, Castilla le había hecho avanzar en su carrera desde soldado hasta teniente coronel. El día de la batalla estaba envuelto en un ancho albornoz africano que la daba a la distancia el aspecto de un monje. Al hablar del asalto a las alturas por los batallones *Zepita* e *Illimani* en medio de un diluvio de balas dice Vicuña Mackenna: "Conducíalos Espinar y desde a caballo impávidamente señalando con la espada a los soldados los sitios y hasta las personas a quienes debían tirar. Cayó en ese momento el caballo del atrevido peruano atravesado por una bala de carabina; pero, sacudiéndose el polvo del gabán y enjugándose el sudor del rostro, continuó la repechada gritando a los que le seguían: '¡A los cañones! ¡A los cañones!', voces que en el fragor de la batalla oíanse distintamente". Llegó hasta ellos. El mayor Salvo que manda la artillería dijo entonces en una carta particular: "Sucumbió (Espinar) gloriosamente a pocos pasos de donde yo me hallaba contestándole con mi revólver los fuegos que me hacía con el suyo".

Entre los batallones que treparon el cerro estuvieron los que tenían cuadros preparados en la Escuela de Clases, los famosos *cabitos*; entre ellos el Lima N° 8 a las órdenes del teniente coronel Remigio Morales Bermúdez. Eran casi niños.

"ENTRE LOS BATALLONES QUE TREPARON EL CERRO ESTUVIERON LOS QUE TENÍAN CUADROS PREPARADOS EN LA ESCUELA DE CLASES, LOS FAMOSOS *CABITOS*; ENTRE ELLOS EL LIMA Nº 8 A LAS ÓRDENES DEL TENIENTE CORONEL REMIGIO MORALES BERMÚDEZ. ERAN CASI NIÑOS."



"Las Fuerzas del ejército aliado (escribió Belisario Suárez en su parte oficial del 23 de noviembre de 1879) en completa dispersión, sin orden, sin que nada autorizara ese procedimiento, rompieron un fuego mortífero para nuestros soldados e inútil para el enemigo. El campo se cubrió de esos soldados fuera de filas que disparaban desde largas distancias, avanzaban a capricho o escogían un lugar para continuar quemando sus municiones sin dirección ni objeto; en cada sinuosidad del terreno, tras de cada montón de caliche y aun entre cada agujero abierto por el trabajo, había un grupo que dirigía sus fuegos sin concierto, sin fruto y produciendo un ruido que aturdía y una confusión que no tardó en envolverlo todo". Agregó Suárez que él intentó contener este desborde y, asimismo, dirigir el ataque a la altura; "pero (confesó) tuve que abandonar también ese empeño a ruego de los soldados heridos por la espalda mientras combatían denodadamente".

Después de casi dos horas de lucha, en las que disparó la artillería chilena 815 cañonazos, según testimonios de esa nacionalidad, y en que participó también la infantería para defender el cerro, se hizo evidente a las cinco de la tarde la suerte adversa de los aliados. El comando no logró evitar el desorden en ningún momento.

El general Pedro Bustamante, jefe de una de las divisiones, a quien (según él dijo en un manifiesto que luego publicó en Lima) se le dio la orden de avanzar para tomar la artillería enemiga, tuvo que retroceder y, al notar que la pampa se hallaba regada de dispersos, optó por retirarse y, con parte de sus tropas, como cuatrocientos hombres aproximadamente, llegó a Arica antes que el grueso del ejército, sin haber combatido en Tarapacá.

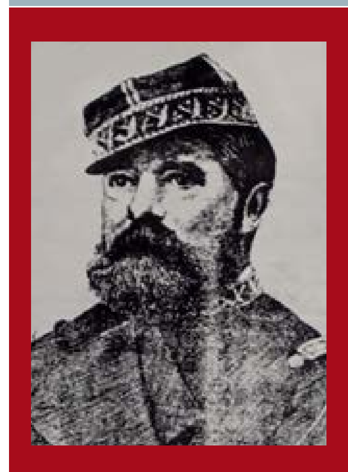
Buendía llegó a negar el nombre de batalla al tiroteo de San Francisco: "¿Qué derrota hemos podido sufrir los que no fuimos atacados por el enemigo (exclama); ni qué victoria alcanzaron los que desde el cerro en que estaban posesionados nos dirigían sus tiros de cañón sin haber bajado al campo? Lo que hubo en San Francisco fue una dispersión preparada, arreglada y ejecutada en esos momentos en que se encontró oportuna la ocasión y la hora, por una tropa cansada, disgustada, alucinada y conturbada por las noticias recibidas en la mañana de ese día". Fue la suya la misma versión de Suárez, muy antiboliviana. Seguramente ambos exageraron al considerar como un plan lo que fue efecto del desgobierno.

Pero las consecuencias de esta jornada –cañoneo en las alturas, dispersión en la planicie– fueron trascendentales. El ejército de Tarapacá quedó grandemente reducido, no por las bajas (calculados en 220 muertos y 76 heridos) sino por la dispersión de todas las fuerzas bolivianas (cuyo número ascendió, según se ha anotado, a poco más de 3.000) y de algunas unidades peruanas. Los chilenos tuvieron, según Encina, 60 muertos y 148 heridos, casi el doble de las bajas confesadas.

Los vencedores no hicieron prisioneros y permanecieron en sus mismas posiciones. Ni ellos ni el general Escala que llegó esa misma tarde precedido, según cuenta José Francisco Vergara en sus memorias, del "estandarte de la Virgen del Carmen" (su división de 3.000 hombres se hizo presente en la noche) tuvieron sospechas de la magnitud del triunfo. Hasta la mañana siguiente lo creyeron un reconocimiento. Cuerpos de infantería chilenos descansados hubieran podido lanzarse a la carga después de la batalla, en vez de quedar retenidos en torno al cerro y (según testimonios de esta nacionalidad) deshacer a los restos del ejército aliado. Los mismos aseveran que, después de haber tomado el mando el general Escala, ni él ni el coronel Sotomayor, al divisar la columna de polvo que marcaba la retirada del enemigo por el desierto, supieron lanzar la caballería para exterminarlo o rendirlo. Sin haberlo esperado, se encontraron con que tenían en su poder heridos y armamentos peruanos y bolivianos. Vergara dice: "Habíamos obtenido una victoria sin saberlo y solo porque Dios lo había querido".

Singular interés ostenta, en relación con la batalla de San Francisco, la exposición que publicó el coronel Manuel Velarde en *El Comercio* del 9 de diciembre de 1884. Este jefe se retiró del lugar del combate y acusó a Buendía. Lo mismo hizo, en otro manifiesto, el general Pedro Bustamante (*La Patria*, 19 de enero de 1880).

ERASMO ESCALA (1826-1884)



El militar chileno se incorporó al ejército de su país como alférez en 1837. Luchó en las batallas que pusieron fin a la Confederación Perú-boliviana entre 1838 y 1839. Siguió una brillante carrera por lo que en 1872 se le nombró director de la Escuela Militar. Durante la guerra del Pacífico, participó en la batalla de Tarapacá como general de brigada. El 29 de julio de 1879 fue nombrado general en jefe del ejército chileno. En diciembre de ese año, sin embargo, sufrió una apoplejía que lo obligó a renunciar al cargo en marzo de 1880.

LA DEFECCIÓN DE HILARIÓN DAZA

EN SU "MEMORIA", EL GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DEL SUR, JUAN BUENDÍA NORIEGA, HACE UNA DEFENSA DE SU ACTUACIÓN EN SAN FRANCISCO, ACUSANDO A DAZA DE SER EL CULPABLE DE SU DERROTA.

"El telegrama (clave) de S. E. el supremo director [Prado], del 14 de noviembre, por el que terminante y perentoriamente ordenaba: 'Ataque usted en el acto y sin trepidar', lo acepté como aviso de encontrarse cerca el general Daza, que por telegrama (clave), del 9 nos hizo saber marchaba con dos divisiones y 15 piezas de artillería a reunírsenos; pues que no podía consentir que, por absoluta que fuese su orden, creyese que, por ningún motivo, había de arrojarme a librar una batalla sin plan, sin métodos; sin previo acuerdo, combinación y arreglo con los comandantes generales y jefes de cuerpo, para en vista y con conocimiento de las posiciones del enemigo y condiciones de los terrenos, arreglase el modo y forma de combatir, lo que se había principiado el día anterior en Dibujo y para lo que debía tenerse en la noche una junta de guerra.

Si S. E. el supremo director hubiera sido franco, claro, explícito en su despacho, avisándonos la contramarcha de Daza, con conocimiento de la verdadera causa de su telegrama, hubiéramos trabajado en predisponer el ánimo del ejército, para evitar los terribles efectos que produjo tan funesta retirada, muy particularmente en las fuerzas bolivianas, que por todas partes veían aparecer a su capitán general y las divisiones de su mando, y hubiéramos evitado la tremenda explosión que produjo la llegada del joven [mensajero] Prado con la noticia de la contramarcha de Camarones.

Si el general Daza se presenta en el campamento, aunque hubiese sido solo, todo hubiera cambiado; por lo que apreciando el telegrama (en clave), del 14 como aviso de su aproximación a nosotros, se puso el ejército el mismo día en movimiento sobre el enemigo […].

En este puerto (Arica) [después de la campaña] dije repetidas veces al señor general Daza: 'La tremenda contramarcha de usted ha causado gravísimos y funestísimos efectos; si usted llega a reunírsenos, como lo esperaba, el día 19, para transmitirle el mando, aunque se hubiese presentado solo, todo hubiera cambiado, destruyendo temores y pretextos, y con su prestigio y dirección, el triunfo hubie ra sido infalible, como el destino, pero su contramarcha nos perdió; usted se comió los camarones, yo sufro la indigestión; pero a usted se ha abierto un horroroso abismo, porque aquí, le hacen a usted la revolución. […] Si el movimiento se realiza con buenos resultados, esté usted cierto que habrá mil y mil que lo celebren en Bolivia'. ¡Este es el mundo! No pasaron muchos días sin que viesen realizados mis conceptos".

De: Juan Buendía. "Memoria del general en jefe del ejército del sur Juan Buendía Noriega sobre sus responsabilidades durante la campaña del sur / Memorándum reservado". En: Carlos Milla Batres, *Recopilación de partes y documentos de la guerra del Pacífico*. Lima: Editorial Milla Batres, 1980; pp. 21-23.

APRECIACIÓN SOBRE SAN FRANCISCO.- Antes de que se librara la batalla de San Francisco, pareció que, a pesar de las circunstancias adversas para los peruanos y bolivianos, las tropas invasoras podían ser destrozadas. Al dividirse ellas en tres núcleos, en San Francisco, Jazpampa y Hospicio, hubieran tenido que afrontar ataques sucesivos. Si Daza se une a Buendía o concierta sus operaciones con él, habría aumentado la fuerza y elevádose la moral de los jefes, oficiales y soldados aliados. Aún después de quedar solo Buendía, si este general organiza y comanda adecuadamente sus fuerzas, la fortuna le hubiese sido acaso propicia, pues los chilenos no lo esperaban. Castilla triunfó muchas veces bajo condiciones mucho más adversas. Todo el curso de la invasión en el sur del territorio peruano habría sufrido un cambio trascendental si no hay deslealtad en el aliado que suscitó la guerra y si no surgen en seguida la precipitación y el atolondramiento en las fuerzas que habían caminado desde Iquique. San Francisco no fue una batalla donde la victoria pareciera sonreír durante unos instantes a los combatientes peruanos, como ocurriera luego, tanto en Tacna como en Miraflores y hasta en Huamachuco; pero, antes de que se disparara el primer tiro de ella, en ese lugar y entre esos hombres estuvo, teóricamente, la mejor oportunidad para arrollar al adversario.

Y, sin embargo, lo que en realidad sucedió fue un desastre. Pero cabe pensar que bien pudo haber sobrevenido algo peor, a causa de la anarquía, la excitación y la incertidumbre reinantes. Por ejemplo, que el ejército peruano cayera prisionero sin combatir, suponiendo el brusco surgimiento de un fenómeno de desbande en las tropas bolivianas ante la noticia de la retirada de Daza con un proceso de contagio parcial en las filas peruanas, o una lucha cruenta entre los aliados, o algún otro estigma similar, del que fue redimido aquel ejército por la sangre de los héroes de San Francisco. Producida la derrota, los vencidos (no hay que olvidarlo tampoco) hubieran podido ser aniquilados inmediatamente después si los vencedores bajan de sus posiciones en las alturas.

En la catástrofe de esta batalla se escucha como un eco de la pérdida de la *Independencia*; así como, en cierto modo, hay algo del *Huáscar* en Tarapacá y en Arica.

Los gritos de: *¡Al cerro! ¡Al cerro! ¡A los cañones! ¡A los cañones!* resuenan con un acento patético en la historia peruana. Se enlazan con las vociferaciones de las muchedumbres que salieron a las calles en abril de 1879 para pedir la guerra y con el sacrificio de todos los que, a lo largo de la contienda, fueron, pocos y casi inermes, a enfrentarse a muchos y bien armados. Aparece como el símbolo de la lucha de la Improvisación con la Organización.



EL HECHO SOLO DE QUE SE MANTUVIERA COMPACTO ESTE EJÉRCITO PARECE UN MILAGRO. SE HALLABA SIN RECURSOS, SIN ABRIGO CON QUE DEFENDERSE DEL VIOLENTO FRÍO NOCTURNO, SIN AGUA FRENTE A LOS CALORES DEL DÍA, SIN ZAPATOS.



RETIRADA DEL EJÉRCITO PERUANO A TARAPACÁ. CAPTURA DE IQUIQUE.- En la noche del 19 los peruanos se retiraron hacia Tiliviche, sin restablecer sus fuerzas agotadas por el hambre, la sed, el cansancio y el insomnio. Habían estado caminando por el arenal desde el 16, habían combatido extenuados el 19 y ahora volvieron a emprender la marcha, sin mapas de la región y sin brújulas, confiados en guías inexpertos que se "empamparon", o sea perdieron el camino por la densa niebla, girando hasta seis veces en un mismo círculo y atravesando otras tantas la línea férrea de Pisagua, muy cerca de los chilenos. Después de seis horas, tuvieron que hacer alto hasta la madrugada y entonces, al encontrarse en el camino de Tarapacá, se decidieron a seguirlo. En la oscuridad y en la confusión de la noche se perdieron las cargas del parque y casi todos los elementos que necesitaban acémilas.

El hecho solo de que se mantuviera compacto este ejército parece un milagro. Se hallaba sin recursos, sin abrigo con que defenderse del violento frío nocturno, sin agua frente a los calores del día, sin zapatos. Si grandes habían sido los sufrimientos en la marcha de Iquique a San Francisco, peores resultados ellos ahora, contando con menos elementos de movilidad y aprovisionamiento. Los chilenos se apoderaron pacíficamente, el 23 de noviembre, del puerto de Iquique entregado por el cuerpo consular y los bomberos y en donde quedaron los prisioneros de la *Esmeralda*. La guarnición de ese puerto, compuesta por una división de la que formaban parte entusiastas civiles armados al mando del coronel José Miguel de los Ríos partió a reforzar al

ANDRÉS AVELINO CÁCERES (1836-1923)



Conocido como el "Brujo de los Andes", el militar ayacuchano se unió al ejército en 1854. En 1879, al frente del batallón Zepita, luchó en las batallas de San Francisco y Tarapacá. Luego fue trasladado a Tacna, donde reorganizó el ejército del sur y luchó en el Alto de la Alianza. De vuelta en Lima fue nombrado comandante general de la V División del Ejército del Centro, y luchó en San Juan y Miraflores. Tras la ocupación chilena de la capital, se trasladó a Jauja, donde inició la resistencia peruana (1881-1883). Fue presidente de la República en dos períodos: 1886-1890 y 1894-1895.

ejército de Tarapacá al que llevó municiones que harto necesitaba. Este, en su marcha de 30 millas por la pampa, había tenido que dejar tras de sí los cañones que se atascaron en la arena. Tampoco contaba con caballería. Sus fuerzas eran, pues, de infantería, generalmente de raza indígena, hombres oriundos, por lo tanto, de clima muy distinto; pero a pesar de todo, capaces de estólida resistencia frente al hambre, la fatiga y la sed. En el improvisado campamento de Tarapacá, las municiones escaseaban tanto como los víveres. Había allí 4.270 hombres.

La aldea de Tarapacá estaba situada al pie de la cordillera, en el fondo de una quebrada de 300 a 400 metros de ancho, dominada por elevados cerros cortados casi a pique y cuyos descensos hasta los más accesibles podían ser ventajosamente defendidos por quienes dominaran las alturas. Los bolivianos la habían saqueado en su retirada y las casas estaban desiertas.

BATALLA DE TARAPACÁ.- La vanguardia al mando del coronel Justo Pastor Dávila y la primera división con el coronel Alejandro Herrera (formada por los batallones Cazadores del Cuzco y Cazadores de la Guardia) marcharon el 26 de noviembre de Tarapacá al punto llamado Pachica distante 3 leguas, en vista de las estrecheces encontradas en la aldea. Quedaron allí la división mandada por Andrés A. Cáceres compuesta de dos batallones llamados Dos de Mayo y Zepita, cuya tropa era oriunda del Cuzco y Ayacucho; la división de Francisco Bolognesi con los batallones Guardias de Arequipa y 4° de Ayacucho, los restos de la división de Exploradores y la división llegada de Iquique de la que formaba parte la columna Loa compuesta por obreros bolivianos de las salitreras, más lo que quedaba de los astilleros con su comandante general, coronel Emilio Castañón, desprovistos de sus armas.

El general Escala, después de vacilar durante algunos días, despachó fuerzas cuidadosamente seleccionadas contra el enemigo en retirada, con el propósito de interceptarlo y dispersarlo. Las mandaba el general Luis Arteaga a quien acompañaba el teniente coronel José Francisco Vergara. Eran más de 2.500 hombres de infantería seleccionados, 150 de caballería y 150 de artillería con diez cañones de campaña de largo alcance entre los que había seis piezas Krupp de montaña. La infantería estaba bajo las órdenes del comandante Eleuterio Ramírez. Los soldados llevaban sus morrales repletos de municiones y tanto en ellos como en sus jefes bullía un ánimo ansioso y alegre como si se dirigieran a una fiesta.

Situado en las alturas que dominaban el pueblo, el ejército chileno intentó copar y exterminar a los peruanos allí reunidos. Contaba no solo con su propia fuerza sino, además con la sorpresa de su embestida, con los efectos de la batalla de San Francisco sobre los peruanos y con la desfavorable situación de ellos, sumidos como estaban en un "ataúd de piedra".

Para atacar se agrupó en tres divisiones. A la derecha, a cargo de Eleuterio Ramírez, correspondió atacar de frente; la izquierda, teniendo como jefe al teniente coronel Ricardo Santa Cruz, debía cortar la retirada; al centro, cuya responsabilidad asumió el mismo Arteaga, se le encomendó la misión de descender sobre Tarapacá y atacar de flanco. Un espía, antiguo minero, había dado informes detallados sobre la situación del adversario.

A eso de las ocho de la mañana del 27 de noviembre llegó al campamento peruano la noticia del avance de los chilenos en considerable número. Se tocó llamada y aún no estaba formada la tropa cuando aparecieron por las alturas algunos jinetes haciendo señas para que fueran a su encuentro.

El Zepita y el Dos de Mayo, bajo las órdenes de Cáceres, comenzaron a las ocho y media de la mañana a trepar en dirección a la cumbre de la quebrada y se enfrentaron a la división de Santa Cruz. Otra división, encomendada a Francisco Bolognesi, fue destinada a proteger al lado contrario. Buendía y Suárez quedaron para resistir el ataque sobre la aldea de Tarapacá. Los cuzqueños y ayacuchanos del Zepita y del Dos de Mayo llegaron a la cumbre en media hora y allí prosiguieron la lucha en la que murieron el teniente coronel Juan Bautista Zubiaga, pariente de

la Mariscala, y el coronel Manuel Suárez, también cuzqueño, relacionado con el famoso hombre de Estado Juan Manuel del Mar. En vano Santa Cruz resistió cuanto pudo y en vano acudió en su auxilio la división del centro con Arteaga. Tuvieron que retirarse, a pesar de haber contado con cuatro cañones Krupp y cuatro ametralladoras que fueron capturados por los peruanos.

No solo escaló la cima del cerro la división Cáceres. No solo combatió en la cima que presentaba la extensión de una pampa ocupada en sus diferentes puntos por el adversario favorecido por la artillería. Resistió cuando este llegó a ser reforzado por la caballería y dos columnas de infantería y cuando se le agotaron las municiones. Se proveyó de armas y pertrechos enemigos. Emprendió otro ataque y consiguió hacerlos retroceder hasta gran distancia. En este empuje Cáceres estuvo acompañado por la guardia nacional de Iquique, encabezada por el coronel Alfonso Ugarte y por la columna naval, compuesta por marinos. Con nuevos refuerzos comandados por Belisario Suárez la victoria se hizo completa. Los dos últimos cañones tomados fueron puestos en condición de disparar y llegaron a lanzar varios tiros.

Bolognesi (que estaba en cama enfermo y se levantó de ella para combatir) había recibido la orden de tomar, con su decisión, las alturas opuestas a las que ocupaba el enemigo al empezar la lucha. Trabó lucha con tropas que avanzaban por ese sector y se posesionaron de casas, tapias y matorrales. Cuando se prendió fuego a unas habitaciones, salieron los enemigos de sus atrincheramientos en fuga. Fue allí cuando el soldado Mariano de los Santos, oriundo de Urcos, arrancó con sus manos la bandera del 2° de línea. Pertenecía Santos a la primera compañía de Guardias de Arequipa. A las tres y treinta de la tarde Bolognesi contramarchaba hacia la población y recibía la orden de ir a las alturas que la dominan. En ella también se combatió sin tregua.

Cuando la lucha todavía proseguía llegaron las tropas de la vanguardia peruana y la primera división que eran unos 1.400 hombres que estaban en Pachica y a la que se había mandado avisar. Entre ellos estaban los batallones de cabitos.

Este refuerzo ratificó la victoria. Arteaga ordenó la retirada general.

El fuego cesó más o menos a las cinco y media de la tarde.

Se había peleado durante cerca de nueve horas. Los peruanos reconocieron en sus documentos oficiales haber tenido 236 muertos, 261 heridos y 76 dispersos, y orgullosos contaron cuatro cañones y cuatro obuses capturados, un estandarte, varias banderas y alrededor de 60 prisioneros, entre ellos una cantinera. Habían combatido a base del esfuerzo personal y habían hecho fuego en la etapa final de la batalla con armas y municiones de los muertos y heridos enemigos. Entre las bajas chilenas (calculadas en 516 muertos y 176 heridos según fuentes de ese origen) estaban los dos primeros jefes del 2° de línea Eleuterio Ramírez y Bartolomé Vivar. A raíz de la derrota, Vergara se retiró del ejército y de la guerra.

Salvó a los vencidos la falta de caballería y la escasez de municiones de los peruanos.



LA ALDEA DE TARAPACÁ ESTABA SITUADA AL PIE DE LA CORDILLERA, EN EL FONDO DE UNA QUEBRADA DE 300 A 400 METROS DE ANCHO, DOMINADA POR ELEVADOS CERROS CORTADOS CASI A PIQUE Y CUYOS DESCENSOS HASTA LOS MÁS ACCESIBLES PODÍAN SER VENTAJOSAMENTE DEFENDIDOS POR QUIENES DOMINARAN LAS ALTURAS.



EL SIGNIFICADO DE TARAPACÁ.- Acerca del significado que tuvo la batalla, habla con elocuencia la orden general que dos días después publicó el Estado Mayor. Dice así: "Art. 1° Su señoría, el general de división y jefe del ejército, aprovecha este día en que lo permite el descanso, para tributar a las fuerzas de su mando el aplauso y la acción de gracias que la nación y él mismo les deben por su brillante comportamiento en la batalla del 27 próximo pasado noviembre y no puede menos que recordar, para que quede consignada entre las más honrosas páginas de nuestra historia militar, que después de un movimiento penosísimo, faltos de todo recurso, solo con columnas de infantería, los valientes que componen las seis divisiones han arrojado un ejército de las tres armas de inexpugnables posiciones, quitándole su artillería, dispersando sus escuadrones y obligándole a emprender una fuga desastrosa. Espera su señoría que este acto de justicia sirva al ejército, no de estímulo porque no ha de menester otro que su honor, su patriotismo y su valor probado, sino de testimonio de que el país y los jefes superiores no son indiferentes a sus méritos".

LAS BAJAS DE TARAPACÁ

El 27 de noviembre de 1879 se llevó a cabo este sangriento enfrentamiento entre los ejércitos peruano y chileno. El número de bajas fue el siguiente:

EJÉRCITO PERUANO	
BAJAS	NÚMERO
Muertos	236
Heridos	261
Dispersos	76

EJÉRCITO CHILENO	
BAJAS	NÚMERO
Muertos	516
Heridos	176
Dispersos	No consignado

En efecto, el gran héroe de Tarapacá fue el soldado peruano anónimo. En los nichos y placas murales de la cripta erigida en el cementerio de Lima lo representan el corneta Mariano Mamani y el soldado Manuel Condori. Dice una relación de la época: "Sorprendido por el enemigo cuando menos lo esperaba, casi encerrado en un foso sin salida y cuando por excepcionales circunstancias del momento, así materiales como morales, debía encontrarse tan débil de ánimo como de cuerpo, supo (el soldado) no solamente salir del foso para ponerse frente al enemigo que lo dominaba y fusilaba a discreción, sino también combatir valerosamente durante largas horas y conseguir una victoria tan espléndida como inesperada. Para obtener todo aquello no pudo contar más que con su valor personal sostenido apenas por el ejemplo y la voz de un pequeño número de buenos oficiales. Sin artillería y sin caballería de que el enemigo estaba abundantemente provisto, sin plan de batalla y sin hallarse confortado por alimentos buenos y suficientes (habiendo sido sorprendido mientras se estaba preparando el mezquino rancho, al cual estaba reducido desde algún tiempo) el soldado peruano se adelantó intrépido y resuelto contra el enemigo, lo fue a buscar hasta dentro de sus mismas posiciones que estaban defendidas por diez buenos cañones y por las bien aprovechadas asperezas del suelo; y luchando cuerpo a cuerpo, en un encarnizado combate varias veces suspendido para tomar aliento y volverlo a empeñar cada vez con vigor siempre creciente, le tomó sus cañones y sus banderas, lo desalojó de sus posiciones y lo hizo retroceder varias millas en completa derrota".

Muchos fueron los que se distinguieron en esta batalla, empezando por el jefe de Estado Mayor, coronel Belisario Suárez. La segunda división, al mando de Cáceres, inició el ataque, el batallón Zepita tomó varios cañones y otros el Dos de Mayo, murieron, como queda dicho, el primer jefe del Zepita, coronel Manuel Suárez y el segundo del Dos de Mayo, teniente coronel Juan Bautista Zubiaga. Otro de los muertos fue José Miguel de los Ríos, natural de Lampa, que había tenido bajo sus órdenes a la división que se retiró desde Iquique a Tarapacá y llegó a ese pueblo el 26 de noviembre; Ríos fue herido varias veces y siguió en el combate y murió. Mandaba la tercera división el coronel Francisco Bolognesi; de esta división formaba parte el batallón Guardias de Arequipa, uno de cuyos soldados, Mariano de los Santos, capturó como se ha referido el estandarte enemigo del 2° de línea. Así como el Zepita y el Dos de Mayo lucharon contra la artillería, los guardias nacionales de Iquique y los bolivianos de la columna Loa dispersaron la caballería. Cuando ayudaba a la división Cáceres, fue herido en la cabeza el jefe del batallón Iquique N° 1, el acaudalado joven tarapaqueño Alfonso Ugarte; y continuó, no obstante, alentando a su tropa. En brazos de su hermano Andrés, murió el capitán Juan Cáceres. El teniente coronel Isaac Recavarren, el defensor de Pisagua, jefe de Estado Mayor de la 2ª División, estuvo en muchas partes del combate y quedó herido en una mano.

Las tropas peruanas hicieron uso, como ya se anotó, de las armas y de las municiones tomadas al enemigo sobre su propio campo y muchas veces la lucha fue cuerpo a cuerpo y en ella también fue suya la victoria.

LA RETIRADA HACIA ARICA.- Pero la victoria táctica no cambió los resultados estratégicos de la campaña de Tarapacá. El aislamiento y las penurias en que los soldados peruanos se debatían y la superioridad en el número y en el equipo de las fuerzas descansadas que podían marchar contra ellos, impusieron fatalmente la realización del plan de dirigirse a Arica. Los vencedores del 27 de noviembre emprendieron su retirada a Pachica aquella misma noche sin haber probado alimento ni tenido descanso, dejando numerosas armas y municiones. Los ocho cañones y obuses enemigos fueron enterrados bajo la arena. También quedaron abandonados numerosos heridos. Otros de ellos acompañaron a sus camaradas yendo a pie.

Agotadoras habían sido las caminatas de Iquique a San Francisco, y de San Francisco a Tarapacá. Estas nuevas jornadas fueron, sin embargo, peores. Veintidós pavorosos días

duró la marcha sin descanso, en busca de las rutas más alejadas de la costa y más inaccesibles al enemigo, empeñado al principio en una tarea de persecución. Cuestas arriba y cuestas abajo, sobre arena y riscos, durante el día bajo el calor implacable del sol que incendiaba la atmósfera y durante la noche en medio de un intenso frío, en el que hasta las estrellas parecían tiritar, casi sin comida, con poquísimas municiones pues no hubieran podido sostener más de cinco minutos de fuego, casi descalzos los soldados, oficiales y jefes, vestidos algunos con los andrajos de los uniformes con que salieron de Lima y otros con calzado y uniformes chilenos, el cuadro que ofrecía aquel ejército resultaba todavía más impresionante ante el espectáculo de las mujeres, los niños y los viejos de las familias que con él iban y de los prisioneros incorporados al mismo cortejo. Las aldeas a donde llegaron estaban desiertas y los dispersos de San Francisco se habían llevado de ellas lo que pudieron. Para muchos, solo era posible que hubiese llegado a Arica un puñado de fugitivos. El 17 de diciembre acamparon, sin embargo, a tres leguas de ese puerto, 3.416 hombres con solo 72 bajas. Al siguiente día, en la mañana, desfilaron ante las tropas allí acantonadas, agrupados por batallones y ordenados estos en la división exploradora, la división vanguardia y cuatro divisiones más. Habían demostrado a lo largo de su recorrido de más de 100 leguas, en dieciséis jornadas, más valor y espíritu de sacrificio que los necesarios para una encarnizada batalla. Dejaban la rica región de Tarapacá íntegra en poder de Chile.

Al entrar en Arica se puso a la cabeza de ese ejército el general Juan Buendía con sus edecanes y el jefe del Estado Mayor, coronel Belisario Suárez. El contralmirante Montero, con su jefe de Estado Mayor y sus ayudantes se adelantó e hizo que se mostrase a Buendía el oficio por el cual constaba su sometimiento a juicio y, por consiguiente, su separación del cargo que había ocupado. Buendía intentó negarse al cumplimiento de tan severa disposición hasta después que hubiesen desfilado sus soldados en el puerto; pero Montero tomó una actitud enérgica y le hizo entregar el mando y su espada. El ejército de Tarapacá recorrió las calles bajo las órdenes del coronel José de La Torre.

Además de estas fuerzas se presentaron en Arica, de los dispersos, 634 hombres.

LA ACUSACIÓN CONTRA BUENDÍA Y SUÁREZ.- En el juicio entonces iniciado, el coronel Pedro P. Nieto, que ejerció las funciones de juez fiscal, acusó a Buendía como causante de la pérdida de la batalla de San Francisco por las siguientes razones: 1° No haber acordado en junta de guerra el modo y manera de atacar al enemigo; 2° No haber practicado un reconocimiento previo; 3° Haber tenido en esos momentos a la tropa sin comer, descansar ni dormir y haber omitido el estudio militar de la localidad; 4° No haber acordado un punto de reconcentración para el caso de retirada; 5° Haber abandonado el campo de batalla.

A Suárez lo hizo responsable de las mismas faltas y de haber emprendido la retirada en desorden con pérdida de gran parte del equipo.

La acusación comprendió también a los comandantes generales y a otros jefes cuyos nombres especificó. El proceso no llegó a ser terminado.

EL ASCENSO DE MARIANO DE LOS SANTOS.- En una ceremonia celebrada en la puerta de la iglesia de San Marcos de Arica, el contralmirante Montero ascendió el 31 de enero de 1880 al guardia Mariano de los Santos por su hazaña al apoderarse del estandarte del regimiento chileno 2° de línea, en la batalla de Tarapacá. El estandarte quedó en dicha iglesia; pero luego fue llevado a la de Tacna. Allí lo encontraron los chilenos. Fue devuelto a su regimiento en una ceremonia que se efectuó en Lurín el 21 de enero de 1881.

El Comercio

[1879 DICIEMBRE 3]

LA CAMAPAÑA DE TARAPACÁ. Una semana después de la batalla de Tarapacá, el 3 de diciembre de 1879, el corresponsal de *El Comercio* en Arica envió un telegrama publicado ese mismo día. Este decía lo siguiente. "La Mar desembarcó aquí nuestros heridos. Mendívil de la ambulancia comunica que 2.500 enemigos atacaron Tarapacá el 27. Combate terrible. Vencimos. Derrota completa. Les tomamos 11 cañones y 4 ametralladoras. Montero conjuró el conflicto de los billetes". Ese mismo día, se recibió comunicación de Lizardo Montero al presidente Prado. Allí, el contralmirante decía: "Combate Tarapacá- Triunfo nuestro—2.500 chilenos—1.000 muertos—Nuestros 600 muertos y heridos—11 piezas artillería Krupp tomadas, 4 ametralladoras. la Mar desembarcó heridos nuestros aquí".



[**CUARTO PERÍODO:** LA GUERRA CON CHILE]

CAPÍTULO 4 • **I** La situación hacendaria peruana al comenzar la guerra • Los donativos • La gestión Pflucker y Rico con los fondos de los donativos • El primer aumento de los impuestos • Los créditos contra el Fisco y la deuda interna • El empréstito nacional • **II** Renuncia del ministro Izcue • Primera gestión de Químper en el Ministerio de Hacienda • Los remiendos en el Gabinete Mendiburu • La ley que autorizó al Poder Ejecutivo para que celebrara arreglos sobre la deuda externa y contratos relativos a venta de guano • El nombramiento de Rosas y Goyeneche como comisionados especiales • Dimisión del Gabinete Mendiburu • El Gabinete La Cotera • Tentativas para incorporar a Piérola en el Gabinete y para formar un Gabinete de unión nacional • El segundo Gabinete La Cotera y la segunda gestión hacendaria de Químper • Las leyes tributarias de noviembre de 1879 • El pago de los derechos de aduana • El billete fiscal hasta noviembre de 1880 • Actitud de la Peruvian Guano contra el Perú y las perspectivas de un empréstito exterior • **III** La crisis interna peruana por los descalabros internacionales • Llegada de Prado a Lima. Nueva gestión para el ingreso de Piérola al ministerio • La tentativa para formar el Gabinete Irigoyen y su fracaso. La ratificación de los ministros actuantes • **IV** Las críticas a Prado • Viaje de Prado • La carta de Prado desde Guayaquil • Las entrevistas de Prado en el *Herald* de Nueva York • El manifiesto de Prado desde Nueva York en junio de 1880 • El manifiesto de Prado desde Nueva York en agosto de 1880 • La carta de Prado a Barinaga • Tres cartas de Prado a Montero • Apreciación sobre el viaje de Prado • Actitud de Piérola ante Prado y La Puerta • La sublevación de Arguedas • Piérola contra la determinación de Arguedas • Proclamación de la Dictadura • ¿Piérola se limitó a "aceptar" el poder? • La sublevación de febrero de 1823 y la de diciembre de 1879 • El faccionalismo de Piérola y el de sus enemigos. El decreto contra Prado • Motines en Moquegua y Arequipa • El reconocimiento de la Dictadura • **V** Caída de Daza y presidencia de Campero.

LA CRISIS HACENDARIA Y POLÍTICA



[I]

LA SITUACIÓN HACENDARIA PERUANA AL COMENZAR LA GUERRA.- Dos meses antes de estallar la guerra, en febrero de 1879, había sido aprobado por el Congreso peruano el Presupuesto para el bienio 1879-1880. Algunos de los ingresos destinados por esa ley a otros fines fueron aplicados a cubrir los mayores gastos que demandaron el ejército y la armada. Sirvieron, sobre todo, para dicho propósito la parte que quedaba disponible de las entregas de la Peruvian Guano, la única mensualidad que se recibió de la Compañía Salitrera, los productos de los timbres y el papel sellado, las rentas de aduanas y la suma destinada a cumplir con el convenio aduanero celebrado con Bolivia. Pronto la situación se volvió muy grave. La zona salitrera comenzó a sufrir los efectos del bloqueo chileno y de las operaciones militares y luego fue arrebatada por el enemigo. La Peruvian Guano (manejada por Thomson, Bonar y Co.) no quiso ayudar al Perú y se entendió más bien con Chile. Los depósitos de guano de Tarapacá, que servían para la exportación de este abono, llegaron a ser ocupados con lo cual se perdió el ingreso consignado en el Presupuesto por la venta en los mercados de Estados Unidos, Cuba, Puerto Rico, Chile, Mauricio y Reunión. Las fuentes de los recursos que al Perú le quedaron, conforme al Presupuesto, se limitaron a las siguientes:

		Al año
Aduanas	S/.	7.052.860
Contribuciones		234.640
Correos y telégrafos		237.530
Ferrocarriles		178.210
Varias rentas		375.315
	S/.	8.078.555

Los ingresos del pliego ordinario habían sido calculados en S/. 15.257.698. Es decir, se había abierto un déficit de casi el 50%, sin tomar en cuenta las necesidades y las exigencias inmediatas de la guerra calculadas por José M. Rodríguez en S/. 55.050.000 al año. Las contribuciones estaban clasificadas en el Presupuesto, en la siguiente forma según ya se vio en un capítulo anterior:

Timbres	S/.	162.640
Papel sellado		63.330
Auxilio patriótico		3.650
Derechos de títulos		2.420
Mesada eclesiástica		2.130
Derechos de alcabala		470
	S/.	234.640

Las contribuciones predial, de patentes e industrial y otras hállabanse absorbidas totalmente por los concejos departamentales y provinciales; y el Estado debía, además, subvencionar a estos organismos de la descentralización con cuotas ascendentes en total a S/. 297.098.

El Perú, para afrontar la guerra, no tenía un sistema tributario aceptablemente organizado.

Al estallar el conflicto los directores de los bancos Perú, La Providencia, Garantizador y Territorial Hipotecario suscribieron, a pedido del ministro de Hacienda José Rafael de Izcue, un empréstito al Gobierno por la suma de S/. 880.000 con la única condición de que el Congreso determinase la forma y época de pagarla. El Congreso, por ley de 23 de mayo de 1879, reconoció esa deuda y facultó al Ejecutivo para pactar las condiciones y la manera de reembolsarla, arbitrando los recursos para su abono.

La nueva política hacendaria, seguida por el Perú frente a la guerra, giró de inmediato alrededor de los siguientes medios: los donativos patrióticos, el aumento de los impuestos y del papel moneda, los empréstitos, la suspensión en el pago de créditos y en la amortización de la deuda interna y la emisión de moneda de cobre y de níquel.

LOS DONATIVOS.- Los donativos patrióticos movilizaron económicamente a la ciudadanía. El decreto de 7 de abril creó la "Junta Central Administradora de Donativos para la Guerra con Chile" integrada por las siguientes personas: el obispo Pedro José Tordoya, monseñor José Antonio Roca, Nicolás Rodrigo, Melitón Porras, José Bresani, Manuel Elguera, José Vicente Oyague, Ignacio de Osma, César Canevaro, Dionisio Derteano, José Jorge Loayza, Federico Mariott, Aurelio Denegri, Pedro José Calderón, Bartolomé Figari, José Unanue, Juan Calderón, Valentín Gil, Manuel Ortiz de Villate, Manuel Candamo, José Lucas Oyague, Manuel Moscoso Melgar, Bernardo Roca y Boloña, Juan Gallagher y José R. Espinoza. Las erogaciones tuvieron el alcance más variado. Las listas de ellas se publicaron en los periódicos. Los bancos de Lima figuraron con un millón de soles al año. Los empleados civiles, judiciales y de Hacienda hicieron ofrecimientos con sus sueldos; y el decreto de 21 de abril de 1879 tomó de todos ellos, desde el presidente de la República hasta los amanuenses, sin excluir a las listas pasivas, el 20% de sus haberes y pensiones cuyo descuento debía ser hecho en cada pago. Cuando se presentó en la Cámara de Diputados un proyecto de ley para que las iglesias, conventos y monasterios de la República contribuyeran con el 25% de sus rentas a los gastos de la guerra, pasó a informe del arzobispo. Este, oído el voto consultivo del Capítulo de la Catedral, ordenó que los conventos y monasterios con bienes propios en la diócesis de Lima hiciesen el donativo indicado; y además que la cuota arzobispal fuese de la mitad de su haber y la de los miembros del Capítulo el 20% (12 de mayo).

La municipalidad de la capital encomendó a cincuenta señoras colectar objetos y realizar su valor en bazares de venta pública o en rifas en beneficio de las ambulancias, heridos, viudas y huérfanos y también con el propósito de aliviar las desgracias que resultasen de la guerra. Presidió esta comisión la señora Rosa M. Riglos de Orbegoso y la acompañaron: Josefa Araníbar de Mendiburu, Josefa La Barrera de Velarde, Mercedes Soyer de Elster, Zoila Eléspuru de Orbegoso, Manuela Barrera de Riglos, Amelia Riglos de Moreyra, Leonor Segovia de Tezanos Pinto, Catalina del Valle del Carrillo, Leandra Raygada de Ezeta, Francisca Espantoso de Elías, Luisa Núñez de Cavero, Matilde Stevenson de Basadre, Teresa Lastres de García y García, Leonor Pinto de Uriburu, Mercedes Puente de Rosas, Carmen Olavegoya de Correa, Emilia López de Escobar, Josefina del Valle de Chacaltana, Matilde Orbegoso de Sandoval, Rosalía Rossel de Bresani, Jesús Beltrán de Elías, Virginia La Torre de Valle Riestra, Enriqueta Vélez de Corzo, Santos Chávez de Elguera, Cristina Bustamante de Cisneros, Francisca Iribarren de Soria, Benajamina Eléspuru de Gónzalez, Jesús Olavegoya de la Puente, Matilde Guerra de Miró Quesada, Amalia Laos de Barreda, Dolores Cavero de Grau, Eulalia Álvarez de Ribeyro, Belisa Delgado de Delgado, Mercedes Guisse de Dartnell, Ángela Moreno de Gálvez, Clementina López Aldana de Bryce, Rosa Sauri de Valdeavellano, Francisca Irigoyen de Elguera, Elvira Derteano de Kruger, Augusta S. de Álvarez Calderón, Elena Paz Soldán de Alayza, Virginia Osores de Porras, Francisca

El Comercio

[1879 OCTUBRE 20]

EL SORTEO PRO FONDOS DE LA GUERRA. En la edición del lunes 20 de octubre de 1879, *El Comercio* publicó la lista de ganadores del sorteo que organizó la comisión del Consejo Provincial para recaudar fondos encaminados a solventar los gastos de la guerra. Mujeres limeñas de toda condición donaron 1.218 artículos, que se tasaron en 48.534 soles. Se ofrecieron 60 mil boletos a un sol cada uno, de los cuales se vendieron 54 mil. Los primeros premios fueron: "Un reloj de oro esmaltado (Remontoir) para señora, —boleto agraciado— 5.861; una canasta de filigrana de plata, 20.804; una pulsera de oro (trabajo inglés) con esmalte azul y perlas, 26.956", entre otros.



Matilde Stevenson y Chocano (en la foto), esposa del historiador y político Modesto Basadre, fue una de las cincuenta damas limeñas que formaron la comisión encargada de recolectar objetos de valor para el sorteo pro fondos para los gastos originados por la guerra del Pacífico. La comisión también estuvo integrada por Dolores Cavero de Grau, la viuda del capitán del *Huáscar*.

Risco de Madalengoitia, Petronila Puente de Mariott, María Aramburú de Sánchez, María Moreyra de Prevost, Santos Mendívil de Ayulo, Eugenia Noble de Freundt y Francisca Diez Canseco de Castilla.

De casa en casa las damas de la comisión solicitaron lo que cada cual podía ofrecer y de esa manera se reunieron hasta 1.218 objetos que fueron expuestos en vitrinas. Efectuada su tasación dio una suma de 48.534 soles. Pusiéronse en venta sesenta mil boletos de un sol cada uno y el sorteo se efectuó el tercer domingo de octubre en el Palacio de la Exposición. Eran cosas como canastas, tinteros, floreros, cigarreras, costureros, candelabros, tarjeteros, alfileteros, álbumes para retratos, abanicos, sortijas, figuras de porcelana, collares, relojes, cuadros, cojines y otros objetos análogos cuyo valor oscilaba entre lo primoroso y lo banal.

Los donativos de guerra llegaron a sumar en total más de 6 millones de soles en el mes de noviembre de 1879.

La erogación de alhajas, oro y plata hechas por las iglesias de Lima y sus suburbios fue recibida por una comisión mixta que presidió Antonio Bentín. Las alhajas pasaron a ser depositadas en la Casa Nacional de Moneda y las fundiciones efectuadas con los metales preciosos fueron enviados al Banco de Londres, México y Sudamérica.

También efectuáronse colectas especiales para la adquisición del blindado *Almirante Grau*, después de la pérdida del *Huáscar*. Las encabezó la Municipalidad de Lima.

Entre los donantes tuvo significación especial Melitón Porras. El día de la declaratoria de guerra ofreció al Gobierno sus rentas, deducidos los indispensables gastos de familia; y, para cuando se creyera necesario, la totalidad de sus bienes. Como miembro de la Junta de Donativos, fue nombrado presidente de la sección de óbolos en especies, cargo que desempeñó hasta la extinción de dicha Junta. Fue miembro de la Junta Central de Ambulancia de la Cruz Roja; y su esposa obsequió a esta entidad camisas y sábanas y un par de aretes de brillantes para la lotería entonces organizada. Inició ante la Municipalidad la idea de la defensa de la capital y se suscribió con S/. 10.000 para llevarla a la práctica. Erogó para la compra del barco *Almirante Grau* S/. 10.000 y, a nombre de su esposa, entregó con el mismo objeto un collar y unos solitarios de brillantes. Al empréstito nacional se suscribió por sí, su esposa y sus hijos por un total de S/. 69.500. Nombrado director del hospital de sangre de la Exposición lo organizó contribuyendo con S/. 10.000 y adquiriendo una cantidad de camisas y de sábanas.

Entre los aportes hechos entonces tiene carácter anecdótico el que hicieron las primas hermanas Magdalena Peralta y Lola Chocano. Ambas vivían de su trabajo como costureras, en Lima, en una modesta casa de la calle Alma de Gaspar. Una de las comisiones para recoger casa por casa donativos destinados a comprar un buque que reemplazara al monitor perdido llegó hasta ambas niñas y ya que ellas no podían entregar dinero, se cortaron las crenchas de sus cabellos para entregarlas como un óbolo.

LA GESTIÓN DE PFLUKER Y RICO CON LOS FONDOS DE LOS DONATIVOS.- Julio Pfluker y Rico viajó a Europa encargado de invertir los fondos obtenidos mediante donativos populares para la compra del blindado. Llevó unas 200 mil libras esterlinas. Por disposición que adoptó el 13 de julio de 1880 la junta central encargada de estos donativos bajo la presidencia del obispo Tordoya, se comunicó a Pfluker que había cesado en el ejercicio de sus funciones de comisionado y que debía dar cuenta y hacer entrega de la sumas que estaban en su poder al ministro del Perú en Francia Toribio Sanz. En su carta de 31 de mayo de 1884 dirigida a la legación en Londres con motivo de las investigaciones iniciadas por la comisión que presidió Joaquín Torrico, hizo referencia a Pfluker a dicho acuerdo; y agregó que el 4 de setiembre de 1880 cumplió con efectuar la entrega formal de todo lo que atañía al encargo que había recibido poniendo a disposición de Sanz "los fondos que no estaban comprometidos al pago de los buques en la construcción" y dándole cuenta de aquellos que él había manejado. Igualmente Pfluker dejó constancia de que el 8 de setiembre informó a la junta central de la entrega hecha y de la cuenta rendida y que dicha junta había aprobado el desempeño de su comisión.

Las cañoneras que se mandó construir en Kiel con los nombres de *Diógenes* y *Sócrates* quedaron embargadas hasta el término de la guerra.

EL PRIMER AUMENTO DE LOS IMPUESTOS.- El ministro de Hacienda, José Rafael de Izcue, presentó al Congreso extraordinario, reunido en abril de 1879, cinco proyectos de impuestos: la contribución personal, el impuesto sobre la exportación de 50 centavos de sol sobre cada quintal de azúcar, el que obligaba a pagar en metálico la mitad de los derechos de aduana, el que debía gravar el movimiento de la propiedad inmueble y el que, incidiendo sobre la renta, hiciera sobrellevar las cargas sociales en proporción a los recursos de cada cual. En concepto de Izcue, debía levantarse además, un empréstito garantizado con los productos de estas nuevas rentas públicas.

El Congreso dio casi simultáneamente las siguientes leyes:

1) La del 17 de mayo de 1879 creó la contribución personal. Todos los peruanos varones de 21 a 60 años debían pagar por semestre en billetes de banco 4 soles en la costa y 3 en la sierra, a excepción de los individuos del ejército y de la armada, los de la guardia nacional y de los empleados públicos mientras durase el descuento del 20% de sus haberes. Por un decreto posterior las municipalidades recibieron el encargo de recaudar esta contribución; y por otro se ordenó que los prefectos intervinieran en ella.

2) La de 20 de mayo de 1879 elevó la tasa de las contribuciones de predios rústicos y urbanos, industrial de patentes y eclesiástica al 5% anual. La misma ley introdujo el impuesto del 5% anual sobre la renta del capital movible. Quedaron exceptuadas las rentas menores de 300 soles al año. Los concejos departamentales, a cuyo cargo estaba la recaudación de las contribuciones de predios, industrial y de patentes, debían entregar al Tesoro nacional el 25% del producto neto del importe de las respectivas matrículas.

3) La de 24 de mayo de 1879 estableció el impuesto de 2% *ad valorem* por cada quintal de azúcar que fuera exportado para el extranjero por los puertos de la República. La tasa de este impuesto fue menor que la propuesta por Izcue.

Las supremas resoluciones de 31 de mayo y de 30 de junio de 1879 ampliadas el 29 de julio del mismo año dispusieron que se cobrara en plata los derechos de importación en las aduanas. El Congreso dejó sin efecto estas medidas, como se verá más adelante.

El cuadro de las leyes mencionadas se complementa con las resoluciones de 19 de mayo y 29 de agosto de 1879 sobre pago de timbres en las escrituras y también en todo documento que acreditase movimiento de dinero.

LOS CRÉDITOS CONTRA EL FISCO Y LA DEUDA INTERNA.- La resolución de 26 de junio de 1879 ordenó la suspensión de pago de todo crédito contra el Fisco por sueldos, pensiones, contratos y demás órdenes antes del 1° de abril; y las de 26 de julio de 1879 dispuso que también se suspendiera hasta la conclusión de la guerra el servicio de amortización de la deuda interna y de los bonos del muelle y aduana de Arica, abonándose únicamente los intereses. El Congreso dio una resolución legislativa para declarar sin efecto ambos actos el 9 de octubre de 1879 y el Ejecutivo no la promulgó.

EL EMPRÉSTITO NACIONAL.- La ley de 20 de mayo de 1879 autorizó la emisión de S/. 10.000.000 por suscripción de un empréstito interno con un servicio anual de 8% y 10% de amortización acumulativa. Como fondos de amortización y pagos de intereses destinó el producto de las contribuciones personal y sobre la renta y el derecho sobre la exportación de azúcar; y como garantía subsidiaria puso el producto de la venta de bienes nacionales de fácil enajenación. Vencido el plazo para la suscripción de este empréstito, en el caso de que él no estuviera cubierto en su



ENTRE LOS DONANTES TUVO SIGNIFICACIÓN ESPECIAL MELITÓN PORRAS. EL DÍA DE LA DECLARATORIA DE GUERRA OFRECIÓ AL GOBIERNO SUS RENTAS, DEDUCIDOS LOS INDISPENSABLES GASTOS DE FAMILIA; Y, PARA CUANDO SE CREYERA NECESARIO, LA TOTALIDAD DE SUS BIENES.



El Comercio

[1879 JUNIO 7]

EL EMPRÉSTITO NACIONAL. El 20 de mayo de 1879 el gobierno aprobó pedir un empréstito a la ciudadanía. Un editorial de *El Comercio* del 7 de junio informa que: "La suscrición (sic) al empréstito no arroja hasta ahora una cifra considerable. Lo que se ha reunido, no se debe ciertamente al concurso de los capitalistas, sino al esfuerzo generoso de las clases menos acomodadas de nuestra sociedad, que se han apresurado a llevar al Tesoro una parte de sus ahorros de muchos años, o a empeñar sus rentas para pagar los primeros dividendos de un empréstito destinado a salvar al país, al que deben sin duda mucho más, los que hasta ahora nada han hecho de su parte para cubrirlo, que aquellos que se han esforzado con noble desinterés por suscribirse a él".

totalidad, la ley autorizó el aumento de la emisión de billetes fiscales por la suma que faltase para completar 8 millones efectivos. Es decir, el Congreso abrió la puerta que por otra ley había cerrado, para el aumento de la moneda de papel.

El empréstito nacional produjo en la República solo las siguientes sumas:

	Soles Plata	Billetes
Lima		922.126.33
Lambayeque		27.886.00
Libertad		25.295.00
Piura		18.590.00
Huánuco		13.145.00
Cuzco		10.723.20
Puno		10.484.65
Arequipa		5.406.90
Apurímac	233	3.516.24
Loreto		3.336.80
Ica		3.224.00
Huancavelica		3.015.00
Cajamarca		2.658.85
Callao		1.408.00
Áncash		1.350.00
Ayacucho		550.40
	S/. 233	1.052.716.37

El Comercio de 7 de junio de 1879 criticó editorialmente que suscribieran el empréstito sobre todo las gentes de poca fortuna y no los fuertes capitalistas como se había pensado.

[II]

RENUNCIA DEL MINISTRO IZCUE.- El 15 de julio de 1879 fue aceptada por el vicepresidente La Puerta la renuncia del ministro de Hacienda José Rafael de Izcue. El historiador Paz Soldán explica esta dimisión del siguiente modo: "El Vicepresidente (La Puerta) por una de esas aberraciones, por desgracia tan frecuente en nuestra vida política, llevado por sus ideas propias o de las que le eran sugeridas por otros, creía que, aparte de buenamente dejar a un lado la ley sobre emisión de papel, podía proporcionarse fondos suficientes y oportunos por otros medios; y una vez que, agotados ya los recursos y sus combinaciones financieras, el ministro de Hacienda le manifestó la ineludible decisión de apelar a otros arbitrios y que en su concepto no había otro, fuera de la emisión, que satisficiera las exigencias de la actualidad, le contestó por medio de una carta oficial diciéndole que 'estaba resuelto a no acudir a la emisión de papel por muy graves y urgentes que fueran las necesidades de la guerra' (junio 8). Esta carta, publicada en los diarios de la capital, produjo profunda sensación en todos los círculos políticos y comerciales. Despreciado oficialmente el último medio circulante, subieron, por consiguiente, los precios de todas las mercaderías y se cerraron las arcas de los particulares que ya sabían el insignificante valor de los billetes fiscales. El ministro de Hacienda recibió como un reto la carta y su publicación; y si hasta entonces en fuerza del patriotismo había expuesto su salud, notoriamente quebrantada, al servicio de la nación, con tal incidente resolvió retirarse. En vano se intentó convencer al Vicepresidente de la necesidad de ocurrir al único medio expedito para pagar al ejército y hacer otros gastos urgentísimos; a falta de razones un no era su respuesta".

[1]



[2]



[3]



LA MONEDA DURANTE LA GUERRA. La guerra del Pacífico agravó la crisis fiscal peruana. Para contrarrestar esta situación, el Estado se hizo responsable de la emisión de billetes en agosto de 1877, labor antes realizada solo por los bancos. Aquí, vemos el anverso de un sol de 1879 (1). El 23 de marzo de 1880, el Jefe Supremo Piérola promulgó una resolución que cambió la denominación de soles a incas. Para ello, se utilizó billetes ya existentes, a los que se les agregó un sello que indicaba su carácter provisional. Tal es el caso del que vemos aquí en su anverso (2) y su reverso (3), originalmente impreso por el Banco de la Compañía General del Perú en 1873 con valor de cinco soles, y vuelto a poner en circulación el 1° de setiembre de 1881 con un valor de cinco reales de inca.

> EL VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, GENERAL LA PUERTA, SE HABÍA HECHO CARGO DE LA PRESIDENCIA EL 17 DE MAYO DE 1879 POR HABER ASUMIDO EL GENERAL PRADO EL MANDO DEL EJÉRCITO. ELLO MOTIVÓ LA RENUNCIA DEL GABINETE IRIGOYEN.

J.M. Rodríguez en *Anales de la Hacienda Pública*, relaciona la caída de Izcue con el fracaso de su plan financiero y con la mínima suma que dio el llamado "empréstito nacional".

PRIMERA GESTIÓN DE QUÍMPER EN EL MINISTERIO DE HACIENDA.- Después de infructuosas gestiones ante diversos personajes (Emilio A. del Solar llegó a ser nombrado el 15 pero renunció el 24), La Puerta encontró al fin ministro de Hacienda: José María Químper (24 de julio). Con enemigos en el Congreso, donde dominaban los civilistas, este político, vinculado por razones de familia, a Manuel Toribio Ureta, no había podido hacer valer en 1878 sus credenciales de diputado. Hostilidades muy graves estaba destinado a seguir recibiendo del Poder Legislativo.

A los cuatro días de ocupar el ministerio, la Cámara de Diputados recién instalada, le pidió su plan de Hacienda y lo sometió a interpelaciones con cuarenta preguntas. La situación fiscal era gravísima. Las mesadas de la Peruvian Guano por cuenta del guano estaban absorbidas hasta noviembre de 1879. Se habían adoptado disposiciones sobre pago de metálico de los derechos de aduana y otras rectificatorias; por ellas o por la guerra los ingresos bajaron considerablemente y gran cantidad de mercaderías fueran despachadas antes de comenzar el plazo para dicho cobro. La caja de donativos tenía saldo en contra. El producto del empréstito nacional, pequeño en conjunto, había sido gastado. El salitre, situado en el teatro de operaciones bélicas, no producía nada. Los consignatarios del guano en los mercados que no eran los de la Peruvian Guano ya habían hecho fuertes adelantos y no se les podía pedir ayuda adicional.

Químper era, como el vicepresidente, enemigo de la emisión de billetes. Su plan abarcó los siguientes puntos: 1°) El impuesto del 2% sobre el capital; 2°) El impuesto del 10% a la exportación de plata sellada nacional, de 5% a la exportación de minerales de plata y el 6% a la exportación de la moneda de oro y de plata extranjeras; 3°) El empréstito en Europa o en el país con 12% de servicio anual, 4°) La afectación del guano y del salitre a la deuda externa y a los certificados salitreros; 5°) El restablecimiento inmediato de la circulación metálica con medidas dictadas al efecto. De inmediato Químper contrató con el Banco Garantizador un empréstito de un millón de soles con facultad de mantener en circulación durante un año sus billetes emitidos. Fue una manera indirecta de emitir papel moneda. Además se ayudó con la moneda de níquel recién acuñada, con la moneda de cobre y con la suspensión de la amortización de la deuda interna y del pago de los créditos a cargo de la Caja Fiscal.

El Congreso demoró la tramitación de los proyectos de ley y hostigó a Químper. Los primeros días de agosto pasaron en estos razonamientos. Con fecha 8 de agosto, el ministro se dirigió la Cámara de Diputados, en respuesta a un oficio en donde se le citaba a contestar unas interpelaciones. Allí expresó que, no habiendo ningún proyecto en discusión, no estaba obligado a acudir; que las interpelaciones no proceden sobre actos consumados ni sobre simples actos de carácter intencional; y que se le había hecho una conminación imperativa poco cortés.

Las hostilidades entre el ministro y el Congreso continuaron y los proyectos de ley no fueron aprobados.

El 22 de agosto recibió Químper la denuncia de haberse hecho en el Banco Nacional la emisión clandestina de poco más de 2 millones de soles en billetes. Llamado ese día a la Cámara de Diputados, manifestó en sesión secreta, que podía recobrarse del Banco la suma correspondiente que, además, proporcionaría, en parte, los recursos tan necesarios para la guerra, a condición de evitar el pánico público. Media hora después de terminada la sesión secreta, se había divulgado la noticia; y al siguiente día, el Banco Nacional no pudo hacer los pagos a sus acreedores. Conminado para que asistiera a la Cámara, Químper esperó hasta la sesión del 24 de agosto y acudió a la antesala. Aunque permaneció allí más de una hora, no se le hizo ingresar al salón de sesiones, mientras la Cámara discutía. En la tarde, continuó la sesión con la presencia de todos los ministros, menos el de Hacienda. Quedó acordado que el Estado asumiría la responsabilidad de los billetes del Banco

Nacional; para ir poco después a su clausura y la iniciación de la acción judicial. Pretendió Químper acudir a la sesión del 25 y la Cámara declaró innecesaria su presencia. Luego mandó el desairado ministro un oficio haciendo una revelación de lo ocurrido y pretendió justificarse; pero esta comunicación le fue devuelta. Poco después se dirigió nuevamente al Congreso con el propósito de indicar que, como no se habían discutido los proyectos para proporcionar fondos a la guerra, ya no podría mandarse dinero al ejército del sur por lo cual, en un plazo de dos días, el ejército de reserva iba a quedar impago. Rechazado por el Senado el proyecto de impuesto al capital y censurado el ministro (el 3 de setiembre por 52 votos contra 29) renunció poco antes de que se ejerciera esta sanción.

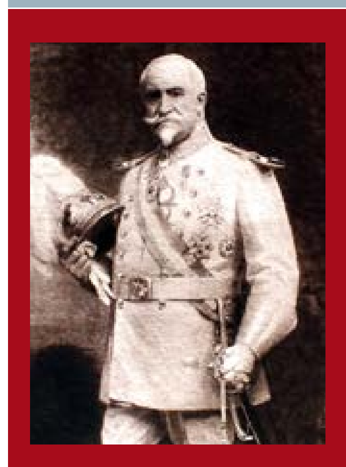
LOS REMIENDOS EN EL GABINETE MENDIBURU.- El vicepresidente de la República, general La Puerta, se había hecho cargo de la presidencia el 17 de mayo de 1879 por haber asumido el general Prado el mando del ejército. Ello motivó la renuncia del Gabinete Irigoyen. El 19 de mayo quedó constituido el ministerio presidido por el general Manuel de Mendiburu (Guerra) e integrado por Rafael Velarde (Gobierno) como elemento nuevo, quedando del equipo anterior los señores de Izcue (Hacienda) y Paz Soldán (Justicia e Instrucción). Este último se hizo cargo de Relaciones Exteriores interinamente, hasta que lo volvió a ocupar Manuel Irigoyen (22 de mayo).

Como se ha dicho ya, cuando renunció Izcue lo sustituyó Químper. Al aceptar la dimisión de este, el presidente del Consejo dejó constancia de que las ideas de su colega de Hacienda no habían sido sometidas al examen de los demás miembros del Gabinete. Así contradijo lo aseverado por Químper (5 de setiembre). Ese mismo día fue nombrado ministro de Hacienda Juan Francisco Pazos. Pazos entró en pugna con el Congreso que había derogado los decretos sobre suspensión de pago de todo crédito contra el fisco y de la amortización de la deuda interna (resolución legislativa de 9 de octubre). Igualmente surgió una desavenencia sobre el decreto que prohibía la exportación de las pastas de plata (resolución legislativa de igual fecha, ratificada el 25 de octubre). Además derogó el Congreso los decretos sobre pago de los derechos de aduana en moneda de plata (resolución legislativa de 26 de setiembre, ratificada el 24 de octubre). Con motivo de sus desacuerdos con el Parlamento, Pazos renunció.

LA LEY QUE AUTORIZÓ AL PODER EJECUTIVO PARA QUE CELEBRARA ARREGLOS SOBRE LA DEUDA EXTERNA Y CONTRATOS RELATIVOS A VENTA DE GUANO.- Cuando se perdió el *Huáscar* el Congreso aprobó en sesión secreta del 10 de octubre de 1879 una ley, promulgada ese mismo día y publicada solo en 1880, que autorizó al Poder Ejecutivo para que celebrase arreglos definitivos sobre la deuda externa, sobre las cuestiones pendientes sobre las casas consignatarias del guano y sobre contratos de venta del guano con los bonos de la deuda externa o con cualquier casa o compañía con conocimiento de los tenedores. Las condiciones para los contratos debían ser las siguientes: 1° Los compradores "tomarían" el guano en los depósitos de este abono en la República. 2° Serían de cuenta de los compradores todos los gastos que ocasionare la exportación del guano, inclusive los de peso y carguío, lo mismo que todas las pérdidas y averías sufridas por aquel en la navegación.

El Congreso delegó, pues, tardíamente, en el Poder Ejecutivo la potestad para arreglar a firme la más grave cuestión hacendaria del país. Pero su propósito fue que se garantizara el derecho de los tenedores de bonos mediante una operación por la cual se redujese su deuda si era posible a la mitad del capital y que se vendiera el guano en los depósitos. Lo principal era vender; y la idea de venta se unía a la hipoteca que los acreedores del Perú tenían en el guano. La ley empleaba la palabra "tomará" el guano en los depósitos de este abono al referirse a los compradores "a fin de que, hechos los pactos (decía el ministro Juan Francisco Pazos el 13 de octubre en una nota a los comisionados Francisco Rosas y Juan M. de Goyeneche), a pesar de los chilenos, hoy dueños del

JUAN MARIANO GOYENECHE (1834-1918)



El político arequipeño fue acreditado ministro plenipotenciario en Francia en 1877. Dos años más tarde, se le encomendó la negociación de la deuda junto al presidente de la Cámara de Senadores, Francisco Rosas. Su objetivo era obtener un refinanciamiento y nuevos fondos para la compra de armas. Como garantía directa, los acreedores recibirían la explotación del guano. Una vez terminada su gestión en Francia, Goyeneche fue nombrado ministro plenipotenciario ante la Santa Sede (1887).

mar y de nuestras expuestas guaneras por indefensas, pueden los contratantes, con la voluntad de su gobierno y tal vez con su apoyo, llevar a término el contrato que USS. celebren. Esto sería, tal vez, causa de que nuestros acreedores, para asegurar sus derechos busquen y obtengan el apoyo de sus gobiernos". Era, pues, una tentativa de lanzar a los acreedores del Perú contra Chile. El problema de la soberanía nacional perdía importancia en esa hora de crisis.

EL NOMBRAMIENTO DE ROSAS Y GOYENECHE COMO COMISIONADOS ESPECIALES.- El vicepresidente La Puerta y su ministro Juan Francisco Pazos nombraron el 13 de octubre de 1879 para que cumplieran la ley antedicha a Francisco Rosas, presidente del Senado y Juan Mariano de Goyeneche, ministro del Perú en Francia. Su misión debía ser la de encontrar los medios de pagar a los acreedores extranjeros y hacer los arreglos necesarios con el fin de conseguir fondos destinados a adquirir buques. Este último objetivo fue encomendado además, en el territorio de Estados Unidos, al encargado de negocios en aquella República, Carlos Tracy.

DIMISIÓN DEL GABINETE MENDIBURU.- El 16 de octubre renunció el jefe del Gabinete, general Manuel de Mendiburu. En la nota respectiva habla de la falta de homogeneidad y de unidad; y, al insistir en su decisión, se refirió a su salud y a su edad. Había mociones de censura al Gabinete presentadas en la Cámara de Diputados.

Paz Soldán, uno de los dimitentes, da una desconsoladora versión de la crisis. Dice: "El ministro de Guerra, general Mendiburu, organizaba las tropas que se remitían a Lima de los demás departamentos; pero ni su armamento ni su equipo correspondían a las exigencias del nuevo sistema de guerra, ni el ministro se ocupaba en lo menor de mejorarlos a pesar de las disposiciones acordadas en el Consejo con tal fin y aún de las reiteradas increpaciones de sus colegas que observaban la punible desantendencia u olvido en que incurría de las más urgentes de estas providencias. El ejército de Arica apenas merecía su atención con insignificantes remesas de artículos de guerra; no se quería aumentar su número aun cuando en la capital existían fuerzas bastantes para enviar un refuerzo de tres a cuatro mil hombres sin mayor riesgo desde que los veloces transportes *Chalaco*, *Limeña* y otros estaban ya acostumbrados a burlar y capear al enemigo. Este modo de ver la cosas, común solo entre el vicepresidente y su ministro de Guerra decidió a los otros ministros a renunciar a sus carteras y aunque antes se abstuvieron de hacerlo en vista del desconcierto que sobrevendría… siendo ya imposible la enmienda dio al fin por resultado que sus colegas le manifestaran su firme resolución de dimitir sus carteras. Al saber tal acuerdo se adhirió a él y así la dimisión fue de todo el Gabinete". También tuvieron influencias las manifestaciones populares con motivo de la pérdida del *Huáscar*.

EL GABINETE LA COTERA.- El 16 de octubre de 1879 al fracasar la tentativa ante Piérola, mencionada más adelante, quedaron nombrados presidente del Consejo y ministro de Guerra el general Manuel C. de La Cotera; de Relaciones Exteriores, el doctor Juan E. Guzmán a quien se encargó la cartera de Gobierno; de Justicia, el Dr. José V. Arias a quien se encargó la de Hacienda.

El Congreso, de filiación civilista o constitucional, y el Gabinete anterior, con algunos miembros calificados como "plebiscitarios"en recuerdo de las agitaciones de 1878, no se habían llevado en buenos términos. El Gabinete La Cotera no significó ni la cohesión entre el Ejecutivo y el Legislativo ni la unión nacional. *El Comercio* al comentar su formación dijo que no creía que allí existiera un verdadero ministro sino una base más o menos deleznable para una combinación ministerial.

EL 16 DE OCTUBRE RENUNCIÓ EL JEFE DEL GABINETE, GENERAL MANUEL DE MENDIBURU. EN LA NOTA RESPECTIVA HABLA DE LA FALTA DE HOMOGENEIDAD Y DE UNIDAD; Y, AL INSISTIR EN SU DECISIÓN, SE REFIRIÓ A SU SALUD Y A SU EDAD. HABÍA MOCIONES DE CENSURA AL GABINETE PRESENTADAS EN LA CÁMARA DE DIPUTADOS.



El 28 de octubre, poco más de una semana después de jurar, dimitió el Dr. Arias y mencionó su falta de salud, la grave situación de la República y la necesidad de un Gabinete que satisficiera las aspiraciones públicas.

Como sus antecesores, Arias, en su carácter de ministro de Hacienda, había entrado en pugna con el Congreso. Polemizó con este defendiendo el restablecimiento de la circulación metálica cuya efectividad exigía abundancia de pastas para hacer la amonedación, lo cual (en su concepto) justificaba el decreto prohibiendo la exportación de las pastas de plata derogado por la resolución legislativa de 9 de octubre, ratificada el 25 de octubre.

El mismo día, 28 de octubre, fue aceptada la renuncia de Arias y la de Guzmán por razones análogas de salud personal y nacional. El Gabinete La Cotera se había quedado sin ministros de Hacienda, de Relaciones Exteriores, de Justicia y de Gobierno.

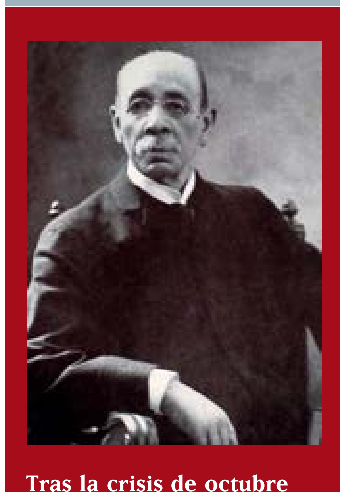
TENTATIVAS PARA INCORPORAR A PIÉROLA EN EL GABINETE Y PARA FORMAR UN GABINETE DE UNIÓN NACIONAL.- Piérola había estado en el destierro cuando la guerra se produjo; dícese que a pesar de los esfuerzos de algunos amigos suyos en Lima para reconciliarlo con Prado, tenía una cantidad de armamento, más tarde decomisada en Chile, cuyo destino era servir para una nueva intentona subversiva. Desde Valparaíso, con fecha 24 de mayo, lanzó un manifiesto en el que denunció a quienes en el Perú atizaban las hostilidades. Este documento desconcertó y disgustó a muchos de los dirigentes de su partido (Solar a Piérola, 12 de abril, Archivo Piérola). Llegó al Callao, autorizado por el Gobierno, en el mismo barco en que regresó José Antonio de Lavalle. Fue recibido entusiastamente por sus adeptos y formó un cuerpo de voluntarios, el batallón *Guardia Peruana* compuesto de partidarios suyos que llegaron a Lima de distintas provincias.

Producida la nueva crisis, el 28 de octubre de 1879 con la renuncia de Arias y la de Guzmán, fueron nombrados ministros Manuel Irigoyen, Rafael Velarde y Ramón Ribeyro. La Cotera dirigió ese día un oficio a Piérola para comunicarle su designación como ministro de Hacienda. Piérola contestó revelando que a sacarle del lecho fue un edecán del Gobierno con ese oficio sin darle a conocer los nombres de sus presuntos colegas. "Yo no puedo explicarme –decía– como Ud. haya podido proponerme para aquel cargo, ni como espera S. E. que lo acepte después de haber sido llamado por él hace una semana con el objeto de formar un ministerio, encargo que, aceptado por mí, quedó frustrado precisa y únicamente por no dejárseme la libertad de proponer a mis otros colegas; libertad que demandan la ley, la práctica universal y sobre todo la consideración del enorme daño que al país hace todo el que consiente en afrontar la situación comenzando por privarse de los medios de conjurarla". Y, más adelante, después de atingencias análogas, agregaba que no quería cooperar a mantener el doloroso espectáculo político que se había acentuado en los últimos quince días "hasta hacer devorar al patriotismo una inquietud y una amargura profundísimas que crecen hora a hora en el corazón del pueblo". "La situación, señor presidente del Consejo (afirmaba) es terriblemente grave; lo es, principalmente, por falta de unidad y vigor en la dirección de los negocios públicos; y es tiempo de que cesen las organizaciones de Gabinetes que no obedecen a plan alguno sino a consideraciones de afecto personal o a razones de política interior". El mismo 28 de octubre una comisión de las municipalidades de Lima y Callao había visitado al vicepresidente La Puerta para pedirle que el ministerio inspirase confianza al pueblo, es decir, para pedirle un Gabinete de unidad nacional.

Rafael Velarde, nombrado ministro de Gobierno, también renunció alegando que se necesitaban hombres nuevos y porque la combinación a la que perteneció no subsistía. Ambas dimisiones, la de Piérola y la de Velarde fueron aceptadas el 29.

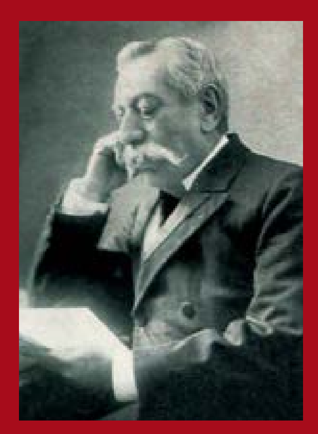
Ese día pareció constituirse un Gabinete de gran envergadura. Lo integraron, del equipo anterior, los señores La Cotera e Irigoyen. Los nuevos elementos fueron Alejandro Arenas (Hacienda), Aurelio Denegri (Gobierno) y Ramón Ribeyro (Justicia e Instrucción).

LOS NUEVOS MINISTROS



Tras la crisis de octubre de 1879, se produjo un nuevo cambio ministerial. José Arias y Juan E. Guzmán fueron reemplazados por Rafael Velarde, Manuel Irigoyen y el abogado limeño Ramón Ribeyro, a quien vemos en la imagen. A este último se le encargó el Ministerio de Justicia, al cual renunció poco después. En 1886, tras la guerra del Pacífico, Ribeyro fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores.

ALEJANDRO ARENAS (1842-1912)



En 1879, el abogado limeño, a la sazón presidente del Consejo Departamental de Lima, fue llamado a conformar el Gabinete de Manuel de La Cotera, en el Ministerio de Hacienda. Arenas, sin embargo, discrepaba con La Cotera, lo que ocasionó su renuncia al poco tiempo. Durante la guerra del Pacífico, participó en la batalla de Miraflores (1881) y fue elegido diputado por Lima en el Congreso de Chorrillos. Luego se mudó a Arequipa, donde fue nombrado senador por Áncash y diputado por Huari (1883).

Los señores Irigoyen, Ribeyro, Arenas y Denegri solo duraron juntos en sus funciones un día. El 31 de octubre manifestaron al presidente del consejo que, sacrificando sus convicciones, aceptaron las carteras: "desgraciadamente (expresaron) nuestros primeros esfuerzos para llenar tan serios deberes han encontrado obstáculos insuperables en la resolución de U. S. sobre que no debe ser común la labor de donde se deriva la responsabilidad que juntos asumimos".

El general La Cotera replicó que "la común labor de los ministros en un Gabinete no significa la invasión de atribuciones supremas o extrañas al ramo respectivo. La ley detalla la manera como deben manejarse los diversos asuntos de la administración pública y de consiguiente no se puede, no se debe salir de los límites que ella prescribe sin establecer una confusión que perjudicaría en gran manera a los intereses nacionales".

De los comentarios periodísticos aparece que el ministro de Guerra no había querido hacer a los demás miembros del Gabinete copartícipes de ciertas medidas de su despacho y que había negado a los concejos municipales de Lima y Callao atribuciones en asuntos relacionados con la defensa de estas ciudades.

EL SEGUNDO GABINETE LA COTERA Y LA SEGUNDA GESTIÓN HACENDARIA DE QUÍMPER.- El 1° de noviembre de 1879 el Gabinete La Cotera quedó finalmente constituido con Rafael Velarde (Relaciones Exteriores); Buenaventura Elguera (Gobierno); Adolfo Quiroga (Justicia e Instrucción); y José María Químper (Hacienda).

Después de sus dos fugaces sucesores, se hizo, pues, Químper nuevamente cargo del ministerio de Hacienda, ya en pleno receso parlamentario.

El Congreso había expedido una ley autorizando la emisión de 32 millones en papel, y otra autorizando al Ejecutivo para arreglar con los tenedores de bonos de la deuda externa los negocios relativos al guano. Químper, curado ya de la intransigencia antipapelista de su anterior gestión ministerial cumplió la ley de papel moneda con energía y habilidad; fijó el impuesto a la exportación del azúcar en un sol plata o su equivalente en billetes fiscales por cada quintal, con cargo de dar cuenta a la siguiente legislatura; estancó el producto de los minerales de plata; prescindió de las resoluciones legislativas que habían derogado sus decretos; puso en práctica los impuestos ampliatorios de timbre, de los predios rústicos y urbanos y de las contribuciones de patentes e industrial, así como la creación del gravamen sobre la renta del capital movible y la contribución personal; dictó una serie de medidas destinadas a obtener en las mejores condiciones posibles la remisión de fondos a Europa y Estados Unidos y a mantener el tipo de cambio; e hizo mejorar la situación de los bonos de deuda interna y de los certificados salitreros. Fue la suya una verdadera dictadura hacendaria. Al terminar el mes de diciembre de 1879, Químper según dice en su memoria, había logrado (desde el 1° de noviembre) hacer a Europa remesas por valor de 182.000 libras esterlinas para armamentos y por más de 56.000 a Estados Unidos, atendiendo en Lima servicios extraordinarios cuya cuantía llegaba a 44.800 libras esterlinas.

LAS LEYES TRIBUTARIAS DE NOVIEMBRE DE 1879.- El Parlamento había continuado en su esfuerzo para hallar recursos y llegó a expedir las siguientes leyes que complementaron las de 17, 20 y 24 de mayo de 1879 mencionadas anteriormente:

1) La de 1° de noviembre de 1879 creó el impuesto de 2 centavos por cada boleta o papeleta de primera clase, y de un centavo por los de segunda clase que expidiesen las empresas de transportes y espectáculos públicos.

2) La de igual fecha aumentó al 10% anual la cuota de las contribuciones de predios rústicos y urbanos, de industrias, de patente y eclesiástica; y efectuó idéntica alza en la contribución sobre la renta del capital movible.

EL PAGO DE LOS DERECHOS DE ADUANA.- Los decretos de 31 de mayo y de 30 de junio de 1879 mandaron (como ya se ha visto) que los derechos de aduana solo fueran pagados en plata. Con ello pretendieron asegurar la autenticidad y la efectividad de esta importante entrada fiscal y confinar el papel a las transacciones mercantiles; e intentaron además, cortar las ganancias de la usura que adquiría billetes en el mercado a bajo precio, pagaba con ellos al Fisco a un precio mayor y volvía incesante a la misma especulación. El Congreso (como también se ha dicho ya) derogó los decretos citados considerándolos violatorios de la Constitución e insistió en esa actitud (26 de setiembre y 24 de octubre de 1879).

EL BILLETE FISCAL HASTA NOVIEMBRE DE 1880.- Al estallar la guerra los bancos se habían desligado de cambiar los billetes por ellos emitidos y de la responsabilidad por el valor de la emisión que pasó a ser del Estado (Decreto de 17 de agosto de 1877). La ley de 4 de febrero de 1879, para señalar, según se ha visto en capítulo anterior, los fondos que debían servir para la amortización, vino a quedar suspendida a causa de la situación internacional; y al ponerse en circulación parte del papel moneda mandado emitir, se acentuó la baja de este en el mercado y de su cotización en relación con la moneda metálica.

El papel moneda de circulación autorizada que, en febrero de 1879, ascendía a S/. 16.829.333.33 subió, a fines de agosto de 1879, según entonces se dijo a S/. 22.561.633.33, sin incluir los billetes emitidos clandestinamente por el Banco Nacional. Después de inconvenientes dilaciones y de estériles debates, el Congreso autorizó, por ley de 28 de octubre de 1879, una nueva emisión de S/. 32.000.000 en billetes y separó 20.000.000 de ellos para gastos de la guerra y 8.000.000 para la compra de elementos navales. La misma ley ordenó que los billetes fiscales fueran de curso forzoso. En otros de sus artículos, ella destinó especialmente a la extinción o recojo de los billetes fiscales los siguientes recursos: el producto del impuesto sobre movimiento de bultos y el del aumento de 30% en los derechos específicos; el 60% de la contribución personal; el 2% *ad valorem* impuesto a la importación del azúcar; el producto íntegro del impuesto anual sobre la renta del capital movible; el 60% de la contribución de predios rústicos y urbanos, industrial y de patentes; y el producto del impuesto de locomoción y diversiones públicas. A la vez, quedó establecido que la junta administradora y de vigilancia de la emisión fiscal se encargara de las operaciones relativas a las mejoras del cambio, a los gastos provenientes de la emisión y a recibir los productos de los impuestos destinados a la amortización para aplicarlos a ese fin. Dicha amortización no llegó a ser efectuada y la emisión del papel quedó sin más garantía que la responsabilidad general del Estado. Su monto total de S/. 54.561.633.00 subió luego por la emisión del Banco Garantizador cuya responsabilidad asumió el Gobierno, la emisión clandestina del Banco Nacional y la suma que faltaba para cubrir la parte no suscrita del empréstito nacional, llegando en conjunto a S/. 61.227.933.30. José M. Rodríguez sostiene que estas emisiones pudieron, en realidad, ser mucho más cuantiosas en razón del gran peligro nacional, y que fueron hechas de modo medroso y desconfiado, por lo cual suscitaron a su alrededor la duda y el pánico.

ACTITUD DE LA PERUVIAN GUANO CONTRA EL PERÚ Y LAS PERSPECTIVAS DE UN EMPRÉSTITO EXTERIOR.- La Peruvian Guano estaba favorecida desde 1876 (según se ha visto en anteriores capítulos) con un contrato por el cual entregaba al Erario una anualidad de 700 mil libras esterlinas divididas en cuotas mensuales, y con el resto de los productos del guano debía atender a la deuda externa.

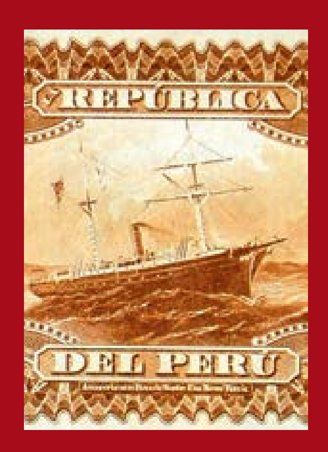
Tan luego como Chile se apoderó de Tarapacá, la Peruvian Guano suspendió la entrega de las mesadas alegando que habíase cortado el carguío de los depósitos del sur. Se negó, asimismo, a cumplir las órdenes para que no vendiese el guano al ínfimo precio registrado en sus cuentas.



TAN LUEGO COMO CHILE SE APODERÓ DE TARAPACÁ, LA PERUVIAN GUANO SUSPENDIÓ LA ENTREGA DE LAS MESADAS ALEGANDO QUE HABÍASE CORTADO EL CARGUÍO DE LOS DEPÓSITOS DEL SUR. SE NEGÓ, ASIMISMO, A CUMPLIR LAS ÓRDENES PARA QUE NO VENDIESE EL GUANO AL ÍNFIMO PRECIO REGISTRADO EN SUS CUENTAS.



LOS BILLETES FISCALES



En 1879, como una forma de obtener efectivo y pagar los gastos de la inminente guerra contra Chile, el Estado peruano decidió la emisión de billetes fiscales. Hasta ese entonces, los billetes eran emitidos por las diferentes entidades bancarias, quienes garantizaban su valor. En esta imagen podemos apreciar un detalle del reverso de un billete de un sol, uno de los primeros emitidos por el Banco Nacional.

Aunque el gobierno le señaló los depósitos de guano que aún tenía el Perú e intentó diversos arreglos con esta compañía, nada logró obtener. Las entregas mensuales de dinero quedaron suprimidas y las letras giradas desde Lima contra ella fueron protestadas. El Perú se vio privado en momentos tan difíciles, de una renta necesaria para sus gastos cotidianos y consignada en su Presupuesto. La compañía que, en su calidad de consignataria, aparecía como agente de confianza del Gobierno peruano, abrió negociaciones con el de Chile. Cuando fue ministro de Hacienda Químper, ordenó que no se permitiera a ella embarcar más guano y que los conocimientos de los buques que hallábanse entonces a la carga fueran extendidos a la orden del Estado peruano.

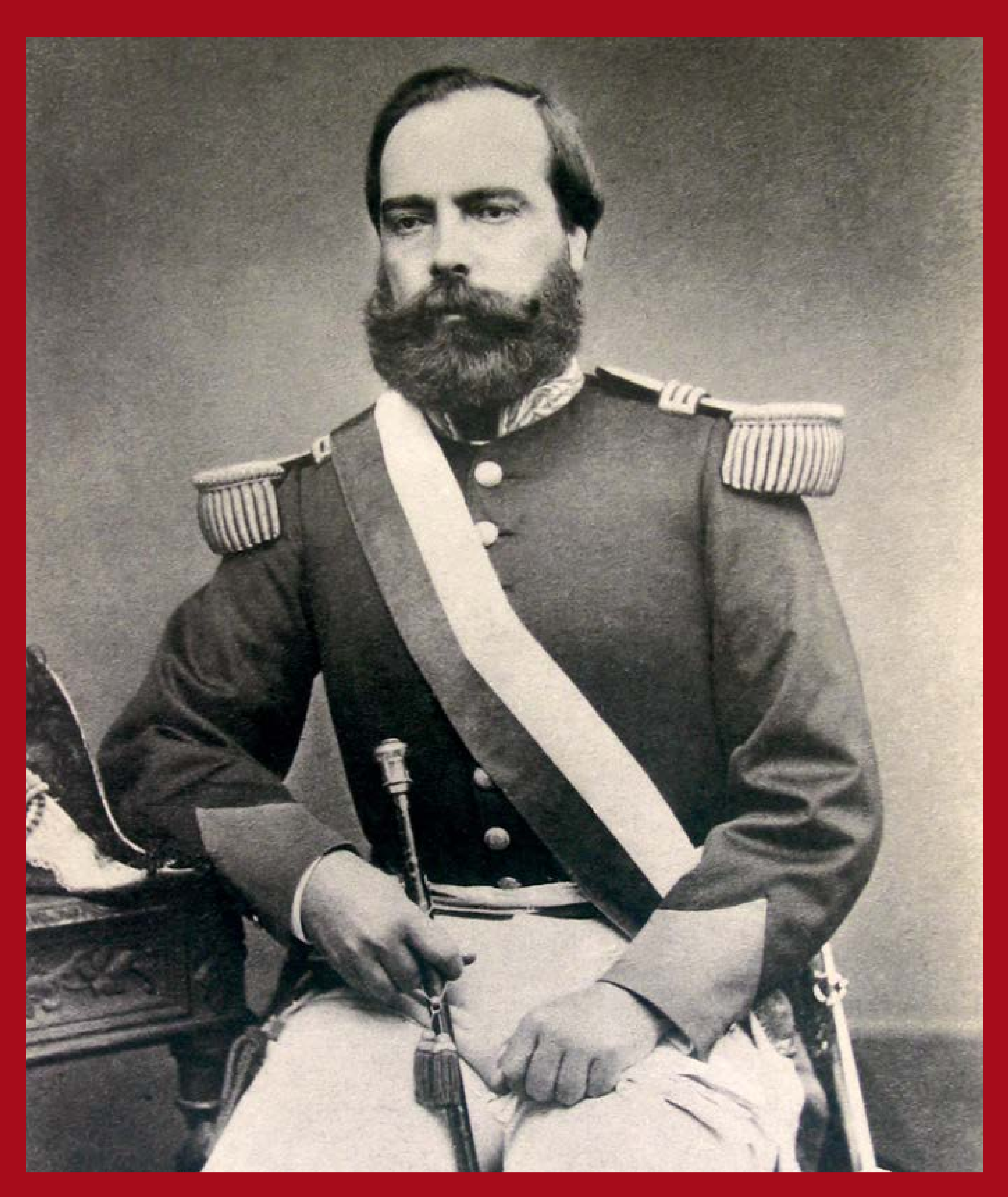
El nombramiento hecho a favor de los señores Aranîbar y Althaus quedó inoperante después de las acres discusiones de ambos con la casa Dreyfus y la Peruvian Guano. Francisco Rosas y Juan Mariano de Goyeneche fueron nombrados solo en octubre de 1879, como ya se ha visto, comisionados fiscales en Europa. Con la certeza de que la Peruvian Guano Company, es decir la entidad beneficiaria del contrato de 1876, era hostil, y considerando también que la casa Dreyfus se negaba a colaborar en espera de la sublevación de Piérola, empezaron los comisionados a tratar con un tercer interesado: la Sociedad General de Crédito Industrial y Comercial de París. Con fecha 26 de noviembre de 1879, el ministro Químper los autorizó a negociar no solo con el guano sino también con el salitre.

[III]

LA CRISIS INTERNA PERUANA POR LOS DESCALABROS INTERNACIONALES.- La terminación de la primera campaña terrestre a fines de noviembre dejó como saldo, después de la pérdida del *Huáscar* y de la *Independencia*, y no obstante la llamarada heroica de Tarapacá, la pérdida de ese departamento y el quebrantamiento del ejército profesional peruano. La principal fuente de riqueza nacional, el territorio salitrero, había sido ocupado por el enemigo. Nadie le disputaba el dominio del mar. El ejército aliado se hallaba gravemente afectado por el infortunio y de hecho estaba amputado. Recriminaciones mutuas, desconfianzas y querellas abrían grietas en la alianza Perú-boliviana. Los nuevos barcos que debían rehacer la escuadra no llegaban. Ambos Gobiernos, no muy firmes antes de la guerra, empezaron a tambalearse. En el Perú, Juan Buendía fue sometido a juicio. Pero el curso infausto de la guerra, la crisis económica y el desconcierto político habían colocado en situación difícil el régimen mismo.

El desastre de la campaña de Tarapacá exacerbó la virulencia de la oposición.

LLEGADA DE PRADO A LIMA. NUEVA GESTIÓN PARA EL INGRESO DE PIÉROLA AL MINISTERIO.- El 28 de noviembre llegó a Lima el presidente Prado después de nombrar al contralmirante Lizardo Montero jefe superior, político y militar de los departamentos del sur. "Aunque las calles por donde pasó a pie desde la estación del ferrocarril hasta la casa de su familia (dice Paz Soldán) estaban llenas de gentes y lo acompañaban gran número de personas notables, reinó profundo silencio". Entre los acompañantes estuvo Piérola. Llamó Prado a Piérola el 1° de diciembre y le ofreció la presidencia del ministerio con amplia libertad de acción. Piérola rehusó. Para explicar esta actitud, dijo el caudillo en una carta el 3 de diciembre publicada en su diario *La Patria:* "1°) Los desastres sufridos son fruto necesario, no solo de los hombres que están al frente de los negocios, sino del régimen en que vivimos y contra el cual he luchado por todos los medios y durante diez años, así en el gobierno como fuera de él; 2°) Manteniendo ese régimen es imposible hoy salvar la situación; y por lo mismo, ayudar a sostenerlo, lejos de trabajar por el Perú, es trabajar porque se consume su ruina; 3°) En cuanto a las personas que representan ese régimen tanto el señor general Prado como el señor general La Puerta han llegado a ser imposibles como jefes de la nación en las actuales circunstancias; y por lo que toca al 2°



MARIANO IGNACIO PRADO. Su segundo gobierno se inició el 2 de agosto de 1876. Durante este período, Chile declaró la guerra al Perú y Bolivia. Prado viajó a la zona de conflicto durante la campaña naval. En 1880, al inicio de la campaña terrestre, viajó a Estados Unidos y luego a Europa para adquirir armamento. El Perú, en medio de una grave crisis, quedó bajo las órdenes del vicepresidente Luis La Puerta.

El Comercio

[1879 NOVIEMBRE 28]

LA LLEGADA DE PRADO AL CALLAO. En su edición del 28 de noviembre de 1879, *El Comercio* informó sobre la llegada del presidente Prado a Lima, procedente de los departamentos del sur. Dijo el diario sobre el hecho: "No puede ser más oportuna la presencia del presidente en Lima, pues llega a tiempo para restablecer el orden en el Gobierno y la confianza de todos los ánimos, ciertamente atormentados en presencia del peligro exterior y por las justas desconfianzas de la seguridad interior".

Vicepresidente, me bastará decir que su alejamiento del país es claro testimonio de buen juicio y patriotismo; 4°) Los que se irritan y me acusan porque no consiento en ser jefe del Gabinete al cabo de ocho meses durante los cuales no he sido hallado útil para nada presentándome obstáculos inconcebibles hasta para ejercer el derecho de hacerme matar a la cabeza de un grupo de voluntarios, se irritan y me acusan no porque no acudo a salvar al país sino porque no acudo a salvar la dominación que ellos han ejercido y que no han sabido emplear en el triunfo del Perú; 5°) La legalidad no existe realmente. Está reducida en realidad no a mantener instituciones que han sido desnaturalizadas y que este momento son incompatibles con el bien público sino a mantener en el poder a tales o cuales hombres; 6°) Me resigné hace dos meses a presidir un Gabinete para el que se me negó la libertad legal que el apuro de la situación hace se me otorgue ahora; me resigné a ello sólo porque, previendo la inminencia de una invasión y la proximidad de una batalla campal, era, ante todo, indispensable evitar en ella precisamente lo que ha venido sin razón que lo justifique. Hoy no hay aquel motivo. Se necesita más, mucho más; y aquella resignación mía no tendría ahora otra explicación y sería culpable… 8°) Yo no me he negado a servir al país y a servirlo lo mismo en el último que en el primer puesto. Me he negado y me niego a dos cosas: 1° A buscar ese puesto por mí mismo sin ser llamado a él. 2° A aceptarlo sin los medios de hacer lo que creo indispensable al bien del país". Más adelante decía: "Si el país ha de salvarse necesita una transformación política radical. O ella se verifica de arriba a abajo tomando el general Prado la iniciativa de una apelación al pueblo, única entidad legal que puede decidir; o esa transformación se verificará de abajo a arriba con funesto estrago".

Piérola se sentía, en efecto, no solo exento de responsabilidad de lo que había ocurrido y estaba ocurriendo sino paladín de la lucha para evitarlo. Este pensamiento que es esencial para comprender el significado que el caudillo se otorgó a sí mismo en la vida peruana desde 1872, reapareció en la vejez para inspirarle en alguna ocasión melancólico orgullo al preguntar entre las aclamaciones fréneticas de sus partidarios: "Si la victoria hubiese premiado el esfuerzo demócrata en Arequipa y Yacango, ¿habría tenido el Perú la bancarrota fuera, la miseria del billete fiscal inconvertible dentro; la insensata guerra con Chile; la ruina y la humillación nacional… el desastre?".

LA TENTATIVA PARA FORMAR EL GABINETE IRIGOYEN Y SU FRACASO. LA RATIFICACIÓN DE LOS MINISTROS ACTUANTES.- Entre el 30 de noviembre y el 2 de diciembre de 1879 hubo ajetreos para formar un nuevo Gabinete, sin Piérola. Prado expresó a Montero en la primera de las cartas de diciembre publicadas por el R. P. Rubén Vargas Ugarte que se glosa en seguida: "Así las cosas, después de muchas dificultades, se convino en que el nuevo ministerio quedara organizado con el siguiente personal: presidente del Consejo y ministro de Relaciones Exteriores, señor Irigoyen; Gobierno, Dr. Álvarez; Justicia, Dr. Ribeyro; Hacienda, señor Denegri, y Guerra, coronel Lara. Desgraciadamente, los señores Irigoyen y Ribeyro desistieron de lo acordado y, en presencia de esta nueva contrariedad que hacía más difícil la situación, exponiendo al Gobierno a quedar en acefalía, determiné continuar despachando con los ministros que servían al lado del señor general La Puerta quienes se presentaron a ayudarme en las tareas de administración".

Si se hubiera constituido el Gabinete Irigoyen, en él habrían figurado juntos con este gran personaje, dos más que también aparecieron en el equipo que trató de formar el general La Cotera antes de octubre de 1879, los señores Aurelio Denegri y Ramón Ribeyro.

El 2 de diciembre fue ratificado el Gabinete La Cotera.

El 4 de diciembre renunció el ministro de Relaciones Exteriores Rafael Velarde. Dijo que cumplía este propósito por tercera vez. Fue su dimisión aceptada el 11 de diciembre y quedó el señor Quiroga, ministro de Justicia, encargado de la Cancillería. El 12 manifestó Quiroga que las personas solicitadas no habían aceptado esta, que solo provisionalmente la asumía él y que también quería renunciar la cartera de Justicia. Sin embargo, continuó en sus funciones.

El 16 de diciembre se reunió en el Club Literario un numeroso grupo de personas del foro, el comercio, las Cámaras y el ejército presidido por el doctor Juan Antonio Ribeyro, presidente de la Corte Suprema y el obispo Pedro José Tordoya. En esta asamblea se nombró una comisión para que se entrevistase con el Presidente y le pidiera el castigo de los culpables del desastre del sur, ofreciéndole el concurso de los bienes y de las personas de los allí congregados para recuperar Tarapacá; al mismo tiempo debía solicitarle el cambio del Gabinete por "su manifiesta ineptitud". Formaron parte de la comisión Manuel Francisco Benavides, José de la Riva-Agüero, Miguel San Román, M. Seminario y Váscones, Carlos M. Elías, José Ignacio Távara, Luis Carranza, Césareo Chacaltana y Julián Sandoval. Prado los recibió y escuchó con benevolencia lo que dijeron; pero no dio una respuesta terminante.

[IV]

LAS CRÍTICAS A PRADO.- Según Prado en su manifiesto de Nueva York firmado en agosto de 1880, la dirección por él impartida a la guerra, en sus primeros meses, que dio lugar a la organización y a la reunión de las tropas en el sur así como a la campaña naval, fue recibida generalmente con beneplácito. Pero agrega: "Los méritos adquiridos hasta entonces desaparecieron ante la pérdida del *Huáscar*. Era necesario tener un don sobrenatural para batallar sin descanso y vencer siempre en la lucha imposible de un débil buque contra otros de gran poder. Los cargos más torpes, las versiones más ridículas encontraban cabida en el ánimo acongojado del patriotismo y hasta los hombres sensatos, extraviados por la intensidad de su dolor, cedían a la maléfica influencia de los eternos explotadores de las desgracias públicas".

Dice a continuación que dos días antes del desastre de Pisagua fueron tomadas disposiciones, y antes del de San Fracisco se ordenó la batalla; por su parte, afirma, "hice cuanto me correspondía para prevenirlos y evitarlos" (los desastres).

Acusado de permanecer constantemente en Arica, se defiende porque ese puerto era el cuartel general del ejército aliado; porque tenía una situación central, apropiada y expedita para la comunicación, las disposiciones, las medidas y los movimientos que debía adoptar como Director de la guerra; porque siendo el único punto fortificado del sur, era el único al que podían arribar los buques peruanos; y porque era preciso cuidar las relaciones con el ejército boliviano y con Daza. No fue a Iquique (sigue explicando) como resultado del hecho de que en Iquique se hallaba el general en jefe, y en Arica otro ejército a cuya cabeza estaba él. Se ignoraba por dónde iba a venir el enemigo y toda la zona del sur encontrábase amenazada. Por otra parte (según su punto de vista), "la misión del Director de la guerra era combinar las operaciones y dirigirlas desde el lugar más apropiado no pudiendo a la vez estar en todas partes, ni emprender marchas ni contramarchas que hubieran trastornado todos nuestros planes quitándoles su centro de acción. Además, es público y notorio que sufro hace años una enfermedad que me impide viajar a pie y a caballo y que, a pesar de ella, resolví ir a Tarapacá del único modo que podía hacerlo, esto es por mar, para desembarcar en alguna caleta, pero no fue posible porque la *Unión* no estaba en Arica y ningún capitán de buque neutral convino en llevarme". Todo lo afirmado aquí podría ser analizado cuidadosamente; pero lo que, a primera vista parece evidente es que, si quiso hacer uso de la *Unión*, bien pudo hacer que viajara a Arica.

El regreso a Lima después del desastre de la campaña de Tarapacá fue otro de los cargos hechos contra Prado. Según él, en el manifiesto citado, hubo comisiones de Lima que reiteradamente se lo pidieron. "Me vi obligado a ceder (agrega) por la especialísima circunstancia de la grave enfermedad del general La Puerta, cuya muerte se temía de un momento a otro. Comprendiendo entonces, por todo lo que se me comunicaba, que este deplorable acontecimiento podía ocasionar un cataclismo si no me encontraba oportunamente en la capital, resolví y ejecuté mi marcha, tan solo para atender a las mayores y más urgentes necesidades del servicio.



SEGÚN PRADO EN SU MANIFIESTO DE NUEVA YORK FIRMADO EN AGOSTO DE 1880, LA DIRECCIÓN POR ÉL IMPARTIDA A LA GUERRA, EN SUS PRIMEROS MESES, QUE DIO LUGAR A LA ORGANIZACIÓN Y A LA REUNIÓN DE LAS TROPAS EN EL SUR, ASÍ COMO A LA CAMPAÑA NAVAL, FUE RECIBIDA GENERALMENTE CON BENEPLÁCITO.



UNA SALIDA INESPERADA. El viernes 19 de diciembre de 1879, *El Comercio* publicó un editorial sobre el viaje del presidente a Europa. En él, decía: "No creemos que haya quien de buena fe tome a lo serio el decreto expedido por el general Prado en los momentos de emprender su viaje a Europa, viaje que, por otra parte, tiene todos los caracteres de fuga. Podemos cuando más, que la infatuación que ha dominado siempre al malhadado general, lo haya inducido a engañar a su propia conciencia, procurando halagarse a sí mismo, con la esperanza de que la presencia del Presidente del Perú podía contribuir de una manera eficaz a la adquisición de importantes elementos de guerra; pero no habrá hombre de sentido común que espere en realidad semejante ventaja del viaje tan sigilosamente preparado y que tan honda sorpresa ha producido en el público".

Una vez en Lima, me fue satisfactorio ver que no corría peligro la vida del general La Puerta; sentí infinito haber dejado a Arica y tanto más lo sentí cuanto no pude organizar un nuevo Gabinete, por cuya falta estuvo el Gobierno en acefalía durante cuatro días".

Fue entonces cuando, después de ratificar en sus funciones a los ministros que habían actuado antes, decidió salir del país.

VIAJE DE PRADO.- "Cuando el presidente Prado a su regreso de Arica (escribe don José María Químper en su manifiesto) tuvo conocimiento de los recursos con que el país contaba, de los encargos hechos y de los elementos de todo orden que tenía preparados fue irresistible su deseo de marchar personalmente a Europa y Estados Unidos para acelerar con su presencia y con su acción inmediata la remisión de armamentos y la adquisición de una escuadra. Me opuse a ese deseo aduciendo razones que es inútil repetir; pero como el general Prado tuviese en su apoyo a la mayoría de los miembros del Gabinete, el deseo se convirtió bien pronto en una resolución tomada. Indudablemente era nobilísimo el móvil que indujo al general Prado a ausentarse del Perú; pero no fue, a mi juicio, político ni conveniente dejar el país en aquellos momentos".

El decreto dado el 18 de diciembre y refrendado por Prado y sus ministros La Cotera, Elguera, Quiroga y Químper expresó en su parte considerativa que el presidente estaba autorizado para salir del Perú para la resolución legislativa de 9 de mayo de 1879 y que asuntos muy importantes y urgentes demandaban su presencia en el extranjero; y, asimismo, que "es mi deber y es mi deseo hacer cuanto pueda en favor del país". En la parte resolutiva encargó de la Presidencia de la República al Vicepresidente conforme a la Constitución.

En una breve proclama dirigida a la nación y al ejército, Prado habló de los "grandes intereses de la Patria"que exigían su partida. "Muy grande y muy poderosos son, en efecto (proseguía diciendo) los motivos que me inducen a tomar esta resolución. Respetadla que algún derecho tiene para exigirlo así el hombre que, como yo, sirve al país con buena voluntad y completa abnegación". A los soldados les decía que si las armas peruanas sufrieron parciales desastres en los primeros días de noviembre, el 27 se cubrieron de gloria en Tarapacá. "Seguro estoy (agregaba) de que en cualesquiera circunstancia imitaréis el ejemplo de vuestros compañeros del Sur". Terminaba pidiendo cooperación para el vicepresidente y dando la seguridad de que regresaría oportunamente. "Tened fe en vuestro compatriota y amigo", eran sus últimas palabras.

La Puerta dio un decreto en el que asumió la presidencia de la República (18 de diciembre).

La salida del barco inglés *Paita* fue demorada desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde para que pudiese embarcarse Prado. Se dirigió él al Callao en compañía de los ministros La Cotera y Quiroga y utilizó una falúa oficial con esos ministros, el comandante general de Marina, el capitán de puerto y un comandante de buque. Al despedirse de su séquito encargó que se dijese a los marinos que pronto tendrían agradables noticias de él. Lo acompañaron como ayudantes José Gálvez Moreno, Jorge Tezanos Pinto y Celso Zuleta.

LA CARTA DE PRADO DESDE GUAYAQUIL.- En una carta a bordo del *Paita* fechada en Guayaquil el 22 de diciembre de 1879 que se publicó en *El Comercio* del 28 de diciembre y en otros documentos, Prado defendió su actitud. Por las últimas comunicaciones de Europa vio (dice en esa carta) con sentimiento que, debido en gran parte a competencias y rivalidades de los comisionados peruanos, no se podía avanzar en la adquisición de los barcos que tanto necesitaba el país. Ello motivó (agrega) su decisión de viajar. "Para ello (afirma textualmente) tuve en cuenta las siguientes consideraciones: 1°) Que mi presencia allí y lo que tenía que hacer no era tan esencial que no pudiera ser reemplazado por el Vicepresidente, al paso que mi venida era de mayor importancia porque lo que no hiciera yo no lo haría ningún otro. 2°) Que no debía omitir esfuerzo ni sacrificio alguno

para conseguir los elementos que necesitamos, mucho más no habiéndose conseguido hasta hoy y pudiendo acaso conseguirlos yo, usando de mi alta representación, plenas facultades y relaciones personales. 3°) La oportunidad de poder reunir las personas y recursos para subordinarlos todos a mi voluntad a fin de alcanzar el objetivo que me propongo. 4°) La de que con mi venida nada se arriesgaba ni perdía gran cosa siendo así que ella podría proporcionarnos lo que hace tiempo buscamos para contrarrestar y vencer al enemigo". La urgencia de entregar a los acreedores el guano y el salitre antes de que los chilenos se apoderasen de ellos y los explotaran, hacía, en su concepto, perentoria la necesidad de su viaje. En seguida explica la reserva que dio a su decisión para no caer en manos del enemigo y "para evitar discusiones y opiniones cuyo resultado, en la excitación en que los ánimos se encuentran, hubiera podido contrariar mi marcha y originar bullas y escándalos".

LAS ENTREVISTAS DE PRADO EN EL *HERALD* DE NUEVA YORK.- Al llegar Prado a Nueva York en el barco *Andes* junto con José Gálvez Moreno, Celso Zuleta y Jorge Tezanos Pinto, supo la noticia de la sublevación de Lima por un ejemplar del diario *Herald* que le llevó el piloto del buque. Recibieron al presidente depuesto varios amigos entre los que estaba William R. Grace. Un redactor del *Herald* lo entrevistó. Afirmó que no había creído posible la noticia de su derrocamiento. Insistió, sin embargo, en el ambiente de vacío ante su régimen evidenciado en la negativa de los políticos más prominentes para cooperar con él. Explicó el motivo de su viaje en la necesidad de efectuar importantes arreglos financieros para proseguir la guerra. Se negó a entrar en comentarios sobre su sucesor y sobre el Gabinete por él formado, diciendo que no haría nada que disminuyera las probabilidades de victoria. Reveló, sin embargo, que había ofrecido a Piérola la presidencia del ministerio sin que ella fuera aceptada; y que Piérola le había aconsejado proclamarse dictador, a lo cual se había negado porque sus métodos eran constitucionales. Atribuyó las victorias de los chilenos a la superioridad de su escuadra y expresó la opinión de que la batalla de San Francisco habría sido una gran victoria de los aliados si no se hubieran retirado las tropas bolivianas.

Días después en una segunda entrevista al *Herald*, Prado negó la versión de que era un fugitivo. Para refutarla dio como argumento que, en ese caso, no se hubiese quedado su familia en Lima. Preguntando sobre los duros calificativos dados por el diario *El Comercio* de esa ciudad a su viaje, expresó su convicción de que más tarde se arrepentirían sus editores de ello cuando hubiesen reflexionado suficientemente. En cuanto a los de *La Patria* se limitó a comentar de qué se trataba del órgano periodístico de Piérola. Se esforzó en explicar que el Congreso le había autorizado para salir del país y que había hecho uso de ese permiso cuando lo creyó oportuno. Negó que la sublevación fuera inminente en vísperas de su partida pues, según él, el ejército la hubiera contenido. Se declaró pobre afirmando que no era propietario ni de una hacienda en el país. Nuevamente se negó a opinar sobre el nuevo Gobierno.

EL MANIFIESTO DE PRADO DESDE NUEVA YORK EN JUNIO DE 1880.- Sin embargo, con fecha 26 de junio de 1880 Prado firmó en Nueva York un manifiesto para refutar el tremendo decreto expedido por Piérola contra él e insertar documentos que, en su opinión, justificaban su conducta. El texto fue muy breve. "Salí del Perú (afirmó allí) en importantísima y patriótica misión, para regresar inmediatamente después de satisfacer las necesidades más apremiantes de la guerra, para obtener y proporcionar los elementos que indispensable y urgentemente necesitábamos, para llevar a buen término combinaciones y arreglos que solo personalmente podía realizar. Salí del Perú cumpliendo con todos los deberes que la ley me imponía, con la correspondiente autorización del Congreso nacional, con la aprobación unánime del Consejo de Ministros, y dejando organizado y constituido el Gobierno en la forma que prescribe la Carta fundamental. Salí del Perú en servicio de su propia causa, me embarqué públicamente en pleno día



LA SALIDA DEL BARCO INGLÉS *PAITA* FUE DEMORADA DESDE LAS DIEZ DE LA MAÑANA HASTA LAS TRES DE LA TARDE PARA QUE PUDIESE EMBARCARSE PRADO. SE DIRIGIÓ ÉL AL CALLAO EN COMPAÑÍA DE LOS MINISTROS LA COTERA Y QUIROGA Y UTILIZÓ UNA FALÚA OFICIAL CON ESOS MINISTROS, EL COMANDANTE GENERAL DE MARINA, EL CAPITÁN DE PUERTO Y UN COMANDANTE DE BUQUE.



acompañado por los ministros de Estado, por las autoridades políticas y militares, etc., etc.". El propósito de Piérola al inculparlo era "satisfacer innobles y mezquinas pasiones e impedir de todos modos mi regreso a la patria por cuanto empieza ya la indignación pública a manifestarse contra él. Es lástima que este pobre hombre, juzgándome como a sí mismo, se engañe y no comprenda que si deseo regresar, es únicamente por servir a mi país en la actualidad".

EL MANIFIESTO DE PRADO DESDE NUEVA YORK EN AGOSTO DE 1880.- Mucho más extenso que el de junio fue el manifiesto de Prado en agosto de 1880. Allí hizo sobre los comienzos de la guerra, la campaña naval, la campaña de Tarapacá, su presencia en Arica y su viaje a Lima las consideraciones que ya han sido mencionadas. También disertó con amplitud acerca de

LA DESESPERADA COMPRA DE ARMAMENTO

EL HISTORIADOR RAÚL PALACIOS RESEÑA EN ESTE TEXTO EL ITINERARIO QUE TUVIERON QUE RECORRER LOS BUQUES MANDADOS A CONSTRUIR CON LOS DONATIVOS OBTENIDOS PARA LA COMPRA DE ARMAMENTO POR PARTE DE PERÚ. UNO DE ELLOS SE LLEGARÍA A INCORPORAR A LA MARINA PERUANA SOLO DESPUÉS DE LA GUERRA.

"La historia de estos cruceros (...) está teñida de múltiples anomalías y de negligencias que le dan un matiz especial y casi pintoresco. La adquisición de ambos, avaluada en 2.755.220 francos, según se lee en el oficio del ex ministro del Perú en Francia, Carlos G. Candamo, al ministro de Guerra y Marina de fecha 16 de mayo de 1887, se remonta a los días mismos en que nuestra patria se enfrentaba al enemigo en el fragor de las batallas. [...]

Mandados a construir en los astilleros Howaldt de Kiel (Alemania) a mediados de 1880, con las erogaciones de hombres y mujeres de toda condición, el Diógenes y Sócrates quedaron al poco tiempo técnicamente expeditos para su salida; sin embargo, dificultades de diversa índole no lo permitieron así. Según es versión aceptada, se escogió estos nombres para confundir a los agentes chilenos y se les dio en la obra muerta y superestructura una apariencia de yates. Ni por uno u otro medio se logró el resultado anhelado de despistar al enemigo. Superados los inconvenientes las naves salieron de Alemania, con rumbo a Inglaterra, por cuanto que en aquel país no se fabricaba artillería naval; cosa que sí ocurría en este último. Los buques fueron conducidos con ese fin al puerto de Southampton para montarles los cañones Armstrong. En este activo puerto al sur de Inglaterra, las naves, por acción directa de los representantes chilenos que hicieron conciencia que ellas venían a participar en la guerra, fueron detenidas por las autoridades inglesas, aduciendo el principio de la neutralidad. [...]

[P]asados ocho largos años de la gestión inicial de compra, el Sócrates fue incorporado a nuestra Escuadra, con el nombre de Lima siendo (...) Presidente de la República el general Andrés A. Cáceres".

De: *Historia marítima del Perú.* Tomo XII, Vol. 1. La República – 1884 a 1906. Lima: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, 1990; pp. 193, 198 y 384.

la necesidad absoluta de devolverle su poderío naval al Perú y de hacer "una combinación que podía proporcionarnos recursos". "La situación expectante de la guerra en aquella época (agrega) me permitía ausentarme por breve plazo. Mi presencia en el extranjero concentraba y unificaba la acción de nuestros agentes. Mi alta investidura y las amplias facultades de que estaba investido, a más de infundir plena confianza a los negociantes, ofrecía la inapelable ventaja de abreviar todos los trámites, de salvar todas las dificultades y de reformar o emprender nuevas combinaciones sin necesidad de aprobación ni consultas dilatorias". No puso su salida previamente en conocimiento del público (según afirmó) para no arriesgar ni la realización ni el éxito de un proyecto de tanta magnitud, para no excitar las pasiones e interés de partido y para no caer prisionero como habría sucedido.

Rotundamente negó que hubiese tenido miedo al pueblo de Lima que no había hecho una sola manifestación contra él, y al que en innumerables ocasiones dio libertad para reunirse durante su gobierno, expresando igualmente que no había sentido temor ante los chilenos porque le parecía improbable y muy aventurado que fueran a Lima. "No hay, pues, causa a que pueda atribuirse mi supuesta fuga; pero aun cuando la hubiese, no por eso se resolvería a huir un hombre de mi posición, sacrificando su nombre, su familia y todo su porvenir".

El resto del manifiesto estaba dedicado a atacar sañudamente a Piérola, a quien empezaba por considerar culpable de que Prado no hubiese comprado dos blindados superiores a los chilenos, para luego calificar en los términos más duros su actuación como ministro, como conspirador, como "traidor a mano armada contra el mismo gobierno a quien pidió servicio y contra la patria comprometida en guerra anterior" y, por último, como dictador.

LA CARTA DE PRADO A BARINAGA.- Poco antes de redactar este manifiesto, Prado dirigió, con fecha 10 de julio de 1880, una carta pública a Manuel A. Barinaga, ministro de la dictadura. Allí desmintió en primer lugar la versión propalada (según él) tanto por Barinaga como por Miguel Iglesias de que se había válido del Gobierno argentino para que mediase con el de Chile a fin de ajustar la paz. Negó, asimismo, que el presidente de Chile, Aníbal Pinto, fuese su compadre ni su amigo, sosteniendo, por el contrario que en las elecciones "mis simpatías, manifestadas hasta por la prensa, fueron a favor de don Benjamín Vicuña Mackenna". La otra rectificación en la carta aludía a la especie de que, después de haberse locupletado con la hacienda pública, había sacado del tesoro para su viaje 180 mil libras esterlinas. "Nunca tomé del tesoro (afirmaba categóricamente) un peso más de mi sueldo, ni especulé con el destino, ni hice con alguien arreglo, combinación o negocio alguno por el que reportase yo la más pequeña utilidad. Faculto a cualquiera a que me afronte lo contrario".

En los párrafos finales de esta carta hacía la predicción de que Piérola terminaría por firmar la paz, valiéndose de la farsa de aparentar que el pueblo la pedía y lo obligaba a ello. Este anuncio resultó infundado.

TRES CARTAS DE PRADO A MONTERO.- El P. Rubén Vargas Ugarte ha publicado en el libro *Guerra con Chile, Campaña del Sur* (Lima, 1967) dedicado principalmente a la memoria del general Juan Buendía y a varios documentos más del mismo personaje, entre otras, tres cartas de Prado a Montero fechadas en Lima en diciembre de 1879. Han sido tomadas del archivo Prado y su autenticidad es indudable.

En la primera (sin día señalado) cuenta primero los ajetreos en relación con el ministerio y señala luego escasez de elementos bélicos que ha encontrado. "Nuestros almacenes militares están completamente agotados"; dice. "No tenemos armamentos; pero ya se ha pedido", agrega.

La segunda misiva de 10 de diciembre, se ocupa de cosas administrativas.



ROTUNDAMENTE NEGÓ QUE HUBIESE TENIDO MIEDO AL PUEBLO DE LIMA QUE NO HABÍA HECHO UNA SOLA MANIFESTACIÓN CONTRA ÉL, Y AL QUE EN INNUMERABLES OCASIONES DIO LIBERTAD PARA REUNIRSE DURANTE SU GOBIERNO, EXPRESANDO IGUALMENTE QUE NO HABÍA SENTIDO TEMOR ANTE LOS CHILENOS PORQUE LE PARECÍA IMPROBABLE Y MUY AVENTURADO QUE FUERAN A LIMA.



El Comercio

[1879 NOVIEMBRE 19]

DESPERFECTOS EN EL CABLE SUBMARINO. En su edición del miércoles 19 de noviembre de 1879, *El Comercio* informó sobre la avería existente en los cables telegráficos submarinos. Al respecto, dijo el diario: "El fondo de los mares está habitado por sinnúmero de insectos desconocidos para los habitantes de la superficie, insectos rapaces que destruyen la envolvente gutapercha. (...) No todos los enemigos de los cables son microscópicos, sino que no parece sino que los monstruos del abismo se han colgado contra las líneas telegráficas submarinas".

La tercera presenta mucha importancia. Es de 18 de diciembre, día del viaje. "Desde mi arribo a esta capital (expresa) me he contraído a estudiar detenidamente nuestra verdadera situación desnudo de toda ilusión; y este estudio me ha dado el convencimiento de que en el estado que hoy nos encontremos, la guerra con Chile tiene que ser muy larga a la vez que llena de dificultades y muy dispendiosa para nosotros; porque siendo esta principalmente marítima, con solo los elementos de tierra de que podemos disponer, llevamos sin duda la parte más pesada. Hay pues absoluta necesidad de proveerse, a todo trance, de elementos de mar, por lo menos de un poderoso blindado, capaz de hacer frente a la escuadra enemiga".

El segundo párrafo menciona la falta de recursos y la "inconcebible competencia entre los numerosos comisionados que se han enviado con tal fin", cuyas rivalidades y emulaciones apasionadas dañan los intereses del país.

"En tal situación (agrega) y después de pensar con madurez e impelido por un sentimiento altamente patriótico, he tomado la resolución de marchar hoy a Europa, en demanda de los mencionados elementos; y la he adoptado sin vacilar, aun a riesgo de que algunos espíritus ligeros y apasionados me increpen con este motivo, porque estoy convencido de que es el mayor servicio que en las presentes circunstancias puedo prestar a mi patria, a cuya conveniencia estoy decidido a sacrificarlo todo". Así parece decir que tomó su determinación solo, sin consejo de nadie.

Manifiesta, en seguida, que su presencia aquí no es indispensable; al paso que su viaje a Europa será, tiene fe en ello, de provechosos resultados. El envío de auxilios al ejército del sur puede hacerlo perfectamente y, quizás con menos embarazos, el Gobierno que queda; y dicho ejército está encomendado a los jefes más distinguidos que tiene la nación.

"Voy (expresa luego) investido de poderes amplios, que me permitirán remover cualquier obstáculo para la pronta adquisición de los mencionados elementos marítimos, al mismo tiempo que para hacer con nuestros acreedores arreglos convenientes a fin de que los chilenos exploten impunemente nuestras riquezas de Tarapacá".

Se despide "hasta dentro de cuatro meses a lo sumo".

Del texto de esta carta aparece que la resolución de viajar a Europa la tomó "desde mi arribo a esta capital". El documento está destinado a poner el hecho en conocimiento de Montero y a explicar con detalles sus motivos. Vale la pena compararlo con el texto análogo de la carta de Guayaquil, si bien en esta menciona como factor decisivo para su actitud "las últimas comunicaciones de Europa".

Que el viaje de Prado a Europa fue proyectado por él mismo y solo después de su regreso a Lima, aparece también en el manifiesto de José María Químper, su ministro, ya citado antes. Conviene repetir las palabras textuales de Químper: "Cuando el Presidente Prado, a su regreso a Arica, tuvo conocimientos de los recursos con que el país contaba con los encargos hechos y de los elementos de todo orden que tenía preparados, fue irresistible su deseo de marchar personalmente a Europa y Estados Unidos…".

APRECIACIÓN SOBRE EL VIAJE DE PRADO.- La historia independiente no puede menos que censurar el viaje de Prado. Si existieron las competencias y rivalidades de los comisionados peruanos a los que él aludió en su carta de Guayaquil y en la de Montero, podían haber sido eliminadas destituyendo a los culpables y nombrando a una persona prestigiosa con plenos poderes. Esa persona no debía ser necesariamente el Presidente de la República y Director de la guerra. La ausencia del primer ciudadano del país cuando los ánimos estaban tan excitados como Prado lo reconocía en las cartas antedichas y en manifiesto de agosto de 1880, tenía que dar lugar precisamente, en un grado máximo, "a las bullas y escándalos" por él mencionados. Prado recordaba acaso su viaje a Europa en 1876 cuando logró firmar el contrato Raphael; pero la situación era muy distinta. En 1876 ya las bases del acuerdo habían sido determinadas y, además, en esos momentos gozaba el

país de paz interna y externa. La sorpresa ante su partida en 1879 tenía que estallar inevitablemente en expresiones de protesta de donde podía salir la anarquía y la guerra civil ante el enemigo robustecido y envalentonado por sus sucesivas victorias en mar y tierra. El hecho de que en la jefatura del Estado quedase un anciano enfermo y casi reblandecido casi agravaba la situación.

Cierto es que Prado se había convertido, como el mismo *Herald* de Nueva York expresó, en lo que en inglés se llama *scapegoat*, o sea una víctima expiatoria. Se le censuraba porque el país estaba perdiendo la guerra a la que él no había querido ir. Muchos lo creían culpable de que no hubieran llegado al Callao nuevos acorazados, de que se perdiese el *Huáscar* y de que, con telegramas imperfectos y con mensajes intermitentes, no hubiera impedido la captura de Pisagua, la fuga de Daza, la dispersión de San Francisco, la retirada de Tarapacá. Lo probable hubiese sido que por las faltas y errores del pasado y las nuevamente exhibidas, la campaña naval y la primera campaña terrestre hubieran tenido de todos modos, de un modo u otro, resultados adversos; pero las desilusiones de los entusiasmos patrióticos en muchos, y las hirvientes pasiones políticas en algunos, no profundizaban en las hondas y graves causas de esos desastres y los explicaban simplemente por los defectos o las fallas de un solo hombre que entonces era Prado y que más tarde fue ante contrastes análogos, Piérola.

A Prado, abrumado por el ambiente del vacío que él mismo mencionó al redactor del *Herald*, le hubiera quedado una salida preferible a la que siguió: intentar en algún gesto dramático la unión nacional, luchar por ella y si sus esfuerzos no tenían resultado, dimitir. El presidente Paul Krûger de Transvaal que se dirigió a Europa en noviembre de 1900 durante la guerra de los boers contra Inglaterra, en una actitud que alguien podría comparar con la de Prado, lo hizo solo después de las derrotas finales de sus ejércitos, sin ser el supremo director de ellos; y si bien fue aclamado en las capitales de las grandes potencias de aquel continente, no recibió el auxilio esperado.

La versión de que Prado se llevó consigo el dinero destinado a la compra de los nuevos barcos es calumniosa. Como se ha narrado ya, dichos fondos los llevó a Europa Julio Pfluker y Rico. Hacía tiempo que funcionaba en el Perú el sistema de los barcos y las traslaciones de fondos en gran cantidad del país al exterior o viceversa hacíanse por cheques y no mediante la movilización de los billetes o monedas en el equipaje de los viajeros. Los encargados de adquirir los elementos navales en Europa tenían a su disposición en ese momento las cantidades que se habían reunido por suscripción popular o por decisión del Estado.

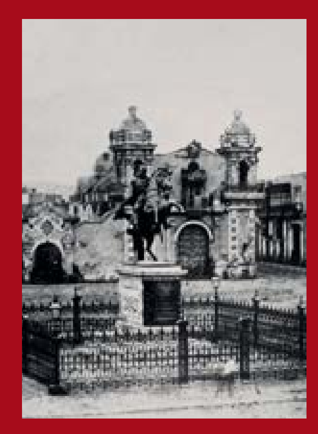
Como se ha visto ya, Prado se defendió en su carta a Barinaga, de la acusación de haber tomado indebidamente fondos del Erario público en su viaje. La comisión investigadora y calificadora de créditos del Estado, nombrada por el gobierno de Iglesias por el decreto de 9 de diciembre de 1883, se propuso pedir cuenta de las sumas que durante la guerra con Chile hubieran recaudado, recibido o de algún modo manejado, dentro o fuera de la República, los empleados o comisionados del Gobierno. La presidió Joaquín Torrico. El informe emitido por este señor el 30 de junio de 1884 es muy detallado. Abunda en apreciaciones adversas a Prado; pero aparece allí que este solo recibió al salir del Perú la cantidad de £ 3.000 que le fueron entregadas para su viaje por orden del ministro de Hacienda José María Químper; pero encontró discrepancias en sus colegas de comisión, señores José María Andía y Francisco Iriarte y hubo de actuar solo, y al fin el expediente de José María Químper se extravió. En todo caso, con la suma antedicha no podía ser comprado un barco y ella puede ser considerada, cualquiera que sea el juicio que se tenga sobre los detalles relacionados con la manera de efectuar este egreso, como una cantidad destinada a atender al sueldo o a los gastos del presidente del Perú, autorizado a salir del país por el Consejo de Ministros. Un historiador respetable, Markham, ha escrito: "El general Prado vio los desastres inevitables que eran inminentes y concibió la esperanza de evitarlos obteniendo ayuda en dinero o en material o como intervención, de Europa o Estados Unidos. No hay razón para suponer que estuvo impulsado por motivos menos valiosos. Pero nada puede excusar esta súbita deserción de su puesto".



LA VERSIÓN DE QUE PRADO SE LLEVÓ CONSIGO EL DINERO DESTINADO A LA COMPRA DE LOS NUEVOS BARCOS ES CALUMNIOSA. COMO SE HA NARRADO YA, DICHOS FONDOS LOS LLEVÓ A EUROPA JULIO PFLUKER Y RICO.



LA PLAZA DE LA INQUISICIÓN



El 21 de diciembre de 1879, el coronel Pablo Arguedas, quien disolvió la Convención Nacional durante el gobierno de Castilla (1857), se acuarteló en las carceletas de Lima, a un costado de la plaza de la Inquisición (en la imagen). La razón fue su negativa a acatar la orden del ministro Manuel de La Cotera, quien pedía el envío de dos batallones del ejército a Palacio de Gobierno con el objetivo de tomar el poder. Ese mismo día, la plaza de la Inquisición fue escenario de un enfrentamiento entre fuerzas leales a La Cotera y las tropas de Arguedas, que resultaron vencedoras.

ACTITUD DE PIÉROLA ANTE PRADO Y LA PUERTA.- Piérola había llegado a decir en su exposición de *La Patria* que, para evitar la transformación pública radical de abajo a arriba, no había omitido esfuerzo alguno "desde que se declaró la guerra, llegando últimamente, por puro deber patriótico hasta ir a recibir personalmente al señor Prado, esperando como espero aún, que este llegase por fin a hacer lo que yo le he pedido con insistencia, lo que, o mucho me engaño, él mismo reconoce indispensable, lo que la salvación del país reclama".

De estas palabras se deduce primeramente que Piérola consideraba necesaria la dimisión de Prado, a la que debía agregarse además, de acuerdo con los conceptos por él vertidos y más atrás transcritos, de La Puerta. Aparece, asimismo, que había aconsejado al presidente esa actitud y no la de proclamarse dictador como dijo el *Herald* de Nueva York. En la búsqueda de una apreciación objetiva y serena (tan difícil por el dramatismo de estos acontecimientos, la emoción patriótica y las consideraciones políticas y personales de los peruanos que los juzgan hoy y que los han juzgado antes) cabe considerar que Prado debió, en vez de optar por el viaje al extranjero en busca de elementos bélicos, hacer (como se ha indicado ya) un acto espectacular de búsqueda de la unión sagrada; y que Piérola, en otro plano debió tener en ese momento gravísimo el gesto de, por lo menos, intentar la unión nacional, un entendimiento con las fuerzas que no eran las suyas y aceptar la jefatura del Gabinete con plena libertad de acción, no lanzándose solo a la búsqueda de las responsabilidades del poder.

LA SUBLEVACIÓN DE ARGUEDAS.- Conocida la noticia del viaje de Prado se produjo instantáneamente una gran conmoción popular. Los periódicos de Lima lo condenaron; causó sensación el editorial de *El Comercio* del 19 de diciembre con una acerba censura al presidente y una invitación a La Puerta para que dejara el paso a un "Nuevo Gobierno". El grito "Viva Piérola" resultó dominante en las calles. Los disturbios, iniciados el 18, se renovaron en la noche del 19 de diciembre.

El 21 de diciembre, a las dos de la tarde, un ayudante del ministro de Guerra, La Cotera, transmitió al coronel Pablo Arguedas, que mandaba el batallón *Ica* acuartelado en un costado de la Plaza de la Inquisición en el local llamado de Carceletas, la orden para que mandase dos compañías al Palacio de Gobierno. Arguedas se negó, aduciendo que carecía de fornituras. La Cotera mandó a llamar a Arguedas y este otra vez rehusó obedecer. Nuevas órdenes y nuevos desacatos antecedieron al despliegue de fuerzas en la Plaza de la Inquisición para intimar rendición a los voluntarios del Ica. Las hostilidades comenzaron a las cinco de la tarde y se notó que eran más vivos los disparos de los atacados, comparados con los que hacían los atacantes. Un cañón de poco calibre fue colocado en una de las bocacalles de la plaza y el propio La Cotera llegó a dirigir las operaciones. Algunos de sus soldados, sin embargo, comenzaron a desertar para unirse a las fuerzas de Arguedas. Piérola salió con su batallón *Guardia Peruana,* y La Cotera ante la noticia de su avance se dirigió a la Plaza de Armas. Hubo tiroteos por las calles por donde pasó *Guardia Peruana* que avanzó hasta la Inquisición y puso en fuga a las tropas atacantes de Arguedas. En seguida, Piérola después de haber restablecido el orden, se dirigió a la Plazuela de San Juan de Dios. "En su tránsito (cuenta *La Patria*) se le opuso una columna de celadores. *La Guardia Peruana* avanzó. El jefe de esos celadores dio la orden de hacer fuego. Entonces el señor Piérola solo se lanzó sobre esas fuerzas, les increpó su conducta antipatriótica y les ordenó marchar a retaguardia de su batallón. Los celadores no hicieron fuego, obedecieron la orden del señor Piérola y siguieron la marcha de la Guardia Peruana". En total perecieron ese día unas sesenta personas.

PIÉROLA CONTRA LA DETERMINACIÓN DE ARGUEDAS.- Según la declaración del capitán Clodomiro Peña y Garay, Arguedas estaba ebrio y mandó a este oficial para que avisara a

Piérola que se iba a sublevar porque "esto es insostenible". Piérola le contestó pidiéndole que no adoptase esta determinación (Archivo Piérola).

PROCLAMACIÓN DE LA DICTADURA.- En la madrugada del 22, Piérola, con los batallones Guardia Peruana, Ica y la policía, a los que se unieron el de Cajamarca que mandaba Miguel Iglesias y otros cuerpos, con gran cantidad de pueblo, llegó al Callao y se apoderó de esa plaza.

Lima se adhirió al nuevo orden de cosas y se produjeron entusiastas manifestaciones populares. En la casa consistorial se firmó un acta para "elevar a la suprema magistratura" al caudillo rebelde; la primera firma fue la de Guillermo Seoane, alcalde de la ciudad. Piérola "aceptó" el carácter y las facultades de que había sido investido bajo la denominación de Jefe Supremo de la República (23 de diciembre).

Desde uno de los balcones de Palacio en la calle Desamparados dijo el caudillo: "No soy sino el medio por el cual el país manifiesta su deseo que es el de vengar la honra de la República. No tenemos elementos marítimos ni terrestres pero tenemos todo porque tenemos la ambición santa que guía al patriotismo de los peruanos en su único deseo. El país me lo ha dado todo, otorgándome también el derecho de exigirlo todo del pueblo".

Poco antes, en el documento donde expresara sus convicciones frente a la crisis ministerial anterior al viaje de Prado, había dicho: "Para un pueblo que tiene la fe y resolución de salvarse no hay jamás situación que pueda llamarse desesperada. Creo que la nuestra dista mucho de serlo, pero aun cuando lo fuese los hombres de corazón solo sucumben luchando".

Una tradición difundida oralmente contaba que en una de las ceremonias de repartición de premios del Seminario Santo Toribio, monseñor José Ambrosio Huerta sorprendió al auditorio con la siguiente declaración: "La medalla de oro ha correspondido en el presente año a Nicolás de Piérola; pero no se la entregamos porque es demasiado vanidoso". Podrá ser o no cierta esta anécdota; pero en diciembre de 1879 Piérola asumió en un acto de vanidad y de soberbia el mando omnímodo del Perú, decidido a enfrentarse no solo a los chilenos sino también a Prado, a La Puerta, a La Cotera, a los civilistas y a todos los que tenían que condenar las luchas internas en momentos en que ardía la guerra exterior. Pero en es gesto hubo, además, dadas las circunstancias, un acto de abnegación y hasta de heroísmo, pues instauró su Dictadura en un país territorialmente invadido, políticamente perturbado, navalmente desaparecido, militarmente maltrecho, económicamente exangüe y contra el cual se preparaban a dar sus golpes decisivos los poderosos y arrogantes vencedores en la campaña marítima y en la campaña de Tarapacá.

¿PIÉROLA SE LIMITÓ A "ACEPTAR" EL PODER?.- En el reportaje aparecido en el *Herald* de Nueva York el 10 de noviembre de 1882, y en el que se publicó en el mismo diario el 6 de febrero de 1884 a la vez que hizo interesantes declaraciones sobre su actuación durante la guerra con Chile, Piérola "aceptó" el poder después de vacilar (*reluctantly*) y por la urgente demanda de sus compatriotas.

Según este criterio, pues, él no se habría sublevado contra La Puerta. El fenómeno producido entonces habría sido un estallido popular de descontento con motivo del viaje de Prado y ante la incapacidad del vicepresidente, invocando el nombre del caudillo convertido entonces en Dictador.

LA SUBLEVACIÓN DE FEBRERO DE 1823 Y LA DE DICIEMBRE DE 1879.- José de la Riva-Agüero y Osma ha escrito al ocuparse del pronunciamiento militar que derrocó a la Junta Gubernativa de 1823: "Entre las infinitas revoluciones de nuestra historia posterior, una hay idéntica a la de febrero del 23 en causas y razón justificativa: la de diciembre del 79, cuando la guerra con Chile. Deplorando lo penoso y peligroso de los medios que hubo que emplear en ellas, hay que

El Comercio

[1879 DICIEMBRE 24]

EL NUEVO GOBIERNO. Tras la salida de Prado del país, Nicolás de Piérola tomó el poder. Sin embargo, aún se respiraba un clima de inestabilidad. Al respecto, dijo *El Comercio* en su edición del 24 de diciembre de 1879: "Hasta el momento en que ponemos esta edición en prensa, nada definitivo sabemos respecto al orden de cosas que ayer se ha inaugurado. El señor Piérola ha dejado pasar el día de hoy sin decir una palabra al país, que tiene derecho de esperarla, sobre la organización que daría al gobierno, que rompiendo la constitucionalidad, ha establecido. Lo único que sabemos es que se nombraría cinco secretarios de Estado, y que parece cosa concluida que tres de ellos sean los señores: P. J. Calderón (Relaciones Exteriores), Antonio Arenas (Justicia) y Miguel Iglesias (Guerra)".

GUILLERMO SEOANE (1848-1924)



El diplomático limeño, que inició su carrera en 1865, fue alcalde de Lima durante el segundo gobierno de Prado. Tras su salida del país, Seoane respaldó y presidió la sesión en la que se autorizó el régimen de Nicolás de Piérola (1879). Luego, ante la inminencia de la ocupación de Lima, se unió al ejército. Luchó en la batalla de Miraflores (1881) y al año siguiente fue enviado como ministro plenipotenciario a Bolivia, donde se desempeñó como encargado de negocios. En 1889 fue nombrado ministro de Justicia, pero renunció para ocupar diversos cargos diplomáticos.

confesar que son, por sus intenciones y objeto, las dos sublevaciones más disculpadas, atreviéndome a decir que hasta laudables. Ambas se hicieron como extremo recurso para poder resistir, con honra y razonables esperanzas de buen éxito, las invasiones de enemigos extranjeros; y no se puede decir que derribaron el poder constituido sino que ocuparon el poder vacante, porque ante la reflexión seria y elevada ni la Junta Gubernativa en el 23, ni la vicepresidencia de La Puerta en el 79, eran verdaderas autoridades, sino maniquíes y fantasmas, interinidades ilusorias y sombras de gobierno".

Sin embargo, pese a este juicio rotundo, cabe sostener que preferible a la acción impulsiva de Arguedas (con la que según se ha visto, Piérola no estuvo de acuerdo al principio) y mucho más tonificante para la vida cívica del país habría sido, si resultaba inevitable, efectuar un cambio de régimen por obra de la ciudadanía unida a través de un "cabildo abierto" o de una asamblea representativa de las distintas fuerzas vivas del país.

EL FACCIONALISMO DE PIÉROLA Y EL DE SUS ENEMIGOS. EL DECRETO CONTRA PRADO.- De acuerdo con el tipo de literatura mesiánica y "carismática"en lo que a Piérola concernía y de libelo para sus enemigos que había prodigado el caudillo en sus rebeliones contra Pardo y Prado, ahora atacó duramente a este y también a La Puerta y atribuyó los luctuosos sucesos de Lima el 20 de diciembre y los disturbios de los días que los precedieron a la "atolondrada e impaciente ambición del general La Cotera". El faccionalismo político ahogaba la voluntad de una acción concertada frente al enemigo común.

Con fecha 22 de mayo de 1880 en un decreto que refrendó Miguel Iglesias, Piérola privó a Prado del título y los derechos de "ciudadano del Perú" y lo condenó a degradación pública "tan pronto como pueda ser habido". Se refirió a su "ignominiosa conducta" durante la campaña con Chile y a su "vergonzosa deserción y fuga". No aludió a delitos de tipo económico. Prado pasó así a incrementar la lista que abrieron Riva-Agûero, Tagle, Orbegoso, Echenique y Pezet.

Pero no era más generosa la actitud de muchos de los enemigos políticos y personales que Piérola se había suscitado. La Cotera publicó el 27 de diciembre un manifiesto contra el flamante Dictador; se defendió del cargo que le había hecho y lo devolvió, a la vez que afirmaba que el ejército era "hechura suya". La carta de Mariano Álvarez a Montero el 31 de diciembre de 1879 es otro exponente de este estado de ánimo. Álvarez quería formar, con un grupo de amigos, una asociación para suministrar al ejército del sur al mando de Montero, equipo y provisiones. La carta es pródiga en críticas a Piérola y expresa: "El nombre de Ud. (Montero) se hace aquí cada día más aceptable". "La guerra de Piérola (agrega) será a Ud. y a los chilenos. Esta es la misma guerra que querían hacer el gobierno y Gabinete que acaba de caer". De estos decía que habían pretendido una dictadura y añadía: "Si de los departamentos vienen protestas contra las facultades omnímodas (la Dictadura) con firmas respetables, sería un gran paso en favor del Perú".

MOTINES EN MOQUEGUA Y AREQUIPA.- Poco después del viaje de Prado de Arica a Lima, hubo contra él un motín en Moquegua encabezado por José Manuel Jiménez y el coronel Chocano. Coincidió este movimiento con una incursión de los chilenos sobre Pacocha y Moquegua. En Arequipa, el prefecto Vidal García y García fue destituido por el pueblo.

EL RECONOCIMIENTO DE LA DICTADURA.- El Secretario de Relaciones Exteriores de la Dictadura puso en conocimiento del cuerpo diplomático extranjero acreditado en Lima la formación de nuevo régimen y, simultáneamente, el Dictador, como había hecho Prado en 1865, dirigió cartas autógrafas a los jefes de Estado con el fin de comunicarles su ascensión al poder. Obtuvo

un rápido reconocimiento por el hecho de haber sido acatado sin lucha en el país y porque el estado de guerra con Chile impelía a los Gobiernos extranjeros a ponerse en aptitud de proteger los intereses y los derechos de sus connacionales. Aislada fue la actitud dilatoria del Gobierno de Estados Unidos. Con tal motivo, se inicio una gestión especial en Washington. Al otorgar el reconocimiento, el Departamento de Estado manifestó que lo fundaba en que la insurrección peruana "se había originado en las apremiantes necesidades del país, no constando en la Constitución cláusula alguna que provea la sucesión al Poder Supremo de la República en el caso imprevisto de la retirada voluntaria o ausencia del país del Presidente y Vicepresidentes". ¡Peregrina tesis! Después de recibir de manos del representante peruano la carta autógrafa de Piérola, el presidente de los Estados Unidos optó por reconocer al Dictador "entendiendo que el pueblo del Perú se encontró en el caso de aceptar un nuevo gobierno en sentido provisional, en vista de sus complicaciones exteriores y de que el advenimiento al poder del general Piérola no fue consumado por conmociones civiles o insurrección de partidos" (31 de enero de 1880). El presidente de los Estados Unidos no sabía lo que aconteció el 21 de diciembre de 1879 en Lima y Callao.

[V]

CAÍDA DE DAZA Y PRESIDENCIA DE CAMPERO.- Daza había establecido su cuartel en Tacna. Las gestiones chilenas para apartarlo de la alianza no habían conseguido resultados positivos. El coronel boliviano Federico Lafaye, enviado desde Chile a proseguirlas, dio un manifiesto favorable a la guerra. Sin embargo, sobre el dictador boliviano se cernían la censura, el desprecio y la sospecha de cobardía y de traición, después de su retirada de Camarones y de la derrota de San Francisco. Corrió además, el rumor de que se negaba a entrar en relación con Piérola y de que pretendía regresar del teatro de la guerra a Bolivia para "castigar" a los que censuraban sus actos y "romper a balazos los periódicos subversivos pegados al pecho de sus autores". Estalló la efervescencia popular en la tarde del 28 de diciembre de 1879, cuando, por medio de un comicio, el pueblo de La Paz organizó una Junta de Gobierno. Las tropas bolivianas estacionadas en Tacna, encabezadas por el coronel Eliodoro Camacho, el 27 de ese mes, desconocieron también la autoridad de Daza, aprovechando de un viaje suyo a Arica a conferenciar con Montero. Los "hijitos" de aquel, los famosos "Colorados", nada pudieron hacer por su padre putativo, porque habían sido enviados a las afueras de la ciudad de Tacna sin municiones. Daza se dirigió a caballo a Mollendo y de allí a Arequipa, donde supo su caída en Bolivia. Entonces se marchó a Europa. Después de varios años regresó a su patria a defenderse de las acusaciones que se le hacían por su conducta durante la guerra del Pacífico. En Uyuni, la escolta que conducía a Sucre para su juzgamiento, lo asesinó. Quedó en el misterio si personajes del régimen de Mariano Baptista, entonces dominante, lo eliminaron para evitar declaraciones sensacionales.

El 14 de enero de 1880 se amotinó nuevamente la guarnición de La Paz.

Como solución para el problema presidencial fue ungido el general Narciso Campero, contra sus propios deseos; al fin aceptó la primera magistratura hasta que se reuniera una Asamblea Convencional (19 de enero). Como secretario general nombró a Ladislao Cabrera, el defensor de Calama.

Entre las medidas dictadas por Campero estuvieron las órdenes necesarias para reforzar el ejército aliado acampado en Tacna. Pero el batallón Murillo en vez de dirigirse a esa ciudad, unido a los batallones Bustillo y el 2° de Oruro, declaró en Viacha su rebeldía. El mismo día ocuparon esas tropas La Paz, pese a la resistencia que les opuso el presidente Campero con el batallón Victoria. La repulsa que encontraron los autores del motín fue ostensible. Con tal motivo determinaron enviar siempre los refuerzos a Tacna; ellos se desbandaron a la salida en los suburbios de la ciudad (18 de marzo). Campero logró volver a La Paz, restablecer el orden y enviar al fin 1.500 hombres a Tacna. Él mismo salió luego a ponerse al mando del ejército aliado que guarnecía esa ciudad.

6 ENERO 1880 **[PERÚ]**

TRAS VARIOS DÍAS DE ENCARCELAMIENTO, LIBERAN A LOS DIRECTORES DE LOS DIARIOS LIMEÑOS: MONSEÑOR MANUEL TOVAR (*LA SOCIEDAD*), JOSÉ ANTONIO MIRÓ QUESADA (*EL COMERCIO*) EDUARDO VILLENA (*EL INDEPENDIENTE*), PEDRO ALEJANDRINO DEL SOLAR (*LA PATRIA*), ANDRÉS AVELINO ARAMBURÚ (*LA OPINIÓN NACIONAL*), LUIS FAUSTINO ZEGERS (*LA TRIBUNA*) Y CESÁREO CHACALTANA (*EL NACIONAL*). A FINALES DE NOVIEMBRE DE 1879, EL GOBIERNO DE FACTO DE NICOLÁS DE PIÉROLA LOS HABÍA APRESADO POR UN SUPUESTO DESACATO AL ESTATUTO PROVISORIO DE ESE MISMO AÑO.

[TOMO 9]



[**CUARTO PERÍODO:** LA GUERRA CON CHILE]

CAPÍTULO 5 • **I** Por qué la ofensiva sobre Tacna y Arica • Qué hizo el comando peruano. ¿Pudo hacer otra cosa? • Los aliados en Tacna y Arica • La doble hazaña de la *Unión* • El ejército chileno y los desembarcos en Ilo • Los Ángeles • La marcha chilena de Ilo hacia Tacna • Desavenencias en el comando aliado. Llegada de Campero • El Alto de la Alianza. La falta de un servicio de informaciones sobre el enemigo • La frustrada sorpresa de Quebrada Honda • El ejército chileno y la importancia de su número y de su artillería • Distribución del ejército aliado • La batalla de Tacna • "¡Apure, Leiva!" • La baja calidad de sus tropas según Leiva • Los montoneros. El héroe Gregorio Albarracín • **II** Arica y sus fortificaciones • Los defensores de Arica después de la batalla de Tacna • La captura de Elmore • El bombardeo de Arica y las privaciones de la guarnición de esta plaza • La carta de Bolognesi el 4 de junio • La propuesta de rendición y la respuesta de Bolognesi • La junta de los jefes de Arica en mayo y el banquete de ellos. Los prófugos del Morro • La resistencia de Arica • La trayectoria de Bolognesi • Efigie de Bolognesi • El bombardeo y la intimación del 6 • La segunda propuesta de rendición • El asalto del 7 de junio • La soledad de los de Arica • El heroísmo de los defensores de Arica ostenta caracteres especiales • Alfonso Ugarte • El cadáver de Alfonso Ugarte • Lo que Ugarte, Ramón Zavala y Billinghurst y otros pudieron significar para el Perú • La eficacia de las fortificaciones de Arica • El misterio de las minas de Arica • **III** Pedro Bertonelli y la Cruz Roja en Tacna y Arica. Alcira Zapata • La repatriación de los heridos peruanos • El traslado de los restos de Bolognesi, More y Zavala • **IV** La defensa de Arica y el arte popular.

LA ÚLTIMA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TACNA) Y LA SINGULAR PROEZA DE LA MILICIA URBANA DIGNIFICADA POR SUS JEFES (ARICA)



[I]

P**OR QUÉ LA OFENSIVA SOBRE TACNA Y ARICA.-** Para emprender la ofensiva sobre Tacna y Arica, los chilenos tardaron tres meses. Decidieron hacer esta operación militar y no la de Lima, que acaso habría tenido entonces éxito fulminante, para lograr la paz con Bolivia e interponerla geográficamente entre Chile y Perú.

El presidente Aníbal Pinto expresó en una carta: "Fuimos a Ilo y luego a Tacna con la expectativa de facilitar un acuerdo con Bolivia. La posesión de Tarapacá será más segura para nosotros si ponemos a Bolivia entre el Perú y Chile". El objetivo político fue la fuerza directriz de la estrategia militar a costa de la prolongación de la guerra.

QUÉ HIZO EL COMANDO PERUANO. ¿PUDO HACER OTRA COSA?.- Los restos del ejército profesional peruano fueron combativos en Tarapacá, unidos a los aliados bolivianos y a milicias improvisadas en la zona de Arica por Tacna no hicieron otra cosa que esperar a los invasores. Les dejaron la iniciativa, la elección del teatro de la campaña. Han sido censurados por eso. ¿Pudieron hacer otra cosa? El total dominio que a lo largo de toda la costa peruana tenía la escuadra chilena excluía cualquier posibilidad seria de una movilización en gran escala de norte a sur o de sur a norte. Al mismo tiempo, creaba dificultades insuperables para reforzar poderosamente la artillería y el armamento. Hay quien censura a Piérola por no haber hecho eso. ¿De dónde habría sacado tan indispensable material? La ausencia de elementos adecuados impidió hasta el conocimiento preciso de los desembarcos y del avance del enemigo en la costa de Ilo y de Moquegua ya que las fortificaciones hechas en Arica impidieron el desembarco en ese lugar, tradicional puerta de entrada a Tacna.

LOS ALIADOS EN TACNA Y ARICA.- La breve campiña de Tacna es un sonriente contraste que la naturaleza ha puesto al lado de las inclemencias del desierto. Tierra de huertos ricos en flores y frutos; patria de labriegos sobrios que ignoran la servidumbre del latifundio, pues son dueños de las parcelas que cultivan, y, desde antiquísimos tiempos, para repartirse el agua practican el regadío sucesivo, por turnos; mercado y posada entonces para quienes comerciaban con Bolivia y por ello abundante en extranjeros laboriosos y prósperos, Tacna, libre de la vasta población que a Tarapacá atrajera el salitre, era dueña de una riqueza más parca y pugnaba por poner sobre su sana sencillez y afabilidad provincianas, galas y señorío de urbe. Desde 1851 estaba unida por el ferrocarril con el puerto de Arica, sobre cuya bahía destaca la mole del Morro, que tan famoso iba hacerse en esta campaña. Si los chilenos no se decidían a enfrentarse primero con las fortificaciones hechas en este puerto, su avance tenía que hacerse por el norte. Desde la costa de allí, Tacna es accesible, pero tras de marchas de muchos días por pampas que alternan con valles.

Entre Tacna y Arica los peruanos y bolivianos llegaron a contar alrededor de seis mil y cinco mil hombres, respectivamente. El nuevo presidente de Bolivia, general Narciso Campero, había logrado enviar el refuerzo de una división. Mientras algunos de los jefes se dedicaban a las diversiones y a los devaneos, el ejército afrontaba enfermedades y dificultades económicas. Su equipo era

deficiente. Había recelos entre el jefe militar, almirante Montero y el prefecto nombrado por Piérola, su amigo y partidario Pedro Alejandrino del Solar. Solo por un acto de audacia y de pericia singulares la corbeta *Unión*, mandada por el comandante Manuel A. Villavicencio, pudo, en una oportunidad, burlar el bloqueo de Arica y dejar una insuficiente cantidad de suministros que incluyeron la lancha torpedera *Alianza*, municiones, lona para el vestido de la tropa, medicamentos y zapatos. En cambio, hubo envíos de armas, por otros conductos, al ejército de Arequipa que teóricamente reorganizado por Piérola con independencia de Montero sin duda por razones políticas.

LA DOBLE HAZAÑA DE LA *UNIÓN*.- Esta hazaña fue realizada al amanecer del 17 de marzo de 1880, e implicó la ruptura del bloqueo impuesto por el *Huáscar*, el *Loa* y el *Matías Cousiño*. Zarpo la *Unión* del Callao el 12 de marzo y entró a Arica con las luces apagadas, navegando temerariamente pegada a la costa y sorprendiendo no solo a los adversarios sino también a los defensores del puerto. El *Cochrane* y el *Amazonas* se unieron al *Huáscar* y abrieron los fuegos sobre la corbeta y también sobre el monitor *Manco Cápac* durante la mañana hasta después de las dos de la tarde. Ambos barcos contestaron y fueron ayudados por la batería del Morro y las del norte. Las operaciones de descarga pudieron concluir sin dificultades. Los buques chilenos se situaron luego en disposición de hacer casi imposible la salida de la *Unión* a la mar. El jefe del *Cochrane* Juan José Latorre llamó a los comandantes del *Huáscar* y del *Amazonas* con el fin de tratar "sobre la mejor manera de tomar colocación en la noche (según manifestó en su parte) para intentar un resultado definitivo respecto a la *Unión*". En esos mismo momentos, después de las cinco de la tarde, la corbeta largó sus amarras y zarpó a toda fuerza no con dirección al norte como creían sus adversarios sino con rumbo al sur "en medio de los vivas y aclamaciones entusiastas de la multitud de gente que coronaba el Morro y demás lugares cercanos a cuyas inmediaciones necesité pasar al dejar el puerto", según expresó en su parte oficial el comandante Villavicencio.

Los buques chilenos emprendieron la persecución para abandonarla al llegar la noche. En los momentos más difíciles de su marcha hubo un conato de incendio en la *Unión* ocasionado por las llamas de la chimenea que amagaban también el palo mayor; pero fue atendido y cortado oportunamente sin manifestar la tripulación por este accidente el menor desconcierto. Llegó al Callao el 20 de marzo. Había cumplido una notable acción al romper el bloqueo, al afrontar el combate sin detrimento de las operaciones de desembarco de su carga y, sobre todo, el efectuar con éxito la segunda ruptura del bloqueo. Sus bajas fueron varios heridos y un muerto.

Estaba bajo el comando de Manuel Antonio Villavicencio (o Villavisencio como él firmaba). Nació este gran marino en Lima en 1842. Egresó del Colegio Naval para servir sucesivamente en los barcos *Izcuchaca* y *Apurímac*. Participó en el bloqueo de Guayaquil, a órdenes del contralmirante Mariátegui. Pasó luego al transporte *Chalaco*, del cual era comandante al estallar la guerra. Dos hijos suyos eran cadetes y para ellos pidió puestos de combate. Grimaldo perteneció a la dotación del *Huáscar* y resultó herido en el combate de Angamos. Alfredo (que llegó a tener el grado de capitán de navío) actuó al lado de su padre junto con otros guardiamarinas en las gloriosas jornadas de marzo de 1880.

En la tripulación de la *Unión* estaban varios veteranos del *Huáscar*. El segundo jefe de la *Unión*, Arístides Aljovín, fue un magnífico colaborador en esta hazaña.

EL EJÉRCITO CHILENO Y LOS DESEMBARCOS EN ILO.- Celos y rivalidades minaban el comando chileno mezclados con divergencias personales, distanciamientos políticos. De un lado estaba el ministro de Guerra Rafael Sotomayor y, de otro, el general Erasmo Escala, a quien asesoraba un escritor y militar colombiano Justiniano de Zubiría, que había actuado en el Perú en el periodismo de oposición contra Pardo y al lado de Piérola en la expedición del *Talismán*. Producido

8 MAYO 1880 [FRANCIA]

FALLECE A LOS 59 AÑOS DE EDAD EL NOVELISTA FRANCÉS GUSTAVE FLAUBERT. SU OBRA CUMBRE, *MADAME BOVARY, COSTUMBRES PROVINCIANAS* (1857), CAUSÓ UN GRAN ESCÁNDALO AL MOMENTO DE SU PUBLICACIÓN, PUES CONTABA LA HISTORIA DE LA INFIDELIDAD DE UNA MUJER BURGUESA. TANTO EL EDITOR DEL LIBRO COMO FLAUBERT ENFRENTARON CARGOS POR INMORALIDAD. EL ESCÁNDALO IMPIDIÓ QUE SE RECONOCIERA EL VALOR LITERARIO QUE AÑOS MÁS TARDE ALCANZARÍA EN LA LITERATURA FRANCESA Y UNIVERSAL. FALUBERT ESCRIBIÓ ADEMÁS: *SALAMBÓ* (1863), *LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL* (1869) Y *LA TENTACIÓN DE SAN ANTONIO* (1874).

un choque entre Escala y su jefe del Estado Mayor Pedro Lagos, la oficialidad y los jefes de Línea se solidarizaron con este, y la tropa con su general Lagos fue enviado al sur por Sotomayor, Escala renunció en señal de protesta con la esperanza de que su gesto causara la caída del ministro. Por fin, después de prolijas deliberaciones, fue nombrado general en jefe el general Manuel Baquedano y jefe de Estado Mayor el coronel José Velásquez, jefe de artillería. El plan era que ambos comandaran las batallas y que el ministro Sotomayor fuese el verdadero director de la guerra.

Un destacamento chileno de exploración desembarcó, sin obstáculo, en el puerto de Ilo el 30 de diciembre de 1879. Tomaron estas tropas el tren y llegaron a Moquegua sorpresivamente el 31, para regresar el 2 de enero. Una expedición completa, reunidos ya los datos necesarios para la empresa por diversos medios, inclusive los del espionaje, volvió al mismo puerto el 25 de febrero.

En relación con el desembarco hecho en Ilo, se encomendó a una expedición chilena que destruyera elementos en el puerto de Mollendo y se llevase una locomotora y varias máquinas. Soldados ebrios produjeron el saqueo en gran escala y el puerto fue incendiado (9, 10, 11 y 12 de marzo).

LOS ÁNGELES.- El coronel Andrés Gamarra (anciano de más o menos 70 años) había sido enviado por Piérola para formar, con fuerzas provenientes de Arequipa,Cuzco y Moquegua, el nuevo ejército del sur. Debía mantener las comunicaciones entre Arequipa y Tacna, resguardar los ferrocarriles de Ilo a Moquegua y de Mollendo a Arequipa y defender la costa entre Ilo, Pacocha y Mollendo. Gamarra tuvo dificultades para hacerse obedecer por los jefes locales y careció de tiempo o de elementos o de eficacia para formar una fuerza considerable. Como se ha visto, los chilenos desembarcaron fácilmente en Ilo por dos veces. En la segunda oportunidad, que fue definitiva, al mando del general Manuel Baquedano, avanzaron con más de 4.000 hombres y 18 piezas de artillería sobre Moquegua, ciudad situada a 100 kilómetros del mar. Gamarra, que no disponía de mucho más de 1.500 hombres, se colocó en la elevada posición de Los Ángeles. Esta fue capturada con solo nueve muertos para los asaltantes. La división de Gamarra se dispersó en gran parte (22 de marzo de 1880).

En la noche del 21 los chilenos habían movilizado sus tropas a fin de tomar por sorpresa las alturas del cerro antedicho. No existía adecuada vigilancia. Vencieron quienes eran superiores en número, armamentos y apoyo táctico de artillería. Se demostró que, contra lo que se creía con ingenuidad por los peruanos, Los Ángeles no era inexpugnable. Mariano Felipe Paz Soldán escribió: "Debidamente guardados los pasos que dan acceso a estas (se refiere a las cimas) la posición se hace formidable por un extenso semicírculo, pero si no hay suficiente número de tropas para defenderlo, o descuidando cualquiera de ellos… la situación de los ejércitos combatientes queda completamente invertida".

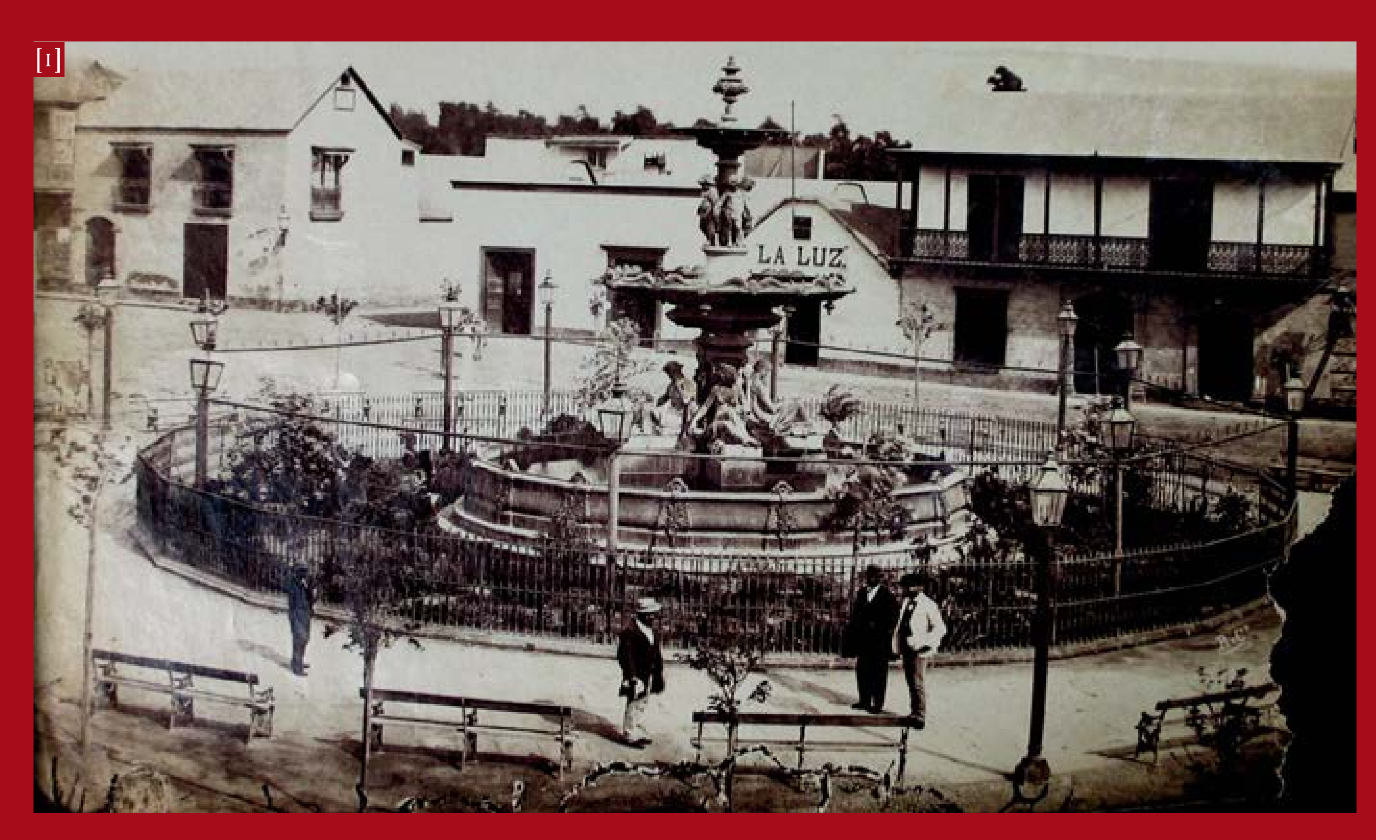
Pocos días después, se produjo en Locumba, hasta donde había avanzado desde Ilo un destacamento de caballería, al mando del teniente coronel Diego Dublé Almeida, una celada preparada por el guerrillero tacneño Gregorio Albarracín (1º de abril). Una columna mandada por el coronel José Francisco Vergara hizo retroceder a Albarracín hasta Tacna (7 de abril).

LA MARCHA CHILENA DE ILO HACIA TACNA.- De Ilo y Moquegua a Tacna hay una larga distancia de más de 20 leguas y el terreno es, en su mayor parte, de pampas y lomas desérticas. Existió por un instante, la idea entre los chilenos, de que los aliados iban a salir de Tacna a buscarlos, como Buendía había avanzado de Iquique a San Francisco. Pero pronto se convencieron de que debían emprender la ofensiva. La decisión de atacar a Tacna y Arica con todo el ejército reunido la tomó Sotomayor, en contra de las instancias de su propio Gobierno que prefería conservar Moquegua y dejar allí una guarnición fuerte para detener al ejército de Arequipa, cuyo avance se temía. Así Sotomayor dejó abandonada Moquegua para que los peruanos pudieran volver a ocuparla y no tomó en consideración a las fuerzas de Arequipa, en lo cual no se equivocó, pues ellas eran, según su jefe, indisciplinadas, estaban mal armadas y no podían lanzarse a los

LA DECISIÓN DE ATACAR A TACNA Y ARICA CON TODO EL EJÉRCITO REUNIDO LA TOMÓ SOTOMAYOR, EN CONTRA DE LAS INSTANCIAS DE SU PROPIO GOBIERNO QUE PREFERÍA CONSERVAR MOQUEGUA Y DEJAR ALLÍ UNA GUARNICIÓN FUERTE PARA DETENER AL EJÉRCITO DE AREQUIPA, CUYO AVANCE SE TEMÍA.



[1]



[2]



CIUDADES EN COMBATE. Tras la campaña de Tarapacá, el ejército chileno prosiguió su avance. Desembarcó en el puerto de Ilo (30 de diciembre de 1879) y de allí se dirigió a Tacna, donde se enfrentó a las fuerzas peruanas en el Alto de la Alianza (26 de mayo de 1880). Los peruanos, derrotados, se dirigieron entonces hacia Arica, para contener el asedio de la marina chilena. Aquí vemos una plaza de Tacna (1), en la que destaca una fuente obsequiada por el francés Augusto Eiffel; y una vista panorámica de Arica desde el morro, captada en 1908.

ENERO
1880
[COLOMBIA]



SE INICIA LA CONSTRUCCIÓN DEL CANAL DE PANAMÁ, QUE UNIRÍA EL OCÉANO ATLÁNTICO CON EL PACÍFICO. EN CEREMONIA SIMBÓLICA EN LA DESEMBOCADURA DEL RÍO GRANDE (ENTONCES EN TERRITORIO COLOMBIANO), LAS AUTORIDADES LOCALES Y EL CONSTRUCTOR DE LA OBRA, EL VIZCONDE FRANCÉS FERDINAND DE LESSEPS (1805-1894), PUSIERON LA PRIMERA PIEDRA. NUEVE AÑOS DESPUÉS, LA COMPAÑÍA DE LESSEPS QUEBRÓ Y LAS OBRAS PASARON AL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS (1903). EL CANAL FUE INAUGURADO EN 1914.

esfuerzos de una guerra de movimiento. Resuelto así el avance, no fue aceptado el consejo de reembarcar el ejército invasor y hacerlo desembarcar de nuevo en Ite que hubiera reducido la marcha a la mitad pero ofrecía el inconveniente de la braveza del mar y del alto barranco cortado a pique que rodea la caleta. La marcha se hizo por el desierto. Y si bien nada podían hacer contra ella los aliados, concentrados en Tacna, el avance implicó un complejo problema de administración militar y de suministro de mulas, bueyes y caballos, víveres, agua y forraje y hasta de enfermería, por el paludismo y la viruela de la región. La artillería de campaña fue introducida por Ite y también una división cuya marcha tropezó con grandes dificultades. Terminado el recorrido por el desierto, falleció en el campamento el ministro Rafael Sotomayor, el habilísimo "organizador de la victoria" (20 de mayo). Baquedano y Velásquez quedaron al mando del ejército invasor.

DESAVENENCIAS EN EL COMANDO ALIADO. LLEGADA DE CAMPERO.- En el ejército aliado había recelo entre las tropas y desacuerdos en el comando. El almirante Lizardo Montero, que mandaba a las unidades peruanas, obediente, según él a las instrucciones de Piérola, quería la defensa de Tacna que obligaba al enemigo a cruzar el desierto, daba lugar a que se preparasen mejor las tropas y permitía también ganar tiempo en la defensa de Lima. El coronel Eliodoro Camacho, a cuyo cargo estaban las fuerzas bolivianas, temía que, si los aliados se estacionaban en esa posición delante de Tacna, los chilenos se apoderasen de la fuente de suministro de agua del río Caplina y no hubiera línea segura de salida en caso de una derrota. Proponía, en cambio, avanzar hacia el valle de Sama lo cual no contradecía la orden de defender aquella ciudad, permitía más fácilmente comunicaciones con el ejército de Arequipa, habría la posibilidad de batir a los chilenos por parte si su avance a Sama no era de todo el ejército, los ponía a merced del paludismo si se estacionaban en Locumba y dejaba un camino abierto de retirada a Bolivia.

El presidente boliviano, general Narciso Campero, decidió viajar a Tacna para ponerse al frente del ejército aliado, con el fin de evitar que estas querellas se agravaran. Por su jerarquía, le correspondía este mando de acuerdo con el tratado celebrado entre el Perú y Bolivia. Lo asumió el 19 de abril de 1880.

Campero fue reconocido, sin debate, como general en jefe, perdió tiempo en actos protocolarios y ordenó una revista general de sus tropas, la primera desde el principio de la guerra "circunstancia sobre la que me permito llamar vuestra atención (escribió él mismo en su informe a la Convención Nacional de su patria) porque caracteriza el modo como se habían conducido las huestes aliadas". Poco demoró en comprobar que faltaban por completo elementos de movilidad y transporte. La marcha a Sama no era, pues, posible. Los defensores de Tacna estaban condenados a esperar al enemigo en sus puestos, sin poder buscarlo, escribe el mismo Campero.

EL ALTO DE LA ALIANZA. LA FALTA DE UN SERVICIO DE INFORMACIONES SOBRE EL ENEMIGO.- Después de acampar en diversas posiciones, Campero escogió la loma de Intiorco o Alto del Sol, bautizada entonces con el nombre de "Alto de la Alianza". Es un campo desolado, una meseta baja a distancia de pocos kilómetros de Tacna, ubicada de oriente a poniente, sobre el valle y la pampa que conduce a Arica y forma como un muro horizontal para separar el río Caplina y la ciudad, de un lado, y el desierto de otro. Los aliados ocuparon esa meseta que tiene en su costado norte una arista o cortina donde se desplegaron las líneas de infantería. Al frente de ella se extiende una llanura que tenía que ser atravesada por los invasores. En la espalda de esa arista, aprovechando el terreno ondulado, se establecieron las reservas y la caballería aliadas. Combates simulados completaron en lo posible la instrucción práctica de las tropas.

No se había organizado un servicio, ni siquiera mediano, de espionaje. El ejército invasor avanzó, sin que los aliados fuesen informados de sus movimientos y de su número, con desdén por

las operaciones de maniobra o flanqueo que hubiesen sido bien posibles, pues el ejército de Campero no estaba en condiciones de impedirlas. Baquedano optó por la táctica del ataque frontal. Había avanzado por el desierto y si hubiese sido vencido no habría tenido lugar de retirada.

LA FRUSTRADA SORPRESA DE QUEBRADA HONDA.- Las avanzadas aliadas tomaron, el 25 de mayo, como sesenta mulas cargadas de agua pertenecientes al enemigo. Campero decidió entonces sorprender a este y salió de inmediato con sus fuerzas hacia Quebrada Honda. Comenzaron ellas a moverse como a las doce de la noche en columnas paralelas para luego formar en el orden establecido. Después de dos horas, poco más o menos, de caminata, se notó desorden. No se sabía dónde estaba el ejército. Parte de él se había adelantado perdiendo contacto con el resto. Los guías (dice el capitán argentino Florencio de Mármol) estaban embriagados. Los aliados, para utilizar una expresión local, se "empamparon", como los peruanos después del combate en San Francisco. Parece que ninguno de los jefes llevaba una brújula. Campero acabó por ordenar el regreso a las posiciones anteriores. Durmieron allí esa noche los que no habían roto relación entre sí. Al amanecer llegaron los cuerpos que faltaban; pero, a retaguardia de ellos, venía el ejército chileno "en número muy superior a los cálculos", cuenta en su relación sobre estos hechos el coronel Manuel Velarde. Ese día, 26 de mayo, tuvo lugar la batalla de Tacna.

EL EJÉRCITO CHILENO Y LA IMPORTANCIA DE SU NÚMERO Y DE SU ARTILLERÍA.- Los chilenos, según cifras oficiales de ellos, disminuidas por algunos historiadores de su país, eran unos 14.000 hombres, aunque declaran que solo combatieron 13.500. Sumaban en todo caso, un número mayor que el de los aliados. En cuanto a la artillería, discrepan los testimonios provenientes de aquella historiografía. Encina dice: "La artillería chilena constaba de 36 cañones y 4 ametralladoras y era muy superior a la aliada". He aquí la versión de Bulnes: "La artillería que se batió en Tacna fue el regimiento N° 2 formado por Velásquez en Antofagasta y después en Tarapacá, hombre por hombre, oficial por oficial. Tenía cuatro baterías de campaña con veinte cañones y cuatro ametralladoras y tres de montaña de 6 piezas cada una". Vicuña Mackenna (después de narrar que había cañones Krupp de campaña modelo 1879 y también de los usados en la guerra franco-alemana de 1870-1871) afirma: "El total de la artillería que iba a batir el campo peruano constaba de 37 cañones, de estos 20 Krupp de campaña, 17 de montaña incluyendo 6 de bronce y cuatro ametralladoras: total 41 piezas contra 31 del enemigo". No especifica la potencia de fuego de estas piezas que aumentaba la desigualdad en la cantidad de los combatientes.

DISTRIBUCIÓN DEL EJÉRCITO ALIADO.- Campero confió en las ventajas tácticas del terreno. No tuvo la ventaja de fortificaciones, excepto los montones de arena que servían de señales para la colocación de los soldados y los hoyos para poner las carpas (especie de tiendas de campaña formadas a la ligera con frazadas o tiras de lienzo). Solo llegó a formarse un solo parapeto con sacos de arena y laja deshecha. Los aliados se situaron en una "posición de espera" y no en atrincheramiento. En la extrema derecha estaban los cinco cañones Krupp de montaña del ejército boliviano con el regimiento Murillo reducido a un simple escuadrón de 150 plazas a las órdenes del coronel paceño Clodomiro Montes; seguía la división peruana del coronel Justo Pastor Dávila con el batallón Lima número 11 cuyo jefe era el bravo coronel Remigio Morales Bémudez y los Granaderos del Cuzco al mando del comandante Valentín Quintanilla; venían luego dos ametralladoras y un cañón rayado de a 12 con una sección a cargo del comandante boliviano Adolfo Palacios. En el centro de la línea de batalla estaban los batallones bolivianos Loa (que se había distinguido en Tarapacá y estaba al mando del coronel Raymundo Gonzales Flor, antiguo segundo

NARCISO CAMPERO (1815-1896)



El militar y político boliviano se desempeñó como ministro de Guerra (1872) y embajador de su país en Londres (Inglaterra). Durante la guerra del Pacífico, asumió el cargo de jefe del ejército boliviano. Tras el derrocamiento de Hilarión Daza en su país, Campero tomó el poder. Una de sus primeras acciones fue el retiro de Bolivia de la guerra. Fue presidente entre 1880 y 1884.

REMIGIO MORALES BERMÚDEZ (1836-1894)



El militar y político tarapaqueño inició su carrera en el ejército en 1854, en la guerra civil contra el gobierno de Echenique. En el conflicto contra Chile, tuvo a su mando los batallones Cazadores Nº 5 y Lima Nº 8 durante la primera etapa de la campaña terrestre. Participó en las batallas de Pisagua, San Francisco, Tarapacá y el Alto de la Alianza, entre otras. Tras la ocupación de Lima, se plegó a Andrés Avelino Cáceres, quien lo nombró vicepresidente (1886). Fue presidente del Perú entre 1890 y 1894.

de Daza en los Colorados, separado de él por motivos de dignidad personal); Grau (formado por la juventud ilustrada de Cochabamba y cuyo jefe era Lisandro Peñarrieta); Chorolque (sacado de Tupiza bajo el nombre de un famoso batallón de Belzu con Justo de Villegas de comandante, hermano de Carlos, prisionero de San Francisco); y Padilla (con soldados de la ciudad de La Paz encabezados por el coronel Pedro P. Vargas que había tenido distinguida actuación en Pisagua). Esta era el ala derecha del centro y la mandaba el coronel Severino Zapata. Separados de ella por una sección de artillería boliviana, compuesta de dos ametralladoras y un cañón, seguían las más brillantes unidades del ejército peruano, la división Belisario Suárez y la división Andrés A. Cáceres. La división Suárez contaba con el batallón Pisagua formado con los restos del antiguo Ayacucho y el Arica sacado de ese puerto por su prestigioso jefe Julio Mac Lean que, como Ugarte y Canevaro, diera a su patria fortuna y sangre. La división Cáceres constaba del heroico Zepita cuyo mando tenía Carlos Llosa y el Cazadores del Misti, batallón arequipeño que era el antiguo Cazadores de Prado, entonces bajo la jefatura del coronel Sebastián de Luna. Estos tres jefes, el arequipeño Mac Lean, el arequipeño Llosa y el cuzqueño Luna, murieron en la batalla. En la retaguardia del centro fueron colocadas las divisiones peruanas Alejandro Herrera, formada por los batallones Ayacucho (mandado por el comandante Nicanor Somocurcio) y Guardias de Arequipa (compuesto por gendarmes bajo la jefatura del coronel José Iraola); y César Canevaro con los cuerpos Lima, organizado con los gremios de la capital y Cazadores del Cuzco bajo el bravo coronel ayacuchano Víctor Fajardo, que ya se había distinguido en Tarapacá e iba a sucumbir heroicamente en Tacna.

Hacia la izquierda y en puesto avanzado sobre la línea de batalla, estaba la artillería peruana que en número de nueve cañones, mandaba el coronel Arnaldo Panizo; e inmediatamente entraba en la línea la división peruana del coronel Luna compuesta de los batallones Huáscar y Victoria (comandantes Godínez y Barriga), que no se portaron en la batalla con la bravura de otros cuerpos peruanos y bolivianos. Formaba hacia la extrema izquierda una especie de semicírculo emboscado entre los médanos, la división boliviana Acosta con tres excelentes cuerpos a saber: Tarija, Sucre o 2° llamado Amarillos por su chaqueta de bayeta amarilla de Oruro y cuyo jefe era Juan Bautista Ayorsa, y Viedma o Verdes, este último de Cochabamba y que mandaba Ramón González *Pachacha* o *Dos hombres*, valientes en Pisagua. A la retaguardia de la izquierda y apoyando a la división de Acosta se encontraban los pequeños cuerpos bolivianos de Libres del Sur (comandante Julio Carrillo) y Vanguardia de Cochabamba (comandante Agustín Martínez) con sus desmedradas cabalgaduras y los antiguos coraceros de Daza. Hacia la derecha habían sido colocados como fuerzas de reserva general para la batalla los Colorados, mandados por Ildefonso Murguía y vestidos con chaqueta roja y pantalón blanco de brin, y el Aroma o 4° de Bolivia que también tenía uniformes rojo y blanco.

La caballería peruana se componía de los restos del Húsares de Junín, los Guías y el escuadrón del valeroso guerrillero Gregorio Albarracín, muy mal montados y armados. Falta mencionar todavía los 700 hombres, reunidos por el prefecto Pedro Alejandrino del Solar, gendarmes, policías montados, lanceros de Tacna, Sama y Tarapacá, agricultores de Para y voluntarios de la guarda nacional.

En un informe confidencial que se guarda en el Archivo Piérola aparece que combatieron efectivamente en Tacna 4.705 peruanos y 4.225 bolivianos, o sea un total de 8.930 aliados con 8 piezas de artillería. Estas cifras son menores que las de otras fuentes.

El ala derecha de los aliados estaba mandada por el almirante Lizardo Montero; el centro por el coronel Miguel Castro Pinto, comandante en jefe de la primera división boliviana; y la izquierda por el coronel Eliodoro Camacho. Toda la línea debía obedecer al generalísimo Narciso Campero, presidente de Bolivia. Este había querido renunciar al mando el 25 de mayo pues era el día en que se instalaba en Bolivia la Convención que debía elegir presidente, lo cual hacíale perder la función a causa de la cual se había encargado del ejército: pero Camacho y Montero le impusieron que continuara con ese honor y esa responsabilidad. Jefe de Estado Mayor de Campero era el general Juan José Pérez, que murió en la batalla; jefe del Estado Mayor de Montero, el coronel Manuel Velarde. La distribución del ejército aliado fue hecha con el propósito de mezclar los cuerpos peruanos y los bolivianos.

LA BATALLA DE TACNA.- Campero había dado la orden de que no se iniciaran los disparos de rifle hasta que el enemigo se pusiera a tiro. El avance chileno se orientaba hacia el ala izquierda aliada; y de allí partieron, desobedeciendo aquella orden, los primeros disparos antes de lo que era necesario. A las diez de la mañana ya estaba comprometida y generalizada la lucha en todas las líneas.

"En nuestro costado derecho (la descripción de la primera etapa de esta jornada proviene de Campero) donde el combate todavía no era muy encarnizado, el ala derecha de nuestra línea y la izquierda del enemigo presentaba el aspecto de dos inmensas fajas de fuego, como envueltas sobre una especie de niebla iluminada con los tintes del crepúsculo de la mañana. El centro donde obraba con más vigor la artillería enemiga, ofrecía el espectáculo de un confuso hacinamiento de nubes bajas, unas blancas y otras cenicientas, según que la descarga era de Krupp o ametralladoras. El costado izquierdo, donde el combate era más reciamente sostenido, no presentaba sino una densa oscuridad, impenetrable a la vista, pero iluminada de momento a momento, como cuando el rayo cruza el espacio en noche tempestuosa. El tronar era horrible, y más bien, no se oía más que un trueno indefinidamente prolongado".

Las reservas del centro aliado pasaron a reforzar la izquierda; las siguieron dos batallones, uno peruano y otro boliviano, de la derecha. El batallón peruano Victoria se replegó desordenadamente en la izquierda; pero los nuevos refuerzos lo suplieron y lograron hacer volver atrás al enemigo con cargas a la bayoneta, tomando prisioneros y piezas de artillería. El ataque chileno empezó a través de las divisiones Santiago Amengual y Francisco Barceló sobre la izquierda y el centro aliado tras de un duelo infructuoso de piezas de cañón que duró de nueve a diez de la mañana. Después de hora y media de fuego intenso, ambas divisiones chilenas, más o menos a las doce y media de la mañana, se retiraron sin cesar de combatir. El ala izquierda aliada, mandada por Camacho, empezó la ofensiva y se robusteció con las reservas formadas por los Colorados y el Aroma y seguida por el centro mas no por la derecha en el propósito de devolver el ataque profundo intentado por el enemigo. Una carga de caballería chilena contra la infantería aliada detuvo el ataque de esta y coincidió con el avance de la 3° división de Domingo Amunátegui Borgoño, cuyos soldados quedaron confundidos con los de Amengual y Barceló, si bien eran cuerpos de refresco, descansados y muy bien amunicionados. Aquí llegó a producirse la matanza en algunos cuerpos peruanos y bolivianos; entre ellos los heroicos Colorados. Mientras la gran reserva chilena se aproximaba al campo de batalla, la suerte comenzó a decidirse. Las ventajas del número, del armamento y de la artillería chilenos contribuyeron al resultado final. La victoria, titubeante durante varias horas, se inclinó por ellos claramente, ya a las dos de la tarde. En una carta particular a su esposa, el coronel José Velásquez, jefe del Estado Mayor chileno, declaró (y este testimonio rectifica algunas versiones de sus compatriotas): "Para qué le digo el papel brillante que desempañó la artillería, hizo prodigios. Los extranjeros en Tacna están sorprendidos de nuestra artillería y los peruanos dicen: 'Qué gracia, pues, por eso ganan los chilenos'".

En cuanto a la infantería chilena, Vicuña Mackenna dice que el rifle Coblain "hizo maravillas en Tacna". "Los peruanos (agrega) por el contrario, armados más como turba que como ejército, lucharon con la irredimible desventaja de la variedad de sus rifles de precisión. Solo el Zepita y el Pisagua estaban armados de rifles Comblain. Los Cazadores del Cuzco y el batallón de Morales Bermúdez tenían Peabody americano de largo pero fatigoso tiro, mientras que los cuerpos organizados en el sur se batían con el ya anticuado Chassepot y los demás, especialmente los bolivianos con el Remington".

Al caer herido el coronel Camacho, se le dio por muerto y al sucumbir varios jefes, creció el desánimo en la izquierda aliada. La derecha debilitada por el envío de refuerzos a los otros sectores de la batalla, luchó menos reciamente con la división chilena mandada por el coronel Orozimbo Barbosa. La batalla estaba resuelta poco después de las dos y treinta de la tarde.

El historiador Bulnes confiesa que la 1ª, 2ª y 3ª divisiones chilenas, que soportaron el mayor peso de la batalla, tuvieron un terrible cuadro de bajas, pues quedó fuera de combate, entre muertos y heridos, casi el 30% de sus hombres. La 4ª división (dice) alcanzó el 15% de bajas.



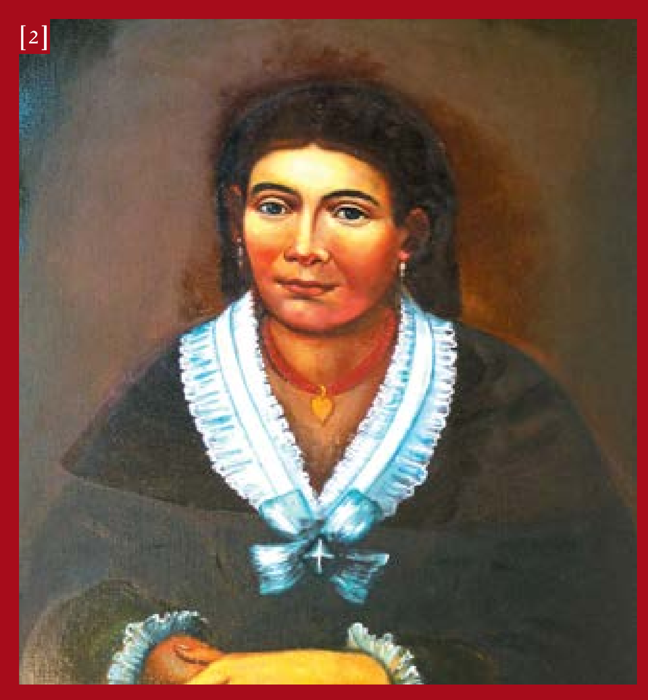
CAMPERO HABÍA DADO LA ORDEN DE QUE NO SE INICIARAN LOS DISPAROS DE RIFLE HASTA QUE EL ENEMIGO SE PUSIERA A TIRO. EL AVANCE CHILENO SE ORIENTABA HACIA EL ALA IZQUIERDA ALIADA; Y DE ALLÍ PARTIERON, DESOBEDECIENDO AQUELLA ORDEN, LOS PRIMEROS DISPAROS ANTES DE LO QUE ERA NECESARIO.



[1]



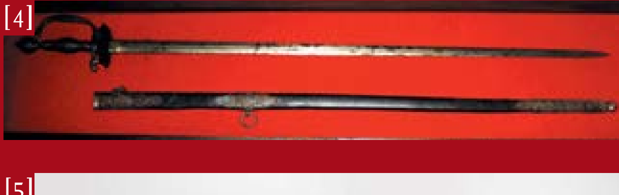
[2]



[3]



[4]



[5]



FRANCISCO BOLOGNESI. El coronel limeño ofrendó su vida en la batalla de Arica, que decidió la suerte peruana en la guerra del Pacífico. Aquí, vemos un retrato de Bolognesi realizado por Germán Suárez Vértiz (3), así como los retratos de sus padres: el músico italiano Andrés Bolognesi (1) y Juana Cervantes (2). También, la espada que portaba el día de su muerte (4), y el revólver tipo Lefaucheux calibre 45 (5), que Bolognesi utilizó durante la campaña terrestre.

El Perú perdió en el Campo de la Alianza entre los muertos: seis coroneles, siete tenientes coroneles, catorce sargentos mayores, dieciocho capitanes, veinte tenientes, diecinueve subtenientes. Heridos: un coronel, ocho tenientes coroneles, nueve sargentos mayores, veinticuatro capitanes, treinta y dos tenientes, veintisiete subtenientes. Total de pérdidas de jefes y oficiales: ciento ochenta y cinco. Las bajas en la tropa guardaron relación con esta cifra, llegaría a unos dos mil muertos entre peruanos y bolivianos casi por iguales partes. En el desorden que surgió en la extrema izquierda, en el Victoria, el Viedma y el Huáscar, mientras luchaban contra el enemigo y contra los que querían retirarse, pereció el anciano coronel Jacinto Mendoza y recibieron mortal herida el comandante Belisario Barriga, primer jefe del Victoria y el comandante Antonio Ruedas, segundo del Huáscar. Este batallón había sido formado y disciplinado en el Cuzco, por los alumnos de la Escuela de Clases, los famosos Cabitos: de él murieron sus jefes, dieciocho oficiales y sus cuadros de clases. El comandante Julio Mac Lean, del Arica, vestido con sus mejores galas de jefe, sucumbió marchando a pie, haciendo que a su espalda llevara su caballo por la brida un corneta de órdenes. Momentos después cayó el jefe del Zepita, el intrépido Carlos Llosa. Uno de los últimos comandantes de tropa que sucumbió fue el coronel Víctor Fajardo, rival de Cáceres en el prestigio como jefe, vestido, como Mac Lean, de gran parada. Montaba un alazán inglés que había traído de las salitreras de Tarapacá y solo cuando tres balas habían herido a este caballo consintió en que su corneta de órdenes lo llevase a la retaguardia. Continuó batiéndose denodadamente a pie hasta que una bala le dejó sin vida. Tanto Cáceres, a quien le habían muerto ya dos caballos, como Suárez, que acababa de ser herido en una pierna, acudieron a donde Fajardo había caído e hicieron entregar más tarde a un hijo suyo, alférez de su propio cuerpo, sus más queridas prendas, incluso su anillo de alianza. No lejos de él y cubierto con un paletó civil, que apenas ocultaba sus insignias, yacía muerto el coronel Sebastián de Luna de los Cazadores del Misti.

La división de reserva de Tacna también luchó con denuedo. Su comandante Napoleón Vidal resultó herido y falleció más tarde; murió también el comandante de la fuerza de Para, Samuel Alcázar. De la caballería quedaron en el campo el segundo comandante Reina y el tercero, Birme.

Las inculpaciones mutuas entre los aliados fueron injustas en esta ocasión.

En el comando boliviano cayeron veintitrés jefes de mayor a general, incluyendo el general Pérez que falleció en Tacna tres días más tarde, el segundo jefe de los Colorados Felipe Ravelo y el coronel Agustín López, edecán de Campero incorporado al mismo cuerpo que resultó diezmado, pues según el historiador militar boliviano Julio Díaz A., después de haber estado compuesto de 542 hombres, quedó reducido a 293. Con el Colorados rivalizó en el heroísmo y en la gloria el Sucre o Amarillo, popularmente llamado Mama Huacachis, "hace llorar a las madres", pues había sido formado en su mayor parte por gente muy joven. De los 456 Amarillos murieron en el campo de batalla 205 y salieron heridos 178.

El coronel Camacho, que se precipitó sobre los fugitivos y aun disparó su revólver sobre los primeros que encontró a su paso fue herido por bala enemiga y fue llevado casi moribundo a la ambulancia de ejército, exclamó: "Hubiera preferido quedar muerto en el campo antes que presenciar tan desastrosa derrota". Como Camacho, obtuvieron entonces cicatrices en el campo de batalla los militares bolivianos Ildefonso Murguía, José Manuel Pando, Néstor Ballivián, Mariano Calvimontes, Adolfo Palacios y muchos otros; como las ostentaron los peruanos Suárez, Vila Iraola, Espinoza, Bustíos, Barreto; Morales Bermúdez y el mismo Cáceres, que resultó contuso; buen número de ellos perdió su caballo de batalla.

El Perú no ha rendido debido homenaje a los jefes, oficiales, soldados y rabonas bolivianos que se sacrificaron en la defensa de Tacna. Verdad es que después de ella no hubo combatientes bolivianos.

Campero y sus tropas se retiraron hacia su patria por el camino de Palca. Montero, con pocas fuerzas que no le permitieron hacer en las afueras de Tacna la resistencia que intentó, marchó a Puno pasando por Tarata. La artillería chilena hizo fuego sobre la población de Tacna con

BAJAS DE LA BATALLA DE TACNA

Tras horas de lucha de los ejércitos del Perú y Bolivia contra el de Chile, la situación en el Alto de la Alianza era lamentable. Las pérdidas humanas, entre los oficiales del ejército peruano, fueron las siguientes:

OFICIALES	FALLECIDOS
Coroneles	6
Tenientes coroneles	7
Sargentos mayores	14
Capitanes	18
Tenientes	20
Subtenientes	19

"LEIVA LLEGÓ A SALIR DE AREQUIPA CON MÁS O MENOS TRES MIL HOMBRES. CUANDO LOS CHILENOS PRECIPITARON LA BATALLA DE TACNA, EL 26 DE MAYO, HALLÁBASE EN TORATA, CERCA DE MOQUEGUA.



puntería elevada para no dañarla; solo una docena de disparos tiraron hacia la estación del ferrocarril. Los vencedores entablaron pláticas de arreglo con algunos de los cónsules extranjeros, responsabilizaron del orden interno al alcalde de la ciudad Guillermo Mac Lean y entraron en ella al atardecer.

En una proclama que dirigió a la nación el Dictador Piérola, con motivo de la derrota de Tacna (13 de junio) llegó a decir: "El inesperado contraste de nuestro 1er. ejército del Sur, contraste que una serie de errores ha engendrado y que solo la impaciencia de llegar a las manos con el enemigo podía explicar…". Si quiso referirse a los acontecimientos que inmediatamente precedieron a la batalla y a ella misma, cometió un error. Lo positivo es que los aliados se limitaron a afrontar el hecho consumado de la invasión, el avance y el ataque chilenos.

"¡APURE, LEIVA!".- Otra crítica de la época fue la de decir que Campero, antes de entablar batalla, debió esperar al coronel Segundo Leiva que había avanzado de Arequipa con el llamado "segundo ejército del Sur". Se formaron estas tropas con contingentes de Arequipa, Cuzco y los restos de la división Gamarra. Piérola despachó en el *Talismán* a mediados de marzo recursos y material de infantería y artillería para aumentar sus fuerzas; para quienes los conducían (entre ellos el general Manuel Beingolea) no pasaron de Quilca y regresaron al norte. Luego envió en el *Oroya* a fines del mismo mes, un cargamento de armas, cañones y pertrechos para Arequipa; esfuerzos que contrastan con la poca ayuda a Montero. A cargo de la última remesa estuvo el coronel Isaac Recavarren, que desembarcó cerca de Camaná el 4 de abril y llegó a Arequipa el 11. Recavarren entró en desavenencias con el jefe de Estado Mayor, coronel Mariano Martín López y otros jefes que se sentían superiores a él pues eran más antiguos, y fue apresado. El prefecto González Orbegoso asumió el mando del ejército. De él se hizo cargo en seguida el coronel Segundo Leiva, antiguo militar, hombre más de consejo que de acción. Preferible hubiera sido el comando del bravo Recavarren.

Una carta de Piérola a Leiva habló de la envidiable situación del segundo ejército del sur, pues sus hombres "están llamados a darnos un día de verdadera gloria y a salvar la situación actual cambiándola por entero a nuestro favor". Leiva debía obrar conjuntamente con el ejército de Tacna. "Si contra toda previsión es vencido el primer ejército, usted puede caer sobre el enemigo acaso vencedor pero diezmado y en el desorden consiguiente al triunfo, derrotarlo" (carta de 15 de mayo. Archivo Piérola). La correspondencia del Dictador con Zoilo Flores hace ver también sus absurdas ilusiones de aprovisonar a Arica por Bolivia y convertir a los chilenos en sitiados, colocándolos entre las posiciones militares de ese puerto y el ejército de Arequipa. (Carta a Flores, 6 de abril. Archivo Piérola).

Leiva llegó a salir de Arequipa con más o menos tres mil hombres. Cuando los chilenos precipitaron la batalla de Tacna, el 26 de mayo, hallábase en Torata, cerca de Moquegua. Solo al día siguiente recibió las instrucciones de Campero impartidas el 24, para que bajase a Locumba con el fin de inquietar la retaguardia del enemigo mediante sus guerrilleros, retirándose hacia Candarave si el enemigo lo atacaba con fuerzas superiores, de donde le era fácil tomar las posiciones de Torata.

El 28 de mayo estuvo Leiva en Moquegua, el 29 pasó a la Rinconada y el 30 a la cuesta del Bronce, rumbo de Locumba. Ese día recibió, transmitido por el prefecto de Arequipa, un telegrama de Bolognesi desde Arica, donde anunciaba la batalla y la ocupación de Tacna y agregaba: "Arica se sostendrá muchos días si Leiva jaquea aproximadamente a Sama y se une con nosotros". Por otros conductos Leiva tuvo noticias de la magnitud de la catástrofe y regresó a Arequipa. A esta ciudad llegó el 13 de junio, después de haber perdido en el camino unos 600 desertores y armamentos; Piérola le había mandado la orden de dirigirse a Arica, pero ella estuvo en sus manos solo el 8. Fue separado de comando del ejército del sur y en su lugar fue nombrado el coronel José de la Torre.

LA BAJA CALIDAD DE SUS TROPAS SEGÚN LEIVA.- Acerca de la calidad de estas tropas no ocultó Leiva en sus comunicaciones oficiales y particulares un completo desaliento. A mediados de mayo solo un batallón tenía uniformes y muchos soldados vestían con la jerga con que salieron de su terruño; no había ninguna clase de cartucheras y correaje; en vez de zapatos calzaban ojotas; y el armamento consistía en una mezcla de rifles Peabody, Remington, Chassepot y Minié. Ni un solo ejercicio de fuego hasta entonces se había intentado y gran parte de la tropa ignoraba hasta el manejo del rifle. Faltas más graves minaban la disciplina.

El historiador chileno Encina critica como error estratégico de Piérola haber formado los ejércitos de Gamarra y Leiva cuyos efectivos, según él, debieron reforzar a Montero; y haber dejado aislada la guarnición de Arica.

LOS MONTONEROS. EL HÉROE GREGORIO ALBARRACÍN.- En contraste con la pasividad de Leiva, montoneras audaces, cuyos cabecillas Gregorio Albarracín y el cubano Pacheco de Céspedes, lograron perdurable popularidad local, siguieron hostilizando a los chilenos en el interior del departamento de Tacna. Cuando una división chilena avanzó de la ciudad de ese nombre a ocupar Tarata, combatió con un puñado de peruanos entre los que estaba Leoncio Prado y tomó prisionero a este jefe (julio de 1880). Albarracín pereció en una celada. Pacheco de Céspedes continuó en sus correrías por la campiña de Tacna hasta el final de la guerra. Murió como montonero pierolista en la guerra civil de 1895.

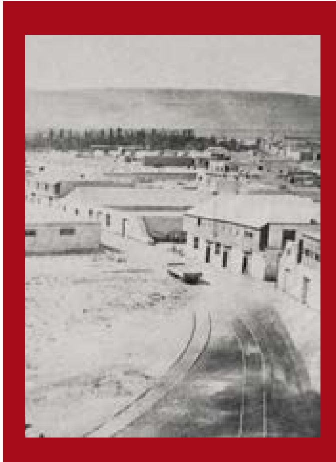
[II]

ARICA Y SUS FORTIFICACIONES.- Al comenzar la guerra, el puerto de Arica tenía una población de más o menos, tres mil habitantes, cantidad que había disminuido en relación con el pasado inmediato, después de los terremotos de 1868 y 1877. Allí estuvo durante algún tiempo, como Director de la Guerra, el presidente Prado por cuyas órdenes se comenzó a llevar a cabo la defensa de la plaza, cuando se produjo la pérdida de Tarapacá, el almirante Montero quedó como jefe militar y político del sur, y tomó interés en las fortificaciones, aunque recibió el informe de que la comisión encargada de ellas no había trabajado como hubiese sido de desear y carecía de elementos. Por algún tiempo pareció que en Arica se decidiría la suerte del ejército del sur y no faltó quien pensara que utilizando la dinamita y haciendo volar el puerto, en caso de un desastre, podría producirse un hecho que sacudiría hasta las últimas fibras del corazón del Perú. Pero el ejército, en sus unidades más numerosas, y el Estado Mayor, se dirigieron a Tacna y evacuaron de Arica de cuyo comando se hizo cargo el coronel Francisco Bolognesi (después del viaje a Lima de don Camilo Carrillo) sin que las fortificaciones hubiesen podido completarse ni volverse formidables. La guarnición se componía en su mayoría de guardias nacionales, o sea civiles armados.

El Morro es un cerro que se elevaba hasta hace poco tiempo, hasta 500 pies sobre el nivel del mar, cerca de la ciudad de Arica, accesible por el lado de la población y si bien con mucha dificultad, por el lado opuesto, llamado de la Licera. Hállase unido con el cerro Gordo que lo domina un tanto. Por el lado del mar aparece completamente cortado a pique.

Las baterías de la plaza de Arica se dividieron por los nombres de Norte, Este y Sur, según las posiciones que ocupaban en relación con la ciudad. Con el nombre de baterías del Norte se conocía a las situadas al nivel de la población, y eran: Santa Rosa (1 cañón de 250, sistema Vavasseur con alcance máximo de 4.000 a 5.000 metros): San José (otro Vavasseur y un Pairot que tiraba desde 5.000 metros) y Dos de Mayo (1 Vavasseur de 250). La baterías del Este confinaban con el valle de Azapa, daban frente a los caminos de Tacna y Camarones, y estaban colocadas en los dos cerros llamados del Chuño y Gordo, separados el uno del otro y abiertos ambos por todos lados. Siete cañones Voruz coronaban esas alturas, defendidos por una trinchera de sacos de

LA CIUDAD DE ARICA



La ciudad peruana de Arica fue fundada por los conquistadores españoles en 1570, con el nombre de San Marcos de Arica. El 7 de junio de 1880 fue escenario de una de las batallas que definieron el resultado desfavorable para nuestro país en la guerra del Pacífico. En ella, el ejército peruano estuvo a cargo del coronel Francisco Bolognesi, quien se encargó de la defensa de la evacuada ciudad. En esta fotografía, se aprecia la ciudad de Arica, en la década de 1860.

[1]



[2]



LA DECISIÓN DE BOLOGNESI. El 5 de junio de 1880, el mayor chileno Juan de la Cruz Salvo llegó al cuartel de Francisco Bolognesi en Arica (1). Allí, discutieron la posibilidad de la rendición peruana. A este pedido, el peruano contestó: "Tengo deberes sagrados que cumplir, y los cumpliré hasta quemar el último cartucho". Dos días más tarde, ambos ejércitos se enfrentaron en Arica, una de las más sangrientas batallas de la guerra del Pacífico. Bolognesi murió en combate (2). Ambos óleos pertenecen al pintor peruano Juan B. Lepiani (1864-1943).

arena. Las baterías del Sur o Morro presentaban sobre la meseta de este, en plataformas fabricadas sobre piedra, ocho cañones; un Pairot de a 100, un Vavasseur de a 250, seis Voruz de a 70. Diecinueve cañones tenía en total, Arica. De ellos, doce eran para la defensa frente al ataque por mar y siete para la defensa por tierra.

Actuaba como comandante de las baterías del Este, Medardo Cornejo; de las del Norte, Juan P. Ayllón, y de las del Sur o Morro el capitán de corbeta Juan Guillermo More, el antiguo comandante de la *Independencia* que tenía consigo a algunos de sus camaradas y vestía entonces de civil, decidido a buscar una reparación por la desgracia de Punta Gruesa. La guarnición estaba compuesta por 160 hombres en el Morro, 92 en la batería del Este y 76 en el Norte y por las divisiones 7ª y 8ª al mando, respectivamente, de los coroneles José Joaquín Inclán y Alfonso Ugarte. La 7ª constaba de tres batallones: Artesanos de Tacna (391 hombres, según una lista del 5 de junio que los chilenos publicaron), bajo las órdenes del coronel Marcelino Varela; Granaderos de Tacna (218 hombres), al mando del coronel Justo Arias Aragûez; y Cazadores de Piérola (198 hombres), primeramente con el coronel Agustín Belaúnde, y el día de la batalla, con el comandante Francisco Cornejo. La 8ª división estaba formada por el batallón Tarapacá (216 hombres), que obedecía al comandante Ramón Zavala; y el Iquique (302 hombres), cuyo jefe era el comandante argentino Roque Sáenz Peña. En total sumaban 1.600 hombres, la mayoría proveniente de Tacna y Tarapacá. Su armamento era heterogéneo. En el puerto veíase anclado como una batería flotante, el monitor *Manco Cápac*.

Este barco hizo el milagro de moverse para un encuentro con el *Huáscar* que, mandado por el marino chileno Manuel Thompson, intentó hundirlo. Thompson perdió la vida (27 de febrero de 1880). Comandaba el *Manco Cápac* José Sánchez Lagomarsino y se consideró que había realizado un hecho "increíble" ante el enemigo.

Bolognesi, al tomar posesión de la jefatura de Arica, demostró una actividad y un entusiasmo extraordinarios, con los que asombró a quienes, por sus encanecidos cabellos, veían en él solo un anciano. "Todo lo emprendió (dice la relación de un testigo publicada en *La Patria* de Lima el 1° de setiembre de 1880) sin arredrarse por la escasez del tiempo y su falta absoluta de elementos". Trató, en efecto, de dar organización autónoma a cada cuerpo y a cada batería para que tuviesen su individualidad, sin perjuicio de la unidad del comando. Formó partidas de caballería para que vigilaran por el sur y por el norte. Mejoró el alimento de la tropa y subió a libra y media su ración de carne. En relación con la defensa, se orientó en dos sentidos: la atención de la existente y la colocación de las minas. En cuanto a lo primero, fueron puestos parapetos y llegaron a ser trasladados algunos cañones al Morro; en el sector del norte se cuidó de la batería de San José que estaba en plena pampa todavía, y por el lado de Cerro Gordo también fueron levantados parapetos, aunque llegaron a ser solo del espesor de un saco lleno. Así frágiles trincheras de arena surgieron en todos los lados en que el Morro es accesible. Las minas, cuyo emplazamiento estuvo a cargo del ingeniero Teodoro Elmore, fueron tendidas en una triple red, aunque en realidad faltaban obreros, herramientas, tiempo y dinero. "A tal punto llegó la falta de recursos (cuenta J. Pérez en el interesante folleto publicado en Lima en 1880 y titulado *Arica. Sus fortificaciones, asalto, defensa y ruina, por un testigo y actor)* que no hubo dos reales para comprar una vasija en que manejar los ácidos". Bolognesi tuvo, además, dificultades para obtener unas cuantas varas de bayeta con que abrigar a la tropa y a los oficiales. Afrontó también, con energía y tino, aislados casos de deserción e indisciplina, que contrastaron con el espíritu combativo de la inmensa mayoría de los defensores de Arica. Uno de los que le suministró recursos fue el comerciante italiano Domingo Pescetto, alcalde de esa ciudad.

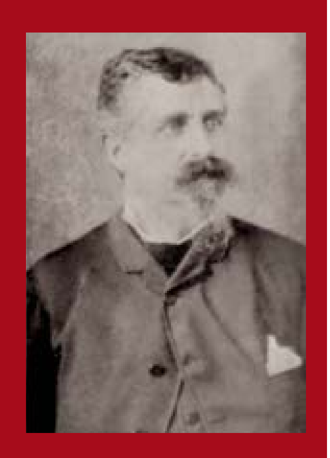
LOS DEFENSORES DE ARICA DESPUÉS DE LA BATALLA DE TACNA.- La guarnición de Arica sintió el eco del cañoneo del 26 de mayo y vio las enseñas de júbilo en los barcos chilenos que bloqueaban el puerto. Los "propios", mandados donde se suponía estuviera Montero, no

EL HEROÍSMO DE SÁNCHEZ LAGOMARSINO



El capitán de fragata José Sánchez Lagomarsino, en la foto, tuvo una heroica participación en la defensa de Arica. El 27 de febrero de 1880, al mando del monitor *Manco Cápac*, se enfrentó al *Huáscar*, capturado por el chileno Manuel Thompson. Tras violento combate, Thompson murió con parte de su tripulación. El 6 de junio, el *Manco Cápac* se enfrentó al *Cochrane* y a la *Covadonga*. Tras la victoria chilena en tierra, Sánchez Lagomarsino hundió su barco para evitar que cayera en manos enemigas. Fue capturado con su tripulación y enviado a la cárcel de San Bernardo (Chile).

EL ALCALDE DE ARICA



El comerciante italiano Domingo Pescetto, en la foto, ejerció el cargo de alcalde de Arica hasta la invasión del ejército chileno en 1880. Natural de Savona, Pescetto fue uno de los vecinos que contribuyó con recursos para la defensa de la ciudad. Tras la derrota peruana, se encargó de negociar una rendición con los representantes chilenos, con el propósito de evitar la destrucción del puerto.

regresaron. Un telegrama dirigido a este en Pachía pidiendo propios y órdenes a las ocho de la noche del 26 de mayo y agregando: "Aquí sucumbiremos todos antes de entregar Arica", no obtuvo respuesta. Bolognesi confiaba aún en que el ejército aliado no hubiera quedado destruido y en que parte de él, a órdenes de Montero, acudiría como refuerzo al puerto. Más tenaz fue la esperanza en que Leiva, al mando del llamado segundo ejército del Sur, avanzaría sobre Sama y llegase a Arica.

La decisión adoptada por Montero sobre la suerte de Arica fue la de ordenar que se retirase la guarnición. Según explicó en un documento publicado para rectificar la exposición de Campero sobre la batalla de Tacna, quiso utilizar el telégrafo, pero encontró la línea interrumpida. Sin embargo, el jefe chileno Lynch mandó desde Iquique al mismo Amunátegui en Santiago el 8 de junio un despacho para informarle que se había encontrado en Arica un parte de Montero enviado después de la batalla de Tacna, cuyo texto era el siguiente: "No piensen en resistir que la ira de Dios ha caído sobre el Perú". Esta comunicación, sin duda, no existió realmente; pero no debieron faltar entre los defensores de Arica quienes pensaran con el pesimismo que ella exhibe. El testimonio de Lynch se halla desmentido por el parte oficial de Manuel C. de la Torre firmado en Arica a bordo del *Limarí* el 9 de julio de 1880 en que dijo: "El valiente coronel Bolognesi, jefe de la plaza, no recibió ni al siguiente día del 26 ni nunca, propio ni comunicación oficial alguna que, dando a conocer el estado en que había quedado nuestro ejército y el punto a que se retiraba, le indicara la norma de conducta que debía seguir la plaza de Arica…". Agrega que la defensa de la plaza fue resuelta en junta de guerra "en obedecimiento de una orden del general Montero dada con fecha 24". Del Solar escribió a Piérola en una carta desde Tarata el 31 de mayo: "Nada sabemos hasta ahora de Arica, pero su pérdida es inevitable". Y en otra del mismo lugar, con fecha 3 de junio: "Hoy he mandado a un jefe intrépido, al coronel Pacheco (cubano) a Arica dándole cuenta a Bolognesi de lo que ocurre y dándole mi opinión sobre la situación en que se encuentra. Le digo que destruya los cañones y cuanto elemento bélico hay en Arica, y que salve los 2.500 hombres que allí tiene para pasar ese ejército a Moquegua y unirlo al coronel Leiva. No sé lo que hará, ni si le parecerá a Ud. bien".

Pacheco nunca llegó a Arica. Un telegrama de Bolognesi al prefecto de Arequipa el 28 de mayo expresó: "Esfuerzo inútil. Tacna ocupado por enemigo. Nada oficial recibido. Arica se sostendrá muchos días y se salvará perdiendo enemigo si Leiva jaquea aproximadamente Sama y se une con nosotros. Hágale propios. Estoy incomunicado".

LA CAPTURA DE ELMORE.- El 1° de junio comenzaron a moverse los regimientos chilenos precedidos por la caballería. El ingeniero Teodoro Elmore había sido comisionado para minar un sitio en la orilla norte del río Lluta y para hacerlo explosionar cuando lo atravesara el enemigo. Elmore prendió fuego. Algunos cazadores chilenos de a caballo salieron contusos por el estallido de las minas; pero los demás pasaron e hicieron prisionero al ingeniero. Su compañero Pedro Ureta quedó herido y falleció poco después. Este episodio probaría que las minas eran ineficaces.

EL BOMBARDEO DE ARICA Y LAS PRIVACIONES DE LA GUARNICIÓN DE ESTA PLAZA.- Poco a poco fueron acampando en las inmediaciones de la plaza las tropas invasoras. El general chileno Baquedano ordenó el bombardeo de Arica "creyendo (dice Bulnes) que bastaría eso para que se rindiera". El fuego de los cañones invasores desde uno de los cerros vecinos no pudo ser contestado con éxito por los cañones del Morro que no alcanzaban a ese sitio.

Al efecto sicológico de las noticias sobre la batalla de Tacna, la retirada de Montero, la demora de Leiva, la prisión de Elmore y el bombardeo enemigo, se agregaron otros problemas. Hay un acta fechada el 31 de mayo de los comandantes generales, jefes de detalle y primeros jefes de cuerpo, donde aparece Bolognesi exponiendo que se hallaban "todas las fuerzas residentes en la plaza hace días sin diarios con motivos de no haber remitido buenas cuentas el señor Comisario

cuyo paradero se ignora; que actualmente no se contaba con la más insignificante suma de dinero para atender a los urgentes gastos que se presentaban para las obras de defensa". Por eso motivo solicitó aquel día permiso para vender dos de los tres depósitos de carbón existentes, con el objeto de atender las necesidades más premiosas de la plaza; y se dejo constancia de que si no eran vendidos habría que quemar dichos depósitos "para que no los aproveche el enemigo en caso de un fracaso".

LA CARTA DE BOLOGNESI EL 4 DE JUNIO.- Bolognesi despachó el 4 de junio la siguiente carta: "Señor General Montero o Coronel Leiva.- Este es el octavo propio que conduce tal vez las últimas palabras de los que sostienen en Arica el honor nacional. No he recibido, hasta hoy, comunicación alguna que me indique el lugar en que se encuentra ni la determinación que haya tomado. El objeto de este es decir a U. S. que tengo al frente 4.000 enemigos poco más o menos a los cuales cerraré el paso a costa de la vida de todos los defensores de Arica aunque el número de los invasores se duplique. Si U. S. con cualquier fuerza ataca o siquiera jaquea la fuerza enemiga, el triunfo es seguro. Grave, tremenda responsabilidad vendrá sobre U. S. si, por desgracia, no se aprovecha tan segura, tan propicia oportunidad. En síntesis, actividad y pronto ataque o aproximación a Tacna es lo necesario por parte de U. S., por la nuestra cumpliremos nuestro deber hasta el sacrificio. Es probable que la situación dure algunos días más y, aunque hayamos sucumbido, no será sin debilitar al enemigo hasta el punto de que no podrá resistir empuje de una fuerza animosa, por pequeño que sea su número. El Perú entero nos contempla. Ánimo, actividad, confianza y venceremos sin que quepa duda. Medite U. S. en la situación del enemigo, cerrado como está el paso de sus naves. Ferrocarril y telégrafo fueron inutilizados; pero hoy ya funcionan trenes para el enemigo. Todas las medidas de defensa están tomadas. Espero ataque pasado mañana. Resistiré. Hágame propios cuantos sea posible. Dios guarde a U. S. Francisco Bolognesi".

LA PROPUESTA DE RENDICIÓN Y LA RESPUESTA DE BOLOGNESI.- La población del puerto había empezado a abandonarlo desde el 2 y Bolognesi redoblaba sus preparativos para la lucha, obteniendo dinero y abrigo para los soldados. Al mismo tiempo telegrafió varias veces: *Apure Leiva*. Su telegrama del 5 de julio decía: *Apure Leiva. Todavía es posible hacer mayor estrago en el enemigo victorioso. Arica no se rinde y resistirá hasta el último sacrificio*. Pero Leiva, cuyas tropas no eran, como se ha visto, según él, de gran importancia militar, regresó a Arequipa. El comando chileno destacó a las siete de la mañana del día 5 a un parlamentario, que fue el mayor Juan de la Cruz Salvo. Fue este jefe recibido por Bolognesi en la casa donde él habitaba al pie del Morro dando vista a la calle principal del puerto con su corredor, entonces pintado de azul. Dicha casa es hoy propiedad del Estado peruano y sirve como Consulado.

La conversación entre el jefe peruano y el parlamentario chileno fue breve. Bolognesi invitó a Salvo a sentarse a su lado en un pobre sofá colocado en la testera de un salón entablado pero sin alfombra y sin más adornos que una mesa de escribir y unas cuantas sillas. Después de expresar que el general en jefe del ejército de Chile quería evitar un inútil derramamiento de sangre, cuando ya había sido vencido en Tacna el grueso del ejército aliado, Salvo dijo que tenía el encargo de pedir la rendición de la plaza "cuyos recursos en hombres, víveres y municiones conocemos".

"Tengo deberes sagrados", repuso Bolognesi, "y los cumpliré hasta quemar el último cartucho".

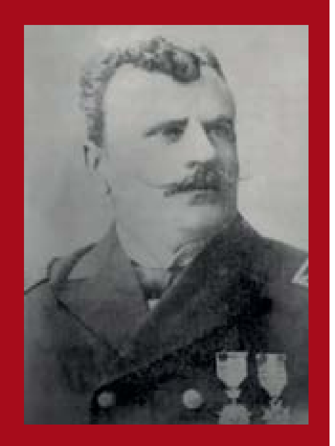
Cuando Salvo hizo ademán de retirarse para dar por terminada su misión, Bolognesi le advirtió que había dado un punto de vista personal y que debía consultar con sus jefes, por lo cual enviaría su respuesta a las dos de la tarde. Salvo no aceptó esta demora. Bolognesi le anunció que haría la consulta de inmediato y en presencia del jefe chileno. Lo ocurrido entonces ha quedado no en los



CUANDO SALVO HIZO ADEMÁN DE RETIRARSE PARA DAR POR TERMINADA SU MISIÓN, BOLOGNESI LE ADVIRTIÓ QUE HABÍA DADO UN PUNTO DE VISTA PERSONAL Y QUE DEBÍA CONSULTAR CON SUS JEFES, POR LO CUAL ENVIARÍA SU RESPUESTA A LAS DOS DE LA TARDE. SALVO NO ACEPTÓ ESTA DEMORA.



EL ENVIADO CHILENO



El mayor chileno Juan de la Cruz Salvo, a quien vemos en esta fotografía, fue enviado por el comando chileno a negociar con el coronel Francisco Bolognesi el 5 de junio de 1880. El mayor De la Cruz pidió al jefe del comando peruano en Arica deponer las armas para evitar un derramamiento de sangre. Bolognesi respondió con su famosa frase: "Tengo deberes sagrados, y los cumpliré hasta quemar el último cartucho".

labios de sobrevivientes exagerados ni en las crónicas de corresponsales imaginativos ni en una irresponsable tradición popular. Se haya en los siguientes telegramas: "Junio 5. Recibido el 6 a las 9 a.m. Prefecto Arequipa. Parlamentario impone rendición. Contestación previo acuerdo de jefes: *Quemaremos el último cartucho*. Bolognesi". "Junio 5 (recibido a las 2 y 40 p.m.). Prefecto de Arequipa. Suspendido por enemigo cañoneo. Parlamentario dijo*: General Baquedano por deferencia especial a la enérgica actitud de la plaza desea evitar derramamiento de sangre*. Contesté según acuerdo de jefes: *Mi última palabra es quemar el último cartucho. Viva el Perú*. Bolognesi".

El parte oficial, firmado por Manuel Baquedano en Arica el 21 de junio de 1880 confirma la efectividad de esta escena y agrega: "El señor Bolognesi respondió, después de consultar con sus jefes compañeros, que estaba dispuesto a salvar el honor de su país quemando el último cartucho". Vicuña Mackenna dio del episodio una versión muy difundida a base del relato que le hizo Salvo.

No se trató, pues, de la bravata de un jefe sino del voto de una junta. Voto emitido por segunda vez. Según el parte de Manuel C. de la Torre, fechado el 9 de junio, después de que se supo la derrota sufrida en Tacna quedó resuelta en junta de guerra la defensa de la plaza, en obedecimiento de una orden del señor general Montero, dada con fecha 24, para el caso de un fracaso de nuestro ejército"… Allí se acordó también el plan de defensa y cada uno de los jefes y secciones de las fuerzas terrestres y marítimas "ocuparon sus puestos, resueltos todos a un sacrificio seguro". Por eso es que La Torre, al dar cuenta de la respuesta a Salvo, dice que fue "previo acuerdo de una junta de jefes de las fuerzas defensoras cuya unánime opinión fue consecuente a la determinación adoptada en días anteriores".

Sobre el número y los nombres de quienes asistieron a la reunión con Salvo ha habido algunas discrepancias de detalle. Según una versión, fueron, además de Bolognesi, el capitán de navío Juan Guillermo More; los coroneles José Joaquín Inclán, Justo Arias y Aragûez, Marcelino Varela, Alfonso Ugarte y Mariano E. Bustamante; y los tenientes coroneles Manuel C. de la Torre, Ricardo O'Donovan, Francisco Cornejo, Roque Sáenz Peña, Ramón Zavala, Juan Ayllón y Medardo Cornejo. Gerardo Vargas omite a Ricardo O'Donovan y a Francisco Cornejo, y menciona a Benigno Cornejo, Francisco Chocano y (cosa muy probable) al capitán de fragata José Sánchez Lagomarsino. A. Bustamante le da el rango de comandante y no el de coronel que le corresponde. Otra versión, menos verosímil, afirma que fueron veintiocho o veintiséis jefes, incluyendo los tenientes coroneles y los sargentos mayores.

LA JUNTA DE LOS JEFES DE ARICA EN MAYO Y EL BANQUETE DE ELLOS. LOS PRÓFUGOS DEL MORRO.- Gerardo Vargas H., historiador ariqueño ya citado en su libro *La batalla de Arica*, insiste en que Bolognesi convocó a una reunión de sus jefes inmediatamente después de la batalla de Tacna. A ella asistieron, según asevera, veintisiete jefes. El acuerdo adoptado había sido morir antes que rendir la plaza y activar los trabajos de defensa para resistir al enemigo. Vargas se apoya para dar los detalles acerca de esta junta en unos apuntes de Fermín Federico Sosa, suprefecto de Arica y en informaciones verbales de varios sobrevivientes.

Afirma, asimismo, Vargas que la única voz que abogó en la reunión mencionada a favor de la capitulación fue la del comandante del batallón Cazadores de Piérola, Agustín Belaúnde. Recoge en seguida la versión, muy difundida en Arica y en Tacna, de que luego Belaúnde fugó al saber que, por razones disciplinarias, había sido decretado su arresto a bordo del monitor *Manco Cápac*, tomando análoga actitud el sargento mayor Manuel Revollar, del mismo cuerpo y otros. Sostiene que es deber suyo hablar de estas cosas y recuerda que el historiador chileno Molinare consignó la cobardía de dos jefes de esa nacionalidad en los momentos de iniciarse el asalto de Arica: los comandantes Ricardo Castro y Luis José Ortiz.

Narra a continuación que Agustín Belaúnde fue elegido, por influencia de Piérola diputado por Tayacaja en 1896, suscitando la protesta de los diputados por Tacna libre. Pero en 1896 no

hubo elecciones. En el Congreso de 1895 el diputado propietario por Tayacaja fue Casimiro Pacheco y el suplente José Ramón Serpa. Al iniciarse la legislatura de 1897 se incorporó a la Cámara el señor Serpa. En la junta preparatoria del 22 de julio de 1899 se incorporó Carlos A. Belaúnde (no Agustín Belaúnde) como diputado propietario por Tayacaja. Sin objeción alguna, la versión del historiador ariqueño aquí es errónea.

Otra noticia a la que dedica especial atención Vargas es la del banquete ofrecido por Alfonso Ugarte a Bolognesi y a los demás jefes de la guarnición en la que se reiteró la voluntad del sacrificio. Vargas califica esta reunión como "el juramento de los héroes".

LA RESISTENCIA DE ARICA.- Bolognesi y sus hombres hubieran podido abandonar Arica inmediatamente después de la batalla de Tacna, para buscar la retirada hacia Bolivia o el contacto con Leiva. Cuando ya se colocó la artillería chilena "en los elevados cerros que oprimen la ciudad como un arco inmenso de granito", fue imposible que ignorasen que estaban perdidos. En el mar vigilaba la escuadra enemiga. La ilusión de las minas, que no podía exagerarse sino en mentes sencillas, había sufrido un grave quebranto después de la captura de Elmore.

Arica había quedado aislada del ejército peruano. La campaña del sur estaba liquidada ya. Resistir o capitular era un problema de honra; pero aparentemente no era un elemento esencial en el desarrollo inmediato de las operaciones de la guerra. La decisión de luchar podía ser lógica en un anciano para quien "todo era indiferente, todo lo que no estaba escrito en algún artículo de la ordenanza o en el sentimiento del honor militar", según las palabras de Sáenz Peña. Como si se hubiera anticipado a esta sospecha, Bolognesi convocó a la junta de jefes. Sáenz Peña cuenta que al dirigir la palabra en esta ocasión aludió a los pocos días que le quedaban de vida y a su supremo deseo de morir con gloria, añadiendo que pedía libre opinión de sus oficiales, muchos de ellos jóvenes que podían ser útiles para el país y servirle en el porvenir. Uno por uno contestaron los jefes por orden de su graduación encabezados por More, vestido de paisano pero con corbata blanca de marino. Es evidente que el pensamiento de un porvenir lisonjero tenía que surgir en la mente de muchos de ellos. Estaban allí, entre otros, Ramón Zavala, rico industrial salitrero, y, sobre todo, Alfonso Ugarte, símbolo de la juventud acaudalada, a la que todo sonreía en la vida; patriarcas tacneños como Arias y Aragüez e Inclán, hombres maduros amados por su pueblo y amantes de él, que todavía podían poner el hombro en la reconstrucción; Sáenz Peña, que pudo invocar su condición de extranjero y no lo hizo y vino a resultar no solo un actor sino también un testigo de estos hechos, un testigo que iba a encabezar más tarde un homenaje internacional. Las campañas del sur fueron campañas del ejército profesional peruano; pero Arica simboliza el comienzo en el predominio de las milicias urbanas. De esos jefes no todos eran militares de profesión; algunos eran civiles, con grados episódicos y había hasta marinos sin barco. Ni una voz discrepante se alzó. Como en la vieja balada sajona de Maldon, los defensores de Arica dijeron: "Cuando menos sea nuestra fuerza, más animoso debe ser nuestro corazón".

Las tropas de que disponía Bolognesi, que llegarían (como se ha dicho) a unos 1.600 hombres, carecían de fuerzas de caballería que les hubieran facilitado el servicio de seguridad exterior de la plaza. El ejército chileno tenía, según testimonios de esa nacionalidad, 5.000 hombres al mando del coronel Pedro Lagos y contaba con el apoyo de la escuadra compuesta del *Cochrane*, la *Covadonga*, el *Loa* y el *Magallanes*. Otras versiones hacen subir el número de hombres de dicho ejército a 8.000.

LA TRAYECTORIA DE BOLOGNESI.- Francisco Bolognesi nació en Lima, en la calle Afligidos, hoy jirón Caylloma el 4 de noviembre de 1816, según la versión generalmente aceptada, de acuerdo con una partida de bautismo que exhumó Ismael Portal. Documentos encontrados



ARICA HABÍA QUEDADO AISLADA DEL EJÉRCITO PERUANO. LA CAMPAÑA DEL SUR ESTABA LIQUIDADA YA. RESISTIR O CAPITULAR ERA UN PROBLEMA DE HONRA; PERO APARENTEMENTE NO ERA UN ELEMENTO ESENCIAL EN EL DESARROLLO INMEDIATO DE LAS OPERACIONES DE LA GUERRA.



FRANCISCO BOLOGNESI (1816-1880)



El militar limeño ingresó al ejército en 1853, y luchó junto a Castilla en la guerra civil contra Echenique. Fue nombrado edecán tras la derrota de este último. Más adelante, luchó en Arequipa junto a Manuel Ignacio de Vivanco (1858) y durante la campaña contra Ecuador (1859). Fue enviado luego a Europa para estudiar sobre nuevas tácticas y armamento de guerra. Volvió en 1865, con el cargo de comandante general de artillería, y participó en el conflicto de 1866. En 1879, le otorgaron el mando de la II División. Participó en las batallas de San Francisco, Tarapacá y Arica, en la que murió.

hace poco han llevado a algunos a suponer (sin confirmación) que nació en fecha posterior en Arequipa, habiendo muerto antes un hermano suyo del mismo nombre. Su padre fue italiano: Andrés Bolognesi, sobresaliente violoncelista, director de orquesta, oriundo de Génova, llegado al Perú en 1810 para establecerse primero en Arequipa. Su madre, arequipeña, llamose Juana Cervantes Pacheco. Tuvo tres hermanos: Margarita y Manuela, casadas con extranjeros y alejadas del Perú, y Mariano, que llegó a ser coronel de artillería.

Francisco trabajó primero en el comercio. Por un tiempo, asociado con capitalistas del Cuzco, explotó cascarilla, coca y café en las montañas de Carabaya, en el departamento de Puno. Al formarse en Arequipa la guardia nacional en 1853, con motivo del litigio que había surgido con Bolivia, fue designado 2° jefe del regimiento de caballería con el grado de teniente coronel. Entró al ejército profesional en el arma de artillería al producirse la sublevación de aquella ciudad contra Echenique en enero de 1854 con el mismo grado de teniente coronel y como 2° jefe del batallón Libres de Arequipa. En esa campaña fue nombrado comisario general del ejército libertador. Luego llegó a ser ayudante de campo del presidente Castilla y adscrito a la Inspección General del Ejército. Participó como comandante del Escuadrón Volante y primer jefe de brigada de artillería, en el asalto de Arequipa en marzo de 1858, y llegó a ser herido en el fuerte Santa Rosa. El 10 de marzo de 1858, en mérito de su actitud heroica, por acción distinguida en armas y haber comprometido la gratitud nacional, fue ascendido a coronel efectivo de artillería. En 1859 actuó en la campaña del Ecuador.

El presidente Castilla, amigo suyo, le envió en marzo de 1860 a Europa con la finalidad de comprar armamento. Regresó en febrero de 1862 con cincuenta y cuatro cañones, la primera artillería rayada que tuvo el Perú. Con motivo de unas pruebas de ella efectuadas en las playas de Conchán, se produjo una polémica periodística y Bolognesi en un artículo publicado en *El Comercio*, salió en defensa del Cuerpo de Artillería (7 de abril de 1862).

En 1864 recibió del presidente Pezet una nueva comisión similar a la de 1860-1862. Fue él quien consiguió los cañones de grueso calibre para la defensa del Callao. Comandante general de artillería desde 1862, permaneció en ese cargo hasta el 30 de octubre de 1871, fecha en que se retiró del ejército a la edad de 55 años. En 1868, con retención del cargo, fue gobernador civil del Callao.

Al estallar la guerra con Chile ofreció sus servicios y se le mandó en condición subalterna al ejército que debía guarecer Tarapacá, hasta que recibió el comando de la 3ª división con la que asistió a las jornadas de San Francisco y Tarapacá. Se distinguió notablemente en esta última.

Casado con doña Josefa La Puente y Rivero, tuvo cuatro hijos: Margarita, Federico, Enrique y Augusto. Estos dos últimos murieron heroicamente en las batallas por la defensa de Lima.

"El coronel Bolognesi (dice Sáenz Peña en *Mis recuerdos*) era un hombre de pequeña estatura. Había lentitud y dureza en sus movimientos, como lo había en su fisonomía; la voz era clara y entera a pesar de su ancianidad; los años y los pesares habían plateado sus cabello y su barba redonda y abundante, destacaba la tez bronceada en su rostro enérgico y viril". También expresa Sáenz Peña: "Su inteligencia era inculta, carecía de preparación pero tenía la percepción clara de las cosas y de los sucesos; la experiencia de los años y la malicia que se desenvuelve en la vida inquieta de los campamentos habían dado a su espíritu cierta agilidad de concepción… Había conocido los ejércitos europeos y hecho estudios detenidos sobre armamentos. Recordamos haber leído sus trabajos manuscritos; carecían absolutamente de forma; pero en el estudio comparativo revelaban su conocimiento exacto de las armas modernas". También lo pinta ordenancista y soldado sobre todas las cosas; respondiendo a quien dijo que en San Francisco el ejército aliado no debió atacar el cerro sin apoderarse del agua: "Puede ser, pero yo no tenía sed"; combatiendo en Tarapacá a pesar de hallarse enfermo con altísima fiebre; infatigable en el servicio y apareciendo en todas las avanzadas de Arica.

Nota fundamental de la personalidad de Bolognesi fue la altivez ante la muerte. Sáenz Peña cuenta también que después de la batalla de Tarapacá, le dijo: "Las balas chilenas apenas llegan

[1]



EL MORRO DE ARICA. En este promontorio (1) que domina la ciudad de Arica, se llevó a cabo la parte final de la batalla del 7 de junio de 1880. La derrota peruana marcó el fin de las acciones al sur del país. Más de mil hombres murieron y el resto fue hecho prisionero. Entre quienes ofrecieron su vida en Arica estuvo el coronel Alfonso Ugarte (2). Este, según Clements Markham, se lanzó desde el Morro para no caer en manos enemigas. Esta versión, sin embargo, no consta en ningún parte de guerra ni en los testimonios de los sobrevivientes.

[2]



Gerardo Vargas Hurtado (1869-1932), historiador ariqueño y miembro de la Sociedad Geográfica de Lima, publicó este libro en 1921. En él, recopiló valiosa información sobre lo ocurrido antes, durante y después de la batalla de Arica, el 7 de junio de 1880. La obra incluyó cartas de los soldados a sus familiares. Una de ellas fue la del ingeniero militar Teodoro Elmore a su madre, en la que le refiere la propuesta de rendición que hicieron los chilenos a Bolognesi antes de la batalla.

a las suelas de mis botas", señalando su pie derecho porque un proyectil le había llevado un tacón de sus granaderas. La misma actitud emerge en varios documentos finales de este peruano ejemplar. Así, en una carta escribió el 21 de mayo de 1880: "Aquí estoy bien de salud, esperando sólo que venga el enemigo para recibirlo sin que me importe su número".

EFIGIE DE BOLOGNESI.- Había vivido Bolognesi sin mancharse ni con el lodo de las guerras civiles ni con la locura de las riquezas dilapidadas simultáneamente. A pesar de su modestia, de su sencillez, le tocó transfigurarse a los 63 años. Cuando todo se apagaba, él y sus camaradas obtuvieron allí con su decisión irrevocable que los revestía de una sagrada tristeza y los circundaba de una perenne claridad. En ellos la dignidad humana fue superior a la muerte. Antes de pronunciar sus famosas palabras, la mirada silenciosa y honda del héroe conoció y superó todas las infamias del mundo, vio toda la guerra con la extraña soledad que infunden el honor y la energía del hombre libre y el limpio afán de proceder bien. Un pueblo entero pasó en unos minutos por aquella habitación desmantelada, con sus equivocaciones y sus pecados y sus sueños de grandeza y su fututo esplendoroso. Le cayeron los años sobre el rostro al viejo coronel y habló como después de muerto. Una llama clara e intensa le brilló en los ojos mientras el aire del mar jugaba con sus cabellos canos. Su palabra centelleó como el acero arrebatado de un golpe a la vaina. Dijo solo una frase breve y ella quedó viva, callando luego el estrépito del combate y las dianas de la victoria. Flamea como una bandera al viento de la historia.

Bolognesi y los suyos probaron que ni los ejércitos ni los pueblos ni los hombres deben fijarse exclusivamente en la utilidad inmediata o en las consecuencias visibles de sus grandes decisiones. El que muere, si muere donde debe, vence y sirve. La astuta prudencia saca, con reparos perezosos, excusa para la tibieza transitoria, la inactividad y el egoísmo. Como con bubas en el rostro y jorobas en la espalda suelen pasar los que ante las penas de la patria se escabullen y están como fugados. Los verdaderos vencidos, a veces los verdaderos muertos, son los que lo son por obra de ellos mismos: por su desidia, su cobardia, su malignidad y su soberbia. La patria no fue inflexible en aquella época tremenda, o después de ella, con quienes la desampararon so capa de comodidad, duda o impotencia, y no dijo "Esos", con la mirada como un látigo sobre sus carnes y sus almas, ni puso en cadenas al deber desantendido. Pero dijo, en cambio, amorosamente "Estos", a los que infundieron máxima belleza y grandeza a su agonía y alargaron el agua a su sed cuando estaba siendo crucificada.

Hay diferentes modos de dormir en la soledad de las tumbas. Bolognesi y sus compañeros están siempre acompañados por un cariño y un respeto espontáneo y multitudinario porque, al inmolarse, le dieron al Perú algo más importante que una lección de estrategia: le dieron símbolos nacionales, aliento misterioso para el alma colectiva. Y es que el dolor puede ser la mayor fuente de júbilo, de reanudación de tarea nueva.

Para el ejército peruano, Bolognesi es con Cáceres lo que Grau para la marina. Cada año los cadetes juran ante su recuerdo fidelidad a la bandera. Con los elogios que en prosa y en verso se han dedicado y dedican a ambos, podrían formarse muchos volúmenes. Buques de guerra, provincias, caletas, colegios, puentes, calles, avenidas, teatros, clubes deportivos llevan sus nombres. Casi no hay población peruana sin monumentos o bustos suyos. Sus retratos adornan las oficinas públicas y el despacho del presidente de la República, como también casas y tiendas humildes. Lo mejor que el Perú de la reconstrucción pudo albergar, en Grau y en Bolognesi y en Cáceres, se inspiró.

EL BOMBARDEO Y LA INTIMACIÓN DEL 6.- La artillería chilena terrestre y naval llevó a cabo un segundo bombardeo el 6 de junio. Dice el parte chileno: "Abrigamos entonces la esperanza de que con esas tentativas los peruanos desistirían del propósito de seguir combatiendo,

inútilmente, sin probabilidades de triunfo. Al mismo tiempo, obligándoles a batirse, les dábamos oportunidad para salvar el honor de su país y entrar en honrosa y cuerda capitulación". El ataque por mar duró tres horas (de la una a las cuatro de la tarde) y el de tierra cinco, porque empezó a las once de la mañana. Se cambiaron 343 tiros, 272 por los chilenos y 71 por la plaza. La *Covadonga* recibió dos balazos de a 150 que lo obligaron a dirigirse a Iquique para repararse, y el *Cochrane* tuvo muchos golpes en le blindaje y 28 bajas. Las baterías de tierra no sufrieron daño visible.

A la media noche del 5, Lagos, después de haber estado acampado en el valle de Azapa, con tropas escogidas y después de dejar encendidos sus fuegos, trepó, sin que se le sintiera, a las lomas que iba a atacar por retaguardia y que dominaban el Morro por el oriente. En la tarde del 6, sin embargo, despachó con una última intimación al ingeniero Elmore, quien (según su testimonio) regresó con un papel sin firma donde se decía que los defensores de Arica "no estaban distantes de escuchar las proposiciones dignas "que puedan hacerse llenando las prescripciones de la guerra y del honor".

En este documento anónimo no había el ofrecimiento de una rendición sino una aquiescencia para entrar en nuevas negociaciones. Podía ser una maniobra dilatoria. Podía ser una expresión de desacierto ante el empleo de un peruano como parlamentario. En el Senado de Chile, Benajamín Vicuña Mackenna dio a conocer la supuesta contestación en diciembre de 1880. Manuel C. de la Torre y Marcelino Varela, jefes peruanos prisioneros en San Bernardo, se apresuraron a rectificarle. Afirmaron enfáticamente que ni en el consejo de guerra de 6 de junio, ni en ningún otro se acordó rendir la plaza. Ningún jefe de Arica firmó nota o documento oficial alguno que expresara tal decisión, y el señor Elmore no era el destinatario lógico de la importante misiva comunicándosela, sino el general Baquedano o el coronel Lagos. El jefe de la plaza o del Estado Mayor hubieran debido aparecer suscribiendo un papel de tanta trascendencia. Agregaron, además, Varela y La Torre, que ni Baquedano ni Lagos esgrimieron el dato enarbolado por Vicuña Mackenna, y preguntaron cómo fue emprendido entonces el ataque en la madrugadad del 7, lo cual implicaba suponer "que el señor general Baquedano y todos los señores jefes chilenos no conocían las leyes de la guerra, lo que es falso, o que conociéndolas, quisieron sacrificar estérilmente la sangre de los suyos".

Manuel C. de la Torre en su parte a bordo del *Limarí* el 9 de junio había antes expresado: "El jefe de la plaza, de acuerdo con la junta, se negó a reconocer al señor Elmore con el carácter de parlamentario, y le despidió indicándole contestar: 'Que solo estaba dispuesto a recibir parlamentarios en forma y con arreglo a las prescripciones militares del caso'".

Elmore se esforzó en prevenir a los jefes peruanos que el ataque vendría por las baterías del Este, como ocurrió; pero no fue creído.

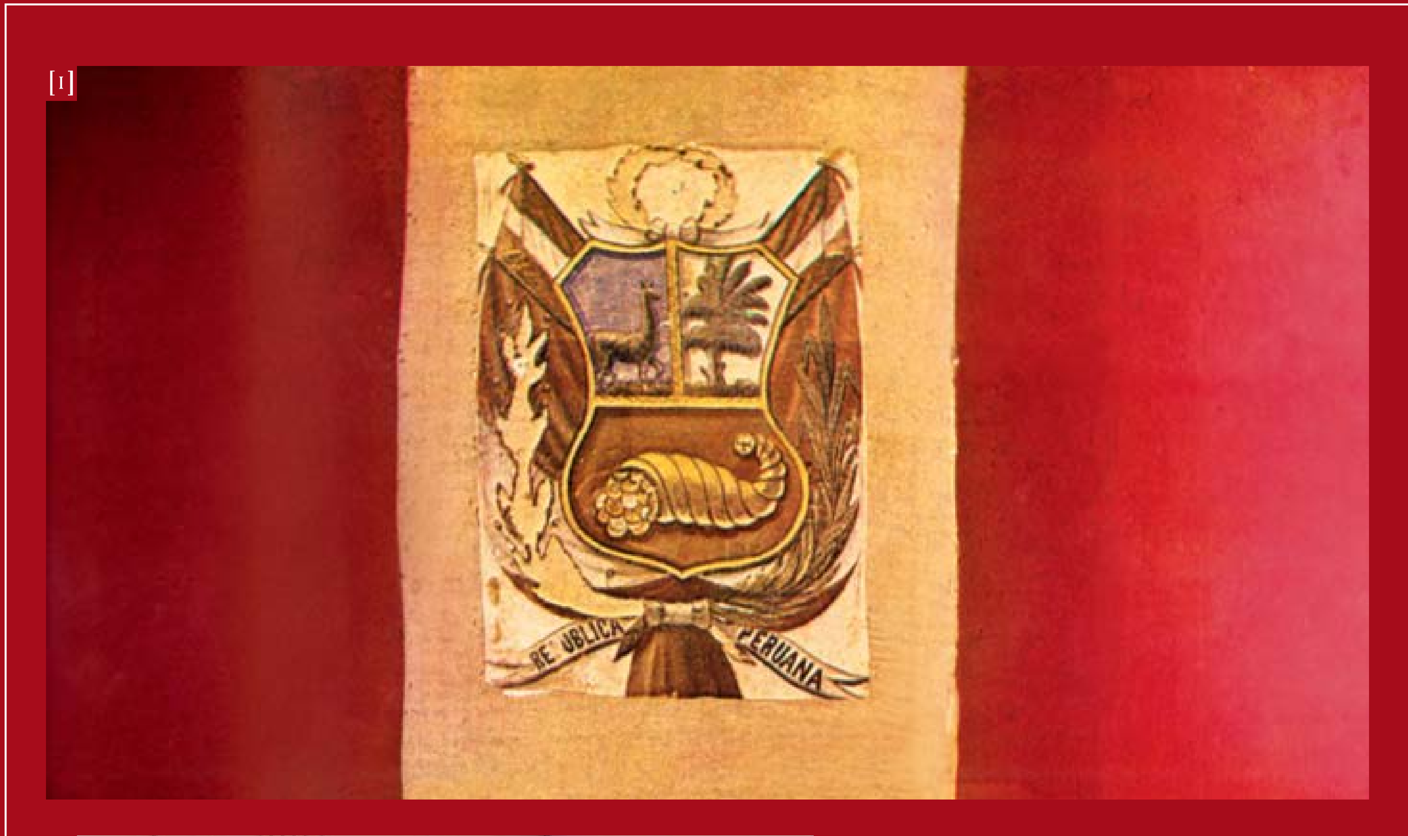
LA SEGUNDA PROPUESTA DE RENDICIÓN.- Una carta de Teodoro Elmore a su madre, escrita desde la prisión de Arica, reproducida por Gerardo Vargas H. en su libro citado, ofrece algunos pormenores sobre la segunda propuesta de rendición: "Después de dos días en cañoneo y sin esperanza de ver un solo soldado de Montero o de Leiva, con conocimiento de la animación que notaba en la tropa chilena de arrasar todo, no tuve inconveniente en aceptar la misión, bajo mi palabra de honor. Una explosión de entusiasmo fue mi presencia en el pueblo, tanto más que durante el día se habían hecho algunos tiros felices de los fuertes sobre la escuadra y las baterías de la artillería enemiga. Mi posición, por lo mismo, fue muy difícil en el consejo de guerra que se reunió; sin embargo fui franco y les manifesté que si yo hubiese estado con ellos, hubiera participado en primer término de la obstinación que todos manifestábamos; pero que conociendo como conocía, al enemigo, sabiendo que no había esperanza y habiendo apreciado el mérito de la resistencia por dos días de cañoneo, no vacilaba en pedirles que se fijasen mucho en el fin que se perseguía pues no era otro que salvar el honor, ya satisfecho. Les expresé el peligro en que se encontraban de irritar el espíritu vandálico enemigo y la conveniencia de ahorrar centenares de vidas; terminé diciéndoles que solo les llamaba la atención sobre esos puntos, absteniéndome de

ELMORE, EL INTERMEDIARIO



El ingeniero y militar peruano Teodoro Elmore, a quien vemos en esta fotografía, fue capturado por el ejército chileno el 2 de junio de 1880. Los militares chilenos le encomendaron la tarea de convencer a sus compatriotas de rendirse, dada su superioridad en armamento y tropas. En el campamento peruano, Elmore describió la situación del lado chileno e hizo algunas recomendaciones. Los oficiales a cargo, sin embargo, se ratificaron en su decisión de combatir.

[1]



[2]



COMBATE EN ARICA. Este enfrentamiento se inició al amanecer del 7 de junio de 1880, con el ataque chileno por la retaguardia. El mapa que aparece aquí (2), dibujado por Camilo Vallejos con datos proporcionados por Gerardo Vargas, muestra la difícil posición peruana. En azul, se observan los movimientos del ejército chileno, y en rojo, los del peruano. También apreciamos el pabellón nacional (1) que flameaba en el Morro de Arica durante la contienda. El teniente Emilio de los Ríos, ayudante del Estado Mayor del batallón de Iquique, logró enterrarlo antes de morir, para evitar que cayera en manos enemigas.

manifestarles mi opinión por el carácter que en ese instante investía. Después de una detenida discusión en que todos los jefes manifestaron tanto brío como juicio, se acordó hacerme regresar".

El médico ecuatoriano de la ambulancia de Arica, J. Pérez, en su folleto *Arica. Sus fortificaciones, asalto, defensa y ruina* (Lima, 1880) dice: "El comisionado manifestó en pleno consejo sus impulsos, deseos y temores; cumpió con su cometido diciéndoles la verdad de lo que pasaba en el campamento enemigo, en medio del que había estado cinco días mortales". El mismo autor cree que "el honor se había salvado con los dos hermosos días de resistencia sin que, por consiguiente, hubiera nada que perseguir en lo sucesivo". Pero (agrega) "la idea era una, la intención la misma, la mirada invariable entre los defensores; los halagos de la salvación, el brillo de la honra adquirida en dos días de fuego, la pérdida de toda esperanza del exterior, los temores del desbordamiento del enemigo, nada absolutamente nada, podía haber hecho cejar a ninguno de estos inflexibles patriotas"…

EL ASALTO DEL 7 DE JUNIO.- Al amanecer del 7 de junio de 1880 fue el asalto. Empezó, de acuerdo con el plan chileno, en la retaguardia, por las baterías del Este que confinaban con el valle de Azapa. Las tropas asaltantes se sortearon los puestos de mayor peligro. En el fuerte de la Ciudadela cayó, dando ejemplo de extraordinaria bravura, el anciano Arias y Aragûez, después de matar a cinco chilenos con su espada. La explosión del polvorín efectuada por el cabo Alfredo Maldonado hizo volar no menos de diez chilenos y mucho mayor número de peruanos. Empezó entonces una feroz matanza de prisioneros: "a la verdad (dice Vicuña Mackenna) según unos, de los 400 artesanos de Tacna escaparon solo diez, según otros, solo un negrito…". En el otro fuerte del Este cayeron luchando el jefe de estado mayor de la 7ª división Ricardo O'Donovan, comerciante y diputado por Trujillo, su ciudad natal, y Francisco Cornejo, segundo jefe de Los Cazadores de Piérola, encargado del mando de este cuerpo, y también el patricio José Joaquín Inclán que a medio vestir salía de su tienda con un revólver en la mano para dejar cumplida su heroica promesa de sacrificarse por su patria. El Morro había estado en silencia en los primeros momentos del combate. No había allí sino un cañón abocado a tierra. More armó con rifles a sus artilleros y despachó a sus mejores capitanes. Adolfo King, figura prócer del Callao y Cleto Martínez, a sostener los parapetos del Cerro Gordo que servían como zaguán al Morro, con unos ochenta o cien hombres equipados a la ligera. Ambos capitanes perecieron. Alfonso Ugarte había corrido a caballo a traer su división, sacándola rápidamente de los fuertes del Norte. Pero al llegar los primeros grupos del batallón Iquique con Sáenz Peña y del Tarapacá con Ramón Zavala, cayó mortalmente herido este último distinguido jefe y prominente ciudadano, y cayó también su segundo, Benigno Cornejo. Igual suerte corrieron el jefe de estado mayor de la 8ª división coronel Mariano E. Bustamante y el segundo jefe del Iquique Isidoro Salazar. En los fuertes del Norte el comandante Ayllón reventó los cañones y prendió fuego a los polvorines. Las explosiones no cortaron el asalto, pero enfurecieron más, en muchos casos, a los atacantes y a la vez solían dañar a los propios peruanos. Los parapetos hechos con sacos de arena fueron cortados con cuchillos y superados. La resistencia final tuvo lugar en el Morro mismo, a donde las tropas chilenas que habían ocupado el Cerro Gordo pudieron dirigirse sin subir ninguna pendiente. Allí estaban Bolognesi, More, Ugarte, Sáenz Peña, Armando Blondel, tacneño, hijo de un comerciante francés, con los restos del Tarapacá, el Iquique, el Artesano y el Granaderos de Tacna. Eran unos pocos hombres contra muchos asaltantes. Todo había concluido después de las ocho de la mañana. Blondel murió al pie del pabellón. El monitor *Manco Cápac* fue hundido por su comandante José Sánchez Lagomarsino, si bien él y los demás tripulantes se salvaron. La lancha torpedera *Alianza* (llegada en la *Unión*) salió de Arica con el propósito de escapar rumbo al norte y fue perseguida y cañoneada. Sus tripulantes la vararon y destruyeron cerca de Ilo. La mandaba el teniente 1° Juan Fernández Dávila.

Los chilenos en sus documentos oficiales, dieron como baja 474 hombres, entre ellos 5 jefes y oficiales muertos (incluyendo al comandante del 4° de línea Juan José San Martín) y 18 heridos: 114 soldados muertos y 337 heridos.

ARMANDO BLONDEL (1850-1880)



El militar tacneño luchó en el batallón Artesanos de Tacna N° 29, como sargento mayor. Tras la batalla del Alto de la Alianza, pasó a la defensa de Arica. Durante los primeros días de junio de 1880, Blondel fue destacado a la zona este de la ciudad, cerca del Morro. Allí luchó junto a Francisco Bolognesi, Juan G. More, Alfonso Ugarte, Roque Sáenz Peña, y a soldados de los batallones Tarapacá, Iquique, Artesanos y Granaderos de Tacna. Un balazo acabó con su vida durante la batalla.

PATRICIO LYNCH (1824-1886)



El marino chileno, veterano de la guerra de la Confederación Perú-boliviana, participó en la guerra del Pacífico al mando de las corbetas *O'Higgins* y *Chacabuco*. En 1881, luchó en las batallas de Chorrillos y Miraflores, y fue designado general en jefe del ejército chileno. Permaneció en Lima hasta 1884. Luego de la desocupación de la capital, Lynch fue ascendido a vicealmirante y nombrado ministro plenipotenciario de su país en España.

En su parte oficial fechado en Arica el 11 de junio de 1880, Pedro Lagos expresó, al referirse a la fase final del combate: "El 4° (de línea) logró apoderarse del fuerte del centro 40 minutos después del primer disparo y apagó por completo los fuegos del Morro 20 minutos después", Luis Solo Zaldívar, comandante accidental de regimiento 4° de línea por haber muerto en acción su jefe el teniente coronel Juan José San Martín, no indica en su parte tampoco que se hubiera cesado de luchar hasta el útimo.

Manuel Baquedano en el informe general por él elevado al Ministerio de Guerra el 21 de junio de 1880, escribió: "Perdidos sus últimos atrincheramientos, los peruanos hicieron volar los fuertes del Norte. La lucha había sido porfiada y sangrienta hasta lo increíble. A las 9 a.m. la plaza era completamente nuestra y la bandera de Chile se ostentaba en los fuertes y en los edificios públicos"… "El enemigo perdió a sus mejores jefes. El que no cayó prisionero, rindió la vida". De otro lado, en un despacho transmitido desde Arica en Patricio Lynch en Iquique, Máximo R. Lira afirmó: "En la Ciudadela la lucha fue terrible. Creo que habrán escapado muy pocos de sus defensores, tantos eran los muertos. Nuestros caballos entraban la uña en los charcos de sangre. Luego cayó el segundo fuerte, luego después el Morro, que estuvo haciendo fuego contra los anteriores ocupados por nuestras tropas".

El comandante peruano Manuel C. de la Torre en su parte fechado a bordo del *Limarí* el 9 de junio dio la siguiente versión: "Palmo a palmo y con empeñoso afán fueron defendidas nuestras posiciones hasta el Morro donde nos encerró y redujo a unos cuantos el dominante y nutrido fuegos del enemigo más de una hora. Eran las 8.59 a.m. cuando todo estaba perdido: muertos casi todos los jefes prisioneros los únicos que quedaban". La Torre cuidó mencionar que fue "arriada por la mano del vencedor nuestra bandera". En términos parecidos se expresó Sáenz Peña (Arica, 9 de junio). El corresponsal de *El Mercurio* incluyó en su crónica, fechada el 7 de junio, las siguientes frases: "Solo More y Bolognesi continuaron haciendo fuego con sus revólveres hasta que un soldado tendió muerto instantáneamente a este de un balazo que le atravesó el cráneo. El mayor Zaldívar (se refiere al autor del parte ya mencionado) se adelantó entonces hacia More intimándole rendición; pero este en lugar de contestarle hizo contra él un disparo de revólver, y Zaldívar sacando el suyo le dio uno en el pecho que le causó la muerte al instante". Luis Solo Zaldívar rectificó esta noticia aseverando: "Cuando yo entré en esa fortificación eran ya cadáveres (Bolognesi y More) y todos, oficiales y tropas de este regimiento que allí se batieron están conformes en creer que ambos jefes cumplieron ese día con su deber". El corresponsal de *El Ferrocarril* de Santiago expresó: "Los enemigos se han batido muy bien como que sabían que la cosa valía la pena, pues no se daba cuartel en el combate". *El Mercurio*, en el editorial destinado a celebrar la victoria, no tuvo reparos para comparar a Bolognesi y a More con los más celebrados héroes que Chile había presentado hasta entonces en la guerra.

Sin embargo, Manuel I. Espinoza, comandante de la batería del Morro, en su parte fechado en la aduana de Arica el 7 de junio contradijo en la siguiente forma a los testimonios chilenos y peruanos mencionados y a otros emitidos en sentido similar: "Mientras tanto, la tropa que tenía su rifle en estado de servicio seguía haciendo fuego en retirada hasta que los enemigos invadieron el recinto haciendo descargas sobre los pocos que quedaban allí; en esa situación llegaron a la batería el señor coronel don Francisco Bolognesi, jefe de plaza, coronel don Alfonso Ugarte, el teniente coronel Roque Sáenz Peña que venía herido, sargento mayor Armando Blondel y otros que no recuerdo; y como era inútil toda resistencia, ordenó el señor comandante general que se suspendiesen los fuegos, lo que no pudiendo conseguirse de viva voz, fue el señor coronel Ugarte personalmente a ordenarlo a los que disparaban sus armas al otro lado del cuartel, en donde dicho jefe fue muerto". Y después de narrar que transmitió la orden de hacer reventar todos los cañones de la batería, agregó: "A la vez que tenían lugar estos acontecimientos, las tropas enemigas disparaban sus armas contra nosotros y encontrándonos reunidos los señores coronel Bolognesi, capitán de navío More, teniente coronel Sáenz Peña, el que suscribe y algunos oficiales de esta batería, vinieron aquellas sobre nosotros y a pesar de haberse suspendido los fuegos por

nuestra parte, nos hicieron descargas de las que resultaron muertos el señor comandante general, coronel don Francisco Bolognesi y comandante de esta batería, señor capitán de navío don Juan G. More, habiendo salvado los demás por la presencia de oficiales que nos hicieron prisioneros".

Surge así una divergencia entre este testimonio (que fue aceptado por el historiador inglés Markham y los chilenos Vicuña Mackenna, Bulnes y Molinare y los documentos chilenos, oficiales y no oficiales, emitidos inmediatamente después de la lucha. ¿No es lógico suponer que los partes chilenos y las versiones de actores, testigos y corresponsales de esta nacionalidad, en el caso de que Bolognesi hubiese ordenado suspender los fuegos, habrían tenido mucho cuidado en divulgarlo de modo especial? ¿Cómo se explica que el corresponsal de *El Mercurio* dijera textualmente: "Solo More y Bolognesi continuaron haciendo fuego con sus revólveres hasta que un soldado tendió muerto instantáneamente a este de un balazo que le atravesó el cráneo?" ¿Inspiró a Espinoza un ciego respeto a la verdad en todos sus detalles, o algún otro sentimiento como, por ejemplo, el de culpar a los chilenos por máximos excesos de crueldad, para hacerlos aparecer como verdaderos asesinos de un puñado de hombres inermes? ¿Por qué razón la posteridad va a creer a Espinoza y no a Roque Sáenz Peña? ¿Van a escatimar los peruanos el homenaje que deben a la muerte de Bolognesi cuando los primeros en rendírselo fueron Luis Solo Zaldívar, Pedro Lagos, Manuel Baquedano, Máximo R. Lira, sus adversarios en el lugar de la acción? ¿No se anticipó al veredicto de la historia el primero de los jefes chilenos antes citados, Luis Solo Zaldívar, comandante del batallón que capturó el Morro, cuando afirmó: "Todos, oficiales, tropas de este regimiento que ahí se batieron, están conformes en creer que ambos jefes (Bolognesi y More) cumplieron ese día con su deber"?

Y si los fuegos fueron suspendidos cuando todo estaba consumado (en el caso de haber sido así) este hecho discutido no enerva el significado evidente de la resistencia en el Morro. El mismo Espinoza, después del párrafo ya transcrito, declara: "Al relacionar los hechos que anteceden, me es satisfactorio hacer presente que, cumpliendo con los deberes de peruanos y militares, hemos defendido palmo a palmo y hasta su límite con el mar, el terreno cuya guarda y defensa nos estaba encomendada y que hemos sido vencidos por el número de tropas y por la superioridad de los elementos". El último cartucho había sido quemado. No se concibe en un hombre del temple de Bolognesi, que había expresado libre, voluntaria y nítidamente su voluntad de ir a la lucha, otra actitud sino la de defender hasta donde humanamente fuera posible "palmo a palmo y hasta su límite con el mar", el terrreno "cuya guarda y defensa" le había sido encomendada.

En una carta dirigida al Dr. Enrique C. Basadre fechada el 8 de noviembre de 1921 y publicada en *El Comercio*, Manuel A. Villavicencio, que condujo en su barco a Juan G. More de Iquique a Arica, después del naufragio de la *Independencia* manifestó haber oído las siguientes frases pronunciadas por este infortunado marino: "He perdido el buque que la nación me confió; asumo la responsabilidad y pagaré con mi vida el desastre".

Los peruanos perdieron en Arica casi mil hombres, o sea los dos tercios de sus efectivos y el resto cayó prisionero.

Soldados de la división de Ugarte pertenecientes a los batallones Iquique y Tarapacá que habían sido tomados prisioneros, fueron fusilados en la plazoleta de la iglesia de Arica, en cuyo piso, según se aseveró, quedaron durante muchos años huellas ensangrentadas. Hubo saqueo e incendios, ataque a consulados y muchos otros desmanes. Los excesos de la soldadesca –afirmase por los chilenos– provinieron de la indignación por la creencia de que hubo empleo de las minas aún en lugares teóricamente ajenos a ellas. La matanza de heridos y prisioneros se generalizó. El Morro de Arica y la ciudad quedaron empapados de sangre peruana.

LA SOLEDAD DE LOS DE ARICA.- Existe en casos ínclitos el heroísmo que, soberbio, se yergue frente a un desafío supremo a veces inesperado y supera con creces cuanto se puede esperar humanamente del cumplimiento del deber. Existe de otro lado, el heroísmo que logra



SOLDADOS DE LA DIVISIÓN DE UGARTE PERTENECIENTES A LOS BATALLONES IQUIQUE Y TARAPACÁ QUE HABÍAN SIDO TOMADOS PRISIONEROS, FUERON FUSILADOS EN LA PLAZOLETA DE LA IGLESIA DE ARICA, EN CUYO PISO, SEGÚN SE ASEVERÓ, QUEDARON DURANTE MUCHOS AÑOS HUELLAS ENSANGRENTADAS.



prolongación en el tiempo al nutrirse y ahondarse en la acción reiterada, quizás feliz o, por lo menos, estimulante a menudo con el nimbo del aplauso de propios y extraños.

EL HEROÍSMO DE LOS DEFENSORES DE ARICA OSTENTA CARACTERES ESPECIALES.- En el ámbito temporal fue largo y para ellos insoportable. Empezó con el acuerdo adoptado por los jefes después de la batalla de Tacna, se agigantó en la gallarda actitud frente a los reiterados bombardeos, tuvo un símbolo lapidario en la respuesta de Bolognesi y de sus subordinados inmediatos y desembocó en la lucha porfiada y sin esperanza del 7 de junio.

Los jóvenes con sus ilusiones y los viejos con sus escepticismos son representantes típicos, en su mayoría, recuérdese los significativos nombres de los batallones "Artesanos de Tacna",

LA ÚLTIMA ESPERANZA DE BOLOGNESI

EL SIGUIENTE TEXTO PONE EN CONTEXTO EL ESCENARIO DE GUERRA EN EL QUE SE ENCONTRABA LA GUARNICIÓN DE ARICA, QUE CONDICIONÓ SU DECISIÓN DE RESISTIR HASTA LAS ÚLTIMAS CONSECUENCIAS.

"(...) Bolognesi vislumbró dos posibles escenarios (...). El primero habría sugerido un plan de operaciones mediante el cual el ejército chileno avanzaría desde Tacna hacia Arica, en cuyo proceso Montero o el II ejército del sur lo hostilizarían por los flancos. Esto obligaría a los chilenos a batirse en retirada, encontrándose con la guarnición de Arica, donde serían derrotados. El segundo pudo basarse en la siguiente hipótesis: el ejército chileno sitiaría la plaza o la atacaría; la guarnición resistiría con todos los recursos a su disposición, causándole bajas y agotándolo, mientras tropas peruanas en avance sobre Arica sorprenderían al diezmado ejército adversario. La idea (...) habría sido intentar mantener la posición hasta llegasen las fuerzas que con tanta insistencia Bolognesi solicitaría en sus mensajes. Sin embargo, la posible estrategia de formar un triángulo de fuerzas peruanas fracasaría. El contralmirante Montero al frente de los restos del I ejército del sur, había organizado (...) un consejo de guerra para decidir las acciones a adoptar. Este consejo resolvió (...) proseguir la marcha hacia Arequipa vía Puno. La única excepción fue (...) Cáceres, quien insistió (...) bajar hacia Arica y socorrer a Bolognesi. (...) [Sus] intentos (...) fueron vanos. Por su parte, Leiva había dispuesto que el II ejército del sur se alejara de Sama y marchase hacia la cordillera supuestamente para ponerse en contacto con los dispersos de Tacna y recoger armas y municiones. Lo que en realidad hizo fue emprender una serie de patéticas marchas y contramarchas que culminarían con el regreso de sus tropas a Arequipa. (...) ambos escenarios sustentan el hecho de por qué Bolognesi desplegó sus esfuerzos en reforzar las defensas en el área norte (...), al considerar que los chilenos aparecerían por ese lugar ante el supuesto empuje de las tropas peruanas".

De: Juan del Campo. *Batallas legendarias del Perú y del mundo: episodios y anécdotas.* Lima: Academia Diplomática del Perú, 2002; pp.199-200, 202.

"Granaderos de Tacna", "Tarapacá", "Iquique", y recuérdese también la frase de Alfonso Ugarte en la carta a su primo Fermín Vernal citada en el presente libro, "Aquí en Arica tenemos solamente dos divisiones de nacionales"… ¿Quiénes eran los nacionales? Era la ciudadanía rápidamente armada, distinta del ejército profesional.

Se ha hablado mucho de los jefes de Arica, militares o marinos de carrera excepto el argentino Sáenz Peña. No se ha estudiado a los oficiales jóvenes ni a los soldados. Ellos eran exponentes genuinos del pueblo tacneño, tarapaqueño o ariqueño. La batalla de Arica fue, en realidad, un drama cuyos protagonistas anónimos incluyeron a gente trabajadora y representativa de distintas clases sociales. Oriunda de los territorios que los chilenos habían conquistado del sur del Perú o iban a invadir. Gente pacífica a quien la guerra sorprendió cuando estaba dedicada a sus labores modestas para empuñar de improviso las armas como ocurriera con el cuerpo de la guardia nacional llamado "Batallón Iquique N° 1" formado por Alfonso Ugarte en abril de 1879 cuyos componentes individualmente manifestaron "todos la espontaneidad con que se encuentran enrolados", según expresa la Orden General suscrita el 24 de julio de aquel año por el coronel Belisario Suárez de acuerdo con la cual cada recluta estaba en posesión de dos vestidos de paño con chaqueta, pantalón, escarpín, corbatín y gorra o quepí gracias a la generosidad de Alfonso Ugarte.

Fue lugareña, pues, la mayoría de los defensores del Morro. Y esta nota distintiva que no ha sido justicieramente realzada, otorga a aquella jornada un significado especial. Estos defensores perdieron, durante demasiados días, todo contacto con el mundo. Ni siquiera les fue dable enviar o recibir mensajeros o "propios". Quedaron a solas con sus conciencias. Más lindo pareció en la angustia de esa soledad, el aire tibio y aldeano que en el claro otoño ariqueño, acariciaba al puerto, a la isla de Alacrán y al Morro que eran como dos suburbios de él, y al mar gris verdoso poblado por las formidables naves chilenas. Los sitiados fueron absolutamente conscientes de lo que significó para la patria y para ellos mismos el desastre del Alto de la Alianza, epílogo de todas las jornadas infaustas a partir de octubre de 1879. En esos precisos momentos del enemigo no recibieron amenazas ni agravios. Como un dedo frío e inflexible que hubiera tratado de borrar sus fervores, el mensaje reiterado y cortés pero ladino y brutal que hasta ellos llegó, díjoles que era preciso olvidar vanas ilusiones y aceptar la promesa halagadora de máximos honores, a cambio de salir de la ratonera en la que estaban encerrados. Y, a pesar de todo, optaron por luchar. En su desfile postrero, no los ungió la armoniosa música de sus bandas militares. Tuvieron, por el contrario, como compañeros al enfrentarse a la muerte, disparos y bayonetazos y cuchilladas y gritos y groserías. Hubo, así, en este puñado de hombres, un sombrío heroísmo deliberado. De ahí es que su sacrificio consciente tiene una capacidad inextinguible para conmover y para asombrar a través de las sucesivas generaciones.

Aquellos hechos y aquellos mártires no envejecerán nunca, cualesquiera que sean los cambios y las alternativas del porvenir. Nosotros, todos nosotros, nos volveremos viejos, moriremos y entraremos en el anonimato, y a ellos, una primavera sin ocaso en este país donde ha habido y hay tantas noches tenebrosas.

ALFONSO UGARTE.- Entre los jefes caídos en Arica, al lado de un militar profesional tan ejemplar como Bolognesi y al lado de un marino tan desdichado o pundonoroso como More, estuvieron numerosos ciudadanos armados solo con motivo de guerra. Símbolo de ellos fue Alfonso Ugarte Vernal. Símbolo también de la juventud acaudalada que se sacrifica gustosa y entusiasta ante el deber.

Había nacido en Tarapacá y bautizado el 13 de junio de 1847, es decir, contaba al morir 33 bellos años. No solo heredó riquezas sino también supo crearlas como agricultor, comerciante y propietario del salitre. Educado en colegios mercantiles de Valparaíso y en Europa entre 1861 y 1867, joven de conducta alegre, fue también afanoso servidor público después del terremoto de

LOS UNIFORMES PERUANOS



Debido a la rapidez de los acontecimientos en la guerra, los soldados peruanos no estuvieron bien preparados para el combate. La precariedad de los uniformes fue rasgo común entre los batallones militares y civiles. Hasta la campaña de la Breña, los soldados usaron gorras azules, luego reemplazadas por gorras blancas de estilo francés. También utilizaron pantalón y casaca blancos, con un cinturón de cuero para guardar las municiones. Algunos batallones, empero, variaron sus uniformes y utilizaron casacas rojas o azules. Aquí vemos al oficial Gregorio Castilla en una fotografía de 1880.

ALFONSO UGARTE (1847-1880)



El comerciante tarapaqueño, alcalde de Iquique desde 1876, se incorporó al ejército tras la declaratoria de guerra de Chile. Además, aportó grandes sumas de dinero para los ejércitos del sur y organizó y asumió el mando del batallón Iquique Nº 1. Ugarte luchó en las batallas de San Francisco y Tarapacá, donde fue gravemente herido, y luego se instaló en Arica. El 7 de junio de 1880 luchó en el Morro de la ciudad. Cuenta un testigo que al constatar la derrota peruana, se lanzó desde allí con el pabellón nacional.

13 de agosto de 1869, alcalde de Iquique en 1876 y miembro de la Beneficencia de dicha ciudad. Iba a viajar nuevamente a Europa por asuntos de negocios de la firma Ugarte Zeballos y Compañía que él había instituido, cuando surgió el conflicto del sur y optó voluntariamente por quedarse. Hizo su testamento y dejó constancia de que aplazaba su matrimonio con su prima Rosa Vernal. Inició una suscripción para el sostenimiento de la guerra y además pago uniformes, vituallas y acémilas. Formó un batallón y equipado con su peculio, el batallón Iquique, cuyo comando tuvo. Puso su fortuna al servicio de la patria, sin limitaciones. Luchó en San Francisco y en Tarapacá; en esta última jornada siguió en la contienda hasta el fin a pesar de haber sido herido en la cabeza. Cuando concluyó la batalla, recorrió el campo para contener el "repase" de heridos y la inmolación de prisioneros efectuados como venganza por los desmanes cometidos antes por los soldados chilenos. Rehusó, al llegar a Arica, retirarse de la guerra o irse a curar en Arequipa el paludismo recientemente adquirido y la grave herida de Tarapacá. Perteneció a la guarnición de Arica; y allí el 22 de mayo de 1880 participó en la hermosa ceremonia de bendición de la bandera obsequiada por las señoras de su tierra natal al batallón Iquique; entonces fue hecho el juramento de defenderla hasta morir. Por esos días escribió Ugarte a su primo Fermín Vernal una carta en la que le decía: "Aquí en Arica tenemos solamente dos divisiones de nacionales (ciudadanos armados y no soldados de línea)… Estamos resueltos a resistir con toda la seguridad de ser vencidos". Acompañó a Bolognesi, con los demás jefes, en la escena de la respuesta histórica. Luchó denodadamente el 7 de junio, él, de quien se dijera (en un bello artículo que publicó *La Patria* el 21 de junio de 1880) que no había nacido para combates pues su carácter apacible, su dulce condescendencia con los que le rodeaban, especialmente con aquellos que formaban el íntimo y amistoso círculo de cada día, le hacían inaparente para la severa y la áspera carrera de la armas".

La versión de que Alfonso Ugarte se había inmolado voluntariamente circuló bien pronto en el Perú. Un telegrama oficial fechado en Quilca el 15 de junio comunicó lo siguiente, después de haber informado en un despacho anterior acerca del resultado del combate de Arica según datos del vapor inglés *Columbia* llegado del sur: "El coronel Alfonso Ugarte, como los demás, no quiso rendirse y habiéndosele acabado la munición, echó mano de su revólver, empleando bien sus tiros; pero como fue acosado por gran número de chilenos, pereció al fin en un caballo blanco". Léese en el artículo de *La Patria* del 21 de junio de 1880 antes citado: "El último acto de la corta pero interesante carrera de Alfonso Ugarte revela cuanto era capaz esa alma verdaderamente grande. Acosado por innumerables enemigos, vencido ya en la cumbre del Morro histórico, presenciando la mutilación de los caídos, la profanación de esas reliquias sagradas del heroísmo, quiso sustraerse a las manos enemigas y clavando las espuelas en los ijares de su caballo, se lanzó al espacio desde aquella inmensa altura para caer despedazado sobre las rocas de la orilla del mar". Quienes se fijan solo en la cruel frialdad de la lógica niegan esta versión que no está acogida en ninguno de los partes peruanos sobre la batalla del 7 de junio, ni por otros testigos oculares, aunque sí por Markham. Pero ella podría tomarse como un símbolo de la voluntad de sacrificio que es visible en toda la actuación de Alfonso Ugarte en la guerra. La emoción colectiva habría puesto, pues, un ropaje de poesía épica a una realidad esencial. Alfonso Ugarte, el millonario de Tarapacá, el joven apacible, se lanzó simbólicamente con su caballo a la inmensidad mucho antes del 7 de junio.

EL CADÁVER DE ALFONSO UGARTE.- El párroco de Arica, José Diego Chávez, certificó en el libro de entierros que sepultó el 15 de junio de 1880 "en el panteón de esta, el cuerpo del coronel Alfonso Ugarte *que fue encontrado al pie del Morro* (la cursiva es de J. B.), y de allí se depositó en el respectivo nicho".

En 1890 fueron repatriados los restos de las víctimas de la Campaña del Sur y de la de Huamachuco. Dichos despojos mortales fueron desembarcados en el Callao el 13 de julio de 1890.

Antes, en Arica, don Carlos M. Ostolaza señaló el nicho que guardaba parte del cadáver de Alfonso Ugarte en el cementerio de Arica. Abierto el cajón, "se encontraron fracciones del cuerpo y un calcetín de hilo con la marca de su nombre" (*El Comercio* de Lima, 10 de julio de 1890). En el fúnebre cortejo un carro especial construido por un grupo de tarapaqueños llevó los restos de Alfonso Ugarte y en el cementerio ellos fueron conducidos hasta el mausoleo del mariscal Castilla por cuatro ciudadanos de ese departamento.

Doña Rosa Vernal de Hillingher, la madre del héroe que se había casado en segundas nupcias con el súbdito alemán Hillingher, mandó construir en Barcelona un mausoleo para el cementerio de Lima y a él fueron conducidos los restos del héroe, a los que se agregaron después los de esta dama fallecida en Barcelona en 1903, y las de Isabel Ugarte Vernal que murió en París en 1938. En 1952, el Centro Tarapacá de Damas colocó en el mausoleo una placa de bronce en homenaje a doña Rosa con la transcripción de unas palabras que ella pronunció en 1879: "Si todas las madres retirasen a sus hijos del ejército, ¿quién defendería su patria?". El 20 de octubre de 1979, por iniciativa del Centro de Estudios Histórico-Militares que preside el Dr. Geraldo Arosemena Garland, fue abierto el ataúd que contenía los restos de Alfonso Ugarte y se encontró que ellos estaban envueltos en una tela descolorida con los colores de la bandera nacional y que tenía fragmentos del uniforme del ejército y que estaban en buen estado sobre todo el cráneo y la cara.

LO QUE UGARTE, RAMÓN ZAVALA Y BILLINGHURST Y OTROS PUDIERON SIGNIFICAR PARA EL PERÚ.- Desde comienzos de 1879 habíase presentado en el Congreso peruano un proyecto de ley para acabar con la llamada estatización de las salitreras de Tarapacá y volver al sistema de la libre empresa. Aclarados en el terreno de las hipótesis –que no son totalmente superfluas pues contribuyen a redondear los conceptos– cabe imaginar con mucha audacia una victoria peruana en la guerra. Los hombres de empresa, figuras representativas de la vida tarapaqueña que hubiesen sido favorecidos con la ley antedicha, habrían tomado los caracteres de una clase de dirigente nacional. Aureolados por sus hazañas bélicas. Alfonso Ugarte, Ramón Zavala, Guillermo Billinghurst y otros que no ostentaron los representativos de la oligarquía agro-exportadora, pudieron alcanzar más vigencia que esta. Hubieran carecido de la tara que implicaba el trabajo semifeudal de los chinos. Eran hombres de trabajo muy unidos al pueblo, pues hasta se divertían con ellos, muy peruanos en sus hábitos, sus ideas, sus gustos, sus afanes. Quizás allí hubiera estado el germen de una nueva clase conductora y celosamente patriota que no tuvimos.

LA EFICACIA DE LAS FORTIFICACIONES DE ARICA.- Los manuales escolares han divulgado, a través de muchas generaciones, el episodio del paso de las Termópilas, defendida en la guerra entre Persia y los griegos no por un ejército sino por un destacamento espartano cuyo heroísmo y consciente sacrificio, aureolado por las frase magnífica de Leonidas perduran entre las memorias inmortales de Europa. La figura de Efialtes apareció en esta estampa como la del hombre que facilitó el acceso de los invasores a las posiciones de los espartanos. El Perú vio en Arica otra Termópilas y en Bolognesi otro Leonidas y no falto quien también buscara otro Efialtes. El hecho de que el ingeniero Teodoro Elmore hubiese sido capturado casi inmediatamente antes del asalto de Arica hizo difundir entre algunas personas, apasionadas, simples o malvadas, la versión de que había entregado a los chilenos el secreto de las fortificaciones; lo cual podía explicar la captura de esa plaza.

En realidad, no hubo en el curso del combate acto alguno de los jefes, oficiales o soldados chilenos que revelara el propósito de malograr las minas utilizando el conocimiento de su ubicación o sus características. "De repente resuena un sordo mugido (escribió el corresponsal de

El Comercio

[1890 JULIO 13]

LOS HÉROES DE ARICA. El domingo 13 de julio de 1890 llegaron al Callao los restos de los combatientes de las batallas de Angamos, Pisagua, San Francisco, Tarapacá, Tacna y Arica. *El Comercio* publicó una crónica de lo sucedido durante el desembarco de los ataúdes: "El recojimiento (sic) más solemne embargaba todos los corazones, y tras de ese velo de tristeza y respeto que detentaban los semblantes, descubríase el fuego interno del espíritu, avivado el patriotismo con la presencia misma de esas gloriosas cenizas de tantos héroes cuyas brillantes acciones se recordaban. Grau y los nombres de sus otros compañeros estaba en todas las bocas; Bolognesi, Ugarte, More, Espinar y los nombres de los bravos de Arica eran repetidos con veneración y respeto; Silva, Prado, Astete, Tafur y los nombres de los abnegados de Huamachuco, eran repetidos por doquier".

✠ LA HEROICA DEFENSA DEL MORRO DE ARICA

UBICACIÓN DEL MORRO
(límites actuales)

PERÚ
Puno
Arequipa
Océano Pacífico
Mollendo
Ilo
Tacna
Arica
CHILE
BOLIVIA
N

SUCESOS PREVIOS

Ilo, 20 de mayo
Los chilenos marchan desde Ilo hacia Tacna, esperando que el ejército peruano salga a enfrentarlos. Esto no ocurre, y les causa un serio problema de suministros.

Tacna, 26 de mayo
La resistencia peruano-boliviana se rompe en la batalla de Tacna, ante la superioridad numérica y de armamento del ejército invasor. Los chilenos toman la ciudad y avanzan hacia Arica.

Moquegua, 30 de mayo
El coronel peruano Leiva, a cargo de 3.000 hombres que debían reforzar el sur, recibe un telegrama de Bolognesi anunciándole la inminente batalla. Leiva, sin embargo, regresa a Arequipa.



Fuentes: Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú, tomo 9* / Museo de los Combatientes del Morro de Arica / Eduardo Congrains, *Batalla de Arica*. Infografía: Raúl Rodríguez

Durante la guerra del Pacífico, Arica se convirtió en un objetivo clave para las tropas invasoras necesitadas de suministros. Un puñado de hombres se inmoló en defensa del último bastión peruano en el sur.

Arica, 1º de junio

El ingeniero peruano Teodoro Elmore escapturado cuando intentaba minar la orilla norte del río Lluta. Su captura echó por los suelos el plan de volar el morro como último recurso.

Arica, 5 de junio

Histórica respuesta del coronel Bolognesi ante la propuesta de rendición de los chilenos. Tras una junta de jefes la decisión estaba tomada: "Quemaremos el último cartucho".

Arica, 6 de junio

Se desata un bombardeo naval de los chilenos contra el morro con el fin de evitar el choque frontal y las minas. La *Covadonga* recibe dos cañonazos y se retira de la línea de combate.

Arica, 6 de junio

El ingeniero Elmore es enviado por el coronel chileno Lagos para que persuada a Bolognesi de una rendición sin derramamiento de sangre. La negativa de los jefes fue rotunda.

2 El fuerte Ciudadela se convierte en el primer objetivo. Cae Arias Aragüez, al mando de batallón Granaderos de Tacna. Mueren muchos combatientes del batallón Artesanos de Arica.



3 Tras la caída del fuerte Ciudadela, el fuerte Este ofrece férrea resistencia, al mando del coronel Marcelino Varela. Herido, Varela delega el mando al comandante Francisco Chocano.



4 Cae abatido el comandante general de la VII Región, José Joaquín Inclán.



SECTOR ESTE

Fuerte Ciudadela

Séptima división

5 En el fuerte Este, caen también el jefe del Estado Mayor de la séptima división, Ricardo O'Donovan, y Francisco Cornejo, segundo jefe del batallón Cazadores de Piérola.



CERRO GORDO

Fuerte Este

MORRO

6 Bolognesi ordena el repliegue de los batallones Iquique y Tarapacá hacia el morro. El coronel Alfonso Ugarte lleva a su división desde el sector norte hacia el morro.





7 El morro es defendido por unos 400 hombres de los batallones Tarapacá, Iquique, Artesanos y Granaderos de Tacna. Al mando, se encuentran los oficiales Bolognesi, La Torre, Ugarte, Sáenz Peña y More.

8 Al sucumbir las defensas, Bolognesi intenta activar las minas que harían volar el morro, pero no funcionaron. Un balazo lo hace caer al piso, a pesar de lo cual, empuña su revólver para seguir luchando, pero un disparo en la cabeza termina con su vida.



9 Armando Blondel, Tercer jefe del batallón Artesanos de Tacna reúne a cuatro efectivos y resiste hasta morir al pie del pabellón nacional.

POR DIFICULTADES DE ORDEN TÉCNICO, POR ESTRECHECES ECONÓMICAS, POR CARENCIA O INSUFICIENCIA DE LOS MATERIALES INDISPENSABLES, LAS FORTIFICACIONES DE ARICA NO HUBIERAN PODIDO NUNCA DAR LA VICTORIA A LOS DEFENSORES DE LA PLAZA.



El Mercurio pero confunde a una explosión de pólvora con las minas) y al instante sin un segundo de intervalo, se abre la tierra, saltan los sacos, se desquician las cureñas, sube al cielo un pelotón confuso de humo, de tierra, de trozos de fierro, de piernas, de cabezas, de cadáveres. Ha estallado una mina. Han muerto veinte peruanos. Pero han muerto también diez chilenos; allí están sus miembros mutilados, sus carnes palpitantes; aquella mina estaba destinada para ellos. No hay cuartel. La sangre pide sangre. Las minas, corvo. Y todos son pasados a cuchillo".

Por dificultades de orden técnico, por estrecheces económicas, por carencia o insuficiencia de los materiales indispensables, las fortificaciones de Arica no hubieran podido nunca dar la victoria a los defensores de la plaza. Las baterías emplazadas frente al mar y el *Manco Cápac* tuvieron en jaque en todo momento a la escuadra enemiga; pero habrían sido necesarios elementos más imponentes y tropas mucho más numerosas para contrarrestar, dentro de circunstancias favorables, la acometida de las fuerzas de tierra, por cierto muy numerosas.

EL MISTERIO DE LAS MINAS DE ARICA.- El alférez Francisco Gaviria Gómez (autor de una reseña inédita sobre el combate de Arica, gentilmente suministrada al autor de este libro por su hijo el ingeniero Manuel E. Gaviria) dice: "Con la dinamita (que Montero había mandado a enterrar y que, por orden de Bolognesi, el mismo Gaviria desenterró más tarde) se colocó gran cantidad de minas, de algún poder bien determinado, en los distintos puntos donde era presumible que entrase el enemigo y, en algunos sitios, formando triple defensa. También se pusieron en el Morro, en Cerro Gordo y aun dentro de la población. Todas con sus alambres subterráneos hasta una oficina colocada junto al cuartel del Morro; de manera que de ahí era fácil manejarlas o, mejor dicho, hacerlas estallar a voluntad por medio del aparato eléctrico correspondiente. Estas obras de defensa constituían el principal medio por el cual creíamos que Arica sería inexpugnable; que antes que fuese tomada por la abrumadora fuerza enemiga, volaríamos junto con ella quitando a nuestra Patria más de 7.000 guerreros victoriosos de las tres armas, soberbiamente equipados, con el pequeño sacrificio de 1.600 y tantos hombres que éramos nosotros. ¡Vana ilusión! Sí; cuando llegó el momento, el día 7 de junio, de estar ya arrollados por el enemigo y volar juntos ¡nada! El encargado tocó los botones del aparato sin resultado; dio parte al jefe del Morro, comandante More; fue este en persona y… se conocía que habían sido cortados los alambres!".

"Tan luego que el enemigo avanzó (narra el ecuatoriano J. Pérez en el folleto ya mencionado) la resuelta voz del comandante More hizo oír la orden de 'Fuego a santabárbara'. Corre el operador a obedecerla; es este secundado por el capitán Nieto pero sea que el fulminante falló, sea que la precipitación del momento dejo algún requisito sin llenar en el delicado manejo de la electricidad, o en fin, sea que el circuito se cerró en el cuerpo de los operadores pues estos dicen haber sentido la conmoción eléctrica al juntar los alambres, lo cierto es que el depósito de pólvora permanecía mudo".

El corresponsal de *El Nacional* de Lima en Arica dio cuenta de lo sucedido en los siguientes términos: "Bolognesi había organizado la resistencia en las alturas –después de haber estado en lo bajo, en la ciudad– en el sitio donde se tenía el aparato para la explosión de las minas; había querido dar fuego a una y luego a la otra, sin que ninguna reventara hasta que, convencido de que no debía contarse con ese medio de defensa exclamó colérico: 'Estamos perdidos'".

En una carta que Teodoro Elmore dirigió a *La Prensa* de Lima el 7 de junio de 1918 afirmó, sin embargo, que todas las minas del Morro estallaron, así como las de los fuertes. Pero en la carta a su madre antes citada escribió: "La defensa estaba preparada con una red de minas que no se ha hecho estallar; los polvorazos y la santabárbara tenían sus mechas, los cañones sus cargas para destruirlos, etc., etc. y solo un polvorazo y unos cuantos cañones han sido reventados lo que, a buen seguro, no hubiera sucedido yo adentro".

Las minas eléctricas cargadas con dinamita habían sido colocadas en varios puntos estratégicos del campo atrincherado y en tres lugares de la ciudad, uno de los cuales estaba a un costado del Hospital de San Juan de Dios. Los alambres destinados a hacer estallar estas minas partían del Morro, donde hallábase la planta eléctrica a la que estaban conectados.

Gerardo Vargas acepta la opinión de Fermín Federico Sosa, subprefecto de Arica, quien atribuía el hecho de no haber funcionado las instalaciones no a una falla del momento (como parece creer Pérez), sino a que los alambres transmisores habían sido colocados a flor de tierra en las calles de la ciudad y en los cerros que la rodean, o sea al alcance de extranjeros que pudieron malograrlos. Ese tesis la defendió mucho antes de editar su libro, desde las columnas del periódico *El Morro de Arica,* por él publicado en aquel puerto en una época en la que aún sobrevivía el señor Sosa.

Una de las versiones chilenas (no la única como se verá en seguida) afirma que, al ser capturado Elmore, se le encontró con los planos de las minas. Un telegrama de Lynch a Santiago el 4 de junio contiene un parte de la *Covadonga* transmitiendo por señales semafóricas la noticia dada desde tierra: "Fue capturado un individuo que ayer por la mañana hizo saltar una mina cerca del campamento de los Carabineros de Yungay. Se tienen los planos de los fuertes y de las minas". Seguramente bajo el influjo de este dato, Gonzalo Bulnes afirmó en su libro *Guerra del Pacífico*: "El plano de las minas y las conexiones eléctricas cayó en poder de los chilenos". Cabe observar, sin embargo, que no era lógico que Elmore llevara documentos tan importantes cuando emprendió una aventura tan arriesgada, lejos de la protección de la plaza de Arica.

En una carta al diario de Lima *La Patria* inserta en el folleto que escribió para defenderse (y que reprodujo en 1902), Elmore no mencionó nada sobre los planos sino se ocupó de desmentir la acusación de que él había revelado verbalmente el contenido de ellos. Acompañó testimonios en ese sentido de chilenos que intervinieron en su captura, entre ellos el mayor Augusto Orrego (quien lo interrogó cuando fue tomado prisionero), el comandante Domingo de Toro y el jefe de ese ejército coronel Pedro Lagos, así como cartas que no podían tener sino el título de respaldo moral de peruanos, como el subprefecto de Arica F. F. Sosa, el 2° jefe del Morro M. I. Espinosa, el jefe de batería de ese lugar Daniel Nieto y otros, desvirtuando la calumnia.

Afirmó Elmore, además, que los trabajos dependían de cuatro personas distintas y que él no conocía sino lo que de él dependió; agregó que se redujo a minar las dos eminencias de Cerro Gordo y una cuchilla de su inmediación en trabajos de pocos días, simples taladros de dos pulgadas de diámetro por un metro ochenta de profundidad conexionados con trozos de viejo alambre de jarcia que hallaron botados en la aduana y aislaron con papel y engrudo; reveló también que de su peculio compró tornos, baldes de fierro, sogas, acero y otras cosas.

La tesis fundamental de Elmore de que no reveló al enemigo nada de importancia fue aceptada por el historiador chileno Vicuña Mackenna, quien se basó en las declaraciones de Orrego y de Lagos. Vicuña Mackenna contradijo, pues, aquí a Bulnes.

Elmore afirmó, además, que sus declaraciones y las de su compañero Ureta "hicieron perder la confianza al enemigo e impidieron que la plaza fuese tomada el 3 de junio, dando lugar a la resistencia que se hizo en los días 5 y 6 y con ella, a su gloria".

Adujo que algunas de las minas lllegaron a estallar en el combate; pero se explayó para reforzar la tesis de que "la fortificación de Arica más fue moral que efectiva, de modo que la plaza tenía que caer fácilmente el día que se le atacase resueltamente con las tropas que los chilenos le opusieron".

En resumen, los jefes chilenos que intervinieron en la captura de Elmore negaron que este hubiese revelado cosas de importancia. No se comprende por qué razón ajena a la verdad hubiesen hecho estas uniformes declaraciones. Ellos nada dijeron, en cambio, sobre la versión de que Elmore fue hallado con los planos de las minas. Indiscutible es, por cierto, que los sitiados de Arica no tenían los materiales técnicos para forjar con eficiencia esa defensa.

EL MORRO DE ARICA


EL MORRO DE ARICA.

Salon Aleman.

Este periódico, que apareció entre 1891 y 1911, tuvo como línea editorial la defensa de la peruanidad en Arica, frente a las campañas propagandísticas de los diarios chilenos en aquella ciudad. Entre sus colaboradores, estuvo el escritor e historiador Gerardo Vargas Hurtado. En 1911, la imprenta donde se editaba *El Morro de Arica* fue agraviada por agentes encargados de la chilenización y este salió de circulación.

El Comercio

[1890 JULIO 15]

HOMENAJE EN LIMA. El 15 de julio de 1890, los restos de los héroes de guerra fueron trasladados al Cementerio General de Lima en un convoy. En la edición de *El Comercio* de ese día, se informó de lo ocurrido en las calles adyacentes al Palacio de la Exposición, cuyo aspecto "(...) era verdaderamente imponente y animado: millares de personas vestidas de luto o de estricta etiqueta, llevando el fúnebre crespón al brazo, centenares de estandartes de diversas formas, colores, tamaños (...); emblemas diversos y vistosos, las marchas fúnebres tocadas por las bandas militares, las evoluciones de la tropa para tomar su colocación, la de los numerosos carros de las compañías de bomberos (...) el continuo moverse de los ayudantes militares (...) todo esto daba a los alrededores de la Exposición un aspecto nunca presenciado".

[III]

PEDRO BERTONELLI Y LA CRUZ ROJA EN TACNA Y ARICA, ALCIRA ZAPATA.- El médico italiano Pedro Bertonelli, natural de Spezia, llegó al Perú en 1866. Se alistó en las filas de los voluntarios de su país que asistieron al combate del 2 de mayo aquel año y rindió sus exámenes de revalidación del título profesional en 1869. En mayo de 1880 fue nombrado cirujano jefe del ejército del sur, después de haber prestado servicios en el hospital de Arica.

Bertonelli encontró las ambulancias llenas de enfermos sin medicamentos y pocos materiales. Sus comunicaciones al Estado Mayor no merecieron respuesta. Casi en vísperas de la batalla de Tacna hizo trasladar, a pesar de todas las dificultades, sus cuatro ambulancias al campamento del Alto de la Alianza. Producida la derrota, se quedó socorriendo a los heridos y a su firmeza se debió que los vencedores no los mataran y robaran a todos. No pudo impedir, sin embargo, algunas iniquidades. El día después de la batalla empezó la evacuación de las ambulancias y los heridos fueron repartidos en diversas casas y en el hospital de Tacna. Los chilenos no le proporcionaron recursos, alegando que no los tenían, y Bertonelli los pudo conseguir, después de grandes esfuerzos, abonándolos por cuenta de la Junta Central de la Cruz Roja. Las señoras de Tacna lo ayudaron con decisión. Una ambulancia formada por ellas dio oportunidad para que muchas prestaran servicios abnegadamente. Consagrada a los heridos día y noche, Alcira Zapata, contagiada de una enfermedad mortal, representó un heroísmo distinto pero similar al de los que se sacrificaron en el campo de batalla.

Bertonelli y Plácido Garrido Mendívil, director de la segunda ambulancia, se dirigieron a Arica después del combate del 7 de junio y realizaron, junto con colegas suyos peruanos, chilenos y de otras nacionalidades, una labor admirable aunque notoriamente desprovista de elementos curativos y asistenciales. Muchos heridos peruanos fallecieron desangrados por falta de servicios facultativos inmediatos en el campo de batalla o en el trayecto al hospital. Allí presentaron su colaboración profesional además de Bertonelli, los médicos peruanos Luis Rafael Villalobos y José Víctor Palza, el español Eduardo Rodríguez Prieto, el ecuatoriano José Pérez y el boliviano Juan Quint.

Entre otras ariqueñas abnegadas, las hermanas Candelaria, Rosario y Demófila Guevara atendieron en sus domicilios a costa de enormes peligros e innumerables sacrificios a muchos heridos peruanos.

En Lima se inició un minucioso expediente sobre los abusos y vejaciones de que habían sido objeto, por parte del ejército chileno en Tacna y Arica, los miembros de las ambulancias civiles del Perú, con violación de las estipulaciones del convenio de Ginebra. A su vez, los chilenos acusaron a los peruanos de haber instalado en el hospital de Arica, al amparo de la bandera de la Cruz Roja, aparatos eléctricos que comunicaban con las minas y fosas esparcidas para defender la plaza. El superintendente de hospitales y ambulancias del 1er. ejército del sur, Toribio Arbayza, negó solemnemente esta imputación.

LA REPATRIACIÓN DE LOS HERIDOS PERUANOS.- Por gestiones de José Antonio Roca, presidente de la Asociación de la Cruz Roja, una parte de los heridos peruanos en la batalla de Tacna y Arica, fue embarcada, con permiso del alto comando chileno, en el transporte *Loa* para ser ellos entregados en el Callao a las autoridades peruanas, junto con los miembros de las ambulancias de la misma nacionalidad. Llegaron a este puerto el 22 de junio de 1880. Anteriormente análoga misión había sido cumplida por los barcos *Coquimbo* y *Luxor* con los heridos de Pisagua y San Francisco.

EL TRASLADO DE LOS RESTOS DE BOLOGNESI, MORE Y ZAVALA.- Gracias a análogas gestiones, el transporte *Limeña* llegó al Callao el 4 de julio de 1880 conduciendo otros oficiales y soldados heridos, más de 300 "rabonas" y las monjas del hospital de San Ramón de Tacna. Su

comandante, el señor Azcárate, había solicitado de las autoridades chilenas de Arica permiso para conducir a bordo los cadáveres de Bolognesi, More y Zavala, y lo obtuvo. Los despojos de estos gloriosos patriotas fueron bajados del Morro, remitidos a la iglesia y llevados al muelle con honores militares. El embarque de los heridos recibió toda clase de facilidades, tal como había ocurrido antes con los que fueron conducidos al *Loa*, el *Coquimbo* y el *Luxor*.

En el Callao y en Lima hubo solemnes honras fúnebres a los tres héroes el 7 y 9 de julio. Los cadáveres quedaron depositados en un cuartel especial que había sido provisionalmente preparado en el cementerio.

[IV]

LA DEFENSA DE ARICA Y EL ARTE POPULAR.- Existen muchos testimonios sobre la honda impresión que la guerra con Chile causó en los cultores del arte popular. Canciones de diversos tipos se inspiran, especialmente en las hazañas de Grau y de Bolognesi. La traslación de los restos del héroe del *Huáscar* en 1890 dejo profunda huella en la imaginación y en la sensibilidad de la gente anónima, aparte de los episodios bélicos. Como se verá en otro capítulo, han surgido en Junín una artesanía con muñecos que representan a los "Avelinos", y diversas danzas inmortalizan cuadros de la época.

Mientras que hasta ahora parece que la creación popular no exhibe testimonios sobre la guerra en Puno, Cuzco, Arequipa, Ayacucho, Huancavelica, ni tampoco en los tejidos o la platería del norte, a pesar de que en dicha zona, por lo menos en Cajamarca o cerca de esa ciudad, hubo mucho derramamiento de sangre, destrucción de centros poblados, cupos y otras depredaciones, hasta el año de 1883, alrededor del cual la memoria de los lugareños ahora no distingue los excesos que cometían los chilenos, los "azules", los "rojos", hay múltiples obras que, de un modo u otro, perennizan los recuerdos con que personajes y escenas entre 1879 y 1883 llegaron a conmover a los humildes, al margen de la historia oficial o erudita.

El mate burilado fue uno de los instrumentos de esos hondos recuerdos. El autor del presente libro posee, gracias a la bondad del Elvira Luza, el mate de Alfredo Lagón fechado en Huancayo el 21 de octubre de 1923 y dedicado en su mayor parte a la batalla de Arica y, en proporción mucho menor, a la muerte de Leoncio Prado y a la ocupación de la ciudad de Huanta por el ejército chileno.

La distancia cronológica entre la defensa del Morro (7 de junio de 1880) y la obra de Lagón asombra al comentarista inexperto. Muy destacado es el espacio dedicado a la respuesta de Bolognesi y atención todavía más grande recibe la batalla misma en la que aparecen claramente masas en movimiento, el héroe disparando su pistola echado en el suelo, soldados que a la carrera entran en la refriega, muertos en el suelo, combates individuales entre los que no falta la exhibición de un "repase".

La fuente de inspiración para el artista es obvia: hállase en los cuadros de Lepiani que él debió conocer gracias a alguna publicación periodística.

La escena con el fusilamiento de Leoncio Prado es muy diminuta pero muy clara. La escena de Huanta otorga a este mate burilado el significado de un mate de "protesta". Los chilenos entran a la plaza, delante de la iglesia con su banda de música y de alguno de los varios civiles arrodillados ante los jefes militares, salen estas palabras: "Yo no tengo la culpa siñó el chileno". Pablo Macera es propietario de dos mates burilados que presentan también la batalla de Arica.

EL MÉDICO VOLUNTARIO



El médico italiano Pietro Bertonelli (en la foto), que había participado en la guerra de independencia italiana, llegó al Perú en 1866. Tras la declaratoria de guerra de Chile, en 1879, prestó servicios en el Hospital de Arica, como cirujano jefe del ejército del sur. Allí, organizó a otros médicos voluntarios y asistió a las batallas del Alto de la Alianza y de Arica. Luego de la finalización de la guerra del Pacífico, regresó a Italia y fue nombrado alcalde de su tierra natal, Spezia.

[TOMO 9]



[**CUARTO PERÍODO:** LA GUERRA CON CHILE]

CAPÍTULO 6 • **I** La herencia de Piérola • Las secretarías de Estado y el estatuto provisorio • Los Estados Unidos Perú-Bolivianos • Otros aspectos de la obra civil de la Dictadura • El protector de la raza indígena • El *Ramillete o repertorio de los más piramidales documentos oficiales del gobierno dictatorio* • **II** La búsqueda de nuevos recursos, el impuesto sobre la renta y la lucha contra la especulación en el cambio • La resolución sobre el reintegro por el precio del guano enviado a Cuba y Puerto Rico • El empréstito a la Iglesia • La responsabilidad de los bancos por la emisión de billetes • La situación del billete en enero de 1880 • La adopción del patrón del oro y el cierre de la emisión del papel moneda • Los incas de papel • El debate sobre los gastos y la política monetaria de la Dictadura • Apreciaciones de Piérola sobre el problema monetario en su mensaje de Ayacucho • Los artículos de alimentación y de primera necesidad • **III** La adjudicación de los ferrocarriles a los tenedores de bonos. El arreglo con el Crédito Industrial y el arreglo Dreyfus. Las sanciones contra Rosas y Goyeneche • Otras medidas punitivas del dictador con motivo del contrato con el Crédito Industrial y los reclamos de Dreyfus. La clausura de *El Comercio* • La prisión de Químper y el juicio contra él. • Las cartas de Guillaume • Los laudos en las cuestiones con Dreyfus • Fracaso del arreglo con Dreyfus y convenio de la Peruvian Guano y de los tenedores de bonos ingleses con Chile • Nuevas gestiones con el Crédito Industrial y en Estados Unidos • Otras medidas hacendarias de la Dictadura en el segundo semestre de 1880 • El decreto que negó derechos a los acreedores ingleses del Perú.

LAS VÍSPERAS DE LA CAMPAÑA EN LIMA: LA OBRA ECÓNOMICA Y OTROS ASPECTOS DE LAS ACTIVIDADES CIVILES DE LA DICTADURA

CAPÍTULO [6]

[I]

L**A HERENCIA DE PIÉROLA.-** El historiador chileno Francisco A. Encina dice lo siguiente en las páginas de su *Historia Chilena*, volumen XVII, que lleva el mismo título de esta sección:

"La situación que Piérola se echó sobre sus hombros era desesperada".

"El poder marítimo del Perú estaba aniquilado y su extenso litoral con los valles transversales que alimentan al país, a merced del enemigo. La *Unión* solo podía hacer riesgosas excursiones furtivas para conducir algunos pertrechos. La traslación terrestre de tropas de un valle a otro era muy lenta y exigía elementos de movilización que el Perú no tenía".

"El ejército del sur (Encina habla de la situación en diciembre de 1879, o sea antes de la campaña de Tacna y Arica) estaba reducido a los 7.000 hombres mal armados y casi desnudos que Montero logró reunir después de San Francisco y Tarapacá, y a 3.500 bolivianos enclavados en Tacna por carencia absoluta de elementos de transporte; y su socorro y refuerzo eran imposibles. El ejército de Arequipa no pasaba de ser un núcleo de reclutas sin disciplina ni espíritu militar cuya conjunción con Montero nunca llegó a efectuarse. El de Lima, después de los combates entre González y de La Cotera por un lado y Arguedas, Iglesias y el propio Piérola, por el otro, quedó reducido a unos 5.000 ó 6.000 hombres. Y estas diversas fuerzas estaban fraccionadas en forma que su concentración en un núcleo eficaz de resistencia era imposible".

"Problema no menos grave que el del aumento y disciplina del ejército era el de las armas. Las que trajeron el *Talismán*, el *Lima*, la *Pilcomayo* y otros transportes durante el gobierno de Prado se habían distribuido casi totalmente en el ejército del sur y mucha parte de ellas se perdió en la dispersión de San Francisco y en la retirada de Tarapacá. Las que quedaron en Lima en parte se dispersaron o destruyeron durante los combates del asalto al poder … Piérola estaba inerme ante un enemigo armado".

"Pero tal vez el aspecto más pavoroso era el económico-financiero. El servicio de la deuda externa estaba suspendido y el crédito del Perú arruinado por la inmoralidad, el caos político y las derrotas. Su gran fuente de recursos, el guano, se hallaba en poder del enemigo. La exportación del azúcar había alcanzado en 1879 a 81.500 toneladas; más los destrozos de la expedición Lynch en los ingenios, los ferrocarriles y los elementos de embarque, la iban a reducir a 62.000, en 1880. Las arcas fiscales estaban exhaustas, el billete se depreciaba cada día y bajaba a 11 d., los empleados impagos, el comercio paralizado, la agricultura desatendida, la miseria azotaba al pueblo y a la clase media y la pobreza empezaba a golpear a las puertas de los ricos de otros tiempos".

"En lo moral, recibió un país derrotado en mar y en tierra; una voluntad guerrera, si no aniquilada, herida; y un alma nacional disuelta en cincuenta años de revoluciones y trastornos, que no había logrado cuajar en un estado orgánico".

"Finalmente, el tiempo necesario para dominar tan graves problemas dependía de la voluntad del enemigo. Si la obsesión de la política boliviana no embarga, providencialmente para Piérola, los cerebros de Pinto y de Santa María, Lima habría caído en febrero o en marzo de 1880; la defensa se habría desorganizado al nacer; y en vez de las grandes batallas de Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores, la guerra se habría reducido a las expediciones al interior que siguieron a la ocupación de Lima".

Hasta aquí el historiador chileno Encina, cuyo testimonio debe hacer reflexionar a los peruanos sobre la situación del Perú en la época aquí tratada.

LAS SECRETARÍAS DE ESTADO Y EL ESTATUTO PROVISORIO.- Piérola no solo dedicó su atención de gobernante a la guerra, con todos los graves problemas que ella llevaba consigo. Dio, además, una serie de decretos que incidían sobre la estructura del Estado y tenían como mira, según dijo en su carta autógrafa a los jefes de los países amigos, "la regeneración que nuestras instituciones reclamen".

Aunque cronológicamente sus decretos corresponden en parte a la época de la campaña de Tacna y Arica, preferible es hacer su síntesis en el presente capítulo.

Creó siete Secretarías de Estado: Relaciones Exteriores y Culto, Guerra, Marina (esta por vez primera en la historia republicana), Gobierno y Policía, Justicia e Instrucción, Hacienda y Fomento (que comprendía Obras Públicas, Industrias, Comercio y Beneficencia). Designó para estos cargos a los señores Pedro José Calderón, coronel Miguel Iglesias, capitán de navío Manuel Villar, Nemesio Orbegoso, Federico Panizo, Manuel A. Barinaga y Manuel Mariano Echegaray. Barinaga había sido ministro de Hacienda de Prado. Promulgó un Estatuto Provisorio, compuesto de doce artículos. En dicho documento, expedido para "conciliar los respectos debidos a la justicia natural y a la tradición política de la República, con la acción amplia y expedita que demanda la regeneración de nuestras instituciones y el definitivo y glorioso triunfo de las armas nacionales", se decía lo siguiente: La soberanía e independencia del Perú son el fundamento de su vida política y social. La unidad de la familia peruana y la integridad del territorio que histórica y jurídicamente le pertenece, no pueden romperse ni menguarse sin cometer un atentado de lesa patria. No se altera el Art. 4° de la Constitución, sobre religión. El Gobierno garantiza la instrucción primaria a todos los ciudadanos y fomenta la instrucción superior y facultativa. Queda sancionada la independencia del Poder Judicial; pero el Gobierno se reserva el derecho de velar eficazmente por la pronta y exacta administración de justicia. Los Códigos continúan en vigor, mientras se vayan haciendo las reformas necesarias. La lealtad del Gobierno garantiza: la seguridad personal, la libertad y la propiedad, el derecho al honor, la igualdad ante la ley, la libertad de imprenta con proscripción para el anónimo, juzgándose los delitos de prensa por tribunales comunes, la libertad de industria en cuanto no sea dañosa, la libertad de asociación, el derecho de pedir justicia o gracia. Una serie de delitos contra la seguridad pública y la propiedad debían recibir la pena capital. Los bienes de sociedades anónimas, de bancos, industriales o mercantiles, serían considerados públicos para el juzgamiento y la aplicación de la pena. Las virtudes cívicas y las acciones distinguidas y heroicas serían premiadas. Un Consejo de Estado con voto consultivo y como última instancia en los asuntos sentenciosos administrativos, fue creado; integráronlo el arzobispo, el presidente del Congreso de juristas, el presidente de la Corte Suprema, el presidente del Tribunal Mayor de Cuentas, el prior del Consulado, el rector de la Universidad y seis miembros más, nombrados por el Dictador.

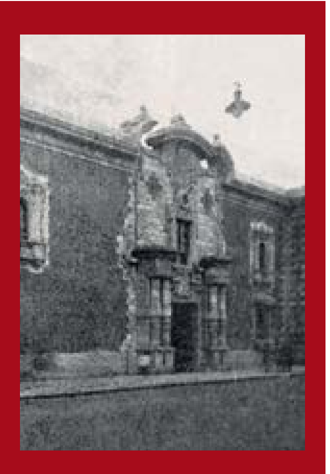
LOS ESTADOS UNIDOS PERÚ-BOLIVIANOS.- Firmó Piérola también un tratado de unión Perú-boliviana, para poner los cimientos para los Estados Unidos Perú-Bolivianos, sobre la base de la conversión de los departamentos de ambas Repúblicas en Estados federales. Aparte de reflejar un viejo sueño de política internacional (el padre del Dictador había colaborado en la Confederación santacrucina), hubo en este pacto un propósito político inmediato, el de alejar a Bolivia de Chile, contrarrestando la acción de los políticos "practicistas" bolivianos. Por lo demás, el establecimiento del nuevo Estado no llegó a ser estudiado por ninguna asamblea legislativa peruana; y en cuanto a la Convención Nacional boliviana, empleó tramitaciones



EL SERVICIO DE LA DEUDA EXTERNA ESTABA SUSPENDIDO Y EL CRÉDITO DEL PERÚ ARRUINADO POR LA INMORALIDAD, EL CAOS POLÍTICO Y LAS DERROTAS. SU GRAN FUENTE DE RECURSOS, EL GUANO, SE HALLABA EN PODER DEL ENEMIGO.



EL INSTITUTO DE BELLAS ARTES



Una de las obras civiles del gobierno de Nicolás de Piérola fue la fundación del Instituto Nacional de Bellas Artes, luego Escuela Nacional de Bellas Artes (en la imagen). Como primer director de esta institución, se designó al poeta Numa Pompilio Llona (1832-1907).

dilatorias, hasta que clausuró sus sesiones después de declararse incompetente para aprobar un cambio tan radical en la organización constitucional del país, que la nación misma debía afrontar mediante asambleas departamentales (8 de octubre de 1880). No faltaron, sin embargo, actas en algunos pueblos fronterizos acatando la unión Perú-boliviana.

OTROS ASPECTOS DE LA OBRA CIVIL DE LA DICTADURA.- Federalista en la política externa, y centralista en la política interna, Piérola abolió los concejos departamentales. Fijó, además, sobre nuevos cauces, la acción y el personal de los municipios. Fundó el Instituto de Bellas Artes, a cuyo cargo debía correr la protección y la conservación de los monumentos artísticos nacionales así como la supervigilancia sobre una Escuela de Bellas Artes (destinada a la enseñanza del dibujo, la pintura, la escultura, la arquitectura, el grabado, la música y la declamación, bajo la dirección de Numa Pompilio Llona) y abre una academia literaria. Reorganizó la Universidad. Adoptó una actitud favorable a los derechos de la Iglesia, de acuerdo con su carta autógrafa al papa León XIII, a quien pidió su apostólica bendición; así proyectó un Concordato y creó tres prefecturas apostólicas y el vicariato de Iquitos.

Abrió Piérola, además, el Gran Libro de la República para inscribir las acciones meritorias de los ciudadanos. Instituyó la Legión del Mérito dividida en militar y civil. Condecoró póstumamente con la cruz de acero de primera clase de la Legión del Mérito a Elías Aguirre; y a Enrique Palacios e, increíblemente, a Miguel Grau con la de segunda clase. Procuró la celeridad y eficacia en la vida judicial, activando especialmente el proceso por el asesinato de don Manuel Pardo, que terminó entonces con la condena del sargento Melchor Montoya y su fusilamiento; y también intentó el arreglo de la administración peninteciaria. Estableció el derecho de los difamados por los periódicos para vindicarse en esos mismos impresos. Arrostró un conflicto con los diarios de Lima, por no haber ellos cumplido lo prescrito en el Estatuto. La Intendencia de Policía de Lima suprimió el juego del carnaval en febrero de 1880.

EL PROTECTOR DE LA RAZA INDÍGENA.- Atención especial requiere el decreto de 22 de mayo de 1880 por el que Piérola declaró unido a su carácter de Jefe Supremo

PRESIDENTES DEL PERÚ (1868-1880)

EN ESTOS AÑOS, EL PAÍS PASÓ DE UNA BREVE ESTABILIDAD POLÍTICA A LA DEBACLE OCASIONADA POR LA GUERRA DEL PACÍFICO.

1868
PEDRO DIEZ CANSECO

Encargado del Poder Ejecutivo. Asumió la dirección del Gobierno tras la renuncia de Prado. Durante su breve período en el cargo, firmó el contrato para la construcción del ferrocarril Arequipa-Mollendo. Una vez cumplido el mandato presidencial de Prado, entregó el poder a Balta.

1868-1872
JOSÉ BALTA

Presidente de la República. Su gobierno tuvo orientación liberal. Balta gestionó empréstitos para obras públicas, como la construcción de líneas férreas. Hacia el final de su período, un motín liderado por los hermanos Gutiérrez, culminó con su asesinato.

de la República el de Protector de la Raza Indígena, que lució con insistencia por muchos considerada como frívola, en el encabezamiento de los documentos oficiales. En su parte considerativa este decreto expresó que "la raza indígena ha sido y es aún en el país objeto de desafueros y exacciones contrarias a la justicia y que reclaman eficaz reparación" para agregar que "si bien la situación de guerra en que nos hallamos no permite toda la consagración que la importancia de este asunto demanda, no es posible tampoco desatenderlo por más tiempo". En sus secciones resolutivas, después de crear el pomposo título ya mencionado, el decreto tuvo el siguiente texto: "Los individuos y corporaciones pertenecientes a esta raza tienen el derecho de apelar directamente a mí, de palabra o por escrito contra todo atropello, injusticia o denegación de esta que sufriesen por parte de toda autoridad, cualquiera que sea su denominación y jerarquía, quedando exceptuados de las leyes comunes a este respecto". En seguida consignó las siguientes palabras: "En el caso de castigo por daño inferido a un habitante del país, la circunstancia de pertenecer este a la raza indígena será considerada como agravante para la aplicación de la pena". Y también: "Toda servidumbre o contribución exigida al indio y no impuesta a los demás será considerada como de daño público y, como tal, comprendida en el artículo 8° del Estatuto Provisorio". Este artículo entregaba a la jurisdicción militar y castigaba con la pena capital la traición a la Patria, la cobardía e insubordinación militares, la deserción en campaña, el peculado, la prevaricación, el cohecho, la defraudación de los bienes públicos, el homicidio premeditado y alevoso y el bandolerismo. Los párrocos en sus respectivas doctrinas debían, por tres veces a los menos, dar lectura solemne al decreto aquí comentado, cuya publicación en quechua y aymara fue ordenada de manera especial.

Las censuras y burlas a Piérola abundaron por haberse adjudicado el título de Protector de la Raza Indígena. Era una defectuosa manera de encarar el problema; pero era reviviscencia y, en parte, la copia de la actitud tutelar asumida por la legislación de Indias y seguida más tarde por Santa Cruz. Hacía recordar a los peruanos en general, al peruano olvidado, el aborigen. Implicaba, a pesar de todo, el reconocimiento de que en la pugna entre el pobre y el poderoso, el Estado debe intervenir a favor de aquel. Sobre todo, desde el punto de vista militar, era un ensayo de atraer hacia el Gobierno peruano, y por consiguiente contra el invasor, la simpatía de la población de la sierra, necesaria para la defensa nacional.



PIÉROLA CONDECORÓ PÓSTUMAMENTE CON LA CRUZ DE ACERO DE PRIMERA CLASE DE LA LEGIÓN DEL MÉRITO A ELÍAS AGUIRRE; Y A ENRIQUE PALACIOS E, INCREÍBLEMENTE, A MIGUEL GRAU CON LA DE SEGUNDA CLASE.



1872-1876

MANUEL PARDO

Presidente de la República. Candidato del Partido Civil, fue elegido en un proceso democrático. Hizo frente a una grave crisis fiscal y realizó una reforma educativa que incluyó la creación de escuelas y facultades. En 1873, firmó un tratado secreto de defensa con Bolivia.

1876-1878

MARIANO I. PRADO

Presidente de la República. Enfrentó el inicio de la guerra del Pacífico. A fines de 1879, ante la adversa situación, emprendió un viaje al exterior, del cual no regresaría hasta después de la guerra.

1879-1880

LUIS LA PUERTA

Presidente provisional. Como vicepresidente de Prado, debió encargarse del Ejecutivo tras su viaje al extranjero. Hizo frente a la campaña terrestre que se desarrollaba en el sur del país. Dejó el mando tras el golpe de Estado de Piérola.

1880-1881

NICOLÁS DE PIÉROLA

Jefe supremo. Tras el viaje de Prado, Piérola organizó una revolución que lo llevó al poder. Recaudó fondos para sostener la guerra e intentó un acuerdo de paz con Chile y Bolivia. Cuando esto falló, organizó la defensa de la capital. Renunció poco después de la ocupación de Lima.

El Comercio

[1880 ENERO 15]

EL PATRÓN DE ORO. En la edición del jueves 15 de enero de 1880, el diario *El Comercio* publicó un decreto del presidente Nicolás de Piérola sobre la moneda en circulación en el Perú. En él, se quejaba de la situación ruinosa del país y de la inflación, y señalaba su propósito de acuñar monedas de oro en nuestro país, habida cuenta de la estabilidad de los metales preciosos. Sin embargo, dado que no era posible la importación de oro, se ordenaba la adopción temporal de la libra esterlina para todas las transacciones comerciales. Decía el decreto: "1° Declárese el oro el medio legal circulante, y se expedirá oportunamente la nueva ley conforme a la cual será fabricada la moneda nacional. 2° Adóptese entre tanto la libra esterlina como moneda legal. 3° Las rentas y gastos públicos serán fijados y satisfechos en dicha moneda (...)".

EL *RAMILLETE O REPERTORIO DE LOS MÁS PIRAMIDALES DOCUMENTOS OFICIALES DEL GOBIERNO DICTATORIO*.- La manía de los decretos pomposos que a veces parecen delirantes y la variedad de su contenido, en contraste con la gravedad de la situación nacional y la urgencia de concentrar en la guerra los esfuerzos de quienes dirigían el país, dio lugar a acerbas críticas y agudas mofas de los muchos enemigos que Piérola tenía. Exponente de esta actitud fue la publicación *Ramillete o repertorio de los más piramidales documentos oficiales del gobierno dictatorio, con una parodia al lado en vil verso redactada por Fray Benito Encalada Montestruque y Maldonado*. Con esta obra volvió Manuel Atanasio Fuentes a la sátira política, después de varios años de haberse dedicado a más pacíficas actividades. La publicó en Lima en 1881, es decir mientras estaba ocupada la capital por los chilenos. Su finalidad fue hundir en el ridículo a Piérola y a todos los secretarios de su Dictadura, entre los cuales solo tuvo algunas palabras de aprecio por Iglesias:

De gobierno no sabe ni una jota, / en administración no da en el clavo, / mas no corre del campo de batalla / y sostiene su puesto como un bravo.

Fuentes seleccionó algunos de los más importantes decretos de la Dictadura en los diversos ramos de la administración, agregó a ellos algunas circulares y otros oficios, los reprodujo textualmente y puso al lado de estos documentos unos comentarios burlescos en verso. La parte más criticable de la Dictadura, es decir, su exceso retórico y proyectista, quedó así exhibida en la forma más cruel.

Como otras de sus finalidades inmediatas, tuvo Fuentes la de defender al gobierno provisorio erigido en la Magdalena y a sus hombres, la de afirmar que "la continuidad de la guerra es una quimera" y la de atacar a quienes, con Piérola, querían, después de la pérdida de Lima, prolongar la resistencia en la sierra, y se extrañó de que con ese fin aparecieran a su lado hombres como Aurelio García y García, Juan Buendía y Lizardo Montero, antiguos adversarios políticos del Dictador. Para los vencedores en San Juan, Chorrillos y Miraflores, para los ocupantes de la capital, para los adversarios del Perú en la guerra exterior, Fuentes no tenía, en cambio, una sola palabra adversa.

[II]

LA BÚSQUEDA DE NUEVOS RECURSOS, EL IMPUESTO SOBRE LA RENTA Y LA LUCHA CONTRA LA ESPECULACIÓN EN EL CAMBIO.- La Dictadura, aparte de sus gestiones en el extranjero a que se hace referencia más adelante, buscó en el interior del país nuevos recursos.

El decreto de 8 de enero de 1880 refundió en una sola contribución sobre la renta las de patentes, predios, industrial, eclesiástica y otras que gravaban los beneficios del capital o del trabajo, considerando que todo habitante de un país estaba obligado a contribuir, en proporción a sus recursos, al sostenimiento de los gastos públicos. Esta contribución debía pagarse a razón del 3% por todo habitante que no tuviera renta menor de 600 soles, o menos de un año de residencia en la República. Los empleados de la administración pública quedaron exceptuados de impuestos si no contaban con otra renta que el sueldo por ellos percibido; pero si la poseían, debían pagar sobre esta, aun cuando no llegara al mínimum fijado. A los mayores de 21 años que no gozaren de una renta ascendente a 600 soles anuales les obligó el mismo decreto a abonar en la costa 3 soles al año, y 2 soles en el interior; excepto los mayores de 60 años y los inválidos en el trabajo. Los prefectos debían nombrar a los recaudadores. Las cuotas señaladas quedaron elevadas al doble mientras durase la guerra. En el reglamento expedido para hacer efectiva la contribución general sobre la renta aparecieron como obligados a ella: los dueños de predios rústicos y urbanos; los que ejercieran alguna industria lícita con establecimiento público o sin él; los que disfrutaran de alguna renta o salario no proveniente del Estado; los poseedores de

cédulas de la deuda interna emitidas por el Gobierno, municipalidades o establecimientos de beneficencia, certificados salitreros y de censos o capellanías, bonos del empréstito nacional o cualquier documento de deuda o depósito similar; los tenedores de cédulas de los bancos hipotecarios; los dueños de depósitos de cualquier capital en bancos, casas mercantiles y demás empresas industriales si devengaban interés; y quienes hubiesen dado capitales a mutuo o en depósito a particulares con obligación personal o hipotecaria, con interés o sin él. Se destacaban, pues, en este decreto y en su reglamento, la exoneración hecha a los empleados públicos y a los pensionistas del Estado rectificando la política del régimen anterior y la tendencia a gravar no solo los predios y las industrias, sino el capital invertido en cédulas, o depositado en los banco y en otras instituciones, o utilizado para realizar préstamos.

El decreto de 13 de enero de 1880 abolió el impuesto denominado de locomoción y espectáculos públicos por considerarlo oneroso, desigual y de mezquino rendimiento.

El decreto de 14 de enero de 1880 fijó la escala del impuesto sobre la exportación del azúcar. Fue fijado el precio del sol de plata y de papel para los efectos de la recaudación de los derechos de aduana (20 de enero). Se ordenó, además, que los exportadores de artículos gravados pagaran adicionalmente la diferencia entre el tipo de billete en plaza y el que este tenía en cambio de giros en el exterior con el fin de evitar el lucro indebido (6 de marzo). La resolución de 6 de abril ratificó el antedicho decreto y señaló pautas contra la ilícita especulación de los exportadores y contra las transacciones o ventas de letras a falso precio. Para el debido cumplimiento de estas normas quedaron señaladas las funciones, las garantías y los requisitos de los agentes de cambio (18 de junio y 19 de noviembre). Se llegó también a prohibir la compra de letras no destinadas al retiro directo de valores, así como todo préstamo sobre documentos de esta especie, con el fin de detener a quienes lucraban con el alza del cambio sobre Europa, y el consiguiente aumento de precio de los artículos importados (19 de junio).

Con el propósito de favorecer la exportación de los artículos nacionales, la Dictadura, además, disminuyó el impuesto aduanero sobre el azúcar y especificó el que correspondía al algodón, las lanas y los cueros; paralelamente señaló una cantidad igual al monto de estas contribuciones que correspondía pagar además a los exportadores como subsidio de guerra. Ambas sumas debían ser abonadas en letras sobre Europa o su equivalente en moneda metálica nacional (31 de mayo).

LA RESOLUCIÓN SOBRE REINTEGRO POR EL PRECIO DEL GUANO ENVIADO A CUBA Y PUERTO RICO.- El contrato de 13 de abril de 1877 celebrado con José Vicente Oyague sobre la remisión de guano a Cuba y Puerto Rico señaló el precio de 6 libras esterlinas por tonelada francesa de mil kilogramos y 10 chelines por embarque, peso y marcada de cada una. La resolución de 30 de junio de 1880 expresó que, al disminuir el tipo de cambio, Oyague canceló sus obligaciones con el Estado en billetes depreciados e hizo la reserva de que pagaría en libras esterlinas posteriormente y en fecha por él designada; y ordenó en vista de ello, que, como había debido entregar por cada tonelada el precio estipulado de 6 libras esterlinas o su equivalente en billetes al tipo de cambio en la época en que se efectuó la operación y no otros, abonara la diferencia.

EL EMPRÉSTITO A LA IGLESIA.- Otra de las medidas adoptadas por el Dictador fue la de proponer un empréstito a la Iglesia peruana para lo cual dirigió una comunicación al arzobispo Francisco Orueta y Castrillón el 27 de junio de 1880, inmediatamente después de la pérdida del sur. El prelado accedió patrióticamente al pedido, con el consentimiento de los obispos sufragáneos, autoridades de conventos y altas dignidades eclesiásticas; y fueron entregadas en calidad



CON EL PROPÓSITO DE FAVORECER LA EXPORTACIÓN DE LOS ARTÍCULOS NACIONALES, LA DICTADURA, ADEMÁS, DISMINUYÓ EL IMPUESTO ADUANERO SOBRE EL AZÚCAR Y ESPECIFICÓ EL QUE CORRESPONDÍA AL ALGODÓN, LAS LANAS Y LOS CUEROS; PARALELAMENTE SEÑALÓ UNA CANTIDAD IGUAL AL MONTO DE ESTAS CONTRIBUCIONES QUE CORRESPONDÍA PAGAR ADEMÁS A LOS EXPORTADORES COMO SUBSIDIO DE GUERRA.



[1]



[2]



[3]



LOS INCAS. La ley del 20 de marzo de 1880 estableció como moneda legal la denominada "inca". La primera emisión de papel moneda se hizo ese mismo año, como parte de las medidas de Nicolás de Piérola para frenar la crisis del Perú. Aquí vemos el anverso de un billete de un inca (2) y de un billete de cinco incas (3), ambos con la firma del propio Piérola. Las monedas de incas, en tanto, nunca entraron en circulación. En su lugar, se usaron pesetas, como la que vemos aquí (1). Cinco pesetas equivalían a un inca.

de préstamo al Estado todas las alhajas y objetos de oro, plata y piedras preciosas que no fuesen absolutamente necesarias para el uso del culto.

Hecho el inventario de estos valores, quedaron ellos depositados en la Casa de Moneda. Como no era posible efectuar la acuñación, ni resultaba conveniente la venta en Lima, se realizó una operación con el Banco de Londres, México y Sudamérica consistente en la compra por este de un giro a cargo de dicha Casa por S/. 300.000 plata con un pacto de retroventa al precio de S/. 1.500.000 billetes fiscales, que el Banco abonó al contado (2 de octubre de 1880). El Banco debía devolver los valores que adquirió por esta operación si el Gobierno, a su vez, entregaba la cantidad que recibió y el 16 de diciembre, poco antes de las batallas de Chorrillos y Miraflores, se dio la orden de vender las especies comprometidas.

LA RESPONSABILIDAD DE LOS BANCOS POR LA EMISIÓN DE BILLETES.- Acto de justicia y de moralidad administrativa creyó cumplir el Dictador al tratar de acabar con la impunidad de que gozaban los bancos emisores originarios de los billetes de circulación forzosa por haber entregado al público esos papeles y haber sido exonerados arbitrariamente por el Estado de la obligación de devolver en metálico el valor por ellos recibido mientras que, en forma paulatina, se depreciaban con daño de quienes eran sus tenedores y del Estado.

Por decreto de 6 de marzo de 1880 Piérola ordenó: 1°) que los bancos entregaran al Tesoro Público en moneda de plata el monto de sus billetes en circulación el 1° de agosto de 1875, fecha del decreto de inconvertibilidad, y el de los emitidos posteriormente hasta el 17 de agosto de 1877 en que, mediante otro decreto, fueron tomados por cuenta del Estado; 2°) que el monto del préstamo hecho por los bancos al Estado en billetes fuese pagado por el Tesoro en moneda de plata y al precio que aquellos tenían en la última de dichas fechas, o sea al de 23 peniques por cada sol en billetes; 3°) que una comisión especialmente nombrada examinase y fijara la cantidad de billetes emitidos por los bancos y la adeudada por el Estado en 17 de agosto de 1877; y 4°) que el metálico recibido de los bancos se aplicase al recojo extraordinario del billete fiscal circulante.

La comisión empezó sus labores y llegó a fijar la responsabilidad del Banco Nacional del Perú en £ 682.630.43 y la del Banco del Perú en £ 297.406.22. La resolución de 7 de mayo de 1880 mandó ejecutar a ambos bancos como deudores al Estado y nombró interventores en ellos.

El Banco Nacional del Perú pidió la suspensión de los efectos del decreto de 6 de marzo por la perturbación que iba a producir y por la circunstancia de que no eran las instituciones bancarias responsables de la inconvertibilidad del billete, pues el Gobierno, después de imponerles medidas coactivas, no había cumplido oportunamente con las obligaciones contraídas. Luego el mismo Banco Nacional, ante la resolución de 7 de mayo, demandó al Dictador por despojo. El Banco del Perú propuso cancelar sus responsabilidades con la suma de £ 50.000 que entregó en letras sobre Europa. Luego también entabló una querella de despojo.

LA SITUACIÓN DEL BILLETE EN ENERO DE 1880.- A fines de 1879 la baja del billete se había ahondado. Según un acta del alto comercio de Lima el 14 de enero de 1880 valía 11 peniques por sol. El decreto de 14 de enero de 1880 fijó la cotización del billete en 12 peniques por cada sol papel, ó 48 centavos plata, ó 3 soles 75 centavos billetes por un sol fuerte, precio por el cual serían recibidos y entregados en pago por las oficinas del Estado. Al mismo tiempo cerró su emisión en la suma de S/. 60.000.000 como se indica más adelante.

Ese mismo día se declaró terminada la junta administradora y de vigilancia de la emisión fiscal, y fue creada en su lugar la junta fiscal encargada exclusivamente de completar la emisión y de efectuar la amortización o recojo del papel moneda.

La moneda de papel siguió bajando, a la vez que desplazaba del todo al circulante metálico.



A FINES DE 1879 LA BAJA DEL BILLETE SE HABÍA AHONDADO. SEGÚN UN ACTA DEL ALTO COMERCIO DE LIMA EL 14 DE ENERO DE 1880 VALÍA 11 PENIQUES POR SOL.



El Comercio

[1880 ENERO 12]

EL IMPUESTO AL SALITRE. Mientras el gobierno de Nicolás de Piérola intentaba solucionar la crisis financiera y recaudar fondos para la guerra, en el sur del país la situación era diferente. En la edición del lunes 12 de enero de 1880, *El Comercio* informó que el comandante general de armas, Patricio Lynch, decretaba lo siguiente: "El salitre que se exporte por los puertos del departamento de Tarapacá pagará ciento cincuenta centavos, moneda corriente en Chile, por cada cuarenta y seis quilógramos (sic), o sea cien libras españolas". Y añadía: "El inspector general de oficinas fiscales del norte fijará los puertos por los cuales deba exportar el salitre, y tomará las medidas necesarias para que este decreto tenga exacto cumplimiento".

LA ADOPCIÓN DEL PATRÓN DE ORO Y EL CIERRE DE LA EMISIÓN DE PAPEL MONEDA.- El decreto de 14 de enero de 1880 declaró al oro como medio legal circulante, adoptando, por mientras, la libra esterlina como moneda legal en la cual se debían recaudar las rentas públicas y pagarse los gastos del Estado, salvo pacto en contrario.

El decreto de 20 de marzo estableció como unidad monetaria peruana una moneda de oro llamada "inca" cuyo peso especificó, así como la nomenclatura, el tipo y la ley de las monedas menores y de las de plata. Estas disposiciones no fueron cumplidas. No llegaron a circular incas de oro y fueron muy escasos los incas de plata.

El decreto de 14 de enero de 1880 fijó el tipo oficial del papel moneda en las oficinas del Estado en 12 peniques, cerró le emisión de billetes en la suma de 60.000.000 de soles y destinó la cantidad mensual de £ 15.000 consignables en el Presupuesto nacional para la extinción de una suma igual en billetes. Los fundamentos de este decreto invocaron, en primer lugar, la necesidad de atender a la condición de los billetes de circulación forzosa buscando los medios de extinguirlos, ya que con esa misma fecha había quedado establecido un nuevo medio legal circulante. No era posible obligar a los deudores al Estado a pagar en metálico por no haber en el mercado en cantidad suficiente monedas de oro ni soles de plata. A la vez el Gobierno, que no podía impedir la pérdida ya sufrida por el pueblo con la depreciación del papel moneda efectuada sucesivamente y en diversas manos, pretendía, por lo menos, ponerle término al tratar de cortar la baja mayor de este y de asegurar mediante su reembolso el precio que tenía en esos momentos.

La ley de 4 de febrero de 1879 que creó impuestos para la amortización del papel moneda fue derogada el 26 de enero de 1880.

LOS INCAS DE PAPEL.- En los últimos meses del año 1880 se acentuaron las angustias del Tesoro Público por la merma de los ingresos fiscales provenientes de impuestos, que no pudo ser compensada con los arreglos intentados en el exterior. Fue entonces cuando llegó a ser efectuada la operación con el Banco de Londres, México y Sudamérica con la garantía de las alhajas de las iglesias, mencionada ya.

Otro recurso intentado ya entonces fue la emisión de los bonos del Tesoro por la suma de 3.000.000 de incas, o sea 60.000 libras esterlinas pagaderos en moneda metálica y con el interés del 3% al año para cuya compra se podía abonar billetes y certificados del empréstito nacional (resolución del 28 de agosto de 1880). Esta medida fue adoptada aceptando, con algunas modificaciones, el proyecto de una comisión integrada por los señores Dionisio Derteano, Bernardo Roca y Boloña, Alejandro Garland, B. Figari y Julio Tenaud. Los bonos del Tesoro fueron considerados como deuda privilegiada y quedaron especialmente afectos a su pago en oro las rentas que la resolución enumeró. De la colocación de dichos bonos y del servicio de ellos se encargó a un sindicato compuesto de los proponentes.

Los capitalistas ofrecieron dar billetes por un precio tres veces mayor que el de su cotización en el mercado y el Gobierno se negó a aceptarlos en esa forma y se negó también a continuar fabricando billetes como se le insinuó (25 de setiembre). La emisión de estos resultó entonces otra vez oficialmente cerrada. Un decreto de la misma fecha creó obligaciones del Estado al portador pagaderas en moneda metálica a los seis meses de su emisión, por la suma de 5.000.000 de incas, del tipo de 1, 5, 20 y 100 incas. Quedaron teóricamente afectados a este pago: los valores en especie que el Gobierno recaudara en el interior del país; las tres cuartas partes de los fondos disponibles en Europa; la mitad de los derechos de exportación ; la mitad del impuesto sobre la renta; y en general, por mitad, todos los bienes del Estado sobre los cuales no gravara responsabilidad o en la parte libre de ellos. El decreto de 18 de octubre de 1880, modificatorio del anterior, señaló la fecha de 1° de setiembre de 1881 como término para que fuese efectuado el reembolso de estas obligaciones del Estado en moneda metálica. Y la resolución de 5 de

noviembre de 1880 declaró el curso forzoso de ellas y fijó su relación de cambio con la moneda metálica y los billetes fiscales circulantes. Otra resolución, el 13 de noviembre, estableció que las oficinas fiscales pagarían 8 soles billetes por cada billete inca de curso forzoso pagadero en oro cuyo valor debía ser idéntico a las piezas de plata de 5 pesetas. Las obligaciones del Estado, convertidas en billetes inca, resultaron desplazando en la vida administrativa al sol billete.

El decreto de 13 de noviembre de 1880 creó títulos de deuda pública con el fin único de convertir los billetes fiscales circulantes a razón de un inca en títulos de deuda pública por cada 4 soles billetes; y señaló su servicio de interés y amortización.

El 15 de diciembre de 1880, cuando ya habían empezado las operaciones decisivas de la campaña de Lima, una resolución suprema estableció la forma de pago de los haberes del ejército y de las obligaciones derivadas de contratos, en plata, en incas o en billetes comunes y su relación de cambio.

La simultánea circulación de incas de plata, incas de papel, billetes fiscales y títulos de deuda pública dio lugar, a pesar de los propósitos del Gobierno, a dificultades en las operaciones mercantiles, en el pago de sueldos y salarios, y en la tramitación de los compromisos jurídicos.

EL DEBATE SOBRE LOS GASTOS Y SOBRE LA POLÍTICA MONETARIA DE LA DICTADURA.- Piérola fue acusado duramente como responsable de los fenómenos de inflación y despilfarro. José María Químper llegó a afirmar que gastó, entre diciembre de 1879 y diciembre de 1880, 380.493.203 soles, equivalentes a más de un millón diario; si bien esta cifra pudo reducirla a 95 millones si hubiera estimado el sol en 12 peniques. En el número 41 de *El Orden*, diario oficial de García Calderón, apareció, en cambio, el siguiente balance sobre el mismo período:

	En soles:
Emisión de billetes fiscales	32.000.000
Billetes destinados al cambio de la emisión de los bancos	8.000.000
Entrega del Banco del Perú (£ 500.000 a 4 p.)	3.000.000
Suma exigida al señor José Vicente Oyague	500.000
Rentas de la nación en un año (más o menos)	12.000.000
Plata y alhajas de las iglesias (S/. 500.000 plata)	6.000.000
Transacción con Thomson Bonar (£ 60.000 a 4p.)	3.600.000
Donativos para el blindado *Almirante Grau* (£ 200.000)	12.000.000
Subsidio para el ejército de reserva	1.000.000
Emisión de 3.600.000 incas	36.000.000
Total gastado en un año	**114.100.000**

Esta cifra quedaba reducida a 28 millones de soles a 12 peniques por sol.

Nunca se llegó a presentar una cuenta oficial que contuviera los ingresos y los egresos del Erario durante el período diciembre de 1879 - diciembre de 1880.

Los partidarios de Piérola presentaron a su favor el argumento de que este no quiso abrumar con el impuesto de 20% al miserable y mal pagado haber del empleado como lo hizo el régimen anterior, sino que, por el contrario, trató de aliviar sus angustias y compensar en parte al servidor público y al pensionista del Tesoro la depreciación del billete, pagando puntualmente como se hizo hasta las batallas de San Juan y Miraflores. A juicio de ellos, Piérola logró impedir el hambre y la miseria después de haber encontrado exhausto el Tesoro, cuando hallábase bloqueado el Callao y ponía 40.000 hombres sobre las armas en la República, mientras que, a la vez, procuraba conseguir armamento y enviaba legaciones costosas a la República Argentina, el Ecuador y Brasil.



NUNCA SE LLEGÓ A PRESENTAR UNA CUENTA OFICIAL QUE CONTUVIERA LOS INGRESOS Y LOS EGRESOS DEL ERARIO DURANTE EL PERÍODO DICIEMBRE DE 1879 - DICIEMBRE DE 1880.



LA EMISIÓN DE LOS "INCAS"

EL INCA, MONEDA EMITIDA DURANTE LA DICTADURA DE NICOLÁS DE PIÉROLA, FUE RECHAZADA POR CIERTAS CAPAS DE LA SOCIEDAD PERUANA DE SU TIEMPO. A CONTINUACIÓN, SE ANALIZAN ALGUNAS RAZONES PARA SU FRACASO Y LOS ASPECTOS POSITIVOS DE LA INICIATIVA.

"Piérola trató de reaccionar frente al deterioro económico de las capas populares, particularmente las urbanas –su base de apoyo–. Trató también de obtener recursos externos, y cuando no lo logró tuvo que acudir a la emisión, primero en soles y luego de incas. La situación se fue haciendo insostenible. Sin embargo, nótese que los incas al parecer fueron recibidos a la par de su valor intrínseco y en el peor de los casos con un descuento mínimo por el gran comercio. ¿Por estar respaldado en la fortaleza del patrón oro, en 48 peniques de libra? Mientras entre enero y diciembre el billete sol se deprecia de 3.78 a 20 por sol de plata, el tipo de cambio del inca billete es firme. La relación con ese billete sol nos indica la evolución en los dos meses que empezó a circular: noviembre, 8, diciembre, 15.4. Estamos hablando de valor, no de razones políticas, ya que diversas opiniones han tratado de hacernos creer que la gente de la calle se negaba a recibir incas. Al parecer, el inca tuvo acogida en los sectores populares urbanos. Se pagaba puntualmente en ellos y era un buen refugio para la capacidad adquisitiva de la población.

Cuando en Lima se instaura el régimen de Francisco García-Calderón, que supone el regreso de los civilistas y en general de los enemigos de Piérola al poder, estos tomarán una actitud hostil al régimen dictatorial. También, como producto de las pretensiones territoriales chilenas y su deseo inicial de diálogo con el régimen de La Magdalena, hay una actitud contraria del régimen de ocupación hacia Piérola. Todos los elementos se conjugan para que el ex dictador sea blanco de ataques de sus enemigos. La propaganda anti pierolista se nutrió de sus pasadas medidas: las cifras de gastos de gobierno y los incas. El régimen chileno de ocupación de Lima se negó a recibir incas en sus dependencias como medio de pago; y el gobierno de García-Calderón igualmente. El inca fue cuestionado. […] Cabe preguntarse si el rechazo que promovieron los comerciantes, luego de la ocupación chilena, (...) tuvo que ver con las posibilidades especulativas que les proporcionaba el sol billete. Fueron los primeros, con los chilenos, en rehusar el inca. Tuvo un valor relativamente estable. Y precisamente, al serlo, motivó […] que los grandes comerciantes lo rechazasen, porque si bien una moneda estable da fortaleza al consumo y seguridad al público, no ocurre así con los exportadores ni los importadores, que no pueden beneficiarse de las devaluaciones permanentes de la moneda".

De: Fernando Armas. "Financiar la guerra: Planes fiscales, lucha política y crisis inflacionaria en el Perú (1879-1880)". En: *Histórica* 25.2. Lima: 2001; pp. 85-87.

Mucho se censuró la emisión de 3.600.000 incas. Los defensores del Dictador alegaron, sin embargo, que el inca fue un vale al portador, de precio fijo, con garantía y abonable en oro; pero que nunca estuvo a la par o equiparado con la moneda metálica, pues aun cuando se le asignó el valor de 8 soles y luego de 15 respecto a los billetes anteriores inconvertibles, jamás lo aceptó el comercio a este tipo. Aun suponiendo que el inca papel hubiera sido equivalente al inca o sol de plata (decían) la emisión de 3.600.000 incas equivalía a la misma suma en metálico pagadera en una fecha específica; lo que implicaba un gasto no desmesurado por mes para sostener como 20 mil hombres entre Lima y Callao, el ejército de Arequipa, las gendarmerías de la República, las obras de fortificación no solo en lo que fue el teatro de las batallas sino también en lugares como San Cristóbal, San Bartolomé y otros, los contingentes de los departamentos, el pago de créditos diferidos y demás obligaciones perentorias del Estado. No pequeña cantidad de incas quedó en poder de algunos empleados, de ciertos jefes y de los cajeros de los cuerpos y otra parte ayudó a Piérola, Montero, Del Solar y Cáceres para organizar la resistencia.

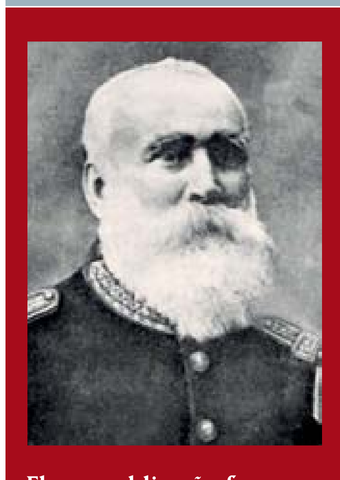
Quienes justificaban la política monetaria de la Dictadura preguntaban a sus adversarios qué debió hacer Piérola en noviembre, una vez agotados los recursos de la nación y cuando el 17 de setiembre habían caído en poder de los chilenos billetes emitidos poco antes para el Perú. Tenía la alternativa de imponer cupos o confiscar bienes mal habidos; pero no lo hizo. En cuanto al decreto sobre pago de haberes, criticable como fue, respondió al hecho de que el billete de a sol no valía ya 10 centavos y de que, por otra parte, todos los artículos necesarios para la vida habían alcanzado precios fabulosos.

A pesar de todo, quedaron después de la derrota 2 millones de soles en incas en la caja de la junta emisora de billetes fiscales (según el folleto titulado *Contestación al manifiesto del doctor José María Químper*, *ex ministro de Hacienda del Perú*, publicado en Panamá en 1881). Dicha suma (agregó este mismo documento) fue entrega el 16 de enero al general Beingolea por orden del secretario de Relaciones Exteriores, Pedro José Calderón.

APRECIACIONES DE PIÉROLA SOBRE EL PROBLEMA MONETARIO EN SU MENSAJE DE AYACUCHO.- En su mensaje a la Asamblea de Ayacucho el 28 de julio de 1881, Piérola afirmó que el 24 de diciembre en que comenzó la Dictadura no había en caja un solo céntimo. La suma, enviada a Europa por el ministro Químper debía, en su mayor parte, emplearse en cubrir gravísima responsabilidad de carácter inaplazable y delicadísimo contraída por ese ministro; y el resto apenas bastaba para cancelar consumos de guerra ya realizados y por su naturaleza no diferibles. El papel moneda de curso forzoso y de emisión ilimitada existía ya por la suma de 18 ó 20 millones y corría en el mercado al tipo de 11 peniques por sol. El Gobierno decidió quitarle aquel carácter y hacer una emisión de 60 millones de cuartos de sol, en billetes al portador que no podría ser aumentada; pero refundiendo en ella los 18 ó 20 millones que ya existían, convirtiéndolos al tipo también de 25 centavos por cada sol. "Esta operación (afirmó) realizada sin detrimento alguno de la justicia y en servicio, por el contrario, de los tenedores de papel moneda existente, permitió al Gobierno disponer de cosa de 5 millones de soles metálico, reduciendo la deuda total a solo 15 millones, en vez de los 18 a 20 que encontró, sin interés y con una amortización de 900 mil soles al año. Lo que equivalía a realizar de parte del pueblo y en proporción a las facultades de cada uno, un empréstito sin interés, de lenta amortización y disminuyendo, lejos de aumentar, los gravámenes que pesaban sobre el Tesoro, al paso que se conjuraba la dañosa incertidumbre de los tenedores de papel moneda, único medio circulante entonces posible".

A estos 5 millones se unieron los 250.000 que se obtuvo del Banco del Perú por resarcimiento al público; los 250.000 pertenecientes a la suma en que se transó un antiguo pleito; y 80.000 conseguidos mediante un préstamo logrado gracias al ministro Sanz en Europa. A ellos se agregó, en noviembre de 1880, la emisión de billetes en incas, a corto plazo, y que no pasó en

MANUEL BEINGOLEA (1820-1896)



El general limeño fue quien recibió de manos del secretario de Relaciones Exteriores, Pedro José Calderón, el dinero que sobró tras la mala experiencia con los billetes inca. Esta suma, equivalente de 2 millones de soles, fue destinada al pago de acreedores peruanos en Europa. Beingolea había luchado por el Perú en la mayoría de sus conflictos externos, desde 1835. Asimismo, había participado en las batallas de Yungay (1839), Ingavi (1841), La Palma (1855), y en el combate del 2 de Mayo (1866), en contra de la Escuadra Española del Pacífico.

realidad de 3.500.000 soles. Todo este dinero reunido con el remanente de los fondos en Europa y las pocas rentas interiores, sumaría tan solo 9.500.000 soles, cantidad total ingresada, según Piérola al Tesoro desde diciembre de 1879 a mayo de 1881, con lo cual desmentía las cifras publicadas en *El Orden*.

"El 31 de mayo último (decía además el Dictador en este mensaje a la Asamblea de Ayacucho) el Estado no había aumentado la deuda que tenía el 24 de diciembre de 1879, presentándose el raro fenómeno de que un tesoro desprovisto de toda renta, haya sostenido durante un año y medio, sin violencia para el pueblo, una guerra dispendiosa, sin contraer deudas ni pesar sobre él gravamen nuevo alguno. Digo esto, pues aun cuando quedan como deuda sagrada y pagadera de toda preferencia, los 80.000 fuertes obtenidos en préstamo por el ministro señor Sanz; queda también en depósito suma mayor, proveniente del tesoro de las iglesias, que el Gobierno no ha tocado aún, a pesar de sus mayores apuros; y queda igualmente en ejecución contra el llamado Banco Nacional de Perú un crédito de 100.000 libras esterlinas, o sea 500.000 soles en metálico".

LOS ARTÍCULOS DE ALIMENTACIÓN Y DE PRIMERA NECESIDAD.- El decreto de 12 de abril de 1880 congeló los precios de estos artículos, prohibió su exportación, declaró libre su internación, dio garantías a quienes se ocuparan del transporte y provisión de víveres, protegió a los expendedores al por menor y señaló medidas punitivas para los contraventores.

[III]

LA ADJUDICACIÓN DE LOS FERROCARRILES A LOS TENEDORES DE BONOS. EL ARREGLO CON EL CRÉDITO INDUSTRIAL Y EL ARREGLO DREYFUS. LAS SANCIONES CONTRA ROSAS Y GOYENECHE.- Por el decreto de 7 de enero de 1880 pretendió el Dictador convertir los títulos de la deuda externa en acciones de ferrocarriles consolidando en una sola las deudas de 1870 y 1872 y adjudicando esas vías de comunicación a los tenedores de bonos, en una especie de premonición de lo que sería, bajo muy diferentes condiciones, el contrato Grace. Los tenedores de bonos no aceptaron entonces esta concesión.

El mismo día, en una resuelta maniobra favorable a la casa Dreyfus, celebró con ella un pacto. En una carta publicada con motivo de la campaña electoral de 1890, Piérola defendió extensamente esta decisión. A su juicio, no se podía tratar a largo plazo con el guano, debido a la guerra y a la ventaja de Chile y porque había dos casas haciéndose la competencia en el mercado, la Peruvian Guano y Dreyfus. Tampoco era dable hallar nuevos contratistas que fuesen serios dadas las circunstancias, ocupados los depósitos de guano por el enemigo que era, además, dueño del mar y cuando competían en los mercados dos empresas, precisamente Dreyfus y la Peruvian Guano.

Quiso, por todo ello, Piérola de inmediato buscar tres cosas: 1°) Arreglar las cuestiones con ambas compañías. 2°) Vender las considerables existencias de guano que estaban en Europa al abrigo del enemigo en otras condiciones distintas a las impuestas por la Peruvian Guano buscando precio fijo y suficientemente alto. 3°) Suprimir la competencia entre los dos vendedores de guano existentes.

A ello tendieron los contratos de 7 de enero. Piérola fue al arreglo con Dreyfus representado por Fred Ford (que tantos ataques le suscitó dadas sus antiguas vinculaciones con esa casa) pensando, según dijo en los documentos aquí glosados, que la conducta de la Peruvian Guano le permitía entenderse solo con él; si bien un artículo del convenio expresó que solo regiría si no lo aceptaba para sí dicha compañía (Art. 15). Los saldos de cuentas tanto de la Peruvian Guano como de Dreyfus fueron aceptados provisionalmente mientras se juzgaban dichas cuentas. Quedó fijado para las existencias del guano en Europa el precio fijo líquido y uniforme

"EL DECRETO DE 12 DE ABRIL DE 1880 CONGELÓ LOS PRECIOS DE ESTOS ARTÍCULOS, PROHIBIÓ SU EXPORTACIÓN, DECLARÓ LIBRE SU INTERNACIÓN, DIO GARANTÍAS A QUIENES SE OCUPARAN DEL TRANSPORTE Y PROVISIÓN DE VÍVERES, PROTEGIÓ A LOS EXPENDEDORES AL POR MENOR Y SEÑALÓ MEDIDAS PUNITIVAS PARA LOS CONTRAVENTORES."



de 11 libras 15 chelines por tonelada, mayor que el de la Peruvian Guano. Según el texto del convenio el Perú obtuvo, además de Dreyfus, el adelanto de un millón de libras esterlinas con que atender a la defensa del país.

Dreyfus alegaba ser acreedor del Perú. Para probarlo Piérola invocó en la defensa que hizo en 1890, una ley especial del Congreso de 1877 fechada el 6 de febrero autorizando al Ejecutivo para arreglar la manera de cubrir esa deuda; y agregó que el Tribunal de Cuentas había aceptado las cuentas de Dreyfus, aunque hizo, sin embargo, algunos reparos de detalles. Por lo tanto, en su opinión, correspondía depurar la acreencia, fijarla definitivamente y establecer la manera de cubrir la suma que resultase.

Igual procedimiento siguió con la Peruvian Guano. El saldo reclamado por una y otra casa fue aceptado con el carácter de provisional. Pero Dreyfus recibió la autorización de explotar guano con el carácter de monopolio, autorización que, según Piérola, coincidió con algunas ventajas para el Perú, como su limitación al mercado de Francia y al de Bélgica, el señalamiento del precio y fijación del riesgo a cargo de la compañía. A consecuencia del arreglo mencionado los conocimientos del guano embarcado a cuenta del Gobierno en buques fletados por la Peruvian Guano y a la orden de aquel, fueron endosados a Dreyfus.

La Dictadura había reemplazado en Europa a los comisionados Francisco Rosas y Juan Mariano de Goyeneche por Toribio Sanz. No obstante la cancelación de sus poderes, fruto previsible del cambio de hombres en el comando del país, el mismo día 7 de enero de 1880, en que el Dictador expedía sus decretos sobre la deuda externa y los arreglos con Dreyfus, Rosas y Goyeneche rescindieron el contrato con la Peruvian Guano haciéndole graves inculpaciones. Aquí estaban de acuerdo el nuevo Gobierno y los dos agentes del régimen depuesto. Pero en lo que no estaban de acuerdo era en la solución del problema hacendario. También el 7 de enero de 1880 firmaron Rosas y Goyeneche un contrato con el Crédito Industrial, entidad que agrupaba a los tenedores de bonos franceses, belgas y holandeses, y le confió la administración y explotación del guano y del salitre peruanos, a cambio de la entrega en efectivo y en títulos de empréstito de una suma considerable de dinero. El arreglo daba al nuevo contratista la posesión inmediata de todo el guano y todo el salitre existente en depósitos, descubiertos y por descubrir, a flote o en almacenes, con absoluto dominio, sustituyéndose en lugar del Estado así en cuanto a la explotación de esa riqueza como en sus relaciones con los acreedores por bonos de deuda externa y certificados salitreros, con los poseedores de oficinas, "paradas" y terrenos de salitre y con los contrastes de elaboración. Para los críticos de este pacto la presencia del contratista "hasta la cancelación final del último título de deuda externa" implicaba un derecho por muchos años y quizás a la perpetuidad. Sería también el contratista el cobrador de impuestos que se establecerían para los exportadores del salitre que no se entendieran con él. El Estado no podría alterar su arancel de aduana en el territorio salitrero. El salitre, como el guano, quedaban como estancados en poder del contratista. Y este, ¿quién era?, preguntaba Piérola en su polémica con Rosas en 1890. "¿Es acaso siquiera una casa respetable de antigua existencia y crédito asegurado?. Es una sociedad anónima de responsabilidad limitada a la cual será transferido el contrato tan luego como esté constituida, cesando *ipso facto* toda responsabilidad del primer contratista". Otras cláusulas del arreglo hecho por Rosas y Goyeneche decían que la sociedad explotadora de los depósitos de guano y salitre entregaría al Gobierno del Perú 2 £ en oro y 2 £ en bonos por cada tonelada de guano extraída o vendida cuyo precio debía ser de £ 12.10 abonando el resto de este valor a los tenedores de bonos; que el 80% de los beneficios ingresados en dicha entidad pertenecerían de derecho a estos, correspondiéndoles también la facultad de ejercer la supervigilancia en las operaciones que efectuara; que la deuda externa del Perú quedaría reducida a la mitad, emitiéndose nuevos bonos cada uno de los cuales valdría el doble de los bonos anteriores. Por un convenio reservado anexo al contrato se convino que se haría al Gobierno peruano un anticipo de £ 800.000 con el interés de 5% y comisión de 1%.

El Comercio

[1880 ENERO 16]

EL ALZA DE LOS IMPUESTOS. Una de las primeras medidas del régimen de Nicolás de Piérola fue el alza de los impuestos a diversos productos. En el caso del azúcar, sin embargo, la tasa impositiva se redujo. Al respecto, un decreto publicado el 16 de enero de 1880 por *El Comercio* anunciaba: "(...) Que, si bien la industria azucarera puede proporcionar en una parte considerable (...) recursos mediante una imposición sobre sus productos, esta debe ser equitativa y no ruinosa para ella", y decretaba la reducción del "impuesto establecido de un sol en plata por quintal, que grava indistintamente los productos de caña de azúcar, en la forma establecida por el artículo siguiente: El azúcar blanca y granulada pagarán un derecho de exportación de 20 peniques por quintal. (...) Este impuesto regirá durante la guerra actual".

EL COMERCIO SOBREVIVIÓ A LA DICTADURA. CONTINUÓ CERRADO DURANTE LA OCUPACIÓN CHILENA DE LIMA; PERO REAPARECIÓ APENAS SE ALEJÓ EL INVASOR, CIRCULANDO EL PRIMER NÚMERO, DESPUÉS DE DOS AÑOS Y MEDIO DE SILENCIO, EL 22 DE OCTUBRE DE 1883.



¿Daba este convenio los recursos para la guerra? Piérola afirmaba que tal esperanza era ilusoria pues sus artículos 7 y 30 decían expresamente que, en el caso de que el salitre o el guano no pudieran ser exportados, importados o vendidos por cualquier causa independiente del contratista, la entrega de dinero por este cesaría de ser pagada. En su carta a A. Guillaume el 14 de abril de 1880 afirmó: "No hay (conveniencia) en contratar sobre cosa que necesitamos previamente recuperar por medio de las armas". Pero de todos modos el Crédito Industrial prometía este dinero y abría así una expectativa cuyas condiciones hubieran podido mejorarse en nuevos tratos con la misma entidad aun cuando hubiesen sido cancelados los poderes de Rosas y Goyeneche. Y aun suponiendo que el Crédito Industrial se hubiese eximido a última hora del compromiso que adquirió en el convenio reservado, se habría sentido estimulado a vincular sus intereses a los del Perú contribuyendo a buscar la mediación norteamericana o europea en la guerra o a vigorizar las resistencias ante la demanda que hiciera Chile para poner un precio a su victoria.

Para Rosas, el convenio, según manifestó en una carta particular (publicada en *La Opinión Nacional* del 23 de marzo de 1880), "es lo mejor posible atendidas las circunstancias en que ha sido negociado". Y agregaba: "La cuestión estaba reducida a saber si nosotros o los chilenos celebrarían el contrato. En los últimos días nos hemos disputado el terreno palmo a palmo. La prensa de Londres y de París les ayudaba, la mayor parte de los tenedores de bonos ingleses y aun el mismo Gobierno inglés. Yo he tenido conmigo a los tenedores de bonos de Francia, Bélgica y Holanda y la justicia de la causa que defendía; y al fin he triunfado. Tal situación, como usted ve, era para hacer un contrato a todo trance, no ya para sacar ventajas sino para impedir que el enemigo pudiese sacarlas. ¡Qué vergüenza para nosotros si los chilenos hubiesen podido continuar haciéndonos la guerra con los recursos que les hubiera proporcionado nuestro salitre y nuestro guano!... Se ha estipulado que se nos adelantarán dos libras por cada tonelada de guano que se exporte; pero además de este adelanto he ajustado otro de £ 800.000 en un tratado secreto; pues no convenía que los chilenos llegaran a saberlo para que se suscitasen dificultades. Este adelanto no ha podido conseguirse a descubierto. En el estado de descrédito en que se encuentra el Perú por falta de exactitud en los pagos y por sus derrotas, esto era imposible. Se ha convenido, pues, en que se hará sobre la parte en que nos correspondía en el guano que tiene la Peruvian Company y sobre los conocimientos de los buques que están cargando en Lobos para ella".

Piérola, por decreto de 23 de febrero de 1880, declaró sin efecto los actos de Rosas y Goyeneche, los sometió a juicio y declaró que sus bienes, derechos y acciones estaban afectos a responsabilidad fiscal y embargados. Se basó en que no habían hecho caso de las órdenes expedidas por el Gobierno y en que habían transgredido sus poderes.

OTRAS MEDIDAS PUNITIVAS DEL DICTADOR COMO MOTIVO DEL CONTRATO CON EL CRÉDITO INDUSTRIAL Y LOS RECLAMOS DE DREYFUS. LA CLAUSURA DE *EL COMERCIO*.- *El Comercio* publicó el 10 de enero de 1880 una correspondencia fechada en París que traía un comentario favorable al contrato firmado por Rosas con el Crédito Industrial. En su editorial del mismo día aseveró que un año atrás Dreyfus había ofrecido una transacción en los reclamos por él presentados disminuyendo en un 60% el monto de ellos.

Piérola dirigió el 12 de enero una carta pública a su secretario de Gobierno y allí afirmó que la correspondencia había sido forjada en Lima y que no había tal ofrecimiento de rebaja. Le ordenó tomar las disposiciones necesarias para que el prefecto del departamento se constituyera personalmente en la imprenta y exigiese la inmediata entrega del original enviado desde París y, a la vez, pidiera comprobantes sobre la revelación hecha en el editorial. Decía en seguida: "La prensa de Lima en su mayoría, y muy especialmente *El Comercio,* ha sido hasta hoy el principal cooperador del abuso político y administrativo que hemos venido a destruir, de la tiranía y la explotación pública de los últimos siete años, de la farsa y del engaño sistemático que ha traído al país al

punto en que le hallamos. Es preciso que esto cese y cese inmediatamente. La prensa es gran vehículo de luz y de verdad. Cuando se la emplea para engañar y forjar imposturas, no hay nada que la iguale en daño y mal público. Yo no conozco delito más enorme que el tráfico de las ideas y la especulación hecha por la prensa que le sirve de medio para difundirlas. Desgraciadamente la nuestra, salvo honrosas excepciones, ha calumniado sin embozo, ni correctivo y ha ayudado sin escrúpulo y por paga, de lo que tengo pruebas recibidas, a los que sin conciencia, han especulado con los tesoros y los más caros intereses del país. La discusión libre de los asuntos públicos, comenzando por los actos del Gobierno, es y debe ser nuestra más grande aspiración; pero no es aquella posible si impunemente puede faltarse a la verdad y deliberadamente se emplea la prensa en engañar". Los últimos párrafos de este documento anunciaban una "ejemplar represión".

En realidad, de dos cartas privadas del corresponsal en París habían sido copiados literalmente algunos fragmentos concernientes al asunto del guano, suprimiendo las partes de carácter personal. La noticia dada en el editorial expresaba una opinión o una experiencia basada en una interpretación de la memoria publicada en París por los señores Araníbar y Althaus y que no entraba en la esfera de lo que requiere pruebas para ser expresado.

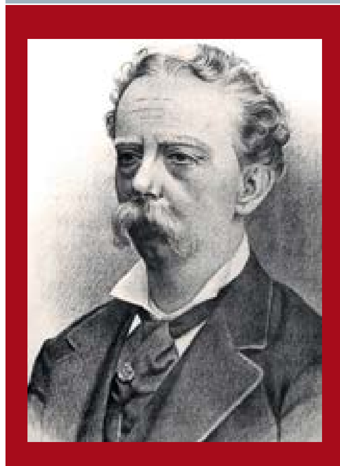
La resolución de 16 de enero de 1880, firmada por Nemesio Orbegoso y refrendada por Piérola, prohibió la publicación en lo sucesivo del diario *El Comercio* y de cualquier otro periódico en dicha imprenta y declaró "sus directores empresarios han perdido el ejercicio de un derecho que no han sabido usar sino en daño de los demás". En sus siete considerandos hizo un recuento del incidente sobre la correspondencia de París y sobre el editorial relativo al mismo asunto sobre la versión oficial, para agregar en seguida: "Que lo acaecido con este diario no es sino una prueba del deliberado y persistente propósito de continuar favorecido por la impunidad de que ha gozado hasta hoy, empleando la prensa como medio de extraviar el juicio público, forjando calumnias e imposturas con grave daño de la moral, de los intereses generales del país y de la institución misma de la prensa" y que "este delito, grave de suyo en toda circunstancia, lo es mucho más en las actuales y exige, por lo mismo, inmediato correctivo".

La medida adoptada en este caso por Piérola fue violenta y arbitraria y, por lo tanto, resulta condenable. Aunque tuviera en sus manos los poderes omnímodos de la Dictadura no podía, en materia tan importante, asumir las funciones de juez y parte, invadir la esfera del Poder Judicial y expedir, sin previo juicio, una sentencia tan drástica. El Dictador violó inclusive su propio Estatuto cuyo artículo 7° garantizó la libertad de imprenta proscribiendo únicamente el anónimo cuya persecución y castigo debía hacerse como si se tratara de un pasquín para agregar en seguida: "Los delitos cometidos por medio de la imprenta no cambian su naturaleza. En consecuencia, serán juzgados por los tribunales competentes". Quiere decir, pues, que, lícitamente, para su ira y su rencor no le quedaba sino el cauce señalado por las leyes, o solicitar la opinión del Consejo de Estado, o entregar el asunto tan solo al fallo moral de la opinión pública. Clausurar el periódico y la imprenta por medio de un decreto pomposo implicó un precedente gravísimo que podía ser imitado más tarde en daño de Piérola, su partido o sus amigos políticos; y colocó al Dictador al nivel de los tiranuelos.

El Comercio sobrevivió a la Dictadura. Continuó cerrado durante la ocupación chilena de Lima; pero reapareció apenas se alejó el invasor, circulando el primer número, después de dos años y medio de silencio, el 22 de octubre de 1883.

LA PRISIÓN DE QUÍMPER Y EL JUICIO CONTRA ÉL.- El ex ministro de Hacienda José María Químper fue sometido a juicio criminal y apresado, pues se le imputó el delito de falsificación por haber asegurado en un oficio que pasó a los comisionados fiscales en Europa (al comunicarles la resolución suprema sobre la inclusión del salitre de Tarapacá dentro de los arreglos que se hicieran con los tenedores de bonos) que ese documento oficial se hallaba rubricado por

LINO ALARCO (1835-1903)



A inicios de 1880, junto al doctor Miguel de los Ríos, este médico limeño certificó que el ex presidente Luis La Puerta era incapaz de usar sus manos debido a una grave enfermedad. Esto ocurrió durante un juicio al ministro de Hacienda José María Químper, y evitó su condena. Al año siguiente, Alarco representó a Trujillo en la Asamblea Nacional en Ayacucho. En 1890, fue elegido senador por el departamento de Amazonas, y en 1891, senador suplente por Huancavelica. En 1899, fue nombrado vicerrector de la Universidad Mayor de San Marcos y en 1903, vicepresidente del Perú.

QUÍMPER ADUJO QUE LA PUERTA SE HALLABA ATACADO DE UNA GRAVE ENFERMEDAD QUE LE IMPEDÍA DE MANERA ABSOLUTA EL USO DE SUS MANOS CORROBORANDO SU DECLARACIÓN EL PERSONAJE ALUDIDO Y SUS MÉDICOS MIGUEL DE LOS RÍOS Y LINO ALARCO.



el primer Vicepresidente de la República cuando no existía tal rúbrica (23 de febrero de 1880). Químper adujo que La Puerta se hallaba atacado de una grave enfermedad que le impedía de manera absoluta el uso de sus manos, corroborando su declaración el personaje aludido y sus médicos Miguel de los Ríos y Lino Alarco. La Corte Suprema mandó sobreseer en el conocimiento de esta causa y poner en libertad al enjuiciado (15 de marzo de 1880).

LAS CARTAS DE GUILLAUME.- A. Guillaume, en su carácter de presidente del comité francés de tenedores de bonos peruanos que actuaba detrás del Crédito Industrial, dirigió al Dictador dos cartas para hacerle ver las ventajas del contrato con esta entidad sobre el celebrado con Dreyfus que calificó de inconveniente no solo por sus estipulaciones, sino por el rechazo unánime con que lo habían recibido los acreedores del Perú y por la existencia del otro arreglo ya celebrado por Rosas y Goyeneche cuyo nombramiento como apoderados fiscales emanaba de una ley especial (20 de febrero y 31 de mayo de 1880).Piérola respondió a la primera pero no a la segunda. En esta última, Guillaume llegó a decir: "V. E. le ha pedido (a Dreyfus) 25.000.000 de francos según V. E. mismo me lo ha escrito. ¿Los quiere V. E.? Autorizado estoy para ponerlos a la disposición del Perú, en cambio de la entrega del *stock* de la Peruvian Guano Company y del simple reconocimiento del contrato Rosas-Goyeneche con el Crédito Industrial". A pesar de esta oferta tentadora, surgía el inconveniente de que la Peruvian no quería entregar *su stock* de guano. No aceptó dárselo a Dreyfus; ¿se hubiera allanado a traspasarlo al Crédito Industrial? Pero, no obstante esta clase de razonamiento objetivo debía el Perú tratar con Guillaume que públicamente estaba haciendo ofertas y preferirlo a Dreyfus que nada prometió ni aportó bajo su firma personal.

LOS LAUDOS EN LAS CUESTIONES CON DREYFUS.- El Dictador prosiguió, sin embargo, tozudamente en sus tratos con la casa Dreyfus, la que aceptó que él, como árbitro, resolviera las cuestiones pendientes con el Estado peruano. Fueron primero siete laudos, dos expedidos el 13 de abril de 1880 y los siguientes el 26 y 27 de abril y el 3, el 4 y el 22 de mayo del mismo año. Su contenido fue el siguiente: 1) Sobre que esa casa solo debía cargar al Gobierno peruano en su cuenta sus diversos pagos en billetes de banco por el valor de estos en plaza al tiempo de dicha entrega en 1875 y 1876; 2) sobre que la misma entidad tenía derecho por su contrato de 1869 a los intereses capitalizados de los saldos semestrales que formaban el saldo final de sus contratos con el Gobierno; 3) sobre que no existía por parte de ella obligación de pagar al Tesoro nacional el 4% sobre el guano averiado por siniestro marítimo; 4) sobre que debía serle de abono la suma de S/. 771.122.22 al liquidar el saldo de sus cuentas, en relación con su declaración de 21 de diciembre de 1869 concerniente a las reformas y economías por ellas introducidas en la administración del guano; 5) sobre que no tuvo derecho para cargar en cuenta al Gobierno el semestre de intereses de 1° de enero a 30 de junio de 1870 en los bonos del empréstito de 1870; 6) declarando conforme a las estipulaciones del contrato de 1874 el procedimiento de dicha casa con relación al precio del guano a que este contrato hizo referencia; 7) sobre que ella no estaba obligada a pagar los gastos hechos en los juicios que sostuvo con los tenedores de bonos y armadores de buques; y declarando infundados los reparos hechos con tal motivo con el Tribunal de Cuentas en las de 1878. Dos laudos más fueron expedidos el 18 de noviembre de 1880; 8) sobre las cuentas de intereses presentadas por esta casa en relación con los cuatro millones de libras que entregó al Gobierno por la parte tomada a firme en el empréstito de 1870; y resolviendo que no tenía derecho a los mencionados intereses pero sí a la diferencia de 3% sobre esa parte y al 1 y 1/2 sobre el resto de dicho empréstito; y 9) declarando que la casa mencionada no tenía derecho a la suma reclamada de S/. 1.460.769.15 por aumento de precio en el guano de Guañape y Ballestas, y que había caducado la facultad otorgada en uno de los fallos arbitrales anteriores

[1]

[2]



NICOLÁS DE PIÉROLA. Tras el viaje del presidente Mariano Ignacio Prado, asumió la jefatura de Estado en 1880 y se mantuvo en el cargo hasta la ocupación de Lima. En esta fotografía (1), lo vemos, con chaqueta blanca, junto a su hijo Isaías y a varios de sus familiares en su hacienda, llamada Caudivilla, en Lima. Antes de ocupar este cargo, Piérola (2) había sido ministro de Hacienda e impulsor de innumerables revueltas para hacerse con el poder. Volvería a la presidencia en 1895.

El Comercio

[1883 OCTUBRE 23]

LA REAPARICIÓN DE *EL COMERCIO*. El miércoles 23 de octubre de 1883, tras la desocupación de los soldados chilenos de Lima, el diario *El Comercio* volvió a circular. En esa fecha, su director José Antonio Miró Quesada dijo en el editorial: "Aún no ha transcurrido un lustro después de aquellos días tristemente memorables en que el Perú se aprestaba, con espíritu imprevisor y ligero, a defender la honra y los intereses materiales del vecino, sin sospechar siquiera que honra e intereses propios comprometía en la empresa; y sin embargo, nos parece que ha pasado más de un siglo desde entonces, tanta es la lentitud con que los años corren cuando empieza a soplar el viento de la adversidad".

para comprobar su derecho al descargo del resto de los tres millones que se obligara a procurar al Tesoro peruano mediante el compromiso contraído en diciembre de 1872.

Dreyfus reclamaba la suma S/. 21.083.195.85. El saldo definitivo, a favor de esta casa quedó fijado en los laudos en S/. 13.591.309.16 de 45 peniques, o sea £ 2.583.764.10, al 30 de junio de 1879. Aparte de la suma indicada, las cuentas de fecha posterior ya presentadas o que la casa presentara quedaron para ser examinadas y juzgadas por el Tribunal Mayor de Cuentas; y los intereses correspondientes a las £ 5.000.000 tomadas a firme por Dreyfus en el empréstito de 1880 tampoco fueron comprendidos en el arreglo. Finalmente, para el pago de aquel saldo fue esta casa autorizada a explotar guano y abonarlo en cuenta al Gobierno al precio que se fijó, otorgándosele, además, otras concesiones referentes al carguío y venta del abono.

FRACASO DEL ARREGLO CON DREYFUS Y CONVENIO DE LA PERUVIAN GUANO Y DE LOS TENEDORES DE BONOS INGLESES CON CHILE.- Estos fallos revelaron, por parte del régimen surgido en el Perú en diciembre de 1879, una firme voluntad de solucionar las cuestiones pendientes y restaurar el crédito externo. Dentro del semestre que siguió al nuevo contrato Dreyfus, la Dictadura le dio todo lo posible: el guano, las bases para su carguío, reconocimiento y fijación de las cuentas a su favor.

Pero el contrato sobre el guano no llegó a hacerse efectivo. Tampoco Dreyfus llevó a cabo la entrega de los fondos prometidos. A la Peruvian Guano no podían ser gratas las estipulaciones del contrato de 7 de enero de 1880 que otorgaban a Dreyfus otra vez el monopolio del guano. Si las hubiese aceptado, todas las existencias de este abono o su parte más importante habrían salido de los depósitos de dicha compañía para atender a obligaciones diversas de las que habían sido estipuladas en junio de 1876. Por otra parte, los tenedores de bonos ingleses y el Gobierno de Chile celebraron un arreglo, iniciado ya cuando este otorgó permiso a los capitalistas extranjeros antedichos para extraer guano del territorio peruano ocupado (bando u orden militar de 22 de febrero de 1880). Un convenio entre la Peruvian Guano y Chile fue proyectado y firmado desde marzo de 1880; aunque no llegó a ser ratificado hasta 1882, bajo condiciones bien distintas. Los acreedores británicos del Perú le hicieron la guerra económica, se comprometieron con Chile a no dar dinero a ese país y así contribuyeron a privarle de recursos; y al lado de ellos apareció la Peruvian Guano. Al referirse a las medidas adoptadas por el Gobierno peruano y a la Peruvian Guano, Toribio Sanz escribió a Piérola: "Nada de esto servirá de freno, nos ven caídos, conocen que nuestros enemigos son dueños del mar y proceden con cinismo". A los factores mencionados sumáronse las protestas del Crédito Industrial, o sea de los acreedores franceses, y la campaña contra la Dictadura y contra Piérola acrecentada por la forma en que se había efectuado la sublevación de diciembre de 1879 y por la esperanza de que se produciría un nuevo cambio político. Rosas publicó el 29 de marzo de 1880 en *The Thimes* de Londres (diario constantemente hostil al Perú en esta época) una carta desconociendo los arreglos presentes y futuros de Piérola y anunciando que el nuevo régimen constitucional los anularía. Era creencia generalizada, al mismo tiempo, la de que Chile era virtualmente el vencedor en la guerra como lo dijo *The Times* en el editorial de 12 de noviembre de 1879.

Fracasó, pues, el nuevo contrato Dreyfus ante la fuerza de los intereses contra él arremolinados en Europa y ante la endeblez de la situación militar y política del Perú y también por la actitud de esta casa. "Aun sin guano (escribió Daniel Ruzo desde Londres a Piérola) el judío debe dar fondos no como préstamo sino como restitución de lo que debe por motivos que Ud. no ignora" (23 de marzo de 1880. Archivo Piérola). Pero esos fondos no fueron suministrados. Resultó dañino para el Perú hacer con Dreyfus un trato impracticable y acogido con hostilidad por todos los grupos de tenedores de bonos, mientras dejaba de lado bruscamente a los comisionados que legalmente habían estado actuando antes en Europa. Fue una gestión desacertada e infausta.

NUEVAS GESTIONES CON EL CRÉDITO INDUSTRIAL Y EN ESTADOS UNIDOS.- A fines de 1880, los agentes de la Dictadura, Guillermo Bogardus y Toribio Sanz, orientaron su acción a tratar de nuevo con el Crédito Industrial. El personero de él A. Guillaume inició en octubre de ese año gestiones para una mediación norteamericana en la guerra que debía conducir a la neutralización de los depósitos de guano y salitre, la explotación de ellos por un establecimiento de crédito honorable, el pago por este en nombre del Perú de una indemnización de guerra hasta de £ 3 por tonelada de guano y la conversión de la deuda del salitre para amortizar la del guano. Sanz llegó, independientemente de esta gestión, a las bases para un arreglo con el Crédito Industrial en diciembre de 1880, o sea, días antes de las batallas que decidieron la campaña de Lima (carta de Sanz, 31 de diciembre. Archivo Piérola). Por su parte, Piérola había entrado en tratos con los señores Fralick y John Harald como representante de otro sindicato de tenedores de bonos y de capitalistas europeos y norteamericanos para un contrato de expendio del guano y adelanto de fondos que tampoco llegó a concretarse.

OTRAS MEDIDAS HACENDARIAS DE LA DICTADURA EN EL SEGUNDO SEMESTRE DE 1880.- En el segundo semestre de 1880 orientó el Dictador su política hacendaria, además, hacia la unificación de los impuestos, con lo cual tendió al alivio de los contribuyentes por la reducción de las tasas; hacia la creación del Estanco de la Sal, que no llegó a surtir sus efectos; y hacia el arreglo de la recaudación.

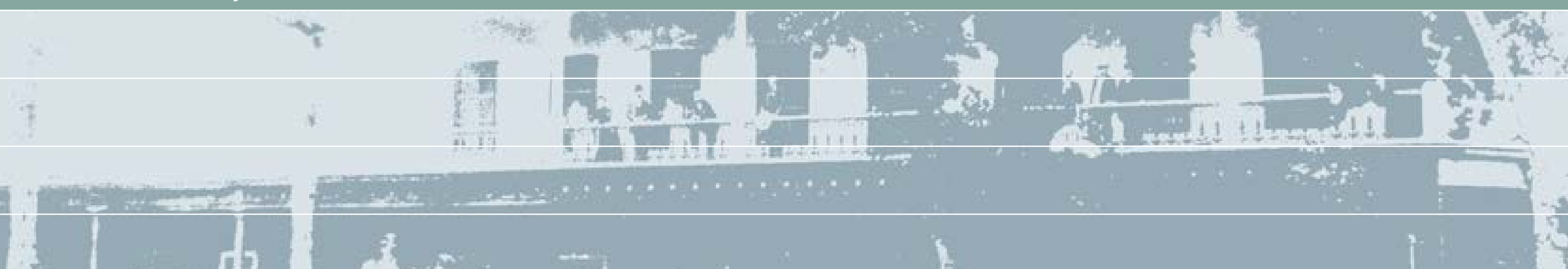
EL DECRETO QUE NEGÓ DERECHOS A LOS ACREEDORES INGLESES DEL PERÚ.- Especial interés ostenta el decreto de Piérola de 15 de marzo de 1880 expedido con motivo del bando publicado en Iquique por el jefe de las fuerzas chilenas que ocupaban Tarapacá, de acuerdo con tenedores ingleses de bonos peruanos. Después de calificar a dicho bando como atentatorio de la soberanía del Perú y depredatorio del guano de sus depósitos, el decreto expresó: "Los tenedores de bonos que hubiesen en efecto solicitado el permiso a que dicho bando se refiere para extraer guano en pago de sus acreencias, han perdido ipso facto su derecho a hacerlos valer ante el Perú en ningún tiempo ni bajo ninguna forma".



FRACASÓ, PUES, EL NUEVO CONTRATO DREYFUS ANTE LA FUERZA DE LOS INTERESES CONTRA ÉL ARREMOLINADOS EN EUROPA Y ANTE LA ENDEBLEZ DE LA SITUACIÓN MILITAR Y POLÍTICA DEL PERÚ Y TAMBIÉN POR LA ACTITUD DE ESTA CASA.



[TOMO 9]



[**CUARTO PERÍODO:** LA GUERRA CON CHILE]

CAPÍTULO 7 • **I** La defensa de Lima • La Legión Carolino-Militar y el estandarte carolino • El "Pan de los Pobres" • **II** Bloqueo del Callao y otras operaciones navales • Primer bombardeo del Callao • Segundo bombardeo del Callao • El combate de la lancha *Independencia* con las lanchas *Guacolda* y *Janequeo*. José Gálvez Moreno, Emilio J. San Martín y Manuel Sebastián Ugarte • Gil Cárdenas • **III** El hundimiento del *Loa* por una bomba • Bombardeos del Callao en agosto y setiembre • El hundimiento de la *Covadonga* por un torpedo • El bombardeo de Chorrillos, Ancón y Chancay • El combate de las lanchas-torpedos el 6 de diciembre. Hundimiento de la *Fresia* • El empleo de torpedos en la guerra contra Chile. Paul Boyton • El submarino de Federico Blume • El globo aerostático de Sauri • **IV** La cuestión del *Luxor* • **V** Expedición chilena en el norte del Perú • La destrucción de las haciendas de Dionisio Derteano • La destrucción de San Nicolás y del puerto de Chimbote • Lynch en otras comarcas del norte • Luis G. Albrecht y Cecilio Cox Doray • Lynch en el sur • El botín de Lynch • Expediciones sobre Moquegua e Ilo • **VI** Gestiones para una intervención europea • Las negociaciones chileno-bolivianas y las conferencias de paz en el *Lackawanna*. Los siete puntos de las exigencias chilenas • ¿Debieron ser aceptadas las exigencias chilenas en el *Lackawanna* • **VII** El Gobierno chileno y la campaña de Lima • Las discrepancias entre Baquedano y Vergara sobre la expedición a Lima.

LAS VÍSPERAS DE LA LUCHA POR LA CAPITAL PERUANA

La Dictadura y la situación bélica. Submarino, minas y brulotes. Lynch en el norte peruano. Las negociaciones en el Lackawanna



[I]

L

A DEFENSA DE LIMA.- Dos factores minaban a las fuerzas peruanas en relación con las operaciones bélicas. En primer lugar, las discordias no aplacadas después de la proclamación de la Dictadura y, antes bien, avivadas por la manera como ella había sido erigida y por la circunstancia de que Piérola tenía el supremo comando militar a pesar de que era un político ajeno a esa profesión. En segundo lugar gravitaron las dificultades inherentes a la improvisación de la defensa y la limitación de los medios disponibles.

Piérola ha sido censurado, sobre todo, en relación con la dirección militar. Se ha dicho que sometió la organización de la defensa a su exhibicionismo y a su egolatría, luciéndose en desfiles frívolos. Se ha insistido también mucho que fue a la preferencia por jefes improvisados; que se dejó llevar por consideraciones políticas en los nombramientos; y que por celos con su viejo enemigo Montero le quitó el título de jefe superior del sur, limitó su autoridad a asuntos militares, entregó la parte administrativa a Pedro Alejandrino del Solar y favoreció la organización del inútil ejército de Leiva en Arequipa. Más lejos habría ido todavía al no atender los pedidos de Montero sobre dinero, vestuario, equipo, provisiones y demás elementos. Esto, sin aludir por ahora a las inculpaciones con motivo de la defensa de Lima.

Pueden ser veraces, en todo o en parte, esas tachas. Pero en su libro *La historia en el Perú* dice José de la Riva-Agüero y Osma al referirse a Piérola:"El encargarse del mando… en medio del desaliento y la consternación generales en horas de peligro supremo, fue todavía más que un acto de ambición, un acto de patriotismo que merece el calificativo de heroico. Si Piérola con su entusiasmo, su actividad infatigable y su popularidad de caudillo, no hubiera alentado en la lucha ¿habríamos impuesto al invasor resistencia tan porfiada en San Juan y Miraflores que si no dio la victoria, salvó al menos, el honor de la capital?".

Piérola promulgó una nueva constitución militar para hacer efectivo el servicio obligatorio (los varones de 18 a 30 años debían formar el ejército activo, los de 31 a 50 la reserva movilizable y los mayores de 50 la reserva sedentaria). Organizó así dos ejércitos del sur (Tacna y Arequipa), uno del centro y uno del norte, divisiones y cuerpos militares así como el Estado Mayor General y el cuerpo de ingenieros. Tomó en nombre de la defensa nacional, bienes o dinero dedicados a fines eclesiásticos y sancionó duramente a los hacendados que accedieron a las imposiciones económicas de los chilenos en sus correrías en la costa. Levantó el ánimo del país después de las derrotas del sur y algunas de sus frases, sobre todo en su discurso al inaugurarse la ciudadela de San Cristóbal, ya no fueron olvidadas por sus prosélitos. Soñó en una invasión de Tarapacá por territorio boliviano con armas suministradas desde Buenos Aires, para lo cual envió a Guillermo Billinghurst a hacer exploraciones en el lago Titicaca y el río Desaguadero (febrero de 1880). Dividió el departamento de Lima en doce zonas, con obligación para los propietarios de formar con los inquilinos de sus pertenencias una columna de reserva movilizable, con el fin de hostilizar al enemigo en su desembarque y prestar servicios como exploradores, guías y arrieros del ejército activo.

Contingentes de diversos lugares de la República comenzaron a llegar a Lima. En vapores de la compañía inglesa llegaron a Chancay y Ancón encaminándose a la capital por tierra, cuerpos como el Cazadores de Rímac desde su acantonamiento en Huaraz, los tiradores de Pacasmayo y

otros embarcados con disfraz de peones; también llegó bajo análogas circunstancias el batallón Piura. Por distintas zonas de la sierra se movilizaron batallones de la zona amazónica; y el 27 de junio de 1880, el mismo día en que se ponía en estado de defensa militar al departamento de Lima, hizo su aparición en Chicla, a la cabecera del ferrocarril de La Oroya, una división de cerca de tres mil naturales del valle de Jauja llamados a las armas por un rico hacendado de la sierra central, Luis Milón Duarte (que luego cambió en su conducta) y divididos en los batallones Tarija, Concepción, Tarma y Manco Cápac. Por un decreto dispuso el Dictador que, a partir del domingo 11 de julio, concurrieran todos los habitantes de Lima entre la edad de 16 a 60 años a inscribirse, sin excluir estado, clase ni posición bajo penas de diez a diez mil incas o el apremio de ser enrolados los que no cumplieran con lo mandado, en el ejército activo. Las inscripciones fueron hechas con patriótico fervor del 11 al 16 de julio y en el curso de un mes fue formado el ejército que iba a defender Lima en Miraflores, compuesto de diez divisiones y treinta batallones bajo la denominación de números pares desde el 2 al 62. General en jefe de este ejército fue nombrado el prefecto de Lima Juan Martín Echenique, quien cedió el puesto a Juan Peña y Coronel; como jefe de Estado Mayor quedó designado un rico hacendado de Lima, Julio Tenaud. Los empleados del Poder Judicial formaban la primera división, en la que había hasta vocales de la Corte Suprema, bajo el mando de José Unanue. La segunda división tenía como jefe a Pedro Correa y Santiago, antiguo miembro de la Beneficencia y comprendía todo el ramo de instrucción pública desde los maestros de escuela a los claustros de la Universidad de San Marcos. Serapio Orbegoso, hermano de uno de los secretarios del Dictador, mandaba la tercera división cuyo personal pertenecía a la alta, mediana y baja finanza. La cuarta división compuesta por el ramo de edificadores, desde albañiles hasta arquitectos, hallábase bajo las órdenes de Juan de Aliaga. En la quinta división, que inicialmente estuvo a cargo de Peña y Coronel, agrupándose quienes vivían en el comercio de vestidos y zapatos. La sexta, con el coronel Montero, componíase de plateros, herreros, fundidores y especialistas en labores similares. La sétima, coronel Derteano, era la del personal de prensa, desde los tipógrafos hasta los redactores. La octava, coronel Arrieta, de los comerciantes en el negocio de la alimentación. La novena, a cargo de Bartolomé Figari, de los decoradores de la ciudad y de los barberos. La décima, bajo Antonio Bentín, se componía de los empleados del ferrocarril de La Oroya, del gas, del agua potable y de otras empresas. Los que comerciaban en cabalgaduras pasaron a formar una brigada de caballería a cargo de Juan Francisco Elizalde y se formó, también con personal *ad hoc*, una brigada de artillería que mandó en jefe Adolfo Salmón. Una sección del Estado Mayor fue la de ingenieros a cargo de Francisco Paz Soldán. Las reservas, según orden del Dictador, debían ejercitarse todos los días en el manejo de las armas; para esto, debíanse cerrar al toque de un repique de la Catedral, todos los negocios y oficinas. El ejército, por otra parte, debía salir, por divisiones, a acampar fuera de Lima.

Químper se jacta en su manifiesto de que el armamento usado en la defensa de Lima fue obra suya, anterior a la Dictadura. Otras informaciones lo contradicen. Algún resultado dieron los premios y medidas de rigor ordenadas por Piérola para recoger las armas diseminadas. Más eficaces fueron las gestiones en el extranjero. Interés especial tuvo a este respecto la labor del comisionado secreto José de los Reyes con una libranza de £ 40.000 a cargo del banquero Canevaro que, como otras, fue descontada por la Grace (abril a junio de 1880). En Panamá resultó invalorable e incansable el cónsul, coronel Federico Larrañaga, antiguo adepto de Echenique y de Piérola. Las autoridades del istmo fueron favorables al Perú. Ya antes del advenimiento de la Dictadura el presidente de Costa Rica, Guardia, entregó en julio de 1879 seis mil rifles Remington como pago del empréstito de 1856 y autorizó la apertura de un puerto especial denominado Coco para los envíos. Los Gobiernos de Honduras, Guatemala y Ecuador, fueron también inculpados por los chilenos de haber permitido la expedición de armas o participado en ella; aun cuando dieron explicaciones. No faltaron los capitanes de barcos ingleses como Stedman del *Bolivia* que sacó a remolque en el Darién la goleta con bandera portuguesa *Guardiana* despachada a Esmeraldas y



PIÉROLA HA SIDO CENSURADO, SOBRE TODO, EN RELACIÓN CON LA DIRECCIÓN MILITAR. SE HA DICHO QUE SOMETIÓ LA ORGANIZACIÓN DE LA DEFENSA A SU EXHIBICIONISMO Y A SU EGOLATRÍA, LUCIÉNDOSE EN DESFILES FRÍVOLOS.



AUGUSTO E. BEDOYA (1857-1926)



El militar tarmeño fue uno de los tres estudiantes del Convictorio de San Carlos que llevaron el estandarte de su institución durante la campaña terrestre del sur. Bedoya participó en la batalla de Tarapacá, donde fue herido de un brazo. Luego, ascendido a teniente, fue ayudante de Cáceres en San Juan y Miraflores. Tras la ocupación de Lima, se unió a la resistencia cacerista en la sierra, y luego de la firma del Tratado de Ancón, a la resistencia contra el gobierno de Miguel Iglesias. En 1885, fue subprefecto de su provincia natal, y diputado en 1891 y 1901, entre otros cargos.

la condujo a Máncora, cerca de Tumbes (7 de julio de 1880). Junto con esta remesa viajó el diligentísimo Larrañaga. Otra expedición de este tipo fue la de la goleta *Estrella* que logró entrar en Paita cuando un buque de la escuadra chilena la buscaba en Guayaquil y en Tumbes. En el mismo tráfico entre Panamá y el Perú estuvieron los barcos *Ricaurte*, *Enriqueta* y *Elvira*. El capitán Nodder del vapor inglés *Mendoza* llevó a remolque al transporte-goleta *Enriqueta* a Guayaquil y luego a Pacasmayo (6 de agosto de 1880), de donde fue llevada a remo hasta Chimbote. El capitán Petrie del *Pizarro*, condujo armas, cañones y aun torpedos Lay para el Perú. Los capitanes Stewart y Cross también colaboraron, como los ya mencionados, por cuantiosa paga.

Se ha calculado que, después de diciembre de 1879 hasta la iniciación de la campaña de Lima, pasaron por el istmo cerca de 300 mil fusiles, 60 ametralladoras, torpedos, lanzatorpedos, cápsulas, aparatos para fabricarlas, alambres, dinamita y otros materiales. Los despachos fueron efectuados, por lo general, por medio de la casa de Henry Ehrman a la que se abonaron altas sumas para cubrir los gastos que ocasionaba el flete, el transporte por el ferrocarril, el almacenaje, el embarque y demás operaciones requeridas por esta movilización dentro del mayor secreto posible (Archivo Piérola, archivadores 12, 13, 14, 15 y 16).

La casa Grace prestó entonces grandes servicios al Perú. Además en la adquisición de elementos bélicos actuaron en Centroamérica Tomás Lama; en Europa, Carlos de Piérola, Guillermo Bogardus, Alejandro Muñoz y Toribio Sanz; y en Estados Unidos, Luis Germán Astete y Carlos Tracy, entre otros. La historia de los esfuerzos para armar al Perú entonces no pudo hacerse pública para no dar informaciones al enemigo y ha sido desdeñada más tarde bajo el influjo de la derrota y de la pasión política, pero es uno de los capítulos importantes en la guerra con Chile.

En la fundición del mecánico inglés White en la Piedra Lisa, al pie del cerro San Cristóbal, fueron construidos cañones; ellos llegaron a varios centenares pero resultaron poco eficaces. El ingeniero peruano Juan C. Grieve hizo también fundir algunos cañones que llevaron su nombre.

Mucho fue lo que se hizo; pero muchísimo más quedó por hacer.

El comerciante francés Mariano Franck tuvo a su cargo el suministro del vestuario y otros materiales para el ejército que defendió Lima. La orden de 24 de noviembre de 1880 al presidente de la junta fiscal dispuso que se pusieran a su disposición dos cajones de billetes existentes en Panamá conteniendo en billetes de a dos soles la suma de S/. 148.000 y en billetes de a cinco S/. 130.000 que Franck debía recibir en Panamá y llevar a Lima para entregarlos a dicha junta. Igual mandato fue hecho en relación con un cajón de billetes de a 100 y otros de a 500 que no llegó a recibir y formaron parte de los 11 millones entregados por la casa Prevost a personeros del presidente García Calderón en mayo de 1881. Sus tratos con el Gobierno peruano en aquellos momentos de emergencia nacional causaron serio quebranto económico a Mariano Franck.

Una junta de jefes de la marina acordó en enero de 1880, en vista de que era imposible obtener buques blindados poderosos, adquirir cuatro cañoneras para hacer levantar el bloqueo de algunos de los puertos, destruir los transportes y los barcos menores del enemigo, cortar los recursos de la invasión, movilizar y abastecer al ejército peruano, impedir la exportación del guano y del salitre, y atacar, si era posible, a un blindado.

LA LEGIÓN CAROLINO-MILITAR Y EL ESTANDARTE CAROLINO.- Al estallar la guerra se formó con alumnos pertenecientes a las Facultades cuyo local estaba situado en el del antiguo Convictorio de San Carlos y con estudiantes del Colegio Militar la llamada "Legión Carolino-Militar". Presentó al Gobierno su pedido para marchar al sur en la vanguardia del ejército de línea, pero esta solicitud no fue aceptada por considerar que no era necesario el sacrificio de la juventud más brillante del país y que se trataba de personas dependientes de sus padres. Optaron entonces los estudiantes por enviar al sur una comisión integrada por tres compañeros: José Andrés Torres Paz, Manuel Eduardo Lecca y Augusto E. Bedoya llevando el estandarte carolino

bordado por señoras y señoritas de la capital. Combatieron ellos valerosamente en San Francisco y en Tarapacá; en esta última jornada quedaron heridos Torres Paz y Bedoya. Torres Paz estuvo presente luego en la batalla de Tacna, en la que salió otra vez herido.

En noviembre de 1880 Andrés A. Cáceres devolvió el estandarte carolino haciendo resaltar el afecto y el respeto que había inspirado a los soldados a través de sus fatigas y de sus luchas. Los estudiantes se lo volvieron a entregar el 6 de diciembre de 1880.

EL "PAN DE LOS POBRES".- Al producirse los desastres en la campaña del sur, hubo en Lima una gran cantidad de refugiados provenientes de las provincias que el enemigo había ocupado o amenazaba. Eran, principalmente, mujeres y niños, cuyos esposos, hijos, padres o hermanos estaban enrolados. Se formó entonces la institución denominada "Pan de los Pobres", cuya presidencia ejerció Jesús Itúrbide de Piérola, siendo secretaria Eva María de Piérola y vocales Rosario Cárdenas de del Solar, Pola Egúsquiza, Teresa Boloña de Roca, María Manuela Carrera de Pacheco y Mercedes Hurtado. Recolectó esta agrupación fondos y víveres para los necesitados, sirvió comidas, buscó empleos u otorgó facilidades a quienes pretendían dedicarse a alguna industria y colocó niñas en colegios y escuelas.

Fue acaso la primera expresión republicana de la actividad organizada por la mujer en Lima con un sentido de asistencia social de carácter laico.



AL PRODUCIRSE LOS DESASTRES EN LA CAMPAÑA DEL SUR, HUBO EN LIMA UNA GRAN CANTIDAD DE REFUGIADOS PROVENIENTES DE LAS PROVINCIAS QUE EL ENEMIGO HABÍA OCUPADO O AMENAZABA. ERAN, PRINCIPALMENTE, MUJERES Y NIÑOS, CUYOS ESPOSOS, HIJOS, PADRES O HERMANOS ESTABAN ENROLADOS.



BLOQUEO DEL CALLAO Y OTRAS OPERACIONES NAVALES.- La escuadra chilena, sin contrincantes, se dedicó después de octubre de 1879, a transportar el ejército, destruir elementos de embarque en los puertos y caletas de las guaneras y patrullar el mar para impedir u hostigar el acarreo de armas del Perú y la movilización de ellas en la costa peruana. Desde abril de 1880 bloqueó el Callao. Sus unidades fueron reforzadas con la llegada del nuevo vapor *Angamos*.

El bloqueo no transcurrió sin incidentes. Entre ellos estuvieron las tentativas fallidas para destruir a la *Unión* y los disparos sobre la dársena, los buques y los fuertes; y del lado peruano, los intentos de volar los buques enemigos mediante torpedos, y los combates de lanchas torpederas.

PRIMER BOMBARDEO DEL CALLAO.- El primer bombardeo del Callao –contestado por los fuertes de tierra y los barcos *Unión* y *Atahualpa*– se realizó el 23 de abril de 1880; los chilenos fracasaron en el intento de atacar al *Atahualpa*.

SEGUNDO BOMBARDEO DEL CALLAO.- Como represalia contra dos torpedos lanzados por la brigada torpedista formada en el puerto, tuvo lugar el bombardeo del 10 de mayo de 1880 con siete barcos chilenos.

EL COMBATE DE LA LANCHA *INDEPENDENCIA* CON LAS LANCHAS *GUACOLDA* Y *JANEQUEO*. JOSÉ GÁLVEZ MOREO, EMILIO J. SAN MARTÍN Y MANUEL SEBASTIÁN UGARTE.- En la noche del 24 de mayo de 1880 tuvo a su cargo una ronda en la bahía del Callao la lancha a vapor *Independencia* mandada por el teniente 2° José Gálvez Moreno, hijo del héroe del 2 de mayo, a cuyas órdenes estaban el guardiamarina Emilio J. San Martín y otros hombres más. Dos lanchas chilenas atacaron a la peruana. El cañón de esta quedó inutilizado, su ametralladora se descompuso y Gálvez entonces prendió la mecha de un torpedo, hizo además fuego sobre él, y consiguió que estallase al segundo disparo. Se hundieron la *Independencia* y también

MANUEL JOSÉ CUADROS (1849-1898)



El político limeño fue responsable del hundimiento del buque chileno *Loa*, el 3 de julio de 1880. Durante el bloqueo enemigo al Callao, Cuadros fabricó una bomba que fue llevada a bordo escondida en un canasto de frutas. La explosión mató al capitán Juan Guillermo Peña y a 118 tripulantes, y ocasionó el hundimiento de la nave. Tras la ocupación de Lima, Cuadros se unió a las fuerzas de Cáceres en la sierra. Llegada la paz, fue designado alcalde de Chorrillos y diputado suplente de Lima (1894). Fue ministro de Estado en dos ocasiones, 1896 y 1898.

la *Janequeo*. Con la cara y las manos quemadas por la explosión, ciego y casi sordo, Gálvez cayó prisionero. Luego fue puesto en libertad por los chilenos para que pudiera curarse.

Solo seis tripulantes de la *Independencia* regresaron a tierra, todos ellos heridos. Entre los muertos estuvo Emilio J. San Martín, natural de Moyabamba, símbolo de la solidaridad nacional de los peruanos oriundos de la región de la selva. El practicante de medicina Manuel Sebastián Ugarte, que ayudó a Gálvez a arrojar el torpedo y, como San Martín, falleció en acción, ostentaba el título honroso de haber pertenecido a la dotación de la fragata *Independencia* cuando se varó en Punta Gruesa y a la corbeta *Unión* en la expedición que hizo a Arica.

GIL CÁRDENAS.- Hubo diversos e ingeniosos proyectos para usar brulotes contra la escuadra chilena. Un torpedo explotó en Ancón el 23 de octubre de 1880 dando muerte al alférez de fragata Gil Cárdenas.

[III]

EL HUNDIMIENTO DEL *LOA* POR UNA BOMBA.- En el bloqueo del Callao los barcos chilenos destacaron diariamente un barco para hacer el servicio de ronda con la misión de reconocer las embarcaciones que trataban de salir del puerto o de entrar a él, ocupándose, al mismo tiempo, de las otras operaciones de vigilancia en la bahía.

El 3 de julio de 1880 se encontraba en servicio el vapor crucero de transporte *Loa*. A eso de las cuatro de la tarde de aquel día avistó una embarcación a la vela y al avanzar hacia ella descubrió que llevaba comestibles. Mientras se efectuaban las operaciones de descarga, se produjo la explosión de una bomba de dinamita oculta entre ellos y el buque se hundió, pereciendo su capitán Juan Guillermo Peña y 118 tripulantes. Autor de esta hazaña fue el alférez de fragata Carlos Bondy. La bomba fue confeccionada por Manuel José Cuadros.

BOMBARDEOS DEL CALLAO EN AGOSTO Y SETIEMBRE.- El 30 y 31 de agosto y el 1° y 2 de setiembre de 1880 sufrió el Callao bombardeos intermitentes. Fueron hechos ellos a distancia, pues el puerto llegó a estar protegido por artillería que infundió respeto a los barcos bloqueadores.

EL HUNDIMIENTO DE LA *COVADONGA* POR UN TORPEDO.- El 13 de setiembre la goleta chilena *Covadonga*, mandada por el capitán de corbeta Pablo de Ferrari, entró a la ensenada de Chancay en misión de reconocimiento de un puente de ferrocarril para destruirlo con el fin de impedir el tráfico de trenes. Se aproximó a la orilla e hizo fuego sobre un aparato que parecía ser un estanque de agua para proveer a las locomotoras. En vista de la mala puntería, el comandante ordenó hundir una lancha y un bote pequeño fondeados cerca del muelle de Chancay. Después de ser aquella echada a pique y como no fuera hundido este, comenzó a ser izado; pero un torpedo explosionó en esos momentos y echó a pique a la *Covadonga*. Perecieron Ferrari y como 75 marineros. El torpedo fue confeccionado por Manuel José Cuadros, según una versión muy generalizada; por el oficial de marina Decio Oyague, según Markham; o por Constantino Negreiros, según Paz Soldán.

EL BOMBARDEO DE CHORRILLOS, ANCÓN Y CHANCAY.- El 22 de setiembre el *Cochrane* fue comisionado para incendiar a Chorrillos y cañoneó esa población desde mediodía hasta las cuatro de la tarde, sin causar graves daños.

El 23 el *Blanco Encalada* bombardeó Ancón desde las diez y media de la mañana hasta las cuatro y media de la tarde con análogos resultados.

La *Pilcomayo* disparó ese mismo día unas cien granadas sobre Chancay.

EL COMBATE DE LAS LANCHAS-TORPEDOS EL 6 DE DICIEMBRE. HUNDIMIENTO DE LA *FRESIA*.- En un combate sostenido en la rada del Callao entre seis lanchas chilenas y cuatro peruanas el 6 de diciembre de 1880 en el que participaron también con sus disparos las naves de la escuadra bloqueadora, se produjo un tiroteo que duró dos horas y se hundió la embarcación chilena *Fresia*. Actuación destacada logró en esta acción por su coraje y pericia el teniente Antonio Jimeno, en la lancha peruana *Arno* que luchó sola durante algún tiempo.

EL EMPLEO DE TORPEDOS EN LA GUERRA CONTRA CHILE. PAUL BOYTON.- Atención especial reclaman las operaciones para adquirir, fabricar y emplear torpedos, en la guerra del Perú contra la escuadra chilena. En el Archivo Histórico de Washington, dentro de los volúmenes de la correspondencia consular se guardan las notas de Horace N. Fischer, cónsul de Chile en Boston y posteriormente conductor de despachos del Departamento de Estado a las legaciones en Lima y Santiago, aconsejando impedir el valioso embarque de torpedos que se hacía de Baltimore con dirección al Perú.

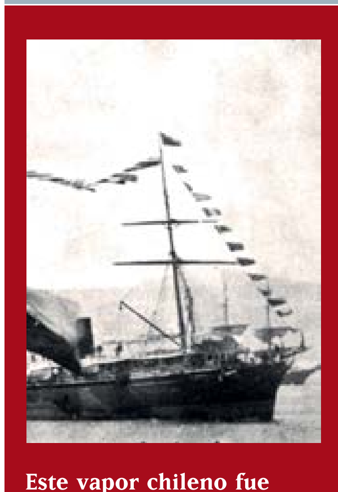
El *New York Herald* del 19 de mayo de 1881 dio cuenta de la llegada del famoso aventurero Paul Boyton. Venía de regreso del Perú, y llevaba en su equipaje huacos y momias. Había sido confiada a Boyton directamente por Piérola la misión de hundir con torpedos el *Cochrane*, el *Huáscar* y el *Amazonas*.

Las bases para la operación proyectada estuvieron primero en la isla de San Lorenzo y después en Ancón y Chorrillos. Nada se llegó a hacer, según Boyton, porque no era aparente el buquecito *Alacrán* que debía conducir los torpedos y porque los acontecimientos se precipitaron al desembarcar el ejército chileno y emprender la campaña de Lima. Boyton elogió a Piérola, como buen jefe y como hombre valiente.

EL SUBMARINO DE FEDERICO BLUME.- Federico Blume Othon fue un inmigrante danés, nacido en la Antilla menor de Santo Tomás, entonces posesión de Dinamarca, nacionalizado peruano y tronco de una respetable familia. En 1865 construyó a su costa un aparato sumergible con el que quiso atacar a la escuadra española, sin que se llegara a realizar ese plan. Años después tuvo a su cargo el ferrocarril de Paita quedando como acreedor del Estado por dicha obra. En la maestranza del ferrocarril, con mengua de su patrimonio, Blume llegó a fabricar otro artefacto similar al de 1865, cuya finalidad era atacar a la escuadra chilena. Popularmente recibió el nombre de "toro submarino". Logró descender a 12 pies, navegó sumergido a 3 nudos durante media hora y rindió varias pruebas de eficiencia. Su sistema de ventilación dependía de dos tubos para admitir y evacuar el aire cuando estuviese bajo el agua. Blume fue, al mismo tiempo, inventor de un torpedo que debía ser situado en las proximidades de las naves enemigas para destruirlas funcionando como una bomba de tiempo.

El "toro submarino" fue traído al Callao y, según se dice, provocó alarma en la flota bloqueadora del Callao. Una orden superior, para evitar que cayera en manos del invasor, hizo que fuera hundido. Junto con el aeroplano de Ruiz Gallo, el sumergible de Federico Blume incorpora al Perú en los capítulos iniciales de los esfuerzos hechos por el hombre para dominar la inmensidad del cielo y también la inmensidad del mar.

EL *LOA*



Este vapor chileno fue construido en 1873. Su casco era de fierro, y contaba con propulsión a hélice. Durante la guerra del Pacífico, participó en el combate de Angamos, de 1879, y luego en el bloqueo al puerto de Callao, en julio de 1880. Allí, fue hundido por una bomba preparada por Manuel José Cuadros y llevada hasta el vapor por Carlos Bondy. En la imagen, se muestra un detalle del vapor.

EL HUNDIMIENTO DE LA *COVADONGA*

TRAS LA OBTENCIÓN DE LA SUPERIORIDAD NAVAL POR LA ARMADA CHILENA, LOS PERUANOS ENCONTRARON INGENIOSOS MEDIOS PARA DEFENDER SU COSTA. ELLO QUEDA PATENTE EN EL EPISODIO DEL HUNDIMIENTO DE LA *COVADONGA*, COMO SE VE A CONTINUACIÓN.

"[La *Covadonga*] era un buque de especial significado histórico para Chile pues había sido capturada ingeniosamente el 26 de noviembre de 1865 por el entonces capitán de fragata Juan Williams Rebolledo en el combate naval de Papudo [durante la guerra contra España]. [L]a*Covadonga* bloqueaba el puerto de Coquimbo y Williams Rebolledo, que estaba al mando de la corbeta chilena Esmeralda, decidió atacar al buque español. Cuando Williams encontró a la *Covadonga* cambió su pabellón por el de un país neutral, estratagema que engañó a los españoles que confundieron a la Esmeralda con un buque de guerra británico y permitió a los chilenos acercarse a tiro de rifle. Al estar cerca, Williams izó el pabellón de Chile y rompió inmediatamente sus fuegos sobre los españoles que rápidamente fueron reducidos y la *Covadonga* capturada [...].

[E]l hundimiento de la *Covadonga* causó consternación en Chile y se exigió al gobierno tomar durísimas represalias contra el Perú. Se pidió arrasar con los puertos peruanos, la prensa abogó por incendiar todo lo que estaba al alcance de la artillería de su Escuadra y se pronunciaron sendos discursos respaldando estas acciones. El ataque torpedista fue considerado alevoso por los chilenos y sigue siendo considerado como tal. […] Es evidente que nosotros [...] reivindicamos la operación como un acto de guerra totalmente lícito.

Es pertinente mencionar que el uso de torpedos no era considerado en ese entonces como un arma alevosa, muestra de ello son los conceptos ya citados una década antes por el ingeniero confederado Von Scheliha en su obra *A Treatise on Coast-Defense* (Londres, 1868) o en la obra del comandante de la marina norteamericana J. Barnes titulada *Submarine Warfare* (Nueva York, 1869), que fue la versión norteamericana del uso de torpedos en la guerra naval, donde justificó al torpedo como una "…legítima máquina de guerra…". Además, cuando el contralmirante Riveros manifestó su intención de bombardear los puertos tildando de alevoso el ataque a la *Covadonga*, todo el cuerpo diplomático acreditado en el Perú protestó pues consideraban que era contrario a los usos de la guerra de los países civilizados el atacar poblaciones indefensas, como lo eran Chancay, Chorrillos y Ancón, agregando sobre el ataque con torpedos que "…este motivo no podría ser invocado aquí, puesto que la pérdida de la Covadonga es el resultado de operaciones regularmente practicadas en las guerras…".

De: Francisco Yábar. *Las fuerzas sutiles y la defensa de costa durante la Guerra del Pacífico*. Lima: Dirección de intereses marítimos, 2001; pp. 462, 471.

EL GLOBO AEROSTÁTICO DE SAURI.- El capitán de corbeta Alejandro Sauri hizo el diseño de una máquina aérea que debía ayudar a la defensa contra la invasión chilena que, al mando del general Manuel Baquedano, originó la campaña de Lima.

Era un esfuerzo con la finalidad de ir al empleo de los globos militares como arma de observación y como instrumento para el disparo de proyectiles desde el aire.

No hubo tiempo ni hubo tampoco dinero para llevar adelante los proyectos del comandante Sauri. Interesa recordar que ellos tampoco fueron tomados en cuenta en años posteriores.

[IV]

LA CUESTION DEL *LUXOR*.- El 14 de abril de 1879 en el puerto de Montevideo, el vapor alemán *Luxor* recibió 322 bultos con el nombre de "mercaderías" y de "charqui y yerba" a la orden del banquero político chileno Agustín Edward en Valparaíso. En este puerto pudo comprobarse que el cargamento contenía armas y municiones para el Gobierno de Chile. El capitán del barco registró allí mismo un acta de protesta ante su cónsul aseverando que hubiera rehusado el embarque si hubiese sabido cuál era la verdadera naturaleza de las mercaderías. Averiguados los hechos, el *Luxor* fue apresado en el Callao por las autoridades peruanas y puesto a la disposición del juzgado de presas por haber violado sus deberes de neutral al conducir contrabando de guerra al enemigo.

Siguió un ruidoso juicio que llegó hasta la Corte Suprema. Este tribunal en su sentencia del 16 de octubre de 1879 confirmó las de primera instancia y de la Corte Superior declarando que el *Luxor* era buena y legítima presa, y lo adjudicó al Estado peruano. El ministro de Alemania en Lima entabló entonces una demanda diplomática ante la Cancillería.

El debate jurídico que se produjo fue muy intenso. Desde el punto de vista principista versó, entre otros temas, sobre las sanciones a los contrabandos según los distintos casos y circunstancias; sobre la licitud de la confiscación del buque culpable de tráfico ilícito; sobre la prueba respecto del dolo o fraude cometido; sobre la responsabilidad del propietario armador y del capitán; sobre la competencia del captor para juzgar y decidir en estos casos.

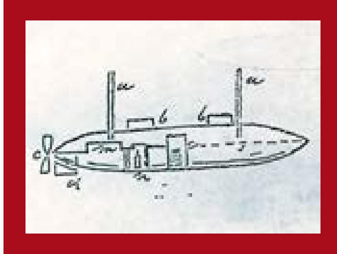
De otro lado se adujo: la ignorancia del capitán sobre el contenido de los cajones, barriles y líos embarcados como mercaderías en Montevideo para Valparaíso; la imposibilidad de que se hubiera conocido en Montevideo el 14 de abril la declaratoria de guerra de Chile al Perú hecha el 5 de abril; las circunstancias de que el *Luxor* no hubiese sido apresado con cargamento de armas por ningún buque captor; las contradicciones entre los tratadistas de derecho internacional al ocuparse de esta clase de problemas; la escasez o la debilidad de las pruebas contra el capitán o contra la compañía propietaria de la nave alemana que no había tenido la más mínima injerencia en la conducción de las armas; la ausencia de la ley expresa sobre el asunto; el sentido de los principios de Derecho Marítimo aceptados por la Convención Nacional del Perú el 3 de octubre de 1857.

Por el decreto de 10 de enero de 1880, el Dictador devolvió el *Luxor* a la compañía alemana de vapores y autorizó su libre salida del Callao invocando los merecimientos contraídos por la colonia de ese país mediante su honradez y laboriosidad; y, asimismo, el interés del Perú en el desarrollo de las nuevas compañías de navegación en la costa.

[V]

EXPEDICIÓN CHILENA EN EL NORTE DEL PERÚ.- En setiembre de 1880 Lynch recorrió la costa norte del Perú con una expedición que impuso cupos en dinero o en especies, inutilizó ferrocarriles y castigó con la destrucción de las propiedades a los dueños peruanos que no accedían a sus exacciones. Formaron esta expedición poco más de dos mil hombres. Desembarcó en distintos puertos cercanos a valles costeños y no halló resistencia.

EL SUBMARINO DE BLUME



El ingeniero de origen danés Federico Blume (1830-1901) construyó el primer submarino de América del Sur durante la guerra del Pacífico. El 12 de octubre de 1879 el "Toro", como se lo conocía coloquialmente, fue lanzado al agua. Blume pidió al presidente Piérola fondos para construir un modelo a mayor escala, pero esto no se concretó. El modelo original tampoco pudo ser utilizado, pues la flota chilena levó anclas. Tras la ocupación de Lima, el gobierno peruano decidió destruir el submarino para evitar su captura por la escuadra enemiga. Aquí, se aprecia el boceto original.

LOS CHILENOS VOLARON CON DINAMITA TODA LA MAQUINARIA Y DESTRUYERON EL INGENIO DE AZÚCAR Y EL DE ARROZ. EL RON DE LAS PIPAS Y EL BAGAZO O RESIDUO DE LA CAÑA ELABORADA FUERON UTILIZADOS EN EL INCENDIO, EN EL QUE COLABORARON LOS PEONES CHINOS, Y ASÍ QUEDARON DESTRUIDOS NO SOLO PALO SECO SINO LAS HACIENDAS LLAMADAS *EL PUENTE* Y *RINCONADA* (...)



LA DESTRUCCIÓN DE LAS HACIENDAS DE DIONISIO DERTEANO.- Fue en esta correría cuando ocurrió el incidente en la hacienda Palo Seco situada en Chimbote de propiedad de Dionisio Derteano y cuyo valor pasaba de un millón de libras esterlinas. Lynch impuso al ingenio Palo Seco una contribución de guerra de cien mil pesos en plata o en especies de valor equivalente dando plazo hasta el 12 de setiembre. El Dictador prohibió la entrega de esa suma y Derteano, que estaba en Lima, contestó por telégrafo que "impotente como ciudadano aislado ante la fuerza militar que manda tengo que someterme a las consecuencias que mi patriotismo me impone"; dejó constancia, asimismo, de que en Palo Seco había valiosos intereses de terceros neutrales comprometidos bajo la fe de su palabra de industrial pues el ingenio tenía hipotecas de Dreyfus y Graham Rowe (12 de setiembre). Los chilenos volaron con dinamita toda la maquinaria y destruyeron el ingenio de azúcar y el de arroz. El ron de las pipas y el bagazo o residuo de la caña elaborada fueron utilizados en el incendio, en el que colaboraron los peones chinos, y así quedaron destruidos no solo Palo Seco sino las haciendas llamadas El Puente y Rinconada (13 de setiembre). El corresponsal de *El Mercurio* de Santiago decía de la hacienda El Puente que, antes de estos hechos, era "un verdadero palacio o más bien una serie de palacios ducales pues estaba dividido en siete cuerpos". Agregaba que no faltaban allí "ni lujosas bibliotecas, ni amenos y pintorescos jardines, ni caballos y hasta perros de raza, encontrándose entre los primeros un potro que costó en Inglaterra 1.500 libras esterlinas".

He aquí el párrafo referente a Palo Seco en el diario de un cirujano del ejército chileno publicado en *El Ferrocarril* de Santiago que la confunde con El Puente: "La hacienda de Palo Seco es muy extensa y rica. Posee grandes potreros de caña de azúcar, alfalfales, arroz, etc., y una gran cantidad de animales vacunos y cabalgares, algunos de ellos de pura sangre. Los cuerpos de edificios son magníficos y el del frente, de más de una cuadra de extensión y de cinco pisos, está ocupado por la maquinaria de elaboración del azúcar, que es una de las mejores de Sudamérica, toda de rico acero y cobre; elabora 500 quintales diarios de azúcar y su valor se calcula en 3.000.000 de pesos. El edificio de las máquinas posee cuatro torreones de defensa y una torre central con un reloj de cuatro esferas. Encima del reloj existía la siguiente inscripción : 'Hacienda del Puente propiedad del señor don Dionisio Derteano. Se colocó la primera piedra de esta obra el 5 de agosto de 1874, y se inauguró el 9 de febrero de 1876. Hizo los planos y dirigió su ejecución el señor don James P. Cahill, ingeniero y arquitecto y su superintendencia estuvo a cargo del señor don Enrique Pingel'. Las casas son cómodas, lujosas y como todos los otros edificios, de arquitectura moderna. El cuerpo de edificios de la derecha está ocupado por las máquinas de destilación, una cárcel para los chinos, las bodegas y el gasómetro. El secretario señor Carrasco Albano impuso al hijo de Derteano una contribución de 100.000 pesos en letras sobre Londes o Valparaíso, o por medio de la casa Graham Rowe a quien, como a Dreyfus, debe Derteano gran cantidad y dio de plazo 24 horas". Más adelante el mismo cirujano mencionó en su correspondencia las "cinco máquinas" de la hacienda y los "trenes especiales para su servicio".

LA DESTRUCCIÓN DE SAN NICOLÁS Y DEL PUERTO DE CHIMBOTE.- Lynch pasó, inmediatamente después, a Supe con la esperanza de sorprender un desembarco de armas; y solo halló cartuchos rezagados en la caleta. Allí hizo volar y arder con petróleo las casas y maquinarias del ingenio azucarero de San Nicolás perteneciente a la familia Laos. Regresó el 16 de setiembre a Chimbote, donde hizo destrozar a golpes de dinamita siete locomotoras, quemar la aduana "de la que no quedó el más leve vestigio" y el muelle que solo parcialmente resultó inutilizado.

A la salida de Chimbote, Lynch se apoderó de más de 7.000.000 de soles papel y de estampillas de correos por valor de 375.000 soles que viajaban a bordo del barco inglés *Islay*.

LYNCH EN OTRAS COMARCAS DEL NORTE.- Las fuerzas de esta expedición llegaron a Paita, incendiando la aduana y otras propiedades (18 de setiembre). Análogos daños hicieron en Eten, Chiclayo, Lambayeque, Ferreñafe, Pacasmayo, Ascope, Chepén y Trujillo, a cuyas poblaciones impusieron cupos, así como también a las haciendas de la región.

LUIS G. ALBRECHT Y CECILIO COX DORAY.- Luis G. Albrecht, bávaro de nacimiento, llegó al Perú en 1855 y se radicó en Trujillo. Industrializó el cultivo de la caña de azúcar en el valle de Chicama y estableció el primer ingenio de importancia en la hacienda de Facalá, más o menos, en 1862. Inició, además, trabajos mineros en Quiruvilca. Al producirse la invasión chilena enarboló la bandera alemana en su hacienda Casa Grande y atendió a muchos trujillanos que huyeron de la ciudad. Casado con una prima de Patricio Lynch, trató con él acerca del cupo impuesto y obtuvo una reducción bajo el compromiso de que fuera pagado inmediatamente. Según una tradición trujillana, lo abonó con su propio dinero pues dijo: "Los bienes se han hecho para remediar los males".

Era alcalde de Trujillo en esos días Cecilio Cox Doray. Impuesto otro cupo en dicha ciudad, bajo la amenaza de saquearla e incendiarla y de destruir el puente sobre el río Chicama, pagó también con sus propios fondos y exclamó "¡Nadie me debe nada!".

LYNCH EN EL SUR.- El 1° de noviembre la expedición Lynch estuvo en Quilca con el plan de avanzar hasta Arequipa; pero se retiró ante la noticia de que había cerca poderosas fuerzas peruanas.

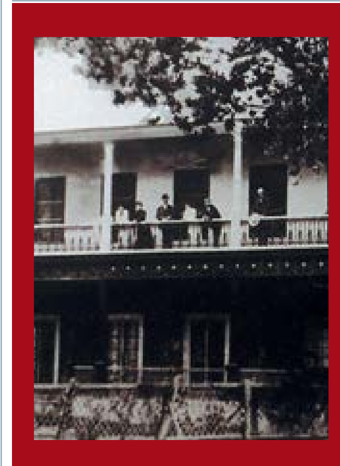
EL BOTÍN DE LYNCH.- El botín de estas depredaciones fue recaudado en libras esterlinas, plata y billetes peruanos, azúcar, arroz, pacas de algodón, tabaco, miel, ron, aceite, alfalfa, café, cacao, goma, cascarilla, plata en barra, chafalonía, otras especies y cuatrocientos chinos. Aunque hubo en Chile quienes creyeron que los resultados así obtenidos y el temor de nuevas visitas ayudarían a crear entre los peruanos un estado de ánimo propicio a la paz, la voluntad de resistir al invasor vino a resultar acrecentada.

EXPEDICIONES SOBRE MOQUEGUA E ILO.- En octubre una expedición de Tacna a Moquegua retrocedió; otra fue vuelta a despachar por la vía de Ilo al mando del comandante Salvo. Este impuso a dicha ciudad una contribución de 60.000 soles, para cuyo pago fue menester despedazar la preciosa custodia de oro y piedras preciosas de la iglesia de San Francisco.

[VI]

GESTIONES PARA UNA INTERVENCIÓN EUROPEA.- Los daños causados a los neutrales con motivo de la guerra ocasionaron, desde los comienzos de ella, protestas de varias potencias europeas ante el Gobierno de Chile. En julio de 1880 Inglaterra propuso a varios países de aquel continente y a Estados Unidos una acción conjunta para poner fin a la guerra del Pacífico. El canciller alemán Bismarck pidió al jefe del Gabinete británico Gladstone que formulase el programa de esta maniobra diplomática, y la contestación fue una propuesta para que llegasen a ser enviados agentes especiales al teatro de los acontecimientos con el fin de que expresaran a los beligerantes la necesidad de firmar la paz. Estos personajes debían estar presentes mientras los diplomáticos de Chile, Perú y Bolivia debatían las condiciones para poner término a las hostilidades. En caso de que no se pusieran de acuerdo, los representantes de las potencias extranjeras debían imponer la paz por la fuerza.

LAS BANDERAS DE CASA GRANDE



Durante la invasión del ejército chileno en territorio peruano, muchos extranjeros residentes en el Perú izaron en sus propiedades las banderas de su país de origen, con el objetivo de evitar un ataque. Uno de estos casos ocurrió en la ciudad de Trujillo (La Libertad), donde el alemán Luis G. Albrecht embanderó su hacienda Casa Grande (en la foto, en 1899) con el pabellón nacional del Imperio alemán. A pesar de su acción, Albrecht no pudo evitar el pago del cupo de guerra impuesto por el ejército chileno.

Italia aceptó la fórmula inglesa. Francia expresó su apoyo condicionado a la aquiescencia de Alemania e Italia. Bismarck, cuyas simpatías hacia Chile eran manifiestas, observó que semejante intervención tendría que estar armada para obtener eficacia y causaría, por lo tanto, a su país gastos muy superiores a las utilidades que pudiera obtener. La actitud de Alemania tuvo efectos dilatorios y Estados Unidos aprovechó entonces para ofrecer la mediación por su cuenta, no solo con el fin de impedir el empleo de las fuerzas europeas en el continente americano sino también para evitar que aprovecharan ellas esta oportunidad y obtuviesen ventajas comerciales. Mientras llegaba a hacerse efectiva la maniobra norteamericana, hubo sondeos de los ministros de Francia y de Italia en Lima y Santiago ante los presidentes Piérola y Pinto (julio y agosto de 1880). Pinto expresó la opinión personal de que Chile pediría Tarapacá y devolvería Tacna y Arica dando franquicias comerciales a Bolivia. Piérola se manifestó dispuesto a nombrar plenipotenciarios para negociar la paz y agregó que no convenía fijar de antemano ni aun las bases generales para ella. En estas circunstancias tomó nuevo impulso la mediación de Estados Unidos.

LAS NEGOCIACIONES CHILENO-BOLIVIANAS Y LAS CONFERENCIAS DE PAZ EN EL *LACKAWANNA*. LOS SIETE PUNTOS DE LAS EXIGENCIAS CHILENAS.- Las operaciones bélicas no fueron detenidas mientras tanto. Clandestinamente se desenvolvía, al mismo tiempo, la gestión pacifista de Luis Salinas Vega, enviado a Chile por el vicepresidente Aniceto Arce, de Bolivia, cuyas ideas eran opuestas a las del presidente Campero, leal defensor de la alianza.

Celebráronse las conferencias resultantes de la mediación norteamericana, en la bahía de Arica, a bordo del barco *Lackawanna*, con delegados de los tres países contendientes, más los ministros norteamericanos en el Perú, Bolivia y Chile (octubre de 1880). La fórmula peruana consistió en la intangibilidad territorial, la negativa a pagar indemnizaciones y la entrega del asunto al arbitraje de Estados Unidos. En cambio, la demanda chilena contuvo los siguientes puntos: 1°) Cesión del litoral boliviano y de Tarapacá; 2°) pago a Chile por el Perú y Bolivia de una indemnización de veinte millones de pesos de los cuales cuatro millones serían al contado; 3°) devolución de las propiedades de que habían sido despojados las empresas y ciudadanos chilenos en el Perú y en Bolivia; 4°) devolución del transporte *Rímac*; 5°) abrogación del tratado secreto de alianza; 6°) retención de Moquegua, Tacna y Arica por tropas chilenas hasta que se efectuara el cumplimiento de los puntos ya mencionados; 7°) compromiso del Perú de no fortificar Arica cuando le fuera devuelto este puerto y de convertirlo exclusivamente en puerto comercial.

Si Bolivia se allanaba a tratar separadamente, Chile le ofreció Tacna y Arica. En cuanto al arbitraje, los chilenos lo rechazaron.

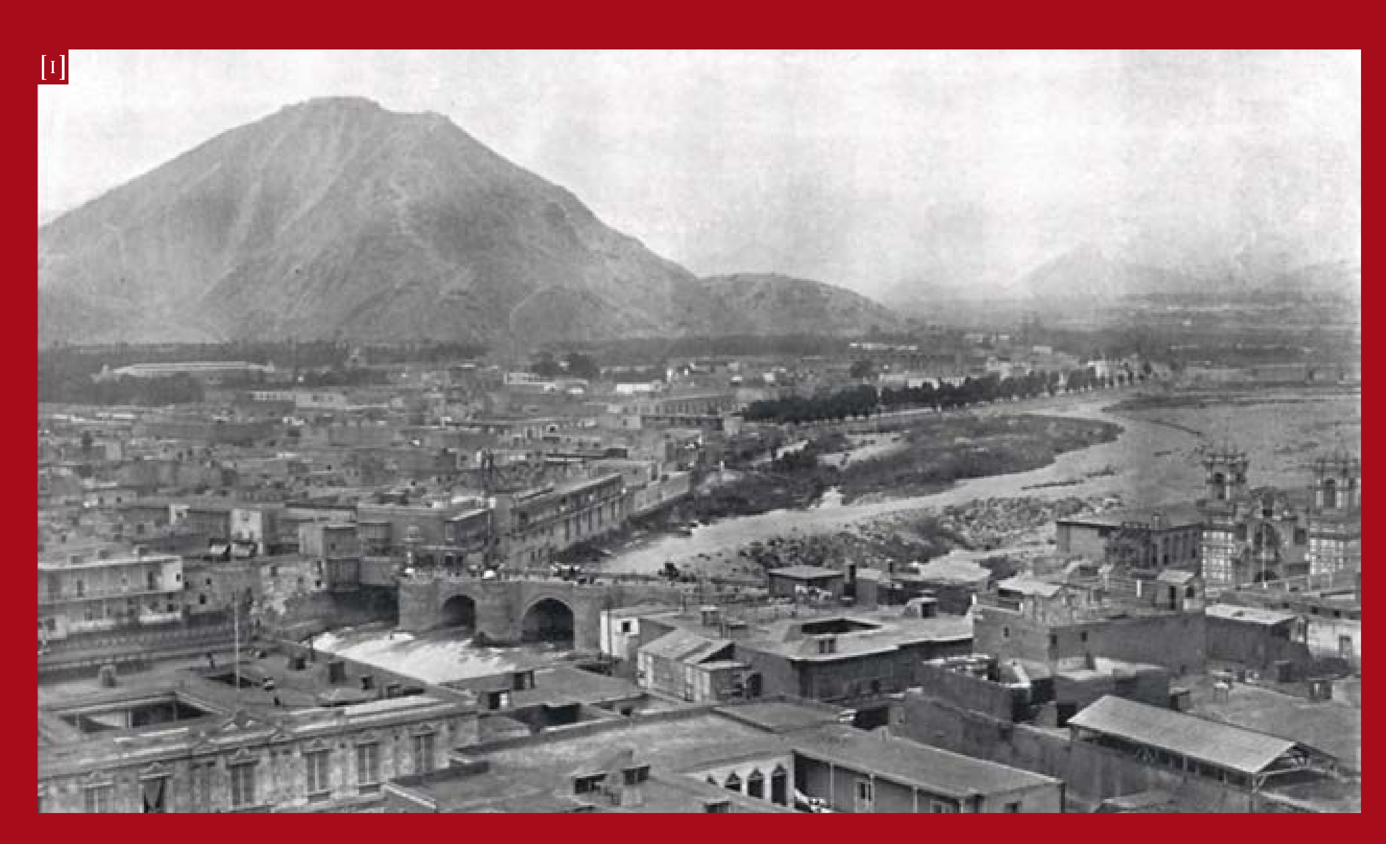
El representante chileno Eulogio Altamirano insistió en que la línea de frontera de su país debía avanzar. "Los territorios que se extienden al sur de Camarones (afirmó) deben su desarrollo y su progreso actuales al trabajo chileno y al capital chileno. El desierto había sido fecundizado con el sudor de los hombres de trabajo antes de ser regado con la sangre de sus héroes. Retirar de Camarones la bandera y el poder de Chile sería un abandono cobarde de millares de conciudadanos y renovar, reagravándola, la antigua e insostenible situación".

El representante boliviano Mariano Baptista, después de hablar en pro de la unión de los pueblos de América del Sur, insinuó que no sería posible aceptar una razonable indemnización de guerra, pudiendo, entre tanto ella fuera pagada, ser ocupados los territorios en disputa. El delegado peruano Antonio Arenas impugnó el derecho de conquista y su colega Aurelio García y García advirtió que el Nuevo Mundo no debía al aceptar los cambios de soberanía territorial, sin consentimiento de su población, repetir los errores del Viejo Mundo. También se refirió a la generosidad del Perú al no posesionarse definitivamente de Guayaquil en 1859. El ministro norteamericano Osborn negó que el Gobierno de Estados Unidos buscaba servir como árbitro.

"CELEBRÁRONSE LAS CONFERENCIAS RESULTANTES DE LA MEDIACIÓN NORTEAMERICANA, EN LA BAHÍA DE ARICA, A BORDO DEL BARCO *LACKAWANNA*, CON DELEGADOS DE LOS TRES PAÍSES CONTENDIENTES, MÁS LOS MINISTROS NORTEAMERICANOS EN EL PERÚ, BOLIVIA Y CHILE (...)"



[1]



[2]



LA DEFENSA DE LIMA. Para proteger a la capital del inminente ataque chileno, se trazaron varias líneas de defensa. Una de ellas estuvo ubicada en el cerro San Cristóbal, muy cerca del centro de la ciudad. Entre finales de 1880 e inicios de 1881, se instaló allí un cañón cuyo objetivo era aprovechar su ubicación estratégica. Aquí se aprecia la ciudad de Lima vista desde el cerro San Cristóbal en 1881 (1) y el mencionado cañón (2).

JOSÉ FRANCISCO VERGARA (1833-1889)



El político y empresario chileno fue uno de los delegados enviados por su gobierno para negociar con el Perú y Bolivia en la embarcación *Lackawanna*, apostada en Arica. Al inicio de la guerra del Pacífico, Vergara fue ascendido a coronel en jefe de la caballería. Como tal, participó en las batallas de Tarapacá y Tacna. Al año siguiente, durante las conversaciones de paz en el *Lackawanna*, fue nombrado ministro de Guerra. En 1881, acupó el cargo de ministro del Interior, y en 1882, de senador de su país por la provincia de Coquimbo.

Solo fueron tres las conferencias del *Lackawanna*, el 22, el 25 y el 27 de octubre. La posición de los países beligerantes no fue modificada. El ministro norteamericano en Lima, Christiancy, acusó a su colega en Santiago, Osborn, de sentimientos favorables a Chile.

Los delegados del Perú fueron Antonio Arenas y Aurelio García y García; los de Bolivia; Juan C. Carrillo y Mariano Baptista; y los de Chile, Eulogio Altamirano, José Francisco Vergara y Eusebio Lillo. Este último tuvo conferencias secretas con Baptista y con Carrillo. "Ambos me han declarado confidencialmente (escribió al presidente Pinto con fecha 22 de octubre) que buscan un momento oportuno para separarse, llevando a su país al comienzo de una ruptura con el Perú. Les he insinuado la idea de que exijan como necesidad imperiosa de Bolivia, la cesión de Tacna y Arica. Teniendo Chile, por su propiedad de Tarapacá, que establecer la natural continuación de su territorio, le es forzoso quedarse en posesión de toda la costa antes boliviana; pero la pérdida que Bolivia hace en el sur puede ser compensaba aun con ventajas en el departamento de Tacna… Bolivia, como una medida de la política chilena, debe figurar siempre entre los Estados del Pacífico y ser nuestra vecina y nuestra protegida y aliada".

La diplomacia peruana en Bolivia, representada por el ministro Enrique Bustamante y Salazar, logró contrarrestar los planes de los "practicistas" bolivianos Baptista, Carrillo, Arce y otros; y la proyectada unión Perú-boliviana tuvo aparente éxito. Sin embargo, aun en fecha posterior, Lillo siguió tentando a políticos bolivianos y llegó a proponerles la ayuda de Bolivia a Chile mediante expediciones al interior del Perú, con la promesa de que se anexara los territorios que llegase a ocupar.

El fracaso de las negociaciones de Arica no detuvo los esfuerzos diplomáticos para poner fin a la guerra. La Argentina inició gestiones con Brasil para lograr una mediación sobre la base del pago de indemnizaciones pecuniarias, garantías tanto para la conservación de la paz como para la cancelación de dichas sumas y sometimiento al arbitraje de una potencia imparcial de todas las cuestiones que dieron lugar a la contienda y de las provenientes de los tratados de paz (noviembre y diciembre de 1880). El Gobierno brasileño aplazó su respuesta y antes de que ella llegara a formularse, las batallas de San Juan y Miraflores y la entrada de los chilenos a Lima quitaron eficacia a estas gestiones.

¿DEBIERON SER ACEPTADAS LAS EXIGENCIAS CHILENAS EN EL *LACKAWANNA*?.- Como los historiadores suelen ser profetas del pasado, ha habido quien sostenga que una visión descarnada de las cosas debió llevar a los plenipotenciarios peruanos a aceptar las condiciones del *Lackawanna*. Los buques chilenos podían dedicarse con absoluta tranquilidad no solo al transporte de las tropas de invasión y ocupación, sino además a labores de bloqueo y bombardeo. El significado profundo de lo ocurrido en Tarapacá, Tacna y Arica era que el Perú no tenía ya en verdad ejército de línea. Al mismo tiempo, el invasor había entrado en posesión de las salitreras, origen de la guerra, y ellas les daban ya cuantiosos fondos. ¿Cómo hubiera podido el Perú recuperar todo el territorio y todas las fuerzas perdidas? Al fin y al cabo, los sacrificios que hizo para levantar las milicias que defendieron la capital, para soportar los horrores de la ocupación y para improvisar las guerrillas que hostigaron durante más de dos años al ejército chileno, fueron tremendos, sin evitar que en octubre del 83 llegase a ser firmada la mutilación del país.

Así puede razonar el cinismo. El Perú en esta trágica etapa de su historia tan calumniada y tan vejada, se caracteriza, a pesar de todo, por su rebeldía patética frente al infortunio, por su resistencia altiva para dejarse amputar. Los hombres del *Lackawanna* prefirieron, a la compra de una tranquilidad menguada, la áspera lucha contra el destino. No pecaron de prudentes; pero no agregaron a todas las lacras destapadas por la guerra, la del apocamiento. Piénsese, además, que si se firma la paz en el *Lackawanna*, los chilenos habrían llegado a Moquegua y que tal vez Arica y Tacna hubieran servido como inaudito botín para Bolivia. La opinión pública habría reaccionado vivamente contra este pacto.

[VII]

EL GOBIERNO CHILENO Y LA CAMPAÑA DE LIMA.- El presidente Pinto, por lo menos después de la muerte de Sotomayor, se declaró hostil a la expedición a Lima. Temía los gastos y creía que el Perú no iría a la paz sino cuando se viera aniquilado y exhausto. "Ese resultado (decía en una carta a E. Altamirano en 20 de setiembre de 1880) se conseguiría mejor y de modo más seguro, según mi opinión, manteniendo la ocupación de lo que hemos conquistado, hostilizando al Perú con nuestra marina, cortándole su comercio enviando sus expediciones pasajeras sobre su costa para completar la paralización de su comercio y desorganizar su industria azucarera que es de la que ahora saca sus recursos". Sin embargo, la opinión pública, los miembros del Congreso, los periódicos, los jefes militares querían ir a Lima. Nombrado ministro de Guerra José Francisco Vergara, civil convertido en militar, que había actuado en la batalla de Tarapacá, se había retirado después de ella y había vuelto más tarde a la guerra y a la política, orientó su acción hacia esa campaña, al fracasar las negociaciones de Arica y al terminar la expedición Lynch. Para ello aumentó el ejército e hizo los preparativos necesarios.

LAS DISCREPANCIAS ENTRE BAQUEDANO Y VERGARA SOBRE LA EXPEDICIÓN A LIMA.- Acres discrepancias surgieron entre el ministro de Guerra José Francisco Vergara y el general en jefe del ejército Manuel Baquedano en relación con diversos asuntos, uno de los cuales fue la expedición sobre Lima. Para Máximo R. Lira, que publicó en 1882 unas observaciones a la memoria ministerial de Vergara, por encargo y con autorización de Baquedano, Chile perdió un tiempo precioso entre mayo y diciembre de 1880, pues pudo atacar la capital peruana cuando los preparativos de defensa se hallaban en estado incipiente. Las dos razones alegadas por la memoria de Vergara para justificar la tardanza en el despacho de la expedición eran, según Lira, inconsistentes: una, la incertidumbre acerca del verdadero estado del ejército aliado después de la derrota de Tacna, no existió, pues al concluir la batalla pareció indudable que este ejército había sido liquidado, y la otra, sobre la insuficiencia de las tropas disponibles, tampoco podía ser válida pues había 17 mil hombres útiles a fines de julio y ellos hubieran sido suficientes para batir (según las palabras de Lira) "a las fuerzas bisoñas e indisciplinadas que don Nicolás de Piérola había concentrado en Lima y sus contornos". Lira acusó, en suma, a Vergara por la paralización de las operaciones militares y por la prolongada y estéril inacción que, en su concepto, detuvo al ejército invasor en Tacna. Pero la demora sirvió para incrementar el poderío de la expedición lanzada sobre la capital del Perú.



EL PRESIDENTE PINTO, POR LO MENOS DESPUÉS DE LA MUERTE DE SOTOMAYOR, SE DECLARÓ HOSTIL A LA EXPEDICIÓN A LIMA. TEMÍA LOS GASTOS Y CREÍA QUE EL PERÚ NO IRÍA A LA PAZ SINO CUANDO SE VIERA ANIQUILADO Y EXHAUSTO.



[TOMO 9]



[CUARTO PERÍODO: LA GUERRA CON CHILE **]**

CAPÍTULO 8 • **I** La expedición chilena para la campaña de Lima • El apoyo de los chinos a los chilenos • La cuidadosa preparación de la ofensiva • Los obstáculos para los defensores de Lima • El espíritu de facción • Una opinión argentina y otra norteamericana sobre los improvisados defensores de Lima • Una opinión oficial chilena • ¿Hubo quienes supieron que serían derrotados y que morirían? • Últimos aprestos para la defensa de Lima • Pedro José Calderón • **II** La primera línea peruana • El plan chileno • San Juan • Los fusiles que solo dispararon sobre 1.800 yardas • La heroica resistencia en el Morro Solar • La lucha en Chorrillos • Los muertos, heridos y dispersos • Los horrores de Chorrillos • Los bomberos fusilados • El intento de Cáceres y Canevaro de atacar a los chilenos • **III** Negociaciones para un armisticio • Los reductos de Miraflores • El comienzo de la batalla de Miraflores • El éxito peruano en el sector derecho • La inacción de la izquierda peruana • Lo que no hizo el comando peruano • La derrota • Los caídos en San Juan y Miraflores • Enrique y Augusto Bolognesi • El homenaje de Juan de Arona a Felipe Valle Riestra • Las responsabilidades de Piérola • ¿Intentó Piérola morir en Miraflores? • Por qué no habría Piérola iniciado la resistencia en Lima • La popularidad de Piérola • **IV** El almirante A. B. Du Petit-Thouars y los jefes navales inglés e italiano. La entrada a Lima por tropas escogidas • La entrada del ejército chileno en Lima • El hundimiento de la escuadra peruana • La *Unión* • Los servicios de ambulancias en la defensa de Lima • Rosario Cárdenas de del Solar • Pedro Bertonelli y el Hospital Italiano • Las compañías de bomberos.

LA EXPEDICIÓN A LIMA Y LA DEFENSA DE LA CAPITAL PERUANA POR EL EJÉRCITO IMPROVISADO Y POR LAS IMPROVISADAS MILICIAS CAPITALINAS





[I]

A EXPEDICIÓN CHILENA PARA LA CAMPAÑA DE LIMA.- Comandó al ejército chileno, durante la campaña de Lima, el general Manuel Baquedano, a quien acompañó, a pesar de sus divergencias, el ministro de Guerra José Francisco Vergara. Se dividió este ejército en tres divisiones con dos brigadas cada una, más un contingente de reserva. La primera división (8.910 hombres, según cifras oficiales chilenas que el marino norteamericano Mason acepta), tenía como jefe al general José Antonio Villagrán. La segunda división (7.788 hombres) era la del general Emilio Sotomayor. La tercera de 8.388, estaba bajo el comando del coronel Pedro Lagos. Los oficiales y soldados de infantería así repartidos, sumaban oficialmente 22.350 y los de caballería 1.301 hombres.

La artillería distribuida de igual manera, contaba con 1.370 hombres, 1.200 caballos y el siguiente material según la relación del marino francés Eugene de León incorporado a este ejército.

- 1º 50 cañones de campaña, a saber:
  - 12 cañones Krupp de 87 mm. modelos 1879 y 1880;
  - 32 cañones Krupp de 75 mm. modelos 1879 y 1880;
  - 6 cañones Armstrong de 66 mm. modelos 1880.
- 2° 27 cañones de montaña, a saber:
  - 23 cañones Krupp de 75 mm.;
  - 4 cañones de 60 mm.

Según esta relación, los chilenos reunieron para la campaña de Lima 67 cañones Krupp y un total de 77 cañones.

También tuvieron 10 ametralladoras Gatling.

En la caballería había 1.252 hombres. La brigada de reserva ascendía a 3.110 hombres. Total oficial: 25.505 hombres. Encina da 26.413 hombres y 80 cañones.

Un excelente servicio de mulas era empleado para la conducción de municiones.

La primera división, mandada por Villagrán, desembarcó en Pisco entre el 8 de noviembre y el 1° de diciembre. Por divergencias entre Baquedano y Villagrán este fue separado del comando y lo reemplazó Lynch, que avanzó con una brigada por tierra de Pisco a Lurín.

EL APOYO DE LOS CHINOS A LOS CHILENOS.- Quintín Quintana, agente de policía chileno, y el marino inglés William Acland que, por decisión de sus jefes, acompañó al ejército invasor (como lo hicieron el oficial norteamericano D. W. Mullan, el teniente francés De León y el teniente italiano L. Ghigliatti). Conocemos el relato de De León, citado más de una vez en el presente capítulo. No hemos logrado ubicar las memorias de Mullan y de Ghigliatti. El testimonio de Acland es un documento rarísimo. A él le debemos una versión objetiva sobre el aporte de los peones chinos de Cañete a los chilenos. Cuenta Acland que el martes 10 de enero,

alrededor de dos mil chinos que habían huido de las haciendas hicieron una impresionante ceremonia en la iglesia de Lurín. Con sacrificio de un ave, bebida de su sangre y juramentos de lealtad a Chile en pro de la destrucción del Perú. Agrega que las tareas por ellos cumplidas fueron las de cavar trincheras, abrir senderos, ayudar a las ambulancias. "No creo (agrega) que fueron muy útiles en el transcurso de las batallas porque casi al dispararse el primer tiro, desaparecieron para permanecer ausentes hasta que cesó la lucha, cuando se les empleó para enterrar a los muertos y transportar a los heridos".

La ayuda de los chinos a los chilenos ha sido grandemente exagerada por algunos. Se ha llegado a afirmar que enseñaron por dónde debió efectuarse el avance hacia Chorrillos, probablemente los jefes y oficiales al mando de las tres divisiones atacantes y de las fuerzas de reserva que las acompañaban, conocían mejor esas rutas que los chinos mismos. La suerte de 25 mil a 26 mil hombres no podía haber sido confiada a improvisados o empíricos colaboradores.

Hay varios testimonios chilenos contemporáneos que amplían las afirmaciones de Acland. En su obra *La expedición a Lima* (Santiago, 1967) Raúl Silva Castro reprodujo un artículo de Daniel Riquelme sobre el juramento de los chinos en Lurín, el 10 de enero de 1881, después de inmolar un gallo sobre un altar y de beber su sangre. Coincide con lo narrado con más detalles por Antonio Urquieta en *Recuerdos de la vida de campaña en la guerra del Pacífico* (Santiago, 1909) donde aparecen únicamente 400 chinos. También relató las mismas escenas Heriberto Ferrer en su *Historia popular de la guerra del Pacífico* (Iquique, 1923), quien eleva la cifra mencionada a 1.200, y agrega Ferrer: "El generalísimo chino Quintín Quintana fue muy conocido en Santiago después de la guerra, sirviendo en la sección de investigación de la policía y visitaba con frecuencia las imprentas. Era muy estimado por su carácter comunicativo, así como simpático por sus modales correctos y su elegancia en el vestir, pues no se despegaba de la levita cruzada, su bastón, guantes y tarro de unto, colero o sombrero de pelo". Quintín Quintana acabó, pues, siendo un agente de investigaciones en la policía de Santiago [1].

LA CUIDADOSA PREPARACIÓN DE LA OFENSIVA.- Durante los días transcurridos entre el 22 y el 26 de diciembre de 1880 saltaron a tierra tropas chilenas en las desiertas playas de Chilca y Curayaco, ocupando luego Lurín y Pachacamac. Se realizó este trabajo de gran envergadura con máximo cuidado; ayudaron a los botes de los buques, grandes lanchones que habían sido preparados especialmente, con capacidad para recibir cien hombres y sus equipos cada uno. La expedición contó con veinticinco naves. Toda la comarca de Chilca y Lurín estaba despoblada e indefensa.

El ejército invasor acampó en Lurín, salvo la segunda brigada de la segunda división que se colocó en Pachacamac. Fueron construidas chozas con hojas de palmera y de caña, como protección contra el sol y comenzaron intensos ejercicios de tiro para la artillería y la infantería. Una escaramuza con la caballería peruana del coronel Sevilla en Pachacamac fue la primera acción de armas de esta campaña (27 de diciembre). Sevilla cayó prisionero y su segundo, Baldomero Aróstegui, murió.

El 6 de enero hizo Baquedano personalmente una operación de reconocimiento y tanteo sobre toda la línea peruana. En la tarde del 12, el ejército chileno en masa se puso en movimiento para avanzar por la noche y tomó el camino de Atocongo, que se consideraba impracticable. La artillería de campaña avanzó por la plaza. "La ignorancia de los peruanos acerca de la fuerza, posición y movimientos de sus enemigos parece casi maravillosa", dice el marino norteamericano Mason.

[1] *Los relatos anteriores han sido resumidos por Juan Uribe Echevarría en su libro* Canciones y poesías de la guerra del Pacífico. *Valparaíso: Ediciones Universitarias, 1979. pp. 207-212.*

MANUEL BAQUEDANO (1826-1897)



El general chileno fue el comandante en jefe del ejército de su país durante la campaña terrestre (1879-1881). Participó en las batallas de Tacna y Arica, al sur del Perú; y San Juan y Miraflores, en Lima. Baquedano se inició en la vida militar en el conflicto que acabó con la Confederación Perú-boliviana, en 1839. Tras la guerra del Pacífico, fue elegido presidente de la República en 1891, en reemplazo del renunciante José Manuel Balmaceda. Ejerció el cargo por un breve período.

ENERO
1881
[PERÚ]



TRAS EL INCENDIO DEL BALNEARIO DE BARRANCO, SE DECRETA UNA TREGUA ENTRE EL EJÉRCITO CHILENO Y EL PERUANO, QUE DEBÍA DURAR HASTA LA MEDIANOCHE DEL DÍA 15. EL OBJETIVO DE ESTE ALTO AL FUEGO ERA EL ESTABLECIMIENTO DE NEGOCIACIONES DE PAZ QUE LLEVARAN AL FIN DEL CONFLICTO. NINGUNO DE LOS DOS BANDOS ACATÓ LA ORDEN, SIN EMBARGO. EL 15, A LAS DOS Y CUARTO DE LA TARDE APROXIMADAMENTE, AMBOS EJÉRCITOS SE ENFRENTARON EN LA BATALLA DE MIRAFLORES.

LOS OBSTÁCULOS PARA LOS DEFENSORES DE LIMA.- Los trabajos de defensa de Lima fueron intensos entre diciembre de 1879 y julio de 1880; después disminuyeron, en la duda si invadirían los chilenos y sobre cuál sería su base de operaciones, duda que subsistió hasta noviembre de aquel año. Cuando se produjo la certeza de que el ataque vendría, con la previsión de que su base estaría en el sur, dos líneas fueron tendidas: la de San Juan y la de Miraflores. De cada una de ellas pudo afirmarse que "fatalmente tuvo que ser prolongada la línea y un tanto débil por esta causa", como expresó, demasiado benévolo en su última frase, el general Pedro Silva, jefe de Estado Mayor, en su parte sobre las batallas de San Juan y Miraflores.

Los elementos y los servicios que los ejércitos necesitaban independientemente de su material bélico, eran insuficientes o no existían. Cuando se quiso enviar a la división que comandaba el coronel Andrés. A. Cáceres a posesionarse de Lurín, casi simultáneamente con el desembarco de los chilenos, tuvo ella que regresar después de haber vencido gran parte de ese arenoso desierto porque la sed agotaba a los soldados, las municiones eran insuficientes, no había bestias y vehículos para la movilidad necesaria. "Las compañías de administración (dice otra relación de la época) a medio organizar como estaban algunas, prestaron escasos servicios en las batallas de San Juan y desaparecieron, casi por completo, en Miraflores. De modo que no había quien condujese municiones a la línea de batalla. Algunos oficiales del Estado Mayor General y aun algunos jefes, en mantas o como podían, se ocuparon en llevar personalmente a la línea las que le fue posible".

Nunca se llegó a tener, por ejemplo, todo el material bélico que era necesario, pues no hay que olvidar que la escuadra chilena dominaba en este lado del Pacífico. El señor Faustino Silva, hijo del general Pedro Silva y ayudante suyo, afirmó en carta dirigida al autor de este libro, que el ejército de línea estuvo armado en su mitad con fusiles llamados "Chassepot reformado", aunque había, además, unos pocos Comblain y unos siete mil Peabody. El ejército de reserva, en cambio, contó con rifles Remington, en aquella época ya un poco anticuados. Los había de dos calibres, el 43 y el 50, "lo que produjo algún desconcierto en la batalla de Miraflores, limitado al batallón Guarnición de Marina" (prosigue el señor Silva, cuyo testimonio se halla contradicho por muchos otros como el de Mason en su libro y el del experto en torpedos Paul Boyton en su reportaje en *New York Herald*, ya que ambos coincidieron en señalar las dificultades resultantes de la diversidad entre fusiles y balas). Además, con este mismo rifle Remington fueron provistos Guardia Chalaca, la guardia civil de Lima y la columna de camaleros. El armamento fue tan escaso "que (prosigue la carta del señor Silva) a una columna de 200 hombres traídos de la provincia de Huanta por el que fue en aquellos días prefecto del departamento de Ayacucho, coronel Pedro José Miota, y que llegó a Lima poco antes de la batalla de San Juan, se le armó con fusiles sistema Minié, es decir, de fulminante, pues ya no teníamos otro rifle que darle". La caballería recibió, dos días antes de San Juan, nuevas carabinas Remington cuyo mecanismo no tuvo tiempo de aprender. Los peruanos no contaron con un solo cañón Krupp, "mientras los chilenos trajeron más de sesenta".

Un artículo aparecido en *El Comercio* el 15 de enero de 1884 con interesantes "apreciaciones" sobre la campaña de 1881, cuenta al referirse al armamento de los peruanos: "Con excepción de los rifles Peabody de magnífica calidad, aunque muy delicados para las manos de nuestros reclutas, en todo lo demás era muy inferior al del ejército de Chile".

En su mayor parte, los cuerpos que componían el ejército peruano eran de reciente creación. El más antiguo no contaba dos años de existencia; algunos tenían apenas dos meses. En su parte oficial sobre las batallas de San Juan y Miraflores, el general Pedro Silva, afirma: "Procedentes los más de los individuos de tropa de las regiones trasandinas, no estaban en aptitud de comprender sino después de algún tiempo, los más triviales rudimentos de la táctica desde que ignoraban el idioma en que debía instruírseles".

"Nuestras fuerzas (decía *El Comercio* de Lima en las apreciaciones citadas) poco expeditas en maniobras, con escasa instrucción en gran parte y sin disciplina que solo se adquiere en el



LA DEFENSA DE LIMA
Fue asumida por los batallones del ejército y las milicias urbanas dispuestas en dos líneas defensivas: San Juan y Miraflores.
Lima
Zona detallada
Batalla de San Juan
Se llevó a cabo el 13 de enero de 1881 en la primera línea defensiva. El ejército chileno vence y saquea Chorrillos.
Líneas defensivas
A Primera línea: entre el cerro Marcavilca (caleta de La Chira) hasta Monterrico. Defendida por Iglesias, Cáceres, Dávila(1) y Suárez(1).
B Segunda línea: entre la quebrada de Armendáriz y la hacienda Vásquez (km 5,5 de la carreterra Central). Defendida por la reserva.
Hacienda Vásquez
Cerro San Bartolomé
Lima
Callao
B
Monterrico
Suárez(1)
Cerro Pamplona
Miraflores
Dávila(1)
Barranco
Cáceres
A
Iglesias
Chorillos
Lynch
Sotomayor
Lagos
Morro Solar
Ejército peruano
Ejército chileno
(1) Generales del ejército peruano
N
S
Lurín
Acantonamiento chileno
0 1 2 3 4 5
Escala de 1:75,000
Ferrocarril a Lima
Chorrillos
San Juan
Caballería
Segunda división
A
Morro Solar
Buques chilenos
Estado Mayor
Primera división
Reserva
Reserva
H
F
Caballería
E
D
Fuerzas peruanas
Artillería peruana
Obras de defensa
Fuerzas chilenas
Artillería chilena
Caminos chilenos
ABC, AGH y AIK: Caminos arenosos | EF: Camino pedregoso
DE: Cuesta de difícil acceso
Marcha de la tercera división
Río Lurín
Pertrechos peruanos
Artillería chilena de montaña (cañón Krupp)
G
C
Uniforme peruano
K
Océano Pacífico
I
B
Chaqueta de algodón blanco
A
Batalla de Miraflores
Se llevó a cabo el 15 de enero de 1881 en la segunda línea defensiva. Luego de su victoria, el ejército chileno se preparó para ocupar Lima.
Pantalón de algodón blanco
Uniforme chileno
Caja de municiones
Central Fire Ammunition
PEABODY MARTINI
Fusil Comblain
Calibre: 11 mm
Longitud: 1,3 m
Peso: 4,3 kg
Pertrechos chilenos
El fusil Comblain era el arma reglamentaria del ejército de Chile.
Fusil Peabody Martini
Municiones
Fuente: http://icarito.latercera.cl/icarito/2002/847/pag6.htm | Oscar Ferreyra Hare, Director del Instituto de Estudios Históricos del Pacífico.
Infografía: Grafitti

AL MISMO PIÉROLA SE LE CRITICÓ MUCHO PORQUE LE GUSTÓ EXHIBIRSE EN LOS DESFILES Y EN LAS ACTIVIDADES PÚBLICAS CON UN TRAJE MILITAR DE FANTASÍA: ALTAS Y BRILLANTES BOTAS DE CHAROL, PANTALONES BLANCOS Y UN RELAMPAGUEANTE CASCO DE PLATA EN CUYA PUNTA UN ÁGUILA DE ORO EXTENDÍA SUS ALAS.



trabajo perseverante, eran muy poco a propósito para evolucionar frente al enemigo. La propia circunstancia y la de carecer de suficientes medios de movilidad, la de estar mal montada la caballería, a pie y desarmada parte de ella hasta última hora y varios otros incidentes, se oponían de una manera irresistible a intentar, abandonando nuestra posiciones, a acometer al enemigo en las suyas".

También *El Comercio* expresó entonces:"Las aglomeraciones no forman un ejército regular".

EL ESPÍRITU DE FACCIÓN.- Entre los jefes y oficiales no faltaba la desunión, como hacía notar el señor Pastor Jiménez en un artículo publicado en el *Boletín del Ejército del Sur* el 27 de enero de 1881. "Quizá en ningún pueblo hayan abundado tanto los ejemplos de patriotismo y abnegación que en el pueblo peruano; pero habrá muy pocos donde la pretensión de que se acepten y sigan las ideas de cada uno, se haya llevado a mayor grado de exageración".

El Dictador suscitó, en este sentido, numerosas críticas de sus adversarios. Díjose de él que colocó en el mando del ejército a sus propios partidarios, fueran o no militares. Objeciones acaloradas tuvo el hecho de que entregó un cargo importantísimo en el ejército de reserva, a Juan Martín Echenique, a quien solo se le conocía (dicen) como intermediario, semidiplomático y comisionado de negocios del presidente Balta, enriquecido y derrochador de grandes sumas en París, jamás al servicio del ejército; y sin embargo, este hombre resultó con el grado de coronel y le gustaba a él pasear a caballo por las calles de Lima con un largo capote blanco. Si bien nada hizo ni personalmente ni con tropas cuando llegó la hora de la batalla de Miraflores. Al mismo Piérola se le criticó mucho porque le gustó exhibirse en los desfiles y en las actividades públicas con un traje militar de fantasía: altas y brillantes botas de charol, pantalones blancos y un relampagueante casco de plata en cuya punta un águila de oro extendía sus alas.

UNA OPINIÓN ARGENTINA Y OTRA NORTEAMERICANA SOBRE LOS IMPROVISADOS DEFENSORES DE LIMA.- Los testimonios que se ha dado en párrafos anteriores acerca de la debilidad del ejército de Lima en relación con los invasores son de origen peruano. Diversas fuentes extranjeras los corroboran. El diplomático argentino Uriburu, en su *Guerra del Pacífico* (Buenos Aires, 1899) afirma: "El ejército que el Dictador había organizado para concurrir a la defensa de la capital solo tenía de ejército el nombre". Exactamente emplea la misma frase el marino norteamericano Mason que también ostenta para este asunto el rango de un testigo. "No había (agrega) comisariato organizado, los hombres estaban pobremente vestidos y peor calzados, a muchos regimientos se les había dejado que se consiguieran zapatos por sí mismos del cuero del ganado que se les daba para comer. Las armas traídas de Estados Unidos –Remington, Peabody, Martini, Evans, Winchester– fueron frotadas con mal aceite que a muchas las volvió casi inútiles. La caballería estaba un poco mejor armada pero sus caballos eran pobres. La artillería, con bastante material, alguno anticuado, otra parte hecha con procedimientos empíricos por firmas privadas de Lima y sin práctica en el campo, no era como para competir con la experimentada y bien armada artillería chilena. Los hombres de la reserva, de unos 7.000 en número, difícilmente podrían haber sido llamados soldados; pero por su inteligencia superior y el hecho de que pelearan defendiendo sus hogares, eran más de confiar que los llamados voluntarios".

UNA OPINIÓN OFICIAL CHILENA.- Con el objeto de hacer más evidente la verdad acerca del poder y de la potencialidad reales de los defensores de Lima parece interesante transcribir

las siguientes palabras de la memoria del ministro de Guerra chileno José Francisco Vergara publicada en 1882: "La fuerza total del ejército peruano podía estimarse con certidumbre entre 25 a 28 mil hombres, casi todos de infantería, porque no tenían sino unas insignificantes partidas de caballería cívica y muy escasa y mala tropa de artillería para servir cincuenta o sesenta cañones; siendo de notar que a lo menos las dos terceras partes de estas tropas eran bisoñas e incapaces de ejecutar ninguna maniobra en cuerpo". Las cifras dadas por Vergara pueden estar en pugna con la realidad; pero sus asertos sobre la calidad de la caballería y de la artillería y la condición novata de la abrumadora mayoría de las fuerzas de infantería deben ser tomados en cuenta cuando se examinan las posibilidades de desplazamiento o de movilidad en los defensores de Lima, así como su verdadera capacidad ofensiva.

¿HUBO QUIENES SUPIERON QUE SERÍAN DERROTADOS Y QUE MORIRÍAN?.- En el sermón predicado por Manuel Tovar en los oficios solemnes celebrados en la iglesia de La Merced de Lima el 15 de enero de 1884 como homenaje a los que cayeron en San Juan y en Miraflores, el orador se atrevió a revelar algunas confidencias por él recibidas como sacerdote en el ejercicio de su ministerio. He aquí sus palabras: "El corazón me dice, exclamaba el uno, que se perderá la batalla porque ha palidecido la estrella del Perú; pero no importa, pelearé y moriré por la causa de mi patria"… "Tengo una esposa amada y tiernos hijos, agregaba otro, y el presentimiento de mi muerte; mas no vacilo porque la luz del honor me llama con imperio"... "Prefiero morir, decía un tercero, si la Providencia nos niega la victoria ¿cómo podría sobrevivir viendo hollada mi hermosa Lima por la planta del invasor?".

ÚLTIMOS APRESTOS PARA LA DEFENSA DE LIMA.- La tropa de línea peruana había sido dividida en dos ejércitos, con los nombres del Norte (bajo el mando del anciano general Ramón Vargas Machuca, veterano de la Independencia) y del Centro (a las órdenes del coronel Juan Nepomuceno Vargas). A fines de diciembre, al saberse la presencia de los chilenos en Chilca, ambos ejércitos fueron concentrados en cuatro cuerpos. El primero, compuesto de la 1ª, la 2ª y la 3ª división del ejército del Norte, estaba a órdenes del coronel Miguel Iglesias, a quien reemplazó en la Secretaría de Guerra el coronel Francisco de Paula Secada. El segundo cuerpo fue formado con la 4ª y 5ª división del mismo ejército, bajo el coronel Belisario Suárez. Al tercer cuerpo pertenecieron las divisiones 3ª y 5ª del Centro, con el coronel Justo Pastor Dávila. El 4° cuerpo formado por las divisiones 1ª, 2ª y 4ª del anterior, obedecía al coronel Andrés A. Cáceres. El Estado Mayor General, que dirigía el general Pedro Silva, debía entenderse directamente con los comandantes en jefe de cada cuerpo del ejército, con la prevención de que estos dieran aviso a los de igual carácter del Norte y Centro cuyos cargos se conservaron y pasaron así a ser honorarios. A cada cuerpo se adscribió una brigada de caballería.

El general Juan Buendía y el almirante Lizardo Montero fueron llamados al servicio en calidad de ayudantes de honor del Dictador, cortándose el proceso del primero instaurado a raíz de la campaña de Tarapacá y otorgándose libertad de acción al segundo. También se llamó al servicio al coronel Manuel Velarde "por su honrosa conducta en Tacna".

La reserva fue acuartelada el 6 de diciembre. El 9 de diciembre tuvo lugar una fiesta cívica y militar en la fortaleza erigida con discutible elección en la cumbre del cerro San Cristóbal, que fue llamada "ciudadela Piérola" y confiada al habilísimo marino Manuel Villavicencio; en este acto fueron bendecidas las banderas de los cuerpos, la de aquel reducto y la espada del Dictador.

Las defensas de Lima tuvieron como directores al ingeniero austríaco Máximo Gorbitz, que decía haber construido las fortificaciones de Plevna que en 1877-1878 contuvieron al ejército



UN MIEMBRO DEL GRUPO REVOLUCIONARIO NARODNAYA VOLYA (LIBERTAD DEL PUEBLO) ASESINA AL ZAR ALEJANDRO II DE RUSIA (1818-1881), CERCA DEL PALACIO IMPERIAL EN TANGANROG. ALEJANDRO II HABÍA SUBIDO AL TRONO DE SU PAÍS DURANTE LA GUERRA DE CRIMEA (1853-1856). SU GOBIERNO SE CARACTERIZÓ POR LA ABOLICIÓN DE LA SERVIDUMBRE, LA PROHIBICIÓN DEL CASTIGO CORPORAL, REFORMAS JUDICIALES Y LA MEJORA EN LA ORGANIZACIÓN POLICIAL. TAMBIÉN DEBIÓ HACER FRENTE A LA GUERRA TURCO-RUSA (1877-1878).

[1]

[2]



LA CAMPAÑA DE LIMA. A finales de 1880, la capital se preparaba para el ataque inminente de los chilenos. Por tal motivo, se llamó a todos aquellos hombres en condiciones de luchar, para formar el ejército de reserva. En esta imagen (1), se ven las formaciones de aquellos jóvenes y adultos en los campamentos alrededor de la ciudad. El ejército chileno, en tanto, levantó su campamento base en las cercanías de Lurín (2), desde donde marchó a Lima a inicios de 1881.

ruso; y al ingeniero peruano Felipe Arancivia, educado en Bélgica y uno de los partícipes en la preparación bélica del Callao en 1866.

El ejército de línea ocupó sus posiciones en la primera línea el 23 de diciembre, y la reserva, sus puestos en Miraflores el día de Navidad. Al desfilar estos batallones a la estación del ferrocarril hubo grandes manifestaciones públicas.

PEDRO JOSÉ CALDERÓN.- Al salir el Dictador de Lima para tomar el mando de la defensa, confirió al alcalde de la capital facultades en todo lo relativo a la conservación del orden, a la seguridad de las personas y propiedades y a la represión de los delitos que contra aquellas y estas se cometiesen. Entró entonces en funciones la guardia urbana extranjera. Vino la orden de que las puertas de las casas se cerraran a las nueve de la noche. Se afirmó entonces (y el rumor fue recogido por Manuel Atanasio Fuentes en su *Ramillete o repertorio*) que una patrulla de este improvisado cuerpo encontró a Pedro José Calderón una noche y pretendió llevarlo al depósito de policía. El secretario de Relaciones Exteriores era acusado de dedicarse frecuentemente a la orgía. Surgió con motivo de aquel incidente una agria polémica entre él y el alcalde, quien quedó luego privado de sus atribuciones.

Otra acusación contra Calderón se refirió a la persecución por él ordenada contra José de la Riva-Agüero, antiguo político civilista, dueño de los fundos Melgarejo y Santa Clara, a quien se quiso inculpar, con evidente falta de verdad, una connivencia con el enemigo para facilitar su entrada a la capital. Allanada la Legación francesa en busca de la víctima de Calderón, solo las instancias de los ministros Tezanos Pinto, del Salvador, y Uriburu, de la Argentina, lograron un pasaporte para el extranjero. Quizás con la acusación a Riva-Agüero se lanzó la versión de que los civilistas habían declarado: "Primero los chilenos que Piérola". La verdad de esta frase no ha sido comprobada, aunque en muchos peruanos, de distinta filiación política, consideraciones partidistas predominaron sobre los imperativos patrióticos. El tercer cargo contra Calderón provino de haberse hecho dar, después de la batalla de Miraflores, todos los billetes de incas expeditos para ser emitidos y los completamente litografiados aunque no tuvieran número.

Sin embargo en la memoria de la comisión investigadora de créditos del Estado emitida el 30 de junio de 1884 por Joaquín Torrico, aparece que a la Caja Fiscal fueron entregadas diversas cantidades de incas directamente por los comisionados para su fabricación, incluyendo la suma de 53.934 que devolvió Pedro José Calderón.



AL SALIR EL DICTADOR DE LIMA PARA TOMAR EL MANDO DE LA DEFENSA, CONFIRIÓ AL ALCALDE DE LA CAPITAL FACULTADES EN TODO LO RELATIVO A LA CONSERVACIÓN DEL ORDEN, A LA SEGURIDAD DE LAS PERSONAS Y PROPIEDADES Y A LA REPRESIÓN DE LOS DELITOS QUE CONTRA AQUELLAS Y ESTAS SE COMETIESEN.



[II]

LA PRIMERA LÍNEA PERUANA.- Vicuña Mackenna llama "organización mucho más fantástica que efectiva" a la que Piérola había establecido en las regiones agrestes y despobladas al sur de Lima.

La primera línea apoyaba su derecha en el cerro llamado Marcavilca, próximo a la caleta de La Chira y se extendía hacia el este de Chorrillos, para recorrer diversos médanos o colinas, denominados de Santa Teresa y de San Juan, hasta los confines de Pamplona inclusive, no menos de 15 kilómetros si se considera la forma sinuosa o irregular que seguía. Si la extensión se contaba hasta Vásquez o hasta Monterrico, donde habían sido colocadas dos fuertes columnas, la longitud era entonces considerablemente mayor.

Después de algunos cambios en la ubicación de las tropas peruanas en la noche del 12, el primero de los cuerpos del ejército (Iglesias) cubría las avenidas de Lurín proyectándose sobre Chorrillos, Villa y Santa Teresa y formando la derecha. El cuarto (Cáceres) se extendía al centro, desde este lugar hasta San Juan inclusive. El tercero (Dávila) desde este punto hasta terminar

LAS FUERZAS PERUANAS

Tras la derrota en Arica, el ejército peruano tuvo que reorganizarse para defender la capital del inminente ataque chileno. La línea de defensa de nuestro país estaba en ese entonces compuesta por:

BATALLONES	SOLDADOS
Primer cuerpo	5.200
Segundo cuerpo	2.800
Tercer cuerpo	4.300
Cuarto cuerpo	4.500

los cerros denominados Pamplona a la izquierda de la línea. El segundo (Suárez) quedó como reserva a la retaguardia de San Juan, a fin de proteger el paraje que fuese conveniente.

A continuación se indica la composición del ala derecha. El batallón Guardia Peruana cerraba esta ala hacia el este de la caleta de La Chira y lo seguían a su izquierda y paralelos al camino más occidental de Lurín a Chorrillos, el Cajamarca N° 3, Nueve de Diciembre N° 5 y Tarma N° 7. A la vanguardia de la línea formada por los cuatro cuerpos citados, el batallón Callao N° 9 ocupaba la parte exterior de la casa de la hacienda Villa; el Libres de Trujillo N° 11, el vértice del ángulo saliente en los cerros de Santa Teresa. A la derecha de Santa Teresa, en médanos y colinas, se hallaban los batallones Junín N° 13, Ica N° 15, Libres de Cajamarca N° 21. Toda la derecha, o sea el primer cuerpo del ejército, serían 5.200 hombres según cifras oficiales.

El cuarto cuerpo, o sea el centro, se componía de unos 4.500 hombres, también según datos oficiales. Se distribuía entre los batallones Lima N° 61, Canta N° 63, 28 de Julio N°65, Pichincha N° 73, Pisco N° 75, La Mar N° 77, Arica N° 79, Manco Cápac N° 81 y Ayacucho N° 83.

El tercer cuerpo, o sea la izquierda, llegaba a unos 4.300 hombres de acuerdo con las mismas informaciones. Allí estaban los batallones *Piura* N° 67, *23 de Diciembre* N° 69, y *Libertad* N° 71; más *Cazadores de Cajamarca* N° 65, *Unión* N° 87, *Cazadores de Junín* N° 89. En los últimos días se les agregaron las columnas de la policía de la capital y el batallón N° 40 de la reserva movilizable.

El segundo cuerpo del ejército, o reserva de esta primera línea, constituido a la izquierda y un poco a la retaguardia de San Juan, hallábase integrado por los batallones Huánuco N° 17, Paucarpata N° 19, Jauja N° 23, Áncash N° 25, Concepción N° 27 y Zepita N° 29, con 2.800 hombres como máximo.

La artillería tenía la distribución que se indica a continuación. En el cerro de Marcavilca y a inmediaciones de La Chira, dominando la playa de Conchán y sus alrededores, había cuatro piezas sistema Grieve. En Chorrillos, cuatro cañones Vavasseur. A retaguardia de las piezas primero mencionadas y orientada hacia los cañaverales de Villa y el pueblo indicado, cuatro cañones Grieve. A la derecha de las colinas de Santa Teresa: 15 White, 4 Grieve, 4 piezas de acero Walgely, 1 Armstrong y 2 Vavasseur, unos de estos de cargar por la boca. A la izquierda de los anteriores y en otra eminencia: 4 piezas White, 12 Grieve y 2 pequeños cañones de acero sistema Selay de retrocarga construidos en la factoría de Bellavista. A la derecha de la cadena de cerros de San Juan y cerca de los de Santa Teresa: 8 cañones White y 2 Grieve. En un cerrito avanzado a la izquierda del anterior y al centro de San Juan: 11 cañones White y 2 Grieve. A la derecha de San Juan: 10 Grieve. Finalmente, en la cadena de cerros de Pamplona: 4 Grieve y, cerrando la izquierda, 4 Vavasseur. Además, en Monterrico se colocaron 8 cañones White que no funcionaron y 4 quedaron en la Rinconada.

La relación anterior puede parecer prolija y árida. En realidad comprueba patéticamente la enorme amplitud de la línea, la insuficiencia de los efectivos y la situación del armamento; recuérdese que los cañones White fueron de la Piedra Lisa y no resultaron eficaces y que también tuvieron origen local los cañones Grieve y los de la factoría de Bellavista.

Se ha censurado al ejército peruano por no tener su primera línea de defensa sobre el borde mismo de la tablada que domina el valle y el río de Lurín. Sin embargo, contra esta tesis es válido el argumento basado en la insuficiencia de los medios de movilización y transporte disponibles y en las condiciones de las tropas; así como en la posibilidad de que los chilenos hubiesen podido escoger para su desembarco alguna playa más al norte, como, por ejemplo, Chorrillos. El general Pedro Silva habla en parte sobre la batalla de San Juan de la "*imposibilidad* de haberse reconcentrado oportunamente por la falta de movilidad el ejército en Lurín".

El supuesto lógico de las defensas peruanas estaba constituido por la creencia en las dificultades para escalar las posiciones que debía encontrar el enemigo por los

flancos escarpados y arenosos. Los obstáculos naturales se reforzaron con baterías abiertas y trincheras para tiradores en las lomas y en las faldas de los cerros. Todas las obras eran de material ligero, pircas de piedra, tierra apisonada y sacos de arena y las más sólidas se habían efectuado en el Morro Solar y en los portezuelos de Santa Teresa y de San Juan. En determinados lugares, que fueron considerados de paso inevitable, enterráronse cargas de pólvora o de dinamita y bombas automáticas que debían estallar cuando los atacantes pisaran los detonadores ligeramente cubiertos por una capa de arena. En esta labor intervino el ingeniero Federico Blume. Otros de los mismos aparatos habían sido colocados para que explotaran cuando fuesen recogidos del suelo algunos objetos visibles como relojes o cuchillos que parecían abandonados.

Cualquiera que sea la crítica que desde un punto técnico pueda hacerse ahora a las defensas de Lima y por muy justificadas que tienen que parecer, esas obras dejaron satisfechos, antes de las batallas, a algunos antiguos jefes del ejército peruano como los generales José Rufino Echenique y Ramón Vargas Machuca. Así consta en cartas separadas de ambos, de fecha 29, 30 y 31 de diciembre de 1880 (Archivo Piérola). Echenique, en otra de 9 de enero, le dijo: "La línea en su derecha está bastante fuerte, capaza de resistir cualquier ataque; pero la izquierda desde Monterrico está débil". "Nuestra posición en San Juan la encuentro perfecta e invencible si atacan de frente"… "Flanquearla por la derecha es difícil; pero debe Ud. meditar para defenderla si la atacan por la izquierda".

La línea de resistencia de San Juan, establecida como una barrera rígida, debía formar un vasto campo de tiro desde largas distancias, contener la embestida del enemigo e infligirle graves pérdidas, merced a la potencia de fuego de los soldados protegidos por ella. Funcionaba aquí la idea de que cada tirador disparara a su frente utilizando la ventaja de estar en su terreno, en reposo y a cubierto, en aptitud de buscar a un adversario particular para que fuesen cayendo los invasores uno a uno. En caso de que la primera línea fuera rebalsada, la segunda, en Miraflores, de acuerdo con esta concepción, iba a enfrentarse a fuerzas muy disminuidas.

Tiene relación acaso con el pensamiento que inspiró la formación de estas defensas, una carta a Piérola fechada algún tiempo antes y firmada por "Su amigo". Dice así: "La guerra de Estados Unidos, la de Abisinia, la de Afghanistán, todas fueron guerras en que se emplearon el pico y el azadón, tanto como el rifle y en todas se tuvo buen éxito. Ha sido solo con los zúlus donde se han descuidado los ingleses peleando contra fuerzas superiores sin tener el menor parapeto, que han perdido la batalla de Ibandules sucediendo el mismo día que 120 ingleses parapetados rechazaron a 5.000 zulús matándoles 350 hombres y otro inglés con 1.200 soldados se sostiene actualmente dentro de trincheras contra 35.000 zúlus. No hay que encerrarse como en Plevna y dejarse cercar. Buen reducto en pampa rasa que lo domine buena pero poca gente…" (Su amigo, Valparaíso, 23 de marzo de 1879. Archivo Piérola).

Hoffman Nickerson, en un estudio sobre la técnica militar en el siglo XIX *(Cabiers d' Histoire Mondiale*, París, 1958), ha escrito que el aumento de la precisión y la distancia en las descargas de rifles en la segunda parte de ese siglo hizo que los ataques frontales se volvieran más difíciles. "En la guerra ruso-turca de 1877 se demostró repetidamente (dice) la eficacia de los atrincheramientos guarecidos por infantería armada con buenos rifles". Pero contra esta concepción defensiva surgieron los ejemplos dados por el ímpetu de ofensiva prusiano evidenciado con éxito en las guerras con Austria y con Francia. En todo caso, los problemas que tenían que afrontar los peruanos en la defensa de Lima provenían de la improvisación en la defensa, la amplitud del teatro de la acción, la calidad del armamento, pues faltaban los "buenos rifles", las fallas en el número y la preparación técnica y sicológica de los soldados encargados de la resistencia y las incidencias de la lucha misma. La organización establecida era horizontal y no en profundidad y contra ella podían actuar, como efectivamente ocurrió, la limitada eficacia de sus fuegos, la poca instrucción de los defensores que eran, en buena parte, reclutas, el

VARGAS MACHUCA Y LA DEFENSA DE LIMA



Los generales peruanos Ramón Vargas Machuca (en la imagen) y José Rufino Echenique, ex presidente de la República, tuvieron a su cargo la aprobación del plan para la defensa de Lima. El general Vargas Machuca estuvo en el frente de batalla ubicado en Chorrillos. Allí, tuvo a su cargo el batallón denominado Ejército del Norte, organizado en cinco divisiones y compuesto por un total de 8.565 soldados y 596 jefes y oficiales.

> LA MARCHA NOCTURNA DE LOS INVASORES MERMÓ LAS VENTAJAS DEL CAMPO DE TIRO CON QUE CONTABAN LOS PERUANOS. SE CUENTA QUE A MEDIANOCHE, UN MIEMBRO DEL CUERPO DE SANIDAD DEL EJÉRCITO INVASOR, EXTRAVIADO O DESERTOR, CAYÓ EN PODER DE UNA AVANZADA PERUANA, Y REVELÓ QUE DICHO EJÉRCITO SE LANZABA AL ATAQUE.

ataque concentrado contra un punto del extenso sistema entregado a ellos, la ruptura que así podía hacerse de la línea y que podía envolver a otros de sus sectores, la falta de reservas fuertes y bien establecidas que pudiesen acudir oportunamente.

EL PLAN CHILENO.- El ministro de Guerra chileno José Francisco Vergara opinó en el sentido de que el ejército debía avanzar por Ate para tomar el flanco izquierdo del ejército peruano y así llegar a Lima sin disparar un tiro y sin perder a un hombre. La maniobra por él propuesta venía a tener cierta semejanza con la que efectuó Prado contra Pezet en noviembre de 1865. La memoria ministerial de 1882 defendió el punto de vista antedicho y procuró desacreditar lo hecho por el jefe de las armas chilenas.

Baquedano optó por una decisión muy simple: atacar a los defensores de la capital de frente, por Villa y San Juan. Una reunión de jefes de divisiones y comandantes generales aprobó esta idea. Aforismo de Baquedano era: "*Soldado chileno ¡de frente! Soldado chileno ¡de frente!*".

En polémica con Vergara, Máximo R. Lira enumeró en un folleto, también publicado en 1882, algunas de las razones tomadas en cuenta por Baquedano. La primera de ellas era la familiaridad con el terreno después de los reconocimientos practicados. La segunda se refería a la necesidad de conservar un lugar seguro para el caso de una retirada. La tercera aludía a la importancia de conservar el apoyo de la escuadra. La cuarta recibió de Lira el nombre de "la evidencia del éxito". La explicó de la siguiente manera: "Cubriendo el ejército peruano una línea considerable extensa, esta era susceptible de ser rota en cualquier punto contra el cual se lanzara una masa considerable de tropas. Si se la rompía en su centro, y romperla allí se propuso el general Baquedano, la desorganización del enemigo era segura y por la misma razón infalible su derrota. Los tácticos han elevado esta maniobra a la categoría de precepto y en esa estrategia es un axioma atacar de frente toda línea extensa". Por último, esgrimía como quinta razón, la impetuosidad del soldado chileno, a quien las grandes marchas fatigan y extenúan, por lo cual el avance por el flanco presentaba el inconveniente de hacerle caminar demasiado y desfilar peligrosamente ante el enemigo.

SAN JUAN.- El asalto a esta línea de defensa tuvo lugar el 13 de enero de 1881, y empezó a las cuatro y media de la mañana. La marcha nocturna de los invasores mermó las ventajas del campo de tiro con que contaban los peruanos. Se cuenta que a medianoche, un miembro del cuerpo de sanidad del ejército invasor, extraviado o desertor, cayó en poder de una avanzada peruana, y reveló que dicho ejército se lanzaba al ataque. Había tenido el tiempo de aproximarse y de descansar una hora. Un testigo extranjero, Middendorf, coincidiendo con la afirmación de Mason ya citada, censura la falta de servicios de centinelas al pie de las alturas peruanas. Igual crítica fue hecha por los oficiales argentinos, Ramón R. Rodríguez y Valentín Espejo, incorporados al ejército que defendía San Juan, en una carta que después publicaron en *La Pampa* de Buenos Aires. "(El enemigo) aprovechándose del mal servicio y poca vigilancia de nuestro ejército, había salvado en la noche el arenal que, como hemos dicho antes, les era un obstáculo". El santo y seña para el día 13 fue, sin embargo: "Enemigo pretende sorpresa". Cabe preguntar si el ejército de San Juan estaba en condiciones de detener en todo caso este avance nocturno. En la pampa de San Juan se conserva todavía el pino histórico en el que un niño sirvió de vigía utilizándolo como atalaya y allí pereció por una bala chilena.

La primera división chilena (capitán de navío Patricio Lynch) estaba designada para atacar a la derecha peruana; la segunda (general Emilio Sotomayor) el centro por San Juan; y la tercera (coronel Pedro Lagos) el ala izquierda. La reserva con tres regimientos quedó a cargo del coronel Juan Martínez. Lynch avanzó con cuerpos de infantería y artillería Krupp de montaña

y encontró a los regimientos de Iglesias extendidos en guerrillas. Sotomayor, por errores en el horario y el itinerario del ataque, se extravió en la oscuridad y en la niebla y entró en acción tres cuartos de hora más tarde, cuando el centro peruano amagaba a Lynch. Este fue reforzado por tres regimientos de reserva. Los peruanos del sector derecho, después de enérgica resistencia, se replegaron en orden, hacia las ocho de la mañana, en su mayor número hacia el Morro Solar y otros hacia Chorrillos. Sotomayor golpeó completamente fuera de su eje, casi con las espaldas a las tropas de Lynch y con su flanco izquierdo a un sector del frente que debía atacar; su finalidad fue entrar cuanto antes al fuego. Resultó entonces combatiendo precisamente contra el punto más débil de la defensa peruana, entre la falda suroriente de los cerros de San Juan a la extrema izquierda de Cáceres y la falda surponiente del cerro de Pamplona, a la extrema derecha de Dávila cuya espalda se vio amenazada por este ataque oblicuo. Salieron a reforzar el centro peruano dos batallones: el *Huánuco* N° 17 cuyo ataque fue hecho con bravura pero comenzó a desorganizarse por la abrumadora acción del enemigo y la herida recibida por su jefe el coronel Más que hubo de retirarse del campo; y el *Paucarpata* N° 19 que no pudo llegar al sitio designado, entró en la lucha desventajosamente desde la pampa del Gramadal muriendo su primer jefe el coronel José Gabriel Chariarse, para terminar en la dispersión que arrastró consigo al resto del *Huánuco*. El desbande del batallón *Libertad*, mandado desde la izquierda, ocasionó el del *Ayacucho* y el de ciertas porciones de la caballería que en ese sector había sido colocada. El centro peruano llegó a ser flanqueado por el lado izquierdo, en cuyas proximidades combatió, con bizarría, Canevaro con una división y más a la derecha, con singular denuedo, Cáceres. Así se produjo un ancho hueco entre la izquierda y el centro. Una carga de caballería chilena profundizó esa brecha y convirtió a muchos dispersos en fugitivos, lo cual sirvió para acentuar el colapso de la defensa en este sector.

La izquierda, con Justo Pastor Dávila, amenazada por la espalda y cortada el resto de la línea, se retiró sin combatir, salvo el batallón Libertad.

Antes de las nueve de la mañana los chilenos estaban en posesión de San Juan.

Vinieron en seguida, luchas mucho más reñidas y que algunos chilenos han denominado batallas de Chorrillos y del Morro Solar, como si hubiesen sido acciones distintas de la de San Juan.

LOS FUSILES QUE SOLO DISPARARON SOBRE 1.800 YARDAS.- William Acland, en la relación antes citada, manifiesta su sorpresa por haber visto, al caminar a través del campo de batalla de San Juan, muchos chilenos muertos a una distancia algo mayor de las 1.000 yardas del lugar donde estuvieron los defensores peruanos. En seguida explica dicha anomalía afirmando que éstos tenían sus fusiles preparados para disparar sobre 1.800 yardas y que no supieron cambiar este punto de mira. Una evidencia increíble acerca de la improvisación o de la ignorancia de los soldados reclutados en la sierra para la defensa de Lima.

"No vi (agrega) un solo herido. Aquellos que pudieron escapar, se habían ido, quienes no pudieron hacer lo mismo, fueron ultimados con las bayonetas o con disparos de fusil".

LA HEROICA RESISTENCIA EN EL MORRO SOLAR.- En el Morro Solar se habían parapetado con Miguel Iglesias cien o doscientos artilleros de Chorrillos y los restos de los batallones Guardia Peruana mandado por Carlos de Piérola, hermano del Dictador, Callao que había combatido en Villa, a las órdenes de su jefe el coronel Rosa Gil, Ayacucho y los tres cuerpos en los que el secretario de Guerra tenía especial confianza que eran Cajamarca, Tarma y Trujillo. Dirigía a este último el coronel Justiniano Borgoño. Hasta ellos llegó, por unos instantes, el Dictador, y conferenció con Iglesias.

PEDRO LAGOS (1830-1884)



El militar chileno ingresó al ejército de su país en 1847. Luego de más de veinte años de servicio, pidió su baja en 1869, pero regresó a la actividad durante la guerra del Pacífico. Fue nombrado jefe de Estado Mayor de la campaña de Tacna y Arica, y en la batalla de San Juan tuvo a su cargo la Tercera División del ejército chileno. Tras la ocupación de Lima, volvió a Santiago, donde fue ascendido al grado de general de brigada.

EL SAQUEO DE CHORRILLOS



El 13 de enero de 1881 se llevó a cabo la batalla de San Juan. La línea de defensa desplegada por nuestro país iba desde Ate hasta Chorrillos. Tras la derrota peruana, las tropas chilenas se dirigieron al balneario de Chorrillos, que esa misma noche fue saqueado e incendiado, como se aprecia en esta fotografía tomada poco después de los hechos. Pasaron muchos años antes de que el otrora punto de reunión de la aristocracia limeña pudiera ser reconstruido.

Sin embargo, no se trató sino de una desesperada resistencia ofrecida en un cerro y en pueblo después de una batalla campal. Los factores decisivos de la organización, el armamento y el número gravitaron en esta oportunidad en proporción mucho más acentuada a favor de los chilenos. Fue, en realidad, una operación suicida.

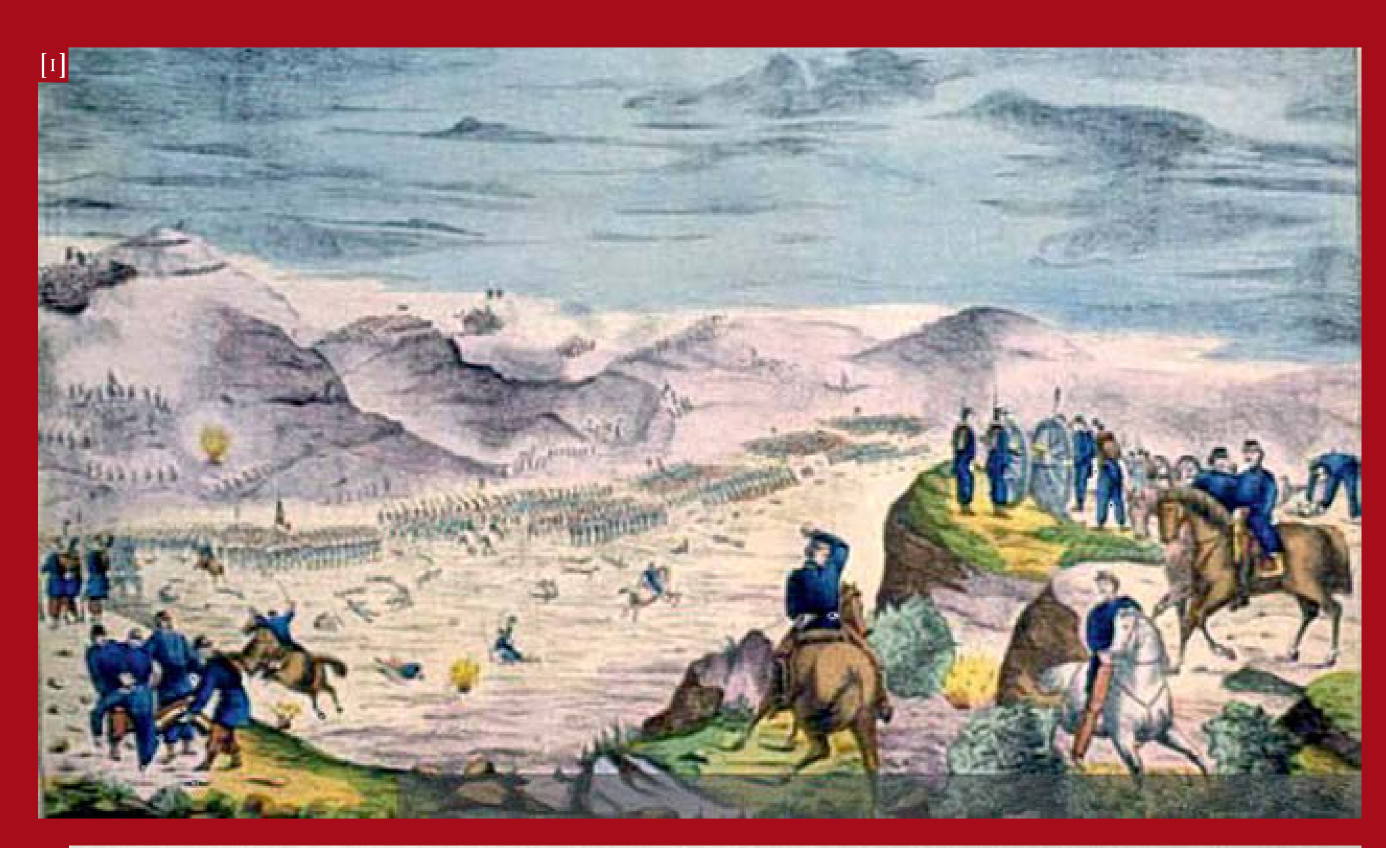
Lynch, reforzado, atacó a Iglesias en el Morro Solar, mientras Chorrillos quedaba encerrado "en un círculo de fuego", según dice en su parte el general Pedro Silva. El asalto del Morro Solar, iniciado por los regimientos 4° de línea y Chacabuco y proseguido por otros, fue rechazado con grandes pérdidas. Lynch se encontró con el desánimo y la confusión en sus tropas, según confiesa el militar francés De León al narrar esta jornada. Lo que quedaba de la reserva peruana, dentro del área de las tropas envueltas en la batalla de San Juan, fue lanzado sobre Chorrillos, lo cual ha sido censurado desde un punto de vista práctico. Al mando del coronel Isaac Recavarren (de quien se dice que exigió a Suárez que lo dejara combatir) entró el batallón Zepita N° 29 por la calle Lima, y peleó con decisión hasta quedar casi destruido, lo apoyaron el Áncash N° 25 y el Jauja N° 23, entre grandes pérdidas. Después de media hora de incertidumbre, entre diez y diez y media de la mañana, reforzaron a Lynch tropas de refresco y un número considerable de cañones, incluyendo los de montaña que, por razón de las incidencias de la lucha, poco habían podido antes hacer. A costa de 88 jefes y oficiales y 1.873 soldados (según cifras oficiales chilenas) Lynch logró por fin escalar el Morro Solar y capturar a Iglesias, a cuyo lado veíase a otros jefes, a las dos de la tarde. Solo hubo 280 prisioneros en este lugar aunque habían combatido 4.500 peruanos. Entre los muertos estuvo el hijo primogénito de Iglesias, Alejandro. Al bajar del cerro prisionero el valiente jefe de la resistencia, saludó militarmente a este cadáver, según narra una tradición familiar.

La resistencia en el Morro Solar duró más tiempo que la resistencia en el Morro de Arica.

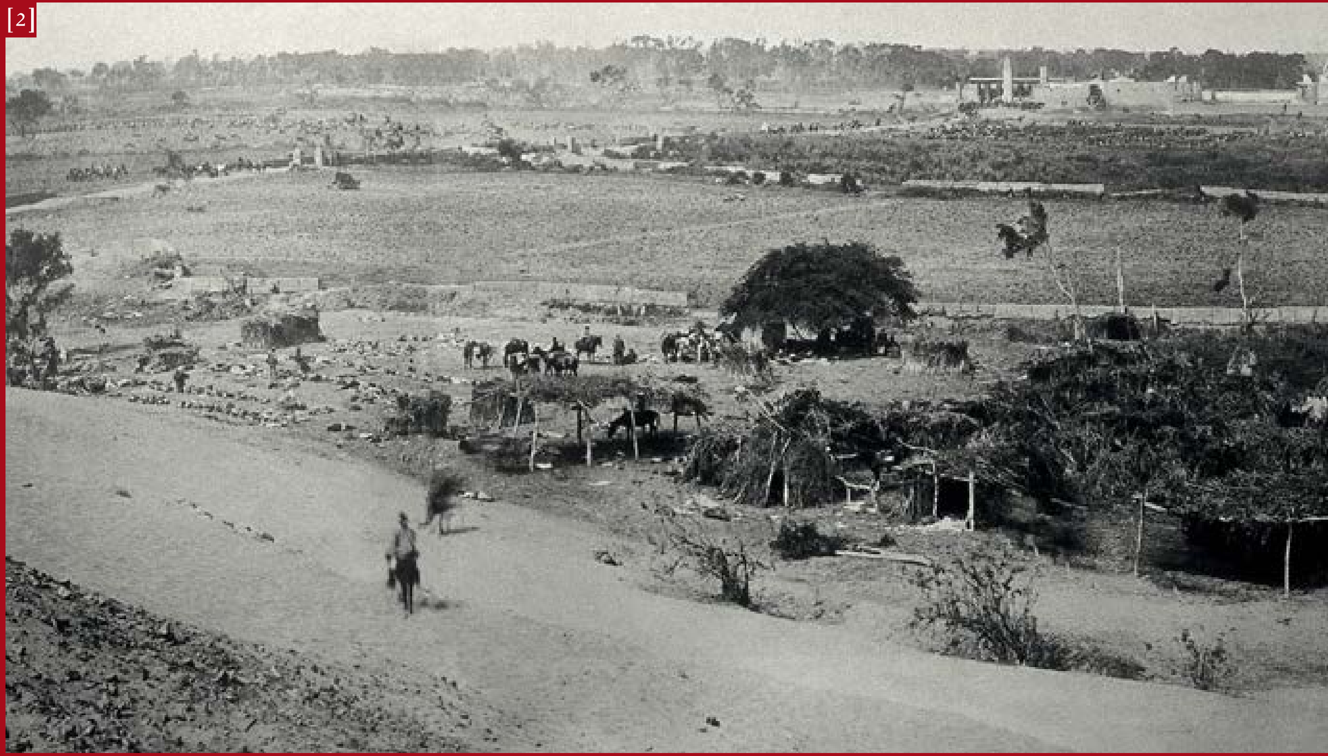
Pero Dávalos y Lissón, a base de un relato de Guillermo Billinghurst, ha escrito: "A las dos de la tarde, el ministro de Guerra don Miguel Iglesias, su ayudante Víctor Castro Iglesias, el jefe de Estado Mayor don Guillermo Billinghurst, don Carlos de Piérola, jefe de Guardia Peruana, el coronel Valle Riestra, su hijo Alfredo, teniente, y otros de más alta graduación, en conjunto, fueron tomados prisioneros y puestos en fila para ser fusilados. Pasó esto en el Malecón de Chorrillos: Guillermo Billinghurst rompió la línea, dio algunos pasos al frente y encarándose con el sargento chileno que mandaba el pelotón de soldados, le dijo pasando la vista por los prisioneros: 'El señor es el ministro de Guerra, el coronel Iglesias; el que le sigue es el coronel Carlos de Piérola, hermano del Presidente de la República, yo soy el jefe de Estado Mayor y los demás son militares de alta graduación. ¿No es de mayor honra y provecho para usted entregarnos vivos al general Baquedano y no decirle después de fusilarnos que nos ha victimado, lo cual tal vez no se lo crean y de ninguna manera se lo agradezcan?'. Sin decir una palabra, el sargento chileno suspendió la orden de fusilamiento. Billinghurst se acercó a él y le regaló su reloj de oro. Este jefe de Estado Mayor que debió ser fusilado el 13 de enero llegó después a la presidencia de la República y lo mismo pasó con Miguel Iglesias en 1883. Cuántas y raras novedades tiene la historia en su tortuoso camino y cuántos acontecimientos por causas entorpecedoras no debieron haberse realizado".

LA LUCHA EN CHORRILLOS.- En Chorrillos se peleó casa a casa, ventana a ventana, azotea a azotea, si bien estaban los peruanos rodeados por los chilenos que convergieron sobre el balneario y aumentaron después de caer el Morro Solar. "Increíble y nunca visto hasta aquel momento era el arrojo y el encarnizamiento con que se batían los peruanos" dice Vicuña Mackenna refiriéndose a esta fase de la batalla. A las dos y media de la tarde ella había terminado. Suárez, con el batallón Concepción, los restos del Jauja y otros cuerpos, se replegó sobre Barranco. Comenzó entonces un intenso trabajo de reorganización de los dispersos.

[1]

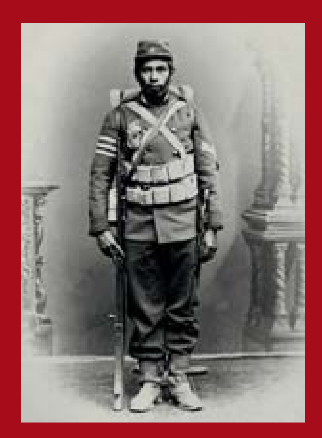


[2]



LUCHA EN CHORRILLOS. El 13 de enero de 1881 se llevó a cabo, simultáneamente, la defensa de Lima en las pampas de San Juan (1) y en el balneario de Chorrillos. Allí, se luchó arduamente durante toda la mañana, hasta las dos y media de la tarde, hora en que las fuerzas peruanas se retiraron hacia Barranco. El saldo de la batalla fue de más de seis mil muertos. Esta fotografía (2), tomada unos días después de la batalla, es testimonio de lo encarnizado de los enfrentamientos y la cantidad de decesos ocurridos.

EL UNIFORME CHILENO



El uniforme de los soldados chilenos, que vemos aquí en una fotografía de época, seguía la usanza francesa. Constaba de un gorro rojo, una chaqueta azul bordada con hilos y botones dorados, pantalón rojo y botas negras. En la cintura, llevaban un grueso cinturón de cuero en el que guardaban sus municiones, y en la espalda una mochila, también de cuero, donde cargaban mapas y sus efectos personales.

LOS MUERTOS, HERIDOS Y DISPERSOS.- La cifra total de los muertos chilenos ascendió, según algunos cálculos, de cuatro a cinco mil en San Juan y Chorrillos. En cuanto a las pérdidas de los peruanos, no se sabe con certeza cuántas fueron y unos informes de este lado las hacen llegar a más de cuatro mil y otros a más de seis mil, sin contar cuatro mil heridos y dos mil prisioneros. Mason consigna 1.500 muertos, 2.500 heridos y 4.000 prisioneros peruanos. Por el temor que inspiraban las bombas sembradas en el campo de batalla muchos heridos no fueron recogidos y agonizaron al lado de los cadáveres; algunas explosiones destrozaron a hombres y mujeres que se atrevieron a intentar recogerlos.

Según Piérola en su carta a Julio Tenaud, de los 19. 000 hombres reunidos en San Juan y Chorrillos, solo pudo mantenerse a 6.000 para la batalla de Miraflores. Los demás se dispersaron, murieron o quedaron heridos.

LOS HORRORES DE CHORRILLOS.- Después de la batalla, los vencedores se entregaron al saqueo y a la embriaguez a gran escala, y llegaron a pelear entre ellos. *El Mercurio* de Santiago reveló que murieron unos trescientos a cuatrocientos soldados con tal motivo (24 de marzo de 1881). Entre las víctimas estuvo el comandante Baldomero Dublé Urrutia.

El asalto a diversas tiendas y bodegas de vino dio lugar a que la tropa rompiera todos los frenos y a que se sucediesen escenas de destrucción y horror algo muy pocas veces visto (dice Acland) en los tiempos modernos. Casas y objetos de propiedad mueble destruidos, hombres peleando y disparándose o usando la bayoneta o el corvo como un entretenimiento, o bailando alrededor de las fogatas, mujeres violadas, civiles inocentes asesinados. El cementerio se volvió un lugar donde soldados beodos celebraron orgías y llegaron a desenterrar cadáveres de sus tumbas para ayudar a sus enloquecidos camaradas. El olor de los muertos y del incendio resultaba irrespirable. Entre aquellos estuvo un médico inglés de 80 años, asesinado delante de la casa del ministro de su país.

En la misma noche comenzó a arder la población de Chorrillos; el incendio prosiguió por tres días. La destrucción fue sistemática. El 14 fue incendiado Barranco.

LOS BOMBEROS FUSILADOS.- Los chilenos fusilaron en Chorrillos, después de la batalla a once bomberos italianos. Sus nombres son los siguientes: Angelo Cepollini, Battista Leonardi, Lorenzo Astrona, Lecca Chiappe, Angelo Desalzi, Giovanni Ogro, Egidio Valentini, Paolo Margano, Giovanni Pale, Filippo Borgna y Enrico Nerini. El 2 de agosto de 1890 el Concejo Provincial de Lima mandó hacer un cuadro alegórico que debía contener los retratos y nombres de estos bomberos para colocarlo en el local del Concejo o en la galería nacional de pinturas que estaba bajo su supervigilancia. Hubo una rectificación oficial de la colonia italiana a la noticia, por algunos propalada, de que una columna de "garibaldinos" combatió a lado de los peruanos en Miraflores.

EL INTENTO DE CÁCERES Y CANEVARO DE ATACAR A LOS CHILENOS.- El político chileno Manuel José Vicuña, testigo de todos estos acontecimientos, escribió en su folleto titulado *Carta Política* (impreso en Lima en 1881 y destinado a criticar la actuación del general Baquedano, para impugnar su candidatura presidencial que no llegó, por lo demás, a triunfar): "Recuerdo que, con el ministro de Guerra, hacíamos esta reflexión: ¡Cómo nos iría esta noche si los peruanos, con un poco de audacia, vinieran a atacarnos en número de cuatro mil hombres, solo de cuatro mil! Todo esto se lo llevaba el diablo, me decía el ministro y la obra de Chile se perdería miserablemente en una hora. ¡Quién nos diría, amigo Ibáñez que aquello que como simple

hipótesis, como mero recelo, conversáramos en nuestra tienda de campaña, estuviera precisamente discutiéndose y verificándose allá en el campamento enemigo. El coronel Canevaro le decía a Piérola: 'Con mi fortuna y con mi vida le respondo a usted de que esta noche doy cuenta de los chilenos si me confía cinco a siete mil hombres para ir a sorprenderlos, en medio del desorden y borrachera que inevitablemente les habrá traído el saqueo de Chorrillos, y cuya prueba está allí en aquellas llamas que divisamos'".

El historiador militar peruano Carlos Dellepiane, aunque dice que un comando atrevido debió lanzar a las tropas de Miraflores sobre Chorrillos, duda en cambio, de la exactitud plena de los temores señalados por el crítico de Baquedano. En todo caso, Cáceres y Canevaro opinaron con insistencia a favor del avance. La cuestión puede ser debatida indefinidamente. Siempre quedarían, sin embargo, abiertos muchos interrogantes. ¿Podría haberse sabido en el campamento peruano la extensión a que llegó el desborde indisciplinado y tumultuario de los vencedores? ¿Estaba el ejército parapetado en los reductos de Miraflores que había visto llegar en desorden a muchos dispersos de San Juan, en las necesarias condiciones internas y tenía la preparación militar suficiente para una ofensiva relámpago como lo harían en esta época los "comandos" para abandonar la seguridad de sus atrincheramientos? ¿La borrachera de Chorrillos había reducido efectivamente a la impotencia a la totalidad o a la gran mayoría del ejército invasor o se limitaba, como cree Dellepiane, a un par de millares de hombres? ¿La sorpresa podría contrarrestar en forma definitiva los efectos del número, del armamento, de la organización militar y de la derrota ya sufrida?

Más inobjetables parecen, en cambio, las censuras del historiador militar Ekdahl a los peruanos, porque ocuparon simultáneamente dos posiciones, con lo cual bifurcaron sus fuerzas (que hubiesen podido combatir mejor estando unidas) y desdeñaron el peligro de que los efectos sicológicos o materiales de una primera derrota fuesen nocivos para el caso de un segundo choque. Ekdahl cree que la línea de Miraflores con obras de fortificación de mucho mayor envergadura debió ser el escenario de una batalla decisiva.

[III]

NEGOCIACIONES PARA UN ARMISTICIO.- En las primeras horas de la mañana del 14, un mensajero chileno se presentó en las líneas peruanas con el fin de solicitar un pase para el coronel Miguel Iglesias. Al poco tiempo, el ex secretario de Guerra llegaba al cuartel general peruano como portador de proposiciones destinadas a entrar en arreglos de paz. Regresó Iglesias al campamento enemigo y horas después llegó un parlamentario chileno, Isidoro Errázuriz con quien Piérola no quiso tratar pues no traía credenciales en regla. Esa misma tarde hubo junta de comandantes generales cuya duración llegó hasta las siete de la noche. Un documento de la época, que perteneció a Carlos Paz Soldán y hoy se guarda en la Biblioteca Nacional, comprueba el pesimismo total de esa junta.

Las tropas durmieron sobre las armas y se hizo un escrupuloso servicio de avanzadas. No faltaron disparos aislados. Llegó la aurora del 15 de enero iluminada por el incendio de Barranco; a lo lejos, entre la neblina que cubría el mar, a la altura de Miraflores, veíanse cuatro o cinco buques de guerra enemigos.

Al promediar la mañana, estaban en el alojamiento de Piérola el almirante inglés Stirling y el francés Petit-Thouars y los ministros de esas nacionalidades St. John y de Vorges con el de El Salvador, Jorge Tezanos Pinto. Bajo sus auspicios se había acordado temprano en la mañana un armisticio verbal, fijándose el plazo hasta las doce de la noche. A propósito de la demanda chilena de rendición entonces formulada para la paz, dice Alberto Ulloa Cisneros en su folleto *Lo que yo vi*: "No oímos que Piérola aceptase semejante proposición (la de rendición). Pero lo positivo es que, si se hubiese dejado arrastrar por consejos y opiniones que pocos tenían



LAS TROPAS DURMIERON SOBRE LAS ARMAS Y SE HIZO UN ESCRUPULOSO SERVICIO DE AVANZADAS. NO FALTARON DISPAROS AISLADOS. LLEGÓ LA AURORA DEL 15 DE ENERO ILUMINADA POR EL INCENDIO DE BARRANCO; A LO LEJOS, ENTRE LA NEBLINA QUE CUBRÍA EL MAR, A LA ALTURA DE MIRAFLORES, VEÍANSE CUATRO O CINCO BUQUES DE GUERRA ENEMIGOS.



SETIEMBRE

1881

[EE. UU.]



FALLECE EL PRESIDENTE ESTADOUNIDENSE JAMES A. GARFIELD EN NUEVA JERSEY. EL 2 DE JULIO DE ESE MISMO AÑO, CHARLES J. GUITEAU LE HABÍA DISPARADO EN UNA ESTACIÓN DE FERROCARRIL EN WASHINGTON. EL INVENTOR ALEXANDER GRAHAM BELL TRATÓ DE LOCALIZAR LA BALA ALOJADA EN EL CUERPO DEL PRESIDENTE CON SU NUEVO INVENTO, UN DETECTOR DE METALES, PERO SIN ÉXITO. GARFIELD HABÍA ASUMIDO EL CARGO ESE MISMO AÑO. FUE REEMPLAZADO POR CHESTER ARTHUR, SU VICEPRESIDENTE.

circunspección para silenciar delante de él, se habría hecho la paz en ese día. Todos aquellos, empero, quienes por reflexión deseaban la paz, supieron después, en el momento decisivo, cobrar ánimo y energía suficientes para obtener la victoria, si esta hubiese dependido únicamente de ellos. Sería más de la una p.m., cuando pasaron, precedidos por el Dictador, al comedor los personajes que hemos mencionado. Apenas comenzaba el primer servicio cuando un oficial del Batallón N° 4 vino a avisar a nuestro comandante que el enemigo se acercaba, consultando, de parte de su coronel, si se debía romper el fuego. Se comunicó a Piérola lo que pasaba. 'Que no se haga un solo tiro', fue su respuesta, poco después, sin embargo, narra el mismo testigo, "el ruido atronador de una descarga llegó a nuestros oídos. A esta siguieron nuevas detonaciones, las balas silban, las bombas pasan zumbando por el aire y estallan; la madera de los edificios cruje y humea y de repente mézclase a este fragor el estrépito de los disparos de grueso calibre: el *Cochrane* y el *Huáscar* hacen temblar la tierra y arrojan sus granadas sobre Miraflores".

La batalla de Miraflores había comenzado. Eran, más o menos, las 2 y 15 de la tarde.

LOS REDUCTOS DE MIRAFLORES.- La idea de la defensa pasiva, bajo la suposición de que la potencia del fuego basta para detener el ataque, había dominado, como se ha dicho, a los directores de la línea de San Juan. La segunda línea, en la que había un vago presentimiento de la moderna guerra de trincheras, tenía análogo significado y consistía en hendiduras cortas y murallas con bastiones aislados, "islotes de resistencia", dispuestos a dar fuego al frente sin que hubiese obras intermedias en los intervalos que los separaban.

Los reductos eran siete y se encontraban unos de otros distantes de ochocientos a mil metros, partiendo desde las orillas del mar, en las inmediaciones del barranco de Miraflores donde habíase erigido el fuerte Alfonso Ugarte, hasta las haciendas de Monterrico y Vásquez; entre ellos mediaban las numerosas hileras de tapias que cercaban los potreros y sembradíos de la campiña. La distancia del reducto más cercano al pueblo de Miraflores era como de mil metros. He aquí como describe los reductos una relación de la época: "Un cuadrilátero, estrecho, una estacada cerrando el recinto de la plaza, un foso incluso sin agua en el exterior…". Y del reducto segundo, que tanta importancia tuvo en la batalla de Miraflores dice: "Cuando acampamos en él se hallaba a medio hacer; no tenía concluida la trinchera que daba frente a la campaña ni la del costado izquierdo tampoco y en cuanto a la de la derecha solo había tierra y piedras hacinadas en desorden". Prosigue la misma relación narrando que se contrató una cuadrilla de peones asiáticos cuyos jornales se cubrieron con el resto de una suscripción hecha en el Club Nacional; pero esa suma apenas bastó para pocos días, pues hubo necesidad de comprar herramientas y algunos cientos de costales vacíos. Fue entonces que el batallón número 4, entero, con personas de la magistratura y el foro, la universidad y el periodismo, el profesorado y el comercio, empleó el pico y la lampa durante varios días.

Entre otras cosas hicieron, además, la tarea de despejar el frente para que tapias y arboledas no protegieran al enemigo.

De los reductos solo cuatro se enfrentaron a los invasores que concentraron sus esfuerzos principalmente sobre los tres primeros, colocados en la línea que cubría el camino hacia Lima, las fortificaciones en los cerros San Cristóbal, El Pino, San Bartolomé y Vásquez no dispararon o dispararon poco en la batalla. Los reductos de la izquierda y varios batallones de la Reserva quedaron sin tomar parte en el combate.

El reducto número 1 fue ocupado defendido por el batallón número 2 de la Reserva cuyo jefe era el comerciante y Prior del Consulado Manuel Lecca y cuyo personal se componía, en su mayor parte, por comerciantes distinguidos. Entre este reducto y el número 2 se encontraban, bajo el mando de Andrés A. Cáceres, parte de los restos del ejército de línea despedazado en San

Juan y los bizarros batallones del Callao, Guarnición de Marina y Guardia Chalaca (de voluntarios), que tanto habían de distinguirse en la batalla de Miraflores con sus comandantes el capitán de navío Juan Fanning y el capitán de fragata Carlos Arrieta. Tenía a su cargo el reducto número 2, junto a los rieles del ferrocarril de Chorrillos, el batallón número 4 de Reserva ya citado, a la cabeza del cual estaba el coronel temporal y abogado Ramón Ribeyro. También había tropas de línea entre los reductos 2 y 3 comandadas por Belisario Suárez. El reducto número 3, entre el número 2 y el fundo La Palma, fue asignado al batallón número 6 a las órdenes del abogado limeño, ex diplomático y director general de ferrocarriles de Tarapacá Narciso de la Colina, con Natalio Sánchez, antiguo diputado, como segundo jefe. En el reducto número 4, situado en uno de los potreros de La Palma, hallábase el batallón número 8, encabezado por Juan de Dios Rivero, jefe de una de las secciones del Ministerio de Hacienda. Las tropas de línea, entre los reductos 3 y 4, obedecían a Justo Pastor Dávila. El reducto 5, entre La Palma y la Calera de la Merced, había sido confiado el batallón número 10 en el que José M. León, propietario, ejercía la primera autoridad. Los reductos 6 y 7 tenían su ubicación en el antiguo estanque de la Calera de la Merced y en el potrero de la Chacarilla. Las divisiones de la Reserva formada por doce batallones que ocupaban desde la hacienda de la Calera hasta la hacienda Vásquez estaban mandadas por Juan Martín Echenique, con Julio Tenaud como jefe de Estado Mayor.

EL COMIENZO DE LA BATALLA DE MIRAFLORES.- Después de su victoria en San Juan, los chilenos tenían que romper esta segunda línea. Como ya se ha dicho, el tiroteo surgió inesperadamente. Poco después de las dos de la tarde, el general Baquedano, acompañado de un numeroso Estado Mayor, después de haber hecho la distribución de sus tropas y ordenado sus nuevas ubicaciones, efectuó un reconocimiento, y se colocó muy cerca de los reductos peruanos. Según algunos relatos, de las filas de las tropas invasoras salieron insultos dirigidos a sus adversarios. "Creemos (dice el teniente de marina francés E. de León, agregado al Estado Mayor del ejército de Chile, en sus Recuerdos) que, como suele ocurrir generalmente en la guerra, la batalla se empeñó de un modo casual. El general Baquedano cometió la ligereza de acercarse a las líneas enemigas; uno de los generales se lo estaba advirtiendo en ese momento. La vista del numeroso grupo de oficiales debió tentar a algunos soldados (peruanos) o quién sabe si estos pensaron que aquello era un ataque". Por lo demás, agrega de León, "aquel ejército no estaba en condiciones para emprender la ofensiva".

En su conferencia con los miembros del cuerpo diplomático, el general Baquedano había declarado que no suspendería ni alteraría los movimientos que había ordenado en su ejército, entre los que estaba el relativo a las posiciones de la artillería.

EL ÉXITO PERUANO EN EL SECTOR DERECHO.- La batalla se concentró, en realidad en los reductos 1, 2 y 3, es decir en la derecha peruana. En este sector la lucha fue primero tan favorable a los defensores de Lima que la artillería de campaña chilena retrocedió y Cáceres se lanzó con los batallones Guarnición de Marina y Jauja al ataque, y en una segunda embestida, estuvo acompañado por los batallones Concepción, Libertad y Paucarpata, y en ambas oportunidades obtuvo evidente éxito. Una parte de las tropas de Suárez lo acompañó en su segunda salida. Sin embargo, esta acción se frustró luego por la ausencia, muy criticada, de tropas de refuerzo. Se ha reiterado, por el lado peruano, que en esos momentos pudo haberse ganado la batalla. A eso de las cuatro de la tarde, el centro chileno estuvo en dificultades y su izquierda había sido contenida por la derecha peruana apoyada en los reductos 1 y 2.

"La situación es bastante grave (dice el teniente francés de León ya citado, al narrar los sucesos por el lado chileno) para que el comandante de artillería, inquietándose por los



EN SU CONFERENCIA CON LOS MIEMBROS DEL CUERPO DIPLOMÁTICO, EL GENERAL BAQUEDANO HABÍA DECLARADO QUE NO SUSPENDERÍA NI ALTERARÍA LOS MOVIMIENTOS QUE HABÍA ORDENADO EN SU EJÉRCITO, ENTRE LOS QUE ESTABA EL RELATIVO A LAS POSICIONES DE LA ARTILLERÍA.



> SI EL CENTRO Y LA IZQUIERDA CHILENOS PASARON POR MOMENTOS CRÍTICOS Y ESTUVIERON DISPERSOS Y DESORDENADOS, ERA PRECISAMENTE EN SU ALA DERECHA DONDE LOS INVASORES ERAN MÁS DÉBILES



numerosos vacíos que notaba en sus filas y testigo de las vacilaciones de la infantería, tema por sus piezas y ordene transportarlas a 1.500 metros a retaguardia, preparándose así para proteger una retirada que le parece inminente. Los dos batallones de infantería Melipilla y Artillería de Marina, apoyándose demasiado a la derecha detrás de la línea, se extravían en los zigzags del camino, no llegando sino en la noche a la altura de la izquierda peruana. La brigada Gana, lista en Chorrillos esperaba órdenes. La brigada Barbosa se dirige oblicuamente por la línea hasta Valverde, para oponerse a los ataques de flanco de las fuerzas colocadas entre esta aldea y Monterrico Chico. Pero el camino por recorrer es demasiado largo. Aquel día, los regimientos estuvieron muy lejos de presentar la misma cohesión que el día 13. El llano estaba lleno de soldados sueltos que se reunían, pero sin apresurarse, a sus cuerpos que se estaban batiendo. Notamos un buen número descansando detrás de las cercas, al abrigo de las balas y del sol. Muchos buscaban qué beber en las tiendas que los oficiales habían abandonado precipitadamente. La vista de algunos soldados ebrios, armados y a veces imprudentes nos obligaron a apresurar nuestras cabalgaduras cansadas, para acercarnos al lugar de la pelea. Al desmembramiento de las tropas se debe el gran número de bajas entre los oficiales, pues tenían estos que ponerse al frente para arrastrar a los soldados agrupados sin orden y pertenecientes a distintas compañías".

LA INACCIÓN DE LA IZQUIERDA PERUANA.- Si el centro y la izquierda chilenos pasaron por momentos críticos y estuvieron dispersos y desordenados, era precisamente en su ala derecha donde los invasores eran más débiles. Elocuente testimonio acerca de esta situación ofrece la carta política de Manuel José Vicuña a Adolfo Ibáñez publicada en Lima en un folleto el año 1881. Para él los peruanos rompieron los fuegos por la izquierda chilena para llamar la atención sobre ese lado y envolver en seguida a los invasores por la derecha, flanqueándolos y hasta tomándolos por la retaguardia. Vicuña llegó a afirmar que él pudo ver cómo se iniciaba el movimiento envolvente de once batallones peruanos por la derecha chilena; si bien lo detuvieron los fuegos de cuatrocientos o quinientos dispersos desde una arboleda y los carabineros de Yungay cuya presencia pareció indicar que ya esa ala de los invasores estaba reforzada o cubierta. "Estos son los once batallones (expresó Vicuña) de que hablan los peruanos que no dispararon un solo tiro, quejándose de Piérola por no haberlos mandado reforzar la derecha de ellos que combatía con nuestra izquierda. Suponían probablemente que el objetivo de Piérola era ese costado de nuestra línea y no envolverlos por la derecha mientras nos entretenía con la sorpresa de la izquierda, cuya combinación más clara que la luz del día le habría dado brillantes resultados si sus once batallones hubieran tenido el suficiente valor para llevarlo a cabo, no deteniéndose delante de quinientos dispersos y doscientos carabineros de Yungay. Figúrese, amigo Ibáñez, lo que habría pasado si, mientras el coronel Lagos estaba apurado por la izquierda, en medio de la confusión y el desorden producidos por la sorpresa, hubieran aparecido esos once batallones por retaguardia envolviendo en su círculo al general en jefe con todo su Estado Mayor; a los doscientos oficiales que cruzaban en todas direcciones buscando sus cuerpos, comunicando órdenes y recogiendo dispersos; a la artillería colocada en distantes potreros, sin infantería que la protegiera, a la caballería atascada en callejones estrechos, a las piaras de mulas conduciendo municiones y, en fin, a más de mil quinientos soldados, sin armas, con todas las trazas de la borrachera de Chorrillos y que envueltos y confundidos con una multitud de paisanos y mujeres, vagaban por potreros, callejones y caminos, aumentando el laberinto y formando el desaliento con relaciones falsas para disculpar su ausencia de las filas, ayudados todavía por las alharacas de las mujeres que recibían a los heridos salidos de la línea con mil aspavientos de alarma, miedo y terror. La avería estaba pintada, la derrota en la atmósfera, y en la imaginación de todos el recuerdo del desastre de Tarapacá".

[1]



[2]



✠ **LA DESTRUCCIÓN DE CHORRILLOS. Tras la victoria chilena en las batallas de San Juan y Chorrillos, el ejército de ese país saqueó el lujoso balneario limeño de Chorrillos. Después de varias horas de desórdenes, gran parte de las casas fueron incendiadas. En estas fotografías de la época (1 y 2), se puede ver la destrucción ocasionada por el enemigo.**

LOS CULÍES FRENTE A LA GUERRA DEL PACÍFICO

LA CONDUCTA "PROCHILENA" DE LOS CULÍES CHINOS HA SIDO TEMA DE CONTROVERSIA EN LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA GUERRA. EN EL TEXTO SIGUIENTE, ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL TEMA.

"En esos momentos de definición los chilenos obraron con mayor inteligencia que los peruanos con poder de decisión. No parece que algún alto militar de nuestro ejército se haya puesto a meditar sobre las posibilidades del comportamiento de estos semiesclavos. Y de hacerlo no habrían sabido ni podido tomar una resolución. Qué se habría podido hacer con miles de chinos que eran propiedad de cientos de hacendados que los consideraban suyos y que, por eso mismo, no había potestad que pudiera determinar el destino de ellos. En consecuencia, cómo habría sido posible tomar una decisión política general sobre los chinos que mantenían bajo contrato. En realidad hubo tantas minidecisiones como hacendados. Estábamos, en este asunto, por entonces, con las manos atadas sin poder optar por una solución.

Patricio Lynch no tuvo ninguna atadura sobre el punto. Antes bien, en su expedición al norte con una flotilla de barcos de guerra este marino pudo comprobar este apego espontáneo, la entrega incondicional y la agresividad contenida de los chinos de las haciendas. Qué mejor lección que ese apoyo franco, abierto, voluntario. Cómo luego de ello, siendo autoridad chilena, como lo era Lynch, no intuir, meditar y trazarse una línea de acción con otros miles de culíes que estaban a la espera en tantísimas otras haciendas costeñas que se hallaban ansiosos y atentos a la llegada de sus liberadores. Y ese fue el recorrido desde Pisco hasta Lurín que quizás uno de sus objetivos fue enrolar voluntarios orientales. El éxito habría sido muy parecido si un recorrido similar hacía Lynch o cualquier otro oficial chileno desde el norte hasta Lima.

Ahora bien, no pretendemos acercarnos a la ingenua conclusión de que Chile ganó la guerra porque tuvo el apoyo de los chinos. En realidad los asiáticos que se plegaron al ejército invasor fueron bastante pocos si tenemos en cuenta a la totalidad de los que había entonces en territorio peruano. Al perder Perú la batalla por el mar y en seguida las batallas en el sur, la derrota peruana era cuestión de tiempo. [...]

Y en cuanto al chino Quintín de la Quintana, el autor de esta obra no teme confesar sus simpatías por él; no fue un perjuro al Perú, fue un asiático leal con sus hermanos de raza y aflicciones, tanta fue su entrega a ellos que todo lo propio lo abandonó; naturalmente, los chilenos fueron el medio que él encontró a la mano en circunstancias bélicas entre dos países que [no] eran el suyo y que quizás no entendió en su totalidad las razones de esta guerra fratricida".

De: Humberto Rodríguez. "Los chinos en la guerra del Pacífico". En: *Diálogos en Historia 2*. Lima, 2000.

Manuel José Vicuña sobreestima el talento estratégico y táctico de Piérola al hacer toda esta relación. Fuentes peruanas de carácter oficial y no oficial desmienten rotundamente su relato acerca del avance de los once batallones peruanos de la izquierda. Si el surgimiento de la batalla provino de un hecho inesperado y no de un plan de los defensores de Miraflores como él cree, estos tuvieron que pasar por un proceso de sorpresa y desorientación análogo al de sus adversarios. De todos modos, las revelaciones del político chileno confirman los gravísimos momentos por los que pasaron los vencedores de San Juan. Da la impresión de que, como en ninguna de las grandes batallas de esta guerra, estuvieron tan cerca del desastre. Lo que parece, sin embargo, dudoso es que aquellos once batallones hubiesen estado en condiciones de haber hecho el movimiento envolvente y de flanqueo cuya concepción pareció a Ibáñez "más clara que la luz del día".

LO QUE NO HIZO EL COMANDO PERUANO.- En todo caso Ulloa Cisneros resume el punto de vista de actores y testigos peruanos, cuando afirma, al referirse a los defensores de los reductos 1 a 4, en *Lo que yo vi*: "Si hubieran recibido tropas de refuerzo; si hubieran habido municiones en abundancia; si quienes tenían el mando superior de las tropas tendidas entre Vásquez, Quiroz y La Perales hubieran tenido un momento de inspiración; si estas hubieran acudido, parte a sostener nuestra línea desfalleciente y parte a tomar a los chilenos por el flanco cortando en la dirección de Surco, es evidente que habríamos dormido esa noche en las formidables posiciones…".

La aseveración comúnmente repetida entre los peruanos de que no hubo órdenes para apoyar el ataque se haya desmentida por el parte del subjefe de Estado Mayor, mayor Ambrosio J. del Valle cuando afirma que, por disposición del general Pedro Silva, su superior inmediato, él fue a solicitar refuerzos al coronel Justo Pastor Dávila y no encontró en su puesto a la caballería; solo halló a la escolta del Dictador cuyos soldados estaban beodos. La escolta se dispersó.

LA DERROTA.- Las fuerzas de Lagos, convenientemente reforzadas, llegaron poco después de las cuatro de la tarde, a sumar unos 8.000 hombres para atacar la zona situada desde el borde del barranco que da al mar hasta algo más al este de la vía férrea, o sea poco más de 2.000 metros, lo cual daba lugar a una gran densidad de tropas atacantes contra defensores menos numerosos, fatigados y diezmados por sus salidas y por haber sostenido hora y media de combate. Los disparos de los buques chilenos y de la artillería tuvieron entonces también efectos muy importantes.

La dispersión, entre los peruanos, comenzó en los restos del ejército de línea colocados entre los reductos 1 y 2, a los que siguieron los soldados que estaban entre los reductos 2 y 3, más o menos a las cinco de la tarde. Se ha dicho que en este desbande influyó la falta de municiones o la llegada de las que no eran utilizables para sus tipos de fusiles. La defensa quedó entonces exclusivamente a cargo de los batallones de Reserva que, con unos 2.500 hombres, ocupaban los reductos envueltos por la lucha, y afrontaron los ataques del enemigo y los fuegos de la escuadra. Su resistencia se prolongó hasta, más o menos, las seis de la tarde. Los reductos 2 y 3 fueron flanqueados después de ocupar los chilenos el reducto 1, el primero de ellos por le derecha y el segundo por la izquierda. El general José R. Pizarro, sobreviviente de la batalla, expresó en una conferencia que dio sobre ella: "Todas las columnas de ataque, sin preocuparse absolutamente de los reductos, penetraron por los intervalos obligando a los defensores de las obras por este solo movimiento, a evacuarlas". Los reductos 4 y 5 fueron tomados desde la retaguardia. Las últimas unidades en combatir fueron los cuatro batallones 2, 4, 6 y

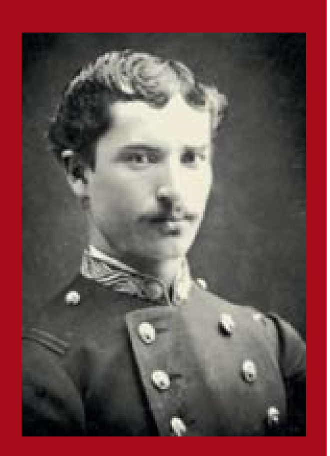
LAS BAJAS DE LA DEFENSA DE LIMA

Las derrotas en las batallas de San Juan y Miraflores tuvieron como consecuencia un alto número de bajas en el ejército peruano. El saldo total de oficiales muertos fue el siguiente:

BATALLA DE SAN JUAN	
RANGO	NÚMERO
Edecanes	1
Coroneles	7
Jefes de batallón	3
Tenientes coroneles	7

BATALLA DE MIRAFLORES	
RANGO	NÚMERO
CORONELES	10
JEFES DE BATALLÓN	4
TENIENTES CORONELES	4

ENRIQUE BOLOGNESI MEDRANO (1860-1881)



El capitán peruano, hijo del héroe de Arica Francisco Bolognesi, fue uno de los oficiales que tomaron parte en la batalla de Miraflores, el 15 de enero de 1881. Gravemente herido, fue trasladado a la casa de su tío, el músico y militar Mariano Bolognesi, donde falleció tres días después. En el mismo escenario, murió su hermano Augusto, de apenas 17 años de edad.

Guardia Chalaca que era la reserva del Callao mandada por Carlos Arrieta, muerto en la lucha y, en menor escala, los batallones 8 y 10. Entre las tropas que habían estado en los reductos 1 y 2 hallábase el batallón Guarnición de Marina al mando del capitán de navío Juan Fanning que, junto con los batallones de línea Lima N° 61 y Guardia Chalaca, hizo retroceder constantemente al enemigo y quedó casi aniquilado, pues de 500 plazas y 30 oficiales, quedaron en el campo 400 soldados y 24 oficiales, incluso su heroico jefe.

La cifras relativas a los contingentes del ejército de reserva que entró a la lucha son elevadas por algunos cálculos, como se ha dicho, a 2.500 hombres y las del ejército activo que también participó en ella, a 3.000.

Las pérdidas totales del los peruanos han sido calculadas en 3.000. Los chilenos confesaron 2.124 bajas, o sea del más del 25% de los participantes en esta jornada; entre ellos se contaron 304 jefes y oficiales.

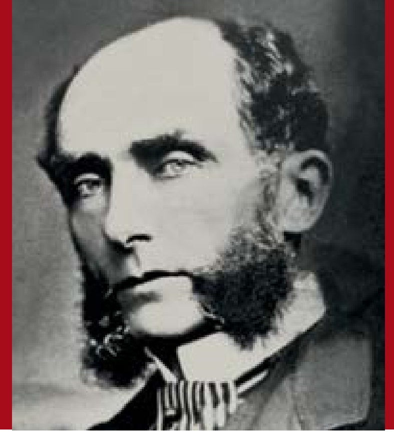
Asimismo, declararon que, con excepción de la de Tarapacá, la de Miraflores fue la más sangrienta, encarnizada y tenaz de la guerra, a pesar de haber tenido una duración más corta que la de San Juan y de haber participado un número menor de combatientes.

La defensa peruana cayó, pues, por tramos y el ejército chileno se apoyó también en los fuegos de la escuadra. Poco después de las seis de la tarde, después de cuatro horas, la lucha había concluido. "De toda la Reserva no había peleado sino una división y sin embargo había contenido al enemigo durante más de una hora ella sola. De 8.000 hombres no habían peleado sino 1.500: once batallones no habían hecho un solo tiro" (Ulloa). Alude a los cuerpos situados en Vásquez y a los que estaban cerca de Lima y en el sector de la Rinconada, precisamente al lado de la derecha chilena.

LOS CAÍDOS EN SAN JUAN Y MIRAFLORES.- El número de los muertos entre los jefes peruanos llegó a ser extraordinario. En San Juan perecieron siete coroneles, entre ellos dos comandantes generales, tres jefes de batallón y un edecán del Dictador; siete tenientes coroneles, un número elevado a más del doble de sargentos mayores y, cuando menos, una cuarta parte de los oficiales subalternos. En Miraflores la proporción de bajas fue mayor: diez coroneles, entre ellos cuatro primeros jefes de batallón y un número igual de tenientes coroneles. Los tres generales que ejercían mando resultaron heridos. No expresa satisfacción el general Pedro Silva,

ABEL BERGASSE DU PETIT-THOUARS (1832-1890)

EL MARINO FRANCÉS TUVO A SU CARGO LAS NEGOCIACIONES CON EL EJÉRCITO CHILENO Y SALVÓ A LIMA DE LA DESTRUCCIÓN.



Nació en la ciudad de Burdeos (Francia). En 1847, se incorporó a la marina francesa, con la cual luchó en la guerra de Crimea (1855) y en la guerra franco-prusiana (1870). En 1873 fue designado como director de la Escuela de Ejercicio de Artillería, y cinco años más tarde fue ascendido a contralmirante.

En 1880, como comandante de la División de los Mares del Sur, inició un viaje que lo llevó por las Islas Marquesas, Valparaíso y el Callao (1881). En medio de la inminente ocupación de Lima, organizó junto al

jefe del Estado Mayor peruano, en su parte oficial, acerca de la conducta de la tropa de San Juan, salvo las que mandaron Iglesias y Recavarren. Ricardo Palma en una carta a Piérola afirma que en San Juan, batallones enteros arrojaron sus armas sin quemar una cápsula y fugaron, y lo atribuye a que eran indios (8 de febrero de 1881). En cambio, en Miraflores, la Reserva, formada por los vecinos de la capital, se batió heroicamente, singularizándose el batallón N° 6, cuyos jefes primero y segundo Narciso de la Colina y el lambayecano Natalio Sánchez, murieron; el Guarnición de Marina casi exterminado como se ha visto, con su jefe Juan Fanning; el Guardia Chalaca con su jefe el capitán de fragata Carlos Arrieta, también victimado.

Entre los muertos caídos en las dos batallas libradas a las puertas de Lima, contáronse, además Reynaldo de Vivanco y Juan Castilla, los dos hijos de los grandes caudillos. También los comandantes generales de sendas divisiones, el puneño Buenaventura Aguirre y el ayacuchano Domingo Ayarza, este último de tan meritoria actuación pocos años antes en Chanchamayo; y José González, subjefe de la primera división de reserva, conocida por su porfiada defensa del Palacio de Pezet en 1865. Asimismo, cabe mencionar en la lista de las víctimas de estas infaustas jornadas a otros jefes militares como Pablo Arguedas, el autor del motín contra la Convención Nacional en 1857, Joaquín Bernal, Juan M. Montero Rosas, edecán de Piérola, José E. Chariarse, Julián Arias y Aragüez, hermano del héroe de Arica, José Díaz, Máximo Isaac Abril, antiguo prefecto que servía como edecán del Senado y combatió aunque estaba enfermo con pulmonía. Entre los civiles uniformados estuvieron Narciso de la Colina, abogado, ex diplomático y constructor de ferrocarriles en Tarapacá; Manuel Pino, vocal jubilado de las Cortes Superiores de Puno y Lima y ex rector de la Universidad de Puno, prefecto y diputado; los jueces de letras de Tumbes e Iquique, José Manuel Irribaren y José Félix Olcay, el secretario de la Junta Central de Ingenieros, Francisco Ugarriza; el contador del Tribunal Mayor de Cuentas, Natalio Sánchez, ya mencionado; el oficial mayor de la Cámara de Diputados José María Hernando, de Huanta, sobrino del general Iguaín, llamado por José María Químper el "puritano liberal"; Francisco Javier Fernández, también empleado de aquella Cámara que dejó diez hijos huérfanos; los dos hermanos Adolfo y Luis de La Jara, uno empleado de la Aduana y otro empleado de banco, los dos hermanos de los Heros, Ramón y Ambrosio, el primero oficial mayor del Ministerio de Gobierno; Francisco Seguín, de 60 años, jefe de sección en la misma oficina; José María Seguín, de 18 años; Manuel María Seguín, su hermano paterno; Samuel Márquez, ex cónsul en Chile y hermano de José Arnaldo; Francisco Javier Retes, dueño de una

REYNALDO DE VIVANCO (¿? - 1881)



El coronel peruano, hijo extramatrimonial del ex presidente Manuel Ignacio de Vivanco y una dama guayaquileña, murió defendiendo la ciudad de Lima durante la batalla de San Juan. Su viuda, Domitila Olavegoya encargó a los compañeros de su esposo encontrar su cuerpo. Dada la cantidad de bajas de la batalla, sin embargo, ello solo pudo concretarse muchos días después de ocurrido su deceso.

almirante inglés Frederick H. Stirling y el comodoro italiano Sobrano a la población, evacuó a las mujeres y niños, y asistió a los heridos de la batalla de San Juan.
Medió entre Piérola y el general chileno Manuel Baquedano, para firmar un armisticio, el cual no fue respetado. El ejército chileno rompió el alto al fuego e inició acciones bélicas en Miraflores. Tras la derrota, y a falta de representantes políticos, apoyó al alcalde de Lima, Rufino Torrico para entrevistarse con los chilenos.
Como representante de la delegación de extranjeros y del cuerpo diplomático en Lima, negoció la no destrucción de la capital y permaneció en ella para garantizar su seguridad. De vuelta en Francia, en 1885 fue designado alcalde de Cherburgo y cuatro años más tarde, comandante de la Escuadra del Mediterráneo.

SÍMBOLO DEL HEROÍSMO DE LOS *CABITOS*, ALUMNOS DE LA ESCUELA DE CLASES, FUE BRAULIO BADANI SUÁREZ, MUERTO EN MIRAFLORES, HERIDO EN SAN JUAN DESPUÉS DE HABER HECHO LAS CAMPAÑAS DEL SUR.



cuantiosa fortuna, voluntario del *Huáscar*, prisionero en Angamos y combatiente en San Juan; Pablo Bermúdez; Ramón Dañino; comerciantes como Mariano Pastor Sevilla, Manuel Roncavero, Enrique Barrón, Bartolomé Trujillo, Emilio Cavenecia, José G. Rodríguez, Isamel Escobar, profesor del Colegio de Guadalupe; la Universidad y la Escuela de Ingenieros; Saturnino del Casrtillo que enseñaba en varios planteles de Lima, era autor de difundidas obras didácticas y rindió su existencia vivando al Perú; periodistas como Mariano Arredondo Lugo, cronista de *La Opinión Nacional* y Carlos Amézaga, cronista de *La Patria*; J. Enrique del Campo, presidente de la Sociedad de Artesanos; el tipógrafo Manuel Díaz, el obrero Juan Olmos; el empleado del ferrocarril trasandino Fernando Terán; el mecánico César Lund. De la generación más nueva sucumbieron, entre otros muchos, Enrique y Augusto Bolognesi, hijos del héroe de Arica; José Andrés Torres Paz, el joven chiclayano legendario en el Perú que había paseado el estandarte carolino entre el humo y el estruendo de San Francisco y de Tarapacá, de Tacna y de San Juan; Enrique Lembcke que dejó a su tierna novia destinada a seguirlo loca a la tumba; el adolescente Carlos Fernán González Larrañaga; Felipe Valle Riestra y Latorre, articulista inteligente de *La Opinión Nacional* que a los 22 años llevó la espada enarbolada por su tío político Guisse y probó ser digno de ella; Hernando de Lavalle y Pardo, de 22 años, hijo del diplomático cuya gestión intentó detener la guerra y más tarde celebró la paz; Toribio Seminario, de 17 años, muerto con su hermano Alberto de 18, abrazados a la bandera; Juan Alfaro y Arías, alumno de Letras y de Ciencias Políticas y contador del *Huáscar* el 8 de octubre de 1879; Genaro Numa Llona y Marchena, combatiente en las dos batallas; niños como Alejandro Tirado, Grimaldo Amézaga que solo contaba 15 años y era hermano de Carlos Germán, presente en Miraflores; Biviano Paredes, huaracino de 16 años; Emilio Sandoval, de 14 años y Manuel Bonilla de 13. Otro de los muertos en San Juan fue, a los 22 años, con el grado de sargento mayor, Enrique Delhorme que, siendo niño, se distinguió en el combate del 2 de mayo de 1866 en el Callao, por lo cual el Congreso, mediante la resolución de 18 de noviembre de 1868, le concedió una beca en uno de los colegios del Estado y una pensión mensual.

Símbolo del heroísmo de los *cabitos*, alumnos de la Escuela de Clases, fue Braulio Badani Suárez, muerto en Miraflores, herido en San Juan después de haber hecho las campañas del sur.

Al año y once meses de haber sido herido en la batalla Miraflores falleció el general Ramón Vargas Machuca que había combatido como soldado en esa acción.

Uno de los dramas de las viudas después de San Juan fue el de Domitila Olavegoya de Vivanco, casada con Reynaldo de Vivanco, famosa por su belleza, por su fortuna y por su alcurnia. Domitila Olavegoya encargó que buscaran el cadáver de su esposo, hijo único del general Manuel Ignacio de Vivanco. Fue hallado en la misma fecha del fallecimiento de su madre, Manuela Iriarte de Olavegoya, muchos días después de la batalla. Ingresó la viuda de Vivanco entonces a la hermandad de San Vicente de Paul en uno de los hospitales; pero su salud no le permitió seguir. Entonces, asociada a Elena Ortiz de Zevallos y Tagle, se propuso hacer venir al Perú a las monjas de la Visitación. Domitila Olavegoya de Vivanco se dirigió a Montevideo para ingresar a la orden, no sin haber hecho antes su testamento en el que dejó recursos para que pudiera establecerse en Lima. Pocos años después volvió con el nombre de la Madre María Mgdalena Olavegoya y el monasterio se fundó en el terreno que ella había cedido en la carretera del Callao.

ENRIQUE Y AUGUSTO BOLOGNESI.- De los dos jóvenes combatientes, hijos de Francisco Bolognesi, Enrique tenía 21 años. Salió del Colegio Militar a fines de 1878, se enroló en la artillería y marchó al teatro de la guerra en el sur en junio de 1879. Se batió en Tacna enfermo y salvó uno de los cañones. Después de estar algún tiempo en Arequipa, fue enviado a Lima. Combatió en San Juan y allí salió herido doblemente por un disparo enemigo y por haberse reventado el cañón que manejaba, uno de esos pésimos cañones fabricados en Piedra Liza. Trasladado a Lima

en la noche del 13 para ser curado, optó por ir a Miraflores el 14, cuando sus heridas lo desangraban, mientras el rostro lo tenía muy hinchado, desoyendo las súplicas de su madre. Lo mataron en uno de los reductos.

Augusto Bolognesi no pasaba de los 17 años. "Tenía más entusiasmo por el combate, si cabe, que su padre y su hermano", dice una relación de la época. Murió como ellos.

EL HOMENAJE DE JUAN DE ARONA A FELIPE VALLE RIESTRA.- En el periódico *El Orden* de Lima, el 9 de junio de 1881, apareció un poema de Juan de Arona a la memoria del joven Felipe Valle Riestra. Fue un símbolo del homenaje que todos los caídos en San Juan, Chorrillos, Morro Solar y Miraflores merecían. Como epígrafe puso Juan de Arona estas palabras de Valle Riestra en un artículo inédito sobre los defensores de Arica: "¡Quién hoy, ante tan pasmosos ejemplos, no se siente decidido a imitarlos!". Después de afirmar que la patria no le dio a este joven un asiento en el festín de media centuria para luego brindarle "de la muerte el trago "¡tu única copa en el banquete aciago!", dice.

Y a otros cual tú tal porvenir, los hados
te aguardaban a ti y a otros mayores;
ellos debían ser los Reservados
¡para el día final y sus horrores!
Ellos tenían puestos señalados
En Chorrillos, San Juan y Miraflores,
llegando al postre de la inicua feria,
a la muerte, al olvido y la miseria.

LAS RESPONSABILIDADES DE PIÉROLA.- Según una generalizada versión peruana, aquí, como en San Juan, no actuó el comando de Piérola. Dice Químper en su manifiesto de mayo de 1881: "Piérola en Miraflores se portó valientemente como individuo, recorriendo diversas veces la línea en medio de los fuegos, pero como Director hizo como en lo que en San Juan y Chorrillos: no dio una orden ni se le ocurrió una idea".

El folleto de contestación a dicho manifiesto (Panamá, 1881) observa a este respecto: "¿Cómo ha podido saber qué órdenes se dieron, quién las transmitió y si se cumplieron o no?".

La única vez en que Piérola intentó defender públicamente en el Perú su actuación de ese día, fue en una carta dirigida a Julio Tenaud. Allí trata de desvanecer las imputaciones hechas a Tenaud y a Juan Martín Echenique por no haber participado en la batalla de Miraflores, y agrega, al referirse al sector de Monterrico a Quiroz: "Desguarnecida aquella parte de nuestra línea de defensa, habríamos entregado al enemigo las importantísimas posiciones de Vásquez y el Pino que era cuanto el enemigo podía apetecer y sin disparar un tiro habría podido flanquear nuestros reductos de La Calera a Miraflores y batirlos por retaguardia o dejarlos de lado, marchando sobre Lima o el Callao que se trataba de defender…". Y en seguida afirma, erróneamente y en contradicción con el testimonio reiterado de los actores y testigos peruanos de la batalla: "Si nuestra derecha suficientemente guarnecida y que ciertamente no cedió por falta de tropas, se hubiera mantenido, es evidente que el enemigo habría dirigido su ataque hacia nuestra izquierda como comenzaba ya a efectuarlo". Otra de las cosas que afirma es, en desacuerdo con aseveraciones muy difundidas, si bien en coincidencia con el parte del subjefe de Estado Mayor ya citado, que movilizó cuantas fuerzas había fuera de los reductos de Monterrico al reducto número 2, "fuerzas que desgraciadamente en su mayor parte preferían, al llegar sobre la ruta de Lima, tomar esta en vez de acudir a los fuegos".



EL ORDEN



El 9 de junio de 1881, este diario capitalino publicó un artículo en el que el escritor Pedro Paz Soldán, cuyo seudónimo era Juan de Arona, hacía un sentido homenaje al joven Felipe Valle Riestra, muerto en acción durante la ocupación de Lima. Valle Riestra se convirtió así en un símbolo de todos aquellos jóvenes que entregaron sus vidas en defensa de la capital. Aquí una edición de *El Orden*, de marzo de 1881

En un reportaje publicado en el *New York Herald,* el 10 de noviembre de 1882, Piérola mencionó como causas de la derrota la indisciplina en el ejército y la escasez de material bélico.

Ya en la noche Piérola tomó el camino de la sierra. Miraflores, como antes Chorrillos y Barranco, fue asolada y saqueada por los vencedores.

En su carta a Julio Tenaud afirmó que tenía preparada una tercera línea de combate con el apoyo de San Cristóbal, San Bartolomé, El Pino y la plaza del Callao; pero que toda nueva resistencia se volvió impracticable por el estado de las tropas.

¿INTENTÓ PIÉROLA MORIR EN MIRAFLORES?.- En la biografía de Amador del Solar publicada en el *Diccionario biográfico de peruanos contemporáneos* por Juan Pedro Paz Soldán, al narrar que aquel personaje fue ayudante del Dictador en la batalla de Miraflores, dice, sin duda por información suministrada por el mismo del Solar: "En un arranque de noble desesperación don Nicolás de Piérola lanzó su caballo sobre las filas chilenas buscando la muerte. Solar fue uno de los que le siguieron y trataron de impedir su sublime locura. Los otros dos eran: el coronel Chocano y Nicolasito, el hijo mayor del Jefe Supremo, joven que en esa jornada dio pruebas de un valor heroico. El coronel Chocano tuvo que cruzar su caballo delante del que montaba don Nicolás de Piérola".

POR QUÉ NO HABRÍA PIÉROLA INICIADO LA RESISTENCIA EN LIMA.- El mismo libro, en la biografía dedicada a Ismael de Idiáquez, igualmente, sin duda, con datos provenientes del interesado, tiene las siguientes frases: "A las nueve de la noche (del día de la batalla de Miraflores) un oficial de la zona de Carabayllo que estaba de servicio en Vásquez, llegó al galope y presentándose a don Nicolás Rodríguez (prestigioso agricultor que mandaba las fuerzas del valle de Carabayllo, ocupantes del último extremo de la línea de batalla, al lado de la hacienda Vásquez) le manifestó que el Dictador lo llamaba. Inmediatamente don Nicolás Rodríguez, seguido de su ayudante Ismael de Idiáquez, se dirigió en busca del Dictador, a quien encontró rodeado de una numerosa comitiva a orillas del Rímac, y que recién a esas horas –nueve de la noche–, hecho histórico del que conviene tomar constancia, abandonaba el campo de batalla. Solo en ese momento supieron con precisión Rodríguez y su ayudante la derrota de Miraflores. "Indíquenos usted el camino, dijo el Dictador dirgiéndose a Rodríguez, para dirigirnos a Canta sin pasar por Lima. Rodríguez interrogó entonces si no se llevaba adelante la resistencia contra las tropas chilenas. ¿Quiere usted ver arder a Lima como está ardiendo Miraflores?, repuso el Dictador. Camino para Canta sin pasar por Lima no existe, prosiguió Rodríguez. Hay unos senderos intransitables por donde solemos pasar cuando cazamos venados, pero por allí la marcha es excesivamente penosa. Guíenos usted por allí, coronel, contestó el Dictador". El relato concluye mencionando el cruce del Rímac por esta comitiva, el rodeo del San Cristóbal, el desfile por Canto Grande y la llegada a Trapiche en la madrugada del 16.

Según Piérola en su carta a Julio Tenaud, tuvo que dar la orden de que se disolviera la reserva de Vásquez y El Pino por la condición de su vestido y calzado y el abandono en que hubieran quedado las familias en la capital. Ordenó desarmarla y depositar las armas en un paraje secreto para transportarlas luego al interior.

LA POPULARIDAD DE PIÉROLA.- Es curioso que la derrota, las graves responsabilidades a ella inherentes y las tremendas acusaciones hechas en contra de Piérola, no afectaron radicalmente la popularidad de este caudillo. En una correspondencia fechada en Lima el 1° de marzo de 1881, el corresponsal del *New York Herald* afirmó que tenía al pueblo a su favor, si

"ES CURIOSO QUE LA DERROTA, LAS GRAVES RESPONSABILIDADES A ELLA INHERENTES Y LAS TREMENDAS ACUSACIONES HECHAS EN CONTRA DE PIÉROLA, NO AFECTARON RADICALMENTE LA POPULARIDAD DE ESTE CAUDILLO.



[1]

[2]



LA BATALLA EN MIRAFLORES. El 15 de enero de 1881 se llevó a cabo la ofensiva chilena contra el pueblo de Miraflores. Días antes, se construyeron siete reductos a lo largo de la línea defensiva peruana. Aquí vemos el reducto N° 5 (1), y el reducto N° 3 (2), ambos ubicados en Miraflores. En ellos, militares y civiles, hombres y mujeres, jóvenes y adultos lucharon por la defensa de la capital.

> LA ENTRADA DE LOS CHILENOS EN LIMA FUE RETRASADA HASTA EL 17. HABÍA COSTADO ALREDEDOR DE 17.500 VIDAS, ENTRE MUERTOS Y HERIDOS.



bien las clases altas eran sus decididas adversarias. Y cuando regresó al Perú apenas concluida la guerra su recibimiento en el Callao y en la capital el 8 de marzo de 1884 fue muy cordial.

Manuel Atanasio Fuentes, en el prólogo de su tremendo *Ramillete o repertorio* escrito en 1881, llegó a decir: "Otra parte considerable de los partidarios de Piérola y de su generoso gobierno existen en las muchedumbres populares. A estas se les ha predicado guerra a los hombres decentes y a sus propiedades y nada halaga más a las turbas que las doctrinas que tienden a darles no solo la igualdad sino la supremacía social". Aquí "El Murciélago" se equivocó, pues no existía un solo decreto o un solo manifiesto o discurso de Piérola que pudieran ser clasificados como de extrema izquierda. Agregó en seguida: "Cuando los hombres entregados a rudos trabajos, cuando los jornaleros y operarios han visto en sus manos 'incas' permutables por un gran número de billetes, no han podido nunca comprender que tenían una riqueza ilusoria y que si antes con un sol llenaban sus necesidades ordinarias, hoy, con los ocho y los quince de los papeles de la Dictadura, no satisfacen el mismo objeto. Pero la ignorancia no reflexiona ni se convence, la pasión domina a los hombres que nacen y se crían en las últimas capas de la sociedad; y así es que el nombre de Piérola es para la plebe sinónimo de riqueza, de robo y de exterminio". De las palabras antedichas valen el reconocimiento de la supérstite popularidad del Dictador inmediatamente después de San Juan y Miraflores y la referencia a la parte que en ella pudo tener la abundancia de incas.

[IV]

EL ALMIRANTE A. B. DU PETIT-THOUARS Y LOS JEFES NAVALES INGLÉS E ITALIANO. LA ENTRADA A LIMA POR TROPAS ESCOGIDAS.- El almirante Abel Bergasse Du Petit-Thouars comandaba la flotilla de la escuadra francesa en el océano Pacífico. Su misión había concluido a fines de 1880 y recibió la orden de regresar a su país; pero en enero de 1881, en vez de dirigirse a Valparaíso, siguiendo un impulso intuitivo, optó por ir al Callao a donde llegó el 7 de ese mes con su acorazado *Victorieuse* en vísperas de las batallas alrededor de Lima.

Participó junto con el almirante inglés Stirling y el comodoro italiano Sobrano, en gestiones para obtener la libre circulación de trenes en todas direcciones con el objeto de ayudar a la evacuación de mujeres y de niños de Lima. Después de la batalla de San Juan, estaba con el mismo marino inglés y con los representantes diplomáticos de Francia e Inglaterra en conferencia con Piérola cuando se iniciaron los disparos que dieron comienzo a la batalla de Miraflores.

Perdidos los peruanos en esa jornada, temió Du Petit-Thouars la ocupación violenta de Lima y la destrucción de la capital. Despachó a su secretario Roberjot (dice el almirante en el informe en el que dio cuenta de esos sucesos) con dos oficiales más, designados por el almirante inglés y el comodoro italiano, para que se presentaran ante el general Baquedano a solicitarle que no atacase Lima antes de recibir al alcalde Torrico, al cuerpo diplomático y a los almirantes. Esta reunión se efectuó el domingo 16 de enero. Se convino allí en un documento firmado por el general Baquedano, que Lima sería ocupada pacíficamente por tropas escogidas bajo la condición de que el alcalde dedicara todos sus esfuerzos para que los fuertes erigidos en las alturas de la ciudad fuesen evacuados. Según las propias palabras de Du Petit-Thouars: "El almirante Stirling y yo esperábamos producir sobre los chilenos cierta presión sin formular amenazas y creo que hemos estado bien inspirados". El testimonio de Petit-Thouars desmiente así tanto la versión chilena de que no hizo gestión alguna, como la versión peruana de que actuó solo y de que amenazó con los cañones de las escuadras extranjeras si Lima era destruida.

Luego, frente a los tumultos del populacho limeño, ayudó el almirante francés a que el señor

Champeaux, director del muelle y dársena y comandante de los bomberos, formase una guardia urbana que, con armas suministradas por el alcalde Torrico, restableció el orden.

Du Petit-Thouars resumió su acción en las palabras siguientes: "Lima llegó a ser salvada de una destrucción casi cierta de parte de los chilenos después de las dos batallas perdidas por Piérola: esta ciudad fue ocupada pacíficamente por los chilenos".

El 2 de agosto de 1890 el Concejo Provincial de Lima resolvió iniciar una suscripción popular con el objeto de adquirir en Europa un retrato del almirante Du Petit-Thouars que acababa de fallecer. Este episodio revela la intensidad del recuerdo de los acontecimientos ocurridos en enero de 1881.

Posteriormente, durante el segundo gobierno de Leguía, fue erigida una estatua que perenniza la gratitud de la capital del Perú al almirante francés.

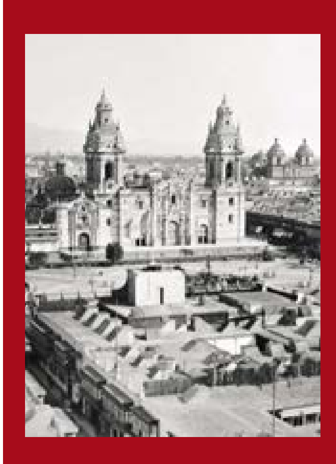
LA ENTRADA DEL EJÉRCITO CHILENO EN LIMA.- La entrada de los chilenos en Lima fue retrasada hasta el 17. Había costado alrededor de 17.500 vidas, entre muertos y heridos. El cuadro que entonces presentó la capital ha sido pintado por el diplomático italiano Petrolari-Malmignati en el libro *Il Perú e suoi tremendi giorni*.

La población de Lima, consternada por el resultado de las dos batallas, había visto el resplandor por el lado de Miraflores, Barranco y Chorrillos. "No a la necesidad estratégica, ni al azar de los proyectiles (dice el narrador italiano) ni a causas similares pueden ser atribuidos los incendios…". Y agrega que en Chorrillos el general Baquedano tuvo que ponerse a buen recaudo, temeroso de no ser respetado por sus soldados indisciplinados. El mismo día de la batalla de San Juan, a las ocho de la mañana, llegó a Lima un tren que conducía heridos. Una hora más tarde ya ambulaban por las calles y los alrededores de la capital centenares de individuos heridos, desertores o fugitivos, a veces separados, a veces en grupos, mientras continuaban escuchándose las detonaciones del combate. Los heridos venidos en trenes fueron conducidos al hospital de Santa Sofía y a los salones del Palacio de la Exposición para ser atendidos por médicos nacionales y de los barcos de guerra ingleses, norteamericanos y franceses anclados en el Callao y Ancón. Circulaban rumores que avivaban las divergencias políticas.

En la misma tarde del 13 el general La Cotera recorrió las calles principales gritando: "Abajo Piérola", "Viva la Constitución" y también, según el corresponsal de *La Estrella de Panamá*, "¡Abajo los gringos!". Poco después se asiló en la legación británica y fue llevado al Callao al blindado *Triumph*. Numerosas familias acudieron a las legaciones y consulados extranjeros; marineros desarmados estaban estacionados en las puertas de ellos. Solo la legación de Estados Unidos dio asilo a más de mil quinientas personas. En Ancón no cabían más refugiados, al extremo de que, por no haber ya sitio en los barcos de guerra extranjeros y en los botes de la bahía, fue necesario romper las puertas de las casas de la localidad. Destacamentos de marineros de dichos barcos comenzaron a hacer guardia. Los fugitivos provenientes del campo de batalla eran desarmados; comprobándose, dice Mason, que soldados con rifles Remington, de calibre 50, tenían cartuchos Peabody-Martini, de calibre 45 y viceversa.

Ningún gobierno, ninguna autoridad, quedaron después de la derrota final. Fugitivos del ejército vencido y tropas que no llegaron a entrar en combate formaron, con otros facinerosos, una turba que empezó desde la noche del 15, a saquear e incendiar algunas tiendas y almacenes chinos y otros contiguos a ellas. El odio a los chinos tenía, aparte de otros factores, el pretexto de que no habían querido aceptar los incas y de que muchos de sus paisanos ayudaban al ejército invasor. Según fuentes de origen civilista, en esta turba (a la que se dio el nombre de la "comuna" o "los comunistas") se oían los gritos de *Viva Piérola* y *Muera la argolla*. Los dirigentes de las colonias extranjeras acordaron formar una guardia urbana que con la muerte de más de ciento cincuenta forajidos y la pérdida de solo diez hombres, evitó

LIMA OCUPADA



El 17 de enero de 1881 el ejército chileno entró victorioso en Lima. Las autoridades y la población se refugiaron en consulados o fuera de la ciudad. Solo quedan en ella heridos y fugitivos. Una delegación de extranjeros negoció garantías para la capital, pero ello no pudo evitar el saqueo de la Biblioteca Nacional ni el desmantelamiento del reloj de Ruiz Gallo. Aquí, una fotografía de Lima durante la ocupación en 1881.

> MAGISTRADOS RESPETABLES, ABOGADOS ILUSTRES Y PROPIETARIOS, IMPEDIDOS TODOS ELLOS POR SU EDAD DE TOMAR LAS ARMAS, PRESTARON SERVICIOS AUXILIARES A LOS MÉDICOS. TAMBIÉN EFECTUARON ANÁLOGA LABOR SEÑORAS Y SEÑORITAS DE TODAS LAS CLASES SOCIALES DE LIMA.

mayores trastornos desde el amanecer del 17.

En la mañana de ese día, que era lunes, el alcalde de la ciudad, Joaquín Torrico, acompañado de algunos miembros del cuerpo diplomático, pasó por segunda vez, al campamento del ejército chileno. El día anterior, domingo en la mañana, los jefes navales extranjeros se habían reunido para acordar las condiciones de la entrada de las tropas chilenas, con garantía para la ciudad. Bajo la indicación de que no se repitiera lo ocurrido en Chorrillos, Barranco y Miraflores, Baquedano se comprometió, repetimos, a escoger sus mejores tropas para la marcha del 17 en la tarde.

Todo lo anterior –las escenas de horror ocurridas, los rumores y anuncios siniestros, la aparición del populacho que entonces se llamó de "la comuna" o "los comunistas", la estricta selección hecha en las tropas chilenas, la abundancia en el número de niños, mujeres y ancianos en la capital, la insistencia extranjera para que no se repitieran los excesos cometidos en Chorrillos, Barranco y en Miraflores– suministra una explicación para el relato, frío hasta ser cruel que Perolari-Malmignati hace de la entrada de los chilenos en Lima: "Parecía un día de gran fiesta. A la luz de un espléndido sol, banderas extranjeras de todas las naciones ondearon sobre la mayor parte de los techos, sobre casi todas las puertas de las tiendas completamente cerradas. Numerosísimas eran las legaciones, los consulados, las cancillerías diplomáticas y consulares, los asilos para extranjeros. Es una ciudad de cónsules, dijo un soldado chileno entrando. Si un aeronauta venido de la luna hubiese visto a la ciudad así embanderada y en apariencia tranquila, no se hubiera imaginado que un ejército enemigo estaba entrando en ella. La marcha de la tropa chilena fue admirable por su orden, disciplina y contención. Ni un grito, ni un gesto. Se diría que eran batallones que regresaban de ejercicios".

Pero los invasores de la otrora alegre y confiada ciudad virreinal, han sido inculpados por haber convertido la Biblioteca Nacional en cuartel, destruyendo o vendiendo sus libros y documentos y por haberse llevado obras de arte o instrumentos científicos; y también por otros vejámenes a la población.

En el Callao se repitieron los horrores de Lima el 16 y el 17 de enero. Los extranjeros restablecieron el orden.

EL HUNDIMIENTO DE LA ESCUADRA PERUANA.- En la madrugada del 16 de enero la corbeta *Unión* así como otros barcos peruanos entre los que estaban el monitor *Atahualpa* y los transportes *Rímac*, *Limeña*, *Oroya*, *Marañón* y *Chalaco* así como algunas lanchas, fueron incendiados y hundidos para que no cayeran en poder de los chilenos. Antes de zozobrar los últimos restos de la escuadra formaron antorchas humeantes.

LA *UNIÓN*.- El comandante Manuel Villavicencio se hallaba en la batería del cerro San Cristóbal. Correspondió dar las órdenes para el hundimiento al segundo jefe, Arístides Aljovín. La *Unión*, como se ha relatado ya en este libro, fue una corbeta de madera adquirida en Francia por el gobierno de Pezet y conducida al Perú por Miguel Grau. Bajo las órdenes del mismo gran marino combatió en Abtao. Desplazaba 1.600 toneladas, hacía 12 nudos, tenía trece cañoncitos de 70 y podía navegar a vela. En setiembre de 1869 viajó a Río de Janeiro a dar alcance a los monitores *Atahualpa* y *Manco Cápac* que venían a remolque de Estados Unidos. Al llegar al hermoso puerto brasileño se encontraron los tripulantes de la *Unión* con un gran incendio y contribuyeron a sofocarlo. Acerca de la participación de la corbeta en la guerra con Chile ya se ha tratado en varios capítulos anteriormente.

Varada la *Unión* al norte de la bahía del Callao, quemada en parte su popa y destrozada su maquinaria, su palo mayor emergió por muchos años en las proximidades de la boca del río hasta que, cuando era director de la Escuela Naval el capitán de navío Ernesto Caballero y

Lastres, fue sacado y colocado en el patio a la entrada de ese centro donde se forman, año a año, los oficiales de la marina de guerra del Perú. Los cadetes saludan todos los días la bandera que sigue flameando en el histórico mástil de la gallarda corbeta a la que nunca los chilenos lograron atrapar.

LOS SERVICIOS DE AMBULANCIAS EN LA DEFENSA DE LIMA.- La organización de las ambulancias nacionales dependió, desde el comienzo de la guerra, de José Antonio Roca y Boloña como jefe de la Cruz Roja y de José Casimiro Ulloa como jefe superior de Sanidad en la República. Julián Sandoval estuvo a cargo de la 1ª ambulancia; José Celestino Arguedas, de la 2ª; Julio Gómez del Carpio, de la 3ª; Felipe Santiago Durán de la 4ª organizada por la colonia inglesa. Con variantes en su personal, estas ambulancias se dirigieron al sur. Hubo también médicos y practicantes en batallones y regimientos, barcos de guerra y fortificaciones de tierra.

En enero de 1880 ya había sido distribuido todo el personal de alumnos de 3° a 7° año de Medicina en las ambulancias civiles y militares en los diferentes hospitales de sangre. La facultad manifestó, además, el 25 de diciembre de 1879 que todo su instrumental de cirugía había sido entregado para la campaña del sur y que solo quedaba el equipo reservado para las operaciones de mujeres y el tratamiento de enfermedades de las vías urinarias.

En Lima improvisáronse hospitales de sangre en el fundo de Villegas, en el local de la Bomba Salvadora Lima, en San Pedro, en el local de Santa Sofía y en el Palacio de la Exposición.

Jefe de sanidad militar en el ejército de reserva fue nombrado Martín Dulanto. Las señoras de Lima, encabezadas por doña Jesús Yturbide de Piérola, fundaron el hospital llamado de la Cruz Blanca organizado por Belisario Sosa y Juan Cancio Cancino. Una medalla especial premió el esfuerzo de ambos distinguidos médicos.

Magistrados respetables, abogados ilustres y propietarios, impedidos todos ellos por su edad de tomar las armas, prestaron servicios auxiliares a los médicos. También efectuaron análoga labor señoras y señoritas de todas las clases sociales de Lima.

La eficacia de los servicios de Sanidad no fue grande. Acland, al visitar el hospital chileno de Chorrillos encontró que allí no se usaba la anestesia y que los heridos se entregaban a los cuchillos de los cirujanos casi sin defensas. "Había abundancia de cosas (agrega) pero con pocas excepciones, el personal médico carecía de destreza".

ROSARIO CÁRDENAS DE DEL SOLAR.- Un grupo de damas ayudó en la ambulancia que tuvo como sede el local de Santa Sofía, antes utilizado como Escuela de Artes y Oficios. A pesar del aislamiento en que se hallaba este edificio y su distancia del centro de la ciudad, hubo señoras que se improvisaron como enfermeras, sin más preparación que su buena voluntad. Rosario Cárdenas de del Solar, esposa de Pedro Alejandrino del Solar, se distinguió en esta labor, al tomar a su cargo la sala de enfermos graves cuyas heridas hallábanse en estado de putrefacción. Su nombre es evocado aquí como símbolo de la abnegación de muchas damas.

PEDRO BERTONELLI Y EL HOSPITAL ITALIANO.- El médico italiano Pedro Bertonelli, después de su actuación en Arica y Tacna, sirvió como uno de los cirujanos del hospital de sangre establecido en el Palacio de la Exposición y también trabajó en un edificio destinado a escuela elemental que se convirtió en estacionamiento asistencial después de las batallas de San Juan y Miraflores.

Bertonelli sugirió a Aquiles Boggiano, presidente del la Sociedad Italiana de Beneficencia, la

MANUEL VILLAVICENCIO (1840-1925)



El marino limeño inició estudios en la Escuela Naval Militar en 1855. En 1879 fue ascendido a capitán de navío y comandó *El Chalaco*, cuya misión era el transporte de tropas, armamento y víveres al sur del país. El 9 de diciembre de ese año tomó el mando de la corbeta *Unión*, con la que rompió el bloqueo chileno en Arica (1880). En Lima, asumió el mando del fuerte del cerro San Cristóbal y tras la derrota ordenó hundir la *Unión*, para evitar su captura. Fue ministro de Guerra (1893), presidente del Consejo Superior de Oficiales (1906) y senador por el Callao (1925).



ENTRADA A LIMA. La mañana del 17 de enero de 1881, el ejército chileno entró en la ciudad de Lima (1). Muchas casas de la capital habían izado banderas extranjeras, con el objetivo de evitar los desmanes de Chorrillos. La ciudad estaba en silencio y la ocupación se llevó a cabo de manera pacífica. En esta fotografía, (2) vemos un grupo de oficiales chilenos, asentados en Chorrillos, poco antes de la ocupación.

utilización de aquel local provisorio para establecer en él un hospital de la colonia en el cual poder asistir a los connacionales pobres que esa entidad no podía abandonar y que no llegaban a encontrar admisión fácil en los establecimientos de la ciudad que (dice Emilio Sequi) resultaban estrechos por la considerable existencia de soldados y de heridos.

El Hospital Italiano "Vittorio Emmanuele II" se inauguró el 20 de setiembre de 1881.

Sequi ofrece la siguiente información: "Al Dr. Bertonelli debe el Perú la introducción de la antisepsia y de los primitivos métodos de Lister para obtenerla. El fue el primero que hizo conocerla y la aplicó en las ambulancias del ejército del sur no sin algunas resistencias por la natural incredulidad con que se reciben siempre las innovaciones, siempre más tenaces cuando más maravillosas aparecen. También fue esta gloria de la colonia italiana experimentada sobre los campos de batalla y sancionada por la práctica de nuestro modesto hospital cuando todavía en los propios hospitales públicos de la ciudad o era rechazada o tímidamente acogida".

LAS COMPAÑÍAS DE BOMBEROS.- Puede considerarse dentro del mismo nivel humanitario que el de la Cruz Roja e investida a la vez de un abnegado sentido patriótico, la obra de las compañías de bomberos de Lima, Callao y Chorrillos. La resolución legislativa de 3 de noviembre de 1892 otorgó a ellas un voto de gracias a nombre de la nación; y agregó una mención honrosa a cada una de las compañías que concurrieron a los bombardeos del Callao en 1880 y la consideración de una cinta bicolor a los miembros de las entidades citadas que asistieron al bombardeo de Chorrillos.



PUEDE CONSIDERARSE DENTRO DEL MISMO NIVEL HUMANITARIO QUE EL DE LA CRUZ ROJA E INVESTIDA A LA VEZ DE UN ABNEGADO SENTIDO PATRIÓTICO, LA OBRA DE LAS COMPAÑÍAS DE BOMBEROS DE LIMA, CALLAO Y CHORRILLOS.



[TOMO 9]



[**CUARTO PERÍODO:** LA GUERRA CON CHILE]

CAPÍTULO 9 • **I** La vida en Lima durante la ocupación • Gobierno de García Calderón • García Calderón y su negativa a la cesión territorial • El gobierno de la Magdalena • Orientación constitucionalista del gobierno de García Calderón • El régimen municipal de Lima • La contribución de guerra a Lima y el Callao • Los incas y los billetes. El préstamo del Banco de Londres • El funcionamiento de la Corte Suprema • Dificultades iniciales del gobierno de la Magdalena en la República • Infructuosas gestiones de García Calderón ante los Gobiernos de Argentina y Bolivia. Qué países lo reconocieron • El Congreso extraordinario de Chorrillos • La autorización del Congreso de Chorrillos para que García Calderón firmase la paz sin cesión territorial • La gestión de Zapatel ante Cáceres • La organización de la guardia urbana • Actitud de Bolivia ante el gobierno de García Calderón • La mediación norteamericana y el Crédito Industrial. Levi P. Morton y James G. Blaine. El protectorado norteamericano en el Perú • La misión Hurlbut y las reclamaciones Landreau y Cochet • Enérgica acción de Hurlbut en el Perú. Chimbote: ¿base naval y carbonera de Estados Unidos? • La gestión de los ministros de Inglaterra y Francia ante García Calderón • Estados Unidos exige de García Calderón que no admita la mediación europea • La actitud chilena ante García Calderón en setiembre y octubre de 1881 • Desarme de las tropas de García Calderón • Prisión de García Calderón. • La polémica entre García Calderón y Lynch • Las razones que tuvo García Calderón para aceptar su cautiverio • Expatriación de García Calderón • La Junta Patriótica y la Delegación del gobierno de Montero • **II** Viaje de Piérola a Bolivia. • Asamblea de Ayacucho • Tratado de comercio y aduanas con Bolivia • La actitud de Venezuela a favor de Perú • Hurlbut contra Piérola • Unificación política peruana • Tardío reconocimiento de Cáceres al gobierno de García Calderón • Dimisión de Piérola • ¿Hubo intento de preparar una ofensiva peruano-boliviana en noviembre de 1881? • El testimonio de Del Solar sobre el proyecto de ataque a los chilenos • Piérola en Lima • El partido nacional y el partido constitucional • Piérola en Europa y en Estados Unidos • Aurelio García y García en Londres • **III** Total cambio de rumbo norteamericano • El protocolo de Viña del Mar • Entrevista Montero-Trescot • **IV** El discurso de Belisario Llosa en la apertura del año académico de la Universidad de Arequipa en 1881.

LA BÚSQUEDA DE LA PAZ SIN CESIÓN TERRITORIAL BAJO EL ESPEJISMO DE LA MEDIACIÓN NORTEAMERICANA

El circunscrito gobierno de García Calderón. Piérola en la sierra y la dimisión del 28 de noviembre de 1881. El viraje total de la política de Estados Unidos

CAPÍTULO



[I]

L**A VIDA EN LIMA DURANTE LA OCUPACIÓN.-** El general Manuel Baquedano, vencedor de San Juan y Miraflores, entró en nuevas y más graves desavenencias con el ministro Vergara y regresó a Chile. La escuadra, cuyo contralmirante Galvarino Riveros también había tenido serios desacuerdos personales, dejó de estar en pie de guerra; y Riveros fue relevado del comando. La mayor parte del ejército de ocupación, ascendente a más de 13 mil hombres, fue acuartelado en Lima o en las zonas aledañas. El clima, los malos cuarteles y la insuficiencia del servicio médico dieron lugar a muertes y enfermedades. Aparte de la lucha contra las fuerzas organizadas de la resistencia, hubo choques en Ica y Cañete. En este último valle produjéronse entonces matanzas de chinos. "La sociedad limeña (dice Bulnes) pasaba su tiempo encerrada en sus habitaciones, viendo pasar por entre los bastidores de sus ventanas esos uniformes odiados que le recordaban el deudo muerto, el hijo o el amigo ausente en el interior, sufriendo penalidades por seguir a un caudillo que les ofrecía una victoria segura. Todo era mustio y triste en Lima. Sus damas de distinción, las representantes de la aristocracia de nobilísimos blasones, no salían de su domicilio sino para ir a las iglesias el domingo y solamente allí se las veía desfilar, envuelto y casi cubierto el rostro con sus mantillas, como una propuesta de aislamiento contra los invasores. La vida social estaba suspendida por completo. Ni teatros ni fiestas. En los hoteles y restaurantes dominaban los oficiales chilenos, a los cuales vigilaba severamente el General en jefe".

El ambiente de Lima durante la ocupación ha sido descrito por algunos viajeros, entre ellos los franceses Albert Davin en *50.000 milles dans l' Ocean Pacifique,* y Marcel Monier en *Des Andes au Para,* y el alemán Hugo Zoller en *Pampas und Anden*.

Los periódicos chilenos fueron: *La Actualidad*, *La Situación* y el *Diario Oficial*. Este último reemplazó a *La Situación* a partir del 31 de mayo de 1881. Acompañó al régimen de García Calderón (y no le sobrevivió) el vocero *El Orden* cuyo primer número fue el del 26 de febrero de 1881. Actuaron como redactores los presbíteros Manuel González de la Rosa y Germán Fuentes Chávez. Hubo otros periódicos durante la época de la ocupación chilena: *La Patria* y *El Comercio*. Este último (distinto del diario fundado en 1839) se imprimió en el Callao y tuvo como editor al chileno Luis E. Castro.

Según el decreto de Lynch expedido el 27 de mayo de 1881, debían ser chilenos los editores de diarios y periódicos y dar una fianza por el valor de 4 mil soles plata para responder por las multas que el Cuartel General les impusiese. Por el decreto de 5 de junio de 1881 quedó prohibida la publicación de libros, periódicos, folletos y hojas sueltas sin permiso del Cuartel General.

La nota de 7 de setiembre de 1881 ordenó perseguir tenazmente e imponer severos castigos a los que, en contravención a lo decretado, dieran a luz pública proclamas, libelos, pasquines u otra clase de impresos políticos. El 14 de diciembre de 1882 los diarios de Lima y el Callao recibieron la orden de no publicar documentos provenientes del enemigo.

Los chilenos se apoderaron de las rentas del Municipio que servían para la educación; se llevaron leones, lebreles y otras estatuas de los paseos públicos de Lima, así como los cañones de la fortaleza del Callao y saquearon diversos establecimientos públicos y privados. Entre ellos estuvieron: la Biblioteca Nacional, despojada de muchos de sus libros; la Universidad de San

Marcos, a la que se dejó sin biblioteca, sin parte del archivo, sin gabinete de Química y de Física, sin muebles en la sala del Consejo Universitario, acentuándose estas pérdidas en la facultad de Medicina; la Escuela de Ingenieros, que resultó sin biblioteca, archivo, laboratorio, útiles, instrumentos, máquinas, vidrieras, enseres; la Escuela Militar, privada de libros y muebles y hasta de ollas y de platos para los alumnos; la Escuela de Artes y Oficios, desmantelada; el Colegio de Guadalupe; el Palacio de la Exposición, del que fueron extraídos animales raros, estatuas y todo lo movible; el Jardín Botánico; la fábrica de pólvora donde desaparecieron toda la maquinaria, los enseres, útiles, herramientas, existencias, materias primas, la madera y otros objetos del edificio tal como las losas del piso; la Sociedad Fundadores de la Independencia, sin los retratos de San Martín, Bolívar y otros; la imprenta del Estado íntegramente deshecha, así como la imprenta de *La Patria,* aunque era de propiedad particular.

Intermitentemente surgían asesinatos de soldados chilenos o choques con ellos, castigados con dureza en daño de los culpables o de los vecinos del lugar o barrio más próximo. El 12 de marzo de 1881 fue muerto el loco llamado *Cabo Cruzate* en la esquina de Campanas; el 28 de marzo del mismo año hubo dos ejecuciones en la plazuela de San Lázaro. El 29 de setiembre siguiente, sorprendidos varios sujetos cuando desenterraban cañones en Piedras Gordas, dos de ellos fueron fusilados. El 20 de julio de 1882 se produjo un choque en la plazuela de la Salud, vino la prisión de vecinos y transeúntes y quedó consumado un fusilamiento; otros más llegaron a ser impedidos por gestiones del cuerpo diplomático, las sociedades masónicas y de Old Fellows y ciudadanos de distintas nacionalidades. En otras ocasiones los acusados o sospechosos fueron solo azotados públicamente.

Entre mediados de 1882 y principios de 1833, sobre todo, las deportaciones y los cupos fueron intensificados, según se relatará más adelante.

En las oficinas públicas comenzaron a proliferar los intereses creados y la falta de integridad. Una carta de Guerrero, secretario de Lynch, a Eusebio Lillo, de marzo de 1882 que Bulnes publica, afirma: "Nuestra administración se está dando al diablo en Lima. Encuentra Ud. en las oficinas una pila de siúticos y de pillos que a todo trance quieren hacer fortuna. El gobierno se deshace de ciertos hombres que le incomodan dándole algún puesto por acá, sin consultar en lo menor sus aptitudes".

Después del regreso de Baquedano a Chile, le sucedió en el comando y el gobierno de Lima el general Cornelio Saavedra y a este el general Pedro Lagos. El 17 de mayo de 1881 se hizo cargo de este puesto como general en jefe del ejército de operaciones y jefe político del Perú el almirante Patricio Lynch. Como ha ocurrido en todas partes cuando ha surgido una prolongada ocupación extranjera, hubo, en contrate con los patriotas activos y con los vecinos en actitud de abstención, hombres y mujeres que colaboraron con Lynch, cuyo período duró hasta el final de la época en que los chilenos permanecieron en Lima.



LOS CHILENOS SE APODERARON DE LAS RENTAS DEL MUNICIPIO QUE SERVÍAN PARA LA EDUCACIÓN; SE LLEVARON LEONES, LEBRELES Y OTRAS ESTATUAS DE LOS PASEOS PÚBLICOS DE LIMA, ASÍ COMO LOS CAÑONES DE LA FORTALEZA DEL CALLAO Y SAQUEARON DIVERSOS ESTABLECIMIENTOS PÚBLICOS Y PRIVADOS.



GOBIERNO DE GARCÍA CALDERÓN.- Perdidas las dos batallas de Lima y ya en la sierra, Piérola trató de organizar la resistencia en el interior, declaró residencia del Gobierno "el lugar donde se encuentre" y dividió al Perú en tres grandes zonas políticas y militares: Norte, Centro y Sur. Nombró a sus jefes, dándoles amplias facultades: Lizardo Montero en el norte, Juan Martín Echenique en el centro y Pedro A. del Solar, este último designado ya desde antes para el comando del sur. Secretario General de Piérola fue entonces Aurelio García y García, el ex jefe de la *Unión,* y jefe de Estado Mayor el general Juan Buendía. Por otra parte, Piérola encargó a un agente confidencial que prosiguiera ante el cuerpo diplomático las negociaciones interrumpidas por los primeros fogonazos de la batalla de Miraflores. Como los chilenos se negaron a la intervención de los neutrales, nombró como plenipotenciarios a los señores Antonio Arenas, Lino Alarco y José Eusebio Sánchez para buscar arreglos directos. La renuncia de este último demoró la apertura de las negociaciones; pero cuando ellas iban a iniciarse, surgió la negativa chilena para tratar

CÉSAR CANEVARO (1846-1922)



El militar limeño realizó estudios militares en Bruselas (Bélgica). Tras la declaración de guerra, se incorporó al batallón N° 2 de línea, al que armó y vistió. Participó en las batallas del Alto de la Alianza, San Juan y Miraflores, donde fue gravemente herido. El 31 de marzo de 1881 fue elegido alcalde de Lima. Durante su gestión, se dedicó a la reconstrucción de la ciudad.

con Piérola (22 de febrero de 1881). Según este, en su mensaje de Ayacucho, y según Aurelio García y García en su memoria a la misma Asamblea, el brusco cambio provino de que el enemigo, por una delación de Sánchez, había llegado a conocer las instrucciones dadas a los comisionados: obtener la paz a cambio de grandes concesiones, sin llegar a la entrega de territorio. El Gobierno de Chile anunció públicamente que, en vista de los acerbos ataques del Dictador al ejército victorioso acusándolo por violación del armisticio y por los desmanes del triunfo, jamás trataría la paz con él; pero sí con quien tuviera la autoridad y el poder para hacerlo.

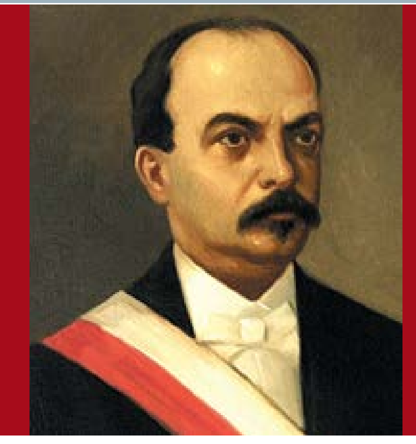
Nunca habían sido cordiales las relaciones entre Piérola y sus viejos enemigos, los miembros del partido civil, si bien un grupo de ellos manifestó a Joaquín Torrico que le darían su colaboración. Pero no ya odiosidades políticas, sino consideraciones prácticas debían llevar a reemplazar al Dictador con el objeto de llegar a celebrar cuanto antes la paz.

Con el propósito de encarar la necesidad de crear una autoridad con la que pudiera entenderse el enemigo, surgieron diversas fórmulas. Entre ellas estuvieron la creación de un triunvirato con representantes de los tres partidos del momento –constitucional, dictatorial y reformista–, o la reposición del vicepresidente La Puerta. Faltó comprensión para lo primero y el anciano La Puerta se negó tenazmente a lo segundo, como se hizo presente en una reunión celebrada en casa del general La Cotera. Por fin, después de dos días de reuniones en las casas de Mariano Felipe Paz Soldán y Dionisio Derteano, llegó a funcionar una "junta de notables" de ciento catorce personas presidida por Aurelio Denegri. La junta acordó que "había llegado el caso de constituir un gobierno provisional, unipersonal, sujeto a la Constitución vigente de 1860; que este debía convocar un Congreso, quince días después de celebrar un armisticio y que tendría amplias facultades en materia de Hacienda". Eligió en seguida la "junta de notables" como un nuevo Presidente de la República, por ciento cuatro votos, al doctor Francisco García Calderón (22 de febrero de 1881). En Lima y el Callao fueron firmadas actas de adhesión al nuevo régimen. La Municipalidad se negó a reconocerlo.

Contó, al principio, con la benévola tolerancia de los chilenos sin que llegara a una concesión de facilidades que disminuyeran los efectos de la ocupación. En privado, ante algunos diplomáticos extranjeros, personeros del ejército invasor habían ofrecido entregar al Gobierno que se estableciera, la ciudad de Lima y las entradas de la aduana de Ancón, manteniendo la ocupación militar del puerto del Callao mientras se firmara la paz; sin perjuicio de acordar un armisticio, a fin de facilitar la consolidación del nuevo estado de cosas con las adhesiones de los pueblos.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN (1834-1905)

ASUMIÓ EL GOBIERNO TRAS LA OCUPACIÓN CHILENA, Y NO CEDIÓ A LAS PRETENSIONES TERRITORIALES DEL INVASOR



En 1859, el joven abogado arequipeño se mudó a la capital con la intención de editar su *Diccionario de la legislación peruana*, que publicó entre 1861 y 1863. Esta obra mereció un premio del Congreso, por su aporte a la materia. En 1867, inició su participación en la vida política nacional como diputado por Arequipa. Al año siguiente fue ministro de Hacienda, y en 1876 representó a su ciudad natal en el Senado.

Luego de las derrotas de San Juan y Miraflores y de la renuncia al poder de Piérola, una junta de notables,

GARCÍA CALDERÓN Y SU NEGATIVA A LA CESIÓN TERRITORIAL.- En una entrevista que celebraron el plenipotenciario chileno Joaquín Godoy y el ministro de Relaciones Exteriores de García Calderón, Manuel María Gálvez, aquel planteó las bases fundamentales para un tratado de paz: cesión territorial hasta la quebrada de Camarones (o sea amputación del departamento de Tarapacá), pago de millones por gastos de guerra y garantías diversas. García Calderón manifestó que, estando próximo a reunirse el Congreso ya convocado, no podía dar respuesta alguna antes de conocer su resolución.

La fórmula de Godoy implicó una rectificación a la circular del canciller chileno Melquíades Valderrama, el 10 de noviembre de 1880, después del fracaso de las conferencias de Arica, donde anunció que su país no se proponía conquistar sino indemnizarse de los gastos de guerra.

EL GOBIERNO DE LA MAGDALENA.- Esta actitud del presidente provisorio influyó, sin duda, para que le entregaran la ciudad de Lima. Después de muchos esfuerzos, los personeros de García Calderón, Aurelio Denegri y Manuel María Gálvez, obtuvieron que Chile otorgara el carácter de zona neutral al pueblo de la Magdalena. Allí se instaló el 12 de marzo de 1881 García Calderón. Después de que muchos se negaron, fueron nombrados ministros Aurelio Denegri, el coronel Manuel Velarde, José Miguel Vélez, Manuel María Gálvez y el capitán de navío Camilo N. Carrillo. Su órgano periodístico fue (como ya se ha indicado) el diario limeño *El Orden*. Miraflores y Chorrillos llegaron a tener autoridades del régimen de la Magdalena. También abrió este oficinas en Lima sin interferir en la ocupación [1].



DESPUÉS DE MUCHOS ESFUERZOS, LOS PERSONEROS DE GARCÍA CALDERÓN, AURELIO DENEGRI Y MANUEL MARÍA GÁLVEZ, OBTUVIERON QUE CHILE OTORGARA EL CARÁCTER DE ZONA NEUTRAL AL PUEBLO DE LA MAGDALENA.



[1] *La publicación en la obra* Cartas Inéditas de don Ricardo Palma *(Lima, 1964) de la correspondencia dirigida por el tradicionalista a Nicolás de Piérola en 1881, sin que los editores hayan hecho las aclaraciones necesarias, arroja sombras sobre García Calderón y sus colaboradores que la historia auténtica debe rechazar. Palma exhibe en estas misivas una pasión política que obnubila su criterio. Encuentra en Lima colabora acusados.cionismo con el invasor chileno. Generaliza el significado de ciertas actitudes que son inevitables en toda ciudad ocupada; tuerce, en otros casos, el alacance de ellas y calla ante gestos de dignidad y patriotismo. En cuanto a García Calderón y sus amigos políticos, no ve en ellos sino agentes chilenos. La mejor respuesta a esta versión tan temeraria difundida ahora, son las prisiones y confinamientos en Chile de los prohombres acusados.*

políticos e intelectuales decidió entregarle el poder a García Calderón. El 18 de marzo de 1881 instauró su gobierno en el pueblo de la Magdalena, como presidente provisorio.

Una de sus primeras acciones fue la instalación de un Congreso, que sesionó en el balneario de Chorrillos, y el inicio de negociaciones para la paz. Las condiciones chilenas, sin embargo, obligaban a nuestro país a la cesión de territorios, a lo que García Calderón se opuso. En represalia, fue apresado por las fuerzas de ocupación y desterrado a Chile en noviembre de 1881.

Solo regresó al país hasta 1886, tres años después de la firma del Tratado de Ancón. En ausencia, fue elegido presidente de la Cámara de Senadores y rector de la Universidad San Marcos, cargos que asumió a su vuelta. En 1895 fue reelecto como rector de San Marcos, y senador de Puno en 1899. Ejerció este cargo hasta poco antes de su muerte.

CORNELIO SAAVEDRA (1821-1891)



El militar chileno, que ingresó al ejército en 1836, participó en la campaña terrestre de la guerra del Pacífico. Tras las derrotas peruanas en San Juan y Miraflores, fue nombrado jefe de la ocupación de Lima. Como tal, una de sus primeras medidas fue pedir un cupo de guerra a los ciudadanos más acaudalados de la ciudad, destinado al mantenimiento de sus tropas. Terminada la guerra, Saavedra fue elegido diputado y senador en el Congreso chileno.

ORIENTACIÓN CONSTITUCIONALISTA DEL GOBIERNO DE GARCÍA CALDERÓN.- García Calderón, no obstante su limitado radio de acción, declaró la vigencia de la Constitución de 1860 y procuró la instalación del Poder Legislativo y el funcionamiento del Poder Judicial.

El Congreso, que había sesionado en 1879, recibió así nueva existencia legal. Fue convocado a sesiones extraordinarias y quedó señalada como recinto para ellas la Escuela de Clases de la villa de Chorrillos a partir del 15 de mayo de 1881. A los funcionarios políticos y demás autoridades de la República correspondió prestar a los diputados y senadores los auxilios que necesitaran para su incorporación a las Cámaras; en caso contrario debían ser castigados de acuerdo con el Código Penal. La resurrección del último Congreso se llevó a cabo, no obstante de que había expirado el período para el que fuera elegido y sin tomar tampoco en cuenta la circunstancia de que un tercio debió haber sido renovado previamente conforme a ley.

Dentro del espíritu constitucionalista que ostentó, no obstante estas y otras graves anomalías, el régimen de la Magdalena expidió otro decreto para declarar vigente el Presupuesto de 1879-1880 y ordenar se ejecutaran los pagos ordenados allí según los fondos que se recaudaran. Tal medida vino a ser teórica: no existían las rentas allí señaladas, ni los gastos eran los mismos, ni la guerra, la ocupación chilena y las divisiones en bandos que contribuían al desgarramiento del país, permitían cobranzas eficaces o pagos ordenados. El mismo Gobierno, a los pocos días, dio un nuevo decreto invocando la autorización que había recibido en lo concerniente a medidas extraordinarias en materia de Hacienda, para establecer que los proyectos relativos a creación de impuestos y los demás que modificaran el sistema rentístico de la República serían discutidos por el Consejo de Ministros y autorizados por sus miembros con el fin de que pudieran ser obligatorios.

Una resolución también contraria al Presupuesto nominalmente exhumado, fue la que dispuso la reducción a la cuarta parte en el pago de los sueldos a todos lo empleados llamados al servicio, quedando los demás excedentes y sin sueldos: el cambio fue fijado a 24 peniques, o S/. 10 billetes fiscales por sol de plata.

EL RÉGIMEN MUNICIPAL DE LIMA.- Otro decreto declaró terminadas las labores de las municipalidades creadas por la Dictadura y sin valor y efecto los decretos y reglamentos sobre la administración local dictados desde el 21 de diciembre de 1879. Los concejos provinciales y de distrito existentes en esa fecha debían volver a funcionar en los territorios de su jurisdicción, bajo la ley de 9 de abril de 1873. En cambio, debían continuar en receso los concejos departamentales, correspondiendo a los prefectos ejercer provisoriamente sus atribuciones. Con motivo de la extrema escasez de recursos del Estado, las cajas fiscales fueron autorizadas para recaudar los ingresos adjudicados a la administración local desde 1873.

El alcalde Rufino Torrico declaró que no accedería a hacer entrega de la Municipalidad de Lima a quienes habían sido miembros de ella en 1879 porque el gobierno de Piérola, que lo había nombrado, existía en el territorio nacional. Expresó también que ni uno ni otro régimen peruano imperaba de hecho en la capital y, de consiguiente, la edilidad funcionaba gracias al consentimiento de la autoridad chilena; y, por último, que no era atribución del municipio entrar a entender sobre la legitimidad de los dos poderes que se disputaban el mando.

El gobierno provisional ratificó sus órdenes y dispuso que se formara causa a los que resistían el cumplimiento de la Constitución desconociendo sus deberes, titulándose servidores del ex Dictador y estableciendo un ligamen entre sus derechos y las autoridades chilenas. El diario oficial tuvo acerbas censuras para Torrico, lo declaró culpable por no haber protestado del abandono de la capital por Piérola, única causa, según dijo, de los desbordes de la noche del 16 de enero y también lo responsabilizó por la entrega incondicional y la rendición de Lima.

El reclamo de Torrico fue desoído y el Consejo Provincial de 1879 se instaló con solemnidad el 31 de marzo de 1881. En la primera sesión eligió alcalde nuevamente a César Canevaro. Así, en la capital ocupada por los invasores, surgió una entidad que dependió del gobierno provisional y continuó recaudando las contribuciones y demás entradas comunales para invertirlas en el servicio público.

No había policía, sin embargo. Este servicio había sido desempeñado durante los primeros meses de la ocupación por un batallón chileno para ser reemplazado luego por otras fuerzas de línea cuya disciplina se relajó y cuyos soldados estuvieron expuestos a ataques sorpresivos en las calles. De allí que comenzó a funcionar un servicio de patrullas mientras celadores, pagados por el comercio extranjero, custodiaban la parte más importante de la población.

El 24 de junio Lynch nombró un intendente de Lima. Entre sus atribuciones tuvo este funcionario las de vigilar sobre los ramos de aseo y seguridad, ocuparse de las vías públicas, conceder los pasaportes y pases, castigar correccionalmente las faltas o delitos que por su poca gravedad no merecían ser sometidos al tribunal militar, decretar providencias de arraigo u otras de conservación o finalidad precautoria. La oficina de la Intendencia debía ser atendida con el producto de las multas y de los pasaportes.

El Municipio de Lima continuó en funciones y a su cargo estaban calles, edificios públicos, hospitales, cárceles y otros establecimientos que la autoridad chilena no creyó conveniente tomar por el momento. Asimismo, recaudó los valores del arrendamiento de sus propiedades, las contribuciones de mercado, del camal y otras.

Ha de verse más adelante cómo terminó la Municipalidad en diciembre de 1881.



EL MUNICIPIO DE LIMA CONTINUÓ EN FUNCIONES Y A SU CARGO ESTABAN CALLES, EDIFICIOS PÚBLICOS, HOSPITALES, CÁRCELES Y OTROS ESTABLECIMIENTOS QUE LA AUTORIDAD CHILENA NO CREYÓ CONVENIENTE TOMAR POR EL MOMENTO.



LA CONTRIBUCIÓN DE GUERRA A LIMA Y EL CALLAO.- El jefe de la ocupación chilena, general Cornelio Saavedra, ordenó por decreto de 7 de marzo de 1881, que los departamentos de Lima y Callao pagaran mensualmente la suma de un millón de pesos en plata o su equivalente en moneda corriente al cambio del día, para contribuir a atender los gastos del ejército de ocupación. El millón correspondiente al mes de febrero debía ser abonado, a razón de 20 mil pesos fuertes, por las siguientes personas: Ceferino Elguera, Hermanos Canevaro, Dionisio Derteano, Hermanos Roca y Boloña, Hermanos Swayne, Julio Tenaud, José Albarracín, Manuel J. Rubio, Pflucker Hermanos, José Sevilla, Domingo Laos, Felipe Barreda, José María Químper, Melitón Porras, Hermanos Goyeneche, Enrique Canaval, José Antonio García y García, Pedro Diez Canseco, Francisco Diez Canseco, Manuel Espíritu Latorre, Familia Carrillo y Albornoz, José Gregorio Basagoitia, Hermanos Cox, Pedro Villavicencio, Juan Mariano Cosío, José Muro, Pedro Elguera, Hermanos Navarrete y Caballero, Bresani Hermanos, Aurelio García y García, Manuel Elguera, Gerónimo Sánchez, Calderoni Hermanos, Fernando Soria, Ignacio Ramos Larrea, Manuel Arizola, José Manuel Cantuarias, Pedro Correa y Santiago, Manuel Irigoyen, José de la Riva-Agüero, Vicente Silva, Bernardino León, Bernardo Muñoz, Juan Revoredo, Luis Cisneros, Antonia Lalgache, Enrique Ayulo, Toribia Elguera, Manuel Candamo, Manuel Arrieta. El plazo era de ocho días. Si alguno de los nombrados no cancelaba su cuota, se procedía a destruir en sus propiedades un valor que fuera por los menos tres veces mayor, sin perjuicio del apremio personal.

García Calderón, para salvar a Lima de la demolición propuso al general Saavedra asumir el pago del impuesto de un millón y entregó al contado doscientos mil pesos ofreciendo el resto en la misma forma, en el término de treinta días. Esta gestión fue aceptada (15 de marzo).

Por un decreto especial quedó autorizado un empréstito nacional destinado a cubrir la contribución de guerra mencionada. Las condiciones del empréstito eran: intereses del 6% anual; amortización a la par, por sorteo, con el abono de capital e intereses; los impuestos de predios urbanos en Lima y Callao pendientes y por devengar, el 30% de los productos libres de la aduana del Callao y el monto de la contribución de timbres figuraron como fondos de garantía.

JULIO TENAUD (¿?-1924)



En febrero de 1881, el empresario limeño, a quien vemos en esta imagen, estuvo entre los obligados a pagar el cupo de guerra exigido por el general chileno Cornelio Saavedra, jefe de la ocupación de Lima. Los cupos debían ser pagados en todas aquellas provincias en las que el ejército chileno tenía presencia. Con el dinero obtenido, se solventaban los gastos de los soldados durante la ocupación.

El cupo del millón mensual fue pagado a Chile desde marzo a octubre mediante el empréstito y con la emisión de billetes fiscales. Desde el 1° de noviembre ya no pudo continuar a cargo del Estado por haberse producido la prisión de García Calderón en ese mes. Las autoridades chilenas tuvieron que buscar el aumento de los impuestos para cubrir los gastos de la ocupación, sin perjuicio de apelar a nuevos cupos cuando lo estimaron conveniente.

LOS INCAS Y LOS BILLETES. EL PRÉSTAMO DEL BANCO DE LONDRES.- Otra medida hacendaria del régimen de la Magdalena fue el que equiparó los billetes llamados incas con las emisiones anteriores en lo concerniente a la responsabilidad de la nación ante ellos y a su valor que sería el inicial de ocho soles papel por cada inca. Debía hacerse el resello de los billetes incas llevando una inscripción en la que se expresara su valor en soles; y para unificar la emisión serían reemplazados por billetes de los mismos tipos que los de emisión antigua a cuyo efecto se haría la impresión de la cantidad de pliegos que fuere necesaria. Este último dispositivo implicaba una puerta abierta para la nueva serie de billetes.

Había quedado en Nueva York y Panamá un cargamento de ellos destinados a completar la emisión. Sumaban la cantidad de S/. 11.571.974. Con ellos fue entregado a los chilenos parte del cupo de guerra impuesto por la cantidad de 8.000.000 de pesos fuertes; y el resto fue invertido en el canje de casi medio millón de incas hecho a las municipalidades de Lima y Callao, las sociedades de Beneficencia, la Universidad de San Marcos, la Dirección de Contabilidad y Crédito y otras entidades. Esos fondos fueron dedicados al pago de la fabricación de billetes y otras necesidades del Estado.

El Banco de Londres, México y Sudamérica hizo un préstamo de £ 18.000 al gobierno de la Magdalena con el interés mensual de 1%, la comisión de 1/4% y el plazo de treinta días prorrogables.

EL FUNCIONAMIENTO DE LA CORTE SUPREMA.- En enero de 1881 el jefe de la ocupación, general Saavedra, se dirigió al presidente de la Corte Suprema Juan Antonio Ribeyro, para pedirle el restablecimiento normal de la administración de justicia. Sin embargo, desde el 9 de febrero del mismo año todos los delitos y faltas quedaron sujetos a los tribunales militares.

El gobierno de García Calderón dio un decreto el 29 de marzo de 1881 en el que ordenó que el Poder Judicial principiara a funcionar el 18 de abril siguiente, sujetándose a la Constitución de 1860. A la vez, dispuso que los tribunales y juzgados se instalasen con el personal que tenían en diciembre de 1879. Los nombramientos de vocales, jueces y demás empleados del Poder Judicial, hechos con posterioridad a la fecha citada, fueron declarados nulos. Sobre los tribunales que no cumplieran y no hicieren cumplir lo prescrito en este decreto recayó la amenaza de aplicarles las sanciones del Código Penal.

Ribeyro invocó, sin embargo, la presencia del ejército de ocupación y de sus tribunales especiales que se regían por la ley militar, para no cumplir ni hacer cumplir el decreto antedicho.

El gobierno de García Calderón dio una resolución invitando a la Corte Suprema a funcionar en el distrito de la Magdalena con el fin de ratificar lo ordenado por el citado decreto de 29 de marzo.

Riberyro repuso en una extensa comunicación el 31 de marzo, detallando el estado en que se hallaba la capital bajo la ocupación; y en cuanto al traslado a la Magdalena adujo que la Constitución no permitía a la Corte Suprema cambiar de residencia y que ese lugar carecía de los elementos necesarios para los juzgamientos civiles o criminales y constituía una segregación nominal o artificial. El Gobierno hizo un nuevo requerimiento a la Corte Suprema con fecha 22 de abril y elevó el asunto al Congreso que estaba próximo a instalarse. Ribeyro contestó ratificando la decisión de la Corte, y los miembros de ella firmaron conjuntamente una

[1]

[2]



LIMA OCUPADA. Durante tres años y seis meses, el ejército chileno ocupó la capital. El gobierno estuvo a cargo de Patricio Lynch, quien decretó la entrega de armas por parte de los cuarteles, el recorte de la libertad de prensa, la prisión para los defensores de Lima, entre otras medidas. Aquí, podemos ver la bandera chilena flameando en una plaza de la ciudad (1), y en la calle Santo Domingo (2), donde poco a poco las actividades comerciales fueron retomadas con cierta normalidad, tras la ocupación enemiga.

JUAN OVIEDO (1821-1885)



En 1875, el jurista tarapaqueño fue elegido vocal de la Corte Suprema de Lima, cargo que desempeñó hasta la ocupación de Lima, cuando el Poder Judicial cesó sus funciones. En enero de 1881, un documento firmado por el presidente de la Corte, Juan Antonio Ribeyro, Oviedo y otros vocales solicitó su reapertura, lo cual no ocurrió. Antes de la guerra, Oviedo se había desempeñado como diputado por Tarapacá (1860 y 1868), ministro de Justicia (1860), rector de la Universidad Mayor de San Marcos (1867), primer vicepresidente (1870) y senador por Puno (1870), entre otros cargos.

exposición de los motivos tomados en cuenta para adoptar su actitud, que no varió a lo largo de todo el período de la ocupación chilena. Eran los señores Juan A. Ribeyro, Bernardo Muñoz, Melchor Vidaurre, Juan Oviedo, José Eusebio Sánchez y Manuel Morales.

Patricio Lynch, que ya había tomado a su cargo la jefatura de esa ocupación, llegó a dar un decreto en que las atribuciones de los jueces chilenos quedaron circunscritas a entender en las causas comerciales sobre bienes muebles o créditos cuya cuantía excediera de cuatrocientos soles de plata, en las acciones posesorias que versasen sobre propiedades raíces y en los asuntos concernientes al estado civil de las personas, en cuanto su resolución fuese indispensable para el establecimiento de una demanda o la contestación a ella. Pero esto solo para la iniciación, tramitación o secuela de los juicios, pues la base principal del régimen entonces creado fue dejar los fallos o sentencias a jueces compromisarios, elegidos por las partes o el magistrado en caso de no avenirse aquellos. Los jueces compromisarios debían actuar a manera de árbitros y jurados en ciertas causas civiles, mercantiles y criminales en beneficio de los intereses neutrales y sin perjuicio del vigor de la ley marcial y de la autoridad militar (9 de noviembre de 1881). Por decreto de 24 de abril de 1882, organizó un tribunal de alzada en Lima para los recursos de nulidad que se interpusieran, previo depósito de una suma apreciable de dinero, en las causas de hacienda y algunas otras; y nombró promotores fiscales. "Innumerables han sido las reclamaciones y quejas originadas por las sentencias de los jueces compromisarios (dijo en su segunda memoria, fechada en mayo de 1883); pero el cuartel general ha tenido que rechazarlas…Por lo expuesto verá V. S. que sería, sin duda, más conveniente suprimir la administración de justicia civil, que continuar autorizando actos que lastimen el buen nombre de nuestra magistratura".

DIFICULTADES INICIALES DEL GOBIERNO DE LA MAGDALENA EN LA REPÚBLICA.- Partidarios del régimen de la Magdalena se declararon a su favor en Trujillo, Chiclayo y Lambayeque, ciudades ocupadas por los invasores. Análogos hechos se produjeron más tarde en Cerro de Pasco, Huánuco y Tarma.

El coronel Isaac Recavarren, prefecto de Lima, fue comisionado con una fuerza para expedicionar sobre Huaraz.

De los almacenes de reserva del ejército chileno fueron extraídos parte de los rifles recogidos en San Juan y Miraflores y entregados a los defensores "constitucionales". El embarque de la tropa se efectuó en Chorrillos el 16 de mayo en el vapor inglés *Arequipa* y el propio Presidente pronunció allí una arenga; en ella recomendó que no se hiciera uso de las armas sino en servicio de la voluntad popular. Otro contingente salió de la quebrada de Huarochirí. El repudio que ambas expediciones encontraron fue abrumador.

Recavarren con 400 hombres se dirigió a Casma y de allí envió un oficio al prefecto de Huaraz proponiendo un avenimiento sin disparar un tiro que resonaría con escándalo en toda la República agobiada por la ocupación militar del vencedor. Aunque llegó a apoderarse de aquella ciudad, buena parte de sus soldados defeccionaron para engrosar las fuerzas de la resistencia. Al volver a Chorrillos el 10 de julio trajo unos 200 hombres que fueron acantonados en ese lugar. "Por último (dijo Lynch en su memoria) desbandáronse armados en la residencia misma de la autoridad constitucional para merodear su propia cuenta o unirse a pequeñas partidas de pandilleros" (ese era el nombre que daba la autoridad chilena a los montoneros). "Así los rifles confiados por la autoridad chilena al gobierno de la Magdalena (expresó también Lynch) sirvieron únicamente para aumentar la resistencia…". "Por ese motivo los departamentos del Norte quedaron en peor disposición para con el gobierno provisional y con más armas y soldados que antes de la partida de Recavarren".

Se ha de tratar más adelante de la suerte que corrieron las tropas que intentaron entrar al departamento de Junín.

Un decreto expedido por Piérola en Jauja el 7 de abril mandó enjuiciar a los miembros del gobierno de la Magdalena en consejo de guerra verbal por inteligencia con el enemigo, auxilio a estos, rebelión al frente de él y abuso de caudales públicos; sus actos serían nulos.

INFRUCTUOSAS GESTIONES DE GARCÍA CALDERÓN ANTE LOS GOBIERNOS DE ARGENTINA Y BOLIVIA. QUÉ PAÍSES LO RECONOCIERON.- Conferencias sucesivas con plenipotenciarios de diversos países llevaron a resultados disímiles.

El ministro argentino José E. Uriburu manifestó que su país se abstenía de actuar.

Instado el Gobierno de Bolivia para que nombrase representantes en las negociaciones de paz que debían celebrarse en Lima, esa Cancillería respondió que no podía designarlos mientras no se aclarase la incertidumbre sobre el verdadero representante del Perú.

Después de que fueron establecidos contactos con el ministro de Estados Unidos Isaac P. Christiancy, este solicitó datos minuciosos de los verdaderos objetivos del gobierno provisorio. La situación del Perú y sus recursos así bélicos como pecuniarios. Luego ofreció escribir al Departamento de Estado expresando que en su concepto auxiliaría al vencido en la guerra para que conservara su integridad territorial siempre que le fuese posible el pago de una indemnización. Christiancy tuvo, sin embargo, dudas sobre la autencidad de este Gobierno. García Calderón otorgó entonces al Dr. Federico Elmore el carácter de agente confidencial en Washington.

Reconocido, como lo fue, según se verá en seguida, por Estados Unidos, ocurrió lo mismo con unas pocas Cancillerías más: Costa Rica, Uruguay, Suiza y Dinamarca.

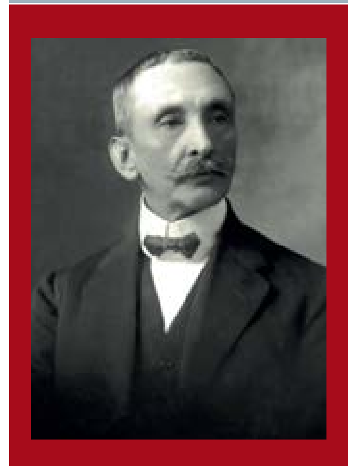
EL CONGRESO EXTRAORDINARIO DE CHORRILLOS.- El 15 de mayo de 1881 se reunieron en el local de la Escuela de Clases de Chorrillos, una de las pocas casas que no habían sido destruidas y que sirviera como hospital para los heridos chilenos, 32 miembros del Congreso que cesó en 1879. Se declararon en juntas preparatorias bajo la presidencia de Eleuterio Macedo, quien había tenido el áccesit de 2° vicepresidente de la cámara de Diputados en la elección de 1879. La segunda junta preparatoria tuvo lugar el 24 de mayo con asistencia de 34 diputados; otras se efectuaron el 7 y el 14 de junio. Había 17 provincias cuyas curules estaban vacantes y el Ejecutivo quedó autorizado a mandar practicar elecciones; de hecho ellas se efectuaron por ciudadanos oriundos de esa circunscripciones residentes en Lima. Las mencionadas elecciones correspondieron a los representantes del cercado de Lima y de los departamentos de Ayacucho, Cuzco, Huánuco, Tacna, Puno, Cajamarca, Moquegua y Tarapacá. En realidad, salvo en la costa ocupada por el ejército chileno, no había una sola población sujeta al régimen de la Magdalena cuando se instaló la legislatura de Chorrillos.

Completado en apariencia el quórum, ambas Cámaras sesionaron como Congreso el 10 de julio, en el mismo edificio de la Escuela de Clases de Chorrillos. El territorio de dicha villa había sido declarado neutral por las autoridades de la ocupación. Si embargo, la amenaza de los montoneros hizo que estuvieran ese día en lugares cercanos partidas de caballería chilena apostadas en actitud de vigilancia. El cuerpo diplomático asistió a la sesión pero no con carácter oficial. También asistieron algunos vocales de los Tribunales de Justicia.

Poco después de instalarse el Congreso confirmó los poderes otorgados a García Calderón y se los prorrogó para que continuara ejerciendo las funciones de Presidente de la República con arreglo a la Constitución de 1860 hasta que fuese elegido el ciudadano que debía reemplazarlo en dicho puesto. Suscribieron la ley respectiva Francisco de Paula Muñoz, presidente del Congreso, Víctor Eguiguren como diputado secretario y L. García senador secretario. Aurelio Denegri renunció el Ministerio que ocupaba.

García Calderón leyó su mensaje como presidente provisorio. Hizo allí primero una recapitulación de lo ocurrido desde el final de la legislatura de 1879. Censuró la salida del general

FRANCISCO DE PAULA MUÑOZ (1820-1909)



El político limeño fue designado presidente del Congreso de Chorrillos durante el breve gobierno de Francisco García Calderón. Dicho congreso, que sesionó entre el 10 de julio y el 23 de agosto de 1881, se encargó de entablar las negociaciones de paz con el gobierno chileno. Muñoz se había desempeñado anteriormente como senador suplente por el Callao (1862), senador por el mismo puerto (1868) y presidente del Senado (1874-1875). Luego se encargó de la dirección de Correos (1876). Tras la firma del Tratado de Ancón (1883), fue elegido senador por Huánuco (1886).

> LA GUERRA SE REDUJO A EXPEDICIONES INTERMITENTES DE LOS CHILENOS AL INTERIOR DEL PERÚ, LUCHAS CON LAS GUERRILLAS O TROPAS LOCALES, SORPRESAS, ESCARAMUZAS, DEPREDACIONES, EXACCIONES. FUE AQUELLA, EN SUMA, LA EXASPERANTE, LA TENAZ, LA INTERMINABLE GUERRA CHICA.



Prado al extranjero por haber sido inoportuna, así como el error de La Puerta al no hacer uso de la facultad que recibió para la emisión de billetes fiscales. Especial énfasis tuvieron sus críticas a la revolución de Piérola y a la gestión de la Dictadura "que se inauguró matando las libertades públicas, creando dificultades y poniendo asechanzas al ejército del sur cuya destrucción aplaudió; que continuó derrochando en secreto los caudales públicos, sembrando la anarquía en las clases sociales y desprestigiando al ejército con la infinita multiplicación de grados y la exclusión sistemada de los buenos elementos; y que concluyó causando una terrible hecatombe en los campos de San Juan y Miraflores". Sobre esta jornada afirmó, sin embargo que, pocos jefes del ejército no hubiesen creído imposible vencer en ellas. García Calderón, calificado como traidor por Piérola, hizo a este las más duras acusaciones por la derrota, contagiado por el espíritu de virulencia frente al adversario nacional que los documentos de todos los caudillos de la guerra con Chile exhalan, a veces con más saña que la desplegada contra el enemigo común. En seguida dedicó breves párrafos a la génesis del nuevo Gobierno y a la limitada labor que hasta entonces había podido desarrollar. En cuanto a las autoridades chilenas llamó la atención sobre el hecho de que el Congreso no había sido coactado, y reconoció, a la vez, la negativa de los plenipotenciarios de ese país a la cesación de hostilidades sin que se pusieran, por lo menos, bases generales de paz. Estas debía darlas el Congreso y era, además, preciso no prescindir de Bolivia. Confesó, al mismo tiempo: "A mi modo de ver, la guerra no puede continuarse por la falta de medios para llevarla a cabo; y por consiguiente la paz es necesaria". Concluyó con enfáticas declaraciones de desinterés personal y con un solemne llamado a la unión del país.

LA AUTORIZACIÓN DEL CONGRESO DE CHORRILLOS PARA QUE GARCÍA CALDERÓN FIRMASE LA PAZ SIN CESIÓN TERRITORIAL.- El Congreso, en sesiones secretas, después de agitados debates autorizó a García Calderón para que negociara la paz conforme a la Constitución de 1860. Es decir le prescribió que mantuviera la integridad territorial del país.

Las labores parlamentarias terminaron el 22 de agosto.

LA GESTIÓN DE ZAPATEL ANTE CÁCERES.- El Congreso de García Calderón facultó al diputado Daniel Zapatel para que gestionara la adhesión de Andrés A. Cáceres y sus tropas proponiendo hacerlo 1er. vicepresidente (5 de julio de 1881). Cáceres reiteró su adhesión a Piérola y pidió la cooperación con este. El 16 de agosto de 1881, desde Matucana, lo felicitó por la elección hecha por la Asamblea de Ayacucho.

LA ORGANIZACIÓN DE LA GUARDIA URBANA.- Con fecha 25 de junio de 1881 García Calderón dictó un decreto sobre organización de la guardia urbana de Lima. Ella debía formarse con los vecinos notables interesados en la conservación del orden público. Entre otras prescripciones este decreto ordenó que la guardia se compusiera de cinco legiones y que cada una de estas, dividida en cuatro compañías y dotada de dos jefes y su respectiva oficialidad, tuviese bajo su custodia uno de los cuarteles de la ciudad. Al mismo tiempo anunció que oportunamente dispondría la guardia urbana de armamento y municiones.

Lynch, jefe de la ocupación chilena, estimó que el decreto olvidaba la verdadera situación de la capital, entregada a la dominación de los vencedores bajo el imperio de la ley marcial y dirigió una carta privada a García Calderón para pedirle explicaciones y exigirle la suspensión de este decreto. García Calderón repuso que la formación de la guardia urbana no había tenido por finalidad su funcionamiento inmediato; se quería que ese cuerpo entrase a prestar servicios cuando la autoridad peruana volviera a tomar posesión de la capital. Agregó que los

ciudadanos habían sido llamados a fin de tenerlos prevenidos poniéndose en el caso de que antes de mucho tiempo se realizaría ese cambio de ocupantes.

ACTITUD DE BOLIVIA ANTE EL GOBIERNO DE GARCÍA CALDERÓN.- El gobierno de García Calderón invitó, como se ha dicho, al de Bolivia para que enviara plenipotenciarios a las negociaciones de paz con Chile.

El canciller Daniel Núñez del Prado repuso que su país, de acuerdo con el programa de la Convención Nacional, seguía en estado bélico sin que esta actitud sirviera de obstáculo para ponerse de acuerdo con el Gobierno del aliado de 1873 en las negociaciones de paz; y agregó que se mantenía en ansiosa expectativa ante las complicaciones interiores surgidas en el Perú, haciendo votos porque se arreglen (25 de junio de 1881).

Manuel María Gálvez, por el régimen de la Magdalena, repuso con expresiones de cordialidad y lealtad y señaló la declaración de la propia Convención boliviana en el sentido de ir solo a una guerra defensiva. Hizo, en seguida, la apología del bando político del que formaba parte (11 de agosto).

Núñez del Prado respondió cada uno de los puntos de la comunicación anterior y fue explícito acerca de las dudas que tenía sobre la verdadera personería de García Calderón, mencionando para ello las montoneras peruanas en la región del centro, el Congreso de Ayacucho y la elección que este había hecho a favor de Piérola, con quien mantenía los vínculos de la alianza.

Luego Bolivia intentó mediar entre los beligerantes peruanos.

Después de la dimisión de Piérola y de la unificación producida en el Perú, en torno a García Calderón, el Gobierno de la República del altiplano reconoció a este (diciembre de 1881). La circunstancia de haberse radicado en Arequipa, en la parte final de la guerra, el vicepresidente Montero, facilitó sus relaciones con el presidente Campero y así volvieron a entrar nuevamente en comunicación oficial los dos jefes del ejército aliado en el Campo de la Alianza.

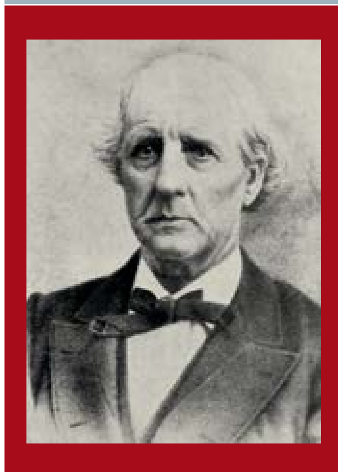
En mayo de 1882 envió Bolivia a su plenipotenciario Juan C. Carrillo en misión especial en el Perú. Carrillo se comunicó desde Lima con Montero que estaba entonces en Huaraz y cuyo ministro de Relaciones Exteriores era Mariano Álvarez, buscando fórmulas que implicaran acuerdos provisionales en relación con una posible tregua. Acerca de este asunto se tratará posteriormente. Armamento suministrado por Bolivia fue usado por el gobierno de Montero y, en parte, por Cáceres.

LA MEDIACIÓN NORTEAMERICANA Y EL CRÉDITO INDUSTRIAL. LEVI P. MORTON Y JAMES G. BLAINE. EL PROTECTORADO NORTEAMERICANO EN EL PERÚ.- La guerra se redujo a expediciones intermitentes de los chilenos al interior del Perú, luchas con las guerrillas o tropas locales, sorpresas, escaramuzas, depredaciones, exacciones. Fue aquella, en suma, la exasperante, la tenaz, la interminable guerra chica.

Brillaba una esperanza en medio de tantas aflicciones: el plan, por García Calderón aceptado, para que el Crédito Industrial y Comercial, entidad interesada en el guano y en el salitre que había tratado con Rosas y Goyeneche, obtuviese la exclusividad de estos abonos, comprometiéndose a asumir, por cierto número de años, la deuda peruana, a pagar a Chile una indemnización de veinte millones y a garantizar las obligaciones nacionales de ambos países. En compensación con tales compromisos, no debía tener lugar la cesión del territorio de Tarapacá demandada por Chile. Dicho territorio peruano podía quedar bajo el protectorado de Estados Unidos. Era, en suma, la reaparición del grupo francés que Piérola puso de lado al optar por el fracasado arreglo con Dreyfus, esta vez bajo el amparo de la gran República del Norte que había intentado mediar en el *Lackawanna*.

El Crédito Industrial y Comercial obtuvo el apoyo del ministro norteamericano en París, Levi P. Morton, miembro de una empresa comercial privada, Morton, Bliss and Company, que celebró con Gautreau y Compañía, agentes del Crédito Industrial, un convenio para el reconocimiento y el

STEPHEN HURLBUT (1815-1882)



El abogado y militar estadounidense luchó en la guerra de Secesión (1861-1865) de su país. Tras el final del conflicto, lideró el Partido Republicano y representó en dos oportunidades al estado de Illinois en el congreso. En 1881, Hurlbut fue nombrado ministro de su país en el Perú. En Lima, colaboró con la formación de un nuevo gobierno, tras la ocupación chilena de la ciudad. Además, apoyó las negociaciones para el restablecimiento de la paz entre ambas naciones, siempre y cuando esta ocurriera sin cesión de territorio peruano.

> LA COMPAÑÍA PERUANA QUE SE FUNDÓ A CONSECUENCIA DE LA RECLAMACIÓN LANDREAU Y DE OTRA ANÁLOGA DE ALEJANDRO COCHET, CONTRIBUYÓ EN ALGUNA FORMA, POR SU LUCHA CONTRA EL CRÉDITO INDUSTRIAL, AL POSTERIOR FRACASO DE ESTE.



apoyo del gobierno de García Calderón por Estados Unidos. Morton comunicó al Departamento de Estado que el presidente de Francia Grévy condenaba "las pretensiones extravagantes de Chile así como las condiciones de paz" (11 de agosto de 1881). El interés del Crédito Industrial por García Calderón provenía, como se comprende, de que este le había ofrecido la concesión ya mencionada. Morton, Bliss and Company recibirían del Crédito Industrial el monopolio de la venta del salitre peruano en Estados Unidos, con una comisión del 5% en las grandes cantidades exportadas.

El secretario de Estado norteamericano, James G. Blaine, cuyo nombramiento para ese cargo fue hecho en marzo de 1881, actuó entonces en estrecha relación con Morton, a quien, precisamente él nombró en París, tras de un contacto con el agente Francisco de P. Suárez del Crédito Industrial y con el ministro Federico Elmore que representaba a García Calderón. El general Stephen Hurlbut, íntimo amigo de Blaine, fue nombrado ministro norteamericano en Lima. Reemplazó a Christiancy, quien en dos cartas a Blaine (el 4 y el 17 de mayo de 1881) había aconsejado el protectorado norteamericano sobre el Perú o su anexión a Estados Unidos, sin que este Gobierno aceptara la sugerencia.

Un comité del Congreso norteamericano absolvió más tarde a Blaine de la acusación de haber tenido una conducta deshonesta, a pesar de la publicidad en ese sentido, pues había muchas personas interesadas políticamente en desprestigiar al secretario de Estado (marzo a agosto de 1882). Pero lo que sí quedó en claro fue que, en opinión de este, Chile estaba apoyado por Inglaterra; le preocupaba, sobre todo, la perspectiva del monopolio británico en la costa occidental de América del Sur.

Con fecha 29 de noviembre de 1881 cursó Blaine una invitación a las Repúblicas del continente para que enviaran delegados a una conferencia panamericana en Washington en noviembre de 1882. Su objetivo debía ser evitar las guerras entre los países del hemisferio occidental y favorecer las mutuas relaciones entre ellos. Dicha conferencia fue cancelada cuando Blaine dejó la Secretaría de Estado.

Más tarde fue el candidato a la presidencia de la República contra Grover Cleveland. Para sus enemigos del partido demócrata y aún para muchos republicanos, estaba mezclado en la corrupción política cuyo símbolo era una misiva suya que terminaba con el post scríptum "Queme esta carta". En las manifestaciones callejeras de los demócratas (cuentan los historiadores Morrison y Commager) se cantaba durante esta campaña electoral:

Blaine, Blaine, James G. Blaine
The continental liar from the State of Maine.
Burn this letter.

Los mismos autores dicen que Blaine relajó el tono moral de la vida pública y consolidó una malsana alianza entre política y negocios.

Cualesquiera que hubiesen sido los móviles de Blaine en su política en relación con la guerra entre el Perú y Chile, lo cierto es que invocó en todo momento limpios principios de derecho, si bien estuvo sucesivamente en conversaciones con distintos interesados en las riquezas peruanas.

LA MISION HURLBUT Y LAS RECLAMACIONES LANDREAU Y COCHET.- Las instrucciones dadas a Hurlbut eran las de colaborar con la formación de un Gobierno único en el Perú e interponer los buenos oficios de Estados Unidos para la paz sin cesión territorial. En esto Blaine no innovaba en la política de su antecesor, Evarts. Pero la orientación nueva de Blaine iba a revelarse a través de varias actitudes fundamentales: el reconocimiento de García Calderón, contra lo aconsejado por el anterior ministro en Lima Christiancy, que lo consideraba impopular; la vigorosa acción directa sobre los dirigentes políticos peruanos para inducirlos a apoyar al nuevo presidente y la aceptación de los proyectos del Crédito Industrial. Luego Blaine auspició por un momento los reclamos de Juan Teófilo Landreau (ciudadano francés que tenía un hermano

nacionalizado norteamericano) contra el Estado peruano, por no habérsele pagado el 33.5% prometido por el descubrimiento de nuevos depósitos de guano. La reclamación de Landreau, ascendente según distintas fases, a la variable suma de siete hasta ciento veinticinco millones, había sido desechada por el Poder Judicial y por los tribunales peruanos.

La Compañía Peruana que se fundó a consecuencia de la reclamación Landreau y de otra análoga de Alejandro Cochet, contribuyó en alguna forma, por su lucha contra el Crédito Industrial, al posterior fracaso de este. Cochet, ciudadano francés, había afirmado ser el descubridor de la utilidad del guano y pretendió tener derecho sobre una tercera parte de sus depósitos. Muerto en 1864, su heredero era un hijo ilegítimo, también francés, quien vendió por precio mísero su reclamo al abogado americano Jacobo Shipherd, organizador de la Compañía Peruana.

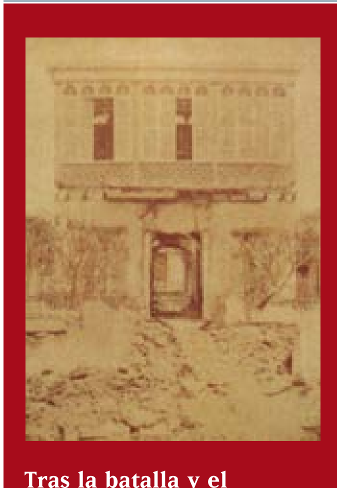
Esta entidad, como sucesora de los pretendidos derechos de Cochet y Landreau, se consideró con acción real sobre la tercera parte del guano que había en el Perú años atrás. Apreciada en dinero dicha acción con intereses acumulados, llegaba al crédito de 1.200.000.000 de dólares. Como la compañía sabía que la existencia del guano no pasaba de unos pocos millones, pretendía que se le pagara el resto con el salitre de Tarapacá. Aspiraba, asimismo, a que sus derechos, como más antiguos y reales, fuesen considerados como preferentes a los que Chile o los acreedores europeos tuviesen sobre esa materia; pero ofrecía pagar a los vencedores en su guerra con el Perú la indemnización por el triunfo avaluado en 100.000.000 de dólares. El propósito de la Compañía Peruana era entablar una reclamación contra el Perú, fundada en los títulos a que se había hecho referencia y hacerla aceptar por García Calderón a quien suponía dispuesto a ello antes de ceder territorio a Chile, todo esto bajo la protección de Estados Unidos.

Por su parte, el ministro boliviano Ladislao Cabrera intentó formar en Estados Unidos una gran empresa para que obtuviese ya el monopolio, ya el protectorado sobre los depósitos de salitre y guano, a cambio de lo cual debía pagar una indemnización de 30.000.000 de pesos a Chile, hacer el servicio de la deuda del Perú y entregar el sobrante al Perú y a Bolivia. El plan de Cabrera, remitido al Departamento de Estado, quedó archivado.

ENÉRGICA ACCIÓN DE HURLBUT EN EL PERÚ. CHIMBOTE: ¿BASE NAVAL Y CARBONERA DE ESTADOS UNIDOS?.- Hurlbut envió con fecha 24 de agosto de 1881 un memorándum a Lynch, cuya copia fue entregada a García Calderón y que, además, fue publicado en la prensa. En este memorándum planteó la necesidad de la paz, reconoció el derecho de Chile a una indemnización por los gastos de la guerra, convenida entre las partes o determinada por un árbitro; pero condenó "la transferencia de territorio indudablemente peruano a la jurisdicción de Chile sin manifestarse primero la inhabilidad o falta de voluntad del Perú para pagar indemnización en otra forma". Agregó aquí la siguiente frase: "Un proceder semejante de parte de Chile encontraría una decidida desaprobación de los Estados Unidos". Condenó en otro párrafo la conquista y afirmó acaso en tono amenazante: "El espíritu militar y agresivo se opondrá, a nuestro juicio, a su progreso genuino; excitará animosidades peligrosas y acumulará en su contra muchos elementos".

A un grupo de notables limeños, a pedido de ellos, les hizo el representante norteamericano las siguientes declaraciones: "1°) Los Estados Unidos están primeramente en favor de la cesación de las hostilidades entre Chile y el Perú y del pronto restablecimiento de la paz. 2°) Son decididamente opuestos a toda desmembración del territorio del Perú excepto con el libre y pleno consentimiento de esta nación. 3°) Son de opinión que Chile ha adquirido como resultado de la guerra el derecho de indemnización por los gastos de ella y que el Perú no puede rehusar el pago. 4°) El Gobierno de Chile sabe que estas son las ideas de los Estados Unidos; pero las divisiones que existen en el Perú paralizan los buenos efectos de los Estados Unidos y dan pretexto a Chile para eludir la acción de este en conformidad con nuestros deseos y para prolongar el estado de guerra y la ocupación militar del Perú… La unión bajo

LOS DAÑOS A MIRAFLORES



Tras la batalla y el incendio ocurridos el día 15 de enero de 1881, el hoy distrito de Miraflores sufrió daños considerables, como se puede apreciar en esta fotografía de la época, que nos muestra la casa de la familia Vanderalmey. Además, debió sufrir la ocupación chilena. En setiembre de ese año, Patricio Lynch, jefe del ejército invasor, decretó el desarme de los últimos soldados peruanos acantonados allí. Esto dejó sin protección militar al precario gobierno de Francisco García Calderón.

LA ACTUALIDAD.

Valor—$ 1. Lima, Martes 1.º de Febrero de 1881 Núm. 11

VAPOR DEL SUR

LLEGADA DEL "PIZARRO."

LA ACTUALIDAD. **Este periódico fue editado con el visto bueno de las autoridades chilenas en Lima. Redactado por presbíteros, incluía información sobre Chile, el tráfico marítimo y los hechos acontecidos en las ciudades ocupadas. En la edición que vemos aquí, del 1 de febrero de 1881, por ejemplo, se publicó la lista de prisioneros en Iquique del escuadrón Rímac, perteneciente al ejército del Norte.**

cualquier forma que elija hará desaparecer el pretexto para Chile y dará a los Estados Unidos una ventaja que han menester y de la cual sabrán cómo aprovechar. Ninguna otra cosa, a mi juicio, salvará al Perú"...

Hurlbut escribió, además, a Aurelio García y García, ministro de Piérola, una carta feroz a la que pertenecieron los siguientes conceptos: "Apoderarse el señor Piérola del mando supremo y arrogarse una autoridad que la Constitución desconoce, fueron actos revolucionarios y atentatorios al acatamiento debido a la ley. La manera violenta y compulsiva cómo esa revolución se llevó a cabo imprimió al hecho el carácter de un crimen contra la libertad. La Dictadura fue una fiera tiranía, autocrática y despótica en su plan, en su título y en sus actos". La carta entró, además, en duras acusaciones contra Piérola por su actuación en el campo hacendario, militar y político. La finalidad de esta actitud era eliminar al obstáculo que existía para que García Calderón fuese reconocido en la zona no ocupada del Perú.

Llegó a negociar Hurlbut con el presidente de la Magdalena la cesión de una base naval y carbonera para Estados Unidos en territorio peruano. Abarcó la zona de Chimbote que debía ser entregada junto con el ferrocarril que conectaba el puerto y las minas de carbón en el interior (20 de setiembre de 1881). Este arreglo no fue aprobado, más tarde, por el Gobierno norteamericano, expresando que Hurlbut lo había celebrado "sin instrucciones y sin permiso".

Un telegrama dirigido por Hurlbut al Gobierno de la República Argentina para nombrar a un representante en Lima ante García Calderón, causó gran recelo a los directores de la política chilena.

LA GESTIÓN DE LOS MINISTROS DE INGLATERRA Y FRANCIA ANTE GARCÍA CALDERÓN.- Una gestión que ha pasado generalmente desapercibida es la que hicieron ante García Calderón los ministros de Inglaterra y de Francia en Lima para que firmara la paz con la cesión de Tarapacá. A ella se refiere este presidente en sus *Memorias del cautiverio*: "Faltando a lo pactado con Estados Unidos de Norte América (la autoridad chilena) me exigió que declarase si estaba o no dispuesto a aceptar las condiciones de paz que tenía establecidas, una de las cuales era la cesión de una parte del territorio peruano; y, entre otros medios de que echó mano para conocer mi pensamiento, se valió de los señores ministros de Inglaterra y Francia residentes en Lima, para que me dijeran que si me hallaba dispuesto a ceder a Chile el departamento de Tarapacá, ellos podrían conseguir que el tratado de paz se firmase en veinticuatro horas. No pude aceptar esta mediación, tanto por no desairar la de los Estados Unidos, cuanto porque el Perú no estaba entonces dispuesto a consentir en la desmembración de su territorio. Además, en mi caso, teniendo de un lado la perspectiva de la paz sin cesión de territorio mediante los amigables oficios de Estados Unidos; y de otro, la necesidad de perder una parte del territorio peruano, defiriendo a la mediación de los señores ministros de Inglaterra y Francia, nadie habría vacilado en la elección".

ESTADOS UNIDOS EXIGE DE GARCÍA CALDERÓN QUE NO ADMITA LA MEDIACIÓN EUROPEA.- Por su parte, la política norteamericana fue la de impedir la acción europea. El mismo García Calderón expresó: "El gobierno de los Estados Unidos exigió del gobierno provisional (es decir, el de él) que no admitiera la mediación de ningún gobierno europeo y dijo al gobierno francés que los Estados Unidos por sí solos arreglarían las cuestiones del Pacífico; y en definitiva nada hizo y tampoco dejó hacer".

Oficialmente el gobierno de García Calderón no obtuvo nunca el reconocimiento de las grandes potencias europeas, ni tampoco de la mayoría de los países del continente americano. Además de Estados Unidos, solo anunciaron su propósito de entrar en relación con él Costa Rica, Uruguay, Suiza y Dinamarca.



UNA GESTIÓN QUE HA PASADO GENERALMENTE DESAPERCIBIDA ES LA QUE HICIERON ANTE GARCÍA CALDERÓN LOS MINISTROS DE INGLATERRA Y DE FRANCIA EN LIMA PARA QUE FIRMARA LA PAZ CON LA CESIÓN DE TARAPACÁ.



MANUEL MARÍA GÁLVEZ (1838-1917)



El abogado cajamarquino participó en la elección de García Calderón y fue designado ministro de Relaciones Exteriores en marzo de 1880. Tuvo a su cargo la negociación con el gobierno chileno para la desocupación, pero su negativa a ceder territorio peruano le valió el destierro. Tras la retirada enemiga, fue elegido decano de la facultad de Jurisprudencia de San Marcos (1883), diputado por la provincia de Quispicanchi (1884), decano del Colegio de Abogados (1885), senador por Cajamarca (1886) y fiscal de la Corte Suprema (1887). Se retiró de la política en 1908.

LA ACTITUD CHILENA ANTE GARCÍA CALDERÓN EN SETIEMBRE Y OCTUBRE DE 1881.- A pesar de este aislamiento diplomático y de la irrisoria zona donde ejercía su soberanía, García Calderón se hizo temible ante los chilenos Con la respuesta transmitida por los ministros francés e inglés se persuadieron ellos definitivamente de que no haría la paz con cesión de territorio. Tenía a su favor su propia autoridad moral, la propia acción estimulante de Estados Unidos a través de la enérgica conducta de Hurlbut, la promesa de los fondos que el Crédito Industrial parecía dispuesto a proporcionarle para cancelar la indemnización de guerra y compensar con ella el rechazo de la amputación territorial. A su alrededor se estaba produciendo la reagrupación de las facciones peruanas. Y decidieron eliminarlo.

DESARME DE LAS TROPAS DE GARCÍA CALDERÓN.- El 5 de setiembre Lynch ordenó el desarme de los pocos gendarmes acantonados en Magdalena, Miraflores y Chorrillos. Se verificó este acto sin resistencia. Jefes y oficiales quedaron en libertad y los individuos de tropa se dispersaron. Las armas, municiones y demás pertrechos fueron depositados en los mismos lugares que servían de cuarteles a las tropas de ocupación.

Lynch afirmó que se encontraron roles de revistas por los cuales se demostraba la existencia de dos tercios más del número de soldados permitidos e igualmente, que se descubrieron armas, municiones, ametralladoras y cañones cuya existencia era ignorada por el cuartel general chileno.

El ministro Gálvez manifestó al jefe de la ocupación su extrañeza por lo ocurrido, sin previa notificación, cuando se esperaba discutir pronto las bases preliminares de paz. Lynch repuso que la medida obedecía a motivos de conveniencia y seguridad para su ejército, se justificaba por hechos ocurridos en el seno de las tropas consentidas en el territorio neutral y no significaba la violación de acuerdos anteriores ni perturbaba los resultados de las entrevistas sobre la paz. En esta respuesta hizo público que las montoneras recibían ayuda de hombres, armas y municiones desde Lima y sus alrededores ante la impasibilidad o la tolerancia del gobierno de García Calderón cuyas tropas no ofrecían garantías a la autoridad chilena en caso de un ataque a la capital y más bien servían para alentar y fortalecer a los sostenedores de la resistencia, habiendo desertado muchas de ellas e ingresado a las filas de Cáceres sobre todo cuando este se negó a aceptar la primera vicepresidencia que le ofrecieron algunos congresales de Chorrillos.

Pero la verdadera finalidad de la medida fue preparar la eliminación de García Calderón. "Visitome el señor Gálvez (cuenta Lynch) y a más de lo expuesto en mi comunicación, tuve oportunidad de manifestarle que a mi juicio aquel acto militar indispensable no podía menos de originar la desaparición del gobierno provisional, opinión en que estuvo de acuerdo conmigo.

PRISIÓN DE GARCÍA CALDERÓN.- Seguro de que se tomarían medidas contra su persona, García Calderón mandó citar clandestinamente el 29 de setiembre al Congreso en su propia casa, en Lima. "Abierta esa sesión conmovedora, mustios los semblantes, en el silencio precursor de los grandes acontecimientos que solo interrumpía el paso acompasado de las patrullas enemigas, el Dr. García Calderón habló con acento firme y sencillo". Se declaró resignado al sacrificio personal y propuso la elección de un vicepresidente y recomendó para ese cargo, por su graduación y por dominar un sector del territorio, al contralmirante Montero.

Tres días antes, el 26 de setiembre, los chilenos habían tomado posesión de la Caja Fiscal del Gobierno peruano y habían embargado sus fondos en el Banco de Londres.

El 28, por bando, quedó suspendido el ejercicio de toda autoridad que no estuviera establecida por el Cuartel General de la ocupación. Lynch comunicó dicho bando en una carta privada a García Calderón. La respuesta de este fue un largo alegato, uno de los muchos que en esta época redactó y que culminaron con los que envió a Logan y a Iglesias desde el cautiverio.

LA POLÉMICA ENTRE GARCÍA CALDERÓN Y LYNCH.- García Calderón dejó constancia allí de que las autoridades chilenas habían tratado con él aceptando, en pago del cupo por ellas impuesto, billetes por él emitidos y dinero pedido en préstamo a extranjeros residentes en el país. Además, el plenipotenciario Joaquín Godoy tuvo con él conferencias sobre la paz. En cuanto al origen de su autoridad, García Calderón afirmó que no había reposado en la orden o en la tolerancia del Gobierno chileno sino en el voto de los peruanos que lo eligieron y del Congreso que confirmó y prorrogó sus poderes. No podía ser, pues, suprimido como si se tratase de una oficina chilena. El desarme de las tropas de la Magdalena le pareció explicable si se quería que no se practicaran actos de hostilidad o de fuerza u otra manifestación pública que resultara incompatible con la ley marcial. La toma de posesión de la Caja Fiscal y el embargo de los fondos depositados en el Banco de Londres, procedentes de un préstamo de este mismo banco, en cambio, los encontró exentos de toda justificación. Su resuelto propósito de no desmembrar el territorio peruano como base del tratado de paz era la verdadera causa de las medidas que se acababan de dictar. Enumeró en seguida las razones por las cuales le parecía imposible la cesión: la voluntad peruana de oponerse a ella, la segura caída del gobernante que la firmara, la renovación eventual de las hostilidades, la inaplicabilidad del derecho de conquista en América. En cambio, se manifestó dispuesto una vez más, a pagar una indemnización razonable por los gastos de guerra para lo cual tenía los medios suficientes.

A esta carta –del 29 de setiembre– que García Calderón hizo publicar, a la vez que dirigía una circular a los cuerpos diplomáticos y consular, Lynch contestó el 1° de octubre, aclarando que la suya era una comunicación de carácter privado. Adujo allí que sus relaciones con Manuel María Gálvez se habían debido a que este señor iba con frecuencia a su oficina y recordó que ya antes le había escrito cartas al propio García Calderón. Todos los actos de relación de las autoridades chilenas con el llamado gobierno de la Magdalena, al que faltaban condiciones de vida y estabilidad, fueron para facilitar el camino por donde llegara a constituirse de modo permanente. "Encontrándose el gobierno provisorio (agregaba) con sus poco afortunadas huestes desarmadas, inhábil para tratar, incapaz de organizar un poder y dejando mucho que desear en materia de buenos propósitos, ha llegado el momento de poner término al ejercicio de sus funciones que hasta aquí solo ha podido desempeñar con nuestra tolerancia". No cabe, seguía diciendo, en una nación la existencia de una autoridad política en presencia de un ejército enemigo que ha invadido la misma capital en que establece su asiento ese régimen, para crear una entidad verdaderamente curiosa en un país que se encuentra en guerra exterior, o sea de un presidente pacífico sin poder para combatir. El dinero de la Caja Fiscal y otras oficinas eran de propiedad del país enemigo de Chile. La ley marcial llegaba no solo a los elementos bélicos sino a todos los que podían ser utilizados en contra del ocupante. Acusó, por último, a García Calderón de haber formado el Gobierno con la idea de aceptar las condiciones chilenas planteadas en las conferencias de Arica y de haber mudado luego de parecer; y también de estar guiado por sentimientos americanistas elevados pero ineficaces y muy poco prácticos.

García Calderón volvió a escribir a Lynch el 5 de octubre. Insistió en que, a propósito del cupo, el general Saavedra, investido anteriormente con la máxima autoridad de la ocupación, había estado en relación con él dándole tratamiento de jefe de Estado y que no había habido plazo, condición o reserva en relación con su personería cuando se verificaron las conferencias para la celebración de la paz. Otros actos de los dirigentes chilenos confirmaban esta misma situación. El reconocimiento de su autoridad efectuado en diversos lugares del Perú, no solamente allí donde llegaba la influencia de las armas chilenas, le daba un respaldo auténtico. Si no era Gobierno, no constituían propiedad nacional los fondos de la Caja Fiscal y de otras oficinas que habían sido embargados.

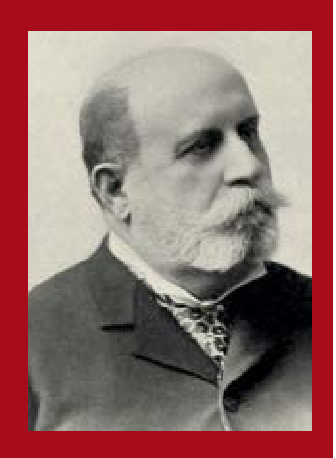
La adhesión que le prestaron Arequipa, Moquegua, Puno y Cuzco a mediados de octubre precipitó el acto de fuerza de que fue objeto García Calderón por parte de las autoridades chilenas en Lima. Si esta medida hubiese sido dictada un mes antes, aunque siempre hubiese sido



OFICIALMENTE EL GOBIERNO DE GARCÍA CALDERÓN NO OBTUVO NUNCA EL RECONOCIMIENTO DE LAS GRANDES POTENCIAS EUROPEAS, NI TAMPOCO DE LA MAYORÍA DE LOS PAÍSES DEL CONTINENTE AMERICANO. ADEMÁS DE ESTADOS UNIDOS, SOLO ANUNCIARON SU PROPÓSITO DE ENTRAR EN RELACIÓN CON ÉL COSTA RICA, URUGUAY, SUIZA Y DINAMARCA.



CARLOS ELÍAS (1841-1907)



El político limeño, quien en 1880 encabezó junto a Manuel Candamo la Junta Patriótica, se inició en la política en 1867, como diputado por Ica. Tuvo una larga estadía en Europa, tras la cual volvió al Perú y fue elegido senador por Ica (1876) y diputado por la provincia del mismo nombre (1878). Durante la guerra del Pacífico, organizó al cuerpo de la Guardia Nacional. Fue desterrado por Piérola en 1879, pero volvió al año siguiente y conformó la referida Junta. Desterrado en Chile, participó en las negociaciones de paz con el ministro plenipotenciario estadounidense Cornelius Logan.

arbitraria, habría podido cohonestarse en apariencia afirmando que el Perú no reconocía la autoridad erigida en la Magdalena, fuera del territorio ocupado por los invasores. Al ser obedecido este régimen en principio por todo el sur de la República y por su ejército, la captura del presidente implicó un ataque a la soberanía y a la independencia de la nación peruana.

La acusación de que había continuado ejerciendo actos de gobierno fue formulada por el ayudante de campo del general en jefe del ejército chileno el 6 de noviembre de 1881 para tomarlo preso en su domicilio. Los representantes diplomáticos que vivían en Lima guardaron silencio y continuaron en el cumplimiento de la peregrina misión de vivir en un país ante el cual estaban acreditados y en el que, a su juicio, no había Gobierno, pues a ninguno reconocían.

LAS RAZONES QUE TUVO GARCÍA CALDERÓN PARA ACEPTAR SU CAUTIVERIO.- A la misma hora en que García Calderón era privado de su libertad, el comandante de policía capturó a Manuel María Gálvez. Llevados ambos personajes al Palacio de Gobierno permanecieron allí pocos instantes. Fueron conducidos al Callao en un tren expreso y, de la estación, pasaron al muelle para ser llevados a bordo del blindado *Cochrane*. Los acompañó por propia voluntad el capitán de corbeta Pedro Gárezon. García Calderón pidió y obtuvo el permiso de un día en el Callao para arreglar sus asuntos.

El presidente que había gobernado en la Magdalena por tan corto tiempo y con tantas limitaciones y amarguras, tuvo tiempo para escoger entre el cautiverio, la fuga secreta de Lima como segunda alternativa, o la aceptación de las condiciones chilenas como tercera posibilidad. Descartada esta última, en el plazo transcurrido entre el desarme de los gendarmes de la Magdalena y la prisión, pudo ocultamente trasladarse a Arequipa. No quiso emprender ese viaje por razones muy poderosas. "No habría tenido otro resultado (dijo en su carta a Iglesias, fechada el 8 de febrero de 1883 en Valparaíso) que el de prolongar la guerra civil y la especie de puja que Chile se proponía desde entonces establecer, apoyando a aquel partido que más ventajas le ofreciera. Además (agrega en el mismo documento) pensé que solo entregándome como víctima al sacrificio y dando de este modo una prueba palpable a los pueblos del Perú, de que mi conducta no tenía por base la ambición de mando sino la defensa de la República, y de que no estaba ligado a los chilenos para traicionar a los peruanos, todos los pueblos se unificarían fácilmente".

La aceptación de las condiciones de Chile para evitar la prisión no le pareció a García Calderón conveniente por tres razones: por lealtad a principios jurídicos y morales, porque él todavía creía posible la paz sin cesión territorial y porque, como existía en la sierra el régimen de Piérola, habría encabezado la protesta contra el tratado. La determinación que tomó fue, en consecuencia, resignarse a la prisión con la esperanza de que ella unificara al Perú y de que en esas condiciones llegase a firmarse la paz sin amputación territorial.

EXPATRIACIÓN DE GARCÍA CALDERÓN.- García Calderón y Gálvez fueron conducidos en el *Cochrane* a Pisco, donde se les trasladó al transporte *Chile* que los llevó a Valparaíso junto con un grupo de soldados enfermos y oficiales licenciados. Antes de partir, pudo García Calderón firmar comunicaciones a los jefes de los distintos grupos armados del norte (Montero), del sur (La Torre que había reemplazado a Del Solar, como se verá en seguida) y del centro (Cáceres). Lanzó también una proclama al país, en la que pidió la unión nacional y dejó constancia de que su ostracismo era debido a la energía con que defendiera la integridad del territorio y la soberanía de la nación.

Siguió al proscrito en la azarosa aventura que aceptó emprender su joven compañera Carmen Rey Basadre con quien se acababa de desposar.

LA JUNTA PATRIÓTICA Y LA DELEGACIÓN DEL GOBIERNO DE MONTERO.- Del 28 de setiembre hasta el 6 de diciembre de 1881 funcionó en Lima una "Junta Patriótica" a raíz del destierro de García Calderón. Esta Junta tuvo por objeto dirigir el movimiento político iniciado por el gobierno del presidente cautivo y atender a la situación anormal que se produjo al quedar deshecho este régimen. La encabezaron Carlos Elías y Manuel Candamo. Con el carácter de tesorero actuó Elías Mujica. Como fondos dispuso la Junta de las erogaciones voluntarias de los simpatizantes con la causa y del producto de bonos de aduana provisionales que firmaron sus dirigentes.

A partir del 6 de diciembre de 1881 actuaron los mismos ciudadanos como "Delegación" del gobierno que Montero encabezó primero en Cajamarca, luego Huaraz y por último en Arequipa. La Delegación recibió un pequeño saldo de dinero que había reunido la Junta. Además, percibió los derechos de las aduanas de Huacho, Supe, Cerro Azul, Lomas y Chala. Autorizó en ellas diferencias de cambio en los despachos de pólizas, lo cual influyó sobre el monto de los derechos que fueron liquidados. Utilizó los bonos de aduana cuya creación quedó autorizada por decreto expedido en Cajamarca el 9 enero de 1882; la emisión fue de S/. 100.000 plata representada por 1.000 bonos de S/. 100 cada uno, con las condiciones de interés y amortización expresados en su texto. Llegó a celebrar contratos, como el que firmó relativo a la redención y cancelación de los censos que gravaban a la hacienda de Matacache en el valle de Santa y la de Santa Bárbara en el de Cañete, de propiedad de Enrique Swayne. Pagó con sus fondos la multa que la autoridad chilena le impuso en junio de 1882. Hizo operaciones con el Banco Nacional del Perú. Condonó a la casa Canevaro y Cía. parte de los derechos que le correspondía pagar por la exportación de una cantidad de azúcar embarcada en el puerto de Supe en enero de 1882, con destino a Liverpool, compensando tres mesadas de la contribución de guerra impuesta por la Municipalidad de Huacho.

Tanto los señores Elías y Candamo como Elías Mujica presentaron las cuentas de la Junta y las de la Delegación a la comisión investigadora de créditos del Estado que presidió don Rufino Torrico en 1884.

La Junta Patriótica y la Delegación cumplieron además, importa mucho señalarlo, labores de coordinación y estímulo nacional en relación con el desarrollo de la guerra y también tareas de carácter político. Los chilenos acusaron a la Delegación de estar en contacto con Cáceres y de haber colaborado en la resistencia de los Andes. Como se verá más adelante, ella entró en tratos con el ministro de Brasil para la desocupación chilena, antes de la formación del gobierno de Iglesias. Su labor fue comparable a la de los agentes confidenciales ante el cuerpo diplomático. Al decano de este, Tezanos Pinto, se dirigió para el reconocimiento de Montero.

En agosto de 1882 Elías y Candamo fueron reducidos a prisión por las autoridades chilenas y enviados a Chile.

El obispo del Cuzco Pedro José Tordoya actuó en Lima como delegado del régimen de Montero.

[II]

VIAJE DE PIÉROLA A BOLIVIA.- EL 30 de abril de 1881 partió Piérola de Jauja, pasó por Ayacucho, Cuzco y Puno y se dirigió a La Paz. Allí arregló con el presidente Campero el plan de ofensiva mencionado más adelante. Durante todo este tiempo fue notable su actividad para reunir y organizar tropas.

ASAMBLEA DE AYACUCHO.- A principios de 1881 Piérola convocó por elección directa, a una Asamblea Nacional en Ayacucho. Esta Asamblea, presidida por el cuzqueño Pío B. Meza, se instaló el 28 de julio de 1881 en el templo y convento de San Agustín, oyó un mensaje acerca de



LA ACEPTACIÓN DE LAS CONDICIONES DE CHILE PARA EVITAR LA PRISIÓN NO LE PARECIÓ A GARCÍA CALDERÓN CONVENIENTE POR TRES RAZONES: POR LEALTAD A PRINCIPIOS JURÍDICOS Y MORALES, PORQUE ÉL TODAVÍA CREÍA POSIBLE LA PAZ SIN CESIÓN TERRITORIAL Y PORQUE, COMO EXISTÍA EN LA SIERRA EL RÉGIMEN DE PIÉROLA, HABRÍA ENCABEZADO LA PROTESTA CONTRA EL TRATADO.



ELÍAS MUJICA Y TRASMONTE (1841-1904)



El empresario piurano fue nombrado tesorero de la denominada Junta Patriótica, un grupo de políticos que se formó tras el destierro del presidente Francisco García Calderón. En 1881, esta junta actuó como delegación del gobierno encabezado por Lizardo Montero. Mujica tuvo como misión recaudar fondos para la causa, lo que hizo entre setiembre y diciembre de 1881.

los acontecimientos nacionales y recibió la dimisión del Dictador. Lo nombró sin embargo, presidente provisorio y expidió un Estatuto también provisorio (29 de julio de 1881). Ministro general fue Aurelio García y García. Las interpelaciones al ministro general en la Asamblea de Ayacucho el 13 de agosto ofrecieron algunos esclarecimientos sobre las batallas en la campaña de Lima. Al organizar su Gabinete en octubre, Piérola designó ministro de Guerra a Cáceres, ascendido a general por la Asamblea de Ayacucho. Los otros ministros entonces nombrados que, por lo demás, nunca llegaron a reunirse, fueron el doctor Pedro A. del Solar que mandaba en Arequipa; el contralmirante Montero, entonces en Cajamarca; Aurelio García y García y Manuel Galup. Entre los jefes militares que formaban el cuartel general en Ayacucho estaban los generales Pedro Silva (jefe de Estado Mayor de San Juan y Miraflores), Juan Buendía y Andrés Segura.

La Asamblea nombró a Piérola general de división, y a Iglesias y Cáceres, generales de brigada.

El periódico más importante que entonces defendió a Piérola fue *El Canal* de Panamá, editado por Federico Larrañaga. Allí escribió Ricardo Palma.

TRATADO DE COMERCIO Y ADUANAS CON BOLIVIA.- Poco antes de la instalación de la Asamblea de Ayacucho, el régimen de Piérola, todavía dentro del período de la Dictadura, firmó un tratado de comercio y aduanas con Bolivia. Fue el protocolo Nuñez del Prado-García y García de 7 de junio de 1881, canjeado en La Paz al día siguiente. El negociador peruano fue Aurelio García y García. El principio fijado allí se basó en el libre tránsito de mercaderías que se importaren del extranjero para Bolivia o el Perú pasando por territorio de uno de los países contratantes; el mismo sistema quedó establecido para la exportación de productos naturales o manufacturados de ambos Estados que salieran al extranjero. El introductor de mercaderías en tránsito terrestre por un puerto peruano no tenía más que ofrecer un fiador abonado a satisfacción del administrador de la aduana para responder en mancomún por el importe de los derechos de aduana si no justificare la llegada de ellas al punto de su destino. Fueron declarados libres de todo derecho fiscal y municipal, tanto en su tránsito como en su consumo, los productos naturales o manufacturados que se importaran del Perú a Bolivia o viceversa. Quedaron exceptuados de este precepto los alcoholes y rones de caña del Perú, el aguardiente de caña de azúcar y el aguardiente de uva que se importaren para el consumo de Bolivia, a los cuales correspondía pagar por todo derecho fiscal y municipal 50 centavos por cada galón de alcohol y 2 bolivianos por quintal de aguardiente de caña o de uva que no pasara los 22 grados (este artículo fue luego modificado). En los derechos mencionados la mitad debía corresponder al Perú y la otra mitad a Bolivia. La duración del tratado quedó fijada hasta la definitiva solución que se diera al pacto federal entre ambas Repúblicas.

La extrema liberalidad de este tratado redujo, pues, al mínimo las fronteras económicas Perú-bolivianas sobre la base de una libertad que la federación prometía hacer aún más completa. La federación no se efectuó; pero el tratado quedó vigente.

LA ACTITUD DE VENEZUELA A FAVOR DEL PERÚ.- Tanto Piérola como su ministro Aurelio García y García, dieron cuenta a la Asamblea de Ayacucho de la protesta por la guerra de conquista contra el Perú y Bolivia expresada por el presidente de Venezuela Antonio Guzmán Blanco en un mensaje al Parlamento de su patria en 1881, y de la respuesta de este Poder del Estado con la ratificación de análogos conceptos.

Guzmán Blanco se manifestó en la siguiente forma: "Nada me he atrevido a hacer oficialmente para impedir el escándalo inaudito de la guerra entre Chile, Bolivia y el Perú. He temido un desaire ofensivo a nuestra dignidad del que no hubiéramos podido vindicarnos por la distancia y las dificultades materiales que nos interceptan. Desgraciadamente, Chile ocupa ya

Lima, después de una batalla más que grande, sangrienta. El pueblo peruano ha luchado y lucha todavía heroicamente, con honor para el patriotismo de Sudamérica. Os doy el pésame por la violación del gran principio de la fraternidad americana. Y como Jefe de Gobierno de Venezuela, denuncio en este documento la reivindicación del derecho de conquista y pido al Congreso, representante directo de la Nación, levante una protesta digna de nuestra historia, de nuestra gloria y de la memoria de EL LIBERTADOR".

García y García ya había agradecido tan generosa actitud en abril de 1881. También remitió a Caracas el Gobierno de Bolivia el testimonio de su gratitud en mayo del mismo año. "La memoria de Venezuela y de su eminente jefe no pasarán para el Perú", afirmó Piérola en su mensaje de Ayacucho. La Asamblea reunida en esta ciudad emitió un voto de gracias al país hermano (2 de agosto de 1881).

HURLBUT CONTRA PIÉROLA.- La esperanza peruana en la intervención norteamericana que parecía tan fundada a través de las actitudes de Hurlbut, actuó como factor disolvente del gobierno de Piérola. Ya en una carta pública el 12 de setiembre de 1881, Hurlbut expresó, como se ha dicho, al ministro pierolista García y García su repudio al caudillo de la Dictadura. "En lugar de la victoria (expresó Hurlbut) la Dictadura condujo a desastrosas derrotas y el Dictador se fugó de la capital"…No menos rotundo era Hurlbut en sus juicios sobre la autoridad de García Calderón: "Es provisional, es decir, un medio transitorio de ejercer funciones del gobierno hasta que la nación pueda obrar directa y libremente. Está apoyado por el Congreso Nacional, cuerpo reconocido por la Constitución y es un esfuerzo hacia el restablecimiento en este país de un gobierno regular y constitucional. V. E. se equivoca al decir que cuenta con las simpatías de los chilenos. No hay tal. Quiere la paz como la quiere todo el país pero no sacrificará la honra nacional ni cederá territorial nacional para obtenerla".

UNIFICACIÓN POLÍTICA PERUANA.- El rumbo inexorable de la política peruana a fines de 1881 pareció orientarse hacia la unificación nacional alrededor de García Calderón con la esperanza de la paz sin cesión territorial, bajo los auspicios de Estados Unidos, después de haber sido él incomprendido y vilipendiado, declarado traidor y sometido a juicio por un decreto de Jauja y condenado a muerte por otro decreto dictado en Arequipa. La misma ciudad de Arequipa eliminó a Del Solar y reconoció al gobierno de la Magdalena y el comandante José La Torre asumió el comando de esa zona (7 de octubre). El acta de esta ciudad, imitada por Puno, Moquegua y otras poblaciones del sur no ocupado, mencionó la necesidad de la paz decorosa, sustentada en los documentos norteamericanos que ofrecían el mantenimiento de la integridad territorial del Perú. Sobre análogas bases, Montero secundó la actitud de Arequipa. "A favor de la mediación norteamericana se salvará el territorio", dijo en su circular a los notables del norte (Cajamarca, 1° de noviembre). Con fecha 23 de octubre anunció su aceptación de la vicepresidencia de García Calderón. En una carta a Piérola, le hizo las más tremendas acusaciones (22 de noviembre). En Chosica, el 24 de noviembre, los jefes y oficiales del ejército de Cáceres (hasta entonces leales a Piérola) desconocieron a este, en vista de lo sucedido en el sur y en el norte, considerándolo como "único obstáculo para que se haga práctica la mediación norteamericana". Proclamaron Jefe Supremo de la República al propio Cáceres, aunque este, ajeno entonces a la política, asumió solo la Jefatura Superior Política y Militar de los departamentos del centro y pidió una Junta de Gobierno de Unión Nacional.



EL RUMBO INEXORABLE DE LA POLÍTICA PERUANA A FINES DE 1881 PARECIÓ ORIENTARSE HACIA LA UNIFICACIÓN NACIONAL ALREDEDOR DE GARCÍA CALDERÓN CON LA ESPERANZA DE LA PAZ SIN CESIÓN TERRITORIAL, BAJO LOS AUSPICIOS DE ESTADOS UNIDOS, DESPUÉS DE HABER SIDO ÉL INCOMPRENDIDO Y VILIPENDIADO, DECLARADO TRAIDOR Y SOMETIDO A JUICIO (...)



TARDÍO RECONOCIMIENTO DE CÁCERES AL GOBIERNO DE GARCÍA CALDERÓN.- Diversas comisiones actuaron ante él: además de Agustín Zapatel, un grupo compuesto de su

EL HEROÍSMO CIVIL EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

EL PAPEL DE FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN Y DE LA POBLACIÓN CIVIL DE LIMA DURANTE LA RESISTENCIA A LA OCUPACIÓN CHILENA ES REVALORADO EN EL SIGUIENTE TEXTO POR LA HISTORIADORA MARGARITA GUERRA.

"[…] [N]o es posible desconocer el rechazo social hacia el ocupante que se siente a través de relatos chilenos de soldados de la época, quienes haciendo gala de la superioridad que sienten frente a nuestros "cholos" se irritan porque no se les recibió como "¡salvadores!" antes, por el contrario, se cierran las puertas y se abren solo para lo indispensable o por la violencia. Esto a nivel general. A nivel particular se aprecia la actitud de funcionarios públicos de toda condición que, lejos de obedecer las directivas chilenas aunque esta les cueste la persecución, tratan de poner a salvo los archivos y bienes de Estado, en la medida de sus posibilidades y cuando son invitados a continuar en sus labores, como el caso de los juzgados, resisten la orden, por cuanto reiniciar sus actividades sería acatar las leyes chilenas y aplicarlas.

[…] [S]e mantienen, sin embargo, los recelos entre los miembros de la élite dirigente a causa de indicios, aparentemente acusadores, que en la época se tienen que haber visto como señales evidentes de complacencia con el enemigo, como fue el caso de la formación del gobierno de García Calderón, aunque los acontecimientos posteriores permitirían llegar a la verdad de los hechos y al reconocimiento de la hidalguía del presidente provisorio.

La figura de García Calderón posiblemente resulta empalidecida por el sacrificio de Grau y de Bolognesi y por el arrojo de Cáceres. Los primeros, muertos en acciones bélicas, y el segundo, negándose a la rendición final. Es la suya una actuación menos espectacular, si cabe el término, pero no por ello menos ejemplar. Es la vida del hombre que tiene que actuar bajo la ocupación, tratando de mantener una autonomía de gobierno que puede parecer un espejismo e incluso una paradoja, pero hace sentir a los chilenos que él gobierna para el Perú. Consigue que el enemigo lo respete, a su pesar, y que incluso cuando declare terminado su gobierno perciba que García Calderón está fuera de su alcance moral e incluso político. Esto motiva el cautiverio del Presidente en Chile y que la administración de Santiago lo persiga hasta el final para la firma de paz, porque comprenden que solo de esa manera el Perú habría reconocido su derrota.

Podríamos decir que en la resistencia de García Calderón se fundió la resistencia peruana, él sintetizó la resistencia militar de Cáceres y el sentir del Perú de 1883".

De: Margarita Guerra. *La ocupación de Lima*. Lima: Instituto Riva-Agüero, 1991-1996; pp. 318-319.

propia esposa y los senadores Químper, Carranza, Cavero y Flores Chinarro. Finalmente urgido por Hurlbut y en vista de la situación creada, Cáceres reconoció también al régimen de García Calderón (es decir el de Montero).

DIMISIÓN DE PIÉROLA.- Piérola, abandonado por las fuerzas del norte (Montero), del centro (Cáceres) y del sur (La Torre) dimitió en Tarma el 28 de noviembre de 1881 en un documento refrendado por sus ministros Aurelio García y García y Pedro A. del Solar. Fundó su renuncia en la defección de estos tres núcleos militares "precisamente en los momentos en que, acumulados los nuevos elementos de combate y de acuerdo con nuestra aliada la República de Bolivia, emprendía el plan de operaciones contra el enemigo". Insistió en que era preciso salvar a toda costa los elementos de defensa, y evitar la guerra civil. Ordenó a los funcionarios políticos y a los comandantes de fuerza y que no habían sido despojados por la rebelión hacer entrega de sus efectivos al "jefe militar que guarnece la quebrada de Huarochirí", es decir a Cáceres.

En su proclama del mismo día 28, Piérola expresó: "El deber para con la Patria que me trajo al gobierno del país en momentos de suprema angustia nacional ha sido cumplido sin tregua ni descanso durante dos años a pesar de todos los obstáculos y a costa de todos los sacrificios. Cumplo ese mismo deber separándome del gobierno y del país en la terrible situación creada al Perú con los dañados elementos que encierra en su seno. Ese mismo deber me impone silencio. Que la Providencia salve a la nación del abismo abierto ante ella por sus propios hijos".

¿HUBO INTENTO DE PREPARAR UNA OFENSIVA PERUANO-BOLIVIANA EN NOVIEMBRE DE 1881?.- Celso N. Zuleta fue un distinguido militar que desempeñó el cargo de ayudante de campo de Prado y luego el de secretario del ministro Aurelio García y García durante la campaña del centro en 1881 y en la misión especial que este desempeñó en Bolivia. Más tarde llegó a ser profesor de historia militar en la Escuela Militar. Cuando publicó unas declaraciones coincidentes con la afirmación de Piérola en su decreto final acerca de la existencia de un plan de operaciones contra el invasor de acuerdo con Bolivia, malogrado por el reconocimiento de García Calderón que efectuaron las fuerzas de Montero, La Torre y Cáceres, este lo desmintió públicamente y aseveró que nunca llegó a su conocimiento la existencia de dicho proyecto. La rectificación de Cáceres aparece incluida en sus memorias.

Lo cierto es que la versión de Zuleta no hizo sino repetir el documento final de Piérola. No era necesario que Cáceres hubiese sido informado previamente de la idea de la ofensiva, sin duda menos madurada de lo que se afirmó. En todo caso, era lógico que se buscara organizar y dar actividad a la resistencia, procurando reforzarla con el apoyo boliviano. Precisa anotar, al mismo tiempo, que siempre resulta enorme la distancia entre la intención y la acción.

En su carta al presidente Arthur, el 30 de noviembre de 1882, Piérola no mencionó el presunto plan bélico al dar las razones por las cuales decidió dimitir. Repitió, en cambio, las otras mencionadas en su decreto final. No quiso ir a la lucha entre peruanos frente al enemigo exterior. Optó por salvar los elementos de defensa acumulados penosamente después de la pérdida de la capital. Cuidó que esos elementos de defensa fuesen entregados a uno de los jefes (Cáceres) que se habían sublevado contra él.

EL TESTIMONIO DE DEL SOLAR SOBRE EL PROYECTO DE ATAQUE A LOS CHILENOS.- En su *Exposición que hizo a los departamentos del Sur* publicado en el Cuzco en 1883 Pedro Alejandrino del Solar dio algunos datos sobre la proyectada expedición contra los chilenos. Él personalmente celebró en La Paz los acuerdos necesarios para ella. Debieron intervenir



PIÉROLA, ABANDONADO POR LAS FUERZAS DEL NORTE (MONTERO), DEL CENTRO (CÁCERES) Y DEL SUR (LA TORRE) DIMITIÓ EN TARMA EL 28 DE NOVIEMBRE DE 1881 EN UN DOCUMENTO REFRENDADO POR SUS MINISTROS AURELIO GARCÍA Y GARCÍA Y PEDRO A. DEL SOLAR.



ABRIL
1882
[INGLATERRA]
19

FALLECE EL NATURALISTA INGLÉS CHARLES DARWIN EN LA CIUDAD DE DOWN. DARWIN FUE PADRE DE LA TEORÍA EVOLUTIVA DE LA SELECCIÓN NATURAL, PRESENTADA EN 1859 EN SU LIBRO *EL ORIGEN DE LAS ESPECIES POR MEDIO DE LA SELECCIÓN NATURAL*. ESTA PUBLICACIÓN, EN LA CUAL DARWIN PLANTEABA QUE LOS SERES HUMANOS Y OTROS PRIMATES DESCENDÍAN DE UN ANTEPASADO COMÚN, CAUSÓ GRAN POLÉMICA EN MEDIOS CIENTÍFICOS. DARWIN PUBLICÓ ADEMÁS: *LA VARIACIÓN DE LOS ANIMALES Y DE LAS PLANTAS BAJO LA ACCIÓN DE LA DOMESTICACIÓN* (1868) Y *LA EXPRESIÓN DE LAS EMOCIONES EN EL HOMBRE Y EN LOS ANIMALES* (1872), ENTRE OTRAS OBRAS.

tropas de Puno, Arequipa y Cuzco más la columna "Sama" del coronel Luis Pacheco de Céspedes. El ejército boliviano, al mando de Campero, debía movilizarse sobre Oruro para participar en las operaciones. Parece deducirse que se trataba de una ofensiva sobre Tarapacá o de una marcha combinada y simultánea sobre esa zona y sobre Tacna, para que los chilenos alejaran tropas de Lima, ciudad que debía ser atacada por guerrillas.

PIÉROLA EN LIMA.- A Lima, ocupada por el enemigo, llegó Piérola el 3 de diciembre, con lo cual se sometió de hecho a lo que antes censuró y condenó.

El 6 de diciembre se entrevistó en casa de Juan de Aliaga, con Lynch, y en otra casa con el diplomático Novoa. No hay versión de la primera entrevista; pero sí unos apuntes de Novoa acerca de la segunda. Piérola creía posible un alzamiento a favor suyo en el ejército de Cáceres; pero siempre que condujera a la paz en términos soportables para el Perú. Novoa repuso que ella, después de los sacrificios chilenos, no podía ser sin cesión territorial. A ello contestó Piérola que dicha entrega era "apenas un medio de salvar la dificultad ficticiamente, puesto que obligaría a la paz armada y al acecho constante".

EL PARTIDO NACIONAL Y EL PARTIDO CONSTITUCIONAL.- Escéptico ante la panacea de la intervención norteamericana, Piérola dirigió a sus amigos una larga carta, fechada en Lima el 25 de enero de 1882 en la que propugnó la formación de un gran partido nacional a cuya jefatura renunció de antemano. El acta de organización de ese partido fue firmado el 5 de febrero del mismo año. Integraron el comité directivo: Antonio Arenas, como presidente; Aurelio García y García, Rufino Torrico, José Antonio de Lavalle, Lino Alarco y el propio Piérola. Como secretarios: Ricardo Palma, Manuel Pablo Olaechea y Eduardo Villena. Intentaron comisionados del partido así constituido y que tomó el nombre de nacional, buscar una fórmula de concordancia o avenimiento con otras fuerzas políticas para la paz y la ordenada marcha del país. La respuesta fue un enérgico documento favorable a García Calderón emanado de los miembros del llamado partido constitucional o civilista entre los que figuraban Alejandro Arenas, hijo de Antonio, Mariano Felipe Paz Soldán, el general La Cotera, Manuel Atanasio Fuentes, Cesáreo Chacaltana y otros (24 de febrero de 1882). Estos personajes fueron castigados con una multa por las autoridades chilenas de Lima, acusándolos de haber hecho su publicación sin permiso. Los "nacionales" optaron por la abstención (4 de marzo). Otro grupo de ciudadanos de la capital firmó un acta con la finalidad de invitar nuevamente al general La Puerta para que se encargase del mando (5 de marzo).

PIÉROLA EN EUROPA Y EN ESTADOS UNIDOS.- Ese mismo mes, Piérola se embarcó al extranjero con pasaporte de Gobierno de Chile, si bien todas sus gestiones encamináronse a la paz sin cesión territorial. En Europa buscó la mediación de Francia e Inglaterra en vano. Ya en noviembre del 82 estaba nuevamente en Estados Unidos y realizó los esfuerzos inútiles que más adelante se mencionan.

AURELIO GARCÍA Y GARCÍA EN LONDRES.- Mientras Piérola efectuó sus peregrinaciones tan obstinadas como inútiles, Aurelio García y García que con tanto celo y tanta lealtad lo acompañó como secretario General y luego como ministro hasta el 28 de noviembre de 1881 (durante los diez meses que siguieron a las derrotas de San Juan y Miraflores) se radicó en Londres. Con una energía y una franqueza extraordinarias, denunció las violencias chilenas y polemizó

con el diario *The Times*. Allí está, por ejemplo, su quemante carta a este diario, entonces inveterado enemigo del Perú, el 17 de mayo de 1883.

[III]

TOTAL CAMBIO DE RUMBO NORTEAMERICANO.- Montero asumió en Cajamarca el mando como vicepresidente en reemplazo de García Calderón. Tuvo como secretario General a Rafael Villanueva. Sus tropas eran escasas e indisciplinadas según el corresponsal del *New Yorck Herald* cuyo testimonio presenta, además, al contralmirante dando demasiada importancia a la carrera de caballos, las peleas de gallos y otros pasatiempos (*New York Herald* del 21 de diciembre de 1881). El 4 de enero de 1882 nombró ministros a los señores Juan Manuel Arbaiza, Jesús Elías, Mariano Álvarez, Francisco García León y Manuel María Rivas. Dejó sus pocas fuerzas bajo las órdenes de Miguel Iglesias y se dirigió a Huaraz. Allí celebró en abril de 1882 una entrevista con el nuevo ministro norteamericano, William Trescot, y supo que la actitud de los Estados Unidos había cambiado radicalmente.

Al conocer Blaine la suerte deparada a García Calderón, ordenó a Hurlbut que siguiera reconociendo a ese Gobierno. Luego reemplazó a Hurlbut por William Trescot y su propio hijo Walter Blaine, acreditado ante ambos países, Perú y Chile. Las primeras instrucciones a ambos emisarios repudiaron el derecho de conquista, declaraban inaceptable la existencia de cesión territorial como base previa para negociar la paz y expresaban que el producto anual de Tarapacá era, de por sí, equivalente a una indemnización de guerra. Pretendieron dichas instrucciones también el reconocimiento de García Calderón por Chile, amenazando a este país con la ruptura de relaciones diplomáticas. Posteriormente Trescot recibió órdenes de Washington para que no permitiera tratado de paz alguno sin que la reclamación Landreau fuese tomada en cuenta, previa sentencia de un tribunal peruano.

El presidente de Estados Unidos, Garfield, murió asesinado a mediados de setiembre de 1881. Fue considerado como el más probable candidato presidencial del partido republicano, como efectivamente ocurrió. Aunque renunció la Secretaría de Estado durante algunos meses siguió al frente de ella hasta el nombramiento de Frederick T. Frelinghuysen a mediados de diciembre de 1881. Frelinghuysen y Blaine eran enemigos.

El cambio de presidente, en primer lugar, y las perspectivas de la campaña política a mediados de diciembre surtieron sus efectos en la gestión diplomática norteamericana. Además, en febrero de 1882, el diputado demócrata Perry Belmont (que ha narrado todos esos detalles en su libro de memorias publicadas en 1940) presentó en su Cámara una moción sobre las versiones acerca del móvil personal o la conexión indebida de uno o más ministros plenipotenciarios de Estados Unidos con intereses mercantiles a quienes convenía la acción de su Gobierno en determinados asuntos internacionales. Aludió allí concretamente al contrato Morton que alcanzó así escandalosa publicidad. Quizá esa fue la razón por la cual Blaine abandonó el Crédito Industrial y sacrificó a su agente y amigo el general Hurlbut. Al proteger, en cambio, la reclamación Landreau apareció defendiendo a un compatriota, aunque esa demanda fuera, en realidad, indebida y esa ciudadanía estuviese sujeta a duda.

La investigación parlamentaria se caracterizó por los violentos choques oratorios entre Belmont y Blaine y obtuvo resultados muy importantes. Dio lugar a una norma del Departamento de Estado (hasta hoy vigente) prohibiendo a los diplomáticos norteamericanos toda relación con negocios en el país de su nombramiento. Contribuyó a cambiar la política sudamericana de Estados Unidos. Influyó sobre el propio Blaine cuando, después de algunos años, volvió a la Secretaría de Estado para seguir otra orientación. Produjo el abandono definitivo del apoyo oficial a la reclamación Landreau.

El nuevo Secretario de Estado, Frelinghuysen, modificó las instrucciones dadas a Trescot, para asumir una actitud mucho más contemporizadora ante Chile.



ESCÉPTICO ANTE LA PANACEA DE LA INTERVENCIÓN NORTEAMERICANA, PIÉROLA DIRIGIÓ A SUS AMIGOS UNA LARGA CARTA, FECHADA EN LIMA EL 25 DE ENERO DE 1882 EN LA QUE PROPUGNÓ LA FORMACIÓN DE UN GRAN PARTIDO NACIONAL A CUYA JEFATURA RENUNCIÓ DE ANTEMANO.



MAYO
1882
[AUSTRIA]
20

SE ESTABLECE LA TRIPLE ALIANZA ENTRE EL II IMPERIO ALEMÁN, EL IMPERIO AUSTRO-HÚNGARO E ITALIA. SU PROPÓSITO ERA PROTEGER A SUS MIEMBROS ANTE UNA POSIBLE AGRESIÓN DE FRANCIA O RUSIA, PERO NO PUDO SER TOTALMENTE IMPLEMENTADA, DEBIDO A DISPUTAS ENTRE ITALIA Y EL IMPERIO AUSTRO-HÚNGARO POR TERRITORIOS CERCANOS AL MAR ADRIÁTICO. EN CONTRAPOSICIÓN A ESTA ALIANZA, FRANCIA, RUSIA Y GRAN BRETAÑA FORMARON, EN 1907, LA TRIPLE ENTENTE. ESTOS DOS BLOQUES SE ENFRENTARON EN 1914, DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL.

El viraje del Gobierno de Estados Unidos después de la muerte de Garfield dio lugar a que en ciertos sectores ignorantes de la opinión pública peruana se creyese que en el asesinato había existido participación chilena y el ministro peruano en Washington, J. F. Elmore, escribió en una nota a su Gobierno fechada el 30 de junio de 1882: "El mayor mal causado por la bala de Guiteau (asesino de Garfield) después del hecho a la familia de la noble víctima, ha sido a la República Peruana". Elmore estaba convencido de que, con Garfield, Blaine habría permanecido en la Secretaría de Estado y el Perú hubiese obtenido una paz honrosa.

EL PROTOCOLO DE VIÑA DEL MAR.- Trescot llegó a firmar con el ministro chileno Balmaceda el protocolo de Viña del Mar. Chile declaró que había apresado a García Calderón "sin propósitos ofensivos para los Estados Unidos ni otro Estado neutral y haciendo uso de sus legítimos derechos de beligerante". Otra cláusula especificó que la "intervención armada de los Estados Unidos en la guerra que Chile sostiene con el Perú no sería un procedimiento diplomático como el que hoy se ejercita ni correspondería, por consiguiente, al espíritu amistoso de la misión del señor Trescot; y la mediación no es aconsejada por la conveniencia de los beligerantes ni solicitada por Chile". En cambio Chile se declaró dispuesto a aceptar los buenos oficios de Estados Unidos siempre que ellos, a su vez, "acepten para su ejercicio las condiciones de paz que Chile está dispuesto a otorgar al enemigo". Dichas condiciones de paz eran las siguientes: 1) cesión de Tarapacá; 2) ocupación de Tacna y Arica por diez años con la obligación para el Perú de pagar, dentro de ese plazo, veinte millones de pesos, quedando, si no lo hacía, incorporados *ipso facto* esos territorios a Chile; 3) ocupación por Chile de las islas de Lobos mientras hubiera en ellas guano, cuyos productos se dividirían por igual entre Chile y los acreedores del Perú (11 de febrero de 1882).

Frelinghuysen cablegrafió a Trescot que los Estados Unidos encontraban exorbitantes las demandas de Chile y no tomarían parte alguna en negociaciones que tuvieran por base, además de la entrega de Tarapacá, el pago de una indemnización de veinte millones de pesos.

Trescot propuso o aceptó entonces la compra de Tacna y Arica por Chile que pagaría seis, ocho o nueve millones, garantizando la libre exportación e importación del Perú por Arica. El canciller chileno Balmaceda estuvo de acuerdo con él. A García Calderón le informó Trescot por una carta, que dejase de abrigar esperanzas sobre la intervención de Estados Unidos a favor del Perú. Al mismo tiempo le hizo saber que, como personero de aquel país, consideraba inevitable la cesión de Tarapacá a Chile y aun la entrega de Tacna y Arica a cambio de una compensación pecuniaria.

ENTREVISTA MONTERO-TRESCOT.- Después de sus negociaciones en Chile, Trescot se dirigió al Perú. En Lima, a donde llegó a fines de marzo de 1882, falleció Hurlbut súbitamente. Trescot pidió permiso a Lynch para visitar a Montero. En ese momento se inclinaba el diplomático norteamericano a una tregua que reconociera a Chile el dominio de Tarapacá y la posesión de Tacna y Arica hasta la reunión de un Congreso peruano que determinase su suerte definitiva. Este aplazamiento tenía por objeto hacer viables las bases que, con algunas enmiendas al protocolo de Viña del Mar, había acordado con Balmaceda: cesión de Tarapacá, compra de Tacna y Arica por Chile pagando el precio de inmediato y renuncia de este país al 50% líquido en la explotación de las guaneras de Lobos.

Del Callao se dirigió Trescot a Casma y de allí a Huaraz en mula por caminos escabrosos. El discurso de Montero en la presentación de credenciales correspondió a una tónica que pertenecía a la época de Blaine y de Hurlbut. El Perú luchaba por un principio (dijo), quería asegurar el porvenir de América aún a costa del sacrificio del presente y antes de claudicar prefería desaparecer como nación soberana. Privadamente reconoció ante el ministro norteamericano que Tarapacá estaba perdido, si bien se negó a ceder Tacna y Arica. En lo que insistió mucho fue en

que Chile debía reconocerlo. Trescot gestionó este reconocimiento ante Lynch y el diplomático chileno Novoa cuando volvió a Lima, sin obtener nada. Insistió entonces en su tesis de la tregua que permitiese a Montero reunir un Congreso en Arequipa, aunque no persuadió tampoco en esto a sus interlocutores.

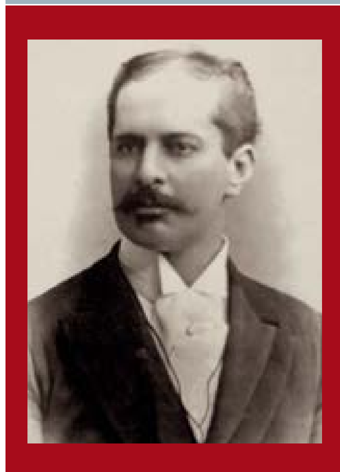
Emprendió viaje a Estados Unidos a mediados de mayo. El Gobierno chileno reclamó en Washington contra su conducta en el Perú.

[IV]

EL DISCURSO DE BELISARIO LLOSA EN LA APERTURA DEL AÑO ACADÉMICO DE LA UNIVERSIDAD DE AREQUIPA EN 1881.- El 20 de abril de 1881 tuvo lugar en la Universidad de Arequipa la apertura del año académico. Ante las autoridades, el clero, los profesores y los alumnos pronunció el discurso de orden Belisario Llosa, profesor de literatura. La historia del Perú debe preservar del olvido esta pieza oratoria.

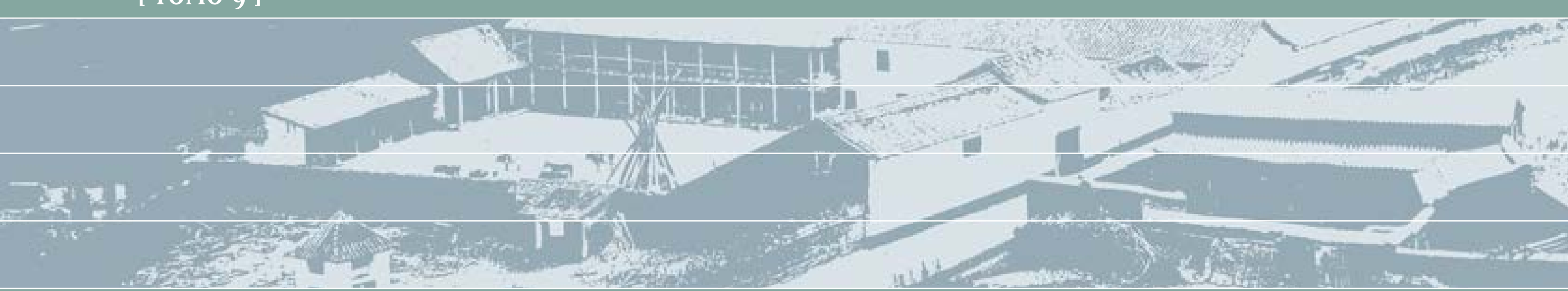
Llosa, varios años antes de González Prada, hizo una acerba condena de la historia republicana como origen de la derrota y de la humillación en la guerra con Chile. Estigmatizó la dilapidación de las riquezas, la corrupción privada y pública, el desorden administrativo, el atraso social. Enumeró las taras y los vicios de las distintas clases, del periodismo, de las asociaciones. Exceptuó de su condena al departamento de Arequipa y a los días de la guerra con España en 1866. Llamó a los peruanos al trabajo, a la honradez y a la economía. Pidió la resurrección del Perú por la paz interna y externa y su regeneración por el propio esfuerzo. Planteó pues, la necesidad inmediata de un tratado con Chile. Pero, al mismo tiempo, expresó su certeza de que, en diez años de unión, orden, economía y laboriosidad, el Perú sería un gran país, capaz de vengarse. Su fórmula fue: "A la guerra de mañana por la paz de hoy; a la regeneración por el trabajo".

EL DISCURSO DE LLOSA



En 1881, el profesor de Literatura Belisario Llosa Rivera (en la foto), un prominente abogado, poeta y escritor arequipeño, pronunció el discurso de apertura del año académico en la Universidad de Arequipa. En él, hizo una fuerte crítica a las estructuras del Perú y a la humillante situación que vivía nuestro país durante la guerra del Pacífico, así como un llamado al orden y a la reconstrucción nacional. En 1886, Llosa fue premiado por su novela histórica *Sor María*, en el concurso del Ateneo de Lima.

[TOMO 9]



[**CUARTO PERÍODO:** LA GUERRA CON CHILE]

CAPÍTULO 10 • **I** Andrés A. Cáceres • Cáceres en las campañas del sur y de Lima • La foja de servicios de Cáceres desde mayo de 1854 hasta enero de 1881 • La huida a la sierra • El comienzo de la campaña de la resistencia • Antonia Moreno de Cáceres • La "Ayudantina" • Los cuatro períodos de la campaña de la resistencia • **II** Expedición Letelier. Combate de Sangrar • Captura del destacamento peruano de García Calderón en Chicla • La organización del ejército de la resistencia • Cáceres en Chosica • Los sucesos políticos peruanos y el tifus como adversarios de Cáceres • Las expediciones Gana-Lynch y la retirada de Cáceres, de Chosica a Junín • La expedición Gana-Canto • Pucará • El paso de Julcamarca • El absurdo combate de Acuchimay • La muerte del obispo de Ayacucho Juan José Polo • **III** El segundo período de la campaña de los Andes • Teodoro Peñaloza • El milagro de organización en Ayacucho • Contramarcha y contraofensiva de Cáceres • Marcavalle y Pucará • Concepción • La retirada de los chilenos • Resultados de la campaña del centro entre febrero y julio de 1882 • Las guerrillas en el departamento de Ica • **IV** Néstor Batanero • Manuel Espíritu Malgarejo Sáenz • San Pablo: victoria cajamarquina • ¿Cuáles fueron las consecuencias de San Pablo? • Piérola y Cáceres.

LA RADICAL TRANSFORMACIÓN EN LA FISONOMÌA DE LA GUERRA

Primera y segunda campaña de la resistencia. Las milicias andinas hasta julio de 1882



[I]

A**NDRÉS A. CÁCERES.-** Andrés A. Cáceres nació (según Jorge Guillermo Leguía) en Ayacucho el 4 de febrero de 1833 y no el 10 de noviembre de 1836 como se anunció al celebrarse su centenario; si bien, durante sus presidencias, el 10 de noviembre era celebrado como fecha de su onomástico. Fueron sus padres el hacendado Domingo Cáceres y la matrona doña Justa Dorregaray. Por la línea materna, según se dijo, tenía parentesco con Catalina Huanca. Hizo sus primeros estudios en el Colegio San Ramón de Ayacucho y en 1854 ingresó al ejército en la clase de alférez. La sublevación de ese año fue encabezada entre los ayacuchanos por Ángel Cavero con el apoyo de la juventud y de la gente distinguida de aquella época. Cáceres se alistó, llevado por el mismo sentimiento, como oficial del batallón Ayacucho y combatió en la batalla de La Palma, saliendo herido de un pie. Con el grado de capitán participó en la guerra civil de Vivanco entre los defensores del Gobierno, y se distinguió en el asalto y toma de Arequipa. Allí resultó gravemente herido en el rostro. Le quedó desde entonces una cicatriz que le cruzaba el párpado y le encerraba el ojo para darle la apariencia de tuerto. Tenía todavía abierta esa herida cuando estalló la guerra con el Ecuador. A pesar de su contratiempo, fue uno de los primeros en salir a la frontera y tomó parte en toda la campaña.

Al firmarse la paz, Castilla lo envió a Europa a curarse. Volvió a los siete meses cuando las circunstancias políticas habían cambiado y solo halló colocación durante la administración de Pezet. En el combate del Callao el 2 de mayo de 1866 tuvo bajo su mando el fuerte Ayacucho con el grado de teniente coronel, y el coronel José Joaquín Inclán, jefe de las baterías del norte, le dio el calificativo de "resuelto" en su parte sobre esta jornada.

En 1874 alcanzó Cáceres súbita notoriedad. Varios sargentos del batallón Zepita acuartelados en San Francisco se sublevaron, sacaron las tropas de las cuadras y salieron haciendo fuego, con el propósito de dominar la guardia y de abrirse paso para ganar la calle. El jefe del batallón no estaba en el cuartel. Cáceres, segundo jefe, sí estaba en su puesto y al sentir los primeros disparos tomó su revólver y salió al patio. Los sublevados lo recibieron con una granizada de balas; pero él llamó al oficial de guardia, alférez Samuel Arias Pozo, y con un retén de soldados, presentó combate a través de tres cuartos de hora. El cañón del arma que utilizaba Cáceres hervía con los muchos disparos y quemó su mano; con la otra mano disparó sobre un sargento que iba ya a ultimarlo y era el cabecilla de la rebelión, matándolo. Cuando el presidente Pardo, que estaba en Chorrillos, llegó a Lima en un tren extraordinario y fue al cuartel encontró al batallón formado en el patio, sometido al comandante Cáceres.

CÁCERES EN LAS CAMPAÑAS DEL SUR Y DE LIMA.- Al declararse la guerra del Perú con Chile, Cáceres era ya coronel y ocupaba la prefectura y la comandancia general del departamento del Cuzco. Llamado al servicio en filas, salió en campaña al mando del batallón Zepita a unirse con el batallón Dos de Mayo con el que se formó una división, a cargo del coronel Belisario Suárez. En Iquique fue nombrado comandante general de la división, por haber pasado el coronel Suárez a ser jefe de Estado Mayor.

Peleó primero en Pisagua. En San Francisco mandaba una división, que supo combatir y, en medio de la confusión de la derrota, permaneció formada y se retiró en orden. Al frente de esa misma división, de la cual formó parte el famoso Zepita, sostuvo en Tarapacá una lucha heroica contra las tropas chilenas que dominaban las alturas y a las cuales logró vencer después de largas horas de combate tomándoles varios cañones. Fue asimismo, muy destacada su conducta en la batalla de Tacna, pues cargó a la bayoneta sobre las huestes enemigas yendo otra vez al frente del batallón Zepita.

Después de su honrosísima actuación en todas las campañas del sur, Cáceres se batió con gran denuedo en San Juan e inclinó transitoriamente la victoria en favor del Perú en Miraflores.

LA FOJA DE SERVICIOS DE CÁCERES DESDE MAYO DE 1854 HASTA ENERO DE 1881.- La carrera militar de Cáceres se caracterizó por la rigurosa escala de los ascensos, obtenidos por servicios efectivos. Fue subteniente, el 13 de mayo de 1854. Teniente graduado, el 27 de enero de 1857. Teniente efectivo, el 12 de junio de 1857. Capitán graduado, el 11 de enero de 1858. Capitán efectivo, el 6 de marzo de 1858. Sargento mayor graduado, el 1° de diciembre de 1863. Sargento mayor efectivo, el 13 de junio de 1865. Teniente coronel graduado, el 3 de julio de 1865. Teniente coronel efectivo, el 26 de enero de 1869. Coronel graduado, el 18 de enero de 1875. Coronel efectivo, el 27 de octubre de 1879.

Los grados de general los obtuvo más tarde, el de brigada el 26 de mayo de 1881 y el de general de división en julio de 1886.

Hasta enero de 1881 hizo las siguientes campañas: La de 1854 a órdenes del gran mariscal Castilla. La de Arequipa en 1857, a órdenes del mismo. La del Ecuador en 1859, a órdenes del mismo. La de la Restauración en 1865 a órdenes del coronel Mariano Ignacio Prado. La del 2 de mayo de 1866, a órdenes del mismo. La de Pisagua y San Francisco, a órdenes del general Juan Buendía. La de Tarapacá, a órdenes del mismo. La del Campo de la Alianza, con el ejército aliado, a órdenes del general boliviano Narciso Campero. La de San Juan y Miraflores, bajo la dirección del dictador Nicolás de Piérola.

LA HUIDA A LA SIERRA.- Herido en Miraflores, Cáceres estuvo en el Palacio de Gobierno de Lima para manifestar al coronel Belisario Suárez y otros jefes que era posible reunir a los dispersos y organizarlos para la defensa o para conducirlos al interior de los Andes. Sin embargo, necesitó ir a asistirse a la ambulancia establecida en el local de la calle de San Carlos y luego a la de San Pedro. Un día se presentó allí un ayudante chileno para inquirir por la salud de Cáceres y la visita volvió a ser hecha mientras se efectuaba el registro de la ambulancia. Un grupo de leales amigos lo hizo escapar llevándolo primero a la celda del superior del convento de los jesuitas, luego en la calle Mariquitas, a una casa de don Gregorio Real, una de cuyas alas era ocupada por la legación del Brasil; y, por último, a su residencia particular en la calle San Ildefonso que ya había sido registrada y varias veces despojada de sus muebles. Para esta última mudanza salió, según se cuenta, sin estar aún curado de sus heridas, una noche, apenas fue dado el toque de queda, acompañado de su esposa, doña Antonia Moreno de Cáceres y de su ayudante el capitán Manuel Pérez, mientras en otro grupo estaban los tenientes Bedoya y Castellanos.

El 15 de abril de 1881, Viernes Santo, acompañado del capitán José Miguel Pérez, tomó en la estación de Viterbo el tren ordinario de la sierra, media hora antes de que salieran por la misma ruta dos trenes especiales con tropas chilenas. De Chicla, a caballo, se dirigió a Jauja a conferenciar con Piérola.

LOS BREÑEROS



Con el nombre de "breñeros" se conocía a aquellos combatientes que se unieron al general Andrés Avelino Cáceres para luchar durante la campaña de resistencia al régimen de Miguel Iglesias, llamada Campaña de La Breña. Estos hombres, como el que aparece en esta fotografía de Courret, provenían de diversos pueblos de la sierra peruana, no contaban con uniformes y poseían armas poco sofisticadas.

ANTONIA MORENO DE CÁCERES (1838-1916)



La esposa del general Andrés Avelino Cáceres lo acompañó durante la llamada "campaña de La Breña". Tras la ocupación de Lima, se vio obligada a huir de Lima junto con sus hijas. Se dirigió entonces a la sierra para unirse a la resistencia al enemigo. Más de una vez, debió ayudar al transporte de armas y se dedicó a recolectar dinero para sostener las acciones de los breñeros.

EL COMIENZO DE LA CAMPAÑA DE LA RESISTENCIA.- "La carencia absoluta de recursos (dijo en su memoria presentada al Congreso de Arequipa); el decaimiento natural de los ánimos por los inesperados desastres de San Juan y Miraflores; las expectativas poco lisonjeras de la guerra contra un adversario poderoso, árbitro exclusivo del mar, dueño de elementos incomparablemente superiores y lo que es peor, de las principales fuentes de riqueza fiscal, eran dificultades bastantes para triunfar de una voluntad menos inquebrantable que la mía".

Nombrado por Piérola jefe superior político y militar del centro en reemplazo de Juan Martín Echenique, empezó su aventura con un pedazo de papel, unos cuantos oficiales y dieciséis gendarmes convalecientes e impagos que halló en el hospital de Jauja.

Cáceres era alto, delgado, ancho de hombros, de aspecto imponente, de rostro enjuto y blanco, ojos grises y casi negros y una permanente cicatriz en el párpado derecho, cabello castaño, largo, poblado y entrecano y espesas patillas "a la austríaca" pues se afeitaba la barba desde el labio inferior hasta la garganta. Para la guerra en el interior tenía extraordinarias condiciones. Su salud robusta lograba soportar las incesantes marchas a través de largas distancias por cordilleras, desiertos, quebradas y barrancos, así como las peores privaciones, y por ella llegó a veces a alimentarse con la más extrema frugalidad. Incansable en su actividad, valiente en la lucha, eficaz en el comando, tenaz ante el infortunio, luchó con los chilenos y también con la escasez de recursos, con los rigores de la naturaleza, con la saña de las facciones políticas, no solo en guerra declarada como primero ocurriera con tropas de García Calderón, luego de Piérola, y por último, de Iglesias, sino también en hostilidad aleve, como en el caso de los políticos de Arequipa. Conocía el idioma indígena y con él sabía inspirar devoción y coraje a sus soldados. Solían llevar ellos los sombreros o quepís con funda encarnada y cubrenuca blanca, origen del famoso quepí rojo, más tarde cantado por el poeta Ricardo Rossel. La tradición se solaza también al evocar a los jóvenes de la *Ayudantina* de Cáceres de los que ha de hablarse en seguida y al referirse al envío de suministros desde Lima a la Breña: cañones transportados en cajas mortuorias, cargamentos de armas acumulados en el Jardín Botánico, en el Teatro Politeama o en casas y haciendas y, a veces, rotulados a la Magdalena, cuando allí funcioanaba el gobierno de García Calderón, incluyendo entre estos envíos a los Andes cierta vez, el caballo del propio jefe chileno de la ocupación, Lynch.

ANTONIA MORENO DE CÁCERES.- Unos de los episodios más sensacionales de esta época fue la escapatoria de Antonia Moreno de Cáceres, esposa del caudillo de la Breña que se había distinguido por su entusiasmo, constancia y eficacia para allegar en Lima hombres, armas, dinero y otras formas de ayuda a la resistencia. La señora Cáceres escapó, junto con sus hijas Hortensia, Zoila Aurora y Rosa, acompañada por uno de los leales ayudantes del general disfrazado de carretero en un vehículo lleno de pasto que viajó hasta la hacienda Tebes. De allí partieron a caballo por fragosos caminos de la quebrada del río Lurín. En la minúscula aldea serrana de Chontay ya pudieron considerarse a salvo, pues pertenecía a la zona donde mandaba el guerrillero de Cieneguilla, el cura Eugenio Ríos.

LA *AYUDANTINA*.- El cuerpo de ayudantes de Cáceres, la famosa *Ayudantina,* estuvo compuesto por mozos entusiastas que se distinguieron durante toda la campaña por su valentía, lealtad y espíritu juvenil. Entre ellos estuvieron Federico Porta, Pedro E. Muñiz, Félix Costa y Laurent, Ernesto Velarde, Enrique Ottenheimer, Ricardo Bentín.

LOS CUATRO PERÍODOS DE LA CAMPAÑA DE LA RESISTENCIA.- Cuenta Cáceres en sus memorias editadas por Julio C. Guerrero, que la campaña de los Andes o de la Breña, que él llama "de la resistencia", tuvo cuatro períodos: el de las operaciones en el centro hasta la entrada de su



ANDRÉS AVELINO CÁCERES. Tras la derrota del Perú y la ocupación de Lima, el coronel —en el retrato que colgaba en la sala de su hogar— (2) se declaró en rebeldía e inició una campaña de resistencia que duraría hasta 1885. En la fotografía, lo vemos junto a su esposa Antonia Moreno y a sus hijas, Zoila, Hortencia y Rosa (1), quienes lo acompañaron por la sierra peruana durante su campaña. También aparecen aquí la imagen del niño Lachoc (3), a la cual se encomendaba Cáceres antes de cada batalla, y la máquina de coser de la Sra. Cáceres (4), con la cual confeccionaba los uniformes de los breñeros, partidarios de su esposo.







> EL GOBIERNO DE GARCÍA CALDERÓN FUE UNA FICCIÓN PARA LOS EFECTOS DIPLOMÁTICOS. EL RÉGIMEN DE MONTERO NO PUEDE SER CALIFICADO SINO COMO DE FACHADA.

ejército en Ayacucho (22 de febrero de 1882); el que empieza con la reorganización del ejército en Ayacucho, se desarrolla también en el centro y termina con el avance chileno para encerrar al caudillo (mayo de 1883); el de las operaciones en el norte, que concluye con la batalla de Huamachuco (10 de julio de 1883); y el de la organización de un nuevo ejército después de Huamachuco hasta la paz. En total, duró la campaña dos años y seis meses. Por el Perú, no fue el fruto de la acción emanada de un poder central. El aparato del Estado había quedado, en realidad, destruido. El gobierno de García Calderón fue una ficción para los efectos diplomáticos. El régimen de Montero no puede ser calificado sino como de fachada. Cáceres guerreó por acción espontánea y sin emplear grandes masas, si bien él en sus memorias rechaza enérgicamente la versión de que sus tropas no eran sino guerrillas y afirma, con razón, que el "ejército del centro" fue una unidad orgánica, compuesta, en parte, de veteranos, habiéndole servido los guerrilleros solamente de tropas de choque.

[II]

EXPEDICIÓN LETELIER. COMBATE DE SANGRAR.- A fines de abril de 1881 fue enviada una expedición a Junín y Huánuco con el objeto de explorar y "exterminar por completo a las partidas de montoneros". Comandó dichas fuerzas el coronel Ambrosio Letelier, y las integró personal de las tres armas, con un total, según Lynch, de 1.392 hombres. Parte de esas tropas fue quedando de guarnición en diversos puntos del tránsito. Letelier avanzó a Cerro de Pasco, Jauja y Concepción. Cáceres, situado en Quebrada Honda, se valió de ardides y de estratagemas para hacerle creer que sus fuerzas eran muy numerosas y Letelier no intentó avanzar sobre Huancayo.

Pronto llegaron hasta Lynch, que acababa de hacerse cargo de la jefatura de la ocupación, reclamaciones diplomáticas por abuso contra personas y bienes extranjeros cometidos por Letelier. Otros informes eran también muy adversos a los expedicionarios. "Letelier, dice el historiador chileno Bulnes, se creyó autorizado para proceder como quería, considerando el territorio enemigo como propio y usando de cualquier medio para procurarse recursos". Entre esos medios estaba imponer cupos de guerra y castigar a quienes no los pagaban, con penas corporales y sanciones sobre sus propiedades. En el caso del cupo de 60 mil soles impuesto a la ciudad de Huancayo, Cáceres obtuvo que fuese entregado a él y aplicado a la organización de las fuerzas de la resistencia y ordenó apresar al alcalde y a los notables que lo recogieron. Lynch ordenó

MANDATARIOS DEL PERÚ (1881-1890)

TRAS LA RENUNCIA DE PIÉROLA Y LA OCUPACIÓN DE LIMA, EL GOBIERNO DEL PAÍS CAMBIÓ DE MANOS EN REPETIDAS OPORTUNIDADES.

1881 — FRANCISCO G. CALDERÓN

Presidente provisorio. Asumió el mando luego de que una junta de notables lo propusiera para el cargo. Estableció su gobierno en la Magdalena, cerca de Lima, y el Congreso en el balneario de Chorrillos. Al negarse a ceder parte del territorio a Chile, su autoridad fue desconocida por las fuerzas de ocupación, que lo apresaron y desterraron.

1881-1883 — LIZARDO MONTERO

Presidente provisorio. Tras la detención de Francisco García Calderón, el vicepresidente Montero asumió el cargo. En su breve gobierno, trató de negociar la paz con Chile. Su negativa a ceder territorio lo obligó a trasladarse a Arequipa, donde convocó a un Congreso. Tras la firma del Tratado de Ancón, salió del país rumbo a Argentina.

reiteradamente a Letelier que volviera a Lima. Este jefe demoró en cumplir esta disposición y le envió varios telegramas con informes fantásticos sobre sus combates victoriosos. Solo en los primeros días de julio comenzaron a llegar a Lima algunas de las fuerzas mandadas a la sierra del centro. Todas estaban en muy mala condición y gran parte de los caballos y monturas se habían perdido. El combate en la hacienda Sangrar, en la provincia de Canta, propiedad de la familia Vento, el 26 de julio de 1881, fue uno de los encuentros de entonces, favorable a los canteños. Los guerrilleros pudieron armarse después de esta refriega con algunos fusiles Comblain de los chilenos, que era una fracción del batallón Buín.

Letelier se presentó, por fin, en Lima con su tropa en estado de pobreza y desmoralización, aunque con mucho dinero. Un cheque de medio millón de soles papel, girado por la casa Duncan Fox al Banco de Londres, a favor de un oficial chileno, resultó procedente del pago de unas barras de plata efectuado por un italiano de Cerro de Pasco.

El 30 de mayo de 1881 un comandante chileno reunió a veintidós vecinos prominentes de Tarma y les dio la orden de entregarle en veinticuatro horas 100 mil soles bajo pena de fusilamiento y de reducir a cenizas la ciudad; el cupo fue entregado cuando los cañones se preparaban a disparar.

Se inició un proceso contra los jefes que con tanta ufanía habían partido a acabar con los montoneros y resultaban envueltos en delitos comunes que desbordaban los impunes excesos propios de la guerra y de la ocupación, tan reiterados en esa época. El proceso contra Letelier y sus compañeros dio lugar a una sentencia condenatoria del consejo de guerra de oficiales generales.

Con el regreso de Letelier a Lima el departamento de Junín quedó libre de enemigos. Cáceres volvió a Tarma donde estableció su cuartel general. Allí prosiguió la organización de su ejército y formó nuevos batallones con los fondos del cupo impuesto por Letelier al municipio de Huancayo. Con cuatro piezas Krupp de retrocarga que hizo traer del fuerte de Chanchamayo, organizó su primera batería.

CAPTURA DEL DESTACAMENTO PERUANO DE GARCÍA CALDERÓN EN CHICLA.- Una fuerza de 200 hombres del gobierno de García Calderón se dirigió al interior al mando de La Cotera . Esta tropa debía juntarse en Chicla con la del coronel Santa María. Eran los días de la retirada de Letelier. Mientras este marchaba hacia Lima, Cáceres avanzó. Apareció por el puente

UNA OPERACIÓN FALLIDA



El coronel chileno José Francisco Gana, en la imagen, fue designado por su Gobierno para combatir a la resistencia en la sierra. Según el plan de acción, el general Lynch atacaría por la retaguardia, y Gana lo haría frente a frente. Cáceres, sin embargo, se enteró a tiempo de esta situación y marchó a Junín.

1882-1885
MIGUEL IGLESIAS

Presidente provisorio. Fue designado en el cargo por una asamblea de representantes de los departamentos del Perú. Negoció la paz con Chile y firmó el Tratado de Ancón. Convocó a una Asamblea Constituyente, la cual lo nombró presidente provisorio. Renunció al cargo junto con su rival Andrés Avelino Cáceres para dar paso a un gobierno transitorio.

1885-1886
ANTONIO ARENAS

Presidente del Consejo de Ministros. Al dimitir Iglesias, se pidió al Consejo de Ministros formar un gobierno transitorio. Este nombró a Arenas presidente y ministro de Relaciones Exteriores. Su misión era convocar a elecciones y garantizar la transición. Conformaron el Consejo Manuel Tovar, Manuel Velarde, José Eusebio Sánchez y Pedro Correa y Santiago.

1886-1890
ANDRÉS A. CÁCERES

Presidente de la República. Tras vencer en el primer proceso electoral desde 1876, el general Cáceres asumió la presidencia del Perú en 1886. Durante su gobierno, se inició la reconstrucción del país. Hizo frente a una grave crisis política y económica, que se arrastraba desde el fin de la guerra del Pacífico, y a una fuerte oposición del sector liberal.

EN LOS PRIMEROS DÍAS DE OCTUBRE DE 1881 CÁCERES TRASLADÓ SU CUARTEL GENERAL A CHOSICA. LA GUARNICIÓN CHILENA, COMPUESTA DE DOS BATALLONES, SE RETIRÓ INCENDIÁNDOLO TODO, MENOS LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL.



de Izcuchaca y continúo en su marcha hacia el centro, desde Huancayo hasta San Mateo. Allí tuvo un ligero encuentro con las fuerzas de Carrizo, pertenecientes al régimen de la Magdalena, y las derrotó. Las que seguían a Santa María defeccionaron en gran parte, yendo a reforzar a las de Cáceres. Los guerrilleros de este entraron con toda facilidad en Chicla y se apoderaron de las tropas, armas y provisiones de García Calderón, así como de un convoy del ferrocarril. Santa María regresó a Lima el 4 de julio con apenas 80 hombres. En estas acciones se distinguieron los guerrilleros de Huarochirí organizados por Ricardo Bentín.

Fue entonces cuando aumentó el desbande de los soldados de la Magdalena para unirse al caudillo de la resistencia.

LA ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO DE LA RESISTENCIA.- Cáceres formó su ejército con estas fuerzas dispersas, y, sobre todo, con el aporte de hombres entusiastas de la región donde se encontraba. Viajó entonces el caudillo a Cerro de Pasco y Huancayo a reunir más elementos para la lucha, volvió a Cerro de Pasco y siguió a Tarma. Allí ordenó la marcha del ejército a Chicla. En este lugar estableció el "cuadro de jefes y oficiales" y organizó el mando de las diversas unidades ya formadas, así como los servicios más urgentes. La etapa de constitución del ejército de la resistencia llamado "ejército del centro" concluyó en julio. Cáceres había mostrado sobresalientes cualidades como organizador.

De Chicla pasó el cuartel general a Matucana. Allí, con fecha 31 de julio el comando quedó integrado en la siguiente forma: Jefe de Estado Mayor, coronel Manuel Tafur. Subjefe, coronel Ángel Campos. *Primera división*.- Comandante general: coronel Remigio Morales Bermúdez, 1er batallón Tarapacá (con el teniente coronel Mariano R. Espinoza como jefe). 2° batallón Zepita (teniente coronel José Mariano Villegas) *Segunda división*.- Comandante general: coronel Miguel La Jara. 1er batallón Junín N° 3 (teniente coronel Juan C. Vizcarra). 2° batallón Tarma N° 7 (teniente coronel Fortunato Bermúdez). *Tercera división*.- 1er batallón Inca (teniente coronel Lucidoro Caba). 2° batallón Huancayo (teniente coronel Juan Carvo). *Escuadrón de caballería* (sargento mayor José Osambela). *Brigada de artillería* con dos baterías: una procedente del fuerte de San Ramón y otra que llegó más tarde de Cerro de Pasco (teniente coronel Ambrosio Navarro). *Maestranza* (comandante Guillermo Yáñez). *Secretaría* (teniente coronel Luis I. Ibarra). *Cuerpo de ayudantes* (teniente coronel Florentino Portugal). *Servicio de Sanidad* (se organizó más tarde con los doctores Mariano C. Mispireta, José M. Zapater e Ignacio Dianderas). *Pagaduría* (teniente coronel Andrés Freyre). En Canta se formaron otros dos batallones que integraron la cuarta división a órdenes del coronel Manuel de la Encarnación Vento. Una división llamada "vanguardia" se congregó en Chancay, integrada por batallones allí reunidos, un piquete de caballería procedente de Áncash y el batallón América que vino de Huánuco. Columnas sueltas de guerrilleros completaban los efectivos del ejército. Gran parte de las fuerzas de Cáceres estaban armadas de rejones, lanzas y hondas, armas primitivas que les servían para la lucha cuerpo a cuerpo y otras para el lanzamiento de piedras. También eran expertas en el empleo de galgas que hacían rodar desde la cumbre de los cerros sobre los pasos estrechos y los desfiladeros.

CÁCERES EN CHOSICA.- En los primeros días de octubre de 1881 Cáceres trasladó su cuartel general a Chosica. La guarnición chilena, compuesta de dos batallones, se retiró incendiándolo todo, menos la estación del ferrocarril. La vía férrea quedó inutilizada y fueron establecidos puestos avanzados por los guerrilleros que se comunicaban con cohetes de colores. Una máquina de ferrocarril que escapó de Lima prestó importantes servicios entre Chosica y Chicla. Los guerrilleros llegaron entonces hasta cerca de la capital y recibieron armas, municiones y vituallas del comité patriótico que en ella funcionaba. Un destacamento chileno atacó los puestos avanzados

de Cieneguilla. Después de dos horas de combate los guerrilleron se retiraron conforme a las órdenes recibidas hasta que llegaran tropas peruanas. Cuando estas aparecieron, el enemigo marchaba hacia los arrabales de Lima.

Después del combate de Cieneguilla y como obtuviera indicios de una inminente expedición de los chilenos hacia el interior, Cáceres hizo un reagrupamiento de sus fuerzas. Entre Chosica y Huarochirí colocáronse las divisiones lª., 2ª y 3ª., el batallón América, la brigada de artillería y la caballería. En el flanco derecho se encontraba la división llamada "vanguardia" que en Chancay cubría indirectamente el camino que de Lima iba por Canta al interior; en el flanco derecho un destacamento a órdenes del coronel Tafur y finalmente en las quebradas de Canta, Chosica, Sisicaya y Yauyos estaban las partidas de montoneros cuya misión era la de mantener el contacto con el enemigo, informar sobre sus movimientos y retardar su marcha. Cáceres contaba con que la división Panizo que guarnecía Ayacucho actuara como reserva y le envió órdenes para que se dirigiese a la zona de concentración. Su plan era oponerse al avance de las tropas chilenas.

LOS SUCESOS POLÍTICOS PERUANOS Y EL TIFUS COMO ADVERSARIOS DE CÁCERES.- En estas circunstancias surgieron dificultades contra Cáceres que no provenían de los chilenos. La eliminación de Piérola desmoralizó y enconó a muchos partidarios de este caudillo. El reconocimiento de García Calderón en Arequipa y en el norte provocó una ola de opinión favorable a la paz que en numerosos sectores la alejó de la resistencia armada contra el invasor. Vento y Panizo por motivos diferentes, se desligaron de Cáceres. Vento disolvió sus tropas dejando así al descubierto el flanco derecho peruano en la quebrada de Huarochirí. Más tarde se plegó a los chilenos y les sirvió de guía.

El tifus surgió en proporciones considerables entre las tropas de Cáceres, carentes de eficaces servicios de sanidad.

LAS EXPEDICIONES GANA-LYNCH Y LA RETIRADA DE CÁCERES DE CHOSICA A JUNÍN.- Para colocar a Cáceres entre dos fuegos Lynch avanzó el 1° de enero de 1882 con más de 3.000 hombres por el valle de Carabayllo en dirección a Canta con el objeto de atacarlo por la retaguardia. El coronel José Francisco Gana, con una división que cifras oficiales chilenas presentan con poco más de 1.500 soldados, salió pocos días después para tomar el ferrocarril hasta llegar a Chicla, estrechando al enemigo de frente.

Cáceres, en esos días, a principios de 1882, veía que continuaba la merma de sus huestes con el tifus. Esta epidemia y las deserciones por razones políticas y otras causas habían reducido sus efectivos a 2.500 hombres escuálidos, de 5.000 que habían llegado a ser.

Lynch sufrió los efectos del rigor de la estación, de las dificultades del terreno y de las inclemencias de la altura. En vista de ellas, hizo regresar a Lima las baterías de artillería. Sólo con la caballería marchó a Chicla a encontrarse con Gana.

Cáceres había recibido desde Lima aviso oportuno del plan chileno, conocía los movimientos del enemigo y pudo retirarse a tiempo, a partir del 4 de enero de 1882, aunque perdió una excelente posición militar. "No quedaba otro recurso si se quería salvar al ejército" dice en sus memorias. También dejó a merced del enemigo enfermos, víveres y equipo. Gana lo siguió muy de cerca y a veces llegó a algunos lugares horas después de que Cáceres había desocupado sus alojamientos. No arriesgó el combate decisivo, esperanzado en que Lynch haría funcionar la trampa que el plan de ambos jefes chilenos había urdido; y seguro además de que un ataque de frente, sin combinación con la retaguardia, habría impuesto el sacrificio de demasiadas vidas.



EN LAS AFUERAS DE CAJAMARCA, SE LLEVA A CABO LA BATALLA DE SAN PABLO. EN ELLA, LAS TROPAS DEL JEFE POLÍTICO Y MILITAR DE LOS DEPARTAMENTOS DEL NORTE, MIGUEL IGLESIAS, SE ENFRENTARON AL BATALLÓN CHILENO GRANADEROS A CABALLO. LAS TROPAS PERUANAS, A PESAR DE CONTAR CON MUY POCAS ARMAS, LUCHARON DURAMENTE HASTA CONSEGUIR LA VICTORIA. DÍAS DESPUÉS, SIN EMBARGO, NO PUDIERON RESISTIR A UNA NUEVA ARREMETIDA DE LAS TROPAS CHILENAS, Y ESTAS OCUPARON LA CIUDAD.

ANDRÉS AVELINO CÁCERES Y LA CAMPAÑA DE LA BREÑA

LOS CAUDILLOS FRENTE A LA OCUPACIÓN CHILENA



NICOLÁS DE PIÉROLA

Se proclamó jefe supremo gracias al golpe de Estado que dio tras la salida de Prado del país. Luego de la toma de Lima, en enero de 1881, trasladó su gobierno a Ayacucho. Defecciones militares y fracasos diplomáticos lo obligaron a renunciar en noviembre de ese mismo año.



F. GARCÍA CALDERÓN

Tras las derrotas de San Juan y Miraflores, fue elegido presidente por una junta de notables de Lima. Estableció su gobierno en el distrito de La Magdalena. Entabló negociaciones para la paz con los chilenos, pero fue apresado por negarse a ceder parte del territorio nacional.



ANDRÉS AVELINO CÁCERES

Fue nombrado jefe político y militar de los departamentos del centro del país, luego de la ocupación chilena de Lima. Cáceres apostó por un cambio en la naturaleza del enfrenta-miento, y desarrolló una guerra de desgaste apoyada por guerrillas formadas, en su mayor parte, por fuerzas indígenas.

PRIMER PERÍODO

Se caracterizó por las idas y venidas del caudillo en función a la ocupación de los chilenos de determinados territorios a lo largo de la sierra central, entre los departamentos de Lima y Junín. Llegó hasta Chosica a tan solo 50 km de Lima.

LEYENDA


Desplazamiento de Cáceres y el ejército del centro


Desplazamiento del ejército chileno


Enfrentamientos entre ejércitos peruanos y chilenos


Enfrentamientos entre el ejército de Chile y guerrilleros indígenas

EL AVANCE HACIA LIMA (abril 1881 - enero 1882)

1 ***15 de abril*** *Cáceres parte hacia la sierra con el fin de armar su ejército.*

2 ***Fines de abril*** *Parte la expedición Letelier para acabar con los guerrilleros del centro.*

3 ***26 de junio*** *Combate en la hacienda de Sangrar con victoria peruana.*

4 *Cáceres establece su cuartel general cuando se retira Letelier.*

5 ***Julio - Octubre*** *Cáceres avanza hacia Lima, donde establece cuarteles generales en Chicla, Matucana y Chosica. Así termina su etapa de reclutamiento.*

LA RETIRADA (enero 1882 - febrero 1882)

6 ***1º de enero*** *Dos bloques chilenos parten hacia la sierra con la intención de acorralar a Cáceres. Lynch se dirigió hacia Canta, mientras que Gana lo hizo hacia Chicla.*

7 ***4 de enero*** *El tifus y la deserción de los jefes militares leales a Piérola merman los flancos defensivos de la columna de Cáceres, obligándolo a replegarse justo antes de ser alcanzado por los chilenos.*

8 ***9 de enero*** *Tras el regreso de Lynch a Lima, parte la expedición de los coroneles Gana y Canto con 2.239 hombres.*

9 ***5 de febrero*** *Canto se encuentra con Cáceres en Pucará, donde se lleva a cabo el combate. El ejército peruano hace retroceder al enemigo y se repliega hacia Ayacucho.*

10 ***22 de febrero*** *Cáceres se encuentra con el coronel Panizo y sus hombres, que eran partidarios de García Calderón. Se enfrentan en el cerro Acuchimay, frente a la ciudad de Ayacucho. Panizo es vencido.*

Fuentes: Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú Tomo IX* / Nelson Manrique, *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile* / Museo Andrés Avelino Cáceres   Infografía: Raúl Rodríguez

En medio de la desolación que siguió a la toma de la capital por el ejército chileno, el levantamiento de Cáceres en la sierra central significó una alentadora reacción. Debido a las circunstancias, sin embargo, no pudo prosperar.

SEGUNDO PERÍODO

Cáceres llega a Ayacucho con un ejército mermado por el tifus, las dificultades del terreno, las deserciones y el acoso chileno. Allí organiza una fuerza de 3.000 a 4.000 hombres. A ellos, se les sumaron más efectivos durante sus marchas por las comunidades campesinas. Este fue un factor clave para la resistencia.

ORGANIZACIÓN Y CONTRAOFENSIVA (febrero 1882 - mayo 1883)





LA GUERRA Y EL ARTE POPULAR

Los excesos cometidos por los chilenos a su paso por las comunidades de la sierra han quedado grabados en la conciencia colectiva indígena, como lo muestra este mate burilado procedente de Mayoc (Huancavelica) y realizado hacia el año 1923.

TERCER PERÍODO

En este período, aparece la figura de Miguel Iglesias, quien se manifiesta a favor de un tratado de paz. Para ello, coordina con distintas autoridades del norte y funda un partido. Por otro lado, Cáceres mantiene su posición rebelde.

LA MARCHA HACIA EL NORTE (mayo - julio 1883)



CUARTO PERÍODO

A pesar de salir sano y salvo de la derrota en Huamachuco y de tener aún un grupo de hombres bajo su mando, Cáceres se vio obligado a aceptar el Tratado de Ancón, que puso fin a la guerra del Pacífico.



AGOSTO 1882 [PERÚ] 31

EN CAJAMARCA, MIGUEL IGLESIAS DA EL FAMOSO "GRITO DE MONTÁN", EN LA HACIENDA DEL MISMO NOMBRE. EN ESTE MANIFIESTO, IGLESIAS RECONOCÍA LA DERROTA PERUANA Y ASUMÍA LAS NEGOCIACIONES DE PAZ CON EL GOBIERNO CHILENO. TRAS CONFORMAR UNA ASAMBLEA EN LA QUE PARTICIPARON LOS REPRESENTANTES DE LOS DEPARTAMENTOS DEL NORTE, FUE PROCLAMADO "PRESIDENTE REGENERADOR" EL 30 DE DICIEMBRE DE 1882.

Cáceres se retiró con unos 2.500 hombres a Junín donde creía encontrar los elementos suficientes para reparar la salud de sus tropas y reponer las bajas producidas. Tenía la esperanza de unirse con la división de Panizo. En la retirada se sublevó el escuadrón Cazadores, lo cual hizo que fueran fusilados algunos de los amotinados. El jefe de guerrilleros de Sisicaya, Lara, dejó el paso franco al enemigo; después de ser castigado con la pena de muerte, al registrarle los vestidos hallaron los guerrilleros documentos chilenos que acreditaban su traición.

LA EXPEDICIÓN GANA-CANTO.- Después de reunirse Lynch con Gana el 9 de enero de 1882, decidió volver a Lima y organizar una nueva división compuesta de tropas de refresco y provista de mayores elementos. "Las mías (dice Lynch en su memoria) se hallaban rendidas por el cansancio y con el vestuario y calzado en muy mal estado". La nueva expedición debía ser mandada por Gana y ocupar La Oroya, Tarma, Jauja y Cerro de Pasco, organizando el servicio de bagajes, transporte y administración. El plan chileno de batir a Cáceres en la línea Chosica-Chicla y cortarle la retirada había fracasado. A continuación vino el plan de abatir a Cáceres mediante una campaña en el interior.

Así fue como la llamada "división del centro", cuyos efectivos, según cifras oficiales chilenas, eran de 2.293 hombres, pasó, precedida por partidas de reconocimiento, de Casapalca a Pachachaca, La Oroya, Tarma, Jauja y Huancayo. Según testimonio del mismo origen, poco hizo para alcanzar a Cáceres. Gana regresó a Lima dejando el mando de la división al coronel Estanislao del Canto. Este quiso emprender una guerra más eficaz; pero tropezó con innumerables obstáculos. La naturaleza se oponía a su paso con ríos invadeables, barrancos altos o frígidas alturas, a lo que se unían las sendas estrechas, los puentes que se derrumbaban, la miseria en las poblaciones. Las instrucciones dadas por Lynch decían que los cupos debían ser moderados para costear la ocupación. En la práctica resultó que las autoridades municipalidades no podían o no querían cobrarlos como se esperaba. Canto pretendió atraerse a los indios pobres con la consigna de que su intención era obligar a los ricos a pedir la paz y pagar los gastos; pero las necesidades de la guerra pudieron más que estos amagos de dar un tinte social a la guerra internacional. "Para procurarse víveres, Canto (dice el historiador chileno Encina) tuvo que ordenar malones a la araucana, especie de razzias en que se arrebataban a los indígenas sus ovejas, sus animales vacunos, el arroz y el azúcar". Los indios, azuzados por los curas, antes de entregar sus últimos puñados de alimentos, se sublevaron en masa contra el ejército chileno. Las deserciones en este se volvieron alarmantes. Algunos grupos se internaron en las selvas amazónicas. El tifus y las viruelas aparecieron hacia el final de la estación lluviosa.

Cáceres se dirigió a Tarma y luego a Jauja donde tuvo que licenciar un batallón por el estado de salud en que se encontraba la tropa. Allí reconoció al gobierno de García Calderón o Montero, en armonía con una nota del ministro norteamericano que le solicitó esa adhesión (24 de enero) Prosiguió luego su retirada y llegó a Huancayo al mismo tiempo que Canto entraba en Concepción. En la amplia plaza de Huancayo hizo una revista del llamado ejército del centro. Eran unos 1.300 hombres después de los estragos causados por las enfermedades, las deserciones y las marchas por serranías agrestes e inclementes. Estaban divididos en los batallones en cuadros Zepita, Tarapacá, América y Huancayo con 40 hombres de caballería, restos de Cazadores y unos 90 artilleros. Con incursiones rápidas y fulminantes, entre tanto, los guerrilleros hostilizaban a la división chilena.

PUCARÁ.- La única táctica que Cáceres creyó viable, en las condiciones en que se encontraba, era la retirada. Al avanzar hacia Pucará se encontró con Canto el 5 de febrero de 1882. En su primer choque, los chilenos creyeron tener éxito; pero se encontraron con una segunda línea de combate separada de ellos por una difícil quebrada. Al ser ordenada una carga de caballería se comprobó que la fragosidad del terreno y el fuego de los peruanos la hacían imposible de

efectuar. Pronto apareció ante ellos una tercera línea de fuego en un portezuelo de altura dominante. Surgió así una serie de combates escalonados sucesivos.

Los chilenos no sacaron máximo provecho de la jornada por el cansancio de las tropas y las distancias que había que salvar. Cáceres los provocó a seguir la refriega, a avanzar para luego poder atacarlos; pero, lejos de proseguir el combate, contramarcharon hacia Zapallanga y luego hacia Huancayo. Hubo unos cuarenta hombres entre muertos y heridos en los invasores.

Cáceres continuó en su camino a Ayacucho. Lo más importante era que el caudillo de la resistencia no había sido muerto, apresado o puesto fuera de combate, que su retirada no había sido cortada y que sus huestes no estaban deshechas. Como Letelier, como Lynch, como Gana, Canto no había logrado acabar con Cáceres.



CÁCERES CONTINUÓ EN SU CAMINO A AYACUCHO. LO MÁS IMPORTANTE ERA QUE EL CAUDILLO DE LA RESISTENCIA NO HABÍA SIDO MUERTO, APRESADO O PUESTO FUERA DE COMBATE, QUE SU RETIRADA NO HABÍA SIDO CORTADA Y QUE SUS HUESTES NO ESTABAN DESHECHAS.



EL PASO DE JULCAMARCA.- Después del combate de Pucará, Cáceres siguió la ruta de Acostambo, Huancavelica y Acobamba donde llegó el 18 de febrero. Esta zona hállase expuesta a deslaves continuos y a temibles tempestades; el terreno es quebrado y muy gravoso. De Acobamba había 46 kilométros hasta Julcamarca. El río estaba casi invadeable. Las tropas llegaron al anochecer a la base de la cuesta de acceso al pueblo y al no hallar en aquel paraje bravío sitio para acampar ni medios de sustento, la marcha prosiguió, ascendiendo una cuesta empinada que ofrecía a ambos lados precipicios sin fondo. Cuando la cabeza de la columna se aproximaba ya a los aleros de la población y el resto seguía a media cuesta, se desencadenó una de las furiosas tempestades que estallan allí de improviso. La lobreguez de la zona era agobiante y el desfiladero se hizo intransitable con la precipitación de las aguas lanzadas como catarata por el declive agudísimo de 40 grados. Peor que la guerra, que las enfermedades y que el hambre pareció aquella noche a los soldados por tantas zozobras acechados. No menos de 412 de ellos, junto con numerosas bestias de silla y carga y gran parte del material de guerra fueron a dar al fondo de aquellos abismos. La lista pasada al día siguiente en la plaza de Julcamarca dio un 50% de bajas. El ejército de Cáceres, el ejército de la resistencia, había quedado reducido a 400 hombres harapientos.

EL ABSURDO COMBATE DE ACUCHIMAY.- El coronel Arnaldo Panizo había sido comandante general de la artillería peruana en la batalla de Tacna y comandante de dos de las baterías del Morro Solar en la batalla del 13 de enero de 1881 hasta caer prisionero. Se escapó de Lima en agosto de ese año para dirigirse al centro. Piérola lo nombró en octubre comandante en jefe del llamado ejército del sur acantonado en Ayacucho. Cuando Piérola dimitió, de acuerdo con el decreto entonces expedido, las escasas fuerzas mandadas por Panizo quedaron bajo las órdenes de Cáceres. Este dispuso que dichos contingentes se le unieran marchando a Chosica; pero Panizo alegó la carencia de elementos para emprender la larga travesía ordenada y pidió su reemplazo. Sin separar a Panizo del mando de su tropa, Cáceres nombró prefecto de Ayacucho al coronel Remigio Morales Bermúdez. Panizo aceptó al nuevo prefecto, si bien luego le quitó el cargo por considerar que adoptaba actitudes hostiles y designó en su lugar al coronel Pedro Más. Había una desavenencia política entre Cáceres y Panizo, pues mientras aquel había aceptado la autoridad de García Calderón, este la repudiaba por considerarla ligada a los chilenos.

Al aproximarse Cáceres a Ayacucho con sus diezmadas huestes, parte de las indiadas de esa ciudad, las del barrio de Carmenca, se le unieron. Panizo ocupó las alturas del cerro Acuchimay. Los disparos anunciando el combate entre peruanos, en medio de la guerra contra el enemigo común, empezaron el miércoles de ceniza 22 de febrero de 1882 al combatir las fuerzas de Cáceres contra las que bajaron del cerro; una y otra parte se inculparon por haberlos iniciado. Al empezar la refriega un batallón se le sublevó a Panizo matando al coronel Rivera Feyjó y al segundo jefe, comandante Zagal y dispersándose en seguida. Empezaron también a escucharse descargas en la población.

TEODORO PEÑALOZA (1847-1882)



El abogado y hacendado huancaíno, que había luchado en el batallón Concepción durante la guerra del Pacífico, participó en las batallas de San Juan y Miraflores en 1881. En esta última, resultó herido, por lo que se retiró a su hacienda a restablecerse y luego retomó el ejercicio de su profesión. En 1882, las tropas chilenas llegaron hasta Huancayo buscando a su tío Manuel Teodoro del Valle, con el propósito de cobrarle un cupo. En defensa de su familiar, Peñaloza murió quemado en su propia casa.

Cáceres escaló a caballo el Acuchimay con su escolta. Cuenta un testigo de lo que entonces ocurrió por haber pertenecido al mando de Panizo, el coronel Juan Vargas Quintanilla (en carta publicada en el opúsculo *El coronel Arnaldo Panizo y el combate de Acuchimay*) que este no quiso disparar en esos momentos porque dijo: "Al fin es general peruano". Después de breves palabras con mutuas recriminaciones, sigue narrando, Vargas Quintanilla, Cáceres exclamó: "Está bien coronel, está usted preso". Panizo contestó: "Está bien, mi general, pero que conste que entrego mi espada vencedora y no vencida". El motivo para que pronunciara estas palabras fue que, según Vargas Quintanilla, diversos jefes oficiales y soldados y adversarios habían ya subido al Acuchimay a rendirse. Según Cáceres en sus memorias, después de escalar el cerro y al encontrarse frente a Panizo que estaba rodeado de otros jefes y oficiales, 300 individuos de tropa formados en columna y 4 piezas de artillería, alcanzó a ver a un corneta que había servido a sus órdenes en Tarapacá y le dijo: "¿También tú traicionas a tu general? ¡Viva el Perú!". El soldado repuso: "Nos han engañado, general" y dio también un estentóreo viva al Perú coreado por la tropa que así se plegó al caudillo. Las fuerzas de Cáceres no llegaban a 500 hombres; Panizo había estado mandando a unos 1.500 (22 de febrero de 1882). Panizo y algunos de sus jefes fueron sentenciados por un consejo de guerra; pero Cáceres los hizo poner en libertad.

Parece que el plan de este caudillo consistió, esta vez, en que parte de sus huestes aparentara que se rendía, para, de esa manera, rodear a Panizo y deponerlo mediante un golpe de sorpresa.

¿Por qué se produjo el absurdo encuentro del Acuchimay? Anteriormente La Cotera había pretendido combatir contra Cáceres; pero su actitud era la del defensor de un nuevo Gobierno dispuesto a consolidarse en el país para seguir una política de paz cuyos límites morales, por otra parte, resultaron garantizados por la abnegación de García Calderón. En el caso de Panizo no hubo el obedecimiento a las órdenes de una autoridad suprema. Combatiente, pundonoroso en las campañas que acababan de efectuarse, fugado de Lima para ir a la sierra, su actitud no era la del pacifismo ante los chilenos. Carecía, por otra parte, de ambiciones políticas. Lo que ocurrió fue, acaso, que no estaba bien informado acerca de la significación primordial lentamente alcanzada por Cáceres frente a los invasores. Militar que nunca a través de una carrera iniciada en 1858, había figurado en una guerra civil, había visto derrumbarse el gobierno de Piérola cuando, según él creía, preparaba una decisiva campaña contra el enemigo; y sentía recelos ante la adhesión, en verdad más nominal que afectiva, prestada por Cáceres ante el régimen de la Magdalena acusado precisamente de colaboracionismo con el invasor. La falta de entendimiento entre el caudillo de la Breña y el jefe de Ayacucho se había exacerbado a través de conflictos de mando ahondados por diversos episodios en los que participaron jefes subalternos. En suma, este desgraciado episodio, en el que no hubo ánimo nefando, es una expresión de las lamentables consecuencias de la quiebra del Estado organizado que se había producido en el Perú y de la confusión espiritual que desconcertaba a muchos peruanos de buena fe en aquella época patética.

LA MUERTE DEL OBISPO DE AYACUCHO JUAN JOSÉ POLO.- Los habitantes de Iquicha, en la provincia de Huanta, del departamento de Ayacucho, se habían caracterizado desde la guerra de la Independencia por su indomable espíritu luchador, resistiendo varias veces a las autoridades y las leyes de la República. El 15 de noviembre de 1839 se llegó a firmar en las alturas de Yanallay el curioso convenio de este nombre entre el comandante general de las fuerzas pacificadoras Manuel Lopera y los cabecillas y alcaldes iquichanos, por el cual los rebeldes reconocieron al Gobierno y a la representación nacional, prestaron juramento de fidelidad y obediencia y prometieron ser los más leales defensores de las leyes y de la integridad del país, entregar vivos o muertos a los rebeldes, malhechores y toda especie de inicuos que de cualquiera manera perturbaran el orden público sin omitir por ello sacrificio alguno y pagar los mismos derechos y pensiones que los demás peruanos.

Los iquichanos quedaron así incorporados a la comunidad nacional mediante un documento propio; pero continuaron demostrando su aptitud para la insurgencia. En la guerra civil de 1857 la gente de Huanta se decidió por la causa de Vivanco por razones religiosas y por disgustos con el prefecto de Ayacucho Manuel Benavides Bermudes, que murió en el combate entablado en el pueblo de Macrachaca. Mientras la guerra con Chile se libró en la costa, los huantinos prestaron su contingente de sangre y de dinero. Al llegar hasta su propia heredad, tuvieron una actuación destacada.

No dejaron de existir choques internos al lado de la lucha contra el invasor extranjero. Uno de estos episodios ocurrió a fines de 1882, con motivo de las violencias, robos y exacciones cometidos por el subprefecto de la provincia de Huanta, Mariano Valdivia, nombrado por el prefecto cacerista de Ayacucho, Remigio Morales Bermúdez. El 2 de noviembre de 1882, un documento firmado "El Pueblo" fue remitido a Valdivia para exigirle que desocupara la población de Huanta. Se produjo un sangriento choque entre la guarnición y la masa enardecida. El obispo de Ayacucho Juan José Polo fue muerto de un balazo cuando se dirigía a la casa subprefectural con la esperanza de cumplir una misión de paz. La guarnición fue vencida y hubo saqueos y otros excesos.



La reorganización que Cáceres efectuó de sus huestes en Ayacucho fue un verdadero milagro. Llegó a tener un ejército vestido modestamente aunque con igualdad de traje; en su mayoría usaba rifles Peabody y disponía de algunos cañones obtenidos a través de Bolivia. No carecía de caballería.



[III]

EL SEGUNDO PERÍODO DE LA CAMPAÑA DE LOS ANDES.- El segundo período de la campaña de los Andes empezó, como se ha dicho, con la reorganización del ejército de Cáceres en Ayacucho en febrero de 1882 después de su retirada.

Ocupada por los chilenos la sierra central entre febrero y marzo, el incendio de la sublevación ante las exacciones se extendió a sus diversos confines en abril.

TEODORO PEÑALOZA.- Teodoro Peñaloza nació en Huancayo, hizo sus estudios en el colegio de esa ciudad y luego en el de Guadalupe en Lima, y pasó al Colegio de San Carlos, donde, a los 23 años, recibió el título de abogado. Luego comenzó a seguir la carrera de médico; pero a los cuatro años de cursar los estudios respectivos, asuntos de familia obligáronle a regresar a la tierra natal. Consagrado a la profesión forense, interrumpió esta proficua actividad al surgir la guerra con Chile. Enrolado en el batallón Concepción en el que reunió mucha gente distinguida del departamento de Junín, ocupó el cargo de 3er jefe de él y combatió en las batallas de San Juan y Miraflores. En esta última, fue gravemente herido, pues un fragmento de metralla le destrozó un pie. Retirado a Huancayo, vivía en una hacienda de su propiedad llamada Huamanccacca Chico cuando se produjo la invasión chilena en aquella zona. Según una versión difundida por Nicolás Augusto González en su obra *Nuestros héroes*, Peñaloza hizo cortar las cuerdas del puente de la Mejorada, a la entrada de Huancayo cuando pasaban por allí tropas invasoras. El 18 ó 19 de abril de 1882 esas tropas llegaron a Huamanccacca Chico, quemaron la casa de la hacienda y en ella perecieron por voluntad de los invasores doña Andrea Arauco de Peñaloza y una doméstica suya; luego también Teodoro Peñaloza fue arrojado a la hoguera.

EL MILAGRO DE ORGANIZACIÓN EN AYACUCHO.- La reorganización que Cáceres efectuó de sus huestes en Ayacucho fue un verdadero milagro. Llegó a tener un ejército vestido modestamente aunque con igualdad de traje; en su mayoría usaba rifles Peabody y disponía de algunos cañones obtenidos a través de Bolivia. No carecía de caballería. Su número ha sido calculado por los chilenos entre tres mil y cuatro mil hombres. Independientemente de este ejército organizado, se le fueron sumando las comunidades indígenas de Acoria, Colcabamba, Huando, Acostambo, Pillichaca, Huaribamba, Pampas, Pasos, Tongos y otras, armadas de mazas, hondas, lanzas y diversos elementos primitivos. Los comuneros no vestían uniforme ni tenían disciplina militar;

LAS MONTONERAS EN LA SIERRA CENTRAL

DURANTE LA CAMPAÑA DE RESISTENCIA EN LA SIERRA CENTRAL, ANDRÉS AVELINO CÁCERES INICIALMENTE HABRÍA LOGRADO ESTABLECER UNA ALIANZA PLURICLASISTA, QUE POSTERIORMENTE SE DILUYÓ. EN EL SIGUIENTE TEXTO, LA HISTORIADORA CHILENO-ESTADOUNIDENSE FLORENCIA MALLON ENFATIZA LAS RELACIONES DE CLASE QUE SE DIERON EN LA RESISTENCIA DE LA SIERRA CENTRAL DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO.

"Al menos inicialmente, la alianza pareció funcionar mejor en los centros urbanos. Cuando los chilenos invadieron por primera vez la sierra central en mayo de 1881, Cáceres gozó del apoyo de diversos sectores en las ciudades de Jauja, Concepción y Huancayo, incluyendo varios grandes terratenientes (...). Pero en enero de 1882, con la llegada del coronel chileno Estanislao del Canto a la cabeza de lo que probó ser un ejército de ocupación, la situación empezó a cambiar. Conforme los destacamentos chilenos buscaban en las aldeas de la zona provisiones para sostener a tres mil soldados enemigos, los campesinos empezaron a sentir lo que significaba mantener un ejército hostil. Asumiendo más favorablemente la idea de organizar montoneras, las autoridades de las comunidades campesinas de la región respondieron convocando a la población a asambleas y formando bandas guerrilleras. Al no poder contar con el ejército regular de Cáceres, (...), entre febrero y junio las montoneras recién organizadas enfrentaron autónomamente a los chilenos, a menudo combatiendo hasta el último hombre.

Cuando el ejército regular de Cáceres fue capaz de reiniciar el combate en la zona, en julio de 1882, la composición de la alianza nacionalista que lo respaldaba se había alterado notablemente. El campesinado de la región, organizado en bandas guerrilleras crecientemente autónomas, combatía entusiasta y exitosamente en apoyo de los caceristas. […] [Sin embargo] en tanto la región sur soportó la peor parte de la ocupación de del Canto, terratenientes y comerciantes sufrieron exacciones y contribuciones forzadas de los comandantes chilenos (...). Para complicar más las cosas, fue también en el sur que las montoneras campesinas se organizaron más exitosa y militantemente, anotándose importantes victorias parciales contra el ejército chileno. De este modo, fue en la parte sur del valle que los miembros de la élite regional empezaron a preguntarse seriamente si continuar la resistencia podría resultar no solo inútil, sino también peligroso. Con la esperanza de proteger los bienes que les quedaban, tanto del propio campesinado armado y movilizado como de las represalias chilenas, algunos colaboraron abiertamente con los invasores. Otros permanecieron neutrales. En ambos casos, se retiraron de la alianza cacerista, forzando a los jefes de la campaña de la Breña a depender todavía más fuertemente del apoyo campesino. Al calor de la batalla, esta dependencia, al combinarse con confrontaciones cada vez más directas entre campesinos nacionalistas y terratenientes colaboracionistas, generaría una mayor independencia y radicalización entre las montoneras campesinas".

De: Florencia Mallon. "Coaliciones nacionalistas y antiestatales en la guerra del Pacífico: Junín y Cajamarca, 1879-1902". En: Steve Stern (comp.). *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes: siglos XVIII al XX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1990; pp. 229-230.

pero ayudaban con noticias, avisos, propaganda y labores de hostigamiento, y cuando el caso llegaba, combatían fieramente.

CONTRAMARCHA Y CONTRAOFENSIVA DE CÁCERES.- Cáceres marchó de Ayacucho a Huanta, Acobamba y Huancavelica, donde tuvo que demorar tres días con el objeto de procurarse recursos pecuniarios y demás elementos indispensables para movilidad de la tropa. Salió de Huancavelica el 19 de junio con dirección a Izcuchaca que ocupó el 20. Allí encontró más de dos mil guerrilleros y una columna de tropa en estado regular de organización al mando del coronel Miguel Gálvez, dispuestos a seguirle.

Acompañado por sus ayudantes siguió la marcha sobre Ascotambo, Hahuinpuquio, Tongos y Pasos, lugares inmediatos al enemigo, con el objeto de hacer reconocimiento de todas las poblaciones que rodean a Marcavalle y Pucará, pueblos donde estaban situadas las primeras guarniciones chilenas; y, además, para organizar convenientemente otras masas de guerrilleros que asediaban al invasor aunque con mucha desventaja. Su plan era hacer uso de su capacidad de maniobra y del buen aprovechamiento del terreno para encerrar a la división Canto en el valle del Mantaro y cortarle la retirada hacia el norte y hacia Lima.

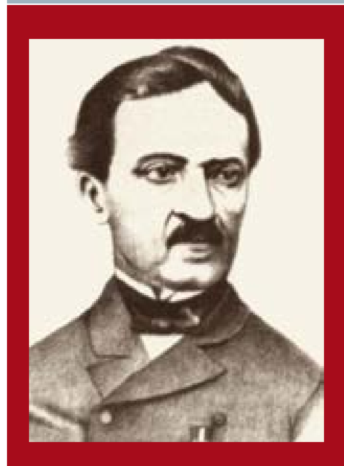
De regreso a Izcuchaca, ordenó la inmediata movilidad de las diferentes divisiones de línea. A la vez dispuso que el coronel Juan Gastó con dos columnas ligeras de infantería marchase sobre Comas por la derecha de Huancayo a organizar las guerrillas por ese lado y a situarse convenientemente entre Jauja y Concepción hasta recibir nuevas órdenes. A este momento precedió la heroica acción de los ciudadanos de Comas bajo el comando de Gerónimo Huaylinos, Manuel Concepción Arroyo, Venancio Martínez y otros; sin disponer de armas de fuego, arrojaron galgas a 32 jinetes chilenos que acarreaban en Sierralumi, un grueso botín de 600 reses, muchas arrobas de mantequilla y otras subsistencias hasta que huyeron los que quedaban vivos (2 de marzo). Se discute la importancia que tuvo en esta jornada el comando de Ambrosio Salazar Márquez; de todos modos, ella fue de mucha significación.

Con el objeto de desconcertar al enemigo y hacerle que distribuyera sus fuerzas y fijase su defensa por varios lados, ordenó Cáceres que las guerrillas de la izquierda del río Jauja, compuesta de las columnas mandadas por los tenientes coroneles, Toledo, Arauco y Mesa, a las órdenes del comandante general Mariano Tafur, asaltasen la guarnición de La Oroya y cortasen el puente; los guerrilleros de Huarochirí debían dar en masa un golpe sobre la guarnición de Chicla. Estos objetivos no llegaron a conseguirse porque faltó el ensamble necesario, no hubo suficiente número de refuerzos para los combates y, en el caso del ataque a La Oroya, los guerrilleros se precipitaron sin esperar la llegada del destacamento de Tafur, a quien Cáceres censura en sus memorias hasta el extremo de atribuirle negligencia y debilidad.

En Marcavalle, el 28 de junio, una compañía del batallón chileno Santiago, que ya había combatido el 3 de ese mismo mes, retrocedió ante las indiadas en una lucha feroz dirigiéndose a Pucará. Al día siguiente, al llegar con sus tropas a Ascotambo, tuvo conocimiento Cáceres de que los montoneros de Pasos se batían duramente con poderosas fuerzas chilenas. De Ascotambo se dirigió a Pasos, campamento general, tanto del ejército como de las divisiones de guerrilleros. Dio entonces la orden del ataque general: en un mismo día y hora (dice en su parte fechado en Tarma el 22 de julio de 1882) se debía asaltar a la guarnición chilena de Concepción que era la retaguardia del enemigo, a la vez que, con el grueso del ejército ir sobre Pucará, Marcavalle, Zapallanga y Huancayo. Así se le comunicó al coronel Juan Gastó.

Todas las luchas que entonces tuvieron lugar se caracterizaron por su crueldad. Como represalias de violencias y muertes, los indios al recibir a Cáceres en diversos lugares, exhibían en la punta de sus lanzas las cabezas y los miembros mutilados de soldados chilenos y en las paredes de las casas se divisaban también los mismos trofeos sangrientos.

MANUEL TAFUR (1816-1883)



El militar limeño, nombrado jefe del Estado Mayor General por Andrés Avelino Cáceres, comandaba las tropas apostadas en la margen izquierda del río Jauja. Desde esa posición, asaltó la guarnición de La Oroya y cortó el puente de dicha localidad. Tafur siguió al mando de las fuerzas caceristas hasta su muerte, ocurrida en la batalla de Huamachuco, el 10 de julio de 1883.

> TERMINADA LA LUCHA, LOS PERUANOS DESOCUPARON LA CIUDAD Y, JUNTO CON ELLOS, EMIGRARON MUCHOS HABITANTES DE ELLA, TEMEROSOS DE LAS REPRESALIAS DEL GRUESO DEL EJÉRCITO CHILENO QUE, EN SU RETIRADA DEBÍA PASAR POR ALLÍ. CANTO LLEGÓ AL DÍA SIGUIENTE. MANDÓ FUSILAR Y DEGOLLAR. TODAS LAS CASAS FUERON SAQUEADAS E INCENDIADAS.

MARCAVALLE Y PUCARÁ.- Las guarniciones chilenas de Marcavalle y Pucará fueron atacadas al rayar la aurora del 9 de julio de 1882. En la noche anterior las fuerzas peruanas ocuparon las posiciones designadas por Cáceres. La segunda división de línea y los batallones de guerrilleros de Acoria, Colcabamba, Huando, Ascotambo y Pillichaca debían atacar, al mando del jefe de Estado Mayor Manuel Tafur, a quien acompañaban los jefes Arturo Morales Toledo y Justiniano Arciniega, por las alturas de la izquierda de donde se domina Marcavalle y Pucará. El centro, dirigido por el coronel Francisco de Paula Secada, comandante en jefe del ejército, y el coronel Manuel Cáceres, estaba a cargo del batallón Tarapacá de la primera división de línea y los guerrilleros de Huaribamba y Pampas, con parte de la artillería. Por la derecha ordenó Cáceres un movimiento de protección con los batallones Zepita e Izcuchaca, los guerrilleros de Pasos y Tongos y la segunda compañía de Pampas. El mismo con el cuerpo de ayudantes, la escolta de honor y cuatro piezas rayadas de artillería se constituyó frente a Marcavalle, hacia el costado derecho y mandó este sector. Los batallones de línea estaban provistos de rifles y los guerrilleros con hondas, garrotes y lanzas.

Los fuegos fueron rotos por tres lados casi simultáneamente. En quince minutos los chilenos emprendieron la retirada para encontrarse con los guerrilleros que ocupaban ya la retaguardia y quedaron varios muertos; sus perseguidores encontraron pertrechos de guerra. Avanzaron sobre Pucará las dos guerrillas del batallón Tarapacá y la columna de Izcuchaca a las órdenes del coronel Miguel Gálvez y los guerrilleros bajo el comando de Domingo Cabrera, Segura y otros jefes. Al cabo de una hora ocuparon Pucará y persiguieron al enemigo hasta Zapallanga desde donde hacían fuego en retirada. "Por nuestra parte (escribió Cáceres en el parte de este combate) solo hemos tenido un muerto y tres heridos, en cambio, se ha tomado de los campamentos asaltados armas, ropa y demás útiles necesarios al ejército".

El 11 de julio desocuparon los chilenos Huancayo por la tarde abandonando considerable material bélico. Al anochecer entraron allí parte de las fuerzas peruanas. Al día siguiente llegó Cáceres con el resto de ellas.

CONCEPCIÓN.- Esta pequeña y pintoresca ciudad de buen clima y pródigos campos está situada en el corazón del valle del Mantaro. Un batallón con el nombre de ella combatió en San Juan y Miraflores, organizado, equipado y sostenido por el coronel concepcionano Juan Enrique Valladares. Varios destacamentos chilenos la visitaron desde comienzos de febrero de 1882. Sacaron de su templo a la imagen de la Inmaculada Concepción y la enviaron a Chile. Hicieron registros en el vecindario y cometieron robos, maltratos y otros atropellos. El 6 de julio de 1882 la guarnición que residía en Concepción fue reemplazada por la que comandó el capitán Ignacio Carrera Pinto, sobrino del ex presidente de Chile Aníbal Pinto. Eran 76 hombres del batallón Chacabuco. Hasta ellos llegaron varias veces avisos o anuncios de un asalto de los guerrilleros.

En la mañana del domingo 9 de julio de 1882 se reunieron en la pampa de Lastay, bajo las órdenes del coronel Juan Gastó que tenía directamente bajo sus órdenes dos columnas con cincuenta hombres, los guerrilleros de Comas cuyo primer jefe era Géronimo Huaylinos, los de Apata comandados por Andrés Avelino Ponce Palacios, así como muchos concepcioninos entre los cuales había ex combatientes en San Juan y Miraflores. Después de deliberar los jefes, acordaron atacar por diversos lados a los chilenos de Concepción, a las dos y media de la tarde. La mayoría de los atacantes estaba armada solo con rejones, lanzas, palos, hondas. Gastó coordinó y organizó el asalto.

Ante la inminencia de la lucha, una parte de los vecinos evacuó la ciudad, acompañados por sus familiares. Los chilenos se parapetaron en su cuartel que era el antiguo convento franciscano y en vano intentaron una salida de él. Según una versión, a eso de las seis de la tarde,

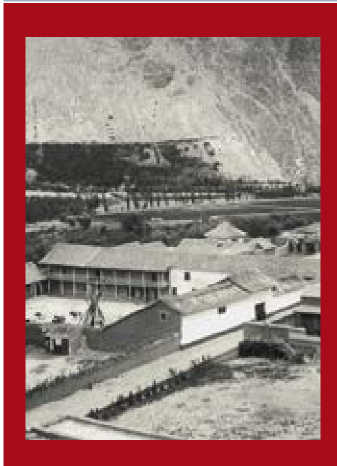
izaron una bandera blanca y, cuando los guerrilleros se acercaron, hicieron descargas sobre ellos. La lucha fue feroz. Además de los de Comas, Apata y Concepción, participaron vecinos de pueblos cercanos. Después de la media noche, sin cesar el combate, el cuartel fue incendiado después de no pocos esfuerzos. Los chilenos se replegaron al patio del cuartel, luego al patio de la parroquia y finalmente, sin dejar de disparar, volvieron al cuartel. Gastó se retiró con sus soldados al amanecer del 10 de julio cuando consideró que su presencia era innecesaria y, además, por la falta de municiones y de bayonetas y para cumplir otras órdenes de Cáceres. Según la versión peruana, a eso de las nueve de la mañana del 10 se rindieron unos diez o doce chilenos y salieron con los brazos en alto, descalzos y sin uniformes. Ya habían sido muertos Carrera Pinto y los subtenientes Julio Montt Salamanca, Luis Cruz Martínez y Arturo Pérez Canto. Los guerrilleros fueron implacables con los vencidos y también con las tres mujeres chilenas que allí estaban y que habían combatido y ayudado a combatir enconadamente. Tuvieron presente no solo que, cuando eran capturados por los invasores se les pasaba inmediatamente por la armas sin piedad, sino, además, las exacciones de la propia guarnición de Concepción y también el hecho de que pueblos enteros como Huaripampa habían sido saqueados e incendiados, con asesinato de las familias que habían buscado asilo en el templo. Solo salvaron un soldado muy joven apellidado Arenaga a quien defendió el mayor Juan Manuel García y continuó residiendo en Apata y allí dejó familia; y un niño de 5 años. Los cadáveres de los vencidos en Concepción fueron horriblemente profanados. Entre los muertos peruanos estuvo Andrés Avelino Ponce, comandante de los guerrilleros de Apata. El comandante Ambrosio Salazar difundió la versión acerca de su actuación principal en esta jornada; pero ello es materia de debate, sin que implique negar que fue uno de los más ardorosos y pertinaces combatientes.

Terminada la lucha, los peruanos desocuparon la ciudad y, junto con ellos, emigraron muchos habitantes de ella, temerosos de las represalias del grueso del ejército chileno que, en su retirada debía pasar por allí. Canto llegó al día siguiente. Mandó fusilar y degollar. Todas las casas fueron saqueadas e incendiadas. Concepción quedó convertida en ruinas. Desaparecieron hasta los libros de cabildo y los archivos parroquiales. A su paso por Matahuasi, San Lorenzo, San Jerónimo y otros pueblos, los chilenos se entregaron también a actos de violencia, como si hubieran querido seguir vengando lo ocurrido en Concepción. Muebles, ropa y mercadería de estos pueblos fueron ofrecidos por los soldados en Jauja a precios ínfimo. Los corazones de los oficiales chilenos que murieron en Concepción fueron enviados a su patria.

LA RETIRADA DE LOS CHILENOS.- Después de llegar el 12 de julio a Jauja, los chilenos desocuparon esta ciudad el 13. Cáceres pasó de Huancayo a Jauja en marchas forzadas en persecución del enemigo que se retiraba de prisa. El 14 de julio llegó Canto a Tarma con su Estado Mayor y durante el resto del día entraron muchos dispersos en gran confusión. La población recibió amenazas y fue obligada a proporcionar víveres y alojamiento. El *pongo* indio Cecilio Simaymanca, de la hacienda Maco, que traía comunicaciones para don Daniel Zapatel, las ocultó sin revelar nada a pesar de que fue sujeto a torturas; logró evadirse del lugar donde estaba preso y sacó las cartas para entregarlas a sus destinatarios. A este humilde indígena debieron la vida no solo Zapatel sino otras personas como los señores Peralta, Medina, Moya y varios más.

En Tarma-Tambo, donde los chilenos colocaron sus avanzadas, hubo combates, así como en San Juan Cruz. En la noche del 17 los chilenos desocuparon Tarma, sin que la población lo supiera. Gran júbilo cundió el 17 ante esta noticia y Cáceres entró en apoteosis, en Tarma el 19. Los chilenos se dirigieron a La Oroya y con las fuerzas de Cerro de Pasco emprendieron la marcha a Lima.

LA VICTORIA DE TARMA



En esta provincia, fundada en 1538 por los conquistadores españoles, ocurrieron varios enfrentamientos entre tropas caceristas y chilenas. En la noche del 17 de julio de 1882, el ejército chileno se vio obligado a abandonar la zona. Tres días después, el general Cáceres hizo su entrada triunfal en esta localidad. La fotografía que vemos aquí corresponde al distrito de Yauli, entre las ciudades de Tarma y La Oroya, a fines del siglo XIX.

EL PLAN DE CÁCERES DE ATENAZAR A LOS CHILENOS NO PUDO CUMPLIRSE; PERO EL CAUDILLO LLEGÓ A LIBRAR VICTORIOSOS COMBATES Y EL DEPARTAMENTO DE JUNÍN QUEDÓ LIBRE, POR SEGUNDA VEZ, DE LOS INVASORES. ESTABA EN CONDICIÓN DE TRIUNFANTE EN JULIO DE 1882.



RESULTADOS DE LA CAMPAÑA DEL CENTRO ENTRE FEBRERO Y JULIO DE 1882.- La campaña de Canto fue un desastre, dice Bulnes. "Emprendida, agrega, en el concepto de ganarse la simpatía de la sierra y de privar de nuevos soldados al ejército de Cáceres, lo que se consiguió fue estimular un levantamiento de odios implacables y dar a Cáceres un poderoso concurso de hombres". El número de las bajas chilenas ascendió a casi el 20% de la división, sin contar los enfermos e inutilizados.

El plan de Cáceres de atenazar a los chilenos no pudo cumplirse; pero el caudillo llegó a librar victoriosos combates y el departamento de Junín quedó libre, por segunda vez, de los invasores. Estaba en condición de triunfante en julio de 1882.

LAS GUERRILLAS EN EL DEPARTAMENTO DE ICA.- La resistencia contra los invasores presentó también otros focos. Uno de ellos estuvo en el departamento de Ica. La ciudad de este nombre fue ocupada en 1881 después de haber sido incendiados Guadalupe y Pueblo Nuevo, por una guarnición al mando del coronel Leoncio Tagle. La ocupación duró hasta el final de la guerra. Hubo en el departamento choques diversos entre los invasores y los guerrilleros. En Tambo de Mora fueron muertos aquellos, lo cual dio pretexto para que fuese incendiada la hacienda Larán. Los guerrilleros de Sunampe derrotaron a las fuerzas del batallón *Rengo* el 5 de mayo de 1882; el comandante Alamos con numerosas fuerzas, se dirigió a ese pueblo, fusiló a los pocos ancianos que allí encontró y ordenó, además, quemar el caserío y destruir algunas bodegas de licores.

Otros encuentros tuvieron lugar; entre ellos, el 2 de setiembre de 1882, en Guadalupe, población cercana a Ica que fue incendiada nuevamente por el enemigo y, el mismo día, en el punto denominado Arenal.

[IV]

NÉSTOR BATANERO.- Entre los muchos héroes de la guerra con Chile que no han obtenido el reconocimiento nacional está Néstor Batanero. Niño de 14 años, se presentó como voluntario en su ciudad natal Cajamarca, en el batallón que mandaba el coronel Lorenzo Iglesias. Poco tiempo después estaba en Lima con el grado de subteniente, en las filas del batallón Cajamarca N° 3. Valientemente combatió en Chorrillos y Miraflores. En el Morro Solar al ver que ya la resistencia era imposible, se envolvió en la bandera de su batallón y, echándose a rodar, cayó a la playa y se dirigió luego a la capital después de haber salvado así el estandarte de esa unidad. Terminada la campaña de Lima con la batalla de Miraflores, volvió nuevamente a Cajamarca y sentó plaza en el cuerpo denominado Libres de Trujillo, con el grado de teniente. En esta condición participó en el combate de San Pablo. En un momento de desorden en que comenzaba a ceder la primera sección de las tropas peruanas, contuvo a un pelotón de soldados y al frente de solo siete hombres se batió con tal bravura que contribuyó a dar tiempo para que llegara la segunda división y se pudiese obtener la victoria.

En San Pablo perdió la vida este niño. Su cadáver, según se dijo, quedó en pie, apoyado en un rifle. Fue sepultado luego en la capilla de San Pablo por orden de Miguel Iglesias.

MANUEL ESPÍRITU MELGAREJO SÁENZ.- La ley de 20 de noviembre de 1901 otorgó premios a los sobrevivientes de la batalla de Tarapacá y San Pablo y a los deudos de los que murieron en ellas. A Manuel Espíritu Melgarejo Sáenz, oriundo de Pomabamba, "cholazo peloduro", capitán del batallón Trujillo en San Pablo le correspondió ostentar así una medalla de oro. No se la dieron. En 1962, más de sesenta años después, ella fue entregada a Dolores Melgarejo Jara, anciana de 88 años, hija del héroe.

[1]


[2]


HÉROES DE LA BREÑA. El Estado Mayor de la Breña (2), compuesto por los hombres que se unieron a Cáceres durante su lucha, estuvo integrado por (primera fila) el teniente coronel Ricardo Bentín (jefe de ayudantes en Huamachuco), sargento mayor Hildebrando Fuentes, coronel Mariano A. del Alcázar, teniente coronel Francisco J. Márquez, teniente coronel Manuel Bedoya, coronel Justiniano Borgoño (jefe del batallón Zepita en Huamachuco), coronel Felipe S. Crespo (jefe del batallón Marcavalle en Huamachuco), general en jefe Andrés A. Cáceres, sargento mayor Esteban Lazurtegui, sargento mayor M. Eduardo Lecca, doctor Pedro M. Rodríguez, coronel Luis Ibarra, doctor Manuel Patiño Zamudio. (segunda fila) el teniente coronel Gaspar Tafur, capitán de fragata José Gálvez, coronel Abraham Acevedo, sargento mayor Carlos Alcázar, sargento mayor Ignacio del Vigo, sargento mayor Pedro Silva, sargento mayor Abel Químper, sargento mayor Félix Costa Laurent, sargento mayor Eulogio Cavero, sargento mayor Alejandro Torres (oficial de órdenes). También se aprecia aquí el álbum de firmas (1) que los combatientes de la batalla de Huamachuco le regalaron a Cáceres.

ZOILA CÁCERES (1872-1958)



La escritora limeña, hija del general Andrés Avelino Cáceres, acompañó a sus padres durante la campaña de La Breña. Estudió en el colegio Belén, y luego en Europa. Entre 1902 y 1906 estudió en la Escuela de Altos Estudios Sociales de la Universidad La Sorbona (Francia). Junto a su padre, vivió en Italia y Alemania entre 1905 y 1914. De vuelta a Lima, colaboró con el diario *El Comercio* y se dedicó a apoyar movimientos de reivindicación de la mujer y los trabajadores, así como al desarrollo de la educación.

SAN PABLO: VICTORIA CAJAMARQUINA.- Una expedición chilena había avanzado hasta Cajamarca a fines de junio. Como los soldados invasores se dedicaron al robo, un grupo de mujeres del barrio de San José los atacaron a pedradas y garrotazos y algunos "cupos" las ayudaron. Como del cuartel salieron luego disparando sus armas por las calles, la gente del pueblo resolvió atacarlos. En esa noche del 28 de junio, grupos de los barrios de San José, San Sebastián y San Pedro así lo hicieron con poquísimas armas. Los chilenos evacuaron Cajamarca en la madrugada siguiente. Su objetivo fue ocupar San Pablo. En el camino, en Huambocancha, fusilaron a unos indígenas que habían muerto a palos a un soldado de su nacionalidad, autor de la violación de una infeliz mujer.

Enardecida la gente de estos barrios de Cajamarca, acordó atacar a los enemigos en San Pablo, formar el batallón Vengadores de Cajamarca y llamar para esa empresa a las fuerzas peruanas estacionadas en Chota para lo cual despacharon un expreso al jefe político y militar del Norte.

En el batallón Vengadores de Cajamarca estuvieron representados diversos gremios y sectores incluyendo abogados, militares, obreros y muchísimos estudiantes. Pero el batallón no pudo obtener armas y quedó disuelto. El 11 de julio salió en dirección a San Pablo la Columna de Honor popularmente bautizada como "Lagartos", seguida por muchos soldados del "Vengadores", Libres de Trujillo, el Callao N° 2, el Trujillo N° 1 y la Columna Naval.

Al amanecer del 13 de julio de 1882 se libró la sangrienta batalla de San Pablo. Al comienzo triunfaron los chilenos cuyas fuerzas se componían de una columna del batallón Talca, otra del Concepción y un destacamento de Granaderos a Caballo, al mando del mayor Luis Saldes. Unos trescientos cadáveres de los atacantes quedaron en el campo y los vencedores una vez más, fueron al "repaso". Pero hubo un nuevo ataque de los cajamarquinos. Los chilenos fugaron hasta Pacasmayo e incendiaron a su paso varios lugares.

Los muertos por ambas partes quedaron, a veces, a la distancia de un rifle unos de otros.

Esta victoria peruana provino de una voluntad de lucha desesperada de la colectividad cajamarquina patriota. Un sector de ella hubiera querido la paz, y según Vicente Pita, actor y testigo de la jornada, la actuación del jefe del Estado Mayor, Lorenzo Iglesias, estuvo lejos de merecer elogios, inclusive por no haber aceptado la colaboración del Dr. José Mercedes Puga, su enemigo político. Miguel Iglesias, general en jefe del ejército del Norte, no participó en la lucha, aunque rindió cálido homenaje a los vencedores en su proclama del 16 de julio en que no aludió a los "Vengadores" sino, después de enumerar a los cuerpos que tan valientemente combatieron, a los ciudadanos armados.

¿CUÁLES FUERON LAS CONSECUENCIAS DE SAN PABLO?.- En la honrosísima jornada de San Pablo no actuaron la magia de un gran caudillo, ni los cálculos de un estratega. Fue una espontánea explosión popular contra los invasores, una demostración más de que ellos, a pesar de todas sus ventajas, no eran invencibles. Tampoco inició una campaña regional o local, como respuesta a la humillación sufrida por los veteranos que mandó el mayor Luis Saldes; fueron terribles represalias, o sea la aplicación sin escrúpulos de lo que llamaron en la Primera Guerra Mundial los alemanes *Schreckenkrieg*, la guerra del terror. Una de las consecuencias de San Pablo fue ahondar y precipitar el movimiento en favor de la paz que precisamente Miguel Iglesias, sus familiares y amigos políticos, encarnaron.

PIÉROLA Y CÁCERES.- En la página XXXI de los documentos que acompañaron al libro de Zoila Aurora Cáceres, hija del caudillo de la Resistencia, titulado *La Campaña de la Breña. Memorias del Mariscal del Perú, D. Andrés A. Cáceres* (Lima: Imprenta Americana, 1921), se copia textualmente el siguiente decreto de Piérola fechado en Jauja el 1° de febrero de 1881:

NICOLÁS DE PIÉROLA etc, etc.

Por cuanto: en el supremo decreto expedido el 1° de febrero, se dispone el ascenso del Coronel don Andrés A. Cáceres a la clase de General de Brigada por su distinguido comportamiento en las jornadas de San Juan y Miraflores que tuvieron lugar el 13 y 15 de enero último; he venido en conferirle la clase de General de Brigada de los Ejércitos de la República, con la antigüedad de 13 de enero del presente año.

Dado en Jauja, a primero de febrero de mil ochocientos ochenta y uno.

N. DE PIÉROLA.
Aurelio García y García.

Cuando falleció el mariscal Cáceres, la revista semanal limeña *Variedades* le dedicó un número especial en el que se destaca una interesante información fotográfica. Allí están las presillas del general que según dice la nota respectiva, fueron obsequiadas por Piérola.

Francisco Belaúnde Terry publica en *El Comercio* de Lima del 25 de enero de 1979 la siguiente carta originada por el hecho de que la Asamblea reunida en Ayacucho otorgó al Dictador de 1879 el grado de General que, por lo demás, no fue aceptado. Dicha carta dice así:

Matucana, octubre 9 de 1881
Excmo. Sr. Gral.
Dr. Don Nicolás de Piérola
Excmo. Señor.

Por el último correo he tenido conocimiento que la Asamblea Nacional ha ascendido a V. E. a General de División.

Aunque los servicios prestados por V. E. al país son de tal naturaleza que nada podría recompensarlos debidamente, sentíase la necesidad de que la gratitud nacional, tan explícita en este punto, tuviera un signo de manifestación y este acto de la más estricta justicia ejercida por la Asamblea ha venido a satisfacerlas, interpretando el sentimiento unánime de todos los pueblos de la República, que recibirán con verdadero júbilo la nueva de tan fausto acontecimiento.

Por mi parte lleno del más completo regocijo saludo a V. E. rogándole que acepte, por este motivo, mis más sinceras felicitaciones.

Con sentimientos de la más alta consideración y estima soy siempre de V. E. attmo. amigo y S. S.

ANDRÉS A. CÁCERES

Cuando a los ocho meses de producidas las derrotas de San Juan y Miraflores, Cáceres le dice a Piérola que sus servicios prestados al país "son de tal naturaleza que nada podría recompensarlos debidamente", está enfrentándose a la intensa campaña para satanizar a quien luego, trece años más tarde, en 1894-1895 sería su implacable enemigo.


La Campaña de La Breña

Memorias del Mariscal del Perú
D. Andrés A. Cáceres

NARRACION HISTORICA
ESCRITA POR
Z. AURORA CACERES
(Evangelina)

TOMO I

AÑO 1881

LIMA
1921

El libro *La Campaña de La Breña. Memorias del Mariscal del Perú D. Andrés A. Cáceres* fue escrito por su hija Zoila Cáceres Moreno y publicado en 1921. En él, recopiló las memorias de su padre, en las que este relataba las batallas, los recorridos, las estrategias, y otros hechos relacionados con la resistencia en la sierra durante la ocupación chilena de nuestro país. Incluía también documentos varios, como decretos, cartas y mapas, entre otros.

[TOMO 9]



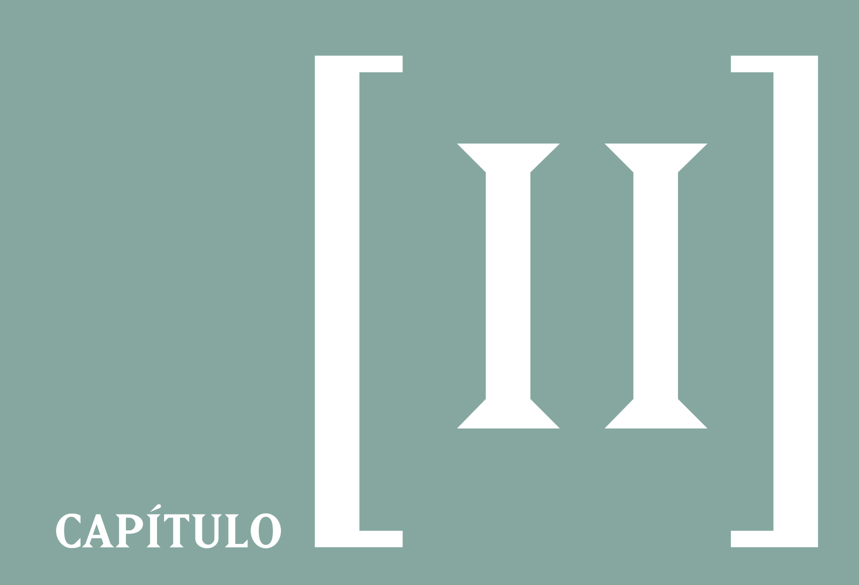
[**CUARTO PERÍODO:** LA GUERRA CON CHILE]

CAPÍTULO II • **I** Planes chilenos y bolivianos para la tregua. Gestión boliviana ante el gobierno de Montero • Gestión Da Ponte Ribeyro para una mediación entre Chile y Montero • **II** García Calderón en Valparaíso, Santiago y Quillota • Presiones de Chile sobre García Calderón • García Calderón y la tregua • ¿Hubo relación entre el levantamiento en el interior del Perú y la idea de la desocupación sin tregua? • La desocupación como hecho probable a mediados de 1882• Los dos hechos que cambiaron la situación • **III** Logan y García Calderón • La reunión de Angol • Presión de Logan sobre García Calderón • Las siete fórmulas de Logan • Discrepancias entre Logan y García Calderón • El ultimátum a García Calderón • Los ataques contra la honra de García Calderón • Una entrevista a García Calderón en Rancagua • **IV** La carta de Logan a Montero en noviembre de 1882 para que aceptara la paz chilena inevitable • La condenatoria respuesta de García Calderón a la carta de Logan a Montero • Eliminación de Logan, repudiado por los peruanos • Efigie de García Calderón • **V** Altivas gestiones de Piérola en Estados Unidos • **VI** Montero en Arequipa • Algunas de las exacciones unidas a la ocupación en el norte • **VII** El general Iglesias, la lucha contra el enemigo y los excesos de la ocupación • El *Schreckenkrieg* (la guerra del terror) • El "grito de Montán" • Los dilemas que planteó Julio S. Hernández • La convocatoria a la Asamblea de Cajamarca • El repudio a Iglesias • El funcionamiento de la Asamblea de Cajamarca • La condena de Iglesias por el gobierno de Montero • El Congreso de Arequipa • La aprobación de la pérdida de Tarapacá por el Congreso de Arequipa • La debilidad política del régimen de Montero • Cuatro asambleas legislativas peruanas después de la pérdida de Lima • La embarullada situación a principios de 1883 • Desconfianza inicial de Chile ante Iglesias • Negociaciones personales entre Químper y Santa María • Factores que gravitaron sobre la actitud chilena a comienzos de 1883 • La gestión de Partridge con los diplomáticos europeos • Frelinghuysen desautoriza la gestión de Partridge y enuncia una fórmula para la paz • La dura opinión de Evaristo Gómez Sánchez sobre la intervención de Estados Unidos • El apoyo de Chile a Iglesias y la colaboración de Lavalle con este caudillo • Opinión de García Calderón en enero de 1883 sobre la solución de los asuntos peruanos por medio de una Asamblea Constituyente • García Calderón y Montero en febrero y marzo de 1883 • Correspondencia entre García Calderón e Iglesias • Conversaciones entre Lavalle y Santa María sobre la paz • Lavalle y García Calderón • El convenio peruano-chileno de mayo de 1883 • Las condiciones de paz aceptables para Montero • La versión de García Calderón sobre lo que ocurrió en 1882 y 1883 • Ayuda chilena a Iglesias • La propagación del régimen de Iglesias • Quiénes estuvieron a favor de la paz • El caso de Luis Milón Duarte • La fuerza política alrededor de Iglesias. Julio S. Hernández • El Partido Nacional • El significado de Iglesias.

EL ACOSADO CAUTIVERIO DE GARCÍA CALDERÓN

INTRIGAS Y VACILACIONES DE 1882 A MEDIADOS DE 1883

El *Schreckenkrieg* (guerra del terror) en el norte del Perú.
El impotente gobierno de Montero y el inesperado movimiento pacifista de Iglesias. Qué peruanos estuvieron a favor de la paz



[I]

P LANES CHILENOS Y BOLIVIANOS PARA LA TREGUA. GESTIÓN BOLIVIANA ANTE EL GOBIERNO DE MONTERO.-

Desde comienzos de 1882 principió a ganar adeptos en algunos sectores chilenos la idea de retirarse al río Sama desocupando el resto del Perú.

Esta fórmula, acompañada por la de una tregua, fue planteada el año anterior en unas conversaciones entre el general Heliodoro Camacho y Domingo Santa María, que poco después llegó a la Presidencia de Chile, y fue sugerida al político boliviano Mariano Baptista por el dirigente civil chileno Eusebio Lillo en conversaciones que tuvieron lugar en Tacna en enero de 1882. Aunque se trató de un acto oficioso y confidencial, Lillo procedía bajo la inspiración de su Gobierno. Baptista recomendó el asunto a su propia Cancillería.

Con carácter secreto (y sin que los hombres públicos peruanos lo supieran entonces) Baptista llegó a acordar con Lillo, para después de la tregua, la entrega a Chile del litoral boliviano, a cambio de Tacna y Arica, previo un período de ocupación chilena. Después del tratado de paz debía firmarse uno de alianza con facilidades comerciales para el país del altiplano. La acción de Bolivia, separada de su aliado, fue desbaratada por el ministro norteamericano en ese país, Charles Adams, porque según manifestó contradecía los propósitos del Departamento de Estado en Washington. Aquellos eran todavía los días de Blaine. Baptista fue retirado de Tacna.

Sin embargo, en mayo de ese mismo año de 1882 se inició ante el gobierno de Montero, que funcionaba entonces en Huaraz, la misión del político boliviano Juan C. Carrillo. Para obtener un salvoconducto chileno con el fin de viajar a Lima, Carrillo llegó a afirmar en reserva a los dirigentes de la ocupación que pretendía dar un paso decisivo y último en favor de un tratado de paz entre Bolivia y Chile en armonía con el Perú y que su propósito era romper la alianza si Montero no optaba por un camino racional.

Carrillo, al llegar a Lima, después de tratar con los delegados del régimen de Huaraz, Elías y Candamo, tuvo dos conferencias con Ramón Ribeyro nombrado ministro plenipotenciario de esa facción. Empezaron dichas entrevistas el 27 de junio de 1882 y duraron hasta el 29 de junio. Carrillo adujo que nada eficaz podía esperarse de la intervención de Estados Unidos, después del protocolo de Viña del Mar al cual ya se ha hecho referencia en capítulo anterior; y que no podía pensarse tampoco en una reacción militar de los aliados. Preferible venía a ser, en su concepto, aplazar la paz hasta cuando sea posible discutir sus términos tranquilamente, ir a una fórmula transitoria que permitiese buscar oportunidades y combinaciones propicias para una mejor solución en el futuro. También en estas conferencias se trató, entre otras cosas, la de la posible resistencia que Arequipa podría ofrecer a los chilenos. Carrillo la consideraba sin importancia y Ribeyro, en cambio, la creía susceptible de suscitar una campaña tan seria y de tanta envergadura como la de Lima. En cuanto a la situación existente, Ribeyro dijo que la guerra era impracticable en condiciones que permitieran esperar algo de ella y que, a la vez, la paz que Chile pretendía imponer no podía ser aceptada. No se oponía a la tregua; pero quería conocer las condiciones chilenas para ella, la línea de ocupación militar y la manera como se iba a entender el *statu quo* en los territorios provisionalmente ocupados, pues deseaba evitar que surgiese, en forma velada, una amputación del territorio nacional. Además, presentó el argumento de

que el régimen de Montero no había sido reconocido por Chile y que le sería indecoroso tomar la iniciativa sobre el particular. También expresó su inquietud sobre lo que podría ocurrir en la hipótesis de que, firmada la tregua, no hubiera luego acuerdo entre las partes en cuanto a los términos de la paz. Terminó Ribeyro con la afirmación de que carecía de instrucciones para llegar a una conclusión o acuerdo definitivo, por lo cual solo podrían consignarse sus opiniones personales, en un protocolo *ad referéndum*. Carrillo se manifestó sorprendido y contrariado por esta última actitud y las conversaciones terminaron.

En un acta del Consejo de Ministros en Huaraz el 3 de julio de 1882 se expresó el punto de vista de Montero, y de su canciller Mariano Álvarez. Según Montero, la cuestión previa para la tregua era que Chile pusiera en libertad a García Calderón y que reconociese a su régimen. El canciller Álvarez expresó la ilusión tenaz en una acción de Estados Unidos o de los países de América del Sur; y se manifestó opuesto a la tregua que no era sino una dulcificación de la conquista del territorio peruano, dadas las condiciones que Chile tenía que imponer en los departamentos que se proponía seguir reteniendo. Como otra alternativa planteó Álvarez la posible desocupación sin tregua de todo el norte del Perú, con Lima y la sierra, por la sola fuerza de las cosas, abrumado el vencedor por el peso que tenía que sostener a consecuencia de la situación entonces existente. Se deduce que la desocupación del norte sin tregua le parecía mejor. Lo que Álvarez no podía saber es si los chilenos la hubiesen llevado a la práctica sin infligir tremendos daños al Perú.

Carrillo llegó a viajar a Huaraz y tuvo el 15 de julio una entrevista con Álvarez. Este planteó la cuestión previa de que no se había producido una autorización del Congreso peruano sobre la tregua, o sea que no se había expresado la opinión pública; y también que Chile no reconocía a su Gobierno y que por ello le estaba vedado hacer propuestas. A lo primero repuso Carrillo que Montero ejercía una función representativa y tenía medios para consultar y para orientar a la opinión; y a lo segundo, que el cuerpo diplomático residente en Lima podía prestar sus buenos oficios con el fin de facilitar la inteligencia entre los beligerantes. Álvarez planteó el reconocimiento previo, sin la condición de aceptar los términos de la tregua que a Chile le conviniese otorgar; asimismo pidió la libertad de García Calderón. Carrillo repuso que el hecho de discutir la tregua implicaría el reconocimiento de Chile a Montero y sin perjuicio de que luego pudiera venir una falta de acuerdo en cuanto a los términos de ella; añadió que la situación de García Calderón podría ser objeto de una negociación distinta. Álvarez presentó luego el argumento de las gestiones ante el Gobierno norteamericano en las que, dijo, confiaba todavía, citó el proyecto de ley chileno sobre anexión de Tarapacá y Atacama; y anunció el viaje de Montero al centro y al sur del Perú, donde se proponía explorar la opinión de los pueblos. Como punto de vista personal, terminó declarando que la tregua con la posesión por parte de Chile, durante ella, de Atacama, Tarapacá y Tacna era el modo de encaminarse disimuladamente a la adquisición definitiva de esas provincias, contra lo declarado por Bolivia y el Perú, países a los que no convenía esa cesión ni con la etiqueta de provisional. Cosa distinta sería (terminó diciendo) la tregua con la garantía hecha por una tercera potencia de que la suspensión de las hostilidades iba a tener por objeto facilitar los medios de entrar en discusión sobre todas las condiciones de la paz, sin imponer ninguna previamente y sin dar lugar a la enajenación de la propiedad territorial del Perú y Bolivia. Así terminó la gestión de Carrillo que tuvo el interés de aclarar la posición del gobierno de Montero entonces. Era ella la siguiente: no aceptar la cesión territorial, no hacer la guerra, no buscar fórmulas viables para la paz, rehuir la tregua y al parecer, esperar que, de hecho, Chile se retirase al fin al sur del río Sama, lo cual hubiera implicado la desocupación del norte y de la sierra peruana quedándose con los territorios que los políticos de ese país no se decidían a entregarle como precio de la derrota.

El fracaso de la misión Carrillo fue conocido por los chilenos Lynch y Novoa en Lima de labios del propio negociador boliviano. En el Perú, les dijo Carrillo (según carta de Novoa a Aldunate) se padecían ilusiones que iban conduciendo a este país a la ruina y al aniquilamiento. No tenían



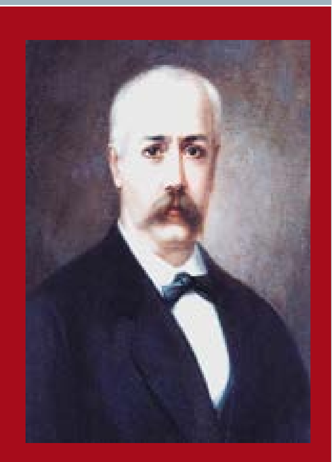
CON CARÁCTER SECRETO (Y SIN QUE LOS HOMBRES PÚBLICOS PERUANOS LO SUPIERAN ENTONCES) BAPTISTA LLEGÓ A ACORDAR CON LILLO, PARA DESPUÉS DE LA TREGUA, LA ENTREGA A CHILE DEL LITORAL BOLIVIANO, A CAMBIO DE TACNA Y ARICA, PREVIO UN PERÍODO DE OCUPACIÓN CHILENA.



cómo hacer la guerra y rehusaban la paz. Agregó que no había encontrado en el Perú hombres de Estado capaces de asumir la responsabilidad que las grandes situaciones demandan.

El ministro de Montero en Bolivia, Manuel María del Valle, se excusó de entrar en conversaciones sobre el llamado "medio transitorio de la tregua". Pero, en una acción separada de la misión Carrillo, convino del Valle con el ministro de Relaciones Exteriores boliviano, Zilveti, en que, conjuntamente, los dos países pidieran la intervención norteamericana, provocada antes solo por el Perú. Esta gestión, llevada a cabo después del fracaso de la misión Carrillo, no tuvo efecto, por la negativa del Secretario de Estado Frelinghuysen.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA (1831-1886)



El abogado, historiador y político chileno vivió en Perú en la década de 1860. Fue negociador de su país durante el conflicto de 1866 con España, senador por Santiago en 1876, y diputado por Coquimbo entre 1879 y 1885. En 1882, propuso la desocupación de Lima y el norte del Perú, que no se concretó sino hasta 1883.

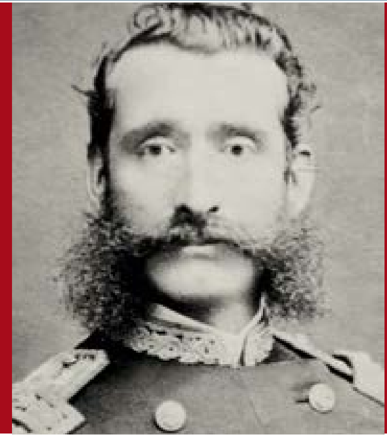
GESTIÓN DA PONTE RIBEYRO PARA UNA MEDIACIÓN ENTRE CHILE Y MONTERO.- A comienzos de junio de 1882 surgió la gestión del ministro del Brasil en La Paz J. Da Ponte Ribeyro de paso en Lima. Se ofreció para servir de mediador entre Chile y el gobierno de Montero. Esta gestión infructuosa tuvo, sin duda, conexión con la misión Carrillo; recuérdese que este mencionó a Álvarez como un hecho posible los buenos oficios del cuerpo diplomático. El comité de Montero con el que trató Da Ponte Ribeyro estaba formado por los señores Candamo, Elías y Varela y pidió la libertad de García Calderón. El agente de Cáceres en contacto con dicho comité (según Bulnes) era en Lima Manuel Químper. Acaso se refería a José María Químper.

[II]

GARCÍA CALDERÓN EN VALPARAÍSO, SANTIAGO Y QUILLOTA.- García Calderón llegó cautivo a Valparaíso el 16 de noviembre de 1881. Desembarcó ante una muchedumbre congregada para conocerlo y fue conducido a la Intendencia. Recibió en esta oficina diversas muestras de cortesía, compensadas en alguna forma por la gentileza del comandante de marina Oscar Viel que le ofreció su compañía para ir en su coche al hotel donde debía alojarse, pagando el gasto del vehículo. Según le dijo el intendente, carecía de instrucciones sobre lo que debía hacer. Debieron ellas demorar dos días porque al cabo de ellos se le ordenó viajar en tren a Quillota. En la estación fue recibido por el jefe de policía que lo llevó hasta el despacho del gobernador y de ahí se le condujo a un modesto hotel. Lo acompañaron en todos estos trajines Manuel María Gálvez y el comandante Pedro Gárezon. He aquí cómo describió su alojamiento.

LIZARDO MONTERO (1832-1905)

EL CONTRALMIRANTE PIURANO LLEGÓ A SER PRESIDENTE EN UNO DE LOS MOMENTOS MÁS DIFÍCILES DE LA HISTORIA POLÍTICA PERUANA.



Ingresó a la Escuela Naval a principios de la década de 1850. Siete años más tarde, a bordo de la fragata *Apurímac*, apoyó la revuelta de Vivanco. Entre 1858 y 1862 viajó a España.
En 1865, apoyó a Prado en su golpe de Estado contra Pezet. Por ello, fue ascendido a capitán de corbeta y estuvo al frente de la escuadra peruana durante el conflicto de 1866.

"Toda la casa se compone de seis u ocho dormitorios, un pequeño salón y un comedor; y el centro del cuadro tiene pretensiones de huerto y jardín. El señor Gálvez y yo fuimos instalados en un cuarto que nos hizo acordar de los tiempos del colegio: estando acostados podíamos estrecharnos las manos ante de dormir y saludarnos de igual modo al despertar. Delante de esa habitación, había un corredor con tan bajo techo que, puestos de pie, tocábamos con las manos sus viejas y ennegrecidas tablas, y las mamparas, no puertas que cerraban los cuartos, tenían papel o trapos en los cuadros de que habían huido los vidrios. Delante de nuestra puerta, una lora colgada en un aro de fierro, entonaba cuecas a toda hora y cantaba coplas de amor. Llegada la noche en una cantina próxima a nuestro cuarto y en el comedor se apuraron muchas copas; y hubo bureo y jarana".

Más tarde los prisioneros fueron autorizados a viajar a Santiago, a tres horas de Quillota aproximadamente, por ferrocarril. En la capital, el presidente de la Magdalena recibió implacables ataques de algunos periódicos; fue calificado con los adjetivos más duros, entre ellos el de traidor a América porque parecían posibles una protesta de Estados Unidos por su prisión y una nueva gestión de paz sin cesión de territorio. Después de veinte días se le dio la orden de retornar a Quillota. Allí volvió a experimentar las incomodidades antes padecidas hasta que se puso a su disposición como alojamiento una bonita quinta en que pudo establecerse con comodidad sin más gravamen para el Gobierno de Chile que el del arrendamiento de ese inmueble. Su esposa Carmen Rey Basadre de García Calderón, su madre política Carmen Basadre de Rey y su cuñado José Santiago Rey Basadre se reunieron con él. Después de algunos meses, Gálvez obtuvo su libertad. Gárezon siguió como compañero del Presidente cautivo.

PRESIONES DE CHILE SOBRE GARCÍA CALDERON.- García Calderón fue objeto de diversas clases de presiones en su destierro. Una de ellas consistió en la iniciación de un juicio criminal contra él por el supuesto delito de emisión fraudulenta de billetes fiscales, en relación con los que fueron emitidos para el pago del millón mensual cobrado por los chilenos en Lima. Replicó García Calderón que un acto administrativo no constituía delito y que, en todos caso, no podía ser juzgado sino por la Corte Suprema del Perú, previa acusación de las Cámaras. Después de haber sido suspendido y reanudado este proceso, según la circunstancias, la Corte Suprema de Chile acabó por declarar, en una actitud que la enaltece, que no tenía

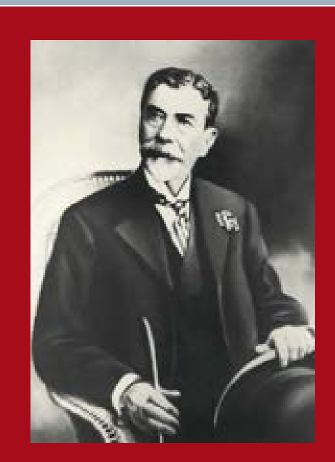


GARCÍA CALDERÓN LLEGÓ CAUTIVO A VALPARAÍSO EL 16 DE NOVIEMBRE DE 1881. DESEMBARCÓ ANTE UNA MUCHEDUMBRE CONGREGADA PARA CONOCERLO Y FUE CONDUCIDO A LA INTENDENCIA.



En 1871, Montero estuvo entre los fundadores del Partido Civil. Fue elegido senador por Piura, y cinco años más tarde, ascendido a contralmirante. Tras la declaratoria de guerra, Prado lo nombró jefe político y militar de los departamentos del sur.
Luego de la derrota en la campaña naval pasó a Lima, donde Piérola lo integró al Estado Mayor. Luchó en San Juan y Miraflores, y tras la ocupación marchó a Huaraz, como jefe político y militar de los departamentos del norte. En 1881 fue elegido vicepresidente del gobierno de García Calderón. Tras su deportación, Montero se convirtió en presidente provisorio e inició negociaciones con el Gobierno chileno. Su negativa a la cesión de territorios, lo obligó a trasladar el Congreso a Arequipa. Salió del país tras la firma del Tratado de Ancón, en 1883. En 1890, ya de vuelta, fue senador por Piura.

ANDRÉS AVELINO ARAMBURÚ (1845-1916)



En 1882, el periodista limeño fue confinado en Angol, ciudad chilena al sur de Santiago, debido a su actividad política y militar. Lo acompañaban, entre otros, José María Químper, José Antonio García y García, y Manuel Candamo. Aramburú fue colaborador de los diarios *El Comercio*, *La voz del Patriotismo* y *El Nacional*, y fundador de *La Opinión Nacional*. Además fue secretario del presidente García Calderón. En 1883, volvió al Perú y apoyó al régimen de Iglesias. Un año más tarde fue diputado por Chancay en la Asamblea Constituyente que aprobó el Tratado de Ancón.

jurisdicción. Sufrió, al mismo tiempo, García Calderón frecuentes traslados de domicilio y estuvo expuesto a veces a injurias y desmanes.

GARCÍA CALDERÓN Y LA TREGUA.- García Calderón desde el cautiverio, se puso a trabajar también a favor de la tregua. "Aunque escribí a varias personas instándoles y rogándoles que pensasen en la celebración de una tregua, mi consejo no fue atendido (dijo en su carta a Iglesias de 8 de febrero de 1883); y más tarde los señores representantes del Gobierno de Huaraz en Lima me dijeron que este no haría tregua ni paz y que yo podía proceder como me pareciera más conveniente. Grave era la situación creada por tan explícita declaración y mucha la dificultad de hacer algo hallándome prisionero. No obstante, me dedique a la obra con afán; y en los primeros días de agosto las condiciones de una tregua estuvieron casi arregladas. Pero sobrevinieron los acontecimientos de Junín y no puede seguir negociando". Se refiere a la sublevación de la sierra central que concluyó con la expedición Canto.

¿HUBO RELACIÓN ENTRE EL LEVANTAMIENTO EN EL INTERIOR DEL PERÚ Y LA IDEA DE LA DESOCUPACIÓN SIN TREGUA?.- Bulnes cree que ese levantamiento general en el interior contra las guarniciones chilenas, a partir de julio, que produjo sucesos memorables como el combate de Concepción, tuvo relación con las negociaciones entonces llevadas a cabo y que fue instigado desde Lima. Si así ocurrió (y no hay pruebas, salvo los indicios de que participó en dichos tratos el comité capitalino de Montero conectado con agentes de Cáceres) no debió haber sido para propiciar la tregua que Da Ponte Ribeyro estaba inclinado a favorecer, que García Calderón propugnaba desde la prisión y que Carrillo no había podido hacer aceptar a Ribeyro y Álvarez. El plan debió haber sido procurar lisa y llanamente la desocupación sin tregua de la que Álvarez llegó a hablar a Carrillo.

LA DESOCUPACIÓN COMO HECHO PROBABLE A MEDIADOS DE 1882.- La idea de ir a la desocupación del Perú aun cuando no se obtuviera tregua siguió rondando a los dirigentes de la política chilena después de la intensificación de la campaña de la sierra. Llegó a ser debatida en el Congreso. Vicuña Mackenna la formuló en una interpelación en el Senado que tenía dos partes: el Gobierno debía preparar el abandono de Lima y de todo el norte del litoral peruano; y, en caso de que ello no fuera posible, debía dar un rumbo más vigoroso a la guerra para que sirviese de apremio efectivo al enemigo.

El presidente Santa María era decidido partidario de la desocupación, o sea de establecerse en la línea de Sama. Miraba con recelo el anuncio de la próxima llegada del ministro norteamericano Logan. A su juicio, prolongar la ocupación no cambiaba la faz de las cosas ni acercaba a la liquidación de la guerra, sino creaba intereses antagónicos "con la paz misma, con nuestra moralidad, con nuestro presupuesto y nuestro porvenir". En agosto de 1882 podía esperarse que el retiro chileno del Perú iba a ser un hecho inminente.

LOS DOS HECHOS QUE CAMBIARON LA SITUACIÓN.- Los acontecimientos comenzaron a tomar otro giro con la llegada del ministro norteamericano Logan tan favorable a los chilenos; y, sobre todo, con el "grito de Montán" dado por Iglesias.

Se ha afirmado, por algún escritor peruano, que si se hubiera producido la desocupación hasta la línea de Sama, habría sido algo así como una victoria. No es el punto de vista chileno. Según él, junto con esta retirada habrían venido, inexorablemente, el aniquilamiento de la

resistencia de Arequipa y la paz con Bolivia. Tarapacá había empezado ya a rendir sus frutos a los nuevos ocupantes. Tacna y Arica hubieran tenido que sufrir el peso del ejército allí concentrado. El Perú, extenuado y sin tranquilidad, no hubiese podido emprender la ruta de la reconstrucción. Al proseguir las hostilidades indefinidamente, su comercio, sus puertos, sus costas, sus islas, seguían a merced del enemigo. Chile no habría consentido que la guerra terminase, de hecho, en una especie de empate.

[III]

LOGAN Y GARCÍA CALDERÓN.- El nuevo ministro norteamericano en Chile, Cornelio A. Logan, llegó a Santiago en los primeros días de setiembre de 1882. Trajo instrucciones de ayudar a la paz con cesión de Tarapacá, compra de Tacna y Arica por Chile y cesión al Perú del 50% de la venta del guano que Chile percibiera en las islas de Lobos. Se alojó en el mismo hotel en el que García Calderón tenía residencia obligada por orden de la autoridad después de habérsele ordenado abandonar Quillota y pronto entraron en relación. En un extenso cambio de ideas convinieron en que, como prisionero en el país enemigo, no podía hacer García Calderón otra cosa que un pacto *ad referéndum* que se convertiría en tratado cuando lo aprobara el Perú después de obtenida su libertad y que, llegado el caso, obtendría las garantías necesarias, quedando Logan en informar de lo que ocurriera al gobierno de Montero que ya entonces se había trasladado de Huaraz a Arequipa. El Gobierno chileno, que primero alentó las conversaciones para negociar la tregua, cambió luego de actitud y quiso que Logan y García Calderón entraran al examen directo de las bases de paz. Por otra parte, negó a García Calderón el permiso para que viajara al Perú a conocer de cerca la opinión del país sobre la cesión territorial.



EL GOBIERNO CHILENO, QUE PRIMERO ALENTÓ LAS CONVERSACIONES PARA NEGOCIAR LA TREGUA, CAMBIÓ LUEGO DE ACTITUD Y QUISO QUE LOGAN Y GARCÍA CALDERÓN ENTRARAN AL EXAMEN DIRECTO DE LAS BASES DE PAZ.

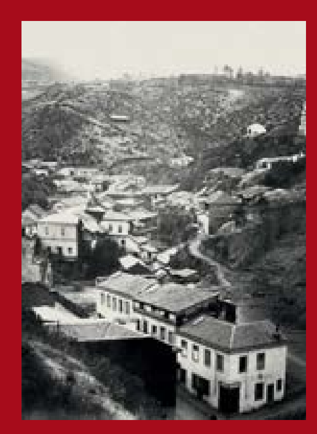


LA REUNIÓN DE ANGOL.- Logan propuso al presidente cautivo que juntos fueran a Angol donde se hallaban los prisioneros peruanos que, un mes antes habían sido alejados del Perú, que eran amigos políticos de este y tenían destacada significación por ser altos jefes del ejército, abogados de nota, ricos propietarios, antiguos ministros de Estado, ministros diplomáticos, diputados, senadores o altos funcionarios.

El viaje a Angol tuvo lugar el 14 de setiembre de 1882, en un tren expreso. En doce horas llegaron allí ambos viajeros. "¡Qué cuadro presentaban los prisioneros!", ha escrito García Calderón en sus memorias, "Siendo entonces cerca de veinte, estaban hacinados en cuatro pequeñas habitaciones. Cuando llegaron se les dio ese local; y no tuvieron no digo una cama, pero ni siquiera un banco en qué recostarse; y en seguida se les dijo que el Gobierno les había asignado veinte pesos para la manutención de cada uno de ellos. Y allí estaban como criminales en el presidio y aún peor, sin más menaje que el procurado por ellos mismos; viviendo la mayor parte a sus expensas por lo que les fue posible rechazar la pensión que se les ofreció; y en una casa por todos lados accesible porque el cerco provisional que la rodeaba estaba roto en varias partes. El edificio se reducía a las habitaciones mencionadas y lo demás era un gran patio lleno de lodo. El almuerzo y la comida tenían que buscarlos fuera de ese recinto. Mi primera impresión al ver a esos amigos, de quienes me hallaba separado desde noviembre de 1881, fue de profundo pesar; pero la alegría que brillaba en sus semblantes, la resignación con que soportaban tanto vejamen y su inquebrantable firmeza para sostener los derechos de la patria devolvieron la calma a mi espíritu y, participando de sus sentimientos, reí con ellos de su sistema de vida…".

A los inconvenientes de su situación los prisioneros de Angol agregaban otros. Hállase situado este pueblo a poca distancia de Talcahuano, en la confluencia de dos ríos; pero no tenía entonces sino unas cuantas casas que merecieran el nombre de tales. Las copiosas e incesantes lluvias hacían intransitables las calles por falta de enlozado y empedrado; y el frío en aquel mes

EL DESTIERRO DE GARCÍA CALDERÓN



A Valparaíso (en la imagen), un puerto cercano a la capital chilena, fue trasladado el presidente provisional Francisco García Calderón tras su destierro del Perú en 1881. García Calderón había iniciado las negociaciones de paz con el Gobierno chileno, pero al negarse a ceder territorio peruano fue apresado junto a su familia y desterrado. De Valparaíso, García Calderón fue trasladado a Quillota, Rancagua, Angol y finalmente a Santiago. En 1884, viajó a Buenos Aires, y luego a Europa. Regresó al Perú en 1886.

era tan intenso que no dejaba dormir en las noches, no funcionaba allí un régimen civil y la colonia seguía bajo un mando militar. Los araucanos no habían sido completamente expulsados del territorio vecino.

Entre los personajes confinados en Angol estaban José María Químper, Andrés Avelino Aramburú, José Antonio García y García, Emilio Forero, Pedro Correa y Santiago, Ramón Ribeyro, Isidoro Elías, Manuel Candamo, Juan Ignacio Elguera, el general Manuel La Cotera, Dionisio Derteano y otras personas importantes. Grande fue la consternación de todos ellos cuando Logan exigió la cesión territorial; hasta entonces habían creído en que iba a seguir o se iba a reanudar tarde o temprano la mediación de Estados Unidos para evitarla. García Calderón les manifestó que, a su juicio, la paz era ya imposible sin perder Tarapacá, que no había sido resignarse a ese sacrificio para exigir que Chile reconociera las hipotecas existentes sobre el guano y el salitre. Al mismo tiempo expresó su decisión de negarse absolutamente a toda estipulación acerca de Tacna y Arica y su propósito de tratar, además, de mantener en pie la alianza con Bolivia. Uniformada la opinión de todos los proscritos en ese sentido, Logan se esforzó de obtener de ellos que aceptasen la venta de Tacna y Arica. No lo consiguió. García Calderón entregó a Logan en Santiago el 17 de setiembre un memorándum con el punto de vista de los peruanos. Aparecieron mencionados allí: 1°) La cesión de Tarapacá asumiendo Chile la deuda existente sobre el guano y el salitre; 2°) La firma de un protocolo con el resto de las proposiciones chilenas, el cual debía ser sometido a un Congreso Peruano; 3°) Una tregua de seis meses; 4°) En caso de ser rechazado el protocolo por el Congreso, la reanudación de las hostilidades treinta días después.

PRESIÓN DE LOGAN SOBRE GARCÍA CALDERÓN.- Logan, demasiado precipitadamente, había comunicado a su Gobierno que las condiciones de paz propuestas por él en Angol habían sido aceptadas y esta errónea noticia en Chile se divulgó por algunos días; más tarde imputó, con falsía, a García Calderón haber variado su actitud. La imposibilidad de que fuese verdadera tan grave acusación la mostró palmariamente García Calderón en su memorándum del 17 de setiembre de 1882 y en su carta a Logan fechada en Rancagua el 21 de diciembre de 1883, al hacer la historia de las relaciones entre ambos. El 17 de setiembre empezó una serie de nuevas conferencias entre los dos personajes; sostuvo el punto de vista de su memorándum y el norteamericano trató de hacerle ceder. Llegó hasta transmitirle amenazas del Gobierno chileno contra su persona y sus bienes, así como documentos relativos a la inminente paz, jactándose de que podía Chile, si quisiera, obtener más de Iglesias o de Piérola, con lo cual daba al asunto los caracteres de una puja.

LAS SIETE FÓRMULAS DE LOGAN.- Logan en una comunicación al ministro de Relaciones Exteriores de Chile (18 de octubre de 1883) dio cuenta de diversas propuestas que él hizo entonces al Gobierno de ese país y a García Calderón y que resultaron infructuosas. Entre ellas estuvieron: 1°) La entrega lisa y llana de la suerte de Tacna y Arica al Congreso peruano (rechazada por ambas partes); 2°) La cesión de Arica a Chile y la devolución de Tacna al Perú (también rechazada por ambos); 3°) La ocupación militar de Tacna y Arica por Chile durante cinco años, al término de los cuales se celebraría un plebiscito. Chile debía pagar al Perú diez millones de pesos si triunfaba en ese acto electoral y, por lo pronto, tres millones como empréstito (aquí Logan dijo haberse equivocado, pues la fórmula chilena que él transmitió decía, en realidad, que también al Perú le correspondía pagar diez millones si le favorecía la votación). Tal como fue presentada esta propuesta, fue rechazada por García Calderón; 4°) La ocupación militar de Tacna y Arica por Chile para devolverlas al cabo de diez años. Rechazada por García Calderón; 5°) La entrega, al arbitraje de los Estados Unidos, de la posibilidad de una venta de Tacna y

Arica a Chile con tránsito libre para Bolivia. Aceptada por García Calderón y rechazada por Chile; 6°) La cesión de Tacna y Arica a Bolivia. Rechazada por García Calderón; 7°) El arbitraje de un representante diplomático amigo sobre la eventualidad de la compra de Tacna y Arica por Chile con el pago de nueve millones de pesos, o la ocupación militar durante quince años con obligación de evacuar ambas provincias al expirar ese plazo.

DISCREPANCIAS ENTRE LOGAN Y GARCÍA CALDERÓN.- Logan dice que García Calderón aceptó esta sétima fórmula; pero que luego presentó ciertas condiciones. Entre ellas: 1°) Pago por Chile de todas las deudas legítimas que afectaban a Tarapacá; 2°) Convenio escrito por el ministro norteamericano en Santiago, libertad para el presidente cautivo, viaje de él a Arequipa y tregua por seis meses; 3°) Elección de un nuevo Congreso peruano que trataría sobre la paz; 4°) Si el Congreso no ratificaba el tratado se reanudarían las hostilidades en el plazo de treinta días. Agrega Logan que el Gobierno chileno consideró innecesario el primer punto; que propuso el viaje de García Calderón a Lima, la firma del tratado por él y la ulterior convocatoria de un Congreso con el fin de confirmar o rechazar el tratado de cuarenta y cinco días, retirándose las tropas chilenas al Callao; y que rechazó la tregua, pues, en su opinión, con ella Chile hubiera perdido las ventajas logradas por medio de sus victorias bélicas.

EL ULTIMÁTUM A GARCÍA CALDERÓN.- La exposición hecha por García Calderón difiere en algunos aspectos de la de Logan. Menciona un ultimátum el 9 de octubre de 1882 con tres puntos: arreglo de Chile con los acreedores hipotecarios del guano y del salitre de Tarapacá; arbitraje sobre la suerte futura de Tacna y Arica siempre que el árbitro no fuese un jefe de Estado; y, mientras tanto, ocupación militar de dichas provincias por quince años. El plazo de este ultimátum fue de cuarenta y ocho horas como última oportunidad. En el caso de una respuesta desfavorable, amenazó con la destrucción de Lima.

García Calderón aceptó, consciente de su sacrificio, y firmó un protocolo el 11 de octubre de 1882. A poco se le dijo, sin embargo, que no se le daría prueba escrita del reconocimiento concerniente a las deudas hipotecarias pendientes sobre el salitre y el guano; que Tacna y Arica no serían objeto del arbitraje sino de venta; y que debía trasladarse a Lima y no a Arequipa como él pretendía. Aquí coincide, en parte, con la versión de Logan. El ultimátum fue retirado de hecho. García Calderón acabó por suspender toda negociación de paz, y designó como representante suyo ante el Gobierno de Chile a José María Químper.

LOS ATAQUES CONTRA LA HONRA DE GARCÍA CALDERÓN.- Acusado anteriormente de falsificador de billetes, el presidente cautivo tuvo que afrontar no solo nuevas presiones y amenazas, sino también nuevas calumnias. Se hizo divulgar la noticia de que la paz no había sido ajustada con él porque exigía el pago de la deuda a la Compañía Salitrera del Perú en la que tenía personal interés. Aquí el jurista salió en defensa propia y en carta pública a Logan escrita en Rancagua el 21 de diciembre de 1883 demostró que nunca habían tratado el asunto y que, por lo demás, aquella era una deuda legítimamente contraída con la garantía del salitre de Tarapacá cuyas acciones estaban en poder de mucha gente pobre. "Como no se podía decir al mundo: 'Había un gobierno en el Perú que no quiso otorgar todo lo que Chile pedía, a pesar de que empleé contra él toda mi fuerza y que lo he destruido y puesto a otro', se dijo: 'García Calderón no ha querido librar a su país de los horrores de la guerra, pidió el reconocimiento de una deuda para tratar y en nuestra indignación hemos prescindido de él'. Pero aunque así se ha querido ocultar la verdad, ella resplandece por sí" (estas son palabras de la extensa carta de García Calderón a Logan).



ACUSADO ANTERIORMENTE DE FALSIFICADOR DE BILLETES, EL PRESIDENTE CAUTIVO [GARCÍA CALDERÓN] TUVO QUE AFRONTAR NO SOLO NUEVAS PRESIONES Y AMENAZAS, SINO TAMBIÉN NUEVAS CALUMNIAS.



"Si yo soy todo de lo que de mí se ha dicho (agregaba), si falté a pactos celebrados, si falsifiqué billetes, si pospuse la paz a mis intereses personales, ¿por qué se me retiene prisionero?...Si estoy cargado de delitos que se me imputan, se me ha debido echar de este país y entregarme al mío para que me juzgue y castigue. Pero se me retiene prisionero…La verdadera causa de todo es que si Chile ha vencido a mis amigos y a mí en los campos de batalla, no ha podido vencernos en el de la justicia y la razón"…

UNA ENTREVISTA A GARCÍA CALDERÓN EN RANCAGUA.- En enero de 1883 García Calderón fue trasladado a Valparaíso. Como no aceptara la paz firmada por Iglesias, sufrió nuevas hostilidades. Gárezon fue obligado a separarse de él. Luego recibió orden de trasladarse a Rancagua. El *New York Herald* publicó el 3 de octubre de 1883 una correspondencia enviada desde Lima con fecha 17 de agosto, dedicada a un reportaje a García Calderón.

El periodista norteamericano había, para ello, viajado especialmente a Rancagua. Describe a esta población de unos cinco mil habitantes, situada a unas 60 millas de la capital, con una altura de 1.600 pies, cerca de la cordillera y con un clima ventoso. Halló al personaje que buscaba alojado en la casa de bomberos, mansión de adobe y con piso y un patio de empedrado de piedra de río, cerca del cual estaban un bar, un salón de billar y un comedor público. Tres habitaciones habían sido ocupadas por el huésped y su familia. En una de ellas vio una alfombra rota, un sofá viejo, tres sillas pobres y los restos de un desayuno poco suculento. García Calderón se había provisto de una capa y un abrigo por el frío existente y se afanaba en caminar de arriba a abajo, pues el brasero de carbón vegetal por él encendido no bastaba. Una nodriza tenía a un niño, su hijo primogénito, expuesto a la gélida luz del sol. Las dos mujeres que acompañaban al proscrito, su esposa y su suegra, hallábanse acostadas y tiritaban en sus camas. Era aquel un ambiente sombrío y con algo de siniestro, vivo contraste con las comodidades a que había estado acostumbrada aquella familia.

El corresponsal describe a García Calderón como un hombre de unos 50 años, de constitución fuerte, con una altura de unos 5 pies y 5 pulgadas. Su rostro era largo y redondo. La frente destacábase por su prominencia. Usaba bigote y barba delgada. Los pequeños ojos tenían un color azul claro en forma de almendra y le daban un aspecto mongólico. Impresionaban las buenas maneras y la inteligencia de este hombre, a la vez que su tenacidad para aferrarse a lo que consideraba como su deber patriótico.

Nueve meses permaneció García Calderón en Rancagua. Al referirse a la vida llevada por sus padres en aquella época, ha escrito Ventura García Calderón: "No, no se me ha borrado de la memoria lo que tantas veces escuché referir a mi madre con los ojos llenos de lágrimas: al hijo que nace en Valparaíso le dan por cuna irrisoria un cajón de Burdeos; el Arzobispo de Santiago, olvidando sus deberes y la calidad evangélica, exige que el niño por bautizar sea inscrito en el registro bautismal como ciudadano chileno y por eso mi hermano Francisco solo pudo ser cristianizado en Buenos Aires. En Rancagua, cuando quiere el enemigo romper la férrea voluntad de su víctima le da por alojamiento una sucia barraca hedionda a cuya puerta cerrada acuden en las noches los rotos ebrios de la cantina próxima echando sonoramente el pecho del caballo y gritando: 'Muera el Presidente García Calderón'. Dos mujeres temblorosas, mi madre y mi abuela, escuchaban en la sombra, sin dormir, la amenaza que pudo hacerse efectiva…".

Por su parte, el presidente cautivo anotó en sus memorias: "Vivir indefinidamente en una población de campo, inmediata a la cordillera de los Andes, sin ocupación y sin relaciones, es mortificante y triste en extremo. Y si a esto se agregan los inconvenientes de la casa en que se me puso, la dificultad se aumenta".

Sin embargó, consigna su gratitud al gobernador Alejandro Morón, al médico de la ciudad Daniel Camus y al diputado del departamento Gonzalo Bulnes por las atenciones y servicios que le prestaron.

"EL CORRESPONSAL DESCRIBE A GARCÍA CALDERÓN COMO UN HOMBRE DE UNOS 50 AÑOS, DE CONSTITUCIÓN FUERTE, CON UNA ALTURA DE UNOS 5 PIES Y 5 PULGADAS. SU ROSTRO ERA LARGO Y REDONDO. LA FRENTE DESTACÁBASE POR SU PROMINENCIA. USABA BIGOTE Y BARBA DELGADA."





LA TRIBUNA.

EPOCA 2ª—AÑO 1º | Lima, Juéves Junio 28 de 1883. | NUM. 4.

COMPAÑIA DE NAVEGACION POR VAPOR EN EL PACIFICO

Y COMPAÑIA SUD-AMERICANA DE VAPORES

Linea semi-semanal entre el Callao y Valparaiso é intermedios.

Vapores quincenales para el Rio de la Plata, el Brasil y Europa, por la via del Estrecho de Magallanes.

QUINCENALMENTE EL DIA MIÉRCOLES

Vapores para Payta, Guayaquil, Panamá é intermedios.

Vapores para Huacho, Supe, Chimbote, Salaverry, Pacasmayo, Eten y Pimentel.

Vapores para Huacho, Supe, Huarmey, Casma, Samanco, Salaverry, Pacasmayo, Eten y Lobos de Afuera.

Viajes semanales para Pisco.

Advertencia importante.

AJENCIA DE SEGUROS
Marítimos,
Contra incendio
y sobre la vida

TOMAS DAWSON, Ajente.

84—CALLE DE LA COCA—LIMA—84

FERRO-CARRILES
CALLAO, CHORRILLOS Y OROYA.

FERRO-CARRIL CENTRAL TRASANDINO

FERRO-CARRIL INGLES DE LIMA CALLAO Y CHORRILLOS

LINEA DEL CALLAO

LINEA DE LA PUNTA

LINEA DE CHORRILLOS

FERRO-CARRIL CENTRAL TRASANDINO

F. W. BAYLY Y Cª
TIENEN EN VENTA

ZOEDONE

Compañía de Navegacion a Vapor—KOSMOS.

Roberto Weis, Ajente.

VINO
Italia Dorado
VINO
TINTO DE PICA

LA NEW-YORK LIFE INSURANCE COMPANY

"LA NEW-YORK"
COMPAÑIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

LA UNICA PURAMENTE MUTUA EN EL PERU

ESTABLECIDA EL AÑO DE 1845.

346 y 348—BROADWAY, NEW-YORK

ACTIVO EFECTIVO $ 51.000.000 ORO

48—CALLE DE VILLALTA—48

JOSE ANTONIO FESSER.

JUAN P. JULIA,

JUNTA DE REFERENCIAS.

Compañía de Seguros sobre la Vida
SCOTTISH IMPERIAL INSURANCE Cº

CAPITAL SUSCRITO £ 500.000

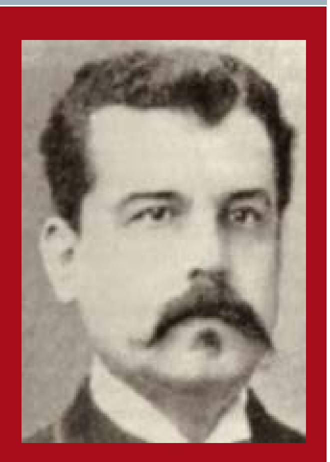
BENEFICIOS

POLIZAS DOTALES PARA NIÑOS

TOMAS DAWSON

✠ *LA TRIBUNA*. Fue uno de los periódicos que circularon en la ciudad de Lima durante la ocupación chilena. *La Tribuna* ofrecía información sobre la navegación marítima, el tráfico de ferrocarriles, entre otras notas relativas a la vida en la capital. Este medio no admitía la publicación de comunicados, una forma discreta de censurar la opinión de los lectores.

MARIANO NICOLÁS VALCÁRCEL (1850-1921)



El abogado y político arequipeño inició su carrera profesional en el estudio de Francisco García Calderón. En 1879, estuvo presente en las fallidas negociaciones de paz a bordo del *Lackawanna*. Luego, en Lima, fue incorporado al Estado Mayor. En 1881, luchó en la batalla de Miraflores. En el Congreso de Chorrillos, fue diputado por Huallaga. Tras la deportación de García Calderón, se trasladó a Arequipa con Lizardo Montero. Al año siguiente, fue ministro de Relaciones Exteriores, y en 1883, presidente del Consejo de Ministros. Tras la firma del Tratado de Ancón, se unió a las fuerzas de Cáceres.

[IV]

LA CARTA DE LOGAN A MONTERO EN NOVIEMBRE DE 1882 PARA QUE ACEPTARA LA PAZ CHILENA INEVITABLE.- Con fecha 13 de noviembre de 1882 Logan escribió a Montero una importante carta sobre la situación en ese momento. En sus primeras frases dijo allí que se había empeñado en el reconocimiento de aquel Gobierno, frente a obstáculos insuperables. Resumió así las demandas chilenas para afirmar la paz en ese momento: 1°) Absoluta cesión de Tarapacá, obligándose Chile al pago de las deudas de ese territorio aunque el tratado no lo especificara; 2°) Adquisición de Tacna y Arica por compra en la suma de diez millones de pesos pagaderos dentro de tres años en dividendos iguales. Calderón rehusaba la estipulación sobre Tacna y Arica. Las partes no se habían puesto de acuerdo en otras fórmulas propuestas por él (Logan) y parecían más alejadas entre sí que nunca.

Para hacer un último intento de procurar la paz con el reconocimiento de Montero, invocaba la situación calamitosa del pueblo peruano. No podía creer que el caudillo de Arequipa hubiera expresado en su decreto de convocatoria del Congreso que la facultad de celebrar un tratado era exclusiva potestad legislativa. Aludió también al surgimiento de Iglesias como caudillo y a la inminente llegada de Piérola; con cualquiera de ellos acaso Chile podía firmar una paz peor. Ya el Congreso de Bolivia había adoptado la resolución de ir a la tregua y se entendía directamente con el vencedor; y las condiciones dictadas al Perú por este podían ser sumamente severas. Defendió los términos que formaban la paz impuesta por Chile en esos momentos. ¿Tenían los aliados poder para rechazar la exigencia del territorio? Como no puede caber duda de que ellos son impotentes (afirma en respuesta inmediata de esa pregunta), el plan más sabio es aceptar lo inevitable y obtener las mayores ventajas posibles. Con una inmediata aquiescencia a las condiciones de Chile, los sufrimientos del Perú, por consecuencia de la ocupación, podían cesar al momento ingresando la suma de diez millones de pesos al tesoro peruano, "lo cual temo no suceda si el tratado se posterga hasta la reunión del Congreso". Mencionó en seguida que Estados Unidos pagó quince millones por California, Texas y Nuevo Méjico que formaban un rico y extenso territorio, en tanto que Tacna y Arica apenas tenían valor intrínseco y no podían servir como línea estratégica. En resumen, solicitó de Montero que enviase a García Calderón un poder formal para aceptar las condiciones de Chile.

Montero respondió, previa consulta con el Consejo de Ministros, poco más de un mes después (21 de diciembre de 1882). En síntesis manifestó que las bases de paz se debían discutir con García Calderón, presidente prisionero, de quien él era vicepresidente. El Congreso convocado, lejos de significar la cesación de la autoridad de García Calderón iba a facilitar la resolución de las cuestiones pendientes porque podía sometérsele, desde luego, el tratado que se celebrara.

LA CONDENATORIA RESPUESTA DE GARCÍA CALDERÓN A LA CARTA DE LOGAN A MONTERO.- García Calderón se dirigió a Logan con el mismo motivo (19 de enero de 1883). Empezó por hacer notar que la publicación de la carta de este a Montero en el periódico *Star and Herald* de Panamá, no podía haber sido dispuesta por el vicepresidente peruano. Rotundamente la calificó como una defensa calurosa de los intereses de Chile y también como destinada a señalar a Bolivia el camino de la ruptura de la alianza. En ambos sentidos era perjudicial al Perú. Insistió en la penosa impresión que su lectura le había causado. Llamó la atención sobre el hecho de que nada dijera acerca del ultimátum chileno de octubre, que fue aceptado por García Calderón, después de lo cual sus condiciones fueron agravadas. Ni una sola palabra había en Logan de condena o crítica a Chile. Tan mal efecto tenía que causar la carta en el Perú que no era posible sino que alguien deseoso de perjudicar a Logan fuese el autor de su publicación, retirada ya en diarios chilenos.

ELIMINACIÓN DE LOGAN, REPUDIADO POR LOS PERUANOS.- El canciller Mariano Nicolás Valcárcel, del Gobierno de Arequipa, se dirigió al ministro peruano en Washington, Federico Elmore, para reprobar la conducta de Logan y llamar la atención sobre el hecho de que Montero hubiese recibido su carta cuando ya ella había sido publicada en el diario *Star and Herald* de Panamá de donde fue traducida por el diario oficial chileno de Lima. Al mismo tiempo, rebatió las condiciones por la cuales Logan abogaba, saliéndose de los cauces usuales en la diplomacia.

Aunque hubo un telegrama de Elmore con el objeto de avisar que Logan había sido desautorizado, parece que no ocurrió así. Pero en todo caso, el diplomático norteamericano así repudiado por los peruanos dejó de intervenir en el curso que tomaron los sucesos siguientes.

El águila norteamericana que había parecido a García Calderón una paloma de paz (aunque muchos la vieron como un ave de caza) debió tener para él, en la época de sus tratos con Logan, las características del cuervo.

EFIGIE DE GARCÍA CALDERÓN.- ¿Quién podría haber aceptado la presidencia de la República del Perú en la misma capital ocupada por el enemigo cuando aún estaba fresca la sangre de los cadáveres esparcidos en San Juan, Chorrillos y Miraflores? Lo que aconsejaban el egoísmo, la precaución frente a las posibilidades del futuro y hasta una altiva reserva patriótica era no admitir tan disminuida investidura. El ciego para medir la obvia gravedad de la situación, el frívolo deslumbrado por un título altisonante que luego hubiera acudido al recurso de dimitir apenas surgieran ante él dificultades ímprobas, o el inescrupuloso atolondrado capaz de firmar un tratado escrito por el vencedor sin intentar la mediación extranjera o de la resistencia en el interior del país, parecían ser los únicos candidatos lógicos para ella. Ninguno de estos tipos apareció, sin embargo, entre los desconcertados políticos peruanos a través de la larga noche que duró de 1881 a 1883. García Calderón midió lúcidamente la magnitud del sacrificio que la insignia presidencial significaba; apareció al lado del enemigo con el propósito no de combatirlo, sino de tratar con él en el desesperado esfuerzo de persuadirle a hacer una paz sin amputación territorial y confiado en fórmulas jurídicas que solo más tarde se han desarrollado como sistema interamericano y universal de Derecho Internacional y todavía no maduran plenamente; entregó su firma, su nombre y su reputación a la incomprensión de los ignaros, al repudio de los exaltados, a la virulencia de los enemigos y émulos; y a pesar de que había sido hombre sedentario, jurista de biblioteca y de gabinete, ministro de Hacienda que dejó fácilmente el portafolio, continuó hasta el último combatiendo contra el destino, perdió la libertad propia y la de los seres que más amaba, la mujer con la que acababa de casarse y los dos hijos que le nacieron en el cautiverio, para sufrir en el corazón de la patria enemiga coacciones, intimidaciones y amenazas de toda clase, resistiéndolas sólo porque no palpó la existencia a su alrededor del aliento vivificante de la opinión pública nacional. Sin embargo, su frágil Gobierno, creado por un puñado de "notables" en febrero de 1881 fue consolidándose con el tiempo, al mantenerse durante más de dos años la lealtad del Perú hacia su persona.

Bellas son las hazañas del guerrero y en ellas la humanidad desde tiempo inmemorial ha encontrado leyendas y asombros y hasta mentiras hermosas. Bellas son también, aunque menos celebradas y estentóreas, y a veces más difíciles, las hazañas del héroe civil.

Hay quienes tienen alma de mendigo aunque gocen de una gran fortuna y hay quienes no se mueven nunca de su rincón nativo y son, en realidad, vagabundos y gitanos. García Calderón, en cambio, mantiene su dignidad de patricio cuando pide insistentemente una paz justa; y aunque lo arrancan de su gabinete de estudioso, de su hogar recién formado y de la patria, de la que jamás se alejara antes, y lo llevan y lo traen, en realidad no se mueve. Es muro, rectitud impenetrable y definitiva surgida de una dura geología y con una íntima paz de noche con estrellas a que rodean furiosas tempestades.

MANUEL MARÍA DEL VALLE (1846-1921)



El abogado y político limeño fue un miembro del congreso de Chorrillos, durante el gobierno de Francisco García Calderón. En 1882, fue designado ministro de Relaciones Exteriores del primer gabinete del presidente provisorio Lizardo Montero. Tras la firma del Tratado de Ancón, se unió a las fuerzas revolucionarias del coronel Andrés Avelino Cáceres. En 1886, fue elegido diputado por Lima, cargo que luego ejerció entre 1890 y 1894.

MARZO

1883

[GRAN BRETAÑA]



A LOS 65 AÑOS DE EDAD, FALLECE EL FILÓSOFO ALEMÁN KARL MARX. EN 1848, CON SU COMPATRIOTA FRIEDRICH ENGELS, PUBLICÓ *EL MANIFIESTO COMUNISTA*, QUE SENTÓ LAS BASES DEL SOCIALISMO CIENTÍFICO. LA OBRA MÁS DIFUNDIDA DE MARX ES *EL CAPITAL* (1867), EN LA QUE ESTABLECIÓ EL PENSAMIENTO SOCIAL MODERNO, DE GRAN INFLUENCIA DE LAS CLASES OBRERAS.

El que cree cumplir con su deber al hacer o al dejar de hacer ciertas cosas sin importarle las apariencias y ve que lo circundan peligros y calumnias y sabe que a su carne y a su alma llegan las salpicaduras de la violencia o del apasionamiento humano, ese hallará consuelo y purificación si se acerca a la soledad en que vivió Francisco García Calderón, el presidente del Perú que gobernó primero en la irrisoria pequeñez de la Magdalena mientras el enemigo había hecho de la capital su campamento, y luego siguió gobernando en su mísera habitación de confinado. Buscará y estrechará la mano del jurista plácido convertido en patriota estoico que prefirió a la fácil pureza de abstenerse por demasiada gente practicada, la riesgosa pureza de un abnegado, servir negándose en él a hacer lo que su conciencia no aceptaba, de pie frente al dolor, a la adversidad y el ridículo y, a la larga, victorioso porque no llegaron a doblegarlo.

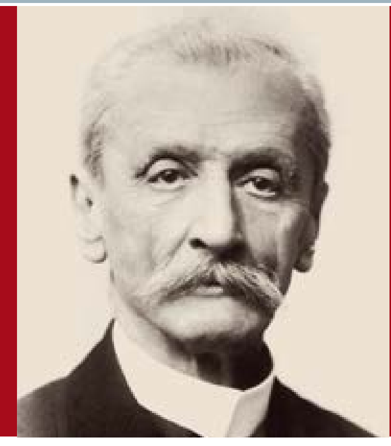
[V]

ALTIVAS GESTIONES DE PIÉROLA EN ESTADOS UNIDOS.- A fines de 1882 Piérola llegó a Estados Unidos de regreso de Europa. Solicitó una audiencia del presidente de ese país quien le mandó decir que hablara con el secretario de Estado, Frelinghuysen. A esta entrevista acudió Piérola junto con W. R. Grace. Empezó por informarle sobre la situación política, haciendo, desde su punto de vista, una historia de los acontecimientos, desde que, solo merced a la ayuda de los Estados Unidos, tomó fuerza el régimen erigido con apoyo chileno en la Magdalena. A esa acción y no al espíritu de revuelta y anarquía debía atribuirse el desconcierto del Perú. Se refirió a su frustrado viaje en agosto de 1882 a Lima con el propósito de buscar allí bases de paz en términos soportables, lejos de toda finalidad de encumbramiento personal. Cuando iba a partir a Europa con ese mismo propósito, conoció las negociaciones que hacía en Chile el ministro norteamericano Logan. Contra las actitudes de este se pronunció, por su oposición con la directivas anteriores de la política norteamericana y por constituir una fuente de interminables complicaciones. Lo que fundamentalmente deseaba saber era si a juicio del Gobierno de Estados Unidos, el Perú debía aceptar o no las bases de paz formuladas por Chile tales como aparecían con la aceptación explícita de Logan.

Frelinghuysen, visiblemente contrariado, repuso que nada podía responder, ni dar opinión alguna, ni suministrar otros datos que los publicados.

MIGUEL IGLESIAS (1830-1909)

ENCABEZANDO A LOS DEPARTAMENTOS DEL NORTE, NEGOCIÓ LA PAZ CON CHILE Y PUSO FIN A LA GUERRA DEL PACÍFICO.



Desde joven, Iglesias se dedicó a la administración de las propiedades de su familia en Cajamarca, su ciudad natal. En 1865 fue designado prefecto de dicha ciudad. Durante el conflicto de 1866, encabezó un batallón que marchó hacia Lima. Por sus acciones, se le concedió el grado de coronel.

En 1872 fue nuevamente prefecto de Cajamarca. Tras la declaratoria de guerra, en 1879, organizó un batallón de tres mil hombres y junto a ellos se trasladó a Lima. En la capital, secundó el gobierno de Nicolás de Piérola,

Piérola le preguntó entonces si el viaje que él proyectaba al Perú contrariaba o no a la política de Estados Unidos. La respuesta fue que tampoco cabía declaración alguna sobre este punto. Frelinghuysen aclaró que, como Piérola tenía una posición política especial, quería evitar cualquier malentendido en sus respuestas.

Todo esto fue narrado por Piérola en su importante carta al presidente Arthur (Nueva York, 30 de noviembre de 1882). Su objeto parece haber sido presentar su punto de vista sobre el curso seguido por las negociaciones para la paz desde 1881 y hacer ver las contradicciones de la política de Estados Unidos, así como la gravedad moral de la actuación de Logan.

[VI]

MONTERO EN AREQUIPA.- Montero, primer vicepresidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo, viajó de Huaraz a Arequipa. Entró a esta ciudad solemnemente el 31 de agosto de 1882 y fue recibido con todos los honores correspondientes al jefe del Estado. Informaciones oficiales aseveraron que la formación del ejército y de la guardia nacional llegó a sumar diez mil hombres. La tónica de los discursos pronunciados entonces fue de respeto a García Calderón, invocaciones al valor y al patriotismo y promesas de salvar el honor y el territorio nacional. El 4 de setiembre fue aceptada la renuncia del Gabinete Arbayza y quedó nombrado primer ministro a cargo de la cartera de Gobierno, el capitán de navío Camilo N. Carrillo. Lo acompañaron Manuel María del Valle (Relaciones Exteriores), Epifanio Serpa (Justicia e Instrucción), Juan Francisco Oviedo (Hacienda), el coronel Manuel Velarde (Guerra y Marina). El coronel Belisario Suárez fue nombrado comandante en jefe del ejército del sur; y el general César Canevaro, jefe de la guardia nacional. Una circular al cuerpo diplomático residente en Lima dirigida por el canciller interino Epifanio Serpa hizo notar el éxito del viaje de Montero desde Cajamarca hasta Arequipa y las victorias en el centro y en el norte de la República, así como la continuidad de la alianza con Bolivia. En cuanto a la paz, manifestó una voluntad propicia a ella siempre que Chile quitara las condiciones depresivas de la honra para aceptar "términos recíprocamente honrosos" (15 de setiembre de 1882).

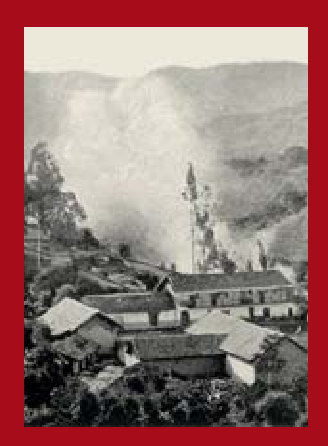
En octubre de 1882, Nicolás Valcárcel reemplazó al canciller Del Valle y José Miguel Vélez a Serpa. Este Gabinete convocó a elecciones de diputados y senadores para el 9 de diciembre;



LA TÓNICA DE LOS DISCURSOS PRONUNCIADOS ENTONCES FUE DE RESPETO A GARCÍA CALDERÓN, INVOCACIONES AL VALOR Y AL PATRIOTISMO Y PROMESAS DE SALVAR EL HONOR Y EL TERRITORIO NACIONAL.



quien lo nombró ministro de Guerra y Marina.
Iglesias participó luego en la batalla de San Juan, donde fue hecho prisionero. Fue liberado por las tropas chilenas a condición de que transmitiese las condiciones del enemigo a las autoridades peruanas. Tras la ocupación de Lima, regresó a Cajamarca. En 1882, se enfrentó a las tropas chilenas en las cercanías de su hacienda, en lo que se conoce como la batalla de San Pablo. La victoria, sin embargo, solo fue momentánea, pues pronto los chilenos se reorganizaron y saquearon la ciudad. Más adelante asumió el mando de los departamentos del norte, y estableció un Gobierno en Trujillo en julio de ese mismo año.
Una vez firmado el Tratado de Ancón, el 20 de octubre de 1883, marchó hacia Lima para asumir el gobierno del país. En 1885 renunció a la presidencia, dando paso a una transición constitucional.



En 1882, ocurrieron varios acontecimientos importantes en el departamento de Cajamarca. El primero de ellos fue la batalla de San Pablo, del 13 de julio, en el que las tropas de Miguel Iglesias derrotaron a las fuerzas chilenas. Poco después, el 31 de julio, Iglesias dio allí el "Grito de Montán", en el que asumió la derrota de nuestro país en la guerra y anunció su decisión de iniciar las negociaciones de paz. Finalmente, en diciembre de ese año, Iglesias convocó en Cajamarca a una asamblea en la que participaron representantes de los departamentos del norte. En la imagen, la hacenda Choro (Cajamarca),

el Congreso debía reunirse en Arequipa el 15 de marzo de 1883. Montero hizo una breve visita a Bolivia en noviembre de 1882.

ALGUNAS DE LAS EXACCIONES UNIDAS A LA OCUPACIÓN EN EL NORTE.- Entre las exacciones cometidas por las tropas de ocupación en el norte pueden ser mencionadas, además de las que son anotadas más adelante, algunas otras. En octubre de 1882 el pueblo de Chongoyape fue visitado por una expedición de 50 hombres al mando del teniente de Zapadores Isidoro Labra, quien le exigió una contribución por valor de 36.000 soles. Otra expedición al mando del capitán ayudante del batallón Coquimbo Francisco Antonio Machuca, con 180 hombres, tuvo que batirse y sufrir algunas bajas en los pueblos de Javanca, Olmos y otros. Los invasores se vieron obligados a guarecerse en las haciendas de Bigote, Buenos Aires y Morropón. Allí impusieron los siguientes cupos: Bigote: 153 animales vacunos; Buenos Aires: S/. 2.500 (plata); Morropón: S/. 2.500 (plata).

En noviembre de 1882 marchó a Cajabamba una expedición compuesta de 42 infantes montados y 70 cazadores a caballo, al mando del teniente coronel Alejandro Cruz, comandante del batallón Talca. Impusieron a los pacíficos habitantes de esa ciudad y a los de las haciendas vecinas una contribución de 1.500 soles de plata, cien animales vacunos y cien entre mulas y caballos para reemplazar a sus cabalgaduras. Hubo en esa ocasión varios asesinatos.

[VII]

EL GENERAL IGLESIAS, LA LUCHA CONTRA EL ENEMIGO Y LOS EXCESOS DE LA OCUPACIÓN.- Acaudalado y prestigioso vecino de Cajamarca, Miguel Iglesias, nacido en esta ciudad el 11 de junio de 1830, abandonó la agricultura para participar en el alzamiento nacional de 1865 contra el Tratado Vivanco-Pareja, formando y sosteniendo con su propio peculio un batallón. En Cajamarca fue alcalde municipal, director de la Beneficencia, prefecto del departamento. Representó, además, a su tierra natal como diputado y senador. Se sublevó contra el gobierno de Pardo. Con el grado de coronel ocupó la Secretaría de Guerra de la Dictadura de 1879. Combatió con heroico denuedo en el Morro Solar y, rodeado de cadáveres, entre ellos el de Alejandro, su hijo primogénito, cayó prisionero sin haber retrocedido un solo paso en el puesto que le señaló el honor. En el libelo feroz contra Piérola y su régimen publicado por Manuel Atanasio Fuentes con el título de *Ramillete repertorio*, el único de los secretarios del Dictador que se libró del repudio absoluto fue Iglesias, zaherido en los siguientes versos:

De gobierno no sabe ni una jota,
en administración no da en el clavo,
mas no corre del campo de batalla
y sostiene su puesto como un bravo.

Pero acaso la muerte de Alejandro fue para Miguel Iglesias un símbolo y una admonición. Enviado como parlamentario en vísperas de la batalla de Miraflores, actuó sinceramente convencido de que la suerte de la guerra, la impotencia del Perú y hasta la fe en el porvenir aconsejaban la paz inmediata. Puesto en libertad sin condiciones por el enemigo, se retiró a su fundo Udima de Cajamarca. Cuando Montero aceptó la vicepresidencia de García Calderón y se produjo a su alrededor la casi unificación nacional, Iglesias recibió de él la jefatura superior del Norte que aceptó en la espera de la próxima cesación de las hostilidades, o sea, con la expectativa de la paz.

Al dirigirse Montero en febrero de 1882 a Huaraz a tratar con Trescot, comprobando entonces el retiro del apoyo norteamericano al Perú, y al avanzar de allí a Arequipa en donde no pareció

ya preocuparle la necesidad de un tratado, Iglesias quedó en aislamiento en el norte, con dos provincias, Chota y Hualgayoc, sublevadas contra la autoridad del contralmirante y con la amenaza inminente de una invasión chilena, casi sin tropas y esquilmados los pueblos. Logró, sin embargo, reducir, sin efusión de sangre a Hualgayoc y Chota. El 1° de abril de 1882 lanzó un manifiesto a favor de la paz. Sin embargo, cuando las guarniciones chilenas de la costa avanzaron sobre Cajamarca y, por acción espontánea, el pueblo de esa ciudad osó enfrentársele con unos pocos soldados hambrientos y descalzos. En San Pablo obtuvieron los cajamarquinos, a costa de bastante sangre, la victoria (13 de julio de 1882).

EL *SCHRECKENKRIEG* (LA GUERRA DEL TERROR).- Victoria efímera, pues luego todo el departamento de Cajamarca fue invadido por huestes enemigas, abrumadoramente superiores en número y armamento; y el puñado de héroes de San Pablo tuvo que retirarse a las gargantas de la cordillera. La región del norte quedó arrasada. Cuando la expedición chilena volvió a la costa, Chota, San Luis, San Pablo, Cajamarca estaban en cenizas o en escombros, con los templos de La Merced y La Recoleta en esta ciudad destruidos y la población abrumada con un cupo de 50.000 soles. San Miguel, Ichocán y algunos lugares más se habían salvado mediante el pago de otros ruinosos cupos.

A consecuencia del encuentro de San Pablo, el comandante de las tropas de ocupación Ramón Carvallo Orrego proyectó una expedición a Cajamarca y abandonó la ciudad de Chiclayo. Inmediatamente los habitantes de esta se armaron y posesionaron del gobierno de ella. Los chilenos enviaron numerosas fuerzas engrosadas por el batallón Coquimbo y hubo lucha antes de que se consumara la reocupación. En castigo, impusieron a Chiclayo una contribución extraordinaria de 30.000 soles de plata. A su regreso de la sierra, el comandante Carvallo Orrego tuvo conocimiento de que en San José habían derrotado a una guarnición del Talca y mandó fuerzas para castigar a los moradores de ese pueblo. Lo hallaron desocupado, lo incendiaron y fusilaron a los infelices pescadores que encontraron.

Por aquella época, la desorganización imperaba en Piura; Amazonas vivía en acefalía; y Ancash había sido saqueado por sus propias autoridades.

EL "GRITO DE MONTÁN".- Después de las gestiones preliminares que realizó en Lima ante los chilenos su agente confidencial y cercano pariente Mariano Castro Zaldívar, el 31 de agosto de 1882, dio Iglesias lo que se llama "el grito de Montán", por el nombre del lugar donde suscribió una proclama en la que dijo que había que terminar con el daño y la humillación de la ocupación enemiga por medios prácticos. El Perú, según sus palabras, parecía debatirse entre un imposible moral que era la paz y un imposible real que era la guerra. Esta (en su concepto) desde febrero de 1881 no se hacía contra Chile sino contra "nuestros propios desventurados pueblos". Iglesias creyó cortar ese dilema inspirándose en el ejemplo de Thiers y Favre en la Francia vencida y con la mirada puesta en el porvenir. Para él los términos entre los que era preciso escoger, se reducían a los siguientes: o la ocupación chilena indefinida, con todos sus perjuicios materiales o morales, o el reconocimiento valeroso de la derrota. Vencer a Chile era ya una utopía y la intervención extranjera tan ansiada no se iba a producir. A los ojos de Iglesias, solo cabía, pues, la paz. Ella era también una resistencia: resistencia a la conquista, a la esclavitud, a la muerte lenta. Un notable escritor partidario suyo, Julio S. Hernández, que elocuentemente lo defendió entonces, pudo aplicarle la frase de un poeta: "Nada soy sino una conciencia que acepta el deber y un corazón resignado al sacrificio". Hernández, con su colega Maximiliano Frías, había publicado anteriormente en Huaraz el periódico *La Reacción* para propagar las ideas de paz y regeneración. Montero, cuando estuvo en esa ciudad, tomó medidas



VENCER A CHILE ERA YA UNA UTOPÍA Y LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA TAN ANSIADA NO SE IBA A PRODUCIR. A LOS OJOS DE IGLESIAS SOLO CABÍA, PUES, LA PAZ. ELLA ERA TAMBIÉN UNA RESISTENCIA: RESISTENCIA A LA CONQUISTA, A LA ESCLAVITUD, A LA MUERTE LENTA.





FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN. Tras la ocupación de Lima, una junta de vecinos lo designó como presidente provisorio, el 22 de febrero de 1881. Su gobierno, sin embargo, fue efímero. Fue deportado en noviembre de ese mismo año por las autoridades chilenas en Lima. En esta fotografía, lo podemos ver rodeado por su familia, en 1905.

de violencia contra los editores de *La Reacción* y los acusó de sediciosos por haber iniciado la idea de los comicios provinciales como fórmula para resolver el problema nacional.

LOS DILEMAS QUE PLANTEÓ JULIO S. HERNÁNDEZ.- Hernández, en una carta publicada a Juan Martín Echenique, fechada en Cajamarca el 20 de febrero de 1883, planteó la inconveniencia o la imposibilidad de las tesis planteadas por las distintas facciones para "quitarnos a Chile de encima": la "paz honrosa" formulada vagamente y sin virtualidad práctica, la "intervención norteamericana", la "resistencia inerte", la "guerra" propugnada en teoría por Montero aliado con Bolivia y también por "los capitanes de salteadores y los indolentes hasta cuyo escondite aún no ha llegado un eco de clarín ni el estampido del cañón ni la tea del incendio". Manifestó en seguida: "¿Es posible la continuación de la guerra con buen éxito hasta vencer a Chile? No. ¿Puede soportar el Perú un año más la situación lamentable que los desastres le han creado? No. ¿Vencidos, podemos, aspirar a la paz ventajosa? No. ¿La intervención extranjera vendrá a salvarnos? No. ¿La resistencia obcecada e inerte tendrá otro fin que la conquista u ocupación indefinida de nuestro territorio? No. Luego no queda más camino para la salvación del Perú que el de marchar a la paz posible, a la paz inmediata".

LA CONVOCATORIA A LA ASAMBLEA DE CAJAMARCA.- Iglesias convocó en Cajamarca a una Asamblea con facultades extraordinarias de representantes provinciales por los departamentos de Piura, Cajamarca, Amazonas, Loreto, Lambayeque, Libertad y Áncash, mediante elección directa y por cédulas ante las municipalidades de distrito. La elección debía realizarse el 20 de octubre para instalarse la Asamblea del Norte el 25 de noviembre (decreto de 16 de setiembre de 1882).

EL REPUDIO A IGLESIAS.- Conocido el gesto de Iglesias, fue recibido con indignación por Cáceres, que entonces se encontraba en Tarma; por Montero en Arequipa, y por el grupo de García Calderón en Lima. Algunos pueblos al alcance del caudillo de Montán evidenciaron análoga repulsa (Huaraz, Cajabamba, Cerro de Pasco y otros). Al regresar de Estados Unidos a Europa, Piérola manifestó también, por su parte, que las condiciones impuestas por Chile eran inaceptables (diciembre de 1882).

Pero Iglesias, que iba a ser un "hombre resignado al sacrificio", mantuvo su posición frente a la "insultante y repleta indiferencia hacia todo lo relacionado con la salvación de la patria" y al "sainete de la defensa nacional", que veía en Montero y frente a "la intriga al servicio de la vacilación y del miedo" que veía en los políticos de Lima.

EL FUNCIONAMIENTO DE LA ASAMBLEA DE CAJAMARCA.- La Asamblea legislativa del Norte se reunió en juntas preparatorias el 8 de diciembre del mismo año, y se instaló el 25. La presidió Vidal García y García, cercano pariente de Iglesias. Por ley de 30 de diciembre estableció el Congreso de Cajamarca, conocido también con el nombre de "Asamblea de Montán", el Poder Ejecutivo "con un jefe responsable que lo presidiría con la denominación de Presidente Regenerador de la República y un ministro igualmente responsable. Acordó, además, dicho Congreso: 1°) Ajustar la paz con Chile, "siempre que las condiciones impuestas por el vencedor no sean tales que amenacen la independencia nacional ni cieguen en lo absoluto las fuentes de su regeneración y de su progreso" y conferir al Presidente las más amplias facultades; 2°) que el tratado que se celebrase fuera sometido a un Congreso Constituyente para su

EL DEBATE SOBRE TARAPACÁ

En 1883, el congreso instalado en Arequipa por el presidente provisorio Lizardo Montero debatió la posibilidad de ceder a Chile la provincia peruana de Tarapacá. Los resultados de la votación fueron como se ve a continuación:

	A FAVOR	EN CONTRA
Senadores	16	13
Diputados	51	25

> EL CONGRESO RATIFICÓ LA ELECCIÓN DE GARCÍA CALDERÓN COMO PRESIDENTE Y LA DE MONTERO COMO PRIMER VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA; A CÁCERES, CUYO GRADO DE GENERAL RECONOCIÓ, LO ELIGIÓ SEGUNDO VICEPRESIDENTE.



ratificación; 3°) que la Asamblea del Norte, ya elegida, formara parte del Congreso general en representación de sus provincias; 4°) que el Presidente Regenerador durase en el cargo el tiempo necesario para ajustar la paz con Chile, convocando al efecto un Congreso Constituyente y debiendo ese Congreso dar una nueva Constitución y las leyes orgánicas destinadas a preparar la elección popular de un nuevo jefe de la nación y la regeneración nacional.

Iglesias leyó ante la Asamblea de Cajamarca un elocuente mensaje donde hizo una amarga exposición de los errores que, desde 1873 habían preparado o producido el desastre, muy de acuerdo con la práctica de los políticos peruanos de esta época de dedicar los más violentos ataques a sus adversarios y predecesores. Elegido Presidente Regenerador el 30 de diciembre, renunció a este cargo con emocionadas palabras, pero, ante la insistencia de la Asamblea, lo aceptó. El primer Gabinete del Presidente Regenerador tuvo como ministro único a su hermano el coronel Lorenzo Iglesias (3 de enero de 1883).

LA CONDENA DE IGLESIAS POR EL GOBIERNO DE MONTERO.- Con fecha 9 de noviembre de 1882, el Consejo de Ministros de Montero emitió un decreto por el cual quedó borrado del escalafón militar y privado de sus goces el general Miguel Iglesias quien, tan pronto como sea habido, será juzgado en Consejo de Guerra por el delito de traición a la patria con arreglo a las ordenanzas militares vigentes.

EL CONGRESO DE AREQUIPA.- En enero de 1883 Montero formó en Arequipa un nuevo Gabinete con el coronel Manuel Velarde como presidente (Gobierno), Mariano Nicolás Valcárcel (Relaciones Exteriores), José Manuel Vélez (Justicia e Instrucción), Juan Francisco Oviedo (Hacienda) y el coronel Belisario Suárez (Guerra). El general César Canevaro asumió el mando en jefe del ejército del Sur, a la vez, que mantuvo el de la guardia nacional.

El Congreso de Arequipa se instaló el 22 de abril de 1883. Montero leyó su mensaje que fue contestado por el presidente de la Asamblea Manuel Costas. Presidente de la Cámara de Diputados fue Alejandro Arenas, y vicepresidente de la Cámara de Senadores, Tomás Gadea.

El Congreso ratificó la elección de García Calderón como Presidente y la de Montero como primer Vicepresidente de la República; a Cáceres, cuyo grado de general reconoció, lo eligió segundo Vicepresidente. Otra ley especial confirmó las clases militares conferidas por el Ejecutivo: de general de división al capitán general Narciso Campero, de general de brigada a Eliodoro Camacho y de coroneles efectivos a José M. Pando y César Sevilla, todos ellos bolivianos. Acordó, asimismo, el Congreso que la designación de los representantes de los departamentos ocupados por el enemigo se hiciera por elección de él.

Los ministros fueron interpelados y se cernió sobre ellos, a excepción de Mariano Nicolás Valcárcel, la amenaza del voto de censura. Renunciaron entonces; y Valcárcel, con la cartera de Relaciones Exteriores, formó el nuevo Gabinete, integrado por los señores José Manuel Vélez, Federico Herrera (Gobierno), Ladislao de la Jara (Hacienda), Juan Ibarra (Guerra y Marina) y Manuel A. Villavicencio reemplazó a Ibarra que dimitió por ser tarapaqueño. Contra Valcárcel se hizo notar como orador Samuel Velarde quien, para refutarlo, hizo funcionar sobre la tribuna una cajita de música y, al concluir la tonada, dijo: "He aquí el discurso del señor Valcárcel, al que voy a responder".

En relación con la guerra, el Congreso aprobó una ley para que el Ejecutivo acelerase los aprestos bélicos y activara las operaciones militares hasta donde fuera posible con el fin de que Chile cediese de sus exageradas pretensiones; lo autorizó a celebrar la paz cuyo tratado debía serle sometido, le recomendó la estipulación de una tregua y le prescribió, en todo, el acuerdo con la República de Bolivia.

LA APROBACIÓN DE LA PÉRDIDA DE TARAPACÁ POR EL CONGRESO DE AREQUIPA.- El R. P. Armando Nieto Vélez en su estudio del Gobierno de Arequipa que leyó al incorporarse a la Academia Nacional de Historia el 14 de diciembre de 1979, anota que el Congreso de esa ciudad votó en sesión secreta al 19 de junio de 1883 sobre la cesión de Tarapacá. A favor de ella se pronunciaron 16 senadores y 51 diputados; y en contra 13 senadores y 25 diputados. Quienes votaron por el "no", llamados "los guerreros", fueron: *Senadores*: Antonio Garatea (que comunicó a un diario de La Paz lo ocurrido y sufrió persecución), Justo Pastor Fernández, coronel Marcelino Varela, coronel Baltazar Velarde, Armando de la Fuente, Melchor Patiño, Máximo Lino Gamarra, Avelino Vizcarra, Agustín Pasapera, coronel Manuel Eraúsquin, coronel José Juan Norberto Eléspuru, Tomás Gadea y coronel José de la Torre. *Diputados*: Teodorico Terry, Leonardo Ingunza, Ezequiel Yábar, coronel Francisco Márquez, José Antonio Sotomayor, coronel Arturo Morales Toledo, Abelardo Gamarra, Teodorico Gadea, Manuel E. Paredes, coronel Ramón Gómez Sánchez, José de la Fuente, Manuel A. Rebolledo, Pablo Arias, Manuel Vargas, Agustín Tovar, Buenaventura Villar, José Velasco, Felipe Durán, Tomás Fernández, Manuel Zamudio Patiño, Pascual Dorado, Pedro Azpur, Silvestre Alvarado, Andrés Meneses y Trinidad Pacheco Andía.

LA DEBILIDAD POLÍTICA DEL RÉGIMEN DE MONTERO.- En el Congreso hubo divergencias con los ministros y también desacuerdo con Montero. Se le acusó por no tener una actitud activa frente a la guerra, por tratar de minar a García Calderón y por otras cosas. Hubo inclusive planes para derrocarlo. La Asamblea se clausuró el 20 de junio de 1883.

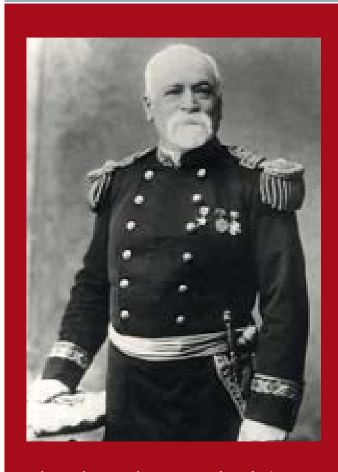
Con su funcionamiento, el régimen de Arequipa no logró consolidarse. Chile siguió sin reconocerlo y las tentativas para que la corte Suprema y el cuerpo diplomático se trasladaran a Arequipa no tuvieron éxito. El único agente extranjero acreditado ante Montero fue el boliviano Federico Díaz de Medina.

CUATRO ASAMBLEAS LEGISLATIVAS PERUANAS DESPUÉS DE LA PÉRDIDA DE LIMA.- En suma fueron cuatro las asambleas legislativas reunidas después de la caída de Lima: la de Chorrillos, convocada por García Calderón (junio de 1881), la de Ayacucho, convocada por Piérola (julio de 1881), la de Cajamarca, convocada por Iglesias (diciembre de 1882) y la de Arequipa, convocada por Montero (abril-julio de 1883).

LA EMBARULLADA SITUACIÓN A PRINCIPIOS DE 1883.- La política peruana que Hurlbut había unificado a favor de García Calderón, se presentó embarullada a principios de 1883. Cáceres, allá en los Andes, representaba la resistencia indoblegable y la lucha "hasta quemar el último cartucho" como dijera Bolognesi. Montero en Arequipa no hacía la guerra; pero tampoco se manifestaba dispuesto a firmar la paz con toda la cesión territorial demandada por Chile, es decir, según dijo García Calderón en su carta a Iglesias, "tenía el firme propósito de no hacer nada por no comprometer su responsabilidad personal". García Calderón se resistía a entregar Tacna y Arica e insistía en viajar a Arequipa y convocar un Congreso. Iglesias estaba sin fuerzas, muchos pueblos lo habían repudiado y su escaso ejército era pagado con su fortuna particular.

DESCONFIANZA INICIAL DE CHILE ANTE IGLESIAS.- Había procedido Iglesias por acto espontáneo. El Gobierno chileno, que no lo había estimulado, lo acogió primero con desconfianza, pues tomó en consideración la antigua filiación pierolista del Presidente Regenerador. Este ligamen quedó disuelto cuando, después de ciertos actos iniciales, el pierolismo, en su gran mayoría,

MANUEL VELARDE (1833-1900)



El militar limeño luchó en las batallas de San Francisco y el Alto de la Alianza, y participó en la defensa de Lima. En 1881, se unió al gobierno de García Calderón. Más adelante, durante la administración de Montero, asumió en Arequipa la comandancia de la X División del Ejército de Operaciones, y después, la jefatura del Estado Mayor. En 1883, fue ministro de Guerra, presidente del Consejo de Ministros y ministro de Gobierno. En 1885, durante la transición, fue parte del Consejo de Ministros que asumió brevemente el poder.

LA AYUDA BOLIVIANA EN LA GUERRA

EL HISTORIADOR PERUANO DANIEL PARODI REEVALÚA EN EL SIGUIENTE TEXTO EL PAPEL DESEMPEÑADO POR BOLIVIA DESPUÉS DE LA BATALLA DEL ALTO DE LA ALIANZA, BUSCANDO ALEJAR VIEJOS MITOS REFERENTES A UN RETIRO BOLIVIANO DE LA GUERRA.

"En 1882 la situación económica de Bolivia era harto complicada toda vez que, bloqueados sus puertos e invadida la totalidad de su territorio litoral, se redujeron sensiblemente su flujo comercial y la capacidad comercial de sus mercados.

Estas razones pueden explicar por qué las primeras solicitudes de armamento que le hizo el Perú no fueron satisfechas [fines de 1881]. […] No obstante, en los meses siguientes Bolivia envió al Perú dos expediciones de armas, una en calidad de donativo y otra de préstamo. La remisión de la primera fue anunciada y aprobada en el mes de mayo de 1882 y para agosto del mismo año ya se encontraba en el Perú. Esta dotación de elementos bélicos consistió en 10.000 municiones Remington y 50.000 mixtos fulminantes de la misma marca.

Días después de aprobarse el primer envío, se acordó remitir a Arequipa 300.000 municiones Remington más, que serían devueltas con las que desde Argentina llegaban para el Perú. A fines de julio de ese año, esta dotación fue depositada en Puerto Pérez y tres semanas después fue devuelta por este país.

Además, entre 1882 y 1883 Bolivia cumplió con las obligaciones que había asumido al iniciarse el conflicto bélico. […] En tal sentido, en protocolo de 30 de mayo de 1882 se consignó el pago de 25.000 pesos bolivianos al Perú, luego de que su ministro Manuel María del Valle rechazase la propuesta de que esa cantidad fuese consignada a préstamo.

[…] Además, Bolivia contribuyó con el Perú con varios donativos de dinero. El primero, acordado a fines de 1882, fue cancelado en cuatro mensualidades, las que se abonaron en enero, febrero, marzo y abril de 1883. […] El monto total de estos donativos ascendió a 80.000 pesos bolivianos.

Asimismo, para el socorro de los prisioneros peruanos en Chile, los jefes del ejército boliviano aportaron el 3% de sus honorarios, lo que arrojó la suma de 564.44 pesos bolivianos.

Además de recursos pecuniarios, se remitió vestido y calzado para el ejército del Sur; específicamente para el batallón Pérez, que se formó en homenaje al héroe boliviano de la batalla del Alto de la Alianza. Este donativo consistió en 400 camisas y 322 pares de zapatos.

Entre enero de 1882 y agosto de 1883, este es el aporte de Bolivia a la Alianza que la información consultada nos ha revelado. Puede discutirse si fue suficiente, pero basta para demostrar la vigencia de la [Alianza]".

De: Daniel Parodi. *La laguna de los villanos: Bolivia, Arequipa y Lizardo Montero en la guerra del Pacífico (1881-1883)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001; pp. 90-94.

acató la actitud de su caudillo publicada en diciembre de 1882, al regresar de Estados Unidos a Europa, no aceptando las condiciones de paz de Chile aunque algunos antiguos partidarios del Dictador de 1880 se sumaron al nuevo orden de cosas. Sin embargo, aquel mismo alejamiento hizo creer a los dirigentes chilenos que muy poco o nada había que esperar de Iglesias.

NEGOCIACIONES PERSONALES ENTRE QUÍMPER Y SANTA MARÍA.- Pero, por otra parte, ellos no tenían con quien tratar. Una negociación entre José María Químper y el presidente Domingo Santa María escolló (según Bulnes) porque aquel insistió en el viaje de García Calderón a Arequipa, y en la reunión de un Congreso que le diese poderes para celebrar la paz; y Santa María pidió que, antes de eso, suscribiera un compromiso aceptando las condiciones de ella ante el plenipotenciario norteamericano. García Calderón en su carta a Iglesias coincide en lo primero; pero agrega que Santa María replicó con una referencia al desconocimiento del gobierno provisorio hecho en Cajamarca. Químper (sigue diciendo García Calderón) explicó la actitud de Iglesias, se comprometió a viajar a Cajamarca para conferenciar con él y garantizó que apoyaría la Asamblea Constituyente nacional, influyendo en ella para que se decidiera por la paz. Las negociaciones (a su juicio) estaban aún pendientes en la fecha en que redactó la carta (8 de febrero de 1883).

FACTORES QUE GRAVITARON SOBRE LA ACTITUD CHILENA A COMIENZOS DE 1883.- Los chilenos recibieron poderoso estímulo con las noticias acerca de las explícitas declaraciones de la Asamblea de Cajamarca a favor de la paz y con la defección del coronel Manuel de la E. Vento, jefe de la vanguardia de Cáceres, de la que se hablará más adelante.

Por otra parte, no dejaron de gravitar (aunque historiadores de esa nacionalidad lo nieguen) consideraciones relacionadas con la actitud norteamericana y europea.

LA GESTIÓN DE PARTRIDGE CON LOS DIPLOMÁTICOS EUROPEOS.- El ministro de Estados Unidos en Lima, James Partridge, comenzó a actuar en enero de 1883. Anunció a Lynch y al diplomático chileno Novoa su propósito de viajar a Arequipa a solicitar de Montero el *exequatur* para algunos cónsules y a inducirlo para que suscribiera la paz. Quería una reunión de plenipotenciarios de los tres países beligerantes. Debían ellos, en su concepto, acordar tres bases: 1°) Cesión incondicional de Tarapacá a Chile; 2°) Cesión, venta o traspaso de Tacna y Arica a Bolivia, en caso de no ser ello posible, ambas provincias serían territorio neutral; 3°) Arica no podría ser fortificada. Los chilenos no aceptaron las sugerencias de Partridge. Este reunió en su residencia a los representantes diplomáticos de Francia, Alemania, Italia, Inglaterra y España. El primero de los ministros europeos nombrados habló allí de la necesidad de cortar la guerra que tanto perjudicaba a los beligerantes y al comercio neutral; y agregó que Chile debía ser obligado por las grandes potencias a contentarse con Tarapacá y reservar sus pretensiones sobre Tacna y Arica para una discusión posterior o para ser resueltas por el arbitraje. Partridge se adhirió a estos puntos de vista y lo mismo hicieron algunos de los presentes. Un acta fue suscrita para ser enviada por separado a cada Gobierno como una expresión de la opinión colectiva del cuerpo diplomático (22 de enero de 1883). El representante alemán rehusó tomar parte en el asunto,

FRELINGHUYSEN DESAUTORIZA LA GESTIÓN DE PARTRIDGE Y ENUNCIA UNA FÓRMULA PARA LA PAZ.- El cambio de ideas efectuado en Lima fue mal recibido en Washington por considerarse que contrariaba la doctrina Monroe. Frelinghuysen desautorizó duramente a



EL CAMBIO DE IDEAS EFECTUADO EN LIMA FUE MAL RECIBIDO EN WASHINGTON POR CONSIDERARSE QUE CONTRARIABA LA DOCTRINA MONROE. FRELINGHUYSEN DESAUTORIZÓ DURAMENTE A PARTRIDGE Y ASÍ LO COMUNICÓ A LAS CANCILLERÍAS DE LONDRES, PARÍS Y ROMA.



ABRIL
1883
[PERÚ]
22

EL PRESIDENTE INTERINO LIZARDO MONTERO INAUGURA EL CONGRESO EXTRAORDINARIO EN AREQUIPA. EN SU DISCURSO, DIJO: "POR MUCHAS QUE SEAN LAS DIFICULTADES DEL PRESENTE, NO ES POSIBLE PERDER LA FE EN EL PORVENIR. LOS PUEBLOS PASAN POR VARIADAS VICISITUDES; PERO CUANDO SABEN SOBREPONERSE A LAS DURAS PRUEBAS DE LA ADVERSIDAD, (...), SE ALECCIONAN EN LA DESGRACIA, ADQUIEREN LA NOCIÓN DE SU PROPIO DEBER, Y APROVECHANDO LOS MEDIOS QUE TIENEN EN SÍ MISMOS, SE PRESENTAN, POCO MÁS TARDE, MÁS GRANDES Y FELICES". EL CONGRESO SESIONÓ SOLO HASTA EL 20 DE JUNIO.

Partridge y así lo comunicó a las Cancillerías de Londres, París y Roma. Pero después llamó al ministro chileno Joaquín Godoy y en términos muy claros, casi perentorios, le dijo que varias Cancillerías europeas miraban con desasosiego la prolongación del estado de guerra y que había de distintos lados, sugerencias para que interviniera el Departamento de Estado. Chile (agregó) debía terminar con la situación existente, anexándose Tarapacá, sometiendo sus pretensiones sobre Tacna y Arica al arbitraje de los Estados Unidos, de México o del Brasil, tratando con cualquier caudillo peruano o retirándose a la línea de frontera que pretendía, sin especificar si ella debía ser la del río Camarones o la del río Sama.

LA DURA OPINIÓN DE EVARISTO GÓMEZ SÁNCHEZ SOBRE LA INTERVENCIÓN DE ESTADOS UNIDOS.- Evaristo Gómez Sánchez, político y diplomático peruano que había tenido durante la guerra con Chile (en la época de la Dictadura) una distinguida actuación en la Argentina y el Uruguay, publicó en el *New York Herald* el 17 de octubre de 1883 un artículo sobre la intervención norteamericana que refleja amargos pensamientos muchas veces albergados por sus compatriotas. A juicio de Gómez Sánchez, Estados Unidos había hecho daño al Perú. Le había infundido esperanza sobre la paz sin cesión territorial, para luego abandonarlo a su suerte bruscamente y hasta para colaborar en su mutilación. Los actos de Blaine y de Hurlbut habían implicado un solemne y público compromiso, según el criterio de Gómez Sánchez. Ese compromiso había sido luego violado.

A pesar de esta crítica y de todas las gestiones que podían efectuarse, la paz iba a ser hecha entre Chile y el Perú a solas.

EL APOYO DE CHILE A IGLESIAS Y LA COLABORACIÓN DE LAVALLE CON ESTE CAUDILLO.- Por diversas circunstancias, pues, a partir de enero y en febrero de 1883, Chile optó por apoyar a Iglesias, el caudillo peruano que se manifestaba francamente dispuesto a pagar el precio de la derrota; pero cuidó de que no se repitiera lo ocurrido con García Calderón. Castro Zaldívar, cuñado del gobernante de Cajamarca, sirvió como intermediario con los vencedores. Una de sus solicitudes fue entonces la repatriación de José Antonio de Lavalle y José Antonio García y García, considerados personajes influyentes dentro del pierolismo y del civilismo, respectivamente. Iglesias les escribió para solicitarles su concurso y Lavalle respondió en sentido afirmativo. Declaró este diplomático entonces que desde 1881 estaba a favor de la paz posible y se hallaba dispuesto a firmarla, lo que era "quizás sentencia de muerte natural y de segura muerte política". García y García se negó a actuar, y por ese motivo, junto con Lavalle y a pedido de este, viajó al Perú Andrés Avelino Aramburú.

OPINIÓN DE GARCÍA CALDERÓN EN ENERO DE 1883 SOBRE LA SOLUCIÓN DE LOS ASUNTOS PERUANOS POR MEDIO DE UNA ASAMBLEA CONSTITUYENTE.- En el Perú se habían iniciado en diciembre de 1882 gestiones para la unión de los partidos. Juan Martín Echenique, antiguo pierolista, convertido en iglesista, escribió, al respecto, a García Calderón (22 de diciembre). Este se manifestó propicio, después de hacer una exposición sobre sus actos públicos, insistiendo, una vez más, en la conveniencia de una Asamblea Constituyente y declarándose, a la vez, opuesto a una Junta de Gobierno, de la que se había dicho que estarían apartados Montero, Piérola, Iglesias y él. La Asamblea debía tener la plenitud del poder y le correspondía ocuparse también de la reforma de la ley electoral y de la organización del Poder Legislativo, para lo cual tenía proyectos de ley preparados (9 de enero de 1883).

GARCÍA CALDERÓN Y MONTERO EN FEBRERO Y MARZO DE 1883.- Montero manifestó que estaba dispuesto a constituirse prisionero en Chile si es que este medio servía para obtener la libertad de García Calderón con el fin de que se trasladara al Perú y aceptase o no las proposiciones de paz chilenas (12 de febrero de 1883). Al contestarle agradeciéndole su actitud, García Calderón hizo mención al hecho de que esta era la única carta que había recibido de Montero, sin contar una salutación que le envió por medio de su señora cuando él (García Calderón) fue aprehendido en Lima (7 de marzo de 1883).



MONTERO MANIFESTÓ QUE ESTABA DISPUESTO A CONSTITUIRSE PRISIONERO EN CHILE SI ES QUE ESTE MEDIO SERVÍA PARA OBTENER LA LIBERTAD DE GARCÍA CALDERÓN CON EL FIN DE QUE SE TRASLADARA AL PERÚ Y ACEPTASE O NO LAS PROPOSICIONES DE PAZ CHILENAS (...).



CORRESPONDENCIA ENTRE GARCÍA CALDERÓN E IGLESIAS.- También se dirigió García Calderón a Iglesias (8 de febrero de 1883) Empezó por decirle que las negociaciones para la paz que estaba tramitando él habían sido malogradas por el manifiesto de Montán. Recordó que, en Lima, Iglesias le había ofrecido su apoyo que luego no había hecho efectivo a pesar de haber sido informado al respecto el Gobierno de Chile. Hizo, como le era habitual, un minucioso recuento de sus gestiones y esfuerzos. Afirmó que, en agosto, las condiciones para una tregua estuvieron arregladas, si bien entonces se produjeron los acontecimientos de Junín. En cuanto a las negociaciones con Logan, señaló que la falta de unificación entre los peruanos impidió un buen resultado, pues Chile tuvo entonces la oportunidad de tratar con Piérola en París y luego, desde agosto, con Iglesias. No lo recriminó, sin embargo. Reconoció que tenía buena intención y llegó decir que si hubiera sabido lo que en verdad ocurría, sin duda habría esperado un poco antes de sublevarse. Los dos caminaban por el mismo sendero, los dos estaban persuadidos de que la paz no podía hacerse sin un sacrificio, los dos habían tenido el valor de decirle al Perú su manera de pensar. ¿Por qué presentarse divididos? Añadió que Chile deseaba prolongar lo más posible la ocupación del Perú, para lo cual fomentaba sucesivamente a distintos caudillos. La solución estaba en la unión entre los peruanos. No pretendía que Iglesias deshiciera lo hecho y llegase a declarar que se unía a García Calderón. Era conveniente, en cambio, que no se precipitase, que no pronunciara palabra sobre las bases de la paz., que se limitara a decir que serían discutidas cuando se reuniera una Asamblea Constituyente representativa de todo el Perú. Los agentes de Piérola ya estaban en comunicación con él (García Calderón).

Iglesias contestó con fecha 10 de mayo de 1883 desde Cajamarca. Enumeró las razones que le hicieron parecer necesaria la paz después de la batalla en San Juan y Chorrillos, condenó la batalla de Miraflores y entró en extensa recapitulación de su conducta personal, atacando a los distintos bandos o facciones peruanas, inclusive a García Calderón por no haber firmado la paz. Negó que Chile quisiera la muerte del Perú; lo que pretendía era la paz ventajosa en la medida en que le daban derecho a ello sus victorias. Afirmó, en cambio, que las bases por él aceptadas eran más convenientes que las propuestas de Logan y que las del 11 de octubre, modificadas por García Calderón. Pidió unión e hizo protestas de desinterés personal.

Cuando Iglesias contestó a García Calderón ya había avanzado bastante en el camino por la paz.

CONVERSACIONES ENTRE LAVALLE Y SANTA MARÍA SOBRE LA PAZ.- Lavalle, antes de regresar al Perú, tuvo conversaciones con el presidente Santa María, viejo amigo suyo. Santa María le notificó cuáles eran las condiciones chilenas: Cesión incondicional de Tarapacá y venta de Tacna y Arica en nueve o diez millones sin ningún reconocimiento de la deuda sobre el guano y el salitre. La participación de Bolivia en las negociaciones de paz que Lavalle pidió, fue denegada. El negociador peruano habló acerca de la conveniencia de ajustar la paz con García Calderón a quien Iglesias podía adherirse. Santa María repuso que tratar con el presidente cautivo era ya imposible.

Lavalle se alarmó grandemente ante las condiciones impuestas por Santa María. Escribió a Iglesias para decirle que el tratado que él suscribiera debía ser mejor que las ofertas chilenas hechas a García Calderón y a Piérola; de otro modo estaba perdido. Iglesias le pidió que no lo abandonara y se manifestó dispuesto a hacer el sacrificio de todo lo que Chile le obligara a firmar, aunque fuese suavizado solo en la forma.

LAVALLE Y GARCÍA CALDERÓN.- Entre Lavalle y García Calderón se produjo un desacuerdo que motivó la publicación de cartas de ambos. García Calderón reveló que le había comunicado su programa de unificación nacional y convocatoria de una Asamblea Constituyente; y que Lavalle no lo creyó, malogrando el plan ya puesto en marcha (25 de abril de 1883). Lavalle repuso, en *La Tribuna* de Lima, en una carta fechada el 25 de junio de 1883, que el presidente Santa María se había negado a entenderse con García Calderón. Los tratos con Químper (le dijo Santa María) habían sido por consideración al intermediario y no con la esperanza de llegar a un acuerdo, "concluyendo S. E. por asegurarme que en ese momento no había ninguna negociación pendiente con el señor García Calderón, ni propósito de su parte para entenderse nuevamente con él". Lavalle (prosiguió diciendo él mismo) se ofreció a hacer una gestión para que García Calderón firmase con Logan un protocolo donde debían constar las bases de paz, a lo que aquel se negó pues decía que prefería quedarse en la prisión que sería lo mejor que le pudiese suceder al Perú y a él personalmente.

EL CONVENIO PERUANO-CHILENO DE MAYO DE 1883.- El convenio preliminar peruano-chileno ajustado en mayo de 1883 en Chorrillos por los representantes de Iglesias, José Antonio de Lavalle y Mariano Castro Zaldívar y el chileno Jovino Novoa, incluyó las estipulaciones principales del posterior Tratado de Ancón. No fue bien recibido en el Perú. Los dirigentes chilenos decidieron entonces eliminar a Cáceres y a Montero, para cortar así peligros que podían ahogar "el grito de Montán" y malograr la firma de la paz.

LAS CONDICIONES DE PAZ ACEPTABLES PARA MONTERO.- Una circular del canciller de Montero, Mariano Nicolás Valcárcel, fechada el 26 de setiembre de 1883, dirigida al cuerpo diplomático extranjero, hizo un resumen de la historia del llamado gobierno provisorio que inicialmente encabezaba García Calderón y luego el contralmirante, en relación con Chile. Insistió en la identidad en el pensamiento de uno y otro hombre público. Defendió las bases que el presidente cautivo aceptó ante Logan: cesión de Tarapacá, negativa a enajenar Tacna y Arica, necesidad de arreglos convenientes entre Chile y los acreedores por el guano y el salitre, o sea reconocimiento de las hipotecas preexistentes a favor de terceras personas. Dedicó largos párrafos a defender los intereses de Bolivia, colocada en situación de perder el acceso al océano Pacífico. "Era menester (afirmó en una frase que se prestaba equívocos) conservar Tacna y Arica para hacer libremente entre el Perú y Bolivia los arreglos que fueran convenientes a los legítimos intereses de las dos naciones". Atacó duramente a Iglesias, apoyado por Chile.

En suma, las diferencias entre las condiciones no aceptables para Montero y las aceptadas por Iglesias fueron: el desconocimiento de las deudas sobre el guano y el salitre, la cesión de Tacna y Arica y la no participación de Bolivia.

Valcárcel terminó su circular con una negación de todo valor legal para el tratado entre Iglesias y Chile, con el anuncio de que la ocupación del Perú por ese país iba a continuar y la promesa de seguir en una "lucha grandiosa".

"DICE GARCÍA CALDERÓN EN SUS MEMORIAS QUE, DURANTE CONSIDERABLE TIEMPO, EL GOBIERNO CHILENO ALBERGÓ LA ESPERANZA DE QUE ÉL, PRESIDENTE CAUTIVO Y PRESIONADO, ACEPTARA LAS CONDICIONES DE PAZ IMPUESTAS. PERDIDA ESA ESPERANZA SE DIO IMPULSO A IGLESIAS Y TERMINÓ LA AUTORIDAD DE MONTERO EN AREQUIPA.



Una gestión de Guillermo A. Seoane, agente de Montero, ante los chilenos en Lima, terminó con la prisión del plenipotenciario. Solo después de la firma del Tratado de Ancón fue libertado por gestiones de los ministros de Iglesias.

LA VERSIÓN DE GARCÍA CALDERÓN SOBRE LO QUE OCURRIÓ EN 1882 Y 1883.- Dice García Calderón en sus memorias que, durante considerable tiempo, el Gobierno chileno albergó la esperanza de que él, presidente cautivo y presionado, aceptara las condiciones de paz impuestas. Perdida esa esperanza se dio impulso a Iglesias y terminó la autoridad de Montero en Arequipa. No habiendo podido Chile, con sus victorias, alcanzar el título de propiedad del territorio peruano que había usurpado, destruyó el gobierno de García Calderón y puso otro de su agrado dispuesto a firmar la paz a toda costa. Por consiguiente, en la etapa final de la guerra, atacó una vez más la soberanía del Perú y su independencia como nación.

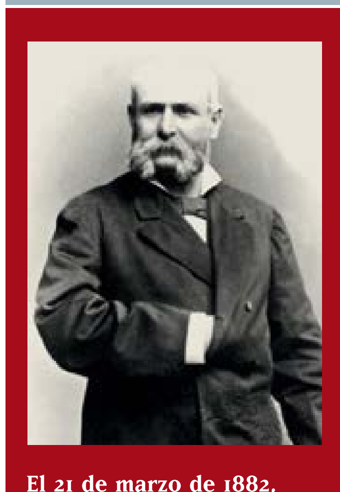
AYUDA CHILENA A IGLESIAS.- Dice Bulnes: "Cuando se firmó el protocolo de mayo, el cuartel general dio órdenes al coronel movilizado don Herminio González que, en ausencia de Gorostiaga, mandaba en jefe la división chilena que ocupaba el departamento de La Libertad, para que lo entregase al representante del general Iglesias, incluso sus aduanas, ferrocarriles, etc. A ese efecto, Iglesias, que permanecía en Cajamarca, nombró como su delegado en los departamentos del norte a don Vidal García y García, su pariente inmediato (1° de junio de 1883). Estaba convenido que García y García levantaría una pequeña fuerza en Ascope, lugar vecino a Trujillo y, cuando lo hubiera conseguido, se avisaría a González para que este se retirase de la ciudad sin estrépito, a fin de evitar que, patentizándose el apoyo de Chile al general Iglesias, se ofendiese el patriotismo peruano y aumentase el número de sus enemigos y de la paz". Y más adelante: "Iglesias luchaba con grandes dificultades para dar ese primer paso que lo pondría en posesión de las aduanas de un rico departamento que le proporcionaría el dinero para entonar su incipiente Gobierno. Carecía de todo. No tenía un peso ni un fusil".

Lynch dijo al corresponsal del *New York Herald* y este lo transmitió a su periódico en carta del 13 de agosto de 1883. "Damos toda clase de ayuda a Iglesias. Le damos dinero, le damos armas y destruimos a sus enemigos".

Al retirarse los chilenos del departamento de La Libertad quedaron los vecinos de esta región libres del oneroso tributo de guerra que pagaban al enemigo.

LA PROPAGACIÓN DEL RÉGIMEN DE IGLESIAS.- No fue la ocupación de La Libertad el único episodio de la propagación del régimen de Iglesias. Desde Lima, su delegado Mariano Castro Zaldívar (ayudado a veces por José Antonio de Lavalle) hizo gestiones ante las autoridades chilenas, persuadió a distintos personajes peruanos, envió emisarios a diversos lugares. Un ciudadano peruano que alcanzó relieve en sus esfuerzos y colaboración con los chilenos para obtener la paz fue Luis Milón Duarte que fundó en Lima el diario *El Pueblo*, en cuya redacción llegó a ser reemplazado por F. Eulogio Casós. Prefecto del departamento de Ica fue nombrado José Manuel Aguirre a quien secundó el subprefecto Eduardo R. Bernaola; los chilenos, de acuerdo con los iglesistas, desocuparon Ica y las rentas de la aduana de Pisco suministraron un buen aporte económico al régimen de estos. Aunque el prefecto de Huánuco Manuel Miranda llegó a hacerse cargo de su puesto, los montoneros lo obligaron a dejarlo. Tampoco tuvo suerte en Junín el prefecto Andrés Trujillo, acusado de algunos abusos. En cambio, las provincias de Huarochirí y Cañete quedaron pacificadas. En Piura, nombrado prefecto Fernando Seminario, desconoció luego a Iglesias y surgió la amenaza de la guerra civil;

EL NEGOCIADOR DE IGLESIAS



El 21 de marzo de 1882, Mariano Castro Zaldívar (en la foto) fue designado ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Miguel Iglesias. Como tal, inició en Lima las negociaciones para la firma del tratado de paz con Chile. Asimismo, se encargó de la compra de armamento y municiones para las tropas de Iglesias, que entrarían en Lima tras la desocupación del ejército chileno.

> IGLESIAS, EL DUEÑO DE LA HACIENDA UDIMA, SABÍA POR EXPERIENCIA PROPIA QUÉ DAÑOS TAN ENORMES PODÍAN INFERIR A LA PROPIEDAD INMUEBLE, RÚSTICA Y URBANA, AL COMERCIO, AL TRABAJO, A LA POBLACIÓN LOS INVASORES. PERO, SEGURAMENTE, AL MENOS EN ÉL, NO SOLO GRAVITARON CONSIDERACIONES MATERIALES.

por fin quedó en dicho cargo Augusto Seminario y Váscones. Las fuerzas caceristas ocuparon luego Piura e impusieron un fuerte cupo. En Moquegua el prefecto iglesista fue, durante un tiempo, Lucas Becerra.

Castro Zaldívar tuvo a su cargo también la labor de compra, almacenaje, reacondicionamiento y remisión de elementos de guerra a Iglesias y sus huestes. Cuando fue recuperada la aduana de Salaverry, levantó un empréstito al que siguieron varios pequeños préstamos.

QUIÉNES ESTUVIERON A FAVOR DE LA PAZ.- Se ha dicho que los terratenientes, o sea los gamonales, impusieron la paz. Si ello implica una alusión a los civilistas, hay aquí una interpretación equivocada. El grupo más brillante del civilismo limeño se había comprometido con García Calderón desde que fue elegido presidente este jurista, y había, como él, jugado su carta a favor de la ayuda de Estados Unidos para evitar la mutilación territorial, reemplazándola con una fuerte indemnización de guerra. Varios de esos "notables" sufrieron cupos y persecuciones y, junto con algunos otros patriotas, conocieron la amargura del cautiverio. En él vivían cuando se produjeron los acontecimientos de los cuales resultó el Tratado de Ancón. Después de suscrito dicho pacto y ya de vuelta los chilenos a su patria, el estado mayor civilista acentuó su vinculación con Cáceres y lo acompañó en ministerios, diputaciones, secretarías y otros cargos en su primer gobierno de 1886-1890.

Se ha hecho notar que la aparición de Iglesias como caudillo y Presidente Regenerador tuvo un contenido de clan netamente cajamarquino. De ese cerrado significado regionalista inicial no deben salir deducciones apresuradas aparte del hecho de que fue muy difícil encontrar gente para una empresa tan impopular. Iglesias apareció en el escenario donde tenía fuerza personal, junto con sus más cercanos familiares, consejeros y adeptos pero luego se proyectó sobre el país. Ya se ha hecho mención del horrible cuadro en toda la zona serrana del norte, asolada por los chilenos después de la batalla de San Pablo, mientras el caos prosperaba en Piura, Amazonas y Áncash.

Iglesias, el dueño de la hacienda Udima, sabía por experiencia propia qué daños tan enormes podían inferir a la propiedad inmueble, rústica y urbana, al comercio, al trabajo, a la población los invasores. Pero, seguramente, al menos en él, no solo gravitaron consideraciones materiales. Después de la derrota en el Morro Solar creyó que el Perú ya había perdido la guerra. En vísperas de la batalla de Miraflores, apareció ante Piérola para la búsqueda de un armisticio o de un convenio. Sin duda, las luchas que comenzaron en los reductos el 15 de enero de 1881 para seguir durante ese año y en 1882, implicaron, en su concepto, una pérdida inútil de sangre, de esfuerzo y de tiempo. Se atrevió a mirar cara a cara lo que ante su criterio era una realidad que ni García Calderón ni Montero en sus prisiones de dirigentes, ni, por cierto, Cáceres en sus puestos de lucha incejable, aceptaban. Esta doblegada actitud de vencido resultaba, desde su punto de vista, más evidente por el hecho de que, en sus correrías, el caudillo de la resistencia no tuvo el apoyo del único sector peruano con gente armada, equipo más o menos aceptable y vínculos notorios con Bolivia, o sea el núcleo que comandaba Montero en Arequipa, la ciudad antaño famosa por haber sido la cuna de grandes movimientos populares con irradiación nacional como fueron, por ejemplo, los de 1854, 1856, 1865 y 1868.

En esta línea de pensamiento y de actitud debían estar; al fin y al cabo, no solo la mayoría de los terratenientes de la sierra del norte, sino muchos de sus congéneres en la sierra central, tan asolada por invasores e invadidos desde 1881 y otros en la costa. Pero, conviene tomarlo muy en cuenta aquí, si bien podían funcionar razones de conveniencia o de utilidad disimuladas, con frecuencia, por la preocupación ante la necesidad de quitarle al país tantos exponentes de destrucción y humillación; cabe suponer que, además existieron sinceras actitudes.

Al alejarse del Perú a mediados de julio de 1881, el diplomático italiano P. Perolari Malmignati, consideró incomprensible la decisión para el Congreso de Chorrillos adoptada de no ir a la paz con cesión territorial. Sin barcos, sin dinero, ocupada por el enemigo gran parte de las zonas mejores del país, en medio de un empobrecimiento general, creía este testigo que el Perú debía resignarse al sacrificio. A algunos señores oyó decir que no podía admitirse en la joven y republicana América el surgimiento de derecho de conquista. Otros le confesaron su repudio a la posibilidad de una imposición de la voluntad expansionista de Chile, zona secundaria al lado del Perú desde los días de Diego de Almagro y de Pedro de Valdivia. Y en estos y en otros argumentos creyó ver renacidas las ilusiones de que el pequeño *Huáscar* bastaría para detener indefinidamente a la poderosa escuadra chilena o de que sería factible la compra de nuevos acorazados, así como la tenacidad para luchar contra el destino en Tacna y en Arica, en San Juan y en Miraflores. También consideró Perolari Malmignati ingenuas las esperanzas de que Estados Unidos actuaría como un enérgico y justiciero policía internacional. A su juicio, era mejor aceptar la amputación de un miembro para salvar el cuerpo nacional. No existe, decía, en la historia contemporánea un país donde la guerra hubiera hecho tantos daños como en el Perú ya esquilmado e impotente en 1878.

La figura representativa del sector peruano "no gamonal" partidario de la paz viene a ser José Antonio de Lavalle, ciudadano identificado con el pierolismo que aceptó desligarse de consignas predeterminadas para volver al Perú desde su exilio en Chile. Actor principal en el frustrado esfuerzo que Prado hizo en mayo de 1879 para evitar la guerra, convencido, sin duda, ya desde entonces de que el resultado sería fatal, aunque sin sospechar cómo llegó a ser esa catástrofe de abrumadora. Lavalle volvió del destierro sin ambiciones ni ilusiones políticas y creyó cumplir con un terrible deber en 1883 al estampar voluntariamente, sin coacción de nadie, su firma en el Tratado de Ancón.

EL CASO DE LUIS MILÓN DUARTE.- Las investigaciones de Nelson Manrique han arrojado luz sobre el caso de Milón Duarte que simboliza a uno de los sectores de los terratenientes de la región central.

La familia Valladares había llegado a acumular (según Manrique) a los largo de treinta años, la propiedad de, por lo menos, diecinueve haciendas con un territorio que iba, aproximadamente, desde Huancayo hasta Cerro de Pasco dentro de una superficie de más de 300 mil hectáreas.

Los Valladares eran tres hermanos: Juan Enrique, Manuel Fernando y Beatriz que casó con Luis Milón Duarte, jefe efectivo del clan. Se ha relatado en el capítulo sobre las vísperas de la campaña de Lima, cómo Luis Milón Duarte llevó a la capital unos tres mil reclutas divididos en los batallones Tarija, Concepción, Tarma y Manco Cápac. Iniciada la campaña de resistencia en los Andes, los fuertes cupos impuestos por los invasores obligaron a Duarte (dice Manrique) a solicitar préstamos usurarios a un agiotista alemán. Ellos se elevaron a la cantidad de 28 mil soles billetes al 1.5% mensual primeramente, y luego 42 mil billetes, o sea, en total, 60 mil soles billetes a 1.5% mensual. Las garantías exigidas fueron los bienes habidos y por haber tanto de patrimonio como aquellos adquiridos por su casamiento y, además, 800 quintales de lana. Luis Milón Duarte no pudo cancelar la deuda en veinte años. El asunto terminó en un remate judicial que hundió a la familia. Hasta aquí los datos de Nelson Manrique. Y, de ese modo, el jefe de los batallones Tarija, Concepción, Tarma y Manco Cápac en la defensa de Lima recibió de Iglesias el nombramiento como jefe superior de los departamentos del centro y entre sus decretos estuvo, como se recuerda en otro capítulo del presente libro, el que otorgó perdón y amnistía general a todos los patriotas, así como una gratificación de dos sueldos a quienes abandonaran a Cáceres.

Además apareció en Lima como fundador del diario pacifista e iglesista *El Pueblo* junto con Belisario Barriga y otros.

EL APOYO DE LOS TERRATENIENTES



El hacendado y coronel Luis Milón Duarte, a quien vemos en esta fotografía, poseía extensas propiedades en la sierra central, que iban desde Huancayo hasta Cerro de Pasco. Durante la guerra con Chile, como muchos otros terratenientes, aportó hombres y armas para la defensa del país. Además, apoyó a Cáceres durante la campaña de La Breña. Sin embargo, a consecuencia de las constantes luchas, terminó perdiendo sus propiedades.

LA REACCIÓN


LA REACCION.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO

Este periódico cajamarquino de corte político y literario se fundó en 1882. A cargo de la redacción, estuvieron Maximiliano Frías y Julio S. Hernández. Este último fue partidario de Iglesias y llegó a ser diputado por Piura en la Asamblea General de los departamentos del norte. *La Reacción* hizo campaña por la pacificación del país, y se trasladó a Lima en 1884.

En el archivo de la familia de Julio S. Hernández se guarda una carta original de Luis Milón Duarte al escritor y político ya mencionado donde dice que Cáceres quiso mandar un expreso a Lynch "ofreciendo un canje de mi persona por todos los desertores chilenos que tiene" (29 de marzo de 1883).

LA FUERZA POLÍTICA ALREDEDOR DE IGLESIAS. JULIO S. HERNÁNDEZ. EL PARTIDO NACIONAL.- Poco a poco se fue agrupando alrededor de Iglesias una fuerza política propia. Aparte de las figuras ya señaladas, conviene resaltar la presencia de Julio S. Hernández. Fue este un avezado periodista y brillante literato que se había distinguido en *El Ferrocarril de Piura*, *El Correo del Norte*, también en Piura en 1878 y luego, durante la guerra en *La Reacción* que apareció en Cajamarca en 1882 e inició la campaña a favor de la paz. Hernández fue luego secretario General de Iglesias después del "grito de Montán" y diputado por Piura en la Asamblea de Cajamarca. A *La Reacción* la hizo trasladarse a Lima en 1884. Recibió un premio especial por el editorial de ese órgano de prensa el 15 de enero de dicho año en homenaje a los caídos en San Juan y Miraflores. En el Congreso que aprobó el Tratado de Ancón fue diputado y vicepresidente. Ya en 1885 obtuvo el nombramiento de ministro ante las Repúblicas del Plata. Años más tarde, en la década de los noventa, figuró como miembro del partido demócrata y dirigió el notable diario *El País*.

Por lo demás, no estuvo tan huérfano Iglesias del apoyo de los intelectuales como algunos pueden suponer. Lo acompañaron en sus jornadas para obtener la paz, Andrés Avelino Aramburú y su diario *La Opinión Nacional*. En el número de *La Reacción* correspondiene al 23 de octubre de 1893 aparecen como colaboradores de ese vocero, aparte de Hernández, Maximiliano Frías, Belisario Barriga, Manuel A. San Juan, Melitón F. Porras, Gerardo Cabello, Teodoro Noel, Domingo de Vivero, Juan Francisco Ezeta, Simón Martínez Izquierdo y otros cuya trayectoria ulterior siguió a veces distintas orientaciones. No cabe suprimir en esta lista el nombre de Ricardo Palma, nombrado director de la Biblioteca Nacional y autor de una sentida poesía con motivo del fallecimiento de Lorenzo Iglesias, hermano de Miguel.

El grupo íntimo iglesista del que quizás Hernández fue el mejor exponente, tomó una resuelta actitud anticivilista que se endureció cuando, en julio de 1885, hubo una reunión del estado mayor de la llamada "argolla" contra el Presidente Regenerador. También en el seno del cenáculo aquí recordado, hubo temores de que los civilistas pretendieran aproximarse a don Miguel y trataran de dominarlo. En cambio fue cordial la actitud que asumió frente al sedicente partido nacional cuyo jefe era Antonio Arenas y que resueltamente apoyó a Iglesias.

Aparecieron a las órdenes del nuevo caudillo personajes identificados antes con el pierolismo como Pedro José Calderón, Manuel Tovar, Juan Martín Echenique y otros. El caudillo demócrata y sus partidarios más recalcitrantes tuvieron en cambio sumo cuidado en diferenciarse de Iglesias y en no aprobar el Tratado de Ancón.

EL SIGNIFICADO DE IGLESIAS.- Iglesias apareció en la escena política peruana y en la escena internacional a hacer el juego del enemigo, para volver estériles las hazañas de Cáceres en los Andes y las gestiones de García Calderón desde su cautiverio. ¿Hubiese sido posible, a mediados o fines de 1883, una paz mejor que la suscrita por Lavalle y Castro Zaldívar en Chorrillos para ratificarla luego en Ancón? ¿La habría firmado Chile? ¿Qué habría ocurrido si no surge Iglesias? ¿Era posible que, por primera vez en la historia, el vencido resultara ganando la guerra? Para pronunciar un veredicto sobre este asunto sería necesario conocer la situación real dentro de las fuerzas chilenas en el territorio invadido y ocupado y dentro de las esferas gubernativas de Santiago, escudriñar papeles secretos (algunos acaso destruidos ya o inaccesibles) e interpretar a la luz de ellos, objetivamente, las decisiones de sus hombres dirigentes.

El ánimo patriótico se afilia entusiasta a la idea de que era preciso seguir en la lucha o en las discusiones, costara lo que costase. Iglesias apareció con la actitud humillada de ir sumisa y voluntariamente de acuerdo con lo que, a sus ojos, era el vendaval de la historia creyendo que no podía ser detenido y responsabilizándose por sus consecuencias. Lo deben mirar como uno de los suyos quienes, de un modo u otro, intentan expresar a la realidad desengañada frente a ilusiones heroicas, quienes pagan con coraje las deudas dejadas por el pasado, quienes adoptan la terrible decisión de olvidar y ensuciarse para seguir adelante. Parece viejo mientras que, a su lado, Cáceres y García Calderón parecen jóvenes. Representó, a su manera, la muerte del ensueño. No está espiritualmente lejos de quienes, en todo tiempo, aspiraron, en distintas esferas, a grandes cosas que pudieron ser, según los casos, el poderío, la riqueza, el amor, la creación artística, la gran contribución científica, el disfrute de la vida en sus formas más gratas, para concluir aceptando la mediocridad, la limitación y el desencanto. Concentró su atención no en el puñado de hombres que acompañaba a Cáceres ni en la soledad erecta de García Calderón sino en los males, las miserias, las inmundicias y los peligros de la ocupación. Puede ser que, a pesar de todo, se precipitara al buscar, desesperadamente, la manera de concluir con ella después de que habíase entronizado durante casi tres años. Puede ser que su reloj estuviese adelantado, que tuviera una falla fundamental al no esperar un poco, al no entenderse con García Calderón y al ignorar las dudas y dilemas en que se debatían los gobernantes chilenos. Puede ser que otro tratado hubiese sido siquiera menos duro. Pero hay un hecho que dignifica al Perú: este hombre, el defensor del Morro Solar, por encima del error o del acierto y a pesar de las apariencias y de las acusaciones y aunque recibió y aceptó el apoyo del invasor, ante sus propios ojos y ante su conciencia fue un patriota sincero y un hombre honesto.



PERO HAY UN HECHO QUE DIGNIFICA AL PERÚ: ESTE HOMBRE [IGLESIAS], EL DEFENSOR DEL MORRO SOLAR, POR ENCIMA DEL ERROR O DEL ACIERTO Y A PESAR DE LAS APARIENCIAS Y DE LAS ACUSACIONES Y AUNQUE RECIBIÓ Y ACEPTÓ EL APOYO DEL INVASOR, ANTE SUS PROPIOS OJOS Y ANTE SU CONCIENCIA FUE UN PATRIOTA SINCERO Y UN HOMBRE HONESTO.



[TOMO 9]



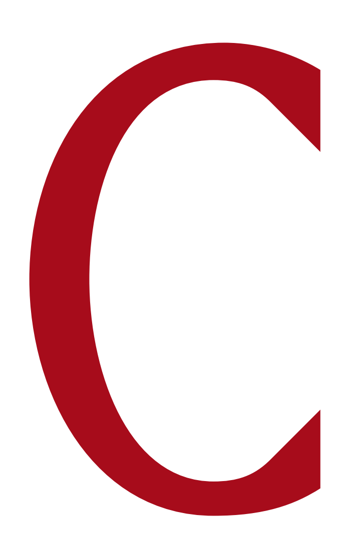
[**CUARTO PERÍODO:** LA GUERRA CON CHILE]

CAPÍTULO 12 • **I** Cáceres en Canta y Huarochirí. La traición de Vento • Cáceres en Chancay. Frustrada expedición Arriagada contra él • Expediciones León García y Canto. Nuevo intento chileno de coger a Cáceres • Cáceres resuelve la retirada al norte • Formación del ejército de Cáceres al emprender la marcha al norte • La marcha de Cáceres hacia el norte. Ahuarcancha • El paso de Yanganuco • Palo Seco y Pelagatos • Retirada de Arriagada • La marcha convergente de Gorostiaga y de González hacia Huamachuco • Cáceres intenta sorprender a González • **II** Cáceres en Huamachuco • El comandante peruano en Huamachuco • La batalla de Huamachuco • Las consecuencias de Huamachuco • Leoncio Prado.

LA FUNDAMENTAL DIVERGENCIA ENTRE CÁCERES E IGLESIAS Y EL DECISIVO APORTE CHILENO PARA CONSOLIDAR A ESTE CAUDILLO

El tercer período de la campaña de la resistencia (Enero-Julio de 1883)





[I]

ÁCERES EN CANTA Y HUAROCHIRÍ. LA TRAICIÓN DE VENTO.- Después de la liberación de Junín, Cáceres había reorganizado sus fuerzas y esperado obtener armas y municiones de Montero. Se produjo una tregua de hecho por varios meses.

Al publicar Iglesias el manifiesto de Montán recibió la adhesión de Canta encabezada por Manuel de la Encarnación Vento, jefe de la vanguardia de Cáceres. El plan formulado entonces consistió en que Vento avanzara sobre Huaraz a deponer al prefecto cacerista en conexión con Iglesias, provocando también en Piura un movimiento a favor de la paz. Las guarniciones chilenas del departamento de La Libertad se comprometieron a retirarse con el pretexto de la fiebre amarilla. Todo el norte debía quedar con su territorio y sus rentas en manos de Iglesias cuyo poder se hubiera equiparado en extensión a la zona que dominaba Montero desde Arequipa.

Cáceres llegó a tener conocimiento de las entrevistas secretas en el Palacio de Lima entre Lynch y Vento. También recibió un pequeño contingente de armas de la capital. Marchó de improviso sobre Canta a fines de enero de 1883 y obligó a Vento a retirarse a posiciones en Huamantanga que eran inaccesibles; pero que al mismo tiempo, lo arrinconaron impidiendo así que se desplazara hacia el norte. El caudillo de la resistencia peruana quedó en posesión de Canta, hizo recoger las armas abandonadas e incorporó a sus tropas la mayor parte de los soldados de Vento. En ese lugar obtuvo de Lima zapatos y ropas de dril y también dinero para pagar a sus soldados.

El cabecilla tránsfuga obtuvo el envío de un destacamento chileno desde Lima a órdenes del coronel Juan León García al cual sirvió de guía. Cáceres mandó resguardar los pueblos de Huamantanga, San Buenaventura, La Chaqui y la quebrada central que conduce a Canta y Santa Rosa de Quives, y ocupar las alturas. Los chilenos se detuvieron, a pesar de haber sido incitados por tropas deliberadamente exiguas a que las persiguieran; se contentaron con algunos tiroteos. León García regresó a Lima poco después.

CÁCERES EN CHANCAY. FRUSTRADA EXPEDICIÓN ARRIAGADA CONTRA ÉL.- Mientras Cáceres estaba en Canta, llegó a Tarma el coronel Isaac Recavarren procedente de Arequipa con 200 carabinas Remington y un pequeño cañón fundido en aquella ciudad. Reunidos ambos jefes en Canta acordaron que una pequeña fuerza marchara con Recavarren al departamento de Áncash, señalado como base para un nuevo ejército que debía abrir un frente en el norte y operar contra el gobierno de Iglesias. Entre los jefes a las órdenes de Recavarren estuvo Leoncio Prado. Según afirma Cáceres en sus memorias, para facilitar el movimiento de Recavarrren decidió efectuar un ataque demostrativo sobre las guarniciones chilenas de Chancay y Huacho con el objeto de atraer la atención del enemigo. Los chilenos dicen que Cáceres, admirablemente servido por sus espías, intentó sorprender con dos batallones de 300 plazas cada uno, 4 piezas de artillería y 1.000 indios auxiliares, a la compañía de 150 hombres del batallón Aconcagua que formaba esas guarniciones al mando del capitán José Vicente Otero. Este y sus tropas se embarcaron en un buque que estaba en el puerto de Chancay. Cáceres lo ocupó sin resistencia.

Lynch quiso, una vez más, llevar a la práctica su viejo sueño de aniquilar a Cáceres y despachó para Chancay al coronel Marco Aurelio Arriagada con 1.300 a 1.400 hombres y cuatro piezas de montaña Krupp en tres buques de la escuadra. El convoy partió la noche del 20 de marzo de 1883 y llegó dentro del término fijado; pero Arriagada demoró en bajar a tierra más de un día. Cáceres estaba en la hacienda de Palpa unida al puerto por ferrocarril. Arriagada hizo un rodeo al marchar y Cáceres tuvo tiempo para volver a Canta sin ser molestado. El jefe chileno regresó a Lima diez días después de su partida. Había fracasado por su propia lentitud, por la movilidad del caudillo peruano y por el servicio de información con que espías y vigías ayudaban a este.

La defensa de la quebrada de Huarochirí había quedado encomendada al coronel Francisco de Paula Secada. El coronel chileno Martiniano Urriola que ocupaba Chosica tuvo frecuentes escaramuzas y tiroteos con estas fuerzas.

EXPEDICIONES LEÓN GARCÍA Y CANTO. NUEVO INTENTO CHILENO DE COGER A CÁCERES.- El comando chileno decidió atacar al ejército de Cáceres por tres sectores distintos. Urriola desde Chosica debía barrer a los guerrilleros de la quebrada de Huarochirí. Al coronel Juan León García, con unos 1.800 hombres, se le asignó como objetivo entrar a Canta por una ruta señalada por Vento. El coronel Estanislao del Canto fue mandado con una columna escogida de unos 1.200 hombres por el sur sobre Sisicaya siguiendo el valle de Lurín para destruir a las fuerzas peruanas de esta zona y después converger hacia Matucana y Chicla.

Urriola atacó el 9, 10, 11 y 20 de abril de 1883 las posiciones peruanas de Purhuay y Yanacoto y fue rechazado. Después de esto siguió inactivo en Chosica hasta el mes de mayo.

León García avanzó por el norte de Lima; sus destacamentos lucharon con los guerrilleros que los pusieron en situaciones apuradas, les causaron algunas bajas y los retardaron. En vez de entrar en Canta el 10 de abril, como se calculaba, llegó el 14. El coronel peruano Santa María no cumplió con las órdenes de defender el paso a ese lugar, mientras Cáceres intentaba el ataque por retaguardia. León García sostuvo varios combates. Uno de ellos se realizó el 27 de abril en Huamantanga con las tropas que Cáceres había dejado en Canta. Diez prisioneros peruanos fueron fusilados; entre ellos estuvo el heroico coronel José Mariano Villegas. En Canta se detuvo León García en espera de víveres y calzado, contra las órdenes de Lynch que hubiese deseado que, sin pérdida de tiempo, siguiese en persecución de Cáceres. Este había quedado flanqueado.

Canto salió de Lima el 24 de abril hacia el sur. Afrontó encuentros con los guerrilleros, y los batió en la posición llamada el Balconcillo y en Sisicaya. Llegó a unirse con León García. Las dos columnas habían hecho una maniobra envolvente alrededor de la capital en la forma de brazos que se abren en semicírculo para juntarse en la vía férrea.

Cáceres concentró sus fuerzas en Chicla después de haberse frustrado el plan de atacar a León García por el flanco y la retaguardia. En el caso de haber insistido en permanecer en la quebrada de Huarochirí hubiera sido cortada su retirada al interior, perdiéndose su ejército. De Chicla se dirigió a Tarma en los primeros días de mayo. "Si había fracasado nuestro designio (dice Cáceres) logramos siquiera cruzar el del adversario salvando nuestras huestes".

Lynch ordenó que se formase una nueva división al mando de León García y la aumentó con soldados, municiones y víveres proveniente de la de Canto. León García se dirigió a Canta con un contingente importante que tenía tropas de las tres armas. Ocupó esa ciudad el 21 de mayo. Cáceres la había abandonado pocas horas antes para retirarse a Cerro de Pasco con una fuerza que León García calculó en 2.800 hombres y más de 3.000 montoneros. El tifus y otras enfermedades y la carencia de abrigos y medicinas hacían estragos en las tropas de León García. Las instrucciones que recibió entonces este jefe le ordenaron propender al afianzamiento del gobierno de Iglesias, estimular la firma de actas de adhesión a él, inspirar confianza a los indígenas y a los habitantes pacíficos, pagar religiosamente las cosas que tomase, usar una política de rigor con



EL CAUDILLO DE LA RESISTENCIA PERUANA QUEDÓ EN POSESIÓN DE CANTA, HIZO RECOGER LAS ARMAS ABANDONADAS E INCORPORÓ A SUS TROPAS LA MAYOR PARTE DE LOS SOLDADOS DE VENTO. EN ESE LUGAR OBTUVO DE LIMA ZAPATOS Y ROPAS DE DRIL Y TAMBIÉN DINERO PARA PAGAR A SUS SOLDADOS.



AGOSTO
1883
[INDONESIA]
26

EL VOLCÁN KRAKATOA, UBICADO EN LA ISLA VOLCÁNICA DEL MISMO NOMBRE, HACE ERUPCIÓN. COMO CONSECUENCIA DE LA EXPLOSIÓN, LA ISLA DESAPARECIÓ. ADEMÁS, SUMATRA Y JAVA SE VIERON AFECTADAS POR *TSUNAMIS* CON OLAS DE MÁS DE 35 METROS DE ALTO, QUE DESTRUYERON 163 ALDEAS Y MATARON A 36 MIL PERSONAS. EN 1928, OTRA FORMACIÓN VOLCÁNICA EMERGIÓ EN EL MISMO LUGAR. A ESTA ISLA SE LA CONOCE COMO ANAK KRAKATOA, "EL HIJO DE KRAKATOA".

el enemigo armado y desbaratar las fuerzas de Cáceres . Además de Vento lo acompañó el coronel Luis Milón Duarte, nombrado por Iglesias jefe superior de los departamentos del centro. Entre los decretos de Duarte estuvo uno que concedió perdón y amnistía general así como una gratificación de dos sueldos a los que abandonaran a Cáceres (Cerro de Pasco, 1° de junio).

León García se quedó en Tarma; como excusa dio la necesidad de componer el camino de La Oroya y saber la dirección tomada por Cáceres. Canto llegó a esa ciudad el 26 de mayo con un destacamento y encontró que habían surgido serias discrepancias en el comando de las tropas invasoras. La orden de que Canto sustituyera a León García agravó estas pendencias. El coronel Marco Aurelio Arriagada fue entonces nombrado jefe de todas las divisiones de la sierra.

CÁCERES RESUELVE LA RETIRADA AL NORTE.- Ante la fuerte ofensiva chilena, Cáceres convocó el 20 de mayo a un consejo de guerra en el que se acordó que un combate contra los invasores sería un exceso desigual y de resultado infausto. "Considerose además (afirma Cáceres) que los pueblos del centro estaban ya faltos de recursos y que no podía esperarse ningún auxilio de parte del gobierno de Arequipa cuya intención de no favorecer absolutamente al ejército del centro era harto conocida… Túvose también en cuenta la reunión del destacamento de Recavarren en Huaraz con el cual se reforzaría el ejército y se imprimiría nuevo vigor a las operaciones. Iglesias mismo volvería quizás sobre el camino de la defensa patria y acordándose del Morro Solar, arriaría la bandera que su ambicioso séquito le había hecho levantar", Cáceres niega, pues, que su propósito hubiera sido batir a Iglesias como han dicho los chilenos. Parece deducirse que pensaba disuadirle. Lo más probable hubiera sido, sin embargo, una nueva contienda intestina entre peruanos a pesar de que Iglesias estaba muy escaso de elementos de defensa.

Aquí empezó el tercer período de la campaña de los Andes. Al dirigirse al norte, Cáceres debía encontrarse con las fuerzas del coronel chileno Gorostiaga. Este jefe había estado de guarnición en Trujillo y Lynch le ordenó interponerse entre Recavarren e Iglesias. En cumplimiento de las órdenes que se le impartieron, Gorostiaga marchó a Huamachuco y luego, a fines de mayo, se dispuso a seguir a Caraz, frente a enormes penalidades.

FORMACIÓN DEL EJÉRCITO DE CÁCERES AL EMPRENDER LA MARCHA AL NORTE.- El ejército del centro al emprender la marcha al norte constaba de unos 2.300 hombres y tenía el siguiente comando:

Comandante en jefe del ejército: coronel Francisco de Paula Secada. Jefe de Estado Mayor: coronel Manuel Tafur. Subjefe de Estado Mayor: coronel Pedro Nieto. 1era división.- Jefe: coronel Manuel Cáceres. Batallón Tarapacá N° 1 (coronel Mariano Espinoza). Batallón Zepita N° 2 (coronel Justiniano Borgoño). 2ª división.- Jefe: coronel Juan Gastó. Batallón Marcavalle N° 6 (comandante José Marticorena). Batallón Concepción N° 7 (coronel Pedro Carrión). Batallón Tarma N° 11 (comandante Julio Aguirre). 3a división.- Jefe: coronel Máximo Tafur. Batallón Junín N° 3 (coronel Juan Vizcarra). Batallón Cazadores de Jauja N° 9 (coronel Miguel Emilio Luna). 4ª división.- Jefe: capitán de navío Luis Germán Astete. Batallón Cazadores de Apata N° 10 (coronel Ramón Patrón) y batallón San Gerónimo (coronel M. González). Artillería con 11 piezas de diferentes sistemas (coronel Federico Ríos). Además estaban el escuadrón Cazadores del Perú (comandante Viana), el parque (comandante Yáñez), la administración (sargentos mayores Callirgos y Castillo), el servicio de sanidad (doctor Juan A. del Valle), la Secretaría privada (comandante Florentino Portugal), la Secretaría de Guerra, Gobierno y Economía (Lizardo La Puente, Pedro Manuel Rodríguez y Daniel de los Heros), la Escolta (sargento mayor Agustín Daniel Zapatel). Agregados al mando en jefe habían sido nombrado los ingenieros coronel Teobaldo Eléspuru y comandante Ernesto de la Combe.

LA MARCHA DE CÁCERES HACIA EL NORTE. AHUARCANCHA.- En Cerro de Pasco permaneció Cáceres tres días para dar descanso a su tropa, allegar algunos recursos y obtener noticias sobre los movimientos del enemigo. Informado acerca del avance de este, partió el 29 de mayo rumbo a Huancayo. De allí siguió a Huánuco a donde llegó el 1° de junio por las erróneas informaciones acerca de que Recavarren iba en su busca perseguido por una división chilena. En esa ciudad permaneció cuatro días con el propósito de juntar nuevos recursos y noticias exactas sobre los movimientos del enemigo "el cual (dice en sus memorias) aunque me perseguía de cerca no se atrevía a atacar resueltamente". Pasó el Marañón por Chacabamba y llegó a Aguamiro. Salió el 10 de junio de este pueblo y acampó en Taparaco, estancia con cuatro chozas en una puna donde había un frío atroz. El 12 apareció en Chavín. El 14 estuvo frente al paso nevado de Ahuarcancha en la bravía cordillera. La ascensión de ella parece imposible. El ejército la emprendió con toda su impedimenta y la artillería y desde lo alto de los cumbres vio uno de los espectáculos más bellos del mundo: el inmenso y maravilloso Callejón de Huaylas. El 15 llegó a Huaraz. Es esta ciudad rechazó Cáceres la insinuación, que algunos jefes le hicieron, de tratar la paz con uno de los jefes chilenos. Pasó a Carhuaz el 19. La esposa y las hijas del caudillo de la resistencia, Hortensia, Zoila Aurora y Rosa que lo habían acompañado en medio de todas las penalidades de la campaña, se quedaron en Huaraz. De esa ciudad se dirigieron a Casma, Pativilca y Supe para de allí seguir al Callao y regresar ocultamente a Lima bajo la protección del cónsul español.

El 19 prosiguió Cáceres la marcha a Yungay. Aquí, al día siguiente, se unió a sus tropas el destacamento de Recavarren con unos 1.100 hombres uniformados pero, en su mayor parte, sin armas y sin instrucción. Estas tropas entre cuyos jefes estaba Leoncio Prado, venían de Huaylas, en retirada, perseguidas por las de Gorostiaga.



SEGÚN LOS CHILENOS LOS VECINOS DE HUARAZ ENGAÑARON A ARRIAGADA REVELÁNDOLE QUE CÁCERES HABÍA SEGUIDO UNA RUTA QUE LAS FUERZAS HUMANAS NO ESTABAN EN CONDICIONES DE ATRAVESAR.



EL PASO DE YANGANUCO.- Gorostiaga estaba al norte de Yungay con su columna. Arriagada en Recuay, con 3.000 hombres, cortaba el paso de Cáceres al sur. Por la costa se creía que iba a venir una nueva expedición chilena desde Casma. Hacia el lado este impedía el paso la inaccesible cordillera de Yanganuco. El caudillo de la resistencia había sido encerrado.

Hizo correr la voz de que regresaba al centro para engañar a Arriagada. Por el contrario, emprendió viaje para trasmontar la cordillera.

Julio C. Guerrero ha escrito: "El avance por el lomo abismal de la cordillera en este punto es una de las cosas que causan más asombro cuando se conoce el teatro de operaciones. Primero es un terreno accidentado y pedregoso que conduce hacia el portachuelo de un ramal de la cordillera. Este se halla formado por rocas cortadas a pique, sobre una laguna que hay que bordear por un camino casi impracticable donde se estrecha hasta no dejar sitio sino para un pie mientras otro queda suspendido sobre un abismo sin fondo. El día 22 en la madrugada desfiló el ejército por este sendero horrendo y una vez terminado el paso el ingeniero Eléspuru destruyó el único sendero que existía entre la fragosidad espantosa de aquel sitio. Luego comenzó la ascensión por una cuesta de tres leguas empinada y abrupta. Con algunas pérdidas se llegó a coronar la altura y trasmontar la cordillera hasta Tingo, hacienda situada en la falda oriental. Las fuerzas de Arriagada que pretendieron seguir ese mismo camino cejaron ante lo imposible y dirigiéronse a Huaraz".

Según los chilenos los vecinos de Huaraz engañaron a Arriagada revelándole que Cáceres había seguido una ruta que las fuerzas humanas no estaban en condiciones de atravesar.

PALO SECO Y PELAGATOS.- La marcha de los peruanos fue a Tingo y de allí a Yurma (hacienda donde el ejército estuvo de pie toda una noche bajo una lluvia torrencial) y luego a Seccha. El 26 de junio pasaron de Acobamba a Pomabamba. Al día siguiente anduvieron hasta Chullín y

LOS CAMPESINOS DEL MANTARO Y LA GUERRA

EL FOLCLORE PRODUCIDO EN EL VALLE DEL MANTARO, EN LA SIERRA CENTRAL PERUANA, DURANTE LA RESISTENCIA A LA OCUPACIÓN CHILENA, ES EL TEMA DEL SIGUIENTE TEXTO.

"Así como es celoso conservador de sus antiguas instituciones, el campesinado es también secular depositario y creador de lo auténticos valores culturales de nuestra nacionalidad. Como ningún otro grupo social, ha perennizado en su arte la conquista del Tahuantinsuyo por los españoles; como ningún otro grupo y a su propia manera atesora los acontecimientos de la guerra de resistencia contra la invasión chilena, en una multiplicidad de expresiones populares, más conocidas como hechos folklóricos. […]

Chileno shaicayamun.- En el folklore huanca hay una extraordinaria cantera de manifestaciones populares, tanto en la poética, en la música, la danza y la coreografía. Una composición huanca, compuesta en plena ocupación chilena del valle del Mantaro es esta canción que reproduce Aquilino Castro.

[…]
Versión castellana:
Dicen que viene el chileno,
dicen que viene el bandido;
¿qué cosa haremos?
¡forjaremos rifles de palo!
¡haremos balas de piedras!
¡haremos cañones de sujush!

Este canto popular es (...) anónimo. (...). Por sugerencia de Adolfo Bravo Guzmán, parece ser una composición jaujina. Pero tampoco puede asegurarse que sea realmente compuesto en Jauja. La proximidad de los pueblos del valle, la rápida difusión de las ideas, costumbres y acciones comunes, y la situación común vivida en todo el valle durante la guerra de resistencia, hace pensar que esta composición puede haber sido escrita en cualquiera de los pueblos del valle. [...].

La traducción del poema quechua al castellano, hecha por Bravo no parece ajustarse a la verdadera intención del compositor, por lo menos en los tres últimos versos. Este autor traduce dichos versos con signos de interrogación y el último verso aparece como una oración indefinida cuando agrega el término "acaso". En una atenta lectura de la versión quechua se constata que el único verso interrogativo y por tanto expresión de desesperación inmediata es el tercer verso "¿qué cosa haremos?". Los tres versos siguientes del sexteto son expresiones de afirmaciones rotundas y por tanto de una inmediata toma de decisiones del espíritu huanca: "¡forjaremos rifles de palo! ¡haremos balas de piedra! ¡haremos cañones de sujush!". Este modo de expresiones se ajustan al espíritu indomable de la sociedad huanca, demostrada a través de su historia y reafirmada en la resistencia contra la invasión chilena. Por todo esto, el poema anónimo que comentamos resulta a la luz de la historia una joya de la literatura oral andina".

De: Román Robles. "La resistencia campesina y el folklore". En: Raúl Rivera et al. *La guerra del Pacífico.* Vol. II. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1984; pp. 213, 219-220.

por un error en el itinerario se extraviaron en el peligroso lugar llamado Palo Seco donde hay desfiladeros estrechos; Cáceres en persona con antorchas de paja guió a batallón por batallón. El 29 siguieron hacia Urcón. De allí caminaron al día siguiente a Conchucos, y acamparon al pie de la cordillera de Pelagatos con un frío de 10 grados bajo cero, sin rancho ni combustible y solo un poco de agua hervida para pasar la noche penosísima. El 4 de julio las fuerzas del ejército del centro estaban en Mollepata. Recavarren se hallaba en Pallasca por haber llegado la información, que resultó falsa, de haber sido avistadas fuerzas chilenas en marcha a ese lugar.

RETIRADA DE ARRIAGADA.- Arriagada se aferró a la idea de que Cáceres volvía al centro del país y decidió su marcha en esa dirección. Lynch, que no compartía ese punto de vista, decidió, sin embargo, como una medida precautoria, enviar a Urriola con una división de 1.500 plazas capaz de batirse con Cáceres en el departamento de Junín.

Cuando salió de Lima, Arriagada tenía, según cálculos chilenos, 3.334 hombres. Las penalidades que sufrieron les ocasionaron un 22% de bajas, sin combatir. Hubo 130 muertos, 28 desertores y desaparecidos, algunos de los cuales rodaron en los precipicios, y 574 enfermos. Llegaron a Lima de regreso el 5 de agosto. No habían cumplido otra misión que la de seguir a Cáceres en su marcha al norte, cortándole el regreso a Junín.

LA MARCHA CONVERGENTE DE GOROSTIAGA Y DE GONZÁLEZ HACIA HUAMACHUCO.- Gorostiaga salió de Huamachuco a Huaraz el 9 de junio. En Angasmarca recibió el refuerzo que le llevó el mayor Sofanor Parra. El 17 ocupó Mollepata y siguió a Pallasca y de allí a Corongo. En este lugar consultó su situación con un consejo de guerra el 25 de junio y se acordó no seguir a Huaraz sino situarse en Sihuas por donde debía pasar Cáceres si, como se presumía, quería marchar a Cajamarca. Un hacendado de Urcón a quien prometió salvar la vida si le suministraba datos exactos sobre la marcha de los peruanos, llegó a dárselos.

El comandante chileno Herminio González, que estaba en Trujillo, había recibido órdenes de reunirse a Gorostiaga con las fuerzas a sus órdenes y las de Lambayeque cuyo número hacen ascender los chilenos a 600 hombres más o menos; contaba con algunas piezas de artillería y una gran cantidad de cápsulas de fusil. González entregó la ciudad que había ocupado al delegado iglesista Vidal García y García no sin afrontar dificultades pues la opinión pública no lo favorecía y se dirigió a fines de junio en busca de Gorostiaga. El lugar convenido para el encuentro de ambas columnas fue Mollepata; pero Gorostiaga mandó emisarios con el objeto de que la cita tuviera lugar en Huamachuco. Para regresar a este lugar Gorostiaga retrocedió a Corongo y de allí a Mollepata y a Pallasca, pueblo cuyo saqueo e incendio ordenó por su resistencia a los invasores. El 5 de julio entró en Huamachuco, según él, con 1.112 hombres. Cuenta Bulnes que vivió en esa época de las contribuciones que imponía a las poblaciones o a los particulares sindicados como favorecedores de las montoneras y que terminó la campaña con sobrantes en su caja.

Cáceres pudo enterarse de parte de la correspondencia entre González y Gorostiaga y decidió interponerse entre ambos.

CÁCERES INTENTA SORPRENDER A GONZÁLEZ.- Dice Cáceres en sus memorias: "No había, pues, que perder la oportunidad de batir en detalle a esas fuerzas. Con esta idea me trasladé el día 5 de Tulpo, donde acampaban mis tropas, a la hacienda Angasmarca, y allí supe positivamente que ese mismo día salía González de Santiago de Chuco y debía pernoctar en la hacienda Porcón, término obligado de la jornada; y que al día siguiente 6, a las dos o tres de la tarde, deberían pasar las tropas chilenas por el punto llamado Tres Cruces, situado en el trayecto



CUANDO SALIÓ DE LIMA, ARRIAGADA TENÍA, SEGÚN CÁLCULOS CHILENOS, 3.334 HOMBRES, LAS PENALIDADES QUE SUFRIERON LES OCASIONARON UN 22% DE BAJAS, SIN COMBATIR. HUBO 130 MUERTOS 28 DESERTORES Y DESAPARECIDOS, ALGUNOS DE LOS CUALES RODARON EN LOS PRECIPICIOS, Y 574 ENFERMOS. LLEGARON A LIMA DE REGRESO EL 5 DE AGOSTO.



> LOS CHILENOS AFIRMARON OFICIALMENTE QUE EL EJÉRCITO DE CÁCERES ASCENDERÍA A UNOS 3.800 HOMBRES Y QUE EL DE ELLOS NO PASABA DE 1.500 A 1.600 EN SU MAYORÍA RECLUTAS. MOLINARE CALCULA EL NÚMERO DE SUS COMPATRIOTAS EN 1.736, O SEA QUE LA DESPROPORCIÓN ENTRE LOS DOS ADVERSARIOS ERA MAYOR QUE LA DE 2 A 1.



de Porcón a Tres Ríos. Resueltos el ataque y la sorpresa para el día 6, regresé a Tulpo, y dí las órdenes necesarias para el avance (al amanecer) del ejército hacia Tres Cruces".

"Eran las cinco de la mañana del 6, cuando las tropas se encontraban en pie, tomado ya el rancho. A las seis estaban listas para emprender la marcha; yo me adelanté para llegar a Tres Cruces y elegir posiciones antes de que pasaran las fuerzas enemigas. Desgraciadamente se perdió una hora en castigar a algunos soldados, que pretendieron desertar de las fuerzas de Recavarren, que debían salir a vanguardia y estas salieron a las 7. Una hora más tarde, a las 8, partió el Ejército del Centro. Este también demoró en el camino, por habérsele hecho desfilar por un portillo estrecho adelgazando sus filas, y haber bajado a tierra la artillería para pasar un riachuelo".

"A la hora precisa me encontraba en Tres Cruces, esto es, a las dos de la tarde. El coronel Recavarren y sus tropas llegaron poco después. Desde Tres Cruces veía desfilar, por las alturas, a los chilenos y el Ejército del Centro no aparecía. Consulté con Recavarren si era posible emprender el ataque con sus tropas, pero díjome que no tenía confianza en ellas; entonces envié un ayudante al coronel Secada, ordenándole a forzar su marcha. Mientras tanto, los chilenos avanzaban tranquilamente de Tres Cruces hacia Tres Ríos, por el camino de Huamachuco".

"Mis miradas dirigíanse impacientes a escudriñar los puntos por donde debían aparecer las fuerzas de Secada, pero las tropas no aparecían. Esperé hasta las 5 de la tarde. Los chilenos llegaban a Tres Ríos. El plan se frustraba".

"Cuando a las seis llegaron las fuerzas del Centro ya el enemigo había pasado Tres Ríos".

[II]

CÁCERES EN HUAMACHUCO.- De Tres Ríos, Cáceres y sus fuerzas se dirigieron a Huamachuco en busca de Gorostiaga a quien se incorporó González. Caminaron por una ruta en las alturas de la cordillera de Huaylillas bajo un intenso frío y llegaron a coronar las cumbres del cerro Cuyurga que domina Huamachuco. Las avanzadas chilenas de caballería advirtieron a eso de las tres de la tarde del domingo 8 de julio la presencia del legendario guerrillero en un punto donde no lo esperaban. Era una hora de descanso en que parte de la tropa estaba franca, lavando la ropa en el río, la comida era preparada en la plaza y algunos caballos y asnos pastaban al pie de Cuyurga donde había forraje verde muy escaso. Hechas las señales de alarma, los chilenos se reconcentraron en las calles y plazas del pueblo y lo abandonaron. La artillería, compuesta de siete piezas Krupp, y los caudales de la comisaría fueron llevados al cerro Sazón; la infantería y la caballería los siguieron. Los peruanos afirman que esta marcha fue precipitada dejando caballos, vestuarios, municiones, documentos y otros materiales. Este testimonio se halla ratificado por la versión de Raymundo del R. Valenzuela publicada en Santiago en 1885. Molinare en su *Historia de la batalla de Huamachuco* llega a decir que la retirada fue una verdadera fuga, y que se perdieron 125 caballos, el rancho guisado de la tropa y parte del equipo de la división. Bulnes, en cambio, influido por el testimonio interesado de Gorostiaga y del secretario de la expedición, niega que hubiese sorpresa , desorden o pérdida apreciable de equipo y en este detalle evidencia, una vez más, el rigor de su intenso patriotismo que, muchas veces, obnubila su claro criterio.

EL COMANDO PERUANO EN HUAMACHUCO.- Los chilenos afirmaron oficialmente que el ejército de Cáceres ascendería a unos 3.800 hombres y que el de ellos no pasaba de 1.500 a 1.600 en su mayoría reclutas. Molinare calcula el número de sus compatriotas en 1.736, o sea que la desproporción entre los dos adversarios era mayor que la de 2 a 1. Asevera Cáceres, en cambio, que sus efectivos no pasaban de 2.000 y que habían sido mermados por las enfermedades, las dilatadas marchas y la gran deserción, quedando los batallones con efectivos de 100 hombres a

lo sumo, a excepción del Zepita y del Tarapacá. Según los peruanos Gorostiaga tenía bajo sus órdenes de 2.000 a 2.200 hombres.

El comando peruano había sido organizado de la manera siguiente:

Destacamento del Norte: comandante en jefe: coronel Isaac Recavarren. *1ª División*. Jefe: coronel Mariano Aragonés. Jefe de Estado Mayor: coronel Leoncio Prado. Batallón Pucará N° 4. Batallón Pisagua N° 5. *2ª División*. Jefe: coronel Ciriaco Salazar. Jefe de Estado Mayor: coronel Manuel Antonio Prado. Batallón Aroma N° 11. Batallón Huallaga N° 12.

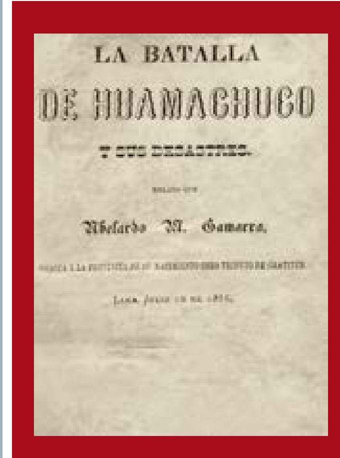
Ejército del Centro: comandante en jefe: coronel Francisco de Paula Secada.*1ª División*. Jefe: coronel Manuel Cáceres. Batallón Tarapacá N° 1 (coronel Mariano Espinoza). Batallón Zepita N° 2 (coronel Justiniano Borgoño). *2ª División*. Jefe: coronel Juan Gastó. Batallón Marcavalle N° 6 (coronel Crespo). Batallón Concepción N° 7 (coronel Pedro José Carrión). *3ª División*. Jefe: coronel Máximo Tafur (hijo). Batallón Junín N° 3 (coronel Juan Manuel Vizcarra), batallón Jauja N° 9 (coronel Miguel Emilio Luna). *4ª División*. Jefe: capitán de navío Luis Germán Astete. Batallón Apata N° 8 (coronel Diego Goyzueta). Batallón San Gerónimo N° 10 (coronel Melchor González). *Caballería*. Escuadrón Cazadores del Perú (mayor Santiago Zavala). Escuadrón Tarma, Escolta (mayor Agustín Daniel Zapatel). *Artillería:* 48 piezas (al mando del coronel Federico Ríos). *Sanidad* (jefe: Juan del Valle). Aposentados del ejército: general Pedro Silva.

LA BATALLA DE HUAMACHUCO.- El ataque a los chilenos fue decidido en un consejo de guerra que convocó Cáceres; allí el primero que habló para demandar la ofensiva fue el coronel Miguel Emilio Luna. Gorostiaga se limitó a parapetarse tras de la ruinas que existen en las laderas y en la cumbre del cerro Sazón. Cáceres, dueño de la localidad, ocupó la altura de Cuyurga desde donde el 9 cañoneó al enemigo. Para hacer que bajara al llano simuló que otro ejército chileno lo atacaba por retaguardia; pero Gorostiaga se limitó a escuchar el tiroteo sin adoptar ninguna disposición.

Cáceres cuenta que pensó en sitiar la posición del Sazón y agotar a su adversario con ataques parciales; pero no fue posible arriesgar su tiempo para eso ni tampoco para reforzarse con José Mercedes Puga cuya fuerza de 500 hombres proveniente de Chota era esperada. No todos los habitantes de la región estaban a su favor. Con Secada y Recavarren acordó un plan de ataque inmediato. Sin embargo, no se pudo efectuar la concentración ni la marcha acordadas para la noche del 9 de julio y la madrugada del 10. Parecen haber existido celos o desavenencias entre Secada y Recavarren.

Después de haber transcurrido el 9 de julio en un constante fuego de artillería y rifle, al amanecer del 10 de julio Gorostiaga mandó dos compañías para comprobar la presencia de las tropas peruanas o para incitarlas a salir de sus trincheras o, por lo menos, contar sus efectivos y observar sus posiciones. Fuerzas peruanas se desprendieron de las alturas con el objetivo de oponerse a este avance. Los chilenos movieron otras. Así gradualmente, se empeñó una tenaz lucha contra los planes previos de combate. Tomó ella como campo la llanura de Purrubamba que tiene cinco kilómetros de este a oeste y dos por medio de norte a sur, medidos entre las cumbres del Sazón y del Cuyurga. El cañoneo de una y otra altura se generalizó y en la lucha fueron cediendo los chilenos. Después de cuatro horas, las huestes de Cáceres eran dueñas del llano y se hallaban al pie de las pendientes del Sazón. Los combatientes llegaron a estar tan próximos que se escuchaban las voces de mando y las exclamaciones que las peripecias de la refriega arrancaban a los contendores de ambos ejércitos. Los peruanos palparon la inminencia de la victoria. "Fue imposible (escribió Cáceres en su parte de Huancayo el 30 de julio de 1883) contener a muchos de nuestros valientes soldados que, enardecidos y alentados por haber hecho retroceder repetidas veces a los chilenos, se lanzaron impremeditadamente sobre el cerro que ellos ocupaban, trepando con firmeza y serenidad a pesar del mortífero fuego que les hacían de

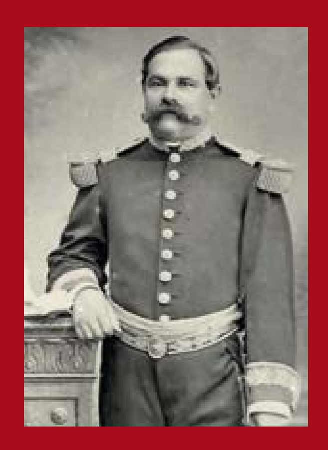



LA BATALLA DE HUAMACHUCO Y SUS DESASTRES.

Abelardo M. Gamarra.

Esta obra de Abelardo Gamarra, *El Tunante* (1850-1925), fue publicada en julio de 1886. En ella, recopiló los testimonios de los protagonistas de este enfrentamiento. Uno de los más importantes es el del jefe del ejército peruano, Andrés Avelino Cáceres. Gamarra dedicó el libro a su provincia natal, Huamachuco, como tributo de gratitud.

PEDRO SILVA (1820-1883)



Este general del ejército participó en la campaña terrestre y murió durante la batalla de Huamachuco, el 10 de julio de 1883. Si bien en un principio la lucha fue favorable a los peruanos, al final de la batalla los chilenos dominaron la escena. La mayoría de oficiales y soldados peruanos murió, Cáceres y un grupo de militares huyeron para continuar con la resistencia peruana, y los sobrevivientes, como Leoncio Prado, fueron ejecutados.

sus atrincheramientos; ya por su retaguardia se esforzaba su caballería en contener a parte de sus infantes que huían en completa dispersión y los más esforzados de los nuestros casi se confundían en las cimas del cerro con sus enemigos, cuando repentinamente retrocedieron desde esa altura gritando ¡municiones! ¡municiones!".

Cáceres ordenó que la artillería descendiera al llano para aproximarse al desmoralizado enemigo y precipitar su desbande. Cesó entonces el fuego de los cañones peruanos y mientras cambiaban ellos de emplazamiento a la vista del adversario, se detuvo también el fuego de fusil. Cinco horas largas de combate habían consumido los pertrechos peruanos y a la carencia de ellos uníanse la falta de bayonetas, esenciales para el choque cuerpo a cuerpo. Al darse cuenta los chilenos de esta situación emprendieron un contrataque a la bayoneta, reforzado por la caballería. Los infantes peruanos, acosados de cerca, se defendieron a culatazos y retrocedieron por el llano a las alturas de donde partieron en la madrugada. El escuadrón de Cazadores llegó en el ímpetu de su carga hasta las piezas peruanas de artillería que estaban en pleno desplazamiento; muertos los encargados de ellas a sablazos, dispersos y espantados los animales de baste, las piezas se esparcieron por el campo. El combate terminó con la victoria chilena, después de cinco horas y media. La mitad del parque de Cáceres y una cantidad de armas no pudieron llegar a Huamachuco por falta de elementos de transporte. Según Francisco de Paula Secada en su manifiesto, las tropas peruanas llevadas de su ardimiento "aunque con harta bisoñada" se lanzaron sobre las posiciones atrincheradas del enemigo cuando ya habían gastado sus escasas municiones en la refriega, pues de las cien cápsulas que tenía cada soldado en cartuchera no quedaban las suficientes para empeñarse en un combate general. "La prudencia, aconsejaba, pues, (según Secada) retirar a nuestra posición después del primer encuentro, a los cuerpos que habían tomado parte en él". "En la imposibilidad de atacar con éxito nuestra formidable posición para estrellarse y sucumbir al pie de ella (el enemigo) habría tenido que emprender su retirada en la noche, pues en la situación en que se hallaba no tenía otro recurso que la adopción de una u otra medida".

El ejército peruano tuvo una pérdida cuantiosa de jefes, oficiales y soldados que ha calculado en 700 y Molinare hace ascender a 1.200. Murieron allí el general Pedro Silva, jefe de Estado Mayor en Miraflores, anciano de 62 años, hijo de Remigio Silva, mártir de la independencia; los coroneles Manuel Tafur y Mariano Aragonés; los jefes divisionarios Juan Gastó, veterano de Tarapacá, Chorrillos y Miraflores y protagonista del combate de Concepción; Máximo Tafur, hijo de Manuel Tafur; el capitán de navío Luis Germán Astete; los tenientes coroneles Santiago Zavala, Del Río, Ravelo y José Emiliano Vila, catedrático de la Facultad de Letras en Lima, con un total de veintidós de las clases de general a mayor y muchos oficiales subalternos. El capitán Florencio Portugal; el coronel Miguel Emilio Luna que hizo gala de gran entereza, insistió ante Gorostiaga, momentos antes de morir, en su rango militar dentro de un ejército regular y dio la señal para que le dispararan con un viva al Perú; y el oficial Belisario Cáceres y Osma fueron fusilados, entre otros jefes, cuando estaban prisioneros. El "repase" o ultimación de los heridos fue total. Igualmente los prisioneros, sin excepción, recibieron la muerte. La población de Huamachuco sufrió el castigo del saqueo y del incendio. Entre los muertos se contó también un grupo de desertores chilenos enrolados en las filas de Cáceres y que fueron fusilados.

Merecen especial mención, por diversas razones, los testimonios emitidos acerca de la batalla de Huamachuco por el propio Cáceres en su parte de Huancayo el 30 de julio de 1883 y en sus memorias; el folleto que Abelardo S. Gamarra publicó en Lima en 1886 con el título de *La batalla de Huamachuco y sus desastres*, así como el manifiesto del coronel Francisco de Paula Secada inserto en *La Autonomía* de Huaraz y reproducido en *La Tribuna* de Lima de setiembre de 1883 en el que se enfrentó a varios de sus compañeros en el combate sin excluir algunos de los muertos, ensañándose contra Recavarren y no omitiendo las críticas al propio Cáceres. En este censuró las penosas marchas sin descanso que destruyeron en parte al ejército, el quimérico

plan de dar alcance a los chilenos, el atraso en el transporte del parque, la condescendencia con el alboroto y entusiasmo después del rechazo del enemigo en la primera fase de la batalla y la orden de bajar la artillería.

LAS CONSECUENCIAS DE HUAMACHUCO.- La derrota de Gorostiaga hubiera significado la pérdida de Iglesias, el aplazamiento en la firma de la paz o su ligamen con otros planes. El gobierno de Iglesias, ante la destrucción de las fuerzas de Cáceres, se transformó en realidad, se consolidó. Al obtener la victoria, Gorostiaga apresuró el desenlace de la guerra, es decir la suscripción del Tratado de Ancón.

LEONCIO PRADO.- Leoncio Prado tenía, en 1883, 30 bien vividos años, pues había nacido en Huánuco el 26 de agosto de 1853, hijo natural del que fue presidente del Perú, general Mariano Ignacio Prado y de María Avelina Gutiérrez. A los 13 años dejo el Colegio de Guadalupe para combatir contra los españoles en la escuadra que navegó al sur de Chile y participó en el combate de Abtao. Luego estuvo en el combate del 2 de mayo de 1866 en el Callao. A los 16 años exploró las grandes vías fluviales de la selva al lado de hombres como Tucker, Werthermann, Távara.

Después marchó a Cuba a participar en la lucha por la libertad y se convirtió así en un militante en la llamada guerra de los diez años. Estuvo entonces bajo las órdenes de Máximo Gómez y al lado de jefes como Antonio y José Maceo, Guillermo Moncada y otros en el frente de oriente. Casi sin armas ni municiones supieron estos hombres improvisar tropas y obtener la adhesión y la obediencia de ellas por su coraje frente al enemigo, su audacia y sus aptitudes de inteligencia y mando.

Del campamento, la trinchera y la cabalgata pasó luego Leoncio Prado a la lucha marítima. Capturó el vapor español *Moctezuma* con diez hombres, izó en él la bandera cubana y lo bautizó con el nombre de *Céspedes* (noviembre de 1876). En enero de 1877, en la bahía de Bragman, en Nicaragua, acosado por el enemigo, el *Céspedes* fue incendiado antes que los españoles pudieran recapturarlo. Leoncio Prado y sus escasos compañeros internáronse por tierras hostiles y hallaron por fin albergue en el territorio de Honduras.

El Pacto del Zanjón, que puso fin a la guerra de los diez años, no abatió al ideal independentista cubano, ni al fervor de Leoncio Prado. En la convención reunida en Nueva York el 13 de mayo de 1878, fue a propuesta suya que se designó a la comisión de quince patriotas que debía escoger al Comité Revolucionario de la Emigración Cubana; y en la asamblea del 17 del mismo mes, en esa misma ciudad, su nombre fue aclamado, junto con los de Lamadrid, Parra, Rodríguez y Martínez para integrar el batallador Comité o Grupo de los Cinco que debía arbitrar recursos económicos y de guerra con el fin de mantener en alto, en reto contra el destino, el amor a la libertad.

La inquietud de Leoncio Prado le llevó a intentar una expedición sobre Filipinas, a viajar por Europa y a predicar, de regreso a Estados Unidos, nuevamente a favor de Cuba.

Después de tentativas y planes diversos, comenzó en Cuba la llamada "guerra chiquita"; pero Leoncio Prado no estuvo en ella. Al estallar la guerra con Chile había regresado al Perú. Actuó en la marina y luego en el ejército, formando parte de las guerrillas de Tacna después de la batalla del Alto de la Alianza para caer, al fin, prisionero. Puesto en libertad no cumplió su palabra de que se abstendría de combatir. Escapó de Lima a Hánuco, organizó nuevas guerrillas y actuó en el ejército de Cáceres hasta combatir en Huamachuco, como jefe de Estado Mayor del ejército del Centro. Herido gravemente en la pierna y con gangrena fue tomado prisionero. Hubiera fallecido aun sin el fusilamiento.

El mayor chileno Aníbal Fuenzalida narró al historiador Nicanor Molinare que cuando le interrogaron en Huamachuco, Leoncio Prado, repuso "que en una guerra de invasión y de conquista

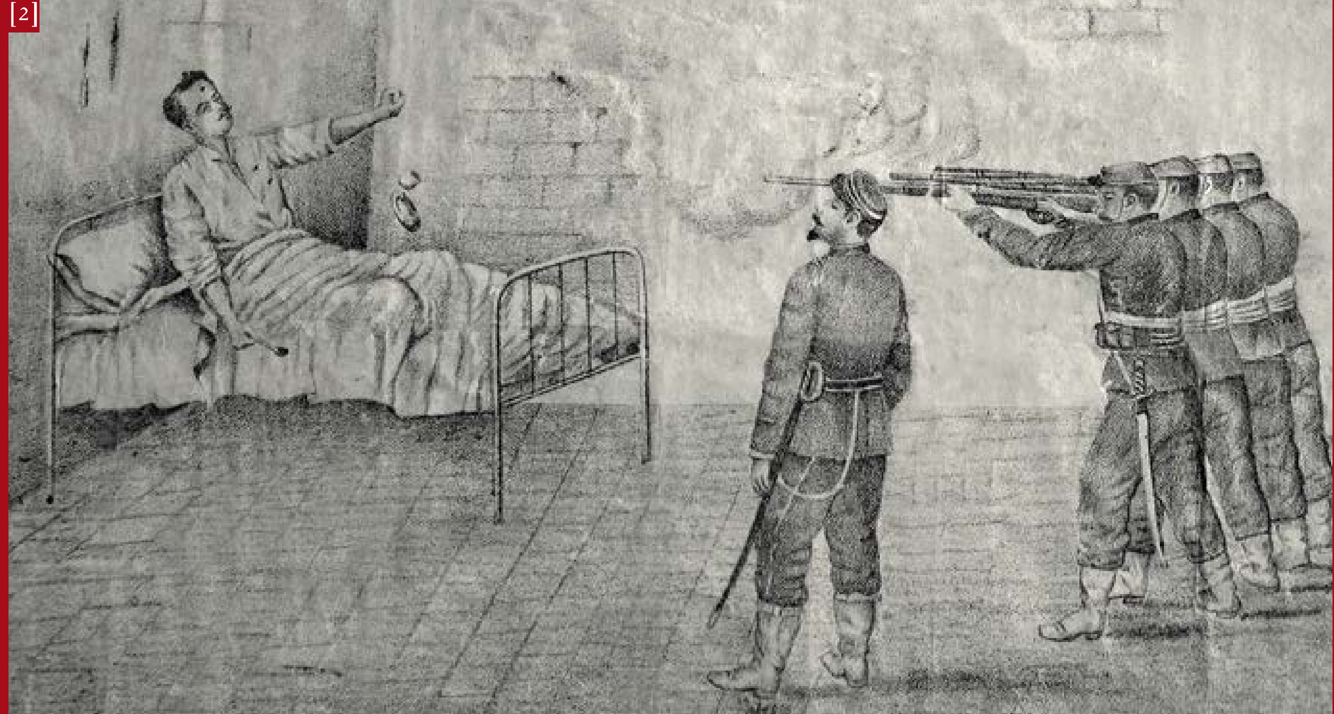
LOS DEFENSORES DE HUAMACHUCO



El oficial Felipe Santiago Crespo (1839-1899), a quien vemos en esta imagen, fue uno de los soldados peruanos que participó en la batalla de Huamachuco, como parte del ejército de Andrés Avelino Cáceres. Tras las derrotas de San Juan y Miraflores, Crespo fue nombrado edecán de Cáceres y destacado luego como comandante del batallón de Marcavalle.

[1]

[2]

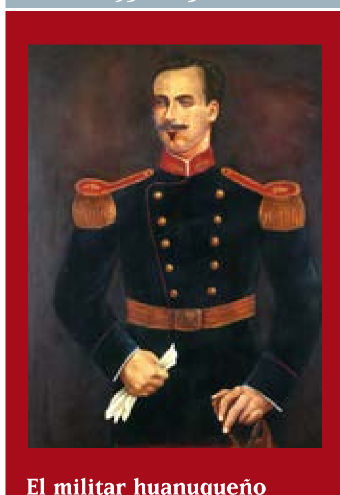


✠ **LEONCIO PRADO. El joven militar quedó gravemente herido en la rodilla izquierda durante la batalla de Huamachuco, el 10 de julio de 1883. Retirado por sus compañeros de la lucha, fue escondido durante dos días antes de ser descubierto. Aquí, una representación (1) del pintor Aguirre Jaramillo (1921) del encuentro de Prado con Andrés Avelino Cáceres al ser llevado por un jesuita a su escondite. Tras su detención, Prado fue juzgado y condenado a muerte. Como último deseo, pidió dirigir su ejecución (2) golpeando una taza tres veces con una cucharilla, tal como se ve en esta representación del hecho.**

como la que hacía Chile y tratándose de defender a la Patria, podía y debía empeñarse la palabra y faltar a ella". "Yo la di cuando fui prisionero en junio de 1880 en Tarata (fueron las palabras que Fuenzalida le atribuyó) y me he batido después muchas veces; defiendo al Perú y soporto sencillamente las consecuencias. Ustedes en mi lugar, con el enemigo en la casa, harían otro tanto. Si sano y me ponen en libertad y hay que pelear nuevamente, lo haré porque ese es mi deber de soldado y de peruano". "Qué hombre tan simpático, tan ilustrado y atrayente (agregó, por su parte, Fuenzalida); encantaba conversar con él; de todo sabía; poseía el inglés y el francés lo mismo que el español; y con él podía usted hablar de artillería y tratar de cuestiones de guerra a fondo porque era hombre instruido, de estudio y muy sabido". El capitán Rafael Benavente hizo, por su parte, el relato de los momentos que precedieron al fusilamiento y también de esta escena. Cuando se le notificó cuál iba a ser su suerte, Leoncio Prado manifestó que tenía derecho a morir en la plaza y con los honores debido a su rango porque era coronel y pertenecía al ejército regular del Perú. Luego pidió un lápiz y escribió la siguiente carta: "Huamachuco, julio 15 de 1883. Señor Mariano Ignacio Prado. Colombia. Queridísimo padre: Estoy herido y prisionero; hoy a las …(qué hora es, preguntó. Las 8.25 contestó Fuenzalida) a las 8.30 debo ser fusilado por el delito de haber defendido a mi patria. Lo saluda su hijo que no lo olvida, Leoncio Prado". En seguida, cuando entraron dos soldados pidió que fuera aumentado su número para que dos le tirasen a la cabeza y dos al corazón. Al ser cumplido este pedido dio breves instrucciones a la tropa sobre la trayectoria de sus disparos y agregó que podían hacer fuego cuando hiciera una señal con la cuchara y pegase tres golpes en el cachuchito de lata en el que había estado comiendo. Se despidió en seguida de los oficiales chilenos, los abrazó, les dijo: "Adiós compañeros" y cumplió con dar las órdenes para la descarga, la habitación era pequeña. Al frente y al pie de la cama se colocaron los cuatro tiradores y detrás de ellos se pusieron los tres oficiales allí presentes. "Todos llorábamos (manifestó Benavente) todos, menos Pradito".

Las hazañas de los héroes en las guerras las cantan y exaltan generalmente sus connacionales, mientras el enemigo las calla o niega o disminuye, presentando a veces relatos prosaicos que manchan alevosamente o deshacen con crudeza la poesía en ellas albergadas. Sin embargo, todo lo que pasó en los momentos finales de Leoncio Prado se sabe solo por noticias emanadas de fuentes chilenas. No hubo ni un peruano presente en sus últimos dos días y en su fusilamiento. Ricardo Palma escribió únicamente dos "tradiciones peruanas" acerca de los héroes de la guerra del Pacífico: una de ellas se refirió a Bolognesi y la otra a Leoncio Prado. En esta última copió la parte dialogada al pie de la letra del opúsculo de Raymundo Valenzuela sobre la campaña de Huamachuco basado en los recuerdos de los testigos. Las aseveraciones de ellos y otros datos fueron luego recogidos por Nicolás Molinare en el libro *Historia de la batalla de Huamachuco* (Santiago, 1913). Estas páginas parece que congregaron a múltiples brazos de adversarios para que, en ademán unánime, sostengan la cúspide de un insospechable monumento a Leoncio Prado. En su plinto estarían las proezas juveniles en Abtao, en el Callao, en la selva peruana y durante la guerra por la libertad de Cuba.

LEONCIO PRADO (1853-1883)



El militar huanuqueño inició su carrera en 1862 y, tras el conflicto de 1866, fue ascendido a capitán de fragata. En 1873, inició estudios de ingeniería en Richmond (Estados Unidos), que abandonó para unirse a la causa independentista cubana. Al iniciarse la guerra del Pacífico, su padre, el presidente Mariano Ignacio Prado, le encargó la compra de armamento. Luchó en el Alto de la Alianza y Tarata, donde fue hecho prisionero. Tras su liberación, se unió a las fuerzas de Cáceres, junto a quien luchó en Huamachuco. Allí, fue hecho prisionero y fusilado cinco días más tarde.

[TOMO 9]



[**CUARTO PERÍODO:** LA GUERRA CON CHILE]

EL INCREÍBLE CUARTO PERÍODO DE LA CAMPAÑA DE LA RESISTENCIA

El Tratado de Ancón (Agosto-Octubre de 1883). El país yacente



[I]

A**PARICIO POMARES.-** A partir de 1951, un grupo de ciudadanos de Huánuco que integra la Sociedad Patriótica Aparicio Pomares ha organizado una romería anual al cerro Jactay.

En ese lugar se libró, el 8 de agosto de 1883, un combate entre los indios guerrilleros de la provincia de Dos de Mayo y los invasores chilenos. Estos últimos se retiraron, ocupando los indios la ciudad de Huánuco.

El héroe de la jornada fue el aborigen de Chupán, Aparicio Pomares. Como soldado raso había él concurrido a todas las acciones de armas desde Pisagua hasta Huamachuco. Tenía varias cicatrices y usaba una banda ancha de cuero que le protegía el pecho y la espalda. Su conducta en Jactay fue notable pues disparó su rifle Minié, hizo uso de su honda y animó con una bandera a los guerrilleros. Herido, fue llevado a su suelo natal donde falleció de gangrena en su choza. En 1888 un grupo de vecinos de Huánuco visitó a la viuda y a los hijos de Pomares: hallaron a una mujer valetudinaria entre andrajos y a tres menores de edad sin más indumentaria que unos pedazos de bayeta. Allí supieron que la bandera y las botas de Pomares hallábanse con él en su tumba.

En 1921 el alcalde de Huánuco Luis Rivera Yábar hizo erigir un obelisco tratando de salvar del olvido al humilde héroe. Sus restos fueron hallados en 1946, cuando se efectuaron en Chupán las obras para abrir una calle. El esqueleto había quedado intacto, la mortaja no era sino polvo, las botas cubrían la tibia y el peroné. Estas reliquias fueron adquiridas por la Sociedad Patriótica Pomares.

EL MENSAJE DE APARICIO POMARES.- Enrique López Albújar dedicó uno de sus *Cuentos Andinos* a Aparicio Pomares en 1920. Las frases que puso en labios del héroe son, sin duda, un artificio literario. Sin embargo, reflejan una verdad fundamental. Al jefe Casasquiche le dice:

"No Casasquiche. Cómo voy a olvidar si conmigo ha pasado eso… y en el sur, una vez que supe por el sargento de un batallón por qué peleábamos, y vi que otros compañeros, que no eran indios como yo, pero seguramente de mi misma condición, cantaban, bailaban y reían en el mismo cuartel, y en el combate se batían como leones, gritando ¡Viva el Perú! y retando al enemigo, tuve vergüenza de mi pena y me resolví a pelear con ellos… y como vi que todos se llamaban peruanos yo también me llamé peruano. Unos peruanos de Lima; otros peruanos de Trujillo; otros peruanos de Arequipa; otros peruanos de Tacna. Yo era peruano de Chupán… de Huánuco. Entonces perdoné a los mistis peruanos que me hubieran metido al ejército, en donde aprendí muchas cosas. Aprendí que el Perú es una nación y Chile otra nación… y aprendí que cuando la patria está en peligro, es decir, cuando los hombres de otra nación la atacan, todos sus hijos deben defenderla. Ni más ni menos que lo que hacemos por acá cuando una comunidad nos ataca".

Y luego dice Pomares (en la evocación de López Albújar) refiriéndose a la bandera que para él, en la realidad, tanta significación tuvo: "Compañeros valientes: esta bandera es Perú: esta bandera ha estado en Miraflores. Véanla bien. Es blanca y roja y en donde ustedes vean una bandera igual estará el Perú. Es la bandera de los mistis que viven allá en las ciudades y también de los que vivimos en estas tierras. No importa que allá los hombres sean, a veces, pumas y nosotros ovejas. Ya llegará el día que seamos iguales".

Hay quienes no aceptan otra gran solidaridad entre los hombres que no sea sino la solidaridad horizontal de las clases sociales. Pero el nacionalismo, lejos de haber muerto como anunciaron no pocos sabios, es una de las fuerzas más influyentes en el siglo XX. Diríase, ha expresado el ex guerrillero Regis Debray, que la nación, o por lo menos, lo que ella simboliza, alberga un elemento esencial, a veces más hondo que otras categorías históricamente transitorias. Como el lenguaje (sigue diciendo) atraviesa los distintos medios de producción y halla su origen en el clan, en la tribu y en lo que llamaron los griegos la *polis*. Las divisiones de clases aparecen en la evolución social mucho después. El *homo sapiens* ha dado, a veces, a aquellos idea o instinto, que está acompañada siempre por una delimitación o demarcación dentro de un espacio circunscrito, algo de sagrado con rastros de una actitud mágica que desafía a la irreversibilidad del tiempo y trata de evitar la desintegración de la comunidad susceptible de precipitarse en el caos. Debray vincula este fenómeno con lo que Rousseau escribió en un discurso sobre la desigualdad: "El primer hombre que, después de cercar su terreno, llegó a decir 'esto es mío', fue el verdadero fundador de la sociedad civil".

El sencillo, el heroico Pomares dejó un mensaje hondamente vinculado a esa idea o instinto nacional con rastros de una actitud mágica que desafía a la irreversibilidad del tiempo y trata de evitar la desintegración de la comunidad, susceptible de precipitarse en el caos. Y López Albújar acertó simbólicamente cuando le hizo percibir al mismo tiempo la promesa de la vida peruana al anunciar que llegará el día en que indios y mistis sean iguales.



DESPUÉS DE HUAMACHUCO, SIN ABATIRSE POR EL DESASTRE, SE DIRIGIÓ CÁCERES A JAUJA Y HUANCAYO Y DE ALLÍ A AYACUCHO PARA ORGANIZAR UN NUEVO EJÉRCITO.



CÁCERES NUEVAMENTE EN ARMAS Y LA EXPEDICIÓN URRIOLA.- Después de Huamachuco, sin abatirse por el desastre, se dirigió Cáceres a Jauja y Huancayo y de allí a Ayacucho para organizar un nuevo ejército. "Aunque según el parte con fecha del mes último tuve la honra de elevar al Supremo Gobierno por el órgano de U. S. (escribió desde Ayacucho el 12 de agosto de 1883 al ministro de Guerra residente en Arequipa) el ejército de mi mando sucumbió valerosamente en los campos de Huamachuco, me siento aún firmemente resuelto a seguir consagrando mis fuerzas a la defensa nacional pues el desastre sufrido, lejos de abatir mi espíritu ha avivado, si cabe, el fuego de mi entusiasmo". Palabras que la historia del Perú debe acoger entre las más bellas que sus páginas pueden registrar. "¡El ejército de mi mando sucumbió valerosamente!". "¡El desastre sufrido, lejos de abatir mi espíritu, ha avivado, si cabe, el fuego de mi entusiasmo!" Avanzó contra él el 13 de setiembre de 1883, con unos 1.500 hombres, desde Huancayo, el jefe chileno Martiniano Urriola.

COMBATES DE LOS PATRIOTAS IQUICHANOS CONTRA LOS *CCALA-CUCHIS* Y CONTRA URRIOLA.- En varios lugares encontró Urriola la buena acogida de los "notables" o terratenientes que se adherían incondicionalmente al tratado de paz ajustado entre el gobierno regenerador de Montán y los chilenos, desconocían las autoridades nombradas por Cáceres o sus lugartenientes y hasta botaban las cantidades necesarias de los fondos municipales para atender los gastos demandados por la recepción de las fuerzas invasoras. Sin embargo, patriotas, recalcitrantes y partidarios de Cáceres hostilizaron a los llamados "blancos", "traidores", "ccala-cuchis" (puercos desnudos), "chileques" y "argollistas" y también a las fuerzas de Urriola. Algunos de estos encuentros tuvieron lugar al tomar una vez más sus armas primitivas, solos, los indomables pobladores de Huanta (25 y 27 de setiembre de 1883). Como venganza, los chilenos incendiaron las casas, mataron los animales de la región y cometieron otras depredaciones. El comandante en jefe de las guerrillas de Huanta fue Miguel Lazón. Después de permanecer algunos días en Huanta, la división Urriola siguió su camino a Ayacucho. Al pasar por Pasaycasa los expedicionarios fueron recibidos con banderas blancas, repique de campanas y aclamaciones de los vecinos del pueblo que (según narró el corresponsal de *El Mercurio* de Santiago) gritaban "¡Viva el señor Chile!".

LA RETIRADA DE URRIOLA



El coronel chileno Martiniano Urriola (en la foto) formaba parte de la Guardia Nacional de su país, y a partir de noviembre de 1879 estuvo al mando del batallón Artillería Naval. En setiembre de 1883, dos meses después de la derrota peruana en Huamachuco, Urriola inició la persecución de Cáceres. Enfrentando a sus partidarios, avanzó desde Huancayo hasta Ayacucho. En esta ciudad, sin embargo, debió retirarse por falta de víveres y partió hacia Arequipa.

RETIRADA DE URRIOLA.- Desde el momento de la llegada de Urriola a Ayacucho y hasta el de su salida halló dificultades para conseguir los víveres destinados al consumo de la tropa, aunque los pagaba al mejor precio de plaza. Los forrajes, después de ocho días de su permanencia en esa ciudad, escasearon de tal manera que se vio obligado a mandar la caballería a 5 ó más leguas de distancia teniendo que desprenderse de parte de la infantería para la protección de ella. Talados esos potreros y concluida la poca cebada que había podido acopiar comprándola a un precio exorbitante en los últimos días de su estada, temió que los caballos y mulas principiaran a morir de hambre. El 12 de noviembre Urriola, informado de la ocupación de Arequipa por el ejército chileno y sin órdenes, desocupó Ayacucho y se retiró al norte mientras combatía con los iquichanos el 13 y el 15 de noviembre al pasar por esta ciudad que saqueó. La lucha siguió mientras los chilenos regresaban a Huancayo. Los chilenos querían dejar los gérmenes de la guerra civil en el Perú.

CÁCERES EN ANDAHUAYLAS Y LA ACTITUD DE MONTERO. AVANCE DE CÁCERES HASTA HUANCAYO.- Cáceres se había retirado a Andahuaylas y preparó su regreso a Ayacucho. Antes de entrar en esta ciudad se le unieron mil "morochucos". "A mi aproximación (narra Cáceres) también salieron a recibirme los jefes de las parroquias inmediatas, cuyos guerrilleros estaban en los cerros coronando las alturas y ofreciendo un espectáculo sugestivo, pues llamaban la atención con las notas ensordecedoras de sus cuernos de caza. Cuando llegué a la ciudad, esta ya había sido evacuada por las fuerzas chilenas". En Andahuaylas se había entrevistado Cáceres (según cuenta en sus memorias) con el capitán de navío Camilo N. Carrillo quien le incitó a que se trasladara a Arequipa y se apoderase de las tropas estacionadas allí y que iban seguramente a perderse sin provecho para el país. Cáceres se negó pues no deseaba aparecer como un jefe ambicioso que traicionaba al Gobierno al cual nominalmente estaba obedeciendo, para provocar la lucha intestina en medio de la guerra contra el invasor. Montero, en cambio, había ordenado a los coroneles Zamudio y Francisco Luna que, con su columna de 250 hombres, evitaran incorporarse a Cáceres.

Este, en la persecución a Urriola, pasó de Ayacucho a Huancavelica y de allí a Tarmatambo, lugar situado en las alturas de Tarma. En Huancayo estableció luego su cuartel general. Los chilenos abandonaron definitivamente el departamento de Junín porque la paz era ya un hecho consumado.

LA GUERRA CON CHILE Y SUS EFECTOS ECONÓMICO-SOCIALES EN LA REGIÓN DE HUANCAVELICA.- En la obra titulada *La hacienda en el Perú* editada en 1967 por el Instituto de Estudios Peruanos, Henry Favre ha escrito lo siguiente: "La guerra del Pacífico contribuyó a la derrota de la tendencia que conducía al predominio de la mediana propiedad como unidad de producción agrícola (en la región de Huancavelica). En el curso de este conflicto armado entre Perú y Chile, numerosos pequeños hacendados que vivían en las zonas rurales del departamento, fueron a buscar la protección de los chilenos que ocupaban la ciudad, contra los guerrilleros de Cáceres que ocupaban el campo. En los años de paz civil que siguieron al cese de las hostilidades, estas familias recientemente establecidas en Huancavelica lograron concentrar rápidamente enormes extensiones de tierra y monopolizar los intercambios comerciales de la región. Incluso se dividieron el departamento, en cuyo interior se reconocieron tácitamente zonas de influencia… El reagrupamiento de tierras de la que fue autora esta oligarquía regional tiene como punto de partida las ventas de bienes del Estado que fueron practicadas a lo largo del año de 1882. Estas ventas alcanzaron a una decena de haciendas de la beneficencia pública y de las instituciones de enseñanza y su producto fue destinado al mantenimiento del ejército del Centro. Notemos de paso que los mismos que se beneficiaron con esas ventas en favor del esfuerzo de guerra fueron los primeros en alinearse al lado de los enemigos algunos meses más tarde y a volverse contra las tropas que indirectamente habían ayudado a reorganizar. Los hacendados de Huancavelica formaron una milicia urbana para proteger la retirada del

ejército chileno y para detener la presión que los guerrilleros de las comunidades vecinas ejercían sobre la ciudad. En un documento de 1882, estos guerrilleros son calificados como *comunistas*.

Favre no da las fuentes documentales en que basa sus afirmaciones. En la colección chilena de documentos sobre la guerra editada por Ahumada y Moreno no hay referencias a este asunto. Posiblemente se trata de la pugna entre iglesistas, tácita o claramente vinculados con los chilenos, y caceristas, los unos partidarios de la paz y los otros aferrados a la idea de continuar la guerra. O sea que en Huancavelica también debió producirse la divergencia entre los llamados "blancos", "traidores", "ccala-cuchis", "chileques" o "argollistas" y los "patriotas".

EFIGIE DE CÁCERES.- Cáceres comenzó teniendo en la guerra con Chile una actuación notable en las campañas del sur, en San Juan y en Miraflores. Su figura vino a ser un símbolo de una continuidad esencial en el valor y en la destreza de lo mejor del ejército peruano a través de esa serie inconexa y constante de infortunios. Sin amilanarse ante las horribles entrañas de la derrota, cuando tantos creían con lógica forense que todo estaba perdido, empezó la nueva pelea sin más compañía que su desasosegado corazón y unos pocos leales, con una sublime sencillez para el abandono de la comodidad y el regalo y una loca firmeza en el mantenimiento de la indómita voluntad de seguir en la brega. Se volvió así a enrolar como un recluta en las filas de la patria que ya no existían e hizo trepidar la cordillera cubriéndola de luz y de galopes y alguna vez los cascos de su caballo echaron polvo sobre Lima. El peligro es como una investidura y hay como una majestad en los que se han visto en el riesgo de morir. Cáceres las tuvo permanentemente. Para los azares de la lucha por él inventada a que se lanzó, era preciso saber juntar tropas, adiestrarlas, conducirlas y volverlas a reunir; obtener hombres, dinero, fusiles, bayonetas, municiones, uniformes, acémilas, cuchillas, hondas, rejones y piedras; velar por la salud y el fervor de cada soldado; informarse sobre las tropas enemigas, los espías, los tránsfugas, los intrigantes, los envidiosos, los indiferentes y los buenos; traer a la lucha lo inesperado y lo increíble; medir de un ojeo el campo, tomar en cuenta en unos segundos el cerro, el barranco, la quebrada, el peñasco, el breñal, el tronco del árbol, el suelo; olfatear el aire; conocer muchas noches sin sueño y en delirio con las botas puestas y el arma vigilante; saber lo que se tarda en la marcha polvorienta para subir o bajar una cuesta y lo que se puede esconder en cualquier recodo; conocer el camino para el rodeo o para ganar los segundos; ver por el frente, por los flancos y por la espalda; tener la viveza para atender en el encuentro comprometido los súbitos obstáculos; acorralar, embestir, cargar por la retaguardia, retroceder, volver a atacar, nochear en la silla, tragarse como en un vuelo de cóndores cerros, desfiladeros y abismos; aparecer como un resucitado después de la desgracia; tener siempre nuevos los ojos y no dejar escapar a la esperanza mientras se pone cada día el sol en el cielo impasible y cuando llega otra vez la luz fresca de la mañana. Él solo se hizo la tarea de muchos hombres. Fue como la proa de una nave que caminara aunque fuese mutilada. Los harapos de sus soldados brillaban como una bandera al sol. Parecía este puñado de hombres llevar la patria en brazos. Y hubo momentos en que pudo decirse que en el Perú no relucía oro de más quilates que la espada de Cáceres. ¡Cuántas veces tuvo seguramente que apoyarse, en su caballo macilento, parado en los estribos de bronce, para no caerse de cansancio y de pena! Y sin embargo, ante amigos y adversarios, pareció siempre listo en aquella contienda desmigajada e intermitente. Los chilenos no estaban preparados para ella y para sus operaciones de montaña y de guerrillas de desgaste y de continuo movimiento. El honor del país y del ejército quedó salvado aunque no pudiera hacer más por la falta de apoyo y la desunión de los peruanos y la desorganización del país, hipnotizado primero por la falacia del apoyo norteamericano y escindido después cuando surgieron en el norte los partidarios de la paz a todo trance, cuando el ejército de Arequipa con sus 4.000 hombres se quedó sin prestar servicio alguno y cuando en la propia capital hubo quienes, como dice Cáceres en sus memorias, no querían la resistencia armada para salvar sus personas y sus bienes.



CÁCERES COMENZÓ TENIENDO EN LA GUERRA CON CHILE UNA ACTUACIÓN NOTABLE EN LAS CAMPAÑAS DEL SUR, EN SAN JUAN Y EN MIRAFLORES. SU FIGURA VINO A SER UN SÍMBOLO DE UNA CONTINUIDAD ESENCIAL EN EL VALOR Y EN LA DESTREZA DE LO MEJOR DEL EJÉRCITO PERUANO A TRAVÉS DE ESA SERIE INCONEXA Y CONSTANTE DE INFORTUNIOS.



LOS MOROCHUCOS



Estos aguerridos hombres eran oriundos de Pampa Cangallo (Ayacucho) y afirmaban ser descendientes de los conquistadores españoles. Su participación en la defensa del Perú se remonta a la batalla de Ayacucho, en 1824. En ese entonces, recibieron una condecoración de Simón Bolívar. Más de cincuenta años después, el grupo se puso a las órdenes del general Andrés Avelino Cáceres para combatir al ejército chileno. En la imagen, un detalle del cuadro *Morochuco*, del pintor Víctor Mendívil (1910-1975).

Solo le faltó una cosa a Cáceres para su consagración que hubiese sido apoteósica: morir en Huamachuco. Al ser salvada su vida hubo en ella una trasmutación: el guerrero se volvió un caudillo. No fue él a la política sino ella lo buscó en su tienda de campaña. Pudo haber dicho: "Te defendí ¡oh, patria! en la hora de la necesidad y ahora vuelvo a mi hogar para aparecer otra vez en la brega solo si te invaden de nuevo o cuando el pueblo tenga hambre y sed de justicia. Pelear es una cosa y gobernar es otra". Pero el país necesitaba vivir por fin en unidad, en paz y en orden después de una pesadilla de seis años y Cáceres fue el mandatario sereno y sencillo que caminaba a pie por las calles de Lima y vestía levita negra mientras daba sombra a su rostro tostado no el fieltro veterano sino el tarro de unto. Pudo decir cuatro años más tarde y no dijo: "Te defendí ¡oh, patria! en tus horas de adversidad y hoy me retiro para dejar al pueblo que exprese su decisión y poner mi persona y mi prestigio a su servicio si ella es ahogada o violentada". Con las alas sangrientas de la libertad ni los héroes pueden fabricar riendas. Ningún edificio sólido se construye sobre bayonetas. Pero las vociferaciones y los cuchicheos y los esputos y los disparos y las serpentinas y las guirnaldas y las embriagueces y las llagas de la política no borraron el recuerdo de la Breña; de la misma manera el lodo resbala sobre el granito.

[II]

LA TRANSACCIÓN CON LOS CONSIGNATARIOS EN ALEMANIA. EL ENVÍO DE ARMAMENTO AL PERÚ.- El gobierno de Montero nombró a Francisco Rosas ministro en Francia e Inglaterra. Como se recordará, este personaje había sido agente financiero del Perú en Europa hasta que la Dictadura canceló su nombramiento. Una de las gestiones que efectuó al volver a la vida oficial fue la de tratar de vender los barcos que el Perú había mandado construir en Alemania con los fondos de los donativos y que causaban gastos, a su juicio, inútiles.

Don Armando Moller denunció abusos cometidos por los consignatarios del guano en Alemania durante la época en que Toribio Sanz reemplazó a Rosas. La demanda respectiva fue entablada. Rosas celebró, en noviembre de 1882, una transacción sobre los puntos en litigio con los señores Mutzembecher e Hijos y Schon y Cía., personeros de los consignatarios. Recibió 900 mil marcos. De esa suma pagó la tercera parte al denunciante Moller; y 160 mil marcos fueron embargados por orden judicial a pedido de un armador de Hamburgo quien pretendía que el Perú era deudor suyo. El resto lo dedicó Rosas a comprar armamento y a enviarlo a Estados Unidos como se le ordenó, con fines análogos. El primer despacho a Buenos Aires se efectuó a mediados de diciembre de 1882.

También había quedado rezagado en Europa una parte del armamento adquirido por personeros de la Dictadura; Rosas trató asimismo de movilizarlo con destino a la Argentina.

Si bien no aceptó la designación que hizo Montero a su favor como agente confidencial en dicha República, Cesáreo Chacaltana se dedicó a resolver los problemas conexos con el transporte a Bolivia de los envíos efectuados por Rosas. Le ayudó Manuel Samanez Ocampo, nombrado cónsul en Buenos Aires. Tuvieron que afrontar muchas dificultades, sobre todo por la falta de dinero. El Gobierno argentino se mostró benévolo para dejar pasar la carga como si fuera maquinaria. Otras expediciones análogas se sucedieron, erizadas de penurias, entre abril y octubre de 1883. En el contenido de una de ellas figuraron unos cajones de cartuchos que quedaron rezagados cuando se llevó al Perú en 1882 el armamento contratado con el señor Franck. Intervinieron, además de Chacaltana y Samanez Ocampo, en las gestiones mencionadas, el coronel José R. de la Puente, el capitán Lisdoro Benavides y Mariano Felipe Paz Soldán, a quien Montero nombró agente confidencial en la Argentina. Labor importante en este y otros asuntos análogos tuvo el ministro peruano en La Paz Manuel María del Valle. Parte del armamento fue entregado a Bolivia. Quedó una cantidad que Mariano Felipe Paz Soldán se vio obligado a entregar, bajo el influjo de acontecimientos ineluctables, en febrero de 1884, a su sobrino Pedro Paz Soldán y Unanue, nombrado por el régimen de Iglesias ministro del Perú en las Repúblicas del Plata y en el Brasil.

[III]

LA PRÉDICA DE JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE POR LA PAZ SIN CESIÓN TERRITORIAL.- Juan Enrique Lagarrigue nació en Santiago de Chile el 28 de enero de 1852. Fue discípulo destacado de Diego Barros Arana. No se enroló para participar en la guerra con el Perú porque tenía deficiencias en la vista y en el oído. Un viaje a Europa le puso en relación con la llamada "Religión de la Humanidad" de Augusto Comte, estudiada antes por su hermano Jorge en París. De regreso a Chile, convertido en apóstol de este credo, publicó un artículo periodístico el 19 de agosto de 1882 y allí pidió generosidad para el Perú, o sea la eliminación de toda demanda sobre conquista de territorios para reemplazarla con el cobro de los gastos de guerra, las pensiones y la curación de los heridos e igualmente la indemnización de perjuicios.

El segundo artículo de Lagarrigue sobre la cuestión peruano-chilena apareció el 12 de octubre de 1893 y abogó por la devolución espontánea de Tacna y Arica al Perú sin indemnizaciones.

Hasta 1927, año de su muerte, Lagarrigue llegó a escribir 49 artículos sobre la paz con el adversario de 1879.

Si hubiera surgido en el Perú un abogado de la reconciliación fraterna con Chile, los historiadores peruanos darían cuenta minuciosa de sus escritos y de sus actos. La historiografía chilena acerca de la guerra de 1879 a 1883 ha preferido ignorar a Lagarrigue. Llamado a veces loco, vano, utopista y enemigo de su propio país, vivió en el aislamiento y en la pobreza, rodeado de libros y de escasos amigos entre los cuales se encontraban profesionales, estudiantes y obreros.

EL TRATADO DE ANCÓN.- El tratado de paz llamado de Ancón, porque su redacción definitiva fue convenida en el balneario de ese nombre, quedó firmado en Lima, el 20 de octubre de 1883. Antes de suscribirlo, discutieron largamente al negociador chileno Novoa para demandar la venta de Tacna y Arica y el negociador peruano Lavalle para oponerse a ella. Lavalle sugirió, por fin, la celebración de un plebiscito. En el tratado el Perú cedió a Chile Tarapacá. Las provincias de Tacna y Arica continuaron poseídas por Chile durante un período de diez años; un plebiscito debía decidir acerca de la suerte de dichas provincias, comprometiéndose el país que lograse la mayoría de los votos a pagar al otro diez millones de pesos, en moneda chilena de plata, o su equivalente en soles peruanos de igual ley y peso que aquella. Para un protocolo especial, al que se otorgó el valor de considerarlo como parte integrante del tratado, quedó reservada la forma en que el plebiscito debía celebrarse, así como los términos y plazos relacionados con el pago de los diez millones por el país que quedara dueño de las dos provincias. Estos fueron los tres primeros artículos del tratado.

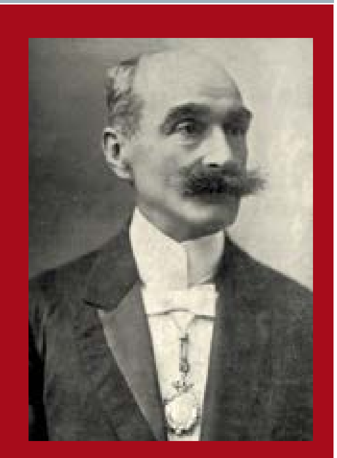
Once más lo complementaron. Un decreto chileno había ordenado, con fecha 9 de febrero de 1882 la venta de un millón de toneladas de guano. De conformidad con ese decreto, el Tratado de Ancón estipuló en su artículo 4° que el producto líquido de dicha operación, deducidos los gastos mencionados en el decreto, se distribuiría, por partes iguales, entre el Gobierno de Chile y los acreedores del Perú cuyos títulos de crédito apareciesen sustentados con la garantía del guano. Terminada la venta de este millón de toneladas, el Gobierno de Chile debía continuar entregando a los acreedores el 50% del producto líquido del guano hasta la extinción de la deuda o el agotamiento de las covaderas en actual explotación. El producto de las covaderas o yacimientos que se descubriesen en lo futuro en los territorios cedidos, pasaba a pertenecer exclusivamente al Gobierno de Chile. El artículo 5° dispuso que si se descubrieren en los territorios que quedaban en dominio del Perú covaderas o yacimientos de guano, a fin de evitar que ambos Gobiernos se hicieran la competencia en su venta, se determinaría previamente por ellos, de común acuerdo, la proporción o condiciones que cada uno debía acatar para la enajenación de dicho abono. Lo así estipulado debía regir, asimismo, en relación con las existencias del guano ya descubiertas que pudieran quedar en las islas de Lobos, cuando llegase el evento de la entrega de esas islas al Perú. Los acreedores peruanos favorecidos con el beneficio mencionado debían someterse, para la calificación de sus títulos y



SOLO LE FALTÓ UNA COSA A CÁCERES PARA SU CONSAGRACIÓN (...): MORIR EN HUAMACHUCO. AL SER SALVADA SU VIDA HUBO EN ELLA UNA TRASMUTACIÓN: EL GUERRERO SE VOLVIÓ UN CAUDILLO. NO FUE ÉL A LA POLÍTICA SINO ELLA LO BUSCÓ EN SU TIENDA DE CAMPAÑA.



EUGENIO LARRABURE Y UNANUE (1844-1916)



El historiador y diplomático limeño, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Miguel Iglesias, fue el encargado de hacer cumplir lo estipulado en el Tratado de Ancón de 1883, junto con el ministro plenipotenciario chileno Javier Vial Soler. En su segunda gestión en el Ministerio Relaciones Exteriores (1892-1893), Larrabure tuvo a su cargo las negociaciones para el plebiscito de Tacna y Arica.

demás procedimientos, a las reglas fijadas por el decreto chileno de febrero de 1882 (Art. 6°). La obligación que el Gobierno de Chile aceptaba de entregar el 50% del producto líquido del guano de las covaderas en actual explotación, subsistiría, sea que esta explotación se hiciera de conformidad con el contrato existente sobre venta de un millón de toneladas, sea que ella se verificase en virtud de otro contrato o por cuenta propia del Gobierno de Chile (Art. 7°). Fuera de las declaraciones ya consignadas y de las obligaciones espontáneamente aceptadas por el Gobierno de Chile en el decreto de 28 de marzo de 1882, reglamentario de la propiedad salitrera de Tarapacá, dicho Gobierno declaró que no reconocía créditos de ninguna clase que afectasen a los territorios por él adquiridos en el tratado, cualquiera que fuese su naturaleza y procedencia (Art. 8°). Este artículo tuvo mucha importancia en el largo y penoso debate surgido más tarde en relación con la deuda externa peruana y fue uno de los más objetados por los adversarios peruanos de Iglesias. Chile se había manifestado dispuesto a veces en negociaciones anteriores a reconocer la deuda mencionada.

El tratado declaró, además, que las islas de Lobos iban a continuar administradas por el Gobierno de Chile hasta que se diera término en las covaderas existentes a la explotación de un millón de toneladas de guano en conformidad a lo estipulado en él. Llegado este momento serían devueltas al Perú (Art. 9°). El Gobierno de Chile se comprometió a ceder a este país, desde el día de la ratificación y canje de dicho pacto internacional el 50% que le correspondía en el producto del guano de las islas de Lobos (Art. 10°).

Mientras no se ajustara un convenio especial, las relaciones mercantiles entre ambos protagonistas de la guerra debían subsistir en el mismo estado en que se encontraban antes del 5 de abril de 1879 (Art.11°). Las indemnizaciones que correspondía hacer al Perú a chilenos por perjuicios sufridos con motivo de la guerra, quedaron sometidas a un tribunal arbitral o comisión mixta internacional en la forma establecida por las convenciones ajustadas entre Chile y los Gobiernos de Inglaterra, Francia e Italia (Art. 12°).

Los países contratantes reconocieron y aceptaron la validez de todos los actos administrativos y judiciales ejercidos durante la ocupación del Perú; derivados de la jurisdicción marcial ejercida por el Gobierno de Chile (Art. 13°).

Ambos Estados se comprometieron a hacer las ratificaciones del tratado y los canjes de ellas, cuanto antes fuera posible, dentro de un término máximo de ciento sesenta días (Art. 14°).

LA CLÁUSULA 3ª DEL TRATADO DE ANCÓN.- De todo el Tratado de Ancón la cláusula que provocó más largas y enconadas controversias fue la tercera, relativa al plebiscito de Tacna y Arica. Por medio de un acta los tacneños y ariqueños residentes en Lima, el 10 de marzo de 1884, protestaron contra ella y acordaron en permanecer fieles a la nación peruana y unidos siempre al Perú "para seguir junto con él la suerte que la Providencia le tenga reservada". En sus considerandos invocaron la unión de esas provincias a la patria peruana por vínculos poderosos de interés común y tradiciones gloriosas; y condenaron el ataque hecho a la integridad del territorio nacional en favor de Chile, país que carecía de títulos que justificaran su pretensión sobre ellas, poseedoras de derechos imprescriptibles como personalidades colectivas.

Escritores chilenos afirmaron, durante un tiempo, que la posesión de Tacna y Arica por diez años estipulada en el Tratado de Ancón, fue una cesión sin el nombre.

Uno de los que sostuvo esta tesis, en un libro publicado en 1900, fue Luis Aldunate que intervino en las negociaciones. Pero, como ministro de Relaciones Exteriores, él mismo manifestó en su memoria al Congreso de 1883 que dichos territorios estaban "retenidos" y "como prenda". Expresó allí también que cabía la hipótesis de una decisión de los habitantes por la nacionalidad chilena; y, asimismo, que sería leal y honrado acatar su voto si optaban por regresar al dominio del Perú. Y en las conferencias sobre la negociación del pacto de tregua con Bolivia en 1883 el mismo Aldunate habló de la "expectativa peruana" sobre Tacna y Arica y de la "expectativa de Chile para dentro de diez años".

Según declaró Eugenio Larrabure y Unanue, ministro de Relaciones Exteriores de Iglesias, Novoa, negociador chileno del tratado, le manifestó que Tacna y Arica eran los rehenes que tomaba Chile para el cumplimiento de la palabra empeñada y los diez años pactados para el plebiscito venían a servir como una especie de prescripción respecto al territorio de Tarapacá .

Lavalle expresó a Iglesias que, por su parte, se había horrorizado ante la idea del sacrificio de Arica y Tacna que no representaban las riquezas inmensas de Tarapacá, sino únicamente una población de peruanos, de hermanos.

EL PROTOCOLO COMPLEMENTARIO DEL TRATADO DE ANCÓN.- En el protocolo complementario del tratado de paz se convino, mientras el Congreso peruano se pronunciaba sobre el tratado, que Chile mantendría su ejército de ocupación en el lugar del territorio que el general en jefe estimara necesario. El Gobierno del Perú se comprometió a pagar mensualmente, para mantener ese ejército desde la fecha del protocolo, S/. 300.000 en plata efectiva, deducibles, de preferencia, de las rentas nacionales del Perú. Durante esta ocupación los equipos y provisiones de cualquier clase que el Gobierno de Chile enviara a su ejército serían despachados en las aduanas libres de derechos. Además el cuartel general chileno podía hacer libre uso de todas las líneas telegráficas del Estado, lo mismo que de los ferrocarriles; y los hospitales Dos de Mayo y Santa Sofía en Lima permanecerían al servicio de dicho ejército.

La mesada de S/. 300.000 no fue posible abonarla. Por ello se hizo un arreglo para que el cumplimiento de esta deuda fuera la mitad al contado y la otra a un año de plazo con el interés del 6% (20 de febrero de 1884).

GARCÍA CALDERÓN Y EL TRATADO DE ANCÓN.- En su carta de Rancagua el 21 de diciembre de 1883 a Logan, García Calderón criticó acerbamente el Tratado de Ancón porque no conservó la alianza con Bolivia, entregó Tacna y Arica a Chile, no reconoció las deudas que pesaban sobre el guano y el salitre; y pidió que un arbitraje internacional, con injerencia de Bolivia, resolviera las cuestiones de Tacna y Arica y sobre pago de las deudas garantizadas por el guano y el salitre.

LOS NEGOCIADORES PERUANOS Y SU OPINIÓN SOBRE EL TRATADO DE ANCÓN.- Los negociadores peruanos, en su oficio de 21 de octubre de 1883 al presidente del Consejo de Ministros que acompañaron a la remisión del protocolo, llegaron a decir lo siguiente: "Aunque sus estipulaciones no son ciertamente aquellas a que nuestro patriotismo aspira, son, sin embargo, las más ventajosas que pudieran obtenerse, dadas las condiciones en que se halla el Perú".

El ministro de Relaciones Exteriores Eugenio Larrabure y Unanue al enviar el tratado a la Asamblea Constituyente negó que hubiera sido firmado el primer texto que se presentó. "Las bases (dijo) se discutieron con detención: se modificaron las del negociador de Chile hasta donde fue posible; y solo se suscribió el pacto ante el arraigado convencimiento de no poder obtener más concesiones. Así el tratado y protocolo de 20 de octubre se discutieron y elaboraron con un notable trabajo y esfuerzo; pero sin que debamos negar un momento que sus conclusiones fueron, al cabo, impuestas más que acordadas".

LOS TENEDORES DE TÍTULOS DE LA DEUDA EXTERNA PERUANA Y EL TRATADO DE ANCÓN.- Los tenedores británicos de bonos de la deuda externa peruana en Europa o sus comités de representación fueron hostiles al Perú durante la guerra. El periódico de Londres *The Standard* les sirvió de apasionado órgano. Entraron en trato con el Gobierno chileno

“DE TODO EL TRATADO DE ANCÓN LA CLÁUSULA QUE PROVOCÓ MÁS LARGAS Y ENCONADAS CONTROVERSIAS FUE LA TERCERA, RELATIVA AL PLEBISCITO DE TACNA Y ARICA. POR MEDIO DE UN ACTA LOS TACNEÑOS Y ARIQUEÑOS RESIDENTES EN LIMA, EL 10 DE MARZO DE 1884, PROTESTARON CONTRA ELLA Y ACORDARON EN PERMANECER FIELES A LA NACIÓN PERUANA Y UNIDOS SIEMPRE AL PERÚ (...)



Artículo XIV

El presente tratado será ratificado y las ratificaciones canjeadas en la Ciudad de Lima cuanto antes sea posible dentro de un término máximo de ciento sesenta días contados desde esta fecha.

En fe de lo cual los respectivos Plenipotenciarios lo han firmado por duplicado y sellado con sus sellos particulares.

Hecho en Lima a veinte de Octubre del año de Nuestro Señor mil ochocientos ochenta y tres.

Entre líneas — y demás procedimientos — vale.

J. A. de Lavalle — Mariano Castro Zaldívar

Jovino Novoa

Ancon, á 22 de Octubre de 1883.

Visto el presente Tratado, y estando ajustado á las instrucciones dictadas á los Plenipotenciarios que lo suscriben, oido el voto unánime del Consejo de Ministros: Apruébase y remitase a la Asamblea Nacional.

Miguel Iglesias

J. A. de Lavalle

EL TRATADO DE ANCÓN. El tratado de paz con Chile se firmó en el balneario de Ancón, al norte de Lima, el 20 de octubre de 1883. Fue rubricado por el ministro plenipotenciario Jovino Novoa, de Chile, y los ministros José Antonio de Lavalle y Mariano Castro Zaldívar, por el Perú. Estableció la cesión perpetua de Tarapacá, y la temporal de Tacna y Arica. Entre otras condiciones, se acordaba la venta de un millón de toneladas de guano en beneficio de ambos gobiernos; la explotación de la isla guanera de Lobos por Chile; la aceptación peruana de los actos administrativos y judiciales aplicados por el gobierno chileno; etcétera.

y obtuvieron el permiso para cargar guano de los depósitos del Perú, pagando a la aduana de Valparíso treinta mil pesos chilenos. Llegaron, junto con la Peruvian Guano, a pactar con prescindencia del Perú. La Peruvian Guano se negó a aceptar y pagar letras de cambio del Gobierno de este país giradas a su cargo y con garantía del producto del guano que guardaba en Europa.

Otra parte de los tenedores de bonos actuó, sin embargo, como se ha visto, en las negociaciones para evitar la cesión de Tarapacá y pretendió hacerse el pago de esta deuda con la explotación del territorio en disputa. Fueron, sobre todo, franceses que se atrajeron el apoyo de algunos intereses norteamericanos.

Cuando se firmó el Tratado de Ancón, movieron estos tenedores de bonos, a través de diversos medios, a los Gobiernos contra varias de las cláusulas de dicho documento. Eran las que disponían que el producto del guano fuera distribuido por mitad entre los tenedores y Chile (que la cedía más adelante al Perú) con garantía hipotecaria del guano; y las que limitaban los gravámenes que pesaban sobre Tarapacá al reconocimiento de los bonos y certificados salitreros en los términos indicados por el decreto de 28 de marzo de 1882. Según el presidente chileno Santa María, la protesta "era hija de la intriga de Dreyfus".

Francia y los demás reclamantes pidieron en su nota conjunta que la cuestión de la deuda del Perú se reservara hasta llegar a un acuerdo amistoso entre los dos Gobiernos que habían combatido en la guerra por una parte, y los interesados como la otra parte en el arreglo; o que se propusiera al Poder Legislativo una solución más satisfactoria basada en el respeto a los contratos. No se solidarizaron con esta actitud Alemania y los Estados Unidos. Bismarck, que a lo largo de toda la guerra dio pruebas inequívocas de su simpatía por Chile, dejó constancia de su oposición a la nota conjunta antedicha.

El Perú y Chile contestaron negativamente esta comunicación de los países europeos. La respuesta chilena tuvo fecha 5 de junio de 1884. La peruana firmada por el canciller Eugenio Larrabure y Unanue, fue el 26 de febrero de 1884. Invocó la condición del Perú como Estado soberano. Afirmó que las deudas derivadas de empréstitos levantados entre particulares no tenían carácter internacional; los tenedores podían cambiar de nacionalidad y como no había obligación de Estado a Estado no existía materia para intervención diplomática. El precedente que se trataba de establecer de exponer las relaciones entre los países a juegos de bolsas tendría funestas consecuencias. Terminó Larrabure recordando que el Perú no conservaba en su poder los bienes hipotecados y que en vano había pedido el embargo de los cargamentos de guano y salitre desde hacía cuatro años, para, por otra parte, cómo, sin protesta de ningún otro Estado, se vendía en pública subasta un millón de toneladas de guano afecto a la hipoteca.

Hubo pronto discordia entre los propios Gobiernos reclamantes, pues Francia exigió el cumplimiento del decreto de Piérola sobre preferencia a Dreyfus, mientras otros países limitaron su interés a los tenedores de certificados salitreros. Al final, quedaron sin efecto las protestas contra el Tratado de Ancón.

[IV]

LA DESOCUPACIÓN DEL NORTE Y DE OTROS LUGARES.- Los chilenos entregaron al comisionado de Iglesias Trujillo y Salaverry el 28 de julio. El 26 de julio desocuparon Chiclayo, Etén, Pacasmayo y demás puntos del departamento de Lambayeque. Estas operaciones, según expresó Lynch, se habrían efectuado mucho antes sin las dilaciones puestas por la autoridad peruana por carecer de la tropa suficiente.

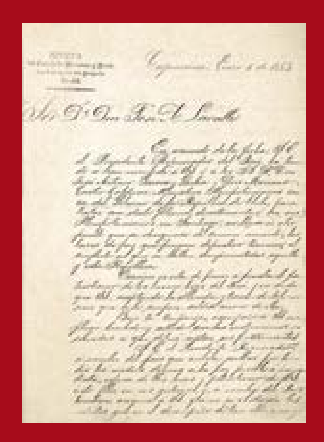
El 31 de agosto fue entregada al prefecto Aguirre la ciudad de Ica; el 28 de setiembre, Chincha; el 4 de octubre, Pisco y el 22 Cañete y Cerro Azul. Las fuerzas del comandante Leoncio Tagle, que había sido jefe político y militar en el departamento de Ica, se embarcaron el mismo día para Mollendo.



LOS CHILENOS ENTREGARON AL COMISIONADO DE IGLESIAS TRUJILLO Y SALAVERRY EL 28 DE JULIO. EL 26 DE JULIO DESOCUPARON CHICLAYO, ETÉN, PACASMAYO Y DEMÁS PUNTOS DEL DEPARTAMENTO DE LAMBAYEQUE. ESTAS OPERACIONES, SEGÚN EXPRESÓ LYNCH, SE HABRÍAN EFECTUADO MUCHO ANTES SIN LAS DILACIONES PUESTAS POR LA AUTORIDAD POR CARECER DE LA TROPA SUFICIENTE.



EL PROTOCOLO COMPLEMENTARIO



El 3 de junio de 1929 se firmó en Lima un protocolo complementario al Tratado de Ancón, cuya misión era resolver la situación de Tacna y Arica. El documento original de 1883 establecía la realización de un plebiscito para decidir si esos territorios debían volver al Perú o permanecer como parte de Chile, pero este no se había realizado. En 1929, gracias al protocolo complementario, firmado por el ministro peruano Pedro José Rada y Gamio y el ministro chileno Emiliano Figueroa Larraín, finalmente se determinó el regreso de Tacna a la patria y la pérdida definitiva de Arica.

LA DESOCUPACIÓN DE LIMA.- Iglesias, a quien los chilenos dieron armas y municiones, pudo, con grandes dificultades, dirigirse de Cajamarca a Trujillo y de allí a Ancón, donde sus agentes habían llevado un pequeño contigente adicional que llegaron a reunir y armar. En total, estas fuerzas llegarían a unos 830 hombres con 400 oficiales.

Tres días después de firmado el Tratado de Ancón, en la mañana del 23 de octubre, Lynch salió de Lima con el ejército chileno no sin dejar algunos enfermos en los hospitales y se estacionó en Chorrillos, Barranco y Miraflores. Otras tropas chilenas continuaron apostadas en Chosica, Tarma y la zona de Ayacucho para contener a Cáceres.

La ocupación de Lima había durado dos años y nueve meses. Antes de retirarse los invasores (según informó el corresponsal del *New York Herald* el 17 de noviembre de 1883) barrieron con el Palacio de Gobierno, la Municipalidad, los cuarteles y oficinas públicas llevándose pinturas, espejos, muebles, libros, papeles, mesas, alfombras y otros objetos. La aduana del Callao quedó, según este corresponsal, como una cáscara y las demás oficinas parecían un desierto.

LAS FINANZAS DE LA OCUPACIÓN.- Los decretos dados por las autoridades chilenas de ocupación en relación con las aduanas de los puertos peruanos que se inspiraron en el propósito de obtener los mayores recursos fiscales con exclusión, por consiguiente, de toda medida proteccionista del desarrollo industrial del Perú; y establecieron la diferencia de territorio extranjero para las procedencias de puertos peruanos que aún estaban libres y de territorio nacional para las procedencias chilenas y de puertos peruanos en poder de Chile. La norma primeramente mencionada hizo disminuir ciertos derechos de importación y se reflejó favorablemente en las entradas aduaneras; pero el proteccionismo, al servicio de los artículos chilenos, tuvo que ser abandonado porque Chile no se hallaba en condiciones de hacer exportaciones en gran escala o porque no le convino hacerlas al Perú.

Un decreto firmado por el presidente Santa María (11 de octubre de 1881) sometió a presupuesto fijo todos los gastos de administración de los territorios ocupados, quedando la mayor parte de los ingresos para el fisco y el resto para los gastos de ocupación. Estos gastos sumaron más de un millón en un año; mientras que aquellas entradas, provenientes de las sumas recaudadas por las aduanas y otras contribuciones, sin contar los cupos de guerra en Lima y Callao, de los que se hace mención separada, sumaron entre el 1° de mayo de 1882 y el 30 de abril de 1883, según la memoria de Lynch, 7.941.943 pesos.

Desde el 22 de enero de 1881, en que las autoridades de la ocupación comenzaron a percibir derechos en la aduana del Callao, hasta el 31 de diciembre de ese año, dicho establecimiento produjo 3.060.272.87 pesos con un gasto por administración y sueldos de empleados de 215.526.75 pesos quedando un saldo líquido de 2.844.746.12 pesos.

En 1882 la entrada ascendió a 5.130.638.47 pesos y los gastos sumaron 307.715.22; por lo cual apareció una renta neta de 4.822.923.25.

La diferencia, a favor de 1882, fue de 1.978.171.13 pesos. Dividida la entrada de este año en cuatro trimestres, cabe constatar que el segundo superó al primero, el tercero al segundo y el cuarto al tercero.

El primer cupo de guerra mensual que fue impuesto a prominentes vecinos de Lima y del que se ha hecho mención al tratar del gobierno de García Calderón y que fue pagado por este en ocho meses (ocho millones de pesos) llegó a ser reemplazado después por el aumento en los impuestos y por otros cupos.

En la lista de los ingresos recaudados por Chile hay que anotar preferencialmente los que provinieron de los territorios salitreros de Tarapacá y de la aduana de Arica. Aparte de las sumas mencionadas, las cantidades perdidas en el territorio peruano y por particulares a causa de devastaciones, depredaciones y otros excesos son incalculables. Al retirarse de los valles de la

costa las fuerzas de ocupación, una vez firmada la paz, se hizo visible su propósito de inutilizar sembríos y destruir maquinarias, para impedir, demorar o hacer más difícil la reconstrucción.

LOS CUPOS Y DEPORTACIONES DE AGOSTO DE 1882 A ENERO DE 1883.- Lima sufrió la represalia por lo ocurrido en Concepción y otros lugares del departamento de Junín, con cupos y destierros. El 24 de agosto de 1882 fue impuesta una contribución de dos mil soles de plata o su equivalente en billetes fiscales chilenos con el recargo mensual fijado en el cobro de los derechos de aduana, a cincuenta personas o entidades. El plazo fue de ocho días. Al que no pagare la contribución en el plazo designado se le embargarían valores que, realizados gubernativamente, bastasen para la satisfacción del impuesto y gastos que la realización demandara, sin perjuicio del apremio personal al remiso. Idéntico cupo fue ordenado a otras cincuenta personas bajo las mismas condiciones el 11 de setiembre de 1882; se repitió con un grupo distinto el 30 de octubre del mismo año; y volvió a ser hecho el 8 de febrero de 1883.

Lynch prohibió la transferencia de las propiedades rústicas y urbanas pertenecientes a peruanos ya fuese por permuta, donación, venta o cualquier otro título. También vedó la imposición de gravámenes sobre ellas y la celebración de contratos de arrendamiento en los cuales no se reconociera expresamente que la autoridad chilena poseía legítimo derecho para hacerlos cesar a su arbitrio sin que en ningún caso se estipulasen cánones anticipados. El pacto ajustado en contradicciones con este decreto sería nulo y de ningún valor y el notario, por el mero hecho de autorizarlo, quedaría destituido de su cargo, sin perjuicio de la pena pecuniaria o corporal que el cuartel general quisiera imponerle (16 de agosto). Al día siguiente ordenó que en ninguno de los bancos de Lima se permitiera el traspaso de acciones pertenecientes a peruanos; de lo contrario serían directamente responsables las personas que interviniesen en el acto. Más todavía, el 24 del mismo mes decretó que los establecimientos citados no cubrieran los giros suscritos por individuos de la misma nacionalidad en razón de sus depósitos en cuenta corriente o a plazos, ni los documentos y obligaciones a su favor, quedando también prohibido el endoso. Precauciones especiales fueron adoptadas en los bancos para el cumplimiento de estos drásticos decretos.

En el primer cupo hubo personas (según cuenta Lynch en su memoria) que ya venían abonando fuertes sumas desde tiempo atrás para el mantenimiento del ejército, por fundos de su propiedad. Hubo muchas reclamaciones; mas a ninguna atendió. Algunos pagaron y otos prefirieron la prisión, el embargo de sus arrendamientos o la venta de sus muebles. El segundo cupo fue más difícil cobrarlo; para el tercero, el cuarto y el quinto "hubo que proceder (dijo Lynch) con verdadero tesón y aprehender a muchos". Unos cuantos pudieron escapar.

Varios civiles de significación fueron entonces remitidos a Chile en la condición de prisioneros de guerra. Ese fue el caso de los señores Carlos Elías, Ramón Ribeyro, Pedro Correa y Santiago, Manuel Candamo, general Manuel La Cotera, Isidoro Elías, Ignacio y Francisco García León y José Antonio García y García (8 de agosto). Notificado para presentarse en el término de diez días otro grupo de peruanos, solo pudieron ser remitidos a Valparaíso el 23 de agosto junto con el ex ministro boliviano Zoilo Flores, Emilio Forero, Juan Ignacio Elguera, Manuel Zevallos y José María Químper. Los demás lograron escapar. Fueron Alejandro Arenas, Mariano Nicolás Valcárcel y José Miguel Vélez, que ocuparon altas posiciones en el régimen de Arequipa, César Canevaro también con actuación en esa ciudad, Isaac Recavarren que se dirigió a la zona de resistencia encabezada por Cáceres y N. Rivera. El 20 de octubre corrieron igual suerte que los demás prisioneros José Antonio de Lavalle, Mariano Álvarez, Ismael Muro, Fernando O'Phelan y Andrés Avelino Aramburú. También quedaron incluidos entre los desterrados algunos de los llamados al cupo.

En la lista de este figuraban el 24 de agosto los siguientes nombres> Albarrac'in José.- Arenas Alejandro.- Albornoz y Carrillo.- Ayulo Enrique.- Arrieta Manuel.- Barreda Felipe.- Benavides



EN EL PRIMER CUPO HUBO PERSONAS (SEGÚN CUENTA LYNCH EN SU MEMORIA) QUE YA VENÍAN ABONANDO FUERTES SUMAS DESDE TIEMPO ATRÁS PARA EL MANTENIMIENTO DEL EJÉRCITO, POR FUNDOS DE SU PROPIEDAD. HUBO MUCHAS RECLAMACIONES; MAS A NINGUNA ATENDIÓ. ALGUNOS PAGARON Y OTROS PREFIRIERON LA PRISIÓN, EL EMBARGO DE SUS ARRENDAMIENTOS O LA VENTA DE SUS MUEBLES.





El abogado limeño Melchor Vidaurre, a quien vemos en esta fotografía, había sido decano del Colegio de Abogados de Lima en 1854. En agosto de 1882, conformó la lista mensual de 50 ciudadanos peruanos que debían pagar un cupo de guerra de 2 mil soles al gobierno de ocupación de Patricio Lynch. El pago podía ser en soles de plata o en billetes fiscales chilenos, y debía hacerse en un plazo máximo de ocho días. Si se negaban, podían embargar sus propiedades, detenerlos o desterrarlos a Chile.

Manuel Francisco.- Canaval Enrique.- Calderón Hermanos.- Canevaro César.- Cantuarias José Manuel.- Cuadros Manuel.- Cox Hermanos.- Derteano Dionisio.- Elguera Manuel.- Figari Hermanos.-Plicker Hermanos.- García José Gregorio.- García Lorenzo.- Garland Alejandro.- Gallagher Juan.-Laos Domingo.- Laos Mariano.- Latorre Manuel Espíritu.- Latorre Mariano.- Luna Federico.- Mariátegui Foción.- Melgar Moscoso.- Melgar Adán.- Muro José.- Navarrette y Caballero Hermanos.- Olavegoya Hermanos.- Ortiz de Zevallos Ricardo.-Osma Ignacio de.- Oyague José Lucas.- Paz-Soldán Mariano Felipe.- Paz Soldán Francisco.- Palacios Fernando.- Pazos Juan Francisco.- Porras Melitón.- Roca y Boloña Hermanos.- Seminario y Váscones Manuel.- Silva Vicente.- Tenaud Julio.- Varela y Valle Felipe.- Varela y Valle José María.- Vidaurre Melchor.- Velarde Melchor.- Villavicencio Pedro.-Irigoyen Manuel.

En el cupo de guerra, de 11 de setiembre: Álvarez Mariano.- Almonte Manuel A.- Alzamora Román.- Arguedas José A.- Arrieta Juan.- Arizola Manuel.- Barreda y Osma Enrique.- Basombrío Juan C.- Bresani José.- Boza Francisco de P.- Bryce Luis.- Cáceres Fabricio.- Correa Javier.- Castillo Amancio.- Calderón Juan de Dios.- Carbajal Tomás.- Cárdenas Juan M.- Derteano Torcuato.- Dorado Mariano.- Delgado Eulogio.- Duarte Constantino.- Elguera Juan Ignacio.- Ferreyros Carlos.- Figari Manuel.- Gallagher Pedro.- Goyeneche Juan M.- García Sacio Luis.- Hurtado José N.- Hurtado José G.- Igarza Daniel.- Lavalle José Antonio de.- Lazarte Manuel.- León Lucas.- López Aldana Carlos.- Medina Miguel.- Muñoz Bernardo.- Miranda Martín.- Masías Diego.- Muro Ismael.- Canevaro José Francisco.- O'Phelan Fernando.- Palacios Federico.- Paredes Simón G.- Paz Soldán Carlos.- Rodríguez Nicolás.- Revoredo Juan.- Soria Fernando.- Saco Gabriel.- Unzueta Roque.- Valdeavellano Juan Luis.

En el cupo de guerra, de 30 de octubre: Aedo Lorenzo.- Álvarez Calderón Ezequiel.- Álvaro y Aparicio Germán.- Asín José.- Arbulú José Manuel.- Ausejo José.- Aveleira Domingo.- Azcárate Ramón.- Basagoitia José Gregorio.- Barrios Evaristo.- Becerril Ambrosio.- Bolívar Joaquín.- Bresani Federico.- Cabezudo Manuel.- Calonge Bernardino.- Castro Buenaño Bernardo.- Cisneros Luciano Benjamín.- Corrales Melgar Juan.- Cosío Juan Mariano.- Criado Miguel.- Chacaltana Manuel de la E.- Elizalde Juan T.- Espinoza José.- Fuentes Ramón.- Gálvez Manuel María.- Goyburu José B.- Gómez Silva Viviano.- Lecca Manuel.- Miranda Demetrio.- Cisneros Manuel Espíritu Piñeira Julián.- Muller Francisco.- Odriozola Manuel.- Palacios Francisco.- Palma Manuel José.- Patrón José.- Panizo y Zárate Manuel.- Real José Gregorio.- Rodrigo Aurelio.- Sáenz Zacarías.- Salazar Manuel Marcos.- Saldaña Antonino.- Sánchez Silva Juan.- Sarisa Pablo.- Solar Emilio A. del.- Terán Federico.- Tirado Pablo.- Velarde Rafael.- Villacampa Manuel A.- Villate Dionisio.

En el cupo de guerra, de 4 de enero de 1883: Alarco Lino.- Álvarez Calderón Ricardo.- Álvarez José Remigio.- Angulo Manuel.- Argote Manuel.- Armero Emilio.- Astete Germán.- Barinaga Manuel.- Bustos Camino Manuel.- Caballero Manuel.- Calonge Belisario.- Canevaro Octavio.- Castro José Félix.- Chepote Manuel W.- Elguera Pedro.- Escurra Manuel.- Espinoza Francisco.- Espinoza Enrique.- Fernández F. Mariano.- Freundt Carlos.- García y García Aurelio.- García Maldonado José.- García José Félix.- Gonzáles Prada Francisco.- Hurtado Juan de la Cruz.- Jiménez José Mariano.- Laos Argüelles Domingo.- La Torre Bueno Felipe de la.- La Torre Roncal Mariano.- Lorca Manuel.- Macedo José Mariano.- Mendizábal Mariano.- Muelle Miguel.- Olavegoya Domingo.- Oliveira Pedro.- Peña y Coronel Juan.- Pérez Manuel María.- Pérez Mariano.- Ríos Federico.- Rivera Pedro.- Rojas Guillermo.- Rospigliosi Uladislao Julio.- Sagástegui Nicanor.- Salcedo Guillermo.- Salaverry Felipe.- Soto Agustín.- Tudela Darío.- Izcue Rafael.- Zavala Andrés.- Zavala Pedro J.

En el cupo de 8 de febrero de 1883: Alcántara Manuel.- Almenara Domingo.- Arancibia Felipe.- Althaus Augusto.- Álvarez Calderón y Roldán Manuel.- Armero Julio.- Barrón Enrique L.- Borda Mariano Antonio.- Bustamante Mariano.- Bustos Pedro Felipe.- Cornejo Mariano Lino.- Cudlipp Enrique.- Elguera José.- Elguera Miguel.- Eyzaguirre Belisario.- Febres Leopoldo.- Pflucker y Rico Julio.- Pflucker y Taramona Julio.- Fraguela Ramón.- Freire Augusto.- Galindo José G.- Galup Manuel.- García José M.- Gil Valentín.- González Clavero Manuel.- Goyeneche Mariano.- Herrera José Manuel.- Hinojosa José N.- Lecca José.- Macedo Modesto.- Medel Jerónimo.- Melgar

Fabio.- Moreno y Maiz Manuel.- Monaci Juan Manuel.- Morel Manuel.- Mujica Elías.- Naranjo y Serrano Miguel.- Pérez Dámaso.- Pérez Arrieta José.- Pomar Manuel.- Pro José.- Puente y Oyague José María.- Ramírez y Sánchez Francisco.- Ríos Francisco.- Rivera Juan.- Saco Alejandro.- Sal y Rosas Manuel.- Tudela Casimiro.- Ingunza Francisco E.- Ingunza José E.

LA COLECCIÓN MACEDO.- Con el cupo impuesto a José María Macedo tuvo relación el destino deparado a la valiosa colección arqueológica por él reunida.

José Mariano Macedo fue un distinguido médico nacido en Ayaviri en 1823. Prestó importantes servicios profesionales, y se destacó en su lucha contra la fiebre amarilla y otras epidemias. Médico personal de Castilla llegó a ser también cirujano mayor del ejército y cirujano del hospital de San Bartolomé.

Desde 1858, más o menos, se dedicó Macedo a coleccionar objetos de cerámica, tejidos, piezas de oro y plata, instrumentos de cobre, madera y piedra, momias y otras especies de las culturas prehispánicas. Llegó a reunir más de mil piezas procedentes de Trujillo, Cajamarca, Recuay, Casma, Chimbote, Carhuaz, Chancay, Ancón, Caqui, Chavín, Lambayeque, Huamachuco, Pumacayán, Ica, Pachacamac, Huaraz, Cuzco, Puno, Titicaca y Tiahuanaco. Formó así un museo que exhibía orgulloso en su domicilio situado en la Plaza Bolívar.

El cupo que las autoridades chilenas le obligaron a pagar al contado le creó graves problemas. Hallábase entonces en estrechez económica. Por otra parte, vio en peligro este patrimonio cultural, a merced del invasor. Dentro de tan premiosas circunstancias lo vendió al extranjero, al señor Kruger, quien abonó 2.000 libras esterlinas. Las "antigüedades peruanas" de Macedo fueron exhibidas en París el 10 de octubre de 1881 y fueron entonces calificadas como la "colección más completa y la más instructiva que existe en el mundo, tan rica como rara". Luego pasaron a formar parte del Museo Etnográfico de Berlín.

EL HEROÍSMO CIVIL DURANTE LA OCUPACIÓN DE LIMA.- Muchos fueron los casos de abnegación y a veces de heroísmo civil durante la ocupación de Lima, hazañas silenciosas de probidad cívica, de devoción patriótica, de sacrificio personal. Entre ellos estuvo, por ejemplo, la actitud de la magistratura al negarse a reanudar sus funciones. El presidente de la Corte Superior de Justicia de Lima, José Silva Santisteban, se negó a convocar la reunión de ella durante la ocupación. Tampoco funcionaron la Corte Suprema o los juzgados. Análogo alcance ostentó la decisión del rector y profesores de la Universidad de San Marcos cuando, unos en sus domicilios y otros en unas aulas del claustro de San Pedro, continuaron dictando gratuitamente los cursos; la conducta idéntica de los maestros de Medicina y de los del Colegio de Guadalupe; la de los médicos de los hospitales sostenidos por la Beneficencia que carecieron casi de sueldos durante tres años; la de los miembros del Cabildo y del Arzobispado y otras personas al servir de intermediarios entre las fuerzas peruanas de la resistencia en la sierra y los agentes del Gobierno nacional residente en Lima; la de numerosos ciudadanos que, conminados para sufragar los gastos de la ocupación, para servir cargos de jueces de paz, para proporcionar alojamiento o vituallas u otros elementos a las tropas ocupantes, dejaron saquear sus propiedades y prefirieron sufrir múltiples daños, inclusive el destierro.

El redactor de los debates de la Cámara de Diputados Ricardo Aranda extrajo, con celo y audacia, dos o tres días después de realizada la ocupación, el archivo íntegro de esa rama del Poder Legislativo, y lo depositó en la casa de José Eusebio Sánchez; allí permaneció hasta que se reanudaron las tareas parlamentarias en 1884. Sin embargo, antes o después de esta hazaña, probablemente en fecha posterior a ella, hubo bochornosas desapariciones de documentos de la Cámara de Diputados. Modesto Basadre denunció en la sesión del 5 de setiembre de 1895 que habían



MUCHOS FUERON LOS CASOS DE ABNEGACIÓN Y A VECES DE HEROÍSMO CIVIL DURANTE LA OCUPACIÓN DE LIMA, HAZAÑAS SILENCIOSAS DE PROBIDAD CÍVICA, DE DEVOCIÓN PATRIÓTICA, DE SACRIFICIO PERSONAL. ENTRE ELLOS ESTUVO, POR EJEMPLO, LA ACTITUD DE LA MAGISTRATURA AL NEGARSE A REANUDAR SUS FUNCIONES.



> A LAS NUEVE DE LA MAÑANA LLEGÓ EL TREN QUE CONDUCÍA AL DIMINUTO EJÉRCITO NACIONAL, VITOREADO POR LA MULTITUD. POR LA TARDE FORMÓ EN LAS CALLES PARA LA LLEGADA DEL GENERAL IGLESIAS. AL INGRESAR ÉL A LA VIEJA MORADA DE LOS VIRREYES Y DE LOS PRESIDENTES, FUE IZADA LA BANDERA BICOLOR OBSEQUIADA POR EL GREMIO DE BORDADORES DE LIMA.

sido sustraídas las actas de las sesiones secretas en las que fue aprobado el tratado secreto de alianza con Bolivia. Durante el receso parlamentario de 1936 a 1939 y posteriormente fueron vendidas a particulares actas de sesiones secretas de otros períodos.

José Antonio Felices salvó todo el archivo y los muebles de la Cámara de Senadores, y los mantuvo ocultos en su casa también hasta 1884. La resolución legislativa N° 1743, promulgada el 14 de diciembre de 1912, señaló con ese motivo, un premio a Felices de trescientas libras. El gobierno de Billinghurst mandó consignar en el Presupuesto dicha suma en abril de 1913; pero las vicisitudes políticas interfirieron para impedir el cumplimiento de esta orden. El 8 de setiembre de 1914 el gobierno de Benavides también expidió análoga providencia; pero la prórroga del Presupuesto de 1912 hecha aquel año impidió consignar la partida respectiva.

José Rafael de Izcue, superintendente de Aduanas, salvó los documentos y cuentas de la Aduana del Callao, fue enjuiciado y tuvo que pagar un fuerte cupo. Entregó luego al ministro de Hacienda Barinaga los valiosos documentos que guardó durante tres años.

Muchos gestos de heroísmo partieron de gente humilde. El Club de Regatas Lima de Chorrillos perdió sus instalaciones durante la ocupación chilena; ellas fueron llevadas a Chile en el transporte *Tolten*. Su local se convirtió en depóstio de pertrechos de guerra. El guardián Ángel Camacho hizo volar con dinamita este lugar y él murió.

[V]

ENTRADA DE IGLESIAS EN LIMA.- Apenas salidos, el 23 de octubre de 1883, los soldados de la ocupación, entraron en el Palacio de Gobierno de Lima, así como a los cuarteles, piquetes de celadores peruanos. El escudo nacional fue colocado en la fachada de ese edificio. A las nueve de la mañana llegó el tren que conducía al diminuto ejército nacional, vitoreado por la multitud. Por la tarde formó en las calles para la llegada del general Iglesias. Al ingresar él a la vieja morada de los virreyes y de los presidentes, fue izada la bandera bicolor obsequiada por el gremio de bordadores de Lima. La multitud cayó de rodillas en la Plaza de Armas. Con sus lágrimas diríase que hubiera querido lavar las miserias de la derrota y de la desunión.

En su proclama de esa fecha, Iglesias exclamó: "Traigo conmigo el hermoso bicolor de la Patria perdido en los combates de hierro y recobrado, al fin, en las luchas no menos gigantescas de la razón y la desgracia". Señaló como obstáculos en su camino "la exageración del deber, el miopismo político y la calculada mezquindad de las pasiones personales". Culpó a los bandos políticos de haber perdido al Perú. Para el día final de las responsabilidades, expresó su confianza de que, como en Chorrillos, como en Montán, como en aquel momento, él simbolizaría independencia y porvenir. Palabras suyas fueron entonces: "La victoria, hoy, es la paz". Y también: "Más valor es necesario para soportar dignamente la desgracia que para rendir la vida en un rapto de desesperación".

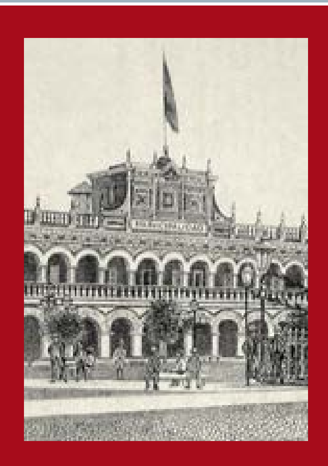
El Callao fue evacuado también el 23 de octubre, y se hizo cargo de este puerto el delegado de Iglesias, Vidal García y García.

LA LIBERTAD DE LOS PRISIONEROS DE GUERRA.- El 23 de octubre de 1883, el mismo día de su entrada en Lima, el ministro de Relaciones Exteriores, Lavalle, se dirigió al representante chileno en Lima para pedirle la inmediata libertad de los prisioneros de guerra, cualesquiera que fuesen los títulos que se les hubieran otorgado o los motivos de su apresamiento. A mérito de esta comunicación quedaron liberados ese mismo mes todos los peruanos presos en Chile, excepto García Calderón.

Poco después de efectuado el canje del Tratado de Ancón, el canciller Baltasar García Urrutia, en nota del 19 de abril de 1884, solicitó la inmediata libertad del presidente cautivo. El Gobierno chileno accedió a este pedido.



MIGUEL IGLESIAS. En 1882, el hacendado cajamarquino, nombrado para ese entonces presidente regenerador, tomó la decisión de llegar a un acuerdo de paz con el gobierno chileno, tras cinco años de conflicto. Un año después, en 1883, se firmó el Tratado de Ancón. Iglesias fue luego proclamado presidente provisorio. Su gobierno duró hasta 1885.



Con el gobierno de Francisco García Calderón, se restablecieron las funciones de la Municipalidad de Lima. Sin embargo, por una orden del encargado del gobierno chileno en la ciudad, Patricio Lynch, las funciones del prefecto peruano César Canevaro fueron asumidas por un funcionario chileno. Recién en 1883, durante el gobierno de Miguel Iglesias, pudo esta institución operar normalmente una vez más. Aquí vemos una foto de la Municipalidad de Lima hacia fines del siglo XIX.

LA ETAPA FINAL DEL CAUTIVERIO DE GARCÍA CALDERÓN.- Nueve meses permaneció García Calderón como ya se ha dicho en Rancagua; y cuando terminó la autoridad de Montero en Arequipa y se consolidó el gobierno de Iglesias, se le dio a escoger el traslado a Valparaíso o Santiago; él optó por la primera de esas ciudades. En ella se estableció hasta que terminó su cautiverio. El 27 de mayo de 1884, poniendo fin a su forzada residencia en Chile, se embarcó a bordo del vapor inglés *Britannia* con destino a las riberas del Río de la Plata. "Llevaba conmigo (ha escrito él mismo) dos tiernos hijos nacidos en el destierro y dejaba leales amigos cuya amistad en muchos casos mitigó la dureza de mi condición". Agrega que al dejar Valparaíso no sintió el placer que pensó experimentaría al terminar su prisión. Y es que a muchas personas debía gratitud; entre ellas cita en especial al caballero argentino Mariano E. de Sarratea y al acaudalado comerciante y propietario chileno José Tomás Ramos y sus familias.

LA MUNICIPALIDAD DE LIMA.- Al establecerse el gobierno de García Calderón había vuelto a funcionar como se ha visto anteriormente, la Municipalidad de Lima, que existía en diciembre de 1879. La presidía César Canevaro.

Con fecha 7 de diciembre de 1881, Lynch, jefe de la ocupación chilena, designó, como ya se ha dicho, a uno de sus funcionarios para que inspeccionara los libros en curso de esa corporación, como también los documentos o papeles corrientes y para que tomara razón de los síndicos señores Isaac Alzamora y G. Tejeda en el sentido de no aceptar esta inspección; por número menor de votos fue aprobada la parte final del mismo dictamen anunciando que, en caso de insistencia, cesaría la institución edilicia en el ejercicio de las labores a su cargo.

Un decreto de Lynch del 9 de diciembre hizo cesar a Canevaro y al Concejo Provincial. Sus funciones y las del prefecto quedaron encomendadas a un funcionario chileno con la denominación de jefe político del departamento de Lima. Para este cargo fue nombrado Adolfo Guerrero. De la Municipalidad del Callao se hizo cargo el jefe político y militar coronel Domingo Amunátegui.

Canevaro dirigió un oficio a Lynch para constancia de que había cedido al imperio de la fuerza al ordenar la entrega de la Municipalidad y sus dependencias; y sostener que ella, al representar y administrar los intereses locales del pueblo de Lima, era compatible con la ocupación militar pues no se trataba de una institución política o castrense. También envió una circular al cuerpo diplomático y consular con el objeto de comunicarle lo ocurrido (10 de diciembre de 1881).

Numerosas personas que tenían a su cargo dependencias municipales y eran empleados en ellas abandonaron sus funciones. Entre dichas dependencias hallábase entonces la Penitenciaría de Lima, cuya dirección ejercía, sin percibir remuneración alguna, don José A. de la Puente, a quien se dirigió el nuevo jefe del departamento para que continuara en el cargo. Este ciudadano lo dejó, sin embargo, por cuanto la Constitución le prohibía admitir destino de Gobierno extranjero "y se acentúa más este precepto (agregó en su nota de dimisión) si el puesto que se me ofrece dimana de los crueles e implacables enemigos de mi patria".

Al instalarse el régimen de Iglesias en Lima autorizó el funcionamiento de la Municipalidad que había estado a cargo de los asuntos propios de la capital en enero de 1881, bajo la presidencia del alcalde Rufino Torrico. Así quedaron reanudadas las interrumpidas labores del concejo provincial el 23 de octubre de 1883. El tesorero de esta corporación Manuel M. Morales hizo entonces entrega a Torrico de la cantidad de 200.000 soles en dinero y diversos valores entre los cuales incluyó bonos municipales y cédulas que había guardado durante algún tiempo. Morales fue tomado preso por los chilenos para que entregara esta suma depositada en la caja municipal y correspondiente a entregas hechas por los rematistas de los diversos ramos. Como medida de precaución los había sacado días antes, haciendo que el alcalde César Canevaro le firmase un recibo donde constaba la entrega de ese depósito y su posterior envío a un consulado. La honradez y el patriotismo de Morales salvaron así un caudal perteneciente a la Municipalidad de Lima.

Un nuevo nombramiento de regidores, siempre incluyendo a Torrico, fue hecho por el gobierno de Iglesias con fecha 13 de noviembre de 1883, después de que un decreto de 8 del mismo mes, ordenó que se procediera a la renovación edilicia de acuerdo con la ley de municipalidades expedida por la Asamblea del Norte.

LOS CHILENOS EN AREQUIPA.- Para consumar la obra de consolidar al régimen de Iglesias, fortalecido ya por la derrota de Cáceres en Huamachuco y por la ocupación de Lima, una expedición chilena salió de Tacna por tierra en dirección a Moquegua con 2.200 hombres de las tres armas, según cifras oficiales, al mando del coronel José Velásquez. El coronel peruano Somocurcio, del régimen de Montero, que había llegado hasta allí, se retiró sin combatir. Una división auxiliar con 3.000 hombres partió del Callao al mando del coronel Estanislao del Canto y se unió a la de Velásquez en Moquegua. Ambas fueron reforzadas con 1.200 hombres, aproximadamente, también según cifras oficiales. El coronel Urriola, al avanzar con sus tropas desde el centro del Perú, debía desempeñar en la campaña una función complementaria.

Montero, según declaraciones que hizo más tarde a *La Prensa* de Buenos Aires, al llegar a esa capital, contaba con muy escasos recursos económicos y tenía dificultades para la manutención de las tropas y de la población de Arequipa. Según él, su ejército no pasaba de 4.000 hombres de línea (reducidos a 3.000 pues 1.000 partieron a unirse con Cáceres) y unos 5.000 nominales de la guardia nacional; de estos se presentaron en los cuarteles, de acuerdo con las mismas declaraciones, unos 2.500. El armamento proporcionado desde Bolivia, gracias a la acción del ministro Manuel María del Valle y a la buena voluntad del gobierno de Campero, no era escaso. Según nota Del Valle al canciller Valcárcel (29 de octubre de 1883) aquel remitió en dos años ocho mil rifles, dos millones de municiones, una batería de cañones Krupp, sables, mulas para las brigadas del ejército, más de cien mil varas de tela para uniformar a los soldados y vestir a las guardias nacionales, calzado y hasta recursos pecuniarios en la cantidad en que estos era posible obtenerlos de Campero.

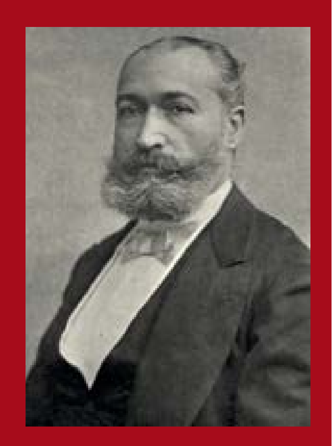
En su avance a Arequipa, los chilenos se apoderaron de las alturas de Jamata de Huasacachi sin combate, pues las tropas del coronel José Godines se retiraron sin combatir. Luego los invasores se movilizaron hasta Puquina, otra posición estratégica, llave de la ciudad que era su objetivo; y los defensores, que habían sido colocados en Chacaguayo, al mando de los coroneles Germán y Francisco Llosa, hicieron lo mismo que sus compañeros, pues se consideraron flanqueados. Al saberse estos sucesos incruentos, hubo alarma en la ciudad. El 24 de octubre, el municipio, instado por un grupo de notables, pidió a Montero que no hubiese lucha dentro del recinto urbano. Pese a la enfática declaración del contralmirante, el Consejo de Ministros y un consejo de guerra de jefes del ejército y de la guardia nacional habían opinado por la retirada. El 25, convocó Montero en la Plaza de Armas al pueblo para preguntarle si quería combatir y pedirle que, en caso afirmativo, se organizase. Surgieron discusiones acaloradas en la ciudad. Mientras se preparaba la retirada, se produjo un motín de la plebe y de la guardia nacional. Fue muerto Diego Butrón, teniente alcalde en el consejo provincial, cuya opinión fue favorable a la paz. Los partidarios de la resistencia acusaban a Montero porque abandonaba la ciudad, y los de la capitulación porque la exponía a los vejámenes del enemigo. Montero recorrió los cuarteles y fue recibido con demostraciones hostiles; en uno de ellos fue víctima de una descarga que le atravesó el quepí y mató a uno de sus ayudantes y varios soldados. Con una pequeña comitiva, se retiró en dirección a Puno, no sin afrontar un tiroteo en Chiguata. También se alejó el general César Canevaro, a quien algunos quisieron entregar el mando en aquellas horas de excitación para que dirigiera la resistencia. Montero pasó a Bolivia y de allí siguió a Buenos Aires y más tarde a Europa; tuvo tiempo de delegar la función presidencial en el segundo vicepresidente, general Cáceres (28 de octubre de 1883).



PARA CONSUMAR LA OBRA DE CONSOLIDAR AL RÉGIMEN DE IGLESIAS, FORTALECIDO YA POR LA DERROTA DE CÁCERES EN HUAMACHUCO Y POR LA OCUPACIÓN DE LIMA, UNA EXPEDICIÓN CHILENA SALIÓ DE TACNA POR TIERRA EN DIRECCIÓN A MOQUEGUA CON 2.200 HOMBRES DE LAS TRES ARMAS, SEGÚN CIFRAS OFICIALES, AL MANDO DEL CORONEL JOSÉ VELÁSQUEZ.



RUFINO TORRICO (1833-1920)



El militar limeño organizó a la Guardia Nacional durante la Guerra del Pacífico. En 1880, asumió la alcaldía de Lima y durante su gestión creó un hospital de sangre en el Palacio de la Exposición, para los heridos de las batallas de San Juan y Miraflores. Luego de la ocupación, fue la única autoridad de la ciudad. Junto con el comandante francés Abel Bergasse Du Petit-Thouars negoció con el ejército chileno para evitar la destrucción de la capital. En 1886, durante el primer gobierno de Cáceres, fue senador por Apurímac y ministro de Guerra y Marina.

La Municipalidad de Arequipa, dirigida por Armando de la Fuente, solicitó del cuerpo consular, cuyo decano era Enrique Gibson, para que, juntos, ofrecieran a Velásquez la rendición de la ciudad; el acta respectiva quedó suscrita en Paucarpata el 29 de octubre. En las provincias del departamento no hubo desorden alguno, salvo un incidente en Yarabamba con una comisión designada para recoger armas; con tal motivo fueron fusilados en Quequeña el 24 de noviembre seis ciudadanos y flagelados siete. Actas sucesivas expresaron el reconocimiento de toda la región al Gobierno establecido en la capital de la República.

Los chilenos con unos 8.000 hombres según informaciones oficiales, ocuparon Arequipa el 29 de octubre de 1883, y se quedaron durante cincuenta y cuatro días y se retiraron el 21 de diciembre para que pudieran efectuarse los preparativos electorales en relación con el Congreso iglesista. Una división expedicionaria que llegó hasta Puno el 4 de noviembre sin encontrar resistencia, se retiró también poco después. El prefecto iglesista de Arequipa fue Juan Martín Echenique.

El ánimo de los defensores de Arequipa estuvo afectado, entre otros factores, por la noticia de que el ministro de Guerra de Bolivia, general José M. Rondón, había comunicado que, de orden de su Gobierno, las fuerzas por él mandadas y que habían sido destacadas al departamento de Puno, volvían a La Paz. Pero el factor sicológico más importante fue el efecto de la derrota de Cáceres en Huamachuco, de la ocupación de Lima por Iglesias, de las negociaciones en aquellos mismos días consumadas para suscribir la paz. Todo el país, a excepción del reducto ocupado por Cáceres, parecía resignado al gobierno de Iglesias. Los chilenos llegaron a Arequipa, de hecho, como emisarios de este. Abundaron los mensajes emanados de la capital para que cesara una resistencia que parecía ya inútil. "No quiere el Perú, yo no quiero que se derrame una gota más de sangre en aras de una defensa imposible" dijo Iglesias en una proclama dirigida a los arequipeños el 23 de octubre. Y la defensa se desmoronó, en medio de escenas patéticas, aunque algunas fuesen, en apariencia, grotescas, sin que los invasores perdieran un solo hombre.

CÁCERES Y EL TRATADO DE ANCÓN.- Cáceres se negó en diciembre de 1883 a aceptar los hechos consumados. "Cuando se ha pasado por Tarapacá y por Huamachuco (escribió entonces) no se puede retroceder sin mengua y no quiero profanar con mis plantas en ese extraño retroceso las cenizas de tantas víctimas augustas ni empañar con una monstruosa deserción las glorias que he podido conquistar para mi patria en sus desgracias". Al definirse su actitud irreductible, halló eco en el norte, pues el coronel José Mercedes Puga se declaró Jefe Superior político y militar de esa zona, y desconoció a Iglesias. Puga operó primero en Cajamarca y después en Trujillo, Huaraz y Huamachuco, batiendo a fuerzas de Iglesias y manifestando su subordinación a Cáceres.

Conservaba este su ejército en Huancayo cuando en nota dirigida al jefe de las fuerzas chilenas en Junín declaró que "malos elementos han conseguido reducir la República a un estado completo de impotencia para la prosecución de la guerra con Chile" y que "en tales circunstancias de aniquilamiento y ruina el deber y los intereses permanentes del Perú me han obligado a reconocer el referido tratado de paz como un hecho consumado, quedándome, por la voluntad manifiesta de los pueblos, la sagrada tarea de reconstruir el Perú" (6 de junio de 1884).

EL COSTO DE LAS CAMPAÑAS DE LA RESISTENCIA.- Los documentos presentados para su examen y aprobación al Tribunal Mayor de Cuentas por el jefe de la sección de Contabilidad del ejército del Centro y comisario de Guerra acreditan que las campañas de la resistencia desde el 27 de abril de 1881 hasta el 31 de diciembre de 1883 solo costaron a la nación S/. 396.660,03. La campaña de Huamachuco implicó el gasto de S/. 63.847,70.

"CHOLOS" Y "ROTOS". RACISMO EN LA GUERRA DE 1879-1883.- El sacerdote jesuita Jeffrey L. Kleiber ha hecho un estudio sobre las actitudes raciales durante la guerra peruano chilena (*Histórica.* Lima: Universidad Católica. Vol. II, N° 1, julio de 1978).

Kleiber sostiene que la victoria de Chile sirvió para confirmar, fortalecer y popularizar el mito de la superioridad racial de ese país. Agrega que los sucesos entonces ocurridos contribuyeron a que en el Perú se difundiese a la vez el mito contrario: la inferioridad del indio nacional.

Muchos testimonios utiliza el autor en relación con la idea de que los chilenos eran los "ingleses del sur", laboriosos y capaces, vigorosos y compactos, mientras los peruanos aparecen como cobardes, afeminados, ignorantes, abyectos débiles.

Las actitudes racistas muchas veces estereotipadas en las figuras del "roto" y del "cholo" reflejaron, dice muy bien Kleiber, una corriente positivista de moda en esa época, asociada con autores como Arthur de Grobineau, Gustave Le Bon, Charles Darwin. Otorgábase un valor científico a la clasificación de las razas del mundo según grados de superioridad o inferioridad. Dentro del marco ideológico antedicho funcionó el proceso del imperialismo occidental desde el siglo XVI, el desprecio de los blancos o europeos o norteamericanos por los hombres de color, la pérdida del sentido de la igualdad de la especie influida, en parte, por la Reforma protestante y el calvinismo en especial.

En la guerra de 1879-1883 no hubo solo victorias chilenas. Cuando las circunstancias lo permitieron desde Tarapacá hasta la primera fase de Huamachuco, acompañó la victoria a las huestes peruanas. Las campañas de la Resistencia abundaron hasta octubre de 1883 en ejemplos de silencioso y abnegado heroísmo de muchos indios anónimos. Las ventajas derivadas de la organización, del número, del armamento, de la estabilidad institucional necesitan siempre mención especial. Si las masas chilenas impresionan en estas jornadas que duraron de abril de 1879 a octubre de 1883, como conjuntos dentro de la desorganización y el aturdimiento peruanos, emergen de pronto y más de una vez, cumbres. No son muchos –sin alarde retórico– los pueblos que tienen a figuras como Grau y a los que honraron la sucesión en el comando, Bolognesi y los jefes y los demás defensores de Arica, los vencedores de Tarapacá, los que fueron al sacrificio conscientemente en San Juan, el Morro Solar y Miraflores, los protagonistas de la resistencia en la sierra. Faltó lo que todos sabemos que faltó y con ello no mencionamos únicamente lo obvio, sino además algo que, en su sentido más elevado cabría identificar como educación. Pero, en nombre de principios fundamentales, sin disimular la derrota, rechazamos los motivos raciales.

LA PAZ.- Los chilenos terminaron la desocupación gradual del Perú en agosto de 1884.

En abril de ese mismo año, el presidente de Bolivia, Campero, había firmado un pacto de tregua con Chile.

La paz internacional volvió después de una pesadilla de varios años en que la derrota, la ocupación, la anarquía, el aislamiento y las penurias se dieron cita en el territorio que fuera otrora sede orgullosa de incas y virreyes. A todos los males, a todas las miserias, a todas las tristezas se sumó un peligro latente: el del colapso o subyugación del Perú. Como en el período de 1836-1839 cuando su territorio fue escenario de luchas entre chilenos y bolivianos mientras los peruanos estaban divididos en tres bandos, y como en 1841 y 1842 cuando la invasión ecuatoriana pudo haber coincidido con la invasión boliviana, se cirnieron amenazas sobre la persona nacional, sea mediante la prolongación indefinida de la ocupación chilena sea a través del protectorado extranjero sobre una parte valiosa del territorio ayudado por la existencia de una cuantiosa deuda externa cuyos tenedores de bonos hubiesen podido pretender en el Perú el dominio humillante que en Egipto habían comenzado a ejercer en aquella misma época sus acreedores; sea por la simultaneidad de regímenes radicalmente opuestos como lo fueron, en orden sucesivo y con feroz acritud cada uno con su rival, los de Piérola y García Calderón, Iglesias y Montero,



EN LA GUERRA DE 1879-1883 NO HUBO SOLO VICTORIAS CHILENAS. CUANDO LAS CIRCUNSTANCIAS LO PERMITIERON DESDE TARAPACÁ HASTA LA PRIMERA FASE DE HUAMACHUCO, ACOMPAÑÓ LA VICTORIA A LAS HUESTES PERUANAS. LAS CAMPAÑAS DE LA RESISTENCIA ABUNDARON HASTA OCTUBRE DE 1883 EN EJEMPLOS DE SILENCIOSO Y ABNEGADO HEROÍSMO DE MUCHOS INDIOS ANÓNIMOS.



✥ JUICIO DE LOS HISTORIADORES BOLIVIANOS SOBRE EL FINAL DE LA GUERRA

¿CÓMO CESARON LAS HOSTILIDADES ENTRE CHILE Y BOLIVIA? EN EL TEXTO SIGUIENTE, EL HISTORIADOR BOLIVIANO ROBERTO QUEREJAZU NOS ACERCA AL TEMA Y AL PUNTO DE VISTA DE LA HISTORIOGRAFÍA BOLIVIANA SOBRE EL DESENLACE DEL CONFLICTO.

"El tratado de alianza de 1873, en su artículo 8º obligaba tanto al Perú como a Bolivia a 'no concertar tratados de límites u otros arreglos limítrofes sin el consentimiento de la otra parte contratante'. Sin embargo y a pesar de las repetidas pruebas de indeclinable lealtad que Bolivia dio al Perú en el curso de la guerra y en lo que iba de la posguerra, el gobierno del general Iglesias, sin tomar en cuenta a su vecino y aliado, sin darle siquiera un aviso de cortesía, aceptó el tratado de paz con Chile que cedía a este país, a perpetuidad, el departamento de Tarapacá y, como consecuencia tácita, comprometía la situación del litoral boliviano ubicado más al sur.

El Tratado de Ancón dejó libre al ejército chileno para actuar contra Bolivia. Se quedó en el sur del Perú a fin de ayudar a la consolidación del régimen del general Iglesias y batir a los caudillos Andrés Avelino Cáceres en el centro y Lizardo Montero en Arequipa. Liquidados estos dos focos antichilenos y anti-Iglesias, permaneció todavía en la línea Mollendo-Arequipa-Puno para 'mantener a Bolivia en jaque'.

El jaque a Bolivia, más que con la amenaza de una invasión, era una dura realidad con la ocupación de los puertos bolivianos de Atacama y los puertos peruanos de Arica y Mollendo. El comercio del altiplano con el exterior estaba a merced de la buena o mala voluntad de Chile. En otras palabras, Chile tenía cogida a Bolivia por la garganta. Estaba en su arbitrio estrangularla o dejar pasar para ella alimentos y mercaderías.

A pedido de don Eusebio Lillo, vuelto a Arica, viajó a La Paz, el señor Gabriel Larrieu, con objeto de llamar la atención de las autoridades bolivianas que era llegada la hora de entrar en razón. Las gestiones del señor Larrieu dieron por resultado el viaje a Santiago de los señores Belisario Salinas y Belisario Boeto, con instrucciones de negociar un tratado de paz, pero con la condición indispensable de que Bolivia obtuviese una salida propia y soberana al océano Pacífico. […]

La claudicación boliviana del 4 de abril de 1884 en Santiago, haciendo eco a la peruana de cinco meses antes en Ancón, puso término a la guerra del Pacífico".

De: Roberto Querejazu. *La guerra del Pacífico: síntesis histórica de sus antecedentes, desarrollo y consecuencias*. Cochabamba: Los amigos del libro, 1983; pp. 131-132, 135.

Iglesias y Cáceres. Y, sin embargo, no obstante tremendas desgracias y graves peligros, se afirmaron al fin, una vez más, a pesar de todo, el destino de libertad y de independencia y de soberanía del Perú. Y el Perú siguió siendo el Perú.

LAS LUCES Y LAS SOMBRAS QUE DEJÓ LA GUERRA.- No obstante sus mutuas y tremendas acusaciones, los políticos peruanos de aquellas horas nocturnas en pugna entre sí, tuvieron algo de común y, sin que lo supieran, un esencial parentesco. Piérola fue el hombre del sacrificio en la resistencia al ejército invasor que avanzaba sobre la capital, enfrentándose a él en dos batallas campales, sin marina, sin ejército de línea, casi sin dinero y con pocos elementos bélicos. García Calderón fue el hombre del sacrificio en la resistencia para acatar el desastre a la sombra del enemigo, primero con la esperanza de la intervención extranjera y luego con la de la unión nacional. Cáceres fue el hombre del sacrificio en la resistencia indeclinable para acatar el desastre con la esperanza de proseguir la resistencia de los Andes. Iglesias fue el hombre del sacrificio para llevar a la práctica la desconsolada idea de que era preciso, ante todo, cancelar el pasado, quitarle al Perú la losa de la ocupación, aun a costa de amputaciones trágicas y aceptando el apoyo del enemigo después de haber combatido heroicamente contra él en el Morro Solar.



NO OBSTANTE SUS MUTUAS Y TREMENDAS ACUSACIONES, LOS POLÍTICOS PERUANOS DE AQUELLAS HORAS NOCTURNAS EN PUGNA ENTRE SÍ, TUVIERON ALGO DE COMÚN Y, SIN QUE LO SUPIERAN, UN ESENCIAL PARENTESCO.



En medio de los que fueron culpables, u omisos, o egoístas, o frívolos, los que se sacrificaron ganaron con su sangre o con su voluntad para ofrendarla, el color de la honra para las mejillas de las generaciones postreras y como un seguro para el derecho de ellas a vivir como parte de una colectividad digna. Echaron, pues, como nuevas raíces a su pueblo y, abonada así la tierra, el aire resultó a pesar de todo purificado y vigoroso. Y el Perú recibió del destino una nueva oportunidad para que pudiera edificar en su heredad una morada de trabajo, de paz y de justicia.

En la defensa nacional, cuando fue debidamente convocado, el indio se portó abnegadamente. Ante ese solo hecho cayeron por tierra las inculpaciones que contra él solían acumularse. Cáceres y como él, quienes se acercaron a los villorrios y a las comunidades y a las chozas comprobaron que no era ocioso ni estúpido, ni cobarde. La tarea de la reconstrucción nacional tuvo luego en el indio un factor esencial cuando, por medio del contrato de enganche, fue llevado a trabajar en las haciendas de la costa y en las minas de las cordilleras; y cuando ayudó también en el renacimiento de la ganadería, sin que mejorara su condición social.

La guerra dejó llagas innumerables y lacerantes en el cuerpo y en el alma del país. Al surgir el enconado conflicto alrededor del artículo 3° del Tratado de Ancón, ellas se cicatrizaron a través de muchos años. En 1924 un pensador mexicano aconsejó a la juventud peruana destruir los monumentos de los héroes. Este consejo réprobo deber ser impugnado. Rindiéndose siempre homenaje, una actitud analítica sobre hombres, cosas y acontecimientos parece facilitada por el transcurrir del tiempo, en vez de las actitudes emotivas o pasionales, explicables en su hora. Por otras parte, las nuevas generaciones saben que, a pesar de todo, la guerra no abarcó la integridad del pasado del Perú enraizado en muchos siglos y que adelante están con su enorme trascendencia, los muchos años del porvenir. Cada época trae su afán. La nuestra y la que viene son de creciente intercomunicación mundial y a la sombra de ella los Estados europeos buscan su concierto a pesar de las guerras, rivalidades y odios alimentados durante siglos, mientras que las economías y las sociedades de los países ubicados en la situación de los hispanoamericanos hállanse en el trance del despegue para superar tradicionales limitaciones e injusticias. Al fin y al cabo, a pesar de dolores y protestas, Francisco García Calderón expresó en el estudio que escribiera en el cautiverio que las Repúblicas de este continente se necesitaban unas a otras y que la igualdad de moneda y pesos y medidas y la semejanza en las instituciones debían servir para estrechar sus vínculos. Y Piérola en la declaración de principios del partido demócrata se refirió a una futura confederación entre el Perú, Chile y Bolivia. Así, dos de los

El Comercio

[1883 OCTUBRE 23]

LA DESOCUPACIÓN DE LIMA. El 23 de octubre de 1883, los últimos soldados chilenos abandonaron la capital. En esa fecha, el diario *El Comercio* publicó, en su sección "El Día", una nota informando que: "En las primeras horas de esta mañana han salido de la capital las últimas fuerzas chilenas". Añade luego que: "Este fausto acontecimiento (...) marca también el comienzo de la era de la reconstitución y del trabajo". Y se refiere también al regreso de Iglesias a la capital: "Desde que, hace ocho días, llegó de Ancón con S. E, el general Iglesias, los acontecimientos se han precipitado; y firmado el sábado en la noche, el tratado de paz, el Presidente entrará hoy a la ciudad, sus tropas pasarán dentro de pocos momentos, el pabellón nacional, tanto más querido cuanto más infortunado, flamea ya ante nuestros ojos gozosos".

hombres más odiados por los chilenos en la guerra, de los más combativos contra ellos y adversarios mutuos en la política interna, vislumbraron, dentro de las limitaciones propias del pensamiento de su época, la posibilidad de un futuro distinto. Pero ello no debe impedir que el país esté preparado para cualquier contingencia.

PIÉROLA Y LA NUEVA CAMPAÑA.- Antes de la expedición sobre Lima el presidente Aníbal Pinto había manifestado en su correspondencia el temor de que los peruanos repitieran en 1880 lo que hicieron el virrey La Serna en 1821 y Gamarra en 1838: abandonar Lima y buscar una mejor posición estratégica en la sierra. La Serna tuvo como bastión la zona del Cuzco y las vecinas a ella, y Gamarra halló condiciones favorables en Áncash. En este tipo de retirada cuando se enfrentaban a fuerzas muy superiores en número, armamento, equipo y otros elementos, y apoyados por la escuadra, debió quizás pensar Piérola. Lo impidieron su propia concepción de la guerra, razones de honor nacional frente a los invasores, la idea de que entregar Lima a los excesos del enemigo era brutal además de parecer cobarde.

Ante la derrota, con todos sus horrores, Piérola no dio por terminada su misión como algunos han dicho. Tuvo la actitud instintiva de considerar que la pérdida de Lima no era el último capítulo en las tremendas desgracias de la patria; y, casi sin ahondar mucho en esa idea, descubrió que aún quedaban intactas la fuerza y los recursos del Perú interior. Allí trató de organizar, por lo menos, teóricamente y con errores y vacíos la resistencia. Puede aducirse que sus esfuerzos no se plasmaron en una realidad concreta ya que no tuvo idea concerniente a la necesidad de inaugurar un tipo totalmente nuevo de campaña. Lo cierto es, sin embargo, que su autoridad fue acatada en todos los lugares importantes del país que el invasor no ocupaba. Ni siquiera su viejo enemigo personal Montero se atrevió entonces a sublevarse. Se ha dicho que este fenómeno tan raro en la levantisca historia nacional, se debió a que los terratenientes de la sierra eran pierolistas, por solidaridad con este caudillo provinciano contra la plutocracia limeña o costeña. El argumento no parece válido. No hay señales de un claro apoyo al rebelde de 1874 a 1877 entre los grupos dirigentes serranos. Los gamonales, por lo general, procuraron entonces por conveniencia o por convicción, asociarse a las fuerzas sociales y políticas dominantes en la capital y estas fueron en los años anteriores a la guerra con Chile las del civilismo, las de los "nacionales" o las de Prado, o sea, por cierto, no el pierolismo. La abundancia de grados militares y otros títulos que el Dictador repartió entre dichos terratenientes no debió ser sino una consecuencia "a posteriori" de aquella obediencia. Lo que, tal vez ocurrió fue que, durante algún tiempo Piérola apareció como un símbolo nacional aglutinante y que nadie se tomó el trabajo de disputarle el poder que ejercía, carente entonces de halagos.

La permanencia de la autoridad de Piérola antes del Congreso de Ayacucho, en el transcurso de dicha Asamblea y aun después de ella viene a refutar la tesis del absoluto desprestigio del caudillo como consecuencia de los holocaustos de San Juan, Chorrillos y Miraflores. A Piérola lo desconocieron sus lugartenientes tan solo y exclusivamente después de que los chilenos se negaron a tratar con él, la paz pareció inminente con la garantía de los Estados Unidos, como lo anunció con ruda franqueza temerariamente el ministro Hurlbut.

Piérola, que en 1894-1895 supo encabezar, sostener y llevar a la victoria la guerra de guerrillas, repetimos, no la entendió en 1881 y 1882. Este tipo espontáneo, movible, tenaz y temible de lucha se ha puesto de moda con los movimientos de los llamados "partisans" en la Segunda Guerra Mundial europea, y después de ella, en China, en Vietnam y otros lugares. Sin embargo, los hombres de la generación que afrontó la invasión chilena, hubieran podido muy bien acordarse de los grades guerrilleros españoles en sus luchas contra las tropas de Napoleón Bonaparte vencedoras en toda Europa. Los nombres de Juan Martín, de "El Empecinado", de Mina y de los demás caudillos de esas jornadas épicas no podían ser desconocidos por los peruanos cultos.

La historia quiso que Piérola tomara la primera iniciativa para las nuevas campañas, por más defectuosa que ella parezca y que, al margen de él pero obedeciéndole en principio a él durante algún tiempo, al Perú le naciese una gran figura que encarnó la resistencia: Cáceres.

CHINOS, NEGROS E INDIOS.- Un historiador peruano ha llegado a decir que lo fundamental en la guerra del Pacífico fue la lucha entre indios que peleaban contra negros, negros que peleaban contra chinos, y chinos que peleaban contra blancos. Es decir, no hubo país.

Y, sin embargo, esa guerra fue una de las más prolongadas del siglo XIX. Se inició en abril de 1879 y terminó en octubre de 1883. El Estado peruano desapareció como aparato unificador dentro del territorio en enero de 1881. ¿Cómo fue posible que los chilenos no consiguieran una rápida paz? ¿Se puede negar, así tan alegremente, los sacrificios hechos para la resistencia efectuada dentro de las circunstancias más desfavorables? Virtualmente todo el territorio del Perú quedó empapado en sangre y quedó lacerado no solo porque sirvió como escenario para encuentros tan notorios como los de Pisagua o Tarapacá en el sur, y los de San Pablo y Huamachuco en el norte. Dentro de una amplitud mucho mayor, llegó a ser el escenario de frecuentes correrías de tropas organizadas y de montoneras y conoció el horror de los cupos, los incendios, los asesinatos, las violaciones y muchas otras atrocidades, a veces terribles; y de sacudimientos que incluyeron no solo a hombres, mujeres y niños, sino a los más diversos recursos y materiales.

Muchas zonas de la República sufrieron las consecuencias de la invasión y de la lucha. Entre las más afectadas estuvo el valle de Cañete. Allí en las haciendas habían trabajado antes esclavos negros de los que vivían muchos descendientes, a veces mezclados con los aborígenes. La importación de los chinos en gran escala creó en esta población odios profundos en parte (dice Middendorf en su libro *Perú*) "por motivos raciales pero además, porque los colies eran mejores trabajadores y de mejor voluntad". Durante la guerra (agrega este autor) el valle de Cañete no estuvo siempre ocupado por los chilenos y en ciertos momentos cayó en poder de hordas de negros armados. Como resultado de esta situación, los chinos de las propiedades de los Swayne fueron hostilizados y perseguidos implacablemente. Una parte de ellos trató de salvarse refugiándose en el puerto; pero fueron alcanzados por los negros y murieron ahogados o lapidados. Llevados a la desesperación, los chinos se atrincheraron en los patios, forjaron armas de toda clase e impidieron que los negros se apoderasen de la casa. Todos los chinos que encontraron la oportunidad para hacerlo, abandonaron el valle. Por este motivo, los Swayne se vieron privados de sus trabajadores contratados y además, se encontraron con la mayor parte de los cañaverales reducida a cenizas; y cuando finalmente llegó la paz, sufrió una baja tan grande el azúcar que apenas era posible cubrir los gastos de producción".

Nunca se hicieron esfuerzos para ocultar o disimular estas cosas. A ellas se refirió en detalle Juan de Arona en su libro *La inmigración en el Perú*. Los chilenos complacientes al principio, ante las sublevaciones de los negros, que no asolaron tan solo Cañete sino también Chincha, mandaron tropas de pacificación después de recibir una fuerte suma de dinero entregada por los propietarios. Los chilenos se enfrentaron, pues, a los negros de Cañete, es decir, no se produjo aquí un fenómeno de alianza o contubernio entre ambos sectores. Los negros no fueron aliados de los invasores.

Los "furores" que estallan en las capas más bajas y desantendidas no deben ser ignorados; es preciso, sin embargo, enfocarlos dentro de las perspectivas generales y complejas de su época y de la respectiva sociedad.

No es negada, por lo general, la existencia de una identidad nacional chilena. Y sin embargo, casi simultáneamente con los "furores" de los negros en los valles de Cañete y de Chincha, aparecieron los araucanos, para tratar de cumplir sus propios objetivos bélicos. En setiembre de 1880, admirablemente informados los aborígenes del sur de Chile acerca de las movilizaciones de tropas con motivo de la guerra en el Perú, supieron organizar e incitar un



UN HISTORIADOR PERUANO HA LLEGADO A DECIR QUE LO FUNDAMENTAL EN LA GUERRA DEL PACÍFICO FUE LA LUCHA ENTRE INDIOS QUE PELEABAN CONTRA NEGROS, NEGROS QUE PELEABAN CONTRA CHINOS, Y CHINOS QUE PELEABAN CONTRA BLANCOS. ES DECIR, NO HUBO PAÍS.



El Comercio

[1883 DICIEMBRE 22]

LA DESOCUPACIÓN DE AREQUIPA. En la edición del 22 de diciembre de 1883, el diario *El Comercio* da cuenta de la desocupación de los soldados chilenos de la ciudad de Arequipa. Reproduce un telegrama oficial del prefecto de Arequipa al ministro de Gobierno, en el que dice: "Felicitando al Supremo gobierno, me es grato comunicar a U. S. que, aisladas las dificultades que han venido surjiendo (sic) en los últimos días, las tropas de Chile que quedaban en la ciudad, acaban de desfilar. Reina la más completa tranquilidad. He enviado a Vítor, con la anticipación necesaria, un tren especial para que conduzca al señor general ministro, y estará a las 5 p.m.".

levantamiento formidable con el propósito de recuperar su territorio hasta la línea del Biobío. Esto ocurrió exactamente en la época de la campaña de Lima y sus preparativos. Las atrocidades de colonos que a veces tenían sicología de bandidos y los torpes e inicuos fusilamientos ordenados por algunos oficiales del ejército chileno sin las formalidades que en sí llevan los procedimientos judiciales enconaron aquella rebelión de los mapuches. No deja de tener una ironía mucho más profunda de lo que se supone, la afirmación de Benjamín Vicuña Makenna en el diario *El Mercurio* en el sentido de que "el famoso protector de los indígenas, Piérola, ha encontrado su aliado…¡los indios chilenos!" (4 de febrero de 1881).

Y en abril de 1881, cuando ya se luchaba en los Andes peruanos, la expedición del coronel Gregorio Urrutia se caracterizó por la matanzas de Ñielul donde perecieron, igualitariamente, caciques e indios comunes, mujeres y niños.

Pero hay algo más todavía en lo que atañe a la población chilena durante la guerra: el caso, no estudiado todavía, de los numerosos desastres en las expediciones enviadas para la ocupación de la sierra central y norteña del Perú.

En cuanto a la ayuda de los chinos a los invasores, ya se mencionó en el capítulo del presente libro dedicado a la campaña de Lima, cuál fue la realidad muy circunscrita de ese auxilio, según el testimonio irrefutable del marino británico William Acland, enviado por el jefe naval de esa nación en el Pacífico con la finalidad de que cumpliese funciones de agregado de Estado Mayor en el ejército invasor. Por lo demás, importa tomar en cuenta que los aliados asiáticos no debían adquirir importancia ante el comando chileno ya que, de hecho, hubieran dañado a la estricta organización jerárquica de las tropas en cuyo seno se escondían graves desigualdades sociales y económicas entre jefes, oficiales y soldados. Patricio Lynch dio órdenes determinantes para que hubiera cautela en el trato con los "colies" a lo largo de sus correrías en el norte.

Se ignora o calla, por otra parte, que hubo chinos properuanos y antichilenos. En las actas del tribunal militar erigido por las autoridades de ocupación de Lima (cuyo libro llegó a ser propiedad del Dr. Ricardo Bustamante Cisneros) hay constancia de muchos castigos al vecindario asiático. Basta mencionar aquí una batida alrededor del teatro chino que dio a la prisión de unos centenares de individuos. Entre ellos, algunos sufrieron la pena de muerte (no fueron los únicos en aquella época); y a otros les correspondió recibir multas, palos o condenas a trabajos públicos (sesión 39 del tribunal militar, 2 de abril de 1881).

Los aspectos sociales de la resistencia en la sierra en 1881 y 1883 empezaron por ser estudiados por Henry Favre en lo concerniente a la región de Huancavelica, y han obtenido vasto impulso con los trabajos de Nelson Manrique. Ambos aportes han sido mencionados en el presente libro. Las ventas forzosas de bienes de las sociedades de Beneficencia, de la Iglesia y del Estado, incluyendo los que pertenecían a organismos educacionales, efectuados sobre todo al prolongarse la guerra, produjeron cambios en el sistema de la propiedad e inmediatos reajustes locales y regionales. Igualmente hubo injerencias a veces ilegales, de personas o grupos que buscaban el monopolio o el predominio en los intercambios dentro de la esfera del comercio y de la producción. Nelson Manrique en los trabajos por él publicados en la revista *Análisis* N° 6 (setiembre, diciembre 1978), en el *Taller de Estudios Andinos de la Universidad Agraria,* en 1979, y en *Reflexiones en torno a la guerra de 1879* (Lima. F. Campodónico y C. I. C. 1979) desarrolla la tesis de que en la sierra central la economía terrateniente, en el período anterior a la guerra, se desarrolló en gran escala a expensas de antiguos propietarios, mientras las comunidades indígenas de la región eran fuertes. De los nombrados, primero unos optaron por la resistencia y ayudaron activamente a Cáceres; otros quedaron en actitud pasiva en sus tierras cuando a ellas llegaron los invasores; y los menos para salvarse ellos y sus pertenencias, trataron de servir a estos. Cáceres, frente a los tempranos brotes de colaboracionismo obligado o cauteloso, estimuló las represalias del campesinado en armas contra las inevitables tropelías chilenas. Vino un nuevo capítulo cuando Miguel Iglesias enarboló el 31 de agosto de 1882 la bandera de la paz, y cuando, después de

vacilar, el Gobierno de Santiago siguió la política resuelta de apoyarlo. Dos terratenientes, Manuel de la Encarnación Vento propietario del fundo Sangrar y su cuñado Mariano Vargas se apresuraron a entenderse con el jefe de la ocupación chilena en Lima Patricio Lynch y al traicionar a Cáceres para reconocer la autoridad de Iglesias, entregaron a este la provincia de Canta que ellos custodiaban con sus fuerzas. Cáceres siguió todavía recibiendo el apoyo de algunos terratenientes y sobre todo el del campesinado. Se produjo entonces la toma de tierras de los colaboracionistas. El ejemplo más notable que al respecto cita Nelson Manrique es el de la guerrilla de Comas que logró detener la tierra de las haciendas de Punto y Callanca hasta 1902. Agrega este investigador que en la guerra civil, de 1894-1895 entre las fuerzas más decididas a favor de Piérola y contra Cáceres llegó a ser la guerrilla de Colca cuyo número según se calcula llegó a ascender a una cifra entre 3.000 y 5.000 hombres y cuya actitud combativa se mantuvo, como las de Huanta, de Izcuchaca, de Acostambo contra las tropas del chileno Urriola después de Huamachuco. Aquí Manrique recuerda que el 2 de julio de 1884 mandó fusilar Cáceres a los jefes guerrilleros de Colca, Laymes, Briceño, Vílchez y Santisteban, porque había terminado la lucha contra los chilenos, resultaban ya incovenientes las ocupaciones de tierras y el caudillo de la Breña iba a iniciar su marcha hacia la Presidencia de la República. Sobre estas últimas afirmaciones quisiéramos ver y analizar convincentes pruebas documentales.

ALGUNOS DE LOS EFECTOS ECONÓMICOS DE LA GUERRA SOBRE LA CLASE DIRIGENTE DE CHILE.- La guerra con el Perú le dio a Chile grandes beneficios. Bastará aquí señalar el significado fundamental que tuvo la venta del salitre. Los economistas italianos Carmagnani y Arnino han escrito: "En 1870 los derechos de aduana (en Chile) representaban la mitad de los ingresos totales (del Estado), mientras una vez consolidada la dominación sobre los territorios salitreros, los derechos aduaneros terminaron por representar los dos tercios de los ingresos totales. En efecto, es sobre la renta salitrera que descansa a partir de 1880 (es la época de la campaña de Lima, nota de J. B.) el incremento de las ingresos totales, pues la renta salitrera gravita sobre los ingresos totales con el 4.7% en 1870, el 46.6% en 1880, el 45.6% en 1890, y el 51.9% en 1910… la renta salitrera permitía cubrir los gastos públicos. Por otra parte, ella permitió liberar de impuestos los otros productos exportables, no introducir modificaciones en los aranceles aduaneros… y, sobre todo, liberar al comercio interior… Los derechos de exportación sobre el salitre favorecieron la abolición del estanco del tabaco en 1880… y preanuncian la eliminación en 1888 de las patentes que pagaban las casas comerciales y de las alcabalas (impuesto sobre la compra-venta)… las transformaciones que acontecen en los ingresos estatales están orientadas en el mismo sentido: liberar la renta oligárquica de la necesidad de financiar el Estado oligárquico…" (*Las finanzas de los Estados patrimoniales-oligárquicos: Argentina y Chile, 1850-1914*, ponencia presentada en el XLIII Congreso Internacional de Americanistas, Vancouver, 1979). [1].

EL PAÍS YACENTE.- El Perú había tenido hasta 1883 siete campañas de carácter internacional. Tres de ellas terminaron con un resultado de victoria: la invasión de Bolivia en 1828, la campaña del Ecuador en 1859 y la guerra con España en 1866. Una de estas contiendas, dividida en dos campañas, la de 1837 y la de 1839, se presentó con un significado mixto civil-internacional y su saldo fue de equilibrio, o sea de regreso a la situación anterior: el mantenimiento de la República



EL PERÚ HABÍA TENIDO HASTA 1883 SIETE CAMPAÑAS DE CARÁCTER INTERNACIONAL. TRES DE ELLAS TERMINARON CON UN RESULTADO DE VICTORIA: LA INVASIÓN DE BOLIVIA EN 1828, LA CAMPAÑA DEL ECUADOR EN 1859 Y LA GUERRA CON ESPAÑA EN 1866.



[1] *Cita tomada de un artículo de Javier Tantaleán Arbulú en la revista Socialismo y Participación Nº 9, Lima, febrero de 1980.*

LOS BENEFICIOS DEL SALITRE

La pérdida de las salitreras peruanas en el sur de nuestro territorio a favor de Chile permitió a ese país obtener notables ingresos económicos. En este cuadro, se muestra la participación del salitre en las rentas totales chilenas, en las décadas que siguieron al fin de la guerra.

AÑO	PORCENTAJE
1870	4,7%
1880	46,6%
1890	45,6%
1910	51,9%

peruana. Pero dos veces antes de la guerra con Chile, en 1829 frente a la Gran Colombia, y en 1841-1842 frente a Bolivia, el Perú no cumplió sus objetivos. Sin embargo, en 1829 no hubo, en realidad, un fenómeno de invasión del territorio nacional y la contienda terminó con el statu quo en la frontera. La invasión que se produjo en 1842, desapareció casi inmediatamente, sin dejar rastro sobre el Perú como indemnización de guerra ni como humillaciones morales.

Pese a los despilfarros de sangre y a los errores y defectos colectivos, el Perú del siglo XIX pudo considerarse afortunado hasta 1879. La guerra de la Independencia de 1820 a 1824 y las luchas de la Confederación Perú-boliviana de 1835 a 1839, llegaron a esquilmarlo y debilitarlo; pero sin dejarle cargas abrumadoras o insoportables. En medio de todo, aquellos sangrientos recuerdos aparecían borrosos, a la luz del júbilo por la libertad en el primer caso, y a la sombra de la prosperidad del guano en el segundo caso. Una generación cuando menos había pasado, engreída, atolondrada, imprevisora.

Maremotos y salidas del mar que amenazan a los puertos y ciudades aledañas, crecidas de los ríos e inundaciones en los valles de la costa, aluviones y huaicos en la sierra, terremotos en diversos lugares del territorio suelen interrumpir de cuando en cuando la continuidad de la vida peruana. Son también personajes de su milenario acontecer histórico. Destruyen caminos, puentes, chacras, minas, aldeas y hasta ciudades. Una copiosa lluvia produjo en 1720 una inundación tan devastadora que causó la completa ruina de la hacienda Saña. Lima perdió varias veces su prestancia señorial por la trepidación de su suelo a través de los siglos. Arica, Iquique, Tacna, Arequipa, Moquegua, Cuzco, Caravelí, Sihuas, Huaraz, Yungay, Matucana, Ranrahirca y otros lugares padecieron también catástrofes súbitas engendradas por una naturaleza volcánica, inquieta que aparece a veces como divinidad airada. El Señor de los Milagros, el Señor del Mar, el Señor de los Temblores son símbolos de grandes devociones multitudinarias en medio de la angustia. Pero, pasadas las horas o los minutos espantosos, el lodo asesino o devastador sirve para hacer adobes y, a pesar de las víctimas, los desgarramientos, las violencias, las amenazas y el silencio, en el mismo sitio o en otro cercano, sobre la muerte surge luego la vida.

El Perú sufrió también como país varias conmociones durante el siglo XIX. Ninguna como la guerra iniciada en 1879. Fue el sacudimiento más tremendo que el hombre peruano sintió en ese siglo. Encendió todo el territorio, desde el sur hasta el norte, desde la costa hasta la sierra. Implicó una enorme pérdida fiscal, y penetró en la esfera económica e industrial en las ciudades, en los villorrios y en los campos, en los hogares y hasta en las comunidades indígenas. No hubo existencia de contemporáneo, joven o viejo, varón o mujer que de un modo u otro no resultara tocado por este drama. Destrozada la armazón del Estado, después de las dos batallas en las afueras de Lima, surgieron regímenes simultáneos y hasta antagónicos, todos en verdad ficticios, que pretendieron reemplazarla; y, debajo de ellos y más importante que ellos, se expresó la persona nacional con una indeclinable voluntad de seguir existiendo, de perdurar.

Al terminar la pesadilla de la guerra y de la ocupación, el país seguía viviendo. Pero era un país exangüe, amputado, dolorido. En suma, un país yacente.

"¡Qué horroroso espectáculo dado al mundo y qué terrible llaga en el corazón de los pueblos!" escribió Emilio Castelar al comentar las noticias que llegaban a España sobre los últimos sucesos de la lucha entre el Perú y Chile. "No puede darse –decía también– un estado más triste que el estado actual de la nación vencida".

En esas condiciones Iglesias gobernó. Llegó a la presidencia con el expreso designio de reconocer la derrota. El luto por muertos queridos entristecía a numerosas familias. Era fácil ver las ruinas y destrozos en los campos o ciudades que fueron escenario de batallas y combates o estuvieron bajo la ocupación. Faltaban labradores y braceros en las haciendas. Así era más lacerante el recuerdo del pasado inmediato, convertido en presente por el homenaje solemne a los caídos que recién podía hacerse en público y por las recriminaciones ante los errores o pecados que, en su hora, favorecieron la catástrofe.

El cuadro de la situación nacional era aún más terrible. El Perú ya no tenía escuadra. Los restos desmedrados de su ejército combatían entre sí. Abrumaban a la Hacienda pública y a la economía privada el empobrecimiento general del país; la fuga o la merma de capitales; la depreciación progresiva del papel moneda que las necesidades de la defensa obligaron a emitir con abundancia; la semiparalización del comercio exterior durante cinco años; la destrucción de los elementos de movilidad en los puertos; la ruina dejada en la agricultura por las batallas y combates y otros acontecimientos bélicos y también por las expediciones de Lynch, el "Príncipe Rojo" de que hablara Vicuña Mackenna, y por sistemáticas depredaciones de los ocupantes. El aparato tributario íntegro tenía que ser acomodado a una situación fiscal de imprevisto e irremediable empobrecimiento.

Los bancos nacionales habían liquidado y solo funcionaba uno de poca monta. El billete fiscal era la moneda del pueblo y la que servía de cambio, pues existía escasamente la metálica. Este billete depreciado carecía de respaldo. Sin el amparo de una garantía, era objeto de agio. La deuda interna no tenía cotización, no obstante de que fue servida con regularidad hasta el comienzo de la guerra. Su monto, unido al de los billetes llamados incas, alcanzaba, en principio, a cifras considerables. Eran el exponente de valores muy reales, de servicios, de préstamos y de suministros hechos al Estado. Como no existía ni un centavo para señalarles un fondo de amortización, vivían inmovilizados y casi como capitales muertos. La miseria se había cernido sobre muchos de los poseedores de ambas clases de papel.

Defectos de organización, dificultades económicas, trabas en el funcionamiento de los consejos departamentales y de las municipalidades a las que fueron entregadas las escuelas primarias y que luego dejaron de existir normalmente o tuvieron vida exangüe, corroían el sistema educacional en la época en que estalló la guerra. En 1883 los planteles de enseñanza presentaban, en su mayor parte, un conjunto de ruinas materiales con los edificios, gabinetes, museos, archivos y mobiliario destruidos, maltrechos o perdidos.

El Tratado de Ancón había cercenado una zona considerable del territorio, que incluía la totalidad de la riqueza del salitre y parte de la del guano; y con ello, arrebató al Perú los medios de atender a sus acreedores extranjeros, y lo obligó a asumir dentro de su pobreza, la responsabilidad de una deuda enorme. El pago de ella parecía imposible con un Presupuesto nacional de siete millones de soles. Ni siquiera llegó aquel tratado a terminar la cuestión con Chile; por el contrario, dejó abierta una larga y penosa querella con este país en la cual se invirtieron por largos años grandes caudales de esfuerzo, dinero y pasión. Al amparo de este litigio y de la debilidad del Perú creció, paulatinamente, la magnitud de los problemas con Bolivia, Ecuador y Colombia, mientras que Brasil, dueño de las desembocaduras de los ríos Purús y Yurúa, iba a extender sus posesiones al crecer la importancia económica del territorio amazónico con la explotación del caucho. Así el Perú de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX afrontó cinco graves cuestiones internacionales a la vez.

Había algo todavía peor que la desolación inmediata, la angustia económica privada y pública, la debilidad, la soledad y las asechanzas de los países vecinos: era el complejo de inferioridad, el empequeñecimiento espiritual, perdurable jugo venenoso destilado por la guerra, la derrota y la ocupación.



EL TRATADO DE ANCÓN HABÍA CERCENADO UNA ZONA CONSIDERABLE DEL TERRITORIO QUE INCLUÍA LA TOTALIDAD DE LA RIQUEZA DEL SALITRE Y PARTE DE LA DEL GUANO; Y CON ELLO, ARREBATÓ AL PERÚ LOS MEDIOS DE ATENDER A SUS ACREEDORES EXTRANJEROS, Y LO OBLIGÓ A ASUMIR DENTRO DE SU POBREZA, LA RESPONSABILIDAD DE UNA DEUDA ENORME.



[Créditos de las imágenes Tomo 9]

Los editores agradecen a los propietarios de los derechos de autor por su colaboración con esta publicación. Asimismo, declaran que se ha hecho todo lo posible para identificar y contactar a los autores propietarios de los derechos de las imágenes que se reproducen en este libro; cualquier omisión es involuntaria. Toda información que permita a los editores rectificar cualquier crédito para futuras ediciones será bienvenida.

Carátula
ColecciónCarlos Aramburú Tudela

Archivo Jesús Torres
18 Cañonera Pilcomayo
129 Boceto de submarino F. Blume

Archivo Peisa
22 Ladislao Espinar
219 Manuel Tafur
238 Mariano Nicolás Valcárcel
269 Felipe Santiago Crespo
278 Morochuco

Armada de Chile
127 Vapor Loa
139 Manuel Baquedano
255 Luis Milón Duarte

Biblioteca Nacional de Chile
14 Pisagua bombardeada
17 Toma de Pisagua / Desembarco chileno
21 [3] Mapa de Tarapacá
81 [1] Morro de Arica
133[Cerro San cristóbal]
144 [2] Campamento chileno en Lurín
151[1] Batalla de Chorrillos
170[1] Ejército chileno en Lima
181 Lima durante la ocupación

Biblioteca Nacional del Perú
16 Isaac Recavarren
20 Belisario Suárez
21 [2] Batallón Zepita
25 Erasmo Escala
36 Matilde Stevensosn y Chocano
43 Ramón Ribeyro
44 Alejandro Arenas
47 Mariano Ignacio Prado
56 Plaza de la Inquisición
58 Guillermo Seoane
65 [2] Arica
67 Narciso Campero
68 Remigio Morales Bermúdez
75 José Sánchez lagomarsino
76 Domingo Pescetto
78 Juan de la Cruz Salvo
80 Francisco Bolognesi
82 *La batalla de Arica*
83 Teodoro Elmore
84 [2] Mapa de Arica
85 Armando Blondel
86 Patricio Lynch
89 Gregorio Castilla
95 Diario *El Morro de Arica*
97 Pietro Bertonelli
102 Instituto Nacional de Bellas Artes
111 Manuel Beingolea
115 Lino Alarco
117 Nicolás de Piérola en su hacienda / Retrato
124 Augusto E. Bedoya
126 Mnauel José Cuadros
134 José Francisco Vergara
147 Ramón Vargas Machuca
149 Pedro Lagos
156 Pedro Olguín
160 Enrique Bolognesi Medrano / Abel B. du Petit Thouars
161 Reynaldo de Vivanco
163 Diario *El Orden*
165 [2] Batalla de Miraflores, Reducto 5
167 Vista de Lima
170 [2] Batallón del ejército chileno
176 César Canevaro
180 Julio Tenaud
182 Juan Oviedo
183 Francisco de Paula Muñoz
185 Stephen Hurlbut
187 Casa Vanderalmey
188 Diario *La Actualidad*
190 Manuel María Gálvez
192 Carlos Elías
205 Breñero
206 Antonia Moreno de Cáceres
216 teodora Peñalosa
221 Tarma
224 Zoila Aurora Cáceres
225 *La Campaña de la Breña*
232 Andrés Avelino Aramburú
234 Valparaíso
237 Diario *La Tribuna*
239 Manuel María del Valle
240 Miguel Iglesias
244 Francisco García Calderón y fam.
247 Manuel Velarde
253 Manuel Castro Zaldívar
256 Diario *La Reacción*
267 *La batalla de Huamachuco*
268 Pedro Silva
280 Eugenio Larrabure Unanue
290 Vista de Lima, ocupación
292 Rufino Torrico

Centro de Estudios Histórico Militares del Perú
28 Andrés Avelino Cáceres
41 Juan María Goyeneche
90 Alfonso Ugarte
157 Chorrillos después de la batalla

Colección Eduardo Jahsen
131 Hacienda Casa Grande
133 [2] Cañón en cerro San Cristóbal
151 [2] Efectos de la batalla de Chorrillos
242 Cajamarca

Colección Javier Prado Heuderbert
144 [1] Ejército de reserva

Colección Juan Carlos de la Puente
39, 46 Billetes

Congreso de la República del Perú
286 Melchor Vidaurre

Cortesía Reynaldo Llosa
201 Belisario Llosa

Ejército de Chile, Dpto. Historia Militar
178 Cornelio Saavedra
209 José Francisco Gana Castro
276 Martiniano Urriola

Instituto Riva-Agüero - PUCP
150 Chorrillos después del saqueo

Instituto de Estudios Histórico Marítimos
230 Lizardo Montero

Marina de Guerra del Perú, Archivo Histórico
194 Elías Mujica Trasmonte

Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú
282 Tratado de Ancón 1883
284 Tratado de Ancón, Protocolo complementario, 1929

Museo Andrés Avelino Cáceres
21 [1] Batalla de Tarapacá
207 Andrés Avelino Cáceres y fam./ Retrato / Niño Lachoc / Máquina de coser de A. M. de Cáceres
233 Álbum de firmas / Estado Mayor de la Breña
270 [1] Encuentro entre L. Prado y A. A. Cáceres

Museo Banco Central de Reserva del Perú
106 Moneda 5 pesetas / Billetes de un inca y de cinco incas

Museo Benjamín Vicuña Mackenna
130 Benjamín Vicuña Mackenna

Museo de los Combatientes del Morro de Arica
70 Andrés Bolognesi / Juana Cervantes / Francisco Bolognesi / espada y revólver
74 *La Respuesta de Bolognesi / Batalla de Arica*
84 [1] Bandera del Perú en el morro de Arica

Museo del Ejército del Perú, Fortaleza del Real Felipe
165 [1] Batalla de Miraflores, Reducto 3
271 Leoncio Prado

Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú
65 [1] Plaza de Tacna
73 Vista de Arica
81 [2] Inmolación de Alfonso Ugarte
176 Francisco García Calderón
270 [2] Fusilamiento de Leoncio Prado
289 Miguel Iglesias

Museo Naval del Perú
169 Manuel Villavicencio

Infografías
92, 93 La heroica defensa del Morro de Arica
Museo de los Combatientes del Morro de Arica
141 La Defensa de Lima
Biblioteca Nacional de Chile, Biblioteca Nacional del Perú
212, 213 Andrés Avelino Cáceres y la Campaña de la Breña
Centro de Estudios Histórico Militares, Instituto Riva-Agüero - Archivo Histórico, Museo Andrés Avelino Cáceres

» Tomo 1	La época fundacional de la República [1822-1842]
» Tomo 2	La época fundacional de la República [1822-1842]
» Tomo 3	La época fundacional de la República [1822-1842]
	La falaz prosperidad del guano [1842-1866]
» Tomo 4	La falaz prosperidad del guano [1842-1866]
» Tomo 5	La falaz prosperidad del guano [1842-1866]
» Tomo 6	La falaz prosperidad del guano [1842-1866]
	La crisis económica y hacendaria anterior a la guerra con Chile [1864-1878]
» Tomo 7	La crisis económica y hacendaria anterior a la guerra con Chile [1864-1878]
» Tomo 8	La crisis económica y hacendaria anterior a la guerra con Chile [1864-1878]
	La guerra con Chile [1879-1883]
» Tomo 9	**La guerra con Chile [1879-1883]**
» Tomo 10	El comienzo de la reconstrucción [1884-1895]
» Tomo 11	El comienzo de la reconstrucción [1884-1895]
	La República Aristocrática [1895-1919]
» Tomo 12	La República Aristocrática [1895-1919]
» Tomo 13	La República Aristocrática [1895-1919]
» Tomo 14	El Oncenio [1919-1930]
» Tomo 15	El comienzo de la irrupción de las masas organizadas en la política [1930-1933]
» Tomo 16	El comienzo de la irrupción de las masas organizadas en la política [1930-1933]
	Breves notas relacionadas con la educación, la ciencia y la cultura entre 1895-1933
» Tomo 17	Breves notas relacionadas con la educación, la ciencia y la cultura entre 1895-1933
	Los resultados de la experiencia histórica peruana y las perspectivas abiertas en el siglo XX

ADENDA

» Tomo 18	Historia de la República del Perú [1933-2000]